

**IGNACIO AGUSTÍ**

LA CENIZA FUE ÁRBOL

\* \* \* \* \*

**GUERRA  
CIVIL**

Lectulandia

Ignacio Agustí cierra con *Guerra Civil* la serie de novelas que empezó con *Mariona Rebull* y que constituyen la saga *La ceniza fue árbol*. Esta novela es la conclusión de un período de la historia de Barcelona y de la vida del fabricante Joaquín Rius. Tiene, por lo tanto, una contextura, epilógica, conclusiva; es como el término de un prolongado vuelo a través del tiempo. A medida que se acerca a su desenlace, la novela planea sobre una extensión de sucesos; la historia se acerca a su final con el aplomo y la pausa que reclamaban los grandes acontecimientos transcurridos. Todas las figuras en ella conocidas asisten a la irremisible conclusión de su andadura; todas cruzan la terrible ocasión de la guerra civil, se anegan como náufragos que bracean para sobrevivir. De entre todos estos personajes destaca el más joven de los Rius, Carlos, que en compañía de Miguel Llobet puede decirse que protagoniza esta novela. A él incumbe la misión de reivindicar la vieja empresa familiar una vez que se ha despojado de las prendas militares. Y es él quien enlaza con la sangre de los Llobet, para hacer de las dos una sola estirpe.

Pero quien, presente o no, sigue dominando y presidiendo la acción de la novela es el viejo y admirable Joaquín Rius, el viejo tronco de la raza, capaz de conmovier al lector con los rasgos antiguos y de conducirlo hasta el fin con la apostura misma de sus años mozos. Las figuras y los dramas que concurren alrededor de la acción principal —las peripecias de Blanca y Máximo hasta su trágico y terrible final, las de Evelina Torra y Rita Arquer, la de Pepa Cortina, la de Matías Palá y la del político Borredá, la de Josefina y los suyos, la de Crista y hasta la del propio Desiderio, emigrado en París— sirven de contrapunto a la gigantesca creación humana y social que es Joaquín Rius, que con este libro emprende definitivamente su vida perdurable.

**Lectulandia**

Ignacio Agustí

# **Guerra Civil**

**La ceniza fue árbol - 5**

ePub r1.0

Titivillus 11.03.15

Título original: *Guerra Civil*  
Ignacio Agustí, 1972

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# I

NO PODRÍA DECIR Matías Palá cuántas horas estuvo tumbado en el suelo, sobre la nieve, ni cuándo comenzó a sentir sobre el pie el peso de aquella losa. Quizá fueran diez, o quizá más, las horas en que no pudo moverse, en que incluso dejó de sentir en su cuerpo los estremecimientos del frío. Perdió la noción de que la ciudad, que ardía por sus cuatro costados, estaba frente a sus ojos, casi al alcance de sus manos. Vista desde aquel ángulo le parecía al principio que bastaba con que diera un manotazo, o que resoplara con un hondo bufido, para que se extinguiese la crepitante hoguera. La ciudad no era más que una ristra de casas incendiadas, algo así como un belén diminuto, toda ella chorreante de nieve, toda ella vestida con el blanco sayal de la nieve. Las explosiones, y su séquito de fuego, y las bombas, y el fragor de hierro de los tanques daban a aquel momento, en que cruzaba el río a tuestas sobre el agua helada y los pedruscos, un signo horripilante, un perfil dantesco y oscuro. Pero pudo cruzar el río y poner pie en la otra orilla, y sintió que la nieve se ablandaba de nuevo bajo sus pies. Y de pronto hicieron su aparición a poca distancia hombres, que no eran más que fantasmas, bultos pardos que avanzaban lentamente tambaleándose; y se quedó agazapado en tierra. Aquellos hombres iban también a la ciudad; se distinguían en la noche, sobre la névea blancura, llevaban sus capotes, sus fusiles y sus ametralladoras, y avanzaban siniestros y en silencio. Se agazapó. Siguió en el suelo, boca abajo, incapaz de moverse, como muerto, muerto ya. Sin embargo, notó que aún respiraba y sintió su propio jadeo, leve ventisca que levantaba haces de polvillo blanco, y allí permaneció sin moverse.

¿Cuántas horas habían pasado? ¿Años quizás? Sentíase a salvo; recuperaba poco a poco la noción de las cosas, y también la noción del tiempo. ¿Por qué estaba allí? Una tibia atmósfera envolvía su cuerpo, se refocilaba en él. No había nieve ni el aire era helado, ni advertía su soledad; pero todo era también blanco. Sentía aún la pesada losa sobre su pierna, como una dentellada que le mordiera todo el pie. Acababa de despertar y se notaba infinitamente acompañado. ¿Era esta la paz presentida? Vio cómo se le acercaba un ser benévolo con una sonrisa en los labios. Sí, era una monja, estaba en un hospital. ¿Qué hospital era aquel? Tuvo un arranque impensado, febril. Pero no. En el otro lado no había monjas. Estaba en zona nacional: se había salvado. ¿Quién le había salvado?

—Dios le salvó —dijo la monja—. Ahora, a cuidar esa pierna. Tranquilícese.

A pesar del dolor que sentía, se quedó adormecido; pero en el duermevela afluían una serie de imágenes; unas eran concretas, otras fluidas y vagas. Aquella había sido la batalla más estúpida en que había participado. Se hallaba en Teruel de permiso, con el único empeño de visitar a su sobrina.

De pronto comenzó el acoso. Fue como un relámpago. Los viajeros de un autocar

de la línea Teruel-Zaragoza habían vuelto a la ciudad porque la carretera acababa de ser batida por el fuego de los rojos. Eran gente atemorizada, que nunca en su vida habían oído un tiro. En Comandancia escucharon su relato con cierta incredulidad. Pero por la noche se «sentía» avanzar a los rojos, como una oleada. A los dos días se los vio ya, puntos negros en las lomas lejanas. Era un ataque en regla, una embestida seria.

Luego empezó a nevar. Nevó durante ocho días seguidos.

Aún vio a su sobrina. La visitaba en el hospital, que no quedaba lejos de la Comandancia, donde él se hospedaba. Cruzaba calles y plazas entre la explosión de la metralla, hasta que aquella corta distancia pareció que se alargaba, que se iba ensanchando; al fin el corto trecho entre la Comandancia y el hospital se hizo inmenso y, después, infranqueable. Los días pasaban con monotonía de fuego y de escombros. Se fortificaron en el edificio del Banco de España cuando ya los tanques habían entrado en la ciudad. Los carros de combate disparaban contra el propio edificio. Los rojos habían entrado en el hospital. Vio salir a su sobrina de entre los escombros, conducida, entre otras personas, hacia un punto ignorado. Y pidió entonces permiso para intentar vadear el río. El coronel Rey d'Harcourt iba a rendirse. La nieve había impedido llegar a Teruel el auxilio en la hora prevista. El coronel le dio la autorización. Y de noche pasó el río y quedó tendido sobre la nieve, al otro lado.

Piensa en su sobrina, en Blanquita. Piensa en cómo la rescató en los comienzos de la guerra. Por orden del general Mola él se había unido en Badajoz a las tropas que subían de África. Aquella era todavía una guerra de aventura y de valor individual. Veía a los legionarios, zurcidos de cicatrices, armando gresca en los burdeles y en las tabernas. Pocos habían quedado, pero se bamboleaban al viento en las juergas del atardecer. Uno de ellos, ebrio de tabaco, alcohol y morfina, se había escapado del hospital y mostraba ante las horrorizadas prostitutas su vientre recién cosido, desenrollándose la venda que le envolvía, mientras lanzaba a los aires nauseabundos escupitajos de anís. Nunca había tenido noción de lo aciaga que es la guerra como en aquellos momentos. De pronto recibió del Estado Mayor noticias de que su sobrina, Blanquita Maravall, solicitaba un aval suyo. Acababa de pasarse por el frente de Madrid y estaba esperándole en Villaviciosa de Odón. Allí se fue. En el castillo de Villaviciosa le recibió el coronel Fragoso. Era un hombre robusto, de escasa estatura, que tenía constantemente en las manos la colilla de una faria que no ardía.

—Es guapa su sobrina, capitán. La he puesto en manos de la esposa del notario, gente católica, para que no la mortifiquen. Ya sabe usted cómo es la tropa.

Iba a marcharse, después de agradecerle la información y el servicio, cuando el coronel le atajó:

—A propósito: ¿al que se pasó con ella le conoce usted? Es un tal doctor Foz. Le he enviado sin armamento a primera línea. —No, no le conozco.

Cuando habló con su sobrina quedó abrumado. Foz era uno de los implicados en

el Alzamiento de Barcelona. Había podido integrarse de tapadillo en la columna «Tierra y Libertad», en la que, con Blanquita, que era una enfermera de su equipo, esperó la ocasión propicia para la fuga. Esta se produjo en el mismo Villaviciosa de Odón. Cuando la columna evacuó, ellos se quedaron en el pueblo con una ambulancia, sesenta fusiles y el chófer, con el pretexto de recoger aún algunas cosas. Una vez solos en el pueblo —los que no quisieron huir permanecieron ocultos en sus casas—, el doctor, acompañado de Blanquita, llevó al chófer al castillo, que estaba vacío. Bajaron a los sótanos. Al llegar abajo se enfrentó con el chófer, pistola en mano.

—Nos vamos a pasar —le dijo—. Si te conviene, te quedas con nosotros; si no, te pego un tiro aquí mismo.

El chófer, un aragonés cetrino, se puso lívido. Procedía de Barcelona y estaba repleto de literatura anarquista.

—Yo no me paso aunque me mates.

Fueron dos los tiros. Quedó hecho un guiñapo en el suelo.

Cuando las tropas ocuparon el pueblo, el doctor y Blanquita salieron de su escondrijo y se presentaron a un capitán en plena calle. Este los llevó hasta el coronel Fragoso.

—Conque ¡de «Tierra y Libertad»! Y médico, ¿no? Hacen falta médicos. Te irás con las tropas, pero sin armas. Así demostrarás tu valor.

Las balas zigzagueaban por el trigo tras el doctor Foz. Había que escurrirse por los sembrados, agacharse y volver a avanzar. A veces se agazapaba tras una pila de muertos.

El sargento levantaba el brazo y entonces había que volver a avanzar.

—Fue lo que me contó el doctor ese. Pero en Badajoz tuvimos mucho de eso. Y luego se volvían a los rojos como flechas. Por si acaso, le he enviado a primera línea.

—¿Podría verle?

—Vamos a buscarle.

Le hizo subir al sidecar de su motocicleta. El coronel iba chupando su veguero como si estuviera en plena verbena. A poco, vislumbraron la línea de frente; a lo lejos estaba Madrid. Madrid, silueta limpia en el aire. Pararon al fondo de una suavísima colina, dorada por el trigo ya crecido, sembrado en tiempos de paz. Por todos lados silbaban las balas.

—Tú, Canuto. ¿Dónde para ese doctor de ayer?

El sargento miró a todos lados.

—Estaba por ahí, en la loma esa. Llevo rato sin verle.

—Ve a ver qué hace.

Entretanto, el coronel sacó un faria.

—Fume usted, capitán. El humo se lo lleva todo.

—No, gracias, mi coronel. No me gusta fumar.

—¿Qué haría yo sin mi cigarro? —se preguntó, mientras de su chisquero

arrancaba una pequeña llama y la acercaba a la punta de la colilla que tenía en la boca. Una bala silbó cerca de ellos y otra fue a caer, ya muerta, como un pedrusco, junto a la bota del coronel.

Al cabo de un rato, jadeando, llegó el sargento.

—Está en la loma, sí, mi coronel. Pero muerto. Ha sido una bala en el vientre.

—¡Vaya! ¡Ser médico y no saber esquivarla!

Cuando se lo dijo a Blanquita, esta bajó la cabeza. Estuvo largo rato sin pronunciar palabra. Durante tres días —hasta llegar a Burgos— pareció hundida en terribles premoniciones.

—Blanca, por favor, tienes que sobreponerte. La guerra es de ese modo. Y estamos en guerra.

—La guerra, la guerra... ¿Para qué?

Matías Palá rememora su vida, los últimos meses de su vida, mientras la ambulancia le lleva desde Calamocha a Zaragoza. Sabe que algo grave ha ocurrido a su pierna. Pero no había sido herido. Una palabra trágica rebulle en su mente: congelación. Sin saber por qué, piensa en su agilidad de otros días. Se acuerda de sus partidos de frontón en el Club Natación Barcelona. Y de Nicolás Borredá, el astuto, el sectario, el político Nicolás Borredá. Él estará jugando al póquer con la vida de centenares, de millares de hombres. Se echará sus faroles de intelectual con la existencia de los que han ido a Teruel sin saber por qué. Lo hará desde los despachos oficiales, con papel timbrado y un habano en la boca. Piensa de nuevo en su sobrina y en el doctor Foz, y casi se echaría a llorar.

La ambulancia tuerce por caminos que vadean torrentes y se encumbran por las colinas de Teruel. Con él va un enfermero. Bajo la bata blanca asoman las insignias de Sanidad. «Un poco de calmante, por favor». El muchacho le mira con unos ojos comprensivos, pero no se lo da. «Pronto vamos a llegar a Zaragoza; allí le curarán». «¡Este dolor!». «Paciencia, tenga usted un poquitín de calma. Pronto pasará». Pero el viaje se hace largo, interminable. De vez en cuando, al exterior se oye pasar una partida de gentes en mulo y el traqueteo inconfundible de unos tanques sobre el pavimento. La carretera está llena de baches y de piedras, y ese ruido es ensordecedor.

La ambulancia se para. Se oyen las voces del conductor, que habla con alguien en la carretera. El enfermero sale al exterior y se mezcla en el diálogo. Matías no entiende lo que hablan. Pero pronto entra de nuevo el camillero. Al abrir las portezuelas se advierte la catadura del día, lúgubre, gris. Aún se ve nieve sobre los tejados y en la calzada, pero ha empezado a llover. «Viene la Cuarta de Navarra —le dice— y no podremos pasar. Tendremos que torcer a Montalbán. Lo siento». Matías Palá le mira angustiado; siente un gran dolor, un dolor irreprimible en la pierna. «No se preocupe; voy a ponerle otra inyección de morfina».



Cuando se la pone, aún dura el dolor un rato, pero de pronto vuelve a sentirlo todo con gran suavidad. Las sensaciones se eslabonan tranquilamente y cae en un agradable sopor. «Se salvará — piensa en su sobrina Blanquita—. Ella es una muchacha capaz de crecerse en situaciones como esta». Luego recuerda los comienzos de la guerra. El hervor de los despachos de Capitanía General en Pamplona el día del Alzamiento. La marcha de los requetés, florón de boinas coloradas, hacia Somosierra y Guadalajara. Y la orden de Mola: «Llegue usted a Badajoz y espere a las tropas de Yagüe. Aquí tiene su pasaporte para Portugal. En Badajoz se entrevistará usted con el general cuando la ciudad esté tomada. Si las tropas del Norte no pueden llegar a Madrid, usted regresa a Portugal y espera sus órdenes. Si se abren camino hacia Madrid, queda adjunto al Ejército de África. Desde ahora es usted capitán, Capitán de Ingenieros. Su labor será asesorar al Estado Mayor del general sobre vehículos y caminos. Buena suerte».

La horrible batalla de Badajoz fue áspera, alocada, ardiente. Se luchó casa por casa. No sabe cómo pudo salvar el pellejo aquella vez. Se encerró en la habitación de la pensión donde dormía. La patrona se quedó perpleja cuando de pronto, al entrar unos legionarios, él se adelantó y les dijo: «Soy el capitán Palá y vengo de Pamplona con un encargo del general Mola para el general Yagüe». ¡A ella, que le parecía efectivamente un transportista catalán, retenido en Badajoz a causa de la revolución y el lío de los transportes!... Y desde entonces caminó con Yagüe hacia Madrid. Pero por encima de todas estas impresiones, más fuertes que todas las imágenes dispersas de la guerra, está la figura de Blanquita, a la que quería como a una hija. La última vez que habló con ella antes de lo de Teruel, fue en Burgos, en el casino de Burgos. Matías Palá le había insistido para que aceptara una plaza en un hospital menos expuesto que el de Teruel. «¿Para qué? Teruel no es primera línea. Y si alguna vez lo es, tanto mejor». Le preguntó si lo que quería era precisamente exponerse. «Después de lo del doctor Foz, yo creo que lo mejor es ir a donde hay tiros y... sin armamento». Le había quedado sin duda un poso de amargura, desde el sacrificio inútil del doctor Foz. Él se atrevió a preguntarle si le quería mucho. «Vosotros, la gente mayor, o por lo menos mayor que yo, habláis del amor como en tiempos de Bécquer. ¡Qué tontería! Querer o no querer. Lo que pasa es que le admiraba más que a nadie en el mundo: eso es todo. Lo que necesitamos las mujeres es admirar a alguien. ¡Y hay tan pocos a quienes admirar!».

Matías Palá bajó entonces la cabeza, como avergonzado. Quedaba lejos la pasión vehemente que sintiera por su sobrina años atrás, y los episodios de esa pasión se le antojaban ya ridículos. El hombre cree durante muchos años que para seducir a una mujer tiene que usar las mismas armas que ella. Así, en algunas parejas se establece un juego de recíproca coquetería que no es más que una farsa y que no responde a una exigencia sincera del corazón. Pero el impulso casi telúrico de amar no está al alcance de muchos hombres, que confunden la atracción de una mujer con una provocación a la galantería, y el hecho de poseerla con un cumplido más. El amor es

distinto a ese juego social, está muy lejos de ser un juego social, es casi todo lo contrario de un juego social.

Por eso, quizá, pensó entonces, venían las guerras. Si todos los seres humanos que habitaban España en aquellos momentos, y todos los chinos y los quirguises y los armenios y los anglosajones y los judíos que habían llegado al otro lado, atropelladamente, como se entra en el comedor de un internado al sonar el gong, hubiesen tenido algo que amar, si hubiesen obtenido la satisfacción de esa necesidad perentoria de compañía en que se hallaban sin saberlo, ¿hubiera venido la guerra? Si cada uno de ellos hubiese sido saciado con el caudal de afecto y de íntima fortaleza que solo da lo que llamaba Ortega «la buena compañía», ¿hubieran pensado en la guerra? Pero el mundo andaba atropellado por el conjunto de ambiciones al margen del amor. Recordaba unos versos, no sabía de quién. *Amor, amor, amor, de seis a siete...* Amor con reloj, sacrificando la vida en una ristra de ambiciones menores, pero feroces: las finanzas, la hegemonía, la influencia, el poder... Eso era la guerra.

Sentíase solo. Él se enamoró de Blanquita quizá porque no había tenido hijos con su mujer. ¡Qué distinto sería si a su lado tuviera un varón —o una chica— que pudiera decirle: «ya no estás solo, padre. Me tienes a mí, que viviré por ti cuando tú mueras»! Mas para eso sí que había llegado tarde.

Se despertó en la cama de un hospital, de un nuevo hospital. Todavía sentía sobre el pie un estorbo, pero solo eso. No más que un estorbo. A su lado, en otra cama, roncaba un hombre con resoplidos irregulares. Por las rendijas de las dos ventanas se filtraba un poco de luz. Era de día. El dolor se le había localizado en la punta del pie, sin afectar al resto de la pierna. Notó que su cabeza se había despejado, que ya era capaz de coordinar y de sujetar sus ideas. Estuvo un rato gozándose en esta nueva serenidad. Tal vez le hubieran drogado de nuevo y aquel pellizco agudo que sentía en los dedos del pie volviera a desatarse en dolor atroz por la pierna entera. Pero al poco vio asomar a una enfermera, con el uniforme blanco, que fue a la ventana y abrió los postigos. Un haz de luz iluminó la habitación.

—¿Cómo estamos, catorce?

—¿Soy yo el catorce?

—Claro, ¿quién va a ser?

El quince dio unos resoplidos en la cama de al lado y despertó a regañadientes.

—Vamos, ya está aquí la comandanta —dijo—. ¿Traes las pastillas o qué traes?

—Traigo los medicamentos y el café. Venga —le dijo a Matías Palá, acercándole un vaso de agua y dándole una pastilla—. Toma primero eso.

—A mí el café me lo dejas en la mesilla. Ya sabes que no me gusta mezclar la farmacia con la manduca.

Ella dio al quince la pastilla y le dejó el tazón de café sobre la repisa blanca.

—Esa es una engreída. Está siempre más engallada que un gallo sobre un pedestal

—dijo el quince, al tiempo que sacaba de debajo de la cama una botella de coñac y vaciaba en el café un copioso trago—. ¿Quieres?

—No, gracias.

—A mí el café sin «apoyo» me da vómitos. A propósito, ¿cómo te llamas?

—Matías Palá. Capitán Matías Palá, de Ingenieros.

—¡Jolín, de Ingenieros!... Yo soy de Infantería, capitán también. Capitán Alonso Muérzaga. Me vaciaron un pulmón en Belchite. Pero me queda el otro.

—Yo no sé lo que he tenido. Seguramente ha sido congelación en esta pierna.

—Yo te diré lo que has tenido. Tienes en los pies tres dedos menos de los que tenías, total siete. Con esos todavía se anda. Durante quince días estuvo en aquella cama del hospital de Zaragoza. Por la mañana, a primera hora, entraba la enfermera. Dos veces al día le visitaba el médico. Le destaponaba la herida —un agudo dolor— y le reconfortaba a su modo.

—Ha estado usted de suerte. Dos horas más y, por lo menos, no anda más que a saltos, con una sola pierna.

Después le autorizaron a levantarse. Salía al pasillo apoyado en una muleta. Entre tanto, el quince vaciaba todos los días una botella de coñac, que le subía de tapadillo un asistente, a media tarde.

—Oye, soldado —le preguntó un día Matías Palá en el pasillo, cuando salía de su visita cotidiana—. ¿Cómo es tu capitán?

El muchacho era un gallego con aire de sorna.

—Mi capitán es un jabato —repuso.

—¿Un jabato de qué?

—¿Cómo que de qué? Si no es por él nos hundimos todos en Belchite. Aguantó aquella embestida con solo sus huevos. Se quedó con solo cinco o seis y una ametralladora, hasta que llegaron las tropas.

—¿Y por qué le traes coñac? ¿Te dejan?

—Hacen la vista gorda.

—Oye, muchacho, pero eso le puede matar.

El soldado le miró, esta vez serio. Bajó los ojos, como si se resistiese a decirlo.

—Mi capitán ya está muerto.

Dentro del cuarto se le oía canturrear, en una mezcla de borrachera y de delirio:

*En la noche de San Juan,  
donde las toman las dan;  
y en la parameeera...*

A los quince días le enviaron a un pabellón distinto, en el mismo hospital. Andaba aún con dificultad y con algún dolor. Sin embargo, la amplia llaga iba cicatrizando. La enfermera de allí era un ser dulce y amable. Las monjitas eran pura bondad. Los médicos parecían tener mayor categoría que los del pabellón antiguo. Pudo pasear por

el jardín. Empezó a leer la prensa. Se hablaba poco de contraofensivas y batallas en el frente de Teruel. Empezó a impacientarse. «Eso va bien —le dijo el doctor—. Señal de que sus nervios vuelven a entrar en servicio».

De pronto, un día de febrero recibió una visita inesperada. Era Fermín Urquizu, antiguo ayudante del general Mola y destinado al Servicio de Información Militar del coronel Ungría. Le conocía desde los tiempos de Pamplona.

—¿Cómo va esa pierna? Vamos, veo que puede usted andar casi normalmente. Le convendría hacer un poco de ejercicio y volverá a ser el de antes.

—Eso espero.

—Ha estado usted de suerte. El coronel Ungría se ha interesado por usted. Durante estos dos meses no le hemos perdido la pista. No crea que se tratara solo de nuestro interés personal, no. Hay algo más que le voy a explicar en pocas palabras.

—Matías Palá le escuchaba atentamente.

—Durante estos dos meses de guerra hemos podido comprobar su adhesión y la fortaleza de su ánimo. Ahora queremos confiarle una misión más delicada, sin duda más arriesgada y, para nosotros, de mucho más valor que las que le hemos encomendado hasta ahora.

—Usted dirá, mi comandante.

—Se trata de que vaya a Barcelona. Para ello tendrá usted que pasarse por el frente, con los riesgos que eso comporta. Tendrá que recobrar allí otra vez su propia personalidad. Usted era amigo de uno de los gerifaltes de los rojos, ¿no es así?

—Sí. Era amigo de Nicolás Borredá.

—Hágale usted creer que la guerra le pilló aquí por casualidad. Que está usted hastiado de esta zona. En fin, congráciense con él. Y organice allí, según sus medios e iniciativas, nuestros servicios de información. No me interrumpa, por favor. No llevará usted papel alguno. Se dirigirá al propio tiempo a uno de nuestros agentes, de los pocos que han podido escapar a las purgas de última hora. Él le dará las claves y todo lo demás. Se trata de saber en qué momento van a preparar otra ofensiva como la de Teruel, cuál es el número de sus fuerzas, con qué dispositivos cuentan, armamento, material y hombres. La batalla de Teruel ha sido ganada por nosotros. Sí, en estos momentos el general Aranda, con Moscardó y Monasterio, emprenden una contraofensiva cuyo resultado es ineluctable, y que durará unos días. Pero no quisiéramos vernos sorprendidos otra vez.

—Bien —respondió Palá, al cabo de un rato—. Yo estoy a sus órdenes.

—Dentro de unos días volveré a visitarle para darle noticia de por dónde se va usted a pasar y de qué modo. Confiamos en usted.

El comandante Urquizu llevó la mano a la visera de su gorra y luego la tendió amistosamente.

—Ni que decir tiene que, si en este momento no se siente usted con ánimos, me lo dice con claridad. No perderá con eso nada ni por ello dejaremos de ser buenos amigos. Pero si acepta, por favor, no se eche luego para atrás.

—Así lo haré —repuso Palá.

Aquella noche tardó en dormirse. Llamó a la enfermera y le dieron un somnífero. Al despertar, como si en el sueño, que fue profundo, hubiera ido discurriendo el hilo de su voluntad, vio claramente que lo que iba a hacer sin rodeos era aceptar. No solo recordaba la angustia en que había vivido con Rafael Mas y Guimerans en los períodos anteriores a la guerra; sus riesgos, graves pero anónimos, en Badajoz, en Teruel, que le impulsaban a una acción más personal y generosa, sino que a ello se mezclaba un motivo de tipo personal, que convertía a la oportunidad que acababan de ofrecerle en algo casi providencial. Trasladado a Barcelona con esa misión, que cumpliría con toda la sagacidad y la entereza de que fuera capaz, podría al mismo tiempo seguir la pista y alcanzar, tal vez salvar a Blanquita, su sobrina, de la que acababa de sentirse brutalmente separado. A medida que lo maduraba iba advirtiendo la concatenación de unos hechos que ya no dependían de su voluntad. ¿Sería Dios, ese Ser supremo zarandeado por los filósofos, el que entroncaba unos acontecimientos con otros para que su ser acabara realizándose en toda su plenitud? No se atrevió a dar a los acontecimientos esa amplitud trascendental, pues hacía tiempo que no pensaba en Dios y de hecho se tenía a sí mismo, hasta entonces, por un ser agnóstico. Lo cierto es que cuando el comandante Urquizu fue a verle, dos días más tarde, dio su aprobación más absoluta al plan y prometió cumplirlo con todas sus fuerzas.

—En ese caso, convendrá que usted se entreviste personalmente con el coronel Ungría, pero no en Burgos, donde hay demasiada gente. Me han dicho los médicos que tardarán todavía unos días en darle de alta. El coronel vendrá a visitarle a usted aquí mismo, en el hospital.

A medida que iba pasando el tiempo, se preguntaba, sin embargo, si sería capaz de realizar todo lo que le pedían. Cuando iba el médico a levantarle los apósitos se observaba la cicatriz y se preguntaba —y le preguntaba— cuánto tiempo tardarían en desaparecer aquellas costras y abolladuras. Le habían desaparecido los tres dedos inferiores del pie derecho; no obstante, su andadura era ya normal. Pero su paso había de ser forzosamente más lento y no podía transitar como antes durante largas distancias. Sin embargo, procuraba ejercitarse en largos paseos por el parque del hospital, lo que le hacía coger el sueño por la noche (le una manera rotunda).

Tardó aún quince días en visitarle el coronel Ungría. Entre tanto, se había desatado de forma victoriosa la contraofensiva de Teruel y la nueva posesión de la ciudad. Tres columnas convergentes habían coincidido sobre ella y habían culminado en la ocupación de un Teruel en escombros. Pero el descalabro de las fuerzas republicanas no había sido tan grave como se presumía; los intentos por cortar la retirada de los rojos no fueron satisfactorios; su desplazamiento a otra línea posterior fue lográndose mitad por una buena táctica de contención, y mitad por el auxilio del

tiempo que impedía aún los avances en tropel. Se salvó el prestigio y se silenció la labor abnegada del coronel Rey d'Harcourt, que había sido capturado por las fuerzas republicanas.

El coronel Ungría era un hombre en quien se advertían seguidamente las virtudes del militar. Reposado, templado, reflexivo, con una faz bien puesta sobre unos hombros firmes, tenía dejos de antiguo soldado y un porte a la vez aristocrático y sencillo. No perdía el tiempo, pero no se apresuraba. Se encerraron en la habitación de Matías Palá.

—¿Qué ha decidido usted, capitán?

—Que estoy a sus órdenes. Procuraré cumplir lo mejor que sepa.

—La misión es arriesgada, estoy por decir que muy arriesgada. Para ella habría que contar otra vez con el auxilio del Dios de las batallas. ¿Me entiende usted bien? No se trata solo de que exponga usted su vida, como tendrá que exponerla desde el primer momento, sino que se comprometa a que, en caso de que descubran su verdadera misión, sepa usted aguantar la embestida y no abrir boca. Eso es fundamental. Lo que le encomendamos parte de una serie de supuestos problemáticos: primero, que consiga usted cruzar el frente y pasar a las líneas enemigas sin dificultad. Segundo: que consiga usted conectar directamente con ese amigo suyo haciéndole creer que está de su parte. Usted sabrá el modo de hacerlo sin comprometerlos. Tercero: que obtenga usted su confianza hasta el grado que le sea posible y, una vez en ella, que pueda enlazar sin que le pillen con nuestro agente Bazán, y establezca con él el modo de transmitirnos la noticia o las noticias.

—¿Cómo conectaré con él?

—Recibirá usted un aviso en el lugar en que se encuentre, que él averiguará. El aviso será: «Federico está mal y necesita verle». Usted responderá: «No me es posible hoy, será mañana». Él le dará un número de teléfono que corresponde a un nombre de la letra W. En la dirección de ese nombre en la guía, y preguntando por ese señor, irá usted aquella tarde a las seis. Repítame muy bien lo que acabo de decirle y grábelo en su memoria.

Matías Palá así lo hizo.

—Bien. Vamos a tratar de su paso a la zona roja —desdobló un pequeño mapa que llevaba en el bolsillo—. Tiene usted que pasarse como si lo hiciera de buena fe, sin que lo sepa nadie. Hemos pensado que el lugar menos fortificado de toda la zona está aquí, justamente a unos cuantos kilómetros al norte de Teruel. Hay, a lo largo de ochenta kilómetros, seis o siete kilómetros de lo que pudiéramos llamar zona de nadie, con pequeñas guarniciones que están en los pueblos y que habrán quedado aún más menguadas después de lo de Teruel. Es probable que si se pasa usted después del amanecer, a las seis en punto de la mañana, ni siquiera le den el alto. Sin embargo, usted se presenta como un fugado o desertor. Arguye que se encontraba muy solo, que han raptado a su sobrina, que estaba en zona nacional en un viaje de negocios, que anhelaba que llegara ese momento, etcétera. No tengo necesidad de subrayarle

los aires de verosimilitudes que debe dar a ese trance. Seguramente en el frente no le tomarán más que una declaración somera, para ampliarla después en algún lugar de la retaguardia. En esta segunda declaración da usted el nombre de Nicolás Borredá, para que le avale. Y espera usted a ver qué pasa.

—¿Y si no contesta?

—Hay una probabilidad entre ciento de que conteste. Y media probabilidad entre ciento a que le llame y pueda hablar con él. Una entre mil a que entre usted en su círculo. Y por esa una entre mil nos atrevemos a jugar esta carta.

—Conforme, mi coronel.

—Nada más, capitán. Buen ánimo, y Dios con todos.

A los pocos días Matías Palá recibió la orden de trasladarse al cuartel de San Fermín, en Zaragoza. La vida en el cuartel era monótona. Iban incorporándose soldados de la nueva leva, y otros que, tras la depuración, procedían de la zona roja. Procuraba no hablar con nadie. La cosa no era fácil. Los caloyos eran locuaces, expansivos, y los había incluso demasiado comunicativos. Uno de ellos se pasaba de rosca.

—Oye, viejo. ¿Qué haces tú aquí? ¡Cualquiera me hacía ir a mí a la guerra a tus años!

—Chaval, ¿te vienes a putas? ¿Sí o no?

Pensó que no debía llevar su misoginia de un modo exagerado. Salió con ellos una noche al cabaret, en el zoco. Eran frecuentes las borracheras, las broncas, los altercados en aquella zona. Al comienzo de la guerra las juergas más ruidosas se hacían impunemente, y los soldados —los del Tercio sobre todo—eran los amos de la situación. Al fin se habían impuesto las patrullas, con sosiego del vecindario. Las cupleteras del cabaret debían de ser, sin embargo, todavía más «echadas p'alante» que la soldadesca. Había que hacerse respetar.

—Oye, chico, que esta teta tiene dueña.

—¡Qué buena estás, flamenca!

—¿Por qué no vamos un rato al «Palacio de la sífilis»?

—Nos llevamos al moro ese, que está como pasmado.

Unos del Tercio se liaron a palos con tres italianos. Sonó un tiro que dio en el marco de un espejo. Entraron los de la ronda y se restableció la calma. Se llevaron a dos del Tercio, que daban tumbos por la sala, atropellando sillas y veladores. En el escenario, «Palmerita de Huelva» intentaba serenar la situación a voz en grito:

*Mi jaca  
galopa y corta el viento  
cuando pasa por el Puerto  
caminito de Jerez...*

Él hacía como que bebía, pero se mantenía sereno. Desde ese momento se estaba

adiestrando para lo que iba a ocurrir.

A los cinco días salió la expedición. Viajaban en la caja de un camión que salió de Zaragoza después de comer. Iban unos quince soldados, con sus macutos, con la cantimplora, con el fusil, con las cartucheras. Eran bártulos pesados que los hacían andar como torpes tortugas. La larga calzada se extendía hacia el horizonte como un paisaje lunar. ¿Cuándo había sido fértil aquella tierra? La caliza de las lomas estaba desmoronada por millones de siglos de sequía. A la derecha, en cambio, se advertían los verdes de la vega del Ebro en amplio y dilatado errabundaje hacia el mar.

Uno de los soldados llevaba una guitarra y se puso a cantar, rasgueando.

Después vino un sopor, un cansancio. El camino se hizo un pedregal. Era una carretera secundaria, camino de Alcañiz. Luego torcieron por un camino aún más estrecho. Al fin, a las siete de la tarde, llegaron a Torrecilla del Rehollar.

La torre mudéjar de la iglesia del pueblo ponía en el paisaje una vertical de sombras. Por todos lados el panorama se desdibujaba en altozanos y colinas que a esa hora del atardecer parecían tener una consistencia líquida, porque el viento desfleaba la masa de los sembrados y alteraba la superficie del paisaje. Los recibió un sargento malcarado, con unos grandes bigotes, que les dijo a la primera:

—Me llamo el sargento Suevos, pero me llaman Huevos porque los tengo. Espero que sepáis cumplir las ordenanzas, porque por menos de nada envío a un tipo al paredón.

Luego los llevaron a dormir, sin cenar. Uno de los reclutas se atrevió a decir que no habían comido nada desde el mediodía.

—¿Es que has venido a la guerra a comer y a cenar a sus horas? No es mía la culpa. Haber llegado antes.

La cuadra donde durmieron sobre la paja olía a heno y a orines. Matías Palá tardó largo rato en quedarse dormido. De entre las rendijas de las piedras asomaban su cabeza los ratoncillos, que correteaban de un lado a otro a la luz del candil. Pasaban con absoluta indiferencia sobre los cuerpos y las cabezas de los que dormían.

A las seis de la mañana los despertó la diana, ardiente canto del gallo que desentumeció sus miembros. El corneta era un veterano del Tercio que había sido mutilado en un brazo y seguía sin embargo en la milicia, porque no había tenido nunca otro modo (le vivir. Llevaba unas largas patillas que le llegaban al mentón y tenía una cara aceitunada y hosca.

Durante el resto de la semana, los recién llegados estuvieron perfeccionando su instrucción en los campos de los alrededores. Hacían ejercicios de tiro, de lanzamiento de bombas de mano y de marcha en despliegue. El domingo por la mañana, después de la misa de campaña, asignaron a cada uno al batallón correspondiente. Matías Palá se vio mezclado a otras gentes hasta entonces desconocidas. Uno de sus nuevos compañeros era catalán, de la Seo de Urgel. En seguida hicieron buena amistad. Hablaba un catalán con las «es» cerradas de la provincia de Lérida.



—Mataron en una noche a mi padre y a mis tres hermanos. El único que queda soy yo. Mi madre se fue a vivir a Barcelona. Le apesadumbró pensar lo que significaría para ese muchacho que él se pasara. Pero no dijo nada.

A los pocos días les tocó relevar a los ocho soldados que había destinados en unas chabolas, a la salida del pueblo. Cada mediodía y cada tarde subía un soldado con el rancho.

Matías Palá no consideró oportuno realizar su fuga mientras aquel muchacho de Lérida estuviera con él. Entre tanto, estudiaba las condiciones del paisaje. Caminaba por el camino que tendría que seguir, que continuaba adelante hacia la loma. Desde esta, a lo lejos, se advertía el balanceo de un grupo de chopos provocado por el viento. Más allá, otra vez la tierra desnuda y otra loma; el camino, ya diminuto, torcía a la izquierda. Por todo aquel terreno desolado tendría que pasar. Pero no era todavía la hora señalada.

—¿Cuándo volveremos a esta chabola?

—Qué sé yo; quizá dentro de quince días, quizá dentro de un mes.

Eso le situaría, lo más pronto, a finales de abril.

Al cabo de unos días los relevaron. Los llevaron al pueblo, donde volvieron a dormir en el corral de los ratones. Al día siguiente los llamó el sargento Suevos.

—Se ha descubierto que aumentan los robos de gallinas, y eso no puede ser más que de la tropa. A partir de hoy, habrá guardia en las gallinas del alcalde.

Por la noche, en grupos de a dos, se situaron en las cuatro esquinas de la casa del alcalde. Era una vivienda rústica y descascarillada. Se le acercó un soldado andaluz muy joven, con cara de rufián.

—Oye, si quieres ser de los nuestros, tendrás la recompensa de probar el mejor pollo a la chilindrón que has comido en tu vida. Ahora, con eso de la guardia, nos han puesto la cosa todavía mejor. Si no quieres ser de los nuestros, te bastará con no abrir la boca.

—¿De qué se trata?

—Un pollo por día no mata al alcalde ni a nadie. Es un avaro con más duros que pulgas. Además, es medio rojo. Ese seguiría siendo alcalde con los otros. Conque ¡de ti depende! —Yo no diré nada, pero no quiero mezclarme en eso.

—Está bien.

El rufián y un compañero entraron de puntillas en el gallinero. Matías Palá los observaba desde el ventanuco. Las gallinas estaban dormidas de pie sobre unos listones. El andaluz se acercó con sigilo a una de ellas. Con sumo cuidado acercó sus dos manos separadas a la altura de su cuello. En un abrir y cerrar de ojos apretó con las dos manos; hubo un aleteo y cierto pasmo en el soldado. La cabeza de la gallina había quedado en una mano y el cuerpo, que chorreaba sangre, en la otra.

Salieron con igual sigilo.

—Nunca me había pasado eso. Estrangularla, sí; pero ¡decapitarla!...

—Mañana a las dos, en la balsa de la acequia. Todo eso si te callas, porque te lo

habrás ganado.

Se extrañó de que el sargento no llamara a los de la guardia. Preguntó si aquella noche habría guardia en el gallinero.

—No, no eran los soldados. Debió de ser un gavilán o una lechuza. Han visto manchas de sangre en el corral...

Después de mediodía se fueron hacia la acequia. Había una pequeña balsa hecha de ladrillo, que estaba llena de un agua transparente. Los muchachos se bañaban desnudos, a la sombra de unos altos álamos; el cierzo era vivo y mordedor, pero la alegría y la algazara los hacía entrar en calor. Todo ello ocurría mientras Paco el extremeño, un chico gordote y con cara de bueno, cocía parsimoniosamente la gallina que acababa de desplumar.

—Mira que si tuviéramos un poco de arroz. ¡Menuda paella nos íbamos a atizar!

—Lo malo sería encontrar la paella.

—Todo tiene arreglo. Ya la encontraríamos...

Matías Palá no se bañaba. Ayudaba al cocinero.

Después, la media docena de muchachos se tostaron al sol y, al cabo de un rato, vistieron nuevamente el uniforme de soldado.

La comida fue radiante. El clarete salía de las botas como una flecha de luz. Cantaban a coro:

*Carrascal, carrascal,  
una linda serenata,  
carrascal, carrascal,  
ya me estás dando la lata...*

Después del yantar, se dirigieron de nuevo al pueblo. Al cruzar la acequia avistaron a las mozas que estaban limpiando tripas de cordero en el agua, que discurría turbia y con un olor atroz.

—A ver si os laváis luego vosotras, para que nos acerquemos. Ellas replicaban moviéndose y haciendo muecas, con gestos a la vez provocativos e ingenuos.

—A esa me la zumbaba yo, puerca y todo —dijo uno, señalando a una moza robusta, que se despachurraba contra el canal. —Di tú que a cualquiera de ellas —repuso el otro.

A los diez días de vida en el pueblo les tocó nuevamente la guardia de una semana en la chabola. Esa vez, en el pelotón, no estaba el catalán de la Seo. Matías Palá sintió que se acercaba la hora, que aquel iba a ser el momento. Se trataba de aprovechar el día en que le tocara el último punto de la guardia. Sortearon los puntos y le tocó en la noche del miércoles.

Cuando esta empezó a cerrarse sintió que no podía dormir. Los otros parecían llevar sus actos de modo rutinario, pero a él todo el contorno, y la noche, fuera, le producía un íntimo malestar. Una enorme luna redonda presidía la extensión del valle

descubriendo, en recodos y altozanos, sombras y bultos que parecían fantasmas dormidos.

Siguió un rato en la chabola. La luz de un candil, alrededor del cual revoloteaba un moscardón, daba cierto aspecto de tumba a aquel habitáculo. En el suelo se habían acostado sus compañeros, excepto el que estaba de punto, y se oía trepidar afuera un vasto silbo de grillos como una ola sonora en la inmensidad. Por el portalón entraba una lengüetada de luz lunar. En los muros redondos del cobijo, hechos con sacos terreros, colgaban los objetos de los soldados: unos cascos de guerra, unas cantimploras, los platos de aluminio de cada cual, que destellaban en la oscuridad. En los sacos estaban apoyados los fusiles y de unos clavos colgaban las cartucheras. Había una solemne paz en aquella hora despierta del frente de Aragón. Pensó Matías que aquella era la bestia del Apocalipsis que dormía, en espera de desvelarse y empezar a rugir. En mitad de sus sueños, tendría que desplazarse al otro lado.

Salió al exterior, haciendo a propósito algún ruido, para no alarmar al que velaba. Era un muchacho gallego, que esperó a que llegase.

—No tienes sueño.

—No sé qué me pasa que no puedo dormir.

—En el primer punto no se puede dormir. Los peores son el segundo y el tercero. ¡Vaya sueño!

—Pero hay que estar despierto, por si viene la ronda o los rojos.

—Esos, esos... Yo, para desvelarme, pienso en mi casa. En mi madre y en los chavales, que son cinco después que yo. También pienso en la Marcela. Lo que haríamos la Marcela y yo en una noche así. Y con esa luna, que parece que está vaciando harina en todas las cosas.

—Yo no tengo nada en qué pensar. Quizá por eso no duermo.

—Puede ser. En Montalbán, tú no estabas aún, aquello era morir. Un mes entero lloviendo; fue antes de lo de Teruel. Y todo con nuestra posición en medio de un bosque. Allí no había ni cantina, ni mozas, ni nada más que esperar a mediodía y por la tarde la llegada del mulo. Y todo eso haciendo las trincheras y levantando las chabolas. Ya éramos igual que la tierra, llenos de barro hasta la cabeza. ¡Un mes entero! Preferiría una sarta de tiros que pasar por aquello otra vez.

—No digas eso. No habrá nada peor que los tiros.

—Los tiros son una cosa que pasas un mal rato el primer cuarto de hora, pero luego te vas encabronando y te da igual. El hombre se acostumbra a todo, menos al barrizal y a la mierda.

—Bueno, amigo. Voy a ver si duermo un rato —dijo Palá a poco. Lanzó una extensa ojeada a toda la llanura. Era una inmensa extensión de calma. Se metió de nuevo en la chabola y, al rato, cubriéndose con la manta, se durmió.

Al cabo de un tiempo, que le pareció corto, le despertó un tirón en la pierna. Alguien le avisaba para el relevo.

—Aprisa, hombre, que ya pasan dos minutos. Y me caigo de ganas de dormir.

Había cogido el sueño de un modo total, de un modo en que sus sentidos permanecían embotados. Pero se despabiló prontamente. Había llegado la hora.

Se sacudió la paja que se le había pegado al cuerpo y se pasó el capote por la cabeza.

—Ya lo sabes, la consigna es: «Aranjuez».

—Lo sé, lo sé —respondió, aparentando mal humor por el madrugón.

Cogió su fusil y salió al exterior. El otro había entrado ya y se tumbó como un fardo en el lugar que él había dejado libre. Para despabilarse, Matías cogió su cantimplora y tomó un trago del anís peleón que llevaba dentro. Sintió por todo su cuerpo la ardiente acometida del alcohol.

Estuvo largo rato haciendo su punto en espera de que empezase a clarear. El signo de que amanecía estaba en la aparición por el horizonte del lucero del alba. Jamás había esperado a Venus con tanta ansiedad. De vez en cuando asomaba por el portalón de la chabola y observaba a todos los que dormían. Un rumor de ronquidos entremezclados fluía del angosto rincón, mezclado a peste de anís y de sudor reseco.

Por fin vio asomar tras la cresta del horizonte un pálido punto de luz. No era un caminante solitario que paseara por el monte con una linterna en la mano, como dicen que había asegurado Utrero un día, hasta el punto de dispararle con el fusil. No, era Venus, la que surgió del agua con una concha de plata, la pintada por Botticelli, la musa de los renacentistas y la patrona de los griegos.

No se oía más rumor que el de la brisa sobre los campos de alfalfa y los verdes sembrados del trigo. Empezó a caminar. Lo hacía despacio. Aún se oía el barullo de ronquidos de la chabola, pero después ya no. Toda la tierra empezaba a ser una vasta soledad silente, solo alumbrada por el escaso relumbre de la chabola en el declive y, al fondo, el puntito de luz.

Aceleró el paso. Había que caminar aprisa. Al cabo de un poco estuvo en la loma. Siguió caminando. Se le hacían pesados el fusil y el macuto, pero había que soportarlos. Intentó llevar un paso regular, ni rápido ni lento. A lo lejos se advertía el macizo de chopos que había divisado la primera vez; hacia ellos avanzaba.

La luna había ido decayendo, se iba volviendo pálida y empezaba a clarear. Su figura había ya de ser evidente sobre el llano para cualquiera que lo observara. Pero no había nadie que pudiera observarle. Estaba solo en mitad de aquel amanecer de abril, como si fuera el único habitante del mundo. Aquella era una tierra de nadie, solo hollada por los campesinos de uno y otro lado a la hora de la siembra, y otra vez a la hora de la siega, con el respeto tácito de las tropas de uno y otro sector.

A medida que se acercaba al macizo de chopos iba oyendo el tropel de aguas de un manantial que discurría por aquella llanada. Este rumor, junto al de algún grillo solitario, era en aquellos momentos su única y colosal compañía. Sin proponérselo, aceleró el paso para acercarse a él. El agua le parecía entonces un anticipo de la creación, en ella habría algo del resplandor del primer día. Ya los chopos eran frente a sí una entidad augusta que acrecentaba sus perfiles, y una bocanada de aire acababa

de removerlos con un signo solemne de vida.

Llegó a los chopos y se volvió para ver el camino recorrido. Era una gran extensión de tierra. Por allí debían de estar sus camaradas, durmiendo en la chabola. Detrás de aquella loma, el pueblo, Torrecilla del Rehollar. Había hecho más de la mitad de su camino. Allí no irían ya a echarle mano los suyos. Estaba, pues, en manos de los otros. Se acercó al manantial. Era una acequia de agua transparente y fluida que discurría entre los olmos. Se sentó junto a ella. Se había apresurado demasiado y era todavía demasiado pronto. Por otro lado, le convenía descansar. Veía cómo crecía la claridad del lado del Oriente, pero aún tardaría en asomar el sol. Pensaba en la misión que se le había confiado: teléfonos, claves, cifras, consignas, noticias, fuego, muerte y destrucción. Pero ¿y aquella paz? ¿Cuántas veces, en los riesgos que se había comprometido a correr, pensaría en ese recodo, en el modo de discurrir tranquilo e indiferente de aquella agua que se dirigía al mar? Pensó también en su sobrina. ¿En qué tugurio infame estaría confinada? ¿A qué requerimiento ambiguo habría tenido que responder? ¿Qué torturas la aguardaban?

Quedó un rato tendido en aquel resquicio de sombras y emprendió nuevamente su camino. Lo hizo con calma, cargando de nuevo su macuto y su fusil. Caminó todavía media hora. Caminó por la tierra desnuda hasta alcanzar otra loma. Esta era la última extensión de tierra que se podía ver desde el puesto de la chabola. A partir de allí, un camino torcía a la izquierda. Emprendió el paso por aquel camino. Un caserón deshabitado y en ruinas se advertía a la derecha. Era el punto preciso en que podían descubrirle. A veces, los rojos enviaban un piquete de fuerzas al caserío, de modo que se metió a través de un campo de trigo a medio crecer. Si le veían, levantaría los brazos y en paz. Pero por lo visto no había nadie. Caminó por el trigo hasta alcanzar otra loma, donde había un camino de carro. Estaba entre dos chabolas de los rojos, a una distancia de un kilómetro una de otra. Se fue por el camino hacia la de la derecha.

El sol había salido. Era un sol orondo, anaranjado, rutilante, mayúsculo. Acababa de inundarlo todo descubriendo en el mundo todos sus secretos. Con él nacieron las sombras de las cosas, se animó el campo de verdes y de sepias, se escalonaron los sembrados. El caserío abandonado parecía entonces la quijada desnuda de un animal desollado.

Veía, al fondo de la loma, el perfil que hacía la chabola a que se dirigía. Avanzaba serenamente y a plena luz, para no andar con equívocos ni provocar la suspicacia del guardián. Poco a poco fue recorriendo el camino. Empezaba a extrañarle que nadie le diera el alto. La chabola se acercaba inexorablemente, y estaba deseándolo. Sentía que su corazón empezaba a palpar con fuerza. Llegó muy cerca de ella. De pronto descubrió a un soldado que se estaba despiojando a la intemperie, con el fusil al lado, apoyado en el muro de la chabola. Pero levantó la cabeza, le vio y siguió despiojándose.

—¿Qué hay de nuevo? —le preguntó en catalán—. Esta es la hora mejor para despiojarse. Con la salida del sol, los piojos se mueven más.

—No lo sabía. ¿Tenéis café?

—Bueno. Tú le llamas café a cualquier cosa. Ahí dentro está la perola. Sírrete tú mismo. Pero solo un vaso.

Sacó de su macuto un vaso y, acercándolo a una cafetera de latón que estaba humeando en el suelo, se sirvió. A sus pies roncaban media docena de sujetos, como en el otro lado. La mitad del país dormía así, solo porque unas cuantas docenas de tipos no habían sabido qué cosa tan delicada es el poder.

El centinela no había adivinado todavía que era un prófugo del otro lado. Él se sentó a su vera y dejó que siguiera despiojándose tranquilamente. Realmente, el café era un remedo de ese brebaje. Un poco de agua teñida. Pero estaba caliente.

—¿Quieres fumar? —le preguntó después, ofreciéndole la petaca.

El centinela levantó los ojos, como fulminado.

—Pero ¿tienes tabaco? —cogió el fusil con las manos—. ¿De dónde vienes?

—De allí, del otro lado.

El centinela hizo unos cuantos movimientos inconexos. Quitó el seguro al cerrojo del fusil, pero ante la actitud impasible de Palá consideró esta precaución innecesaria. Se fue hacia la embocadura de la chabola.

—*Nois, nois, un feixista* —gritó.

Los otros se despabilaron tardíamente. Uno a uno, en camiseta y con el fusil en la mano, fueron saliendo al exterior.

—¿De verdad eres un fascista?

—Bueno, vengo del otro lado, vengo a pasarme. Lo que indica que no soy un fascista.

—Hay que llevarle en seguida a la Comandancia.

—Alto, alto las secas... —interrumpió uno, el de más edad, que debía de tener autoridad sobre los otros—. Le llevaremos a la Comandancia. Pero primero que nos invite a fumar. No importarán cinco minutos.

—Y de paso nos cuentas cómo estáis en la otra zona —añadió un tercero.

—Bueno, siéntate.

Palá lo hizo.

—¿Qué queréis saber? —inquirió, al paso que su petaca y el librito de papel de fumar pasaban de mano en mano.

—¿Hay muchos moros?

—Hay bastantes —recordaba al moro que en Leganés había instalado un zoco privado y vendía todo lo que había podido encontrar: una máquina de coser, ropas, algo de bisutería, unos anteojos: «Paisa, ¿no compras? Es buena máquina»—. Sí, hay bastantes, pero no están en este lado. En este lado están los requetés —añadió por decir algo.

—¿Y los alemanes?

—Los alemanes están en la aviación. Por aquí también hay algunos italianos.

—Estos no me dan miedo —dijo un jabato.

—¿Y por qué te has pasado? —inquirió el del mando.

—Yo no tengo edad militar. Me apunté para pasarme. Soy catalán antes que nada. Ya estaba hartito.

—¿Tienes alguien en este lado?

—Tengo una sobrina.

—Bueno, se ha acabado la broma. Tú y Riudecañas lo lleváis al comandante —ordenó el mandamás a uno de ellos—. Cogedle el fusil y registradle antes.

Los aludidos se pusieron en pie. Matías Palá hizo lo mismo. Empezaron a registrarle. No le encontraron más que su documentación de voluntario y un par de paquetes de picadura.

—Mira. Aquí hay más tabaco.

—Este se queda aquí. Lo racionaré yo. Adelante.

Marchaba delante Palá, seguido por los dos soldados, uno de los cuales llevaba en bandolera su fusil. Cruzada la loma, a cosa de un kilómetro se advertía el perfil de un pueblo.

—Has tenido suerte al pasarte a esta hora. Si lo haces cuando estoy yo de guardia, te suelto una sarta de tiros. A mí no me gustan los líos.

Cuando llegaron al pueblo cruzaron por unas callejas. Las mujeres miraban sorprendidas y asustadas. Algunos soldados se estaban aseando en plena calle.

—Oye, ¿qué es esto? —preguntaban.

—Un fascista.

—¿Le habéis cogido o se ha pasado?

—Se acaba de pasar.

—¡Bufa!

A poco llegaron a la pequeña plaza. En el Ayuntamiento estaba la Comandancia. Subieron.

El comandante estaba durmiendo aún. Un gato negro se arqueaba en un rincón en el que había una mesilla y una máquina de escribir.

Apareció un tipo sin afeitado, con cara de malas pulgas.

—¿Dices que te has pasado? ¿O te has perdido? ¿Cómo te llamas?

Le dijo su nombre. El otro se sentó en la máquina de escribir y empezó a anotar su filiación.

—Llévale al calabozo.

Este era un cuartucho oscuro, que desde fuera cerró con llave el soldado. Estaba solo en él, rodeado de cajones vacíos de cerveza y de restos de sillas y de mesas, de modo que era difícil a la vez estar de pie o sentado. Una cucaracha intentaba escalar entre los listones.

Al cabo de hora y media alguien abrió la puerta. Le llevaron otra vez al cuarto del escribiente. Allí estaba el comandante.

Era un hombre fino, de modales discretos y muy cumplidos, que parecía tener un acento gangoso en la voz. Seguramente no era español.

—Vamos a enviarte a la retaguardia, a un campo. Allí se encargarán de informarse de quién eres.

Sobre la mesa había un libro. Era la *República*, de Platón, editada por Calpe.

—Vamos, llévatelo —dijo al tiempo que encendía su pipa que olía a tabaco holandés.

El campo estaba en Osaca, que era un terreno al límite de la provincia en el que silbaba un viento feroz de día y de noche. La mayoría de los prisioneros eran presos políticos. Unos que habían intentado pasarse, la mayoría de ellos por la frontera; otros que habían sido cogidos en organismos de propaganda clandestina en Barcelona; algunos de la FAI, apresados desde los sucesos de mayo. Los obligaban a salir por la mañana y a trabajar en la reparación de una carretera. Era curioso que en aquella camaradería pudiera fraguarse una convivencia en la que no había ni ideología ni castas ni modos de pensar. Le admiró observar cómo uno de la FAI cargaba a costas todos los días con los pesados instrumentos —pico o pala— que debía llevar un hombre ya de edad, cogido por haberle encontrado en su casa una bandera española y un crucifijo. El hombre padecía úlcera de estómago y apenas podía aguantar su trabajo, bajo el viento y el sol ardiente, durante las nueve horas de la jornada.

La comida era irrisoria, apenas un caldo caliente con algunos pedacitos de chorizo eventual y alguna lenteja que flotaba en él. Con eso, y un tazón de café —o líquido negruzco— por la noche, tenían que aguantar un trabajo agotador. Los guardianes no se andaban con chiquitas. Había uno, boxeador en otros tiempos, a juzgar por su aplastada nariz, que se metía sobre todo con los de la FAI, seguramente porque uno de ellos, el cirineo del católico, le plantaba cara a menudo.

Había también en el campo algunos que Matías calificó en seguida como agentes provocadores. Uno de ellos, un tal Rómulo, por lo visto estaba encargado de sonsacarle y era como una especie de ladilla incrustada todo el día en él. Jugaba su juego como si fuera un hombre cargado de escrúpulos en quien iban haciendo mella los efectos de los lavados de cerebro a que, según decía, había sido sometido hasta entonces. Le preguntaba cómo era la otra zona y decía que aquella guerra, según veía, no iba a terminar nunca; que el general Franco acabaría pactando con Prieto y con Negrín, y que aquello, en definitiva, era el juego de unos cuantos para estar en el poder. «Y entre tanto, nosotros aquí, pudriendo pulgas». Al principio Matías le contradijo, tuvo que asegurarle que aquella guerra acabaría con la victoria de la República —esta palabra no se la quitaba de la boca—, pero al cabo de un tiempo se limitó a no contestarle. Que le dejara en paz.

Al entrar en el campo le habían tomado una extensa declaración. De dónde venía, cómo había llegado hasta allí, cuál era su historial político y cuáles sus convicciones. No mintió más que lo indispensable. La guerra le había cogido en Pamplona, pero en seguida ardió en deseos de volver a Cataluña. No había participado en ningún hecho de armas. Cuando iba a visitar a una sobrina suya que vivía en Teruel —una sobrina soltera, sí, soltera—, le pilló allí la batalla y pudo escapar para alistarse y pasarse al



otro lado. Eso era todo. Que le dejaran hablar con Nicolás Borredá. Él le conocía y podría responder por él. Y al cabo de unos días, otra vez las mismas preguntas y las mismas cuestiones. «Mire, déjeme de historias. Lo que quiero es encontrar a mi sobrina: eso es todo. De la guerra no me hablen, yo no he sido nunca político». Esta frase iba a pagarla cara. El boxeador se encargó durante unos días de levantarle a las cinco, de .hacerle cargar con los montones de tierra más pesados, y un día le vació el plato, como sin querer, cuando él se disponía a devorar el asqueroso líquido.

—Conque no te importa la guerra, ¿eh, holgazán?

Dos meses y medio estuvo así Matías Palá. Pero un buen día le llamaron a la jefatura.

—Coge tus bártulos, aquí va tu lista de embarque, y preséntate en el Cuartel de las Milicias Antifascistas en Barcelona. Te reclaman de allí.

—¿Para qué?

—¿Para qué va a ser? ¡Estás libre!

## II

—¿DÓNDE ESTÁ MI MADRE? —preguntó Carlos Rius en la Conserjería.

El conserje le señaló el *hall*.

—Debe de estar allí, señor. Esta mañana no ha salido de casa. Y en la habitación no contesta.

Había muchedumbre de personas para las cuales el hotel María Cristina de San Sebastián era «la casa». Una de esas personas era Cristina Rius. Se había instalado allí en enero de 1937, poco después de liberada la ciudad. Allí transcurrían, entre postulaciones benéficas, chismes de retaguardia, soflamas patrióticas y partidas de *bridge*, los duros días de la guerra.

Carlos Rius se dirigió al llamado *hall*. En realidad este no era un salón peculiar, sino un ancho pasadizo entre columnatas jónicas que doblaba en semicírculo por la fachada posterior del edificio. A lo largo del pasadizo, como en los departamentos de un *pullman* monumental, se iban sucediendo tresillos, canapés, sofás y tumbonas. Cada grupo de estos cómodos segmentos de la decoración se llenaba de los conspicuos del hotel y de sus amistades. Era aquel un mentidero multitudinario, desde media mañana hasta medianoche. Había un continuo trasiego de gente que pululaba en uno u otro grupo, principalmente alrededor de alguna figura de militar que estuviera de permiso o de los gerifaltes que entraban o salían por la frontera de Francia con misiones específicas.

Crista Rius —como entonces la llamaban, o se hacía llamar, para subrayar así su condición de refugiada y nimbarse con la aureola del éxodo— tal vez no fuera un elemento importante en las conversaciones graves del momento, pero era una figura indispensable en cualquier ocasión. Estaba metida en «Frentes y Hospitales», era del patronato local de la Cruz Roja y acababa de ser propuesta para el ingreso en la Cofradía de la Virgen de Aránzazu, a cuyo cargo correspondía una intensa actividad benéfico-social. En cuanto su ingreso quedara cumplimentado, se proponía organizar una función de gala en el Teatro Principal, con espectáculo de «Coros y Danzas» de la Sección Femenina y charla de García Sanchiz, que engrosaría sustantivamente los fondos locales de «Frentes y Hospitales».

Esta situación preeminente se la había facilitado a Crista Rius el coronel Oscar Andrade, del Cuerpo Jurídico Militar, persona influyente, muy bien vista en Burgos y admirador respetuoso de la Crista renaciente que, como nueva ave fénix, había surgido rutilante de las cenizas de la revolución barcelonesa. En efecto, esta revolución le había venido a ella al pelo. Le habían permitido en un santiamén rehacerse moralmente, volver a emprender la senda de la virtud y del decoro, que llevaba un tiempo algo extraviada, y adquirir, cuando ya estaba a punto de perderla, noción de su dignidad y de sus deberes para con la patria y con los demás.

Incluso la posición más que equívoca de Desiderio Rius, su marido, había venido a favorecerla. Desiderio no se había movido de París. Las noticias que de él le llegaban eran contradictorias. Sabía que unos le tachaban de rojo, seguramente basándose en sus amistades republicanas y catalanistas. «¿Rojo él? —se decía Crista—. Quizá sea un poco de color de rosa, qué sé yo... Pero rojo, rojo, nunca...». Sabía que vivía en un ático de la *rive gauche*, como un bohemio. Hasta le habían dicho que pintaba. Se atrevió a hablar de ello a Oscar Andrade, una tarde en que estaban solos en el *hall*. «Deja a tu marido, Crista, déjale que viva su vida. No te haría ningún favor un contacto con él en estos momentos. Ha firmado un manifiesto antifascista con Picasso y otros. Comprendo tus sentimientos, pero no quieras ser abnegada con él. Lo importante es que tu hijo, lo tienes ya a tu lado. ¿No es así?».

Y así era. Lo curioso es que Carlos estaba a su lado precisamente por consejo de su padre. El propio Carlos se lo había contado a su madre al llegar. Al saber que su padre estaba en París, Carlos Rius se marchó de Suiza con el ánimo de regresar a Barcelona y hacer algo por su abuelo, del que no tenía noticias. Pero Desiderio lo disuadió. «Sobre todo, te lo suplico, no vayas a Barcelona. A pesar de lo que dicen los diarios, aquello es una olla de grillos. Vete con tu madre a San Sebastián. Ella te ayudará a que no te pase nada. De tu abuelo me ocuparé yo desde aquí».

En efecto, ¿qué más podía pedirle Crista Rius a la realidad —a una realidad sangrante, trágica, pero que le resbalaba por encima de la piel— que la situación en que se encontraba? Que cada cual viviera a su manera, capeara el temporal como pudiese y sacara de las circunstancias el mejor provecho posible.

Una sola cosa provocaba en ella de vez en cuando una desazón, la mortificaba con una punzada aviesa. Cuando pensaba en su madre, sentía que algo parecido a los remordimientos la atosigaba y torturaba. Doña Evelina había permanecido en Barcelona, a sus años —setenta, ochenta, noventa, ciento, ¿quién podía saberlo?—, sin querer abandonar su piso del paseo de Gracia. Pero Crista se sacudía la inquietud, se tranquilizaba, sin querer ahondar demasiado en las cosas, con la siguiente excusa: «Yo le propuse que viniera y no quiso. Por otro lado, allí está Rita. Está con ella para cuidarla. Y Rita lo salvará todo».

Carlos Rius se dirigió al *hall*. Era un mocetón alto y espigado; sus ojos negros parecían asombrarse en un rostro juvenil, lampiño, de facciones claras, bien diseñadas. Llevaba en la cabeza su boina roja de requeté, inclinada sobre una frente noble y alta. Iba enfundado en el uniforme de cuero de los enlaces motoristas.

Al llegar de Francia, su madre, por consejo de Oscar Andrade, le había comprado una Harley y le había hecho ingresar sin dificultad en el Cuerpo. Cruzaba las calles de San Sebastián, del Estado Mayor al cuartel o a Capitanía, como un centauro hecho una sola pieza con la máquina. Cuando doblaba una esquina, inclinándose sobre el asfalto, las muchachas se volvían a mirarle.

Acababa de terminar en Suiza la ampliación de estudios textiles y el cursillo de prácticas cuando sobrevino la revolución. Esperó unos días hasta ver qué pasaba. Nunca, empero, pudo llegar a sospechar que aquello se prolongaría hasta convertirse en una guerra. Un día, a mediados de agosto, recibió un cable de su padre desde París. Su padre había podido salir de España y quería hablarle. Preparó su traslado a Francia y se presentó en el Hotel Lutetia, donde Desiderio le había indicado que iba a vivir.

—Esto va a durar más de lo que sospechamos —le dijo su padre, al que encontró más viejo, con el pelo entrecano, con más arrugas en los pómulos, que sombreaban ligeramente sus negros ojos—. El Gobierno ha tenido que valerse de los sindicalistas y ahora no los puede dominar. Estuvo en un tris que también a mí me cortaran el cuello. Aquello es una algarabía, un desmán. Es inútil que pienses en que puedes ir allí.

Advertía en su padre desgana, desapego por todo lo que ocurría. La cuestión de España no tenía remedio.

—Somos un país de cafres, una cabila, ¿no lo ves?

—¿Y el abuelo?

—He dejado al abuelo bien, dentro de lo que cabe. Josefina estaba con él. Vivían en casa de tu abuela.

Durante unos días, Carlos Rius se quedó a vivir con su padre en el hotel. No se veían más que por la mañana, en que Carlos entraba en la habitación de Desiderio. Sobre la mesilla había invariablemente una botella de *whisky* medio vacía. A veces, cuando llamaba, su padre no había despertado aún. Entonces Carlos Rius salía a dar una vuelta por las calles de París. Se admiraba de que aquella muchedumbre viviera ajena a la lucha que estaba ocurriendo un poco más allá, casi a la vuelta de la esquina. Las muchachas esbeltas modulaban con su paso por las aceras la eterna canción de la vida. Las terrazas de los cafés estaban llenas de un público abigarrado e indiferente, que parecía madurar como el fruto de un árbol en la atmósfera del templado septiembre. Los voceadores de los diarios gritaban la voz de la actualidad. España aparecía en las primeras páginas. A juzgar por lo que leía, la situación no tardaría en quedar normalizada; parecía que el Gobierno llevaba tensas las riendas del mando. Pero se advertía que algo no funcionaba según estos esquemas. Franco avanzaba por Extremadura. En el Norte, las tropas de Mola amenazaban con llegar a la frontera. En el centro, los fascistas habían detenido a los republicanos en la sierra de Guadarrama. Algo estaba indeciso y, por mucho que los acontecimientos se adelantaran, seguramente no sería posible volver a casa antes (le Navidad).

Un día leyó asombrado la toma de Irún por los nacionales. 1 a frontera con Francia, por el Oeste, estaba abierta a los sublevados.

—No obstante —dijo su padre en pijama y desde la cama, donde estaba desayunándose, con *Le Temps* desplegado frente a él—, no hay que hacer caso de estas victorias ocasionales. Ayer estuve con Martí Alfaro, que es un hombre de la

Generalitat y ha venido aquí a comprar armas. La ayuda del Gobierno francés es absoluta. No dejarán que Franco gane. Tenemos que llegar a la conclusión de que esto no es una sublevación, sino una guerra, una guerra civil muy complicada. Probablemente será larga; tan larga como tarde el Gobierno en adueñarse otra vez del poder y en poner las cosas en su sitio.

Las tropas del Sur habían ido escalando el mapa y, sin que nadie lo presumiera, acababan de liberar a Toledo. En el Alcázar encontraron una partida de heroicos supervivientes, que salieron de las ruinas como fantasmas.

—Desde luego hay que reconocer que solo los españoles son capaces de hacer esto —transigió Desiderio.

El otoño parisiense desembocaba en el invierno con rachas de viento helado. Carlos Rius se aburría en París. Su padre salía del hotel después del mediodía y ya no volvían a verse hasta el día siguiente. A veces Carlos le descubría en el *hall* en compañía de otros hombres, la mayoría de ellos españoles. Alguna vez estaba con él una mujer francesa; era una rubia ondulada y postiza de unos cuarenta años, que hablaba y pontificaba como un hombre. También su atuendo tenía algo de masculino. El primer día se la presentó.

—Esta es Ivette, una buena amiga.

La mujer le miró con unos ojos grandes, azules, casi metálicos.

—*Ah, c'est un beau garçon...* —comentó.

Pero Carlos se aburría. Quería decidir su futuro, tomar una determinación. Le abrumaba el sentimiento de estar desarraigado, de no saber nada de su madre ni de su abuelo. Se lo dijo a Desiderio.

Era una de las pocas noches que este se había quedado en el hotel. Estaba bebiendo *whisky* en el *hall*. Desiderio le miró con ojos distraídos, ausentes.

—¡Bah, no te preocupes por ellos! En estos tiempos, cada cual debe arreglarse a su modo.

Carlos observó a su padre. Estaba ligeramente ebrio.

—Papá —le preguntó—, ¿por qué bebes tanto?

Desiderio entornó entonces los ojos y le miró fijamente.

—¿Por qué? —contestó—. Te lo diré: hay gente que se droga, hay gente que va a misa, hay gente que tiene una fulana, hay gente que se pega un tiro. Yo bebo. ¿Te parece mal?

Carlos no contestó. Hubo un largo silencio. Desiderio prosiguió:

—Si yo no bebiera, ya estaría muerto. Estaría muerto de tristeza, muerto de hastío o de aburrimiento. ¿No te aburres tú, que eres joven? No te preocupes por mí. A mí no me necesita nadie.

—Padre, no es cierto. Te necesita mamá. Te necesita el abuelo. No hay nadie que no sea necesario.

—¡Ah, tu madre...! Te aseguro que ella no me necesita. Vive para sí misma, vive a su modo. Es como una planta, un cacto hermoso. No necesita que lo rieguen. Pero

pincha.

Carlos se sonrojó un instante. Desiderio lo advirtió.

—No me hagas caso, Carlos; estoy bebido.

Su madre estaba al extremo del *hall*, en compañía de otras señoras. Una de ellas era Olga Campa, alavesa de buen ver, a cuya iniciativa se debía, según la voz popular, la reciente implantación en toda la zona nacional del «plato único» un día por semana. Naturalmente, dicho plato era único solamente en lo relativo al continente, no al contenido. Ni las Pocholas de Pamplona, ni la Nicolasa, ni ninguna de las innumerables fondas y tascas del mapa nacional, de Cádiz o La Coruña, habían disminuido la ración. Habían limitado, sencillamente, la vajilla.

Crista, madre de Carlos Rius, tenía aún una bella figura, más bella y atrayente si cabe que años atrás. Era como si la guerra hubiera pasado sobre sus aristas un cepillo suave. El seno era punzante y sugestivo, marcado sobre una cintura flexible y ágil, que había perdido en gravidez y daba a toda la línea un aplomo seguro. Su tez era blanca, luminosa, y en ella fulgían como (los alegres faros un par de ojos deslumbrantes, marcados por el *rimmel*. Las manos, largas, coronadas por unas hermosas uñas en punta, de color violáceo, sostenían en aquel momento un largo cigarrillo americano.

Carlos se acercó y le dio un beso en la mejilla. Saludó a sus acompañantes.

—Fifí ha preguntado por ti, cariño. ¿No la has visto? «¿Quién es Fifí?», se preguntó a sí mismo, un instante, Carlos Rius. Pero se apresuró a contestar que no, que no la había visto.

—Quería que la acompañaras en moto a Zarauz para lo de la postulación del 23. Le encanta ir contigo.

Cayó entonces en quién era Fifí. La hija del vicepresidente de la Diputación donostiarra. Una criatura de veintitrés años más ardiente que un mediodía del trópico y a la que, cierto, le agradaba agarrarse detrás de él en la Harley y, a ser posible, pararse un rato a descansar en un claro del bosque.

—No sé si podré ir. He recibido una carta de Burgos en la que un amigo me cita allí. Tendré que salir en seguida, hoy mismo. —Pero... ¿y la oficina?

—Me han dado ocho días de permiso.

La forma tajante con que lo dijo sorprendió a Crista. En general, no toleraba que le llevaran la contraria. Pero, por respeto a las concurrentes, no objetó nada. Únicamente preguntó:

—¿Y de qué amigo se trata?

—Verás... es un chico de Barcelona. Recordarás a los Llobet, de la fábrica de papá. Es el hijo de Llobet, el que mataron.

La verdad es que Crista no recordaba que hubieran matado a nadie y apenas recordaba quién era ese Llobet.

—Bueno... ¿y para eso tienes que ir a Burgos? ¿No podría él venir aquí? Al fin y al cabo es... ¿cómo te diré yo? Ya me entiendes...

Carlos no contestó. Sabía lo que su madre quería significar con aquel «ya me entiendes». Con ello complicaba a todo aquel a quien conceptuara indigno de rozarse con ellos. «Si es un empleado —barruntaba Crista—; ni clase media siquiera».

—Me parece que no deberías dejarlo todo de pronto para ir a ver a ese Llobet, por mucho que los rojos hayan matado a su padre, que en paz descanse. Cada cosa en su lugar.

—Se acaba de pasar y trae una carta del abuelo.

—Que la envíe. Los correos funcionan.

—Quisiera hablar con él.

—Yo creo que lo que tiene el muchacho son ganas de airearse un poco —terció la del plato único con ánimos de quitarle plomo al asunto—. A su edad, la libertad es un don inestimable. ¿No habrá una faldita de por medio?

—¡Ca! Si Carlos no es faldero... Cree que me pareces un poco raro. Con lo ilusionada que estaba Fifi por ir a Zarauz. Dime, ¿y cuándo te irías?

—Después de comer.

Crista hizo una mueca de fastidio.

Carlos besó nuevamente a su madre y se despidió con unas frases triviales; pidió en la conserjería la llave de su habitación.

Hizo a trompicones un equipaje de circunstancias. Metió en una bolsa lo más indispensable y volvió a bajar. Pensaba salir en aquel mismo instante. Algo tomaría por el camino.

Pronto la Harley cruzó San Sebastián. Bordeó la Concha. Los tamarindos ponían en el paisaje grumos de esmeraldas y, al fondo, jadeaba el mar; un mar azul, reposado, que a veces salpicaba con sus olas la calzada, por la que sin embargo se aventuraban parejas de novios, algún badulaque de provincias o el abúlico guarda de jardines que, apoyado en su bastón, observaba el buen orden de la urbe. Más al centro, un grupo de amas de cría, enjaezadas como yeguas, paseaban ostentosos cochecitos en los que asomaba la cabecita rubia de un futuro conde o de un marqués, todavía ajena a la noción de su privilegio... Por el camino cruzaban coches oficiales y autobuses.

Pasó el túnel de Ondarreta, cuyo suelo viscoso le hizo aminorar la marcha, y se encontró de lleno en la carretera, libre de obstáculos y de cara al aire salino, que ponía en sus mejillas un arrebol de frío y humedad. Las crestas y los picos de las montañas parecía que se le vinieran encima. Arriba, en la cumbre, se veía de vez en cuando la silueta noble de una casuca, alrededor de la cual revoloteaban con vuelo pausado unos milicianos. Aquí y allí, sobre el verde campo, mullido como el terciopelo, pacían resignadamente docenas de vacas. Unas, extrañadas por el zumbido del motor, levantaban y volvían hacia él su testuz y le seguían mirando largo rato con unos ojos grandes.

Serían más de las dos cuando llegó a Vitoria. Se paró a tomar un par de bocadillos y un café en la plaza de la Virgen Blanca. Luego siguió su camino. El aire se había tornado gélido; subió las solapas de piel de su tabardo hasta las orejas y se cubrió la boca con el embozo del pasamontañas. Aún duraron crestas, curvas y barrancos; festoneó el lecho de un río, cuyo rumor de agua saltarina le acompañó un buen rato. Luego el paisaje se fue desliendo, de la curva y la altura hasta la recta y el llano. Los verdes se fueron convirtiendo en un panel de tierra parda, primero ocre, luego casi blanca, en la que se advertía la huella del arado y, en algún lugar, la caligrafía del rastrojo. De la tierra de pastos se entraba en el reino del cereal. Las casonas encaramadas eran solitarios bastiones en mitad de una inmensa llanada; del fondo, casi donde el muro gris de unos montes ponía cima al horizonte, llegaba como un lejanísimo eco el traqueteo de un tren, su agudo silbido, y se advertía una levísima humareda que avanzaba de una punta a otra del confín.

Llegó a Burgos cuando anochecía. Nunca había estado en la ciudad. Se le apareció como una mole de piedra inesperada, rotunda sobre el llano. Las solemnes agujas de la catedral resplandecían al ocaso. Parecían agudas lanzas esgrimidas contra el rojizo esplendor de unas nubes largas que dominaban toda la tierra, reflejando la luz del poniente. El atardecer había cobrado un tinte violáceo y transparente. Las gentes caminaban aprisa, ateridas por el frío. Carlos Rius entró en un café situado en el Espolón. La sala estaba llena a rebosar. Soldados, señoritas, oficiales, unos moros — que sorbían lentamente una taza de té—, algunos alemanes. En un instante tuvo Carlos la impresión de que ya estaba «mezclado» en la guerra. La algarabía era muy fuerte. La gente se movía de otro modo que en San Sebastián. Entraron unos oficiales de Regulares, con la roja gorra de plato en la cabeza. Uno de ellos iba herido, andaba con muletas y en su rostro había un tic nervioso, una especie de mueca extraña. Se fijó en su guerrera, que lucía la medalla militar individual. Unos soldados se levantaron de su mesa y le cedieron el sitio.

—Perdón, ¿no sabe usted de un sitio donde pasar la noche? —preguntó al camarero que le sirvió detrás del mostrador.

El camarero no le contestó. Iba sirviendo de un modo automático, como si fuera una máquina.

—¡Tres combinados!

—Oiga, por favor —intentó retenerle—. ¿Sabría usted de un sitio donde pasar la noche?

A su lado estaba un alférez de Infantería, que le miró un instante. Se tomaba una copa de ginebra sin chistar. De pronto entabló conversación con él.

—Ese va a lo suyo. Oiga, si quiere un sitio donde pasar la noche lo mejor es casa la Duendes, detrás de la catedral. Se le paga a la puta para que duerma en el suelo, si ella se aviene. Lo malo es que no todas se avienen.

—¿Qué decía? —preguntó entonces de pronto el camarero, que volvía a estar frente a él.



—Un sitio para pasar la noche —vociferó él entre el tumulto.

—Tome —y le entregó una tarjeta. «Eufrasia Hernández Lomas. Todo estar. Cama y desayuno. Precios módicos. Trato esmerado. Paseo del General Mola, 15, 3.º».

—¡Gracias! —Carlos pagó y se fue. Un transeúnte le indicó dónde estaba el Paseo del General Mola. Era el del otro lado del río. El número 15 estaba mucho más a occidente, cerca de la estación.

Doña Eufrasia Hernández Lomas era una mujer guapetona, que no alcanzaría los cincuenta años y que tenía una acogida maternal y cariñosa. El precio, para cama y desayuno, eran cuatro pesetas, pero tendría que dormir en una habitación con otros cinco. Le enseñó la habitación. Las camas estaban, a tres por lado, una junto a otra, como en un hospital.

—De todos modos, si no vuelve el comandante, le daré por una noche la habitación de él, que da al Arlanzón, y le cobraré solo una peseta más.

—¿Dónde está el comandante?

—Salió hace tres días hacia el frente de Madrid. Va y viene de este modo. No acostumbra a estar más de tres o cuatro días en cada salida.

—¿A qué hora lo sabré?

—Bueno, tendrá que ser a partir de las diez. Va usted a cenar, se mete un rato en el cine y a la vuelta... No se preocupe por mí. Yo estoy levantada hasta las doce.

Carlos Rius dejó sus bártulos y volvió a salir. Dejó la moto en un garaje cercano. Tomaría unos bocados y se metería en el cine.

El paseo y las calles estaban casi a oscuras, solo iluminados por esporádicas bombillas que pendían tristemente de unas largas pértigas. A esa escasa luz los hombres y las figuras eran borrones de sombras huidizas. Se acercaban y alejaban en silencio, como aparecidos. Cruzó el puente. El silbo agudo del viento le azotó las sienes, garabateaba en sus ojos. Por su lado pasaban gentes apresuradas. Frente a sí vio una fachada noble, un arco suntuoso de piedra gris, ornada por infinidad de figuras. Era el arco de Santa María, que adquiría una singularidad que subrayaba su hechizo y su relieve. En lo alto del cielo, entre las nubes, acababa de asomar una luna majestuosa.

Se quedó parado un instante, pese al frío. Nunca en su vida había tenido una sensación semejante. Ni en Zurich, ni en Ginebra, ni en París, ni en San Sebastián, ni siquiera en Barcelona la piedra le había sugerido de pronto el acopio de historia y la realidad del tiempo detenido como en aquel instante. Aquello era la puerta de una ciudad, pero era a la vez el pórtico de una andadura. No sabía quien fuera aquel doncel, el guerrero, el purista que le tenía absorto con su gesto de piedra en la súbita claridad del aire. Un airón trascendente acababa de arrastrarlo hacia un misterio inexplicable.

Antes de que el frío le invadiera, aceleró el paso. Cruzó el arco y entró en la ciudad. En la plaza porticada alternaban los comercios, que estaban cerrados, y los

café, que bullían de animación. Estuvo tentado de entrar en uno de ellos para recobrar otra vez el calor. Pero la revelación de la piedra le sedujo hacia otros lugares. Cruzó por unas callejas y, de pronto, apareció ante sí la mole inmensa de la catedral. Estaba bañada por una lámina de luz lunar, que acentuaba y daba énfasis a sus arabescos y capiteles. Parecía como un amasijo de luces y de sombras, dominadas por el gris de la piedra. Aquella orfebrería gigantesca pertenecía a una biología viva, palpitante y callada. Estaba adormecida en mitad de la tierra, en un silencio solo turbado por el lejano e impreciso eco de unas voces y de alguna guitarra en algún lugar de la ciudad. De las casas lejanas, en la plaza que luego ascendía hacia una colina, no trascendían más que escasas luces en las ventanas y una sombra borrosa, que cruzaba tras los visillos en el hueco de un balcón.

Estuvo un rato contemplando aquel prodigio silente, que parecía palpar como un ser vivo. Desde el montículo empezaron a sonar unas voces inseguras de gentes que venían. Eran unos legionarios, que avanzaban como a tumbos y no vocalizaban bien. Uno de ellos se puso a cantar. Otro le interrumpía.

—La Duendes ya no alterna para tipos como tú, canalla. Ella es una señora. Aunque sea francesa, es una señora.

Pasaron por su lado tambaleándose. Tuvo tiempo de fijarse en una cicatriz que llevaba uno de ellos de lado a lado del rostro y que le dejaba al descubierto una hendidura horizontal a la altura de la boca, en la barba negra y frondosa.

Después, esas voces se fueron alejando y volvió el silencio. Entonces Carlos se puso a caminar otra vez. Fue bordeando la catedral a la busca de un restaurante donde tomar unos bocados. Por fin, ya en el centro, encontró uno y se metió en él.

Comió un guiso de judías con chorizo y cordero asado. El viaje y el frío habían despertado su apetito. A su lado comían cuatro alemanes jóvenes, que guardaban una circunspección y unos modales que, a lo que veía, casi resultaban impropios de aquellos momentos y en aquella ciudad. Después de cenar, salió de nuevo a la calle y buscó un cine.

Lo encontró junto a la plaza del puente principal, otra vez a orillas del río. La película que ponían la había visto ya en Barcelona tiempo atrás. La copia era vieja y en los cambios de rollo producía la sensación de que estuviera cayendo un aguacero. El protagonista era un actor de pelo lustroso llamado Willy Fritz. *El trío de la bencina* se sucedía en la pantalla a trompicones. La acción daba saltos bruscos y, de vez en cuando, se producía un parón y se encendían las luces entre los silbidos de la total concurrencia. Había infinidad de parejas acarameladas y ovilladas en los asientos. También había muchos soldados y militares. La mayoría de ellos debían de ser de las oficinas o de los ministerios. Una vez se encendió la luz sin razón mecánica que lo justificara. Esta vez la gente no silbó. Se hizo un silencio súbito. Por los altavoces sonó el canto aguerrido del cornetín de órdenes. La voz de un locutor atronó el ambiente.

«Parte oficial de guerra del Cuartel General del Generalísimo correspondiente al

día de hoy. Algunas formaciones del enemigo han conseguido infiltrarse en el interior de la ciudad de Teruel. Las tropas de la guarnición las mantienen retenidas en el Acueducto de los Arcos. Los regimientos de los generales Aranda y Varela han pasado a la contraofensiva. Sin novedad en los otros frentes».

Después de la audición del parte, Carlos Rius decidió marchar a la pensión.

Cuando entró en el piso de doña Eufrosia era casi medianoche, no obstante lo cual la patrona estaba aún despierta en el comedor haciendo punto. Le dijo que el comandante no había venido y que, por lo tanto, podía usar su habitación. Lo acompañó hasta ella. Era una habitación digna, casi lujosa. Sobre la ménsula y la mesilla había varios retratos: el comandante con su señora y sus hijos, el comandante junto al general, en uno de los frentes de guerra. En la parte que daba al río había un gran balcón, que a través de los visillos advirtió bañado por la luz lunar. La patrona había dejado ya en el cuarto el equipaje de su huésped.

Cuando se quedó solo de nuevo, Carlos apagó la luz y abrió las puertas de la balconada. Salió al exterior. Un cierzo helado le azotó el rostro. Sin embargo, se acodó en la baranda. A sus pies estaba el río, tintineante de reflejos como de plata y oro. El sordo rumor de las aguas subía hasta sus oídos. Más lejos se advertía, como cincelado en la neblina plateada, el perfil de la ciudad. Las agujas soberbias de la catedral se enseñoreaban de todo el ámbito. En algún lado ronroneaba y maullaba, a intervalos, un gato errabundo. Las cubiertas de tejas de algunas casas dejaban resbalar sobre su cara la luz lunar. Era un panorama de belleza insospechada, un mundo ignoto puesto en pie, con un aplomo mágico. Carlos Rius estuvo un rato ensimismado en la belleza y en la paz de aquel instante. Recapacitó en su situación, en la determinación que sin decirlo a nadie había tomado semanas atrás y que empezaba a poner en práctica. Al día siguiente debía encontrarse, en efecto, con Miguel Llobet en el Casino; y esa era la única cosa que debía hacer antes de ponerse en marcha hacia su destino.

Le pareció que estaba muy lejos de todo: muy lejos, infinitamente lejos de sus días de práctica en Ginebra, infinitamente lejos de París, donde su padre seguiría pontificando en las tertulias, sobre la guerra, el nazismo, la democracia, la paz. Aquel aire helado que entonces respiraba le devolvía en cierto modo a la autenticidad. Y recordó a su abuelo, años atrás, cuando le perseguía como un muchacho por los fangales de Santa María, apoyado en su bastón. Aquellos bastiones de piedra bañados por la luna eran como una gótica escollera en la que se estrellaban las olas tempestuosas de fuera.

Entró en la habitación, cerró la balconada, se puso el pijama y se durmió. Al día siguiente se despertó algo tarde. La patrona dio con los nudillos en la puerta. Le entregó una palangana con agua caliente y un tazón para que pudiera afeitarse.

A eso de las once salió a la calle. El día era lustroso, frío y soleado. Caminó hacia el Casino, en el malecón. Era aquel un ostentoso edificio de piedra y mármol gris. En una gran sala, rodeada de unas altas columnas, se distribuían las mesas, que estaban

flanqueadas por grupos de poltronas, sillones y divanes. Las columnas sostenían un altillo del que llegaban voces disparejas y, periódicamente, el chasquido de las bolas de un billar. El salón estaba medio vacío, pero se fue llenando a medida que el tiempo transcurría. Pasó un rato leyendo la prensa. Por lo visto, lo de Teruel era más serio de lo que el parte del día anterior contenía. El coronel Rey d'Harcourt se había replegado en el interior, en unos pocos edificios de la ciudad, pero las crónicas no hablaban de la contraofensiva de Aranda y de Varela. De vez en cuando Carlos Rius dejaba de leer para fijarse en la gente de alrededor, por si descubría entre ellos a Miguel Llobet. Lo recordaba vagamente de sus días de la fábrica, pero no estaba seguro de identificarlo al primer vistazo. De vez en cuando se veía a dos individuos reconocerse con gran algazara y darse un abrazo con exclamaciones de todo orden y sonoros manotazos en la espalda.

—Me dijeron que te habían llevado a Paracuellos.

—Fue mi hermano Sixto. Al pobre le mataron allí esos bandidos. Yo he llegado anteayer. Fue un canje de la Cruz Roja.

—¿Y ahora?

—A luchar, amigo. No hay que dejar uno solo de esos cabrones.

Junto a una mesa había unos soldados alemanes que vaciaban su cerveza sin chistar. Unas cuantas burguesitas estaban en torno a la misma mesa hablando todas a la vez y destempladamente. Estaban sofocadas, por la tensión y por el esfuerzo de hacerse notorias ante aquellos sigfridos rubios e imperturbables. Una de ellas embebía sus enormes ojos en la tez rubicunda de un teutón alto, que estaba frente a ella y que se dejaba acariciar como una estatua por los destellos de aquella belleza penibética.

De pronto se armó una tremolina. Se oyó en uno de los rincones del local, tras de las columnas, un revuelo de mesas y el chasquido límpido de un bofetón acompañado de voces e insultos. Se vio a un grupo de gentes que forcejeaban. Un hombre de media edad estaba siendo zarandeado por otro. Su rostro estaba desencajado y pálido. Entró la patrulla.

—Es rojo. Era magistrado en la Audiencia de Madrid y condenó a Pepe Illescas y a Millán por falangistas. ¡Y tiene la cara de venirse aquí!

—Si quiere usted formular la denuncia, tenga la bondad de acompañarnos —dijo el sargento.

—Pues claro que la formularé. ¡No faltaría más!

Las aguas volvieron a su cauce con la salida de los revoltosos. Al cabo de un rato apareció Miguel Llobet ante Carlos Rius. —Perdona. ¿Eres Rius?

—Sí, Carlos Rius. Y tú Llobet.

—El mismo. Te he reconocido en seguida.

Se dieron la mano.

—Siéntate, por favor. Llegué anoche y te estaba esperando.

Miguel Llobet llevaba uniforme de soldado. Parecía más alto que un año atrás.

Quizá fuera que había adelgazado.

—Ante todo, aquí va la carta que me dio tu abuelo para ti.

—¿Cómo está él? —preguntó Carlos vivamente.

—Cuando le vi por última vez, hace tres semanas, de salud estaba bien. Pero no vive tranquilo. Se refugió en casa de la viuda Torra, tu abuela. Pero no quería comprometerla. Intentó ir a vivir a Sans, a casa de su hermano Fabián, pero no pudo hacerlo.

—¿Cómo están sus ánimos?

—Lo malo es que la actividad, el no poder salir a la calle, la falta de ejercicio, la falta de luz, a sus años le crean una moral muy baja. Cuando yo le vi ya no se acordaba de la fábrica. No pensaba más que en ti. Para él eres como una obsesión.

Carlos Rius escuchaba atentamente. Lo que oía le estaba conmoviendo.

—He resuelto ir a la guerra —dijo—. Hace unas semanas, sin que mi madre ni nadie lo supiera, presenté instancia para los cursillos de alférez provisional. Me han dado una plaza. Salgo esta tarde desde aquí para Sevilla, y de allí a Dar Riffien. Yo no puedo comer la sopa boba del enchufado. ¿Y tú, cómo estás?

—Yo me pasé por la frontera. Las cosas me salieron bien. Estoy en el cuartel de San Marcial, y esperamos de un momento a otro que nos destinen. No sé adónde nos mandarán.

—¿Me dejas leer la carta?

Y Carlos Rius empezó a leer.

La letra era todavía segura, de trazo firme, con aquellos rasgos que recordaba tan bien, de los que parecía trascender el espíritu indómito del viejo. Decía así:

*Carlos, querido nieto: Por medio de un emisario seguro puedo ponerme en contacto contigo. Dios quiera que estas líneas lleguen a tu poder. Él mismo te contará lo que ha venido a ser mi vida. Todo lo que he hecho parece que se haya derrumbado. Por desgracia todo ha caído, menos yo. Hubiera sido preferible acabar.*

*Yo no sé si algún día podremos volver a encontrarnos. Soy ya muy viejo, y aun en el supuesto de que otros me respeten la vida, no puedo lógicamente esperar de ella mucho más. Por si no fuera así quisiera decirte algunas cosas, a ti que eres muy joven y quizá lo único que me queda.*

*No le dejes nunca vencer por el desánimo ni caigas en la debilidad. A la vida no la vencerás con comodidad. Mantente siempre en el espíritu de lucha.*

*Ve siempre en compañía de Miguel Llobet. Este joven es hijo de Arturo Llobet, mi apoderado, que fue asesinado en la fábrica por defenderla, y nieto de Llobet que ya había sido hombre de confianza de mi padre y que también fue asesinado en mi lugar el año 1907.*

*Cuando reflexiono en los acontecimientos de mi vida no veo más que un largo panorama de sangre. Yo no odio a nadie. Para todos quisiera el perdón. Pero de*

*algún modo hay que recobrar para nuestra querida patria el sentido de las cosas.  
¡Luchad, luchad, manteneos unidos, no desfallezcáis! Dios no puede querer  
que triunfen el odio, la iniquidad, el bandolerismo y los asesinos. Que Él os  
consERVE la vida como ha querido conservármela a mí.*

*No te puedo decir más sino enviarte un fuerte abrazo.*

JOAQUÍN

Carlos Rius la leyó y volvió a leerla. Era cierto: aquel a quien tenía delante era hijo y nieto de dos seres a los que la muerte había segado tiempo atrás en aras de un mismo ideal. Observó a Miguel Llobet. Su rostro sano, juvenil, robusto, aguantaba esta observación con una mirada clara, transparente, sin retorcimientos. Se propuso en lo posible atender al requerimiento de su abuelo.

—Como te digo, yo voy a hacer los cursillos de alférez. En cuanto tenga un destino, me bandearé para poder reclamarte a mi lado. Mi madre tiene mucha influencia y nos ayudará. Tenemos que entrar juntos en Barcelona, recuperar al abuelo y la fábrica y ponerlo todo otra vez en pie. ¿Estás de acuerdo?

—Si eso es posible... Pero son tantas las cosas que hay que hacer...

—Las haremos. Y si alguno de los dos cae, que lleve a los de allá el testimonio del otro.

—Bueno —transigió Miguel con media sonrisa—. No hay que ser pesimistas. Ninguno de los dos va a caer. Entraremos en Barcelona los dos a la vez y lo celebraremos juntos allí.

Empezaba a cuajar la premonición del abuelo. «Ve siempre en compañía de Miguel Llobet». De aquella reunión empezaba a surgir un espíritu común, un entusiasmo compartido.

—Dentro de la guerra, nosotros dos haremos otra guerra particular y privativa, cuyos objetivos recónditos solo nosotros conocemos. ¿No te parece?

—Me parece muy bien.

—Yo te escribiré desde la Academia —zanjó con entusiasmo Carlos Rius.

La luz lechosa del alba le había ido envolviendo y al volver a su departamento, ya veía el paisaje en toda su dimensión. El traqueteo del tren se había vuelto un zarandeo monótono que, en lugar de despabilarlo, lo adormecía. Desde Burgos había pasado toda la larga noche envuelto en un capote que le facilitó Miguel Llobet, sintiendo de madrugada la acometida del frío. El vagón era destartalado, ruidoso y parecía que iba a deshacerse en cada una de las curvas del camino. Las ruedas chirriaban sobre los raíles; pudo dormir un rato colocándose tumbado debajo de uno de los asientos y utilizando su propio brazo como almohada. De vez en cuando, al parar en las estaciones y cesar el ruido, la ausencia de todos los rumores y de las brusquedades le devolvía a un duermevela equidistante de la vigilia y del sueño. Entonces veía a

medias la vertical de las piernas de un moro que estaba sentado en la banqueta, por encima de él, y se esforzaba por volver a conciliar el sueño.

Se quedó en el pasillo, mirando al exterior. Solo de vez en cuando sobrevenía un rasgo de vida vegetal, un árbol, unos matorrales, un torrente, en la seca geografía que estaba cruzando. A veces la tierra se ondulaba, crecía o decrecía, pero volvía a su inmensidad solitaria hasta el horizonte. Unos pájaros negros ponían de tarde en tarde un arabesco sombrío en la pálida techumbre de nubes grises. Durante un rato, el tren anduvo paralelo a una carretera y se vio al fondo un pueblo apagado, del mismo color desvaído de la tierra, patente por el humo que salía lentamente por dos o tres de sus chimeneas. Por la carretera caminaba a paso lento una formación de soldados. Iban al ritmo que les marcaba el paso de unos mulos sobrecargados. Un oficial a caballo parecía dormir en su cabalgadura, que andaba a un paso muy lento, con la cabeza gacha.

Pronto advirtió que la máquina aminoraba su marcha y vio que el moro se levantaba lentamente de su asiento y cogía su mochila, su fusil y sus bártulos del portapaquetes. Debían de estar llegando a Talavera. En efecto, poco después se levantó a sus costados el perfil de unas casas; la máquina frenó del todo, entró lentamente en un andén y dio un parón brusco que le tambaleó.

Sintió en su rostro una bocanada de aire gélido al apearse. Se quedó unos instantes desconcertado en el andén. En él había grupos de mujeres y de soldados que ponían una nota de algarabía en la mañana gris. El jefe de estación, que tenía unos enormes bigotes grises, contestó a su pregunta:

—Para ir a Sevilla tiene que coger el correo a Ciudad Rodrigo, que sale de aquí a las once treinta y dos, y empalmar en Ciudad Rodrigo con el expreso de Lisboa esta noche.

Le quedaba hora y media. Optó por adentrarse en la ciudad. Salía de la estación detrás de un grupo de tres mujeres del pueblo, que llevaban unas grandes canastas. Aquellas mujeres debían de ser jóvenes, pero su edad se hacía indescifrable por las anchas faldas en que se cobijaba su cuerpo y por las manteletas y sayales que las cubrían. No obstante, se advertía la reciedumbre de su anatomía. Los senos prominentes, la redondez de sus ancas bajo la ropa negra denotaban la existencia en ellas de una raza fuerte y sufrida. En algún lado había leído: «Entre estos muslos cabría otra vez toda la Historia de España».

En Talavera pululaba la soldadesca, los tugurios donde escanciaban vino; se advertía en la ciudad el paso de la guerra. Talavera era casi la guerra. En un rincón de la Plaza Central un par de moros habían convertido en zoco un pedazo de acera. Vendían quinqués desvencijados, jabón de afeitar, unos binóculos, un pañuelo multicolor, unos sombreros de hombre, unas navajas.

—Paisa, comprar, paisa, comprar... —era su sonsonete.

Se metió en las callejuelas laterales. Entró en un café y pidió un bocadillo de chorizo y un café. Unos ganaderos estaban jugando al dominó en una mesa. Un

legionario, medio bebido, intentaba arrimarse a la moza que despachaba, cada vez que esta salía del mostrador. Llevaba un delantal blanco y los brazos remangados.

—Para el carro, amigo, que va a venir la patrulla.

El legionario tenía dócil el vino que llevaba. Se quedaba como sorprendido, con una mirada abúlica e inexpresiva cada vez que era reprendido así.

Salió del café y se encaminó hacia la parte opuesta. Esta daba al río. El Tajo bajaba turbio, con un color de barro, arrastrando maleza y acarreando piedras. Al pasar bajo los arcos del puente producía un rumor a furia y vendaval, a fuerza indomable. Sus aguas habían cruzado de un lado a otro, a través de los muertos y de las barricadas. Al ver aquellas aguas turbias en atolondrado camino hacia el mar, Carlos Rius se sintió solo, con esa soledad que da la guerra a los hombres, una soledad irremediable y triste. Los arcos de aquel antiguo puente estaban sucios de orín y de musgo, y en algunas partes se advertía la erosión del daño reciente: huellas de metralla y de fusilería habían mordido la piedra y en esas hendiduras se descubría la mordedura blanca de la guerra. Pensaba Carlos Rius: ¿cómo se llega hasta aquí? ¿Cómo se avanza más aún? Creyó encontrar en estas preguntas la noción del valor, de la abnegación y del sacrificio que se había impuesto a sí mismo. Se necesitaría de un valor inmenso para ganar la guerra. Un valor colosal, multitudinario, hecho de la suma de millones de valores individuales. Todo eso no lo sabrían nunca los que estaban en San Sebastián merendando a media tarde. Un valor anegante e impetuoso, como las aguas del Tajo.

De pronto rasgó los aires el aullido agudo de las sirenas y vio un grupo de gentes que corrían apresuradamente por la orilla contraria hasta meterse en una de las calles del malecón. La aviación roja se avecinaba. Pensó que sería mejor no moverse. Le interesaba ver «cómo era» el pase de la aviación. Prefería correr el riesgo a la intemperie que aventurarse a quedar sepultado entre escombros. Le pareció que, en una pausa de la alarma, se oía el sordo rumor de unos motores de avión lejanos. Escuchó nuevamente. De pronto percibió en sus oídos el tableteo seco de unas piezas. Eran los antiaéreos. Eran secos y horrisonos chasquidos, que no sabía dónde estallaban. Se volvió y vio, en lo alto, dos puntos pequeños alrededor de los cuales se habían formado unos grumos de nube, pequeños flecos de algodón. Y otro, y otro. Se distinguían perfectamente los cazas rojos. Daban vuelta y descendían, cada cual por su cuenta. Y de súbito estalló una gran explosión al otro lado de la ciudad, y luego otra, más cerca. Sobre la balaustrada de cornisas y techumbres se elevó una gigantesca llamarada, seguida de una colosal humareda. Cruzó los aires, vertiginoso, con un sonido ronco, un avión grande, que pasó el río y desapareció.

Los dos pequeños aviones que ejecutaban sus curvas y arabescos por el cielo, anduvieron aún largo rato festoneando las pequeñas nubecillas que proliferaban alrededor. Luego, inesperadamente, se escabulleron y marcharon. Fue entonces cuando empezaron a oírse los campanillazos de las ambulancias y se perfiló el griterío en lo hondo; griterío de mujeres, voces de hombres, ¡ay! entrecortado,



alaridos de histérica desesperación. Carlos Rius jadeaba. El corazón le latía descompasadamente en el pecho. Empezó a andar hacia el lugar de la explosión.

La segunda bomba había caído en la callejuela donde poco antes entrara a desayunarse. La casa en que estaba el café tenía un gran boquete, y había quedado como desventrada. De arriba abajo se veía la intimidad de los cuartos: las alcobas, las camas, los enseres más íntimos se mostraban con trágica impudicia. Los pisos altos estaban ardiendo. Abajo se apelotonaban los escombros. En el café sobresalían entre la chatarra los mármoles de algunos veladores. Entre las piedras surgía un brazo de hombre, yerto. Los camilleros acababan de llegar y habían tendido en una camilla el cadáver de la moza que antes servía. Llevaba el delantal blanco y los brazos remangados.

—¡Hijos de puta, maricones! —barboteaba el legionario dando vueltas sobre sí mismo en una suerte de danza macabra. Llevaba el gorro de legionario casi en la nuca y era un misterio que pudiera aguantársele así—. ¡Viva la muerte! ¡Viva España! —rezongaba, con una mirada extraviada, levantando hacia el cielo un brazo cubierto de tatuajes.

—Oye, paisa. Vete a dormir, ya no venden más vino —le dijo un camillero.

El legionario empezó a enviar escupitajos a los cielos, pero seguramente no llegó a dar a ningún avión.

Hasta allí llegaba entonces el regusto del humo del primer blanco. Era un sabor espeso, como oleaginoso.

—Le han dado a los depósitos del carburante. ¡Maldita sea! —oyó.

Con una sensación de náusea y un escalofrío, Carlos Rius se encaminó nuevamente a la estación.

Luego siguió una jornada en el tren, hasta Ciudad Rodrigo. Las piedras de la ciudad extremeña, la arquitectura medida y sobria de la Plaza Mayor, sugerían la premonición de la gran aventura. Allí había una calma y un sosiego absolutos y parecía que la vida y la historia se hubieran detenido, como unos ojos fijos en el más allá. Después, otra vez el tren, un tren rápido, casi confortable, con un vagón de segunda clase en el que aparecían otra vez los hombres de tiempos de paz y las mujeres de la clase media. El amanecer encendía por doquier los borrones negros de los olivares sobre una tierra parda. La tierra se ondulaba como un mar, subía y descendía a impulsos casi líquidos, en los que parecían gravitar casas blancas, grandes extensiones de viñas, una ermita en lo alto y oscuras aves que volaban sosegadamente en un cielo que se iba tornando azul y que parecía irradiar la tonalidad dorada que iban cobrando todas las cosas.

El nuevo día era luminoso. Castilla había quedado atrás, y con ella la guerra, que no era ya más que una reminiscencia. De las tierras duras de Extremadura se pasaba a otras que tenían ya el contrapunto del verdor y del agua. Pronto desaparecieron los altibajos del terreno. El panorama se ensanchó, la vega se hizo una gran extensión de verdes y de fronda. Cruzaban la tierra manantiales de agua, de una agua trasparente y

sonora. Poco a poco ese vergel abrupto se trocó en una gran llanura esmeralda. Aquí y allá, manadas de toros que cruzaban el campo, volvían su testuz para mirar el tren.

Poco después del mediodía, el tren paró en Sevilla. La ciudad era radiante, la gente vivaz y parladora. Tomó una habitación en un hotel del Paseo de María Luisa y se sentó en un café, frente a la catedral. Al cabo de un rato volvió al hotel, cenó y se fue a acostarse. Se quedó dormido como un leño.

Todavía tenía unos días libres antes de tener que incorporarse a la Academia, pero el día siguiente sintió la necesidad imperiosa de irse de Sevilla. Le ocurría en ella lo que le había ocurrido en San Sebastián, y era que «le alejaba de la situación». La vida allí era demasiado amable, demasiado benigna, parecía que la guerra no fuera más que un cartel patriótico. La gente tomaba a chacota y reía las bromas del general. «¿Le oíste ayer? —comentaba un muchacho en una tertulia de chicas—. Mira, que lo de “hijos de la Gran Bretaña...” . Ese se carga a los rojos como se cargó a los de aquí. A golpe de chistes». Le parecía que ninguno de ellos podía llegar a sospechar siquiera lo que era la guerra. Ninguno de ellos sabía nada de la muerte del padre de Llobet, ni tampoco de la exterminación de aquella muchacha que servía café en Talavera. Tampoco él lo sabía a ciencia cierta, pero sentía la imperiosa necesidad de enterarse, de participar en ello, de comprobarlo. Si no era su hora, ¿de quién iba a serlo?

Compró un maletín y algo de ropa interior y marchó a Málaga. De allí, al día siguiente, marchó a Melilla. Se presentó en Dar Riffien dos días antes de que se cumpliera el plazo de la convocatoria.

El paso fugaz de Carlos Rius por Burgos había sido para Miguel Llobet como un reencuentro súbito con el pasado. Mientras estaba en el cuartel de San Marcial —y hacía de ello casi tres meses— ese pasado había perdido consistencia y rigor. Estaba como envuelto en una niebla difusa. La estructura de la ciudad castellana, el talante de su gente, las costumbres de la disciplina cuartelera y una vaga indiferencia por todo lo que le acontecía habían conseguido difuminar los perfiles de su caso particular. Pero con la llegada de Rius parecía que todo se había vuelto a poner en pie. Recordaba el día en que enterró a su padre en el cementerio de Montjuïc; su incorporación al hogar. La desazón de las horas baldías, sin trabajo concreto que hacer, dado que no quería ni podía volver a poner los pies en la fábrica. Su oposición a incorporarse en el ejército rojo, plagado de los tipos que habían sido los asesinos de su padre. Las largas veladas en su hogar estaban prendidas por una absoluta inanidad, por un silencio sombrío; no alcanzaba a saber qué era lo que iba a hacer. Su madre, en quien la oscuridad del luto coincidió con una lumbre blanca en el cabello, en las sienes, empezó lentamente a sobreponerse, pero apenas sí podía hablar. Ella y su hermana, Isabel, apenas salían de la casa. Isabel salía por las mañanas a la compra, y volvía lamentándose de lo que la nueva situación estaba provocando en los mercados. La carne asequible había desaparecido de la circulación, unas cuantas legumbres

costaban como una golosina, era difícil encontrar pan.

Aquellas fueron las Navidades más tristes de toda la vida para los que quedaban de la familia Llobet. En enero, Miguel Llobet decidió buscar a alguno de sus antiguos amigos de la época de «L'Empenta». No encontró a ninguno. La mayoría de ellos se habían incorporado a la situación y ocupaban cargos en la Administración de la Generalitat, pero se ocultaban de todo aquello que pudiera comprometerlos. La FAI mandaba todavía en la calle.

El dinero que guardaban en su casa se estaba acabando. Un día, a fines de enero, Miguel Llobet decidió ir a ver al viejo Rius. Se presentó en la calle de Caspe. Preguntó al portero por él.

—Ya no vive aquí.

—¿Y dónde vive?

El portero hizo un ademán, levantando los hombros, pero sin abrir la boca. Ya iba a marcharse cuando, tras de observarle de arriba abajo, el portero se decidió a añadir:

—Josefina, su ama de llaves, me dejó una dirección. Si quiere tomar nota...

Era en la calle Fiblá, en el Pueblo Seco. Miguel Llobet lo apuntó en su libreta, dio las gracias y salió.

La dirección que había apuntado no quedaba lejos de su casa. Pero en aquellos días se producía de barrio a barrio de la ciudad una discriminación absoluta. El panorama era distinto, las gentes parecía que fueran otras, en el espectáculo de las calles había como una fricción, una quebradura. Al entrar por las calles del Pueblo Seco, a la orilla izquierda del Paralelo, comprobó que el núcleo vivo de la ciudad se había desplazado, que allí la gente gesticulaba, vociferaba, alentaba sin ningún temor, más que antes. En las tabernas y cafés se apelotonaban hombres con chaqueta de cuero, con blusas o con tabardos militares. En los muros o en determinados balcones se sucedían las infinitas siglas de las fuerzas políticas. Cruzaban algunos automóviles con pasajeros de cara morena, sin afeitar, que eran los nuevos dueños de la situación. Tipos con fusil y cartucheras merodeaban por la calle. Un par de ellos le abordaron en una esquina.

—A ver, la documentación.

Se puso pálido. No llevaba más que la cédula personal.

—Con esto no basta, amigo. Tendrás que acompañarnos. Lo llevaron a un entresuelo de la calle de Ibars, en cuyo balcón pudo leer pintadas unas letras: CNT-FAI, distrito v. Fue introducido en un cuarto que daba a la calle. Un tipo de unos cuarenta años, gordo, una cara lampiña y fofa, le habló con una voz atiplada:

—Este papel no te sirve. Hoy tienes que apuntarte a algún partido, ¿no lo sabes? Estás en edad de ir a la guerra.

Cogió unos papeles que estaban sobre su mesa, junto a una pistola y un cinturón con las balas.

—Toma, llena eso.

Miguel Llobet no se atrevió a negar nada. Leyó los papeles y fue llenando el

formulario de inscripción.

—Esta tarde te presentas en el cuartel de las milicias y te dirán si has sido admitido. Nosotros nos quedamos con tu cédula, de modo que ya sabemos cómo encontrarte en caso de que no vayas.

Salió sintiendo todavía en su garganta un nudo molesto que le impedía respirar. Poco a poco fue sobreponiéndose. Pero acababa, sin proponérselo, de pedir su ingreso en las filas de aquellos que habían asesinado a su padre.

En el piso de la calle Fiblá estaba Josefina, el ama de llaves de los Rius. Era una mujer del pueblo, gordezuela y ya mayor, que, una vez repuesta de su sobresalto al recibir una visita inesperada, le hizo pasar al comedor, un comedor limpio y menestral. En el papel de la pared había un largo cuadrángulo con un tono más claro. «Allí, pensó Miguel Llobet, debía de estar colgado hasta hace poco el cuadro de la Santa Cena».

Josefina, recelosa, titubeó hasta que le pareció que Miguel era un hombre de bien. Cuando le dijo que era el hijo del apoderado que había muerto, pareció que a sus ojos iban a asomar las lágrimas.

—¡Qué gente tan mala! Pero usted no sufra. Él estará ahora mejor que nosotros.

Sí, sabía donde estaba el señor Rius. Había ido a refugiarse en casa de su consuegra, la viuda Torra, en el paseo de Gracia. Allí lo encontraría. Ella misma iba a visitarlo una vez por semana, pero con mucha precaución.

—Está muy abatido, muy abatido —se lamentó.

Después de comer con los suyos, Miguel Llobet se fue al paseo de Gracia. La casa de la viuda Torra parecía desafiar al ambiente: la suntuosa entrada, sobrecargada de mármoles y mayólicas, no había perdido lustre ni esplendor. Únicamente se notaba la situación externa en el tono mortecino con que respondía el portero, que presentaba un aspecto deslustrado, con una bata de mozo de almacén, que sin duda había venido a sustituir la librea de otros tiempos.

El personaje que había salido a abrir lo hizo sin titubear, plantando cara y adoptando una actitud retadora y casi desafiante. De un golpe pareció taladrar la anatomía un tanto desconcertada de Miguel Llobet con una mirada perforadora, encendida y escrutadora.

Era Rita Arquer. Se mantenía erguida como un abeto frente a un temporal.

—Diga usted. ¿Qué desea?

—Perdón, ¿está el señor Rius?

La respuesta fue tajante.

—Aquí no vive ningún señor Rius.

—Me ha dicho su sirvienta, Josefina, que aquí podría encontrarle.

Nuevo destello en los ojos negrísimos de Rita Arquer. Calló unos instantes. Luego dijo:

—Pase.

Le dejó de pie en mitad del recibidor. Entró ella en el interior y desde allí se

percibió un bisbiseo, cierto rumor de diálogo en voz baja.

Luego, el ruido de unos pasos al aproximarse. Entre el pliegue de unas cortinas de terciopelo asomó parte del rostro del viudo Rius. Luego, tras una indecisión, su cuerpo entero.

Joaquín Rius no era el mismo de antes. No porque hubiera cambiado la expresión o el tono de su faz. Sus cabellos y su barba ya eran enteramente blancos tiempo atrás. Pero era su andadura la que le modificaba. Su porte anterior, que era erguido y mantenía aún cierta gallardía, había venido a parar en esta facha achacosa, medio doblada, como si sobre su espinazo hubiera caído la furia de un rayo impetuoso. Pero a pesar de ello, en cuanto vio a Llobet, en sus ojos volvió a encenderse un extraño fulgor.

—Venga, venga usted, Llobet. Le agradezco mucho que haya venido. Venga conmigo, allí dentro.

Le hizo pasar a una habitación interior, que era la biblioteca de la casa. En ella hacía frío. Rius andaba por la casa apoyado en su bastón, y se enfundaba en un abrigo viejo para reservarse de la temperatura.

—Siéntese. ¿Cómo están? ¿Y su madre y su hermana? Llobet le contestó que bien, y a continuación Rius le empezó a explicar sus andanzas, sus pasos y sus temores. Alguna vez había resuelto salir de su escondrijo y acercarse a la fábrica. Pero le habían disuadido.

—¿Sabe usted? Rita Arquer, la persona que le ha abierto la puerta, dice que esto no puede durar. Ella está muy bien informada, no sé cómo. También Josefina me ha dicho que no vaya. En fin, celebro que haya venido, Llobet. Voy a encomendarle algo. Me tiene que ayudar.

Carraspeó ligeramente.

—Mi hijo, que está en París, me ha escrito alguna carta. Me ha escrito diciendo que vaya de su parte a ver a un amigo suyo, que creo que es ministro, o poco menos, pero yo no quiero nada de ellos. No quiero más que lo que es mío. Pues bien, por Desiderio sé que mi nieto está en el otro lado, con su madre. Ellos ganarán esta guerra. Aquí escuchamos cada día Radio Sevilla, y el parte nacional. No lo dude, Llobet; a cada cual le llegará su hora.

Llobet se limitaba a asentir. Aunque se lo hubiera propuesto no habría podido meter baza en el soliloquio de su patrono. Se veía que este había pasado mucho tiempo deseando franquearse con alguien.

—Llobet, tiene usted que dejarlo todo y pasarse al otro lado. Allí está mi nieto, no les faltará nada.

—Pero... pero mi madre y mi hermana...

—No se preocupe por ellas ahora, Llobet. Su madre y su hermana no estorban a nadie, no las molestarán. Yo me ocuparé de su sustento. Les haré llegar una cantidad, lo que necesiten. Aún me quedan algunas pesetas en casa de cuando estalló la revolución.

Llobet le contó lo que le había sucedido aquella mañana. Su detención por la FAI y su inscripción en ella.

—Váyase mañana mismo. No, váyase hoy. ¿Qué quiere? ¿Hacerles el caldo gordo a los asesinos de su padre? No tema, Llobet. Si yo fuera joven ya me habría ido. Espere. Le voy a dar una carta para mi nieto. Cuando llegue allí, escríbale. Está en el Hotel María Cristina de San Sebastián.

Era imposible objetarle nada el viudo Rius.

Así fue cómo Miguel Llobet decidió partir. Se puso en camino un par de días después, con una expedición que, acompañada por un guía, salía hacia los Pirineos. En el tren, hasta Ripoll, los componentes del grupo fingieron que no se conocían. Luego empezaron a escalar por la Collada. Acampaban en algunas masías, en las que el guía parecía tener familiaridad. Por la noche reemprendían el camino. A la tercera etapa, desde un altozano, el guía señaló con un bastón. Estaba amaneciendo.

—Aquel monte que azulea por allí, aquello es Francia.

De una a otra tierra no había ninguna diferencia. Pero atrás quedaban las horas esquivas, los temores, un ruido de cerrojos de fusil, los pasos quedos, las conversaciones a media voz. Y los muertos, a los que nadie escucha.

Antes de una semana de la partida de Carlos Rius hacia la Academia de Dar Riffien, los reclutas del cuartel de San Marcial recibieron orden de ponerse en marcha.

No sabían adónde los llevaban. Bajo el tiempo lluvioso y el clima helado se dirigieron a la estación y partieron hacia un rumbo desconocido.

En los vagones repletos en que se apelotonaban los soldados, bajo un frío intensísimo, que mantenía su aliento como una blanca vaharada de niebla a nivel de la boca, empezaron a reconocer la geografía hispana. La multitud se arracimaba y se confundía, y parecía que de aquel acopio de individualidades ateridas surgiera una nueva personalidad mancomunada. Unos a otros se calentaban y acompañaban, haciendo menos árida la soledad de cada cual.

Uno de los soldados, un extremeño de mirada cruzada como un navajazo, se acercó a Miguel:

—Estarás contento. Vamos para allá, para tu tierra.

Sonaban al otro extremo del vagón los punteos de una guitarra. Uno de los mozos, que la rasgueaba, estaba cantando:

*Cojo mi vara y mi carro  
y voy por la carretera.  
No hay venta en que no me pare  
ni moza que no me quiera.*

—No es verdad —intervino el que estaba a su lado, medio dormido, pero que se despabiló—. Nada de Cataluña, nos llevan a Teruel.

—¿Cómo lo sabes?

—Esta es la vía Burgos-Calatayud. Y por ella no se va a Cataluña.

—Pues quizá tengas razón —concedió el extremeño, que se puso a mirar al exterior.

Una gran cortina de aguanieve, azotada por la ventisca, se cernía sobre un paisaje de tierras en barbecho. Era un paisaje triste e inhóspito, que se perdía en el horizonte con leves ondulaciones.

A medida que el tren fue avanzando, los soldados parecían entrar en calor. Un grupo de ellos jugaba a las cartas en uno de los bancos. De vez en cuando pasaba de mano en mano una garrafita de anís.

Miguel Llobet sentía por dentro una extraña y mordaz melancolía. Recordaba los valles de su país, las colinas soleadas, el verdor de los prados del Montseny. Recordaba, uno a uno, los versos de la *Ofrena rural* de Guerau de Liost:

*Dona Maria d'Arimells  
única aimia  
del Cavaller Guerau, sense castells  
fora d'un casolà castell de poesia;  
més fort que tres segells  
vostre llavi em segellaria...*

Al atardecer llegaron a Calatayud. El tren entero —unos mil hombres— se vació en el andén. Se alinearon cada uno con su fusil y su mochila, y fueron en formación hasta un cuartel situado en el centro de la ciudad.

Allí pasaron la noche. Se envolvieron en sus mantas y durmieron como pudieron en unos jergones sobre el suelo. Dormían dos o tres en una misma cama. Con ello, además de apurar el espacio, se defendían del frío.

Al día siguiente, de madrugada, los pusieron de nuevo en camino. Los hicieron subir en unos camiones. Iban apelotonados en ellos, sentados en sus mochilas.

Durante el día entero los camiones avanzaron por caminos llenos de nieve. A veces, el camión se atascaba. Había que bajar y empujarle. Ya al anochecer se advirtió al fondo un ruido que era como un trueno lejano. Ese ruido fue creciendo lentamente. Cuando oscureció del todo, sobre el negro de la noche se marcaron unas manchas de luz. Eran borrones lechosos y amarillentos. Era la batalla.

Los hicieron bajar en un pequeño pueblo que estaba medio en ruinas. La guerra había pasado por allí. Los restos de algunas casas emergían entre la nieve. En los huecos de los edificios los soldados habían encendido hogueras en las que se calentaban. Había un ir y venir de sombras entre los rescoldos, y de vez en cuando se oía la voz de un capitán. Estaba dictando unas órdenes a un telegrafista, que había

instalado su transmisor entre los bloques de una vivienda destruida, bajo una pesada lona que empezaba a hundirse con la nieve.

El ruido del bombardeo y de la fusilería era horrísono, pero una espesa lámina de copos parecía nublar los estampidos, como si estos fueran una cosa irreal, mitad soñada. Los hicieron alinearse y seguir una fila en la que les dieron algo de comer. La comida estaba helada. Los chuscos de pan contenían por dentro un par de aceitosas sardinas y en los vasos de cada uno les sirvieron una ración de té caliente. Todos ellos pateaban contra el suelo, blando y blanco.

—¿Lo oyes? No se podrá pasar. La nieve impide el contraataque. Aunque yo preferiría los tiros a morir congelado —dijo el extremeño.

Hubo una deliberación entre el capitán que dictaba al telegrafista y el comandante del batallón. Hablaban velozmente, a gritos, pero nadie podía entenderlos; con gesto de mal humor, el comandante los hizo formar de nuevo.

—Bajad las lonas de los camiones y ponedlas debajo de cada camión. Vamos a descansar un rato.

Así lo hicieron y se tendieron sobre la nieve, protegidos por el techo de la caja de cada vehículo, entre las ruedas. A pesar del frío lacerante, Miguel Llobet se durmió en el acto. Serían unos minutos, quizás un cuarto de hora. Lo despertó el extremeño de un tirón en la pierna.

—Catalán, adelante.

Se incorporó. Se sentía entumecido y su sangre tardó unos segundos en reaccionar. Le dolían las puntas de los pies. No obstante se puso en marcha, y pronto sintió en lugar del frío un asomo de calor. Las llamas se veían cerca. Las explosiones eran constantes y creaban en todo el paisaje blanco una falsa claridad.

—Toma, echa un trago —le dijo el extremeño, tendiéndole la cantimplora. La paletada de anís le entró en el cuerpo como una bendición.

Advirtió entonces que delante de ellos avanzaban con ruido mecánico y de hierros dispersos un par de tanques. De vez en cuando, disparaban. Entre ellos, a unos pasos, marchaba su alférez. Era un muchacho rubio, juvenil, que ya en el cuartel le había llamado la atención. Parecía un niño demasiado crecido.

De la torreta de un tanque salía inesperadamente, con un bramido y un golpe seco, estruendoso, un proyectil. Se le veía explotar más lejos. El alférez adelantaba el paso. Se ponía en ocasiones a cubierto tras la mole de hierro, de vez en cuando volvía a salir en solitario sobre la nieve. Alrededor de ellos silbaban las balas y la metralla. La nieve se levantaba en súbitos surtidores. Tendido en el suelo vio un bulto negro que se quedó detrás de él. Le pareció que no se movía. ¿Era un muerto?

Miguel Llobet escudriñaba en la oscuridad. Teruel no se adivinaba, no se advertía, no se manifestaba. ¿Dónde estaría? La noción de estar lejos de todo, sin saber cuál era el fin de su objetivo, resultaba más fuerte que el frío. Cerca de él vio doblarse a un soldado. Quedó de rodillas sobre la nieve, aplastándose patéticamente el correaje en el vientre. ¿Lo verían? ¿Vendrían a rescatarlo?



Los tanques habían parado. El alférez les hizo signo para que se pusieran detrás de ellos. A cada andanada, la mole de hierro parecía crepitar. Se estremecía toda ella.

—Cuando os diga, hay que avanzar por delante del tanque. Vamos a tomar aquella posición de allí.

En la blancura sobresalía un bloque de un tono pardusco, gris. En sus líneas, Miguel Llobet reconoció una chabola. El tanque disparaba contra ella una andanada tras otra. Desde allí podía ver Llobet media docena de tanques, de cien en cien metros, que batían otros tantos reductos.

El alférez miraba a un punto, en el centro, y parecía escuchar entre los estampidos.

—Ahora, adelante.

Y salió el primero de aquel lugar. La docena de soldados parapetados tras la máquina y los muchos que estaban cuerpo a tierra sobre la nieve, se pusieron en marcha de un salto. El fragor de la fusilería adormeció toda otra sensación. Las balas silbaban por el contorno.

El alférez de cara de niño acababa de gritar, como un loco: Adelante Ya son nuestros. ¡Adelante!

El tableteo de las ametralladoras de la chabola acababa de cesar. Media docena de bultos iban saliendo de ella, con los brazos en alto bajo los capotes.

En Barcelona, en el piso de la Ronda de San Antonio, Gertrudis Llobet se despertó de pronto. No sabía qué extraño aliento la había sofocado en su sueño. Isabel, su hija, dormía a su lado.

Encendió la luz.

—¿Qué pasa, madre?

—¿No has oído?

Escucharon atentamente en el silencio de la noche. Había un silencio absoluto, un silencio trágico. Isabel notó que su madre jadeaba. De vez en cuando tenía sobresaltos así.

—No es nada, madre. Toma una pastilla —dijo, sacándola de un frasco.

Gertrudis tardó largo rato en serenarse.

—Isabel, hija mía, vamos a rezar —y cogiendo de la mesilla su rosario, hizo con él la señal de la cruz.

### III

RITA ARQUER desarrollaba una actividad desbordante, exhaustiva. Sus pasos y gestiones abarcaban los cuatro puntos cardinales, desde la Plana de Vich hasta Villanueva, desde Caldas hasta los tinglados del puerto. La gama de su red de proveedores y confidentes era variada. En ella estaban el payés de masía y arado que la proveía de pan moreno o de un saco de lechugas, el sacristán camuflado que le pedía que sacara de apuros a un cura en mala situación, el almacenista de aceite que le entregaba, de tapadillo, tres bidones, dos de los cuales podía ella cambiar por leche fresca o por un saco de lentejas. Junto a la vastedad de sus relaciones y tapujos comerciales, estaba la variedad de sus investigaciones y escarceos entre gente adicta a la sublevación, deseosa de la victoria de Franco y ávida de dar noticias y de recibirlas. Esa gente pertenecía a las más diversas zonas del enjambre social. Funcionarios retirados, beatas, antiguos guardias civiles, algún seminarista, varios requetés de la extinguida hueste de mosén Perramón, jóvenes de buena familia que haraganeaban entre los veladores de «Radio Sevilla», una horchatería de la Rambla de Cataluña llamada así por los conspicuos; y una marejada humana formada con los desechos de la «Peña Blanca» y de «margaritas» medio deshojadas por la revolución.

La misión de Rita Arquer era socorrer al necesitado. Tenía arrestos y organización para hacer lo que fuera: facilitar un aval falso de la CNT, procurar un guía de confianza para llevar gente al Perthus, acarrear un saco de patatas o facilitar los datos verídicos del último parte de guerra. Todo ello lo había conseguido Rita desde los principios de la revolución mediante una tenaz y entusiasta dinámica maniobrera. Sus sinuosidades dialécticas eran portentosas. A golpe de medias frases, de insinuaciones, de escarceos persuasivos, lograba determinar con rapidez si un tipo cualquiera era capaz de rendir un servicio, ya fuera por ideal o por dinero. Por ejemplo, tenía un enlace con los *burots* de Hospitalet, a los que había fichado con la promesa de unos medicamentos que necesitaba la hija de uno de ellos, atacada de pleuritis. Su primera providencia era siempre una promesa. Otras veces empezaba su labor de contacto con una lamentación: «¡Qué tiempos aquéllos!... No sé por qué tenemos que pasar por estas calamidades. ¿Para qué?». Había muchos que no respondían a ese cable tendido; pero otros, en cambio, enhebraban el diálogo: «Y que lo diga, señora. Esto dura ya demasiado». Ella atacaba entonces a fondo: «A propósito, ¿es verdad lo que se dice del frente de Madrid?». Y añadía, para avanzar más en el camino de las captaciones, bajando la voz: «Me ha dicho un amigo de toda confianza que han llegado al frente dos brigadas enteras de Regulares y que pronto va a empezar allí el gran baile». Si el otro no picaba, se apresuraba a añadir: «Claro que no siempre es verdad todo lo que se dice».

Rita Arquer realizaba todas esas empresas en la calle, a la intemperie, de sol a sol.

Visitaba a muchas personas en sus escondrijos, les llevaba comida o alimentos. Solo a mediodía y a la hora de cenar se reintegraba a su reducto, en el principal de Evelina Torra del paseo de Gracia. Allí proveía y disponía lo que se tenía que hacer para mantener en pie la casa y a la media docena de sus ocasionales moradores. Porque el piso de Evelina había pasado a ser un iceberg flotante en medio de los tumultos de la tempestad. Allí se cobijaban, además de su propietaria, la viuda, y de Joaquín Rius, mosén Perramón, el antiguo *leader* de las campañas tradicionalistas; dos monjas de María Inmaculada conocidas por sor Patrocinio y sor Andrea; un antiguo miembro de las milicias de Albiñana, venido de Madrid y que esperaba turno para ser llevado a la frontera, y don Licinio Álvarez Carranza, catedrático de derecho canónico en la Universidad de Valencia y ex diputado por el partido agrario, que le había sido confiado a Rita por un canónigo del Cabildo Catedralicio que había conseguido embarcar tiempo atrás hacia Génova.

Había que proveer y alentar a toda aquella gente. Día a día, ella venía haciendo lo uno y lo otro. Aquella gente vivía repartida en las alcobas de atrás del viejo principal, mientras la parte delantera estaba reservada para Rita y su dueña. De esas habitaciones podía bajarse en caso de apuro a los sótanos del edificio por una escalerilla interior, cruzando la portería, lo que hacía difícil que los de las patrullas descubrieran a los emboscados. Así, la vida en el principal de Evelina era una mezcla de vida monástica, de asilo y de prisión. Había habido que moderar los impulsos orales y la voz de sochantre de mosén Perramón, que no renunciaba a sus peroratas apologético-políticas pese a la difícil situación en que se hallaban. Pero Rita Arquer, venciendo escrúpulos, le había parado los pies: «No es hora de arengas, padre. Al infierno ya irán. Ahora se trata de salvar nuestra permanencia en la tierra».

A quien parecía que todo aquello le resbalara por encima del cuerpo era a la indestructible Evelina Torra. La revolución y la guerra la habían cogido tan de sorpresa, eran para ella un asunto tan ajeno e inextricable, que había decidido actuar como si en aquella casa no hubiera ni nuevos inquilinos, ni zonas de peligro, ni zarandeos de ningún género. Era imposible asignar a aquella alambicada estructura humana una cifra que permitiera aventurar los años, o los siglos tal vez, que iba amontonando sobre sus carnes flácidas. Asistía indiferente a todas las incidencias que se presentaban. Las señales de la alarma aérea parecían no sonar para ella. Se pasaba el día sentada en una butaca junto al balcón, de cara al Paseo de Gracia. Desde allí había visto la llegada de las brigadas internacionales, el entierro de Durruti, la conmemoración del 14 de abril y muchas otras festividades laicas de la época. Con aquello le bastaba. Vestía como en otros tiempos, y se ornaba con joyas de su juventud como si nada hubiera pasado. Pero como los tiempos no eran los mismos, y resultaba imposible recomponer su peinado y ahuecarlo con los toques de un *coiffeur*, la escasa melena azulada y blanca se iba desflecando y cayendo sobre unas mejillas que caían a su vez sobre la papada. Esta se abombaba sobre el pecho, como la de un buey, y el pecho... ¡Ay, el pecho, meliflua caricatura de aquel que había sido objeto

de admiración cincuenta años atrás en las veladas del Liceo! Se bamboleaba y pendía a sus anchas en los armatones en que se apretaba todavía diez o quince años atrás y que ningún artífice de aquellos menesteres sería capaz de rehacer y renovar en los tiempos que corrían.

La ausencia absoluta de potingues y cremas extranjeras de que adolecía el comercio barcelonés obligaba a Evelina al uso de unas pastas vulgares, especie de emplastos que adhería a la piel de sus mejillas todas las mañanas con un pulso tembloroso y que ciaban a su faz un aspecto de máscara siniestra. No obstante lo cual, ella parecía no darse totalmente por vencida. Insistía recalcitrante en aplicarse aquellos pegotes de tintes descarnados y granulosos, que tardaban mucho en desaparecer cuando eran frotados con un algodón; razón por la cual Evelina decidió prescindir de este trámite y sobreponer una capa sobre otra, por lo que sus mejillas aparecieron pronto como una delirante superposición de costras más o menos químicas.

Así mantenía Evelina su egregia personalidad, sin hacer caso de lo que acontecía alrededor. La revolución, la guerra eran asuntos de los demás, y cuando Rita le proponía alguna cosa, por ejemplo salir un poco a pasear, llegarse al Consulado para legalizar unos documentos, acercarse a retirar unos papeles que esperaban en la Aduana, Evelina respondía:

—Prefiero quedarme en casa hoy. El tiempo no está muy seguro.

De modo que Rita Arquer era el elemento ejecutivo de aquella casa, su centro y su motor. Su facha se mantenía. Era una mujer erecta, angulosa, de rasgos agudos y casi viriles. La nariz aguileña se posaba sobre una faz morena, con unos labios finos. Sus ojos parecían disparar chispas. Sobre los andares resueltos de antes, como una nota de moderación, el tiempo únicamente había puesto en las sienes y en el pelo una sutil urdimbre gris.

—Mañana tengo que ir al Borne, a recoger lentejas y un poco de carne que me tiene guardada Higino. ¿Quiere venir?

—No, Rita. Te lo agradezco, pero quizá me llamen del Consulado.

Era mentira. Jamás la llamaba nadie.

Rita fue sola al Borne. Su larga zancada devoraba los espacios urbanos sin desfallecimiento. Vencía los espacios, se tragaba las aceras, se zambullía en los horizontes. Ver a Rita Arquer cabalgar por las Ramblas, a lomos de su propio esfuerzo, era pensar en la existencia de un duende apocalíptico capaz de reducir distancias, de suprimir kilómetros, de hacer sencillo el acoso de las esquinas y de la gente. Rita Arquer no se paraba ni un instante; escaparates, vehículos o peatones no tenían para ella realidad. En aquellos momentos era la mujer fuerte del Evangelio, ardida como un vendaval.

Llegó al Borne a las diez de la mañana. Unos cuantos camiones y algunos carros

estaban parados al lado de los tenderetes, bajo el amplio voladizo que rodeaba al mercado. Unos hombres se afanaban entre sacos y bultos, entre cajas y toneles. Algunos de ellos ya la conocían y la dejaban pasar.

Entró en el recinto y pronto descubrió a un hombre vestido con una bata, tras la que asomaba la banda negra de una faja payesa. Se dirigió hacia él:

—Higinio, ¿me has traído aquello?

El hombre la apartó a un lado y le hizo signo de que bajara la voz. La llevó un poco más lejos, donde estuvieran solos.

—Señora Rita, han hecho una investigación. Los agentes rondan por aquí —y movió circularmente la cabeza, en vaga insinuación de un espacio concéntrico.

—No importa. Tengo que llevármelo.

—Han subido doce duros el quintal.

—Sois una partida de estraperlistas, un hato de especuladores. ¿Está el saco o no está?

—Sí, pero no se lo dejarán sacar. Y hay que pagar, además esos doce duros, por lo menos diez.

—Te daré cinco.

—Con cinco no haremos nada.

—Pues adiós.

Ya se disponía a marchar cuando el hombre la retuvo.

—Espere, espere. Deme ocho y asunto arreglado, ¿conviene? Rita reflexionó unos instantes.

—Bien. Te daré ocho, pero me tienes que dejar el carrito.

—De acuerdo.

El hombre puso el saco y un pequeño paquete con la carne sobre un carrito con dos ruedas y una simple plataforma de tablas. Rita sacó de su bolso, con disimulo, unos billetes.

—¡Yo te digo que cuando llegue quien yo me sé!... —amenazó a media voz, como para sus adentros.

—¿Y el pan de mis hijos? ¿Y lo que me cuesta ganarlo?

—Bien, bien. Ya veremos; ese día... —amenazó suspensivamente.

Asió enérgicamente las varas del carro y empezó a empujar hacia delante. Llevaba el saco a nivel horizontal, para que no resbalara y cayera. Un guardia se acercó a ella, pero Higinio le hizo un guiño y la dejó pasar. Enfiló por el empedrado hacia el Arco de Triunfo. Luego dobló por la calle de la Princesa.

Parecía la alegoría clásica del estraperlo cincelada por un artista malintencionado. Lo curioso es que nadie se volvía a mirarla. En realidad, todo el mundo andaba preocupado con sus propios asuntos.

Al llegar a la Vía Layetana empezaron a aullar las sirenas de la alarma, pero ella no se arredró. Siguió adelante.

La gente corría a los refugios, que para ella parecían no existir. Pronto la Vía

Layetana se convirtió en una avenida desértica, por la que no circulaba más que ella empujando el carrito.

—Venid, venid, aviones. Venid en nombre de Dios. Aplastadlos a todos. A los milicianos y a los estraperlistas, a los del PSUC y a los del POUM y a los de la FAI y a Azaña y sus compinches.

Se paró a descansar y en medio de la ciudad vacía recitó en alta voz, mirando al cielo:

—¡Bendito sea el Dios de los Ejércitos, bendito sea el que viene en nombre del Señor! —y se santiguó de arriba abajo, sin que nadie acertara a verla. Aquella era su afirmación, aquel era su desafío en aquella hora.

Los aviones pasaron de largo.

Cuando avistó su casa advirtió que algo raro ocurría en ella. Por ello paró con su carrito poco antes de llegar al portal.

Ante la portería había un par de automóviles parados. Alarmada por el insólito hecho, se apresuró a hablar con el portero. Este estaba en el interior de su vivienda, pálido y descompuesto.

—Han sacado unos carnets, y sin decirme apenas nada han subido al piso de la señora Torra. Todos han bajado al refugio, menos el señor de las gafas.

—Bien. Salga fuera y esconda el saco que traigo en el carrito. Subió de un salto la escalera. No tuvo necesidad de llamar. La puerta estaba abierta.

El señor de las gafas era don Licinio, el catedrático. Ya hacía tiempo que Rita sospechaba que este era un pez gordo, por lo que le tenía en alta estima. Era un hombre joven, poco hablador, que llevaba en la casa una vida solitaria. ¿Qué había ocurrido? O mejor, ¿qué iba a ocurrir?

En el salón había cinco tipos desconocidos, tres de ellos con armas y los otros dos sin ellas, bien trajeados; intentaban sonsacar a doña Evelina. Entre ellos, de pie, don Licinio miraba cómo escurrir el bulto.

—Dejen a la señora, por favor. Ella no tiene nada que ver con esto.

—¿Qué pasa? —preguntó Rita con mirada feroz.

—¿Quién es usted? —inquirió uno de los jefes, un hombre muy alto y muy delgado, con unas manos largas y finas que jugueteaban con la cadena de plata de su reloj.

—Rita Arquer y Coma, para servirle. ¿A qué se debe este atropello?

—Somos nosotros los que preguntamos, no usted —zanjó el policía con voz potente, perforándola con un destello escalofriante—. Nos va a decir ahora mismo qué es lo que hace este sujeto en esta casa.

—Este señor es sobrino de una hermana mía, y está aquí de paso.

—Antes que nada, enséñeme su documentación.

Rita Arquer abrió su bolso y sacó de él un fajo de papeles. Los había de todas

clases. Además de la cédula personal, oficios timbrados de la Agrupación de Mujeres Antifascistas, del Partido Socialista Unificado de Cataluña, de los Amigos de Rusia, del Bloque Obrero y Campesino, un viejo carnet de la Olimpiada Popular de 1936 y un carnet de colaboradora en la revista Euterpe, del Grupo de Actividades Domésticas de la CNT.

—¿Basta con esto? —desafió con entereza la virago. —Y esta señora, la dueña de la casa, ¿a qué se dedica?

—A esta señora, como usted ve, habría que respetarla por su edad —bajo las costras de las mejillas sintió Evelina el latigazo azorante de aquel insulto—, pero, además, esta señora y esta casa están protegidas por bandera extranjera. Voy a llamar al Consulado de Cuba para darles cuenta de este allanamiento de morada, que va contra lo establecido por el convenio internacional de Ginebra.

—¡Déjese de historias! Esta señora tendrá que responder ante la justicia de la República de tener escondido en su casa a un elemento fascista muy peligroso. ¿Sabe usted quién es este señor?

—Naturalmente que lo sé. Es diputado de la República, a la que usted cita. Y por lo tanto, no es fascista, sino representante del pueblo en ella, que es todo lo contrario que ser fascista.

—Lo que le ha convertido en fascista es el abuso que ha hecho de esa delegación del pueblo. En la red de espionaje y de quintacolumnistas que acabamos de descubrir, este es el que respondía al nombre de «Palomino». Pero todo esto nos lo explicará más tarde en la Jefatura. Venga, vamos.

Le puso unas esposas y se lo llevó por delante, dándole un empujón.

—Por ustedes vendremos más tarde.

Quedaron allí, viendo salir a los cinco hombres y a don Licinio. Por el ventanal y el balcón advirtieron cómo este, pálido pero sereno, entraba en uno de los coches, acompañado por dos de los hombres armados. En la acera se había aglomerado un pequeño grupo de gente. Todos miraban con compasión al detenido.

—¡Malditos canallas, carne de horca, basura del infierno! —clamó Rita, viéndolos marchar. Pero no había tiempo que perder. Llamó al portero—: Lorenzo, ¡el saco!

A poco entraba Lorenzo acarreando el saco de lentejas. Lorenzo preguntó:

—¿Les digo que pueden subir?

—Espere un poco. Ya le avisaré.

Evelina le contó entonces cómo había sido la irrupción de los cinco hombres.

—Esa gente no tiene educación. Han entrado con los fusiles por delante. «¿Es usted la dueña?». «Sí, ¿quién va a ser?», dijo uno, fijándose en mi collar. Quería quitármelo. El más alto le detuvo: «Alto ahí. No hemos venido a pillar nada». «Lo entregaría a las milicias». «Alto te he dicho. No te metas en nada». Todo el tiempo estuvo mirándome el collar. Es decir, supongo que era el collar, porque con esa gente... —y Evelina hizo un arrumaco juvenil, como en otros tiempos, cosa que a

Rita no le agradó.

—¿Quiere que le diga lo que es esto? Una catástrofe. Tendremos que buscar otros sitios para algunos de nuestros amigos. Ya no podrán quedarse aquí. Desde ahora, esta casa está condenada. Pero ¿quién habrá dado la noticia? Porque esto ha sido un soplo, no cabe duda. ¿Lorenzo quizá?

—No, Lorenzo es de absoluta confianza. Figúrate, entró de ayudante del cochero en tiempos de mi marido...

Rita Arquer llamó de nuevo a Lorenzo.

—¡Y menos mal que no han pillado a los otros! —se consoló.

Lorenzo no podía sospechar a quién se debía la confidencia. De los refugiados, el único que podía haber sido confidente era el miembro de las milicias del doctor Albiñana.

Llevaba solo quince días en casa de Evelina y alguna vez salía a la calle y se iba a un bar de la esquina. Al volver, siempre caminaba un poco a tumbos.

—¿Quién te lo recomendó?

—Me vino por Otilia Núñez, usted la conoce. Ella es de la Falange de aquí, una mujer de todas prendas. Pero pudiera ser que la hubieran engañado.

—Sí, pobre Otilia...

—Bueno, Lorenzo. Dígales que ya pueden subir.

Pronto se oyó en la parte posterior el ruido de pasos y un rumor de voces, entre las que descollaba la voz de barítono de mosén Perramón.

—Las cosas han cambiado —espetó Rita con voz agria al de la partida de la porra de Albiñana, sin más—. Tenemos que disolver la reunión. En cuanto esté la comida, come usted y se busca otro sitio.

Era un joven grueso, con cara de bobo, que miraba extraviadamente. Parecía que aquello no le afectara.

—Pero ¿por qué?

—Después de la visita que acabamos de recibir huelgan las explicaciones —añadió Rita sin entrar en detalles, de modo que si el otro tenía que comprender, comprendiera en el acto.

—Pero ¿adónde ir?

—Eso es un asunto suyo. Ya le dije, al entrar, que sería por pocos días.

Las monjitas estaban guisando en la cocina la ración de lentejas de aquel día, recién sacada del saco. A ellas no las echaría. En cambio, habría que buscar nuevo acomodo a mosén Perramón y al señor Rius.

Cuando se lo dijo al mosén, este se estremeció. Su corpachón robusto pareció tambalearse. Pasaba de la euforia al desaliento con una rapidez vertiginosa.

—Déjeme un par de días por lo menos para pensar adónde ir. El viudo Rius no se inmutó. Aceptó el mandato de las circunstancias dócilmente.

—Puede usted quedarse aquí hasta que le encontremos otro sitio.

—No, no. En modo alguno quisiera perjudicarlas. Bastante han hecho ya por mí.



¿Sabe qué he pensado? Un hermano mío, tiene un negocio de coloniales en Sans. Supongo que vive aún. Puedo probar si me admite con ellos hasta que esto acabe.

—Bueno, si eso es lo que usted prefiere... —accedió Rita, que con el viudo Rius se mostraba flexible—. Puedo acompañarlo yo esta tarde.

Después de comer, Rita y Joaquín Rius emprendieron el camino hacia Sans.

Caminaron más de dos horas. El paso de Rius era lento y Rita había puesto su maleta en el carrito y lo empujaba despacio por la calzada. La ciudad sorprendía a Joaquín Rius, que al principio caminaba con recelo, reprimido, mirando con temor a todos lados. Llevaba muchos meses sin ver la calle. La Gran Vía era la misma de siempre, pero en la gente algo había cambiado. Los hombres iban mal aseados, con guerreras y mantas y gorros raros. Eran pocos los que iban vestidos como antes; el uso de las corbatas se había reducido. Se notaba un desmelenamiento colectivo, cierto impudor. Había también gente triste que caminaba apresurada, con cara hosca, a un recado rápido y con ánimo de volver a encerrarse. En la esquina de la calle de Balmes había un horrible socavón, con un bloque de casas despanzurrado. Era el resultado de la célebre bomba de trilita, aquel horrísono estampido que había hecho temblar medio año atrás a todas las casas del Ensanche. Los escombros y piedras se amontonaban en el solar.

Le tranquilizó escuchar el canto de los pájaros. Los gorriones se apelotonaban en la techumbre de los plátanos, hacían sesgos y vibraban entre las hojas de cada árbol. Era un sonido innúmero el que daba vida a aquel umbráculo, como si la guerra no existiera. Ellos vivían ignorantes de lo que sucedía alrededor, en una fecunda e indiferente primavera de celo y juego. Joaquín Rius no recordaba haberse fijado nunca en los pájaros de la ciudad. Había tenido que producirse la guerra para que elevara su mirada a lo alto y descubriera esos pequeños destellos de la zoología en convivencia solemne con la luz de la tarde y el esplendor del verde y del sol. El carrito que conducía Rita Arquer avanzaba traqueteando sobre el empedrado.

En la Plaza de España, un tráfago en camiones parados, de los que bajaban fardos y soldadesca, le devolvió a la noción de la guerra y de aquel momento. Allí estaba el Palacio Nacional de Montjuïc, espectro inmóvil de otros tiempos. ¿Cuántos años habían pasado? En realidad, pocos, poquísimos años, menos de diez, siete años solamente. Pero ¡cuánto dolor, qué inmensa hecatombe entre aquellos días floridos y los que transcurrían a la sazón, ensombrecidos y ajados por la revolución y por la guerra!

Llegaron al negocio de Fabián Rius a eso de las siete de la tarde. Las sombras empezaban a doblegar los perfiles de aquel pueblo. El almacén estaba en la Creu Alta, cerca de Hospitalet. Rita Arquer paró su carrito frente a un local en el que decía: Fabián Rius e hijos. La Colonial Sansense, S. L. Rita pulsó la puerta y entró. Tras un mostrador había una muchacha joven con bata azul.

—Quisiera hablar con el señor Rius.

—¿El señor Rius padre o hijo?

—El padre.

—El señor Rius padre está en la cama.

—Pues con el hijo.

Pero en aquel momento, un joven corpulento apareció por una puerta de cristal que había al fondo. Iba vestido con la chaqueta de las milicias y su aspecto era sombrío y hosco. Llevaba varios días sin afeitarse, por lo cual sus mandíbulas parecían teñidas de azul.

—¿Qué hay? Yo soy Rius hijo.

El viudo Rius había entrado también y le miraba sorprendido. Aquel debía de ser el chicuelo revoltoso que, hacía años, le derramó sobre las piernas un tazón de café, el día de una celebración; Rius estaba atemorizado, sin atreverse a presentarse. Era Rita quien hablaba.

Explicó la situación en que se hallaban. El joven Rius no se inmutó.

—Mi padre tuvo una caída en el almacén y está enyesado en la cama. Sí, sí, me acuerdo del tío Joaquín —dijo, mirándole fríamente.

Rita insistía en pedirle cobijo, aunque fuera por solo una semana.

—Nosotros no somos potentados, somos trabajadores. Nunca hemos pedido nada a nadie. Para venir ahora tendría que haberse acordado de nosotros mucho antes.

Una oleada de vergüenza interior pareció inundar las facciones del viudo.

—Es cierto que no nos hemos visto mucho. No siempre ha sido mía la culpa. Tú eres Luis, ¿no? Fuiste el que me tiraste el tazón en los pantalones el día de la primera comunión de tu hermano, ¿no es eso? —dijo, pretendiendo congraciarse, aproximarse a él—. Mi situación es apurada. Aquí os ayudaría en lo que pudiera. Aún puedo hacer unos números o servir de guarda en el almacén. Déjame que vea a tu padre.

—No, a mi padre no le podrá ver. Los tiempos no están para estas visitas. Yo le diré que ha estado usted aquí, pero no hoy. Se lo diré por la mañana. —Entre tanto, ¿puedo quedarme?

—No —respondió secamente el otro.

—¿No sabes lo que es un poco de caridad?

—¿Caridad? De eso se acuerdan los burgueses solo cuando les va mal. Oiga, tío Joaquín. Usted y nosotros no tenemos nada que ver. Usted ha perdido esta batalla. Yo estoy ganándola, pero aún no la he ganado del todo. Sepa que los que hacemos la guerra no podemos tener ninguna debilidad. Y dé las gracias de que todo quede así.

Don Joaquín sintió unas ganas inmensas de llorar, quizá porque advertía el tajo profundísimo que los hechos habían propinado en las estructuras. Nunca podía sospechar que las cosas ocurrieran así, que aquella escena pudiera producirse.

Fue Rita Arquer la que, de pronto, estalló:

—No hemos venido a pedir caridad. No tiene por qué arrastrarse, don Joaquín. Algún día se arrastrarán ellos. En casa todavía hay una cama, un plato de sopa y un crucifijo. Se trata de creer en Dios o de no creer en Él. Esa es la única batalla. Vámonos.

La señorita de la bata azul que asistía a la escena, estaba pálida.

—Exacto. Si no se van ahora mismo, llamo a las Milicias —dijo ella.

Salieron a la calle. Se oyó el ruido del portazo que dio Rita. Y emprendieron de nuevo la marcha hacia el centro de la ciudad.

Una luna plateada y redonda se había encaramado por encima de las cornisas de la Gran Vía. Lo inundaba todo con su pálida luz. Las calles estaban casi solitarias. Las tiendas habían cerrado y por todo el ámbito se desparramaba la noción de una inmensa tristeza, de un desamparo total. A lo lejos, cruzando los aires, se oía el silbido desigual de la sirena de una ambulancia, que se fue diluyendo. En uno de los balcones intermedios de una casa asomó un momento una figura, que quedó incrustada en la luz mortecina del interior; luego cerró los postigos.

El regreso fue más lento que la ida. De vez en cuando, Rius tenía que pararse a reposar. En cambio, Rita, que empujaba el carrito, parecía infatigable. No se oía más rumor que el de las ruedas del vehículo al sonar sobre el empedrado desigual. Encorvado, jadeante, el viudo Rius iba venciendo trabajosamente las esquinas, apoyándose en su bastón. A la luz de la luna, que era como el reflejo de su propia amargura, unas palabras de Rita Arquer vagabundeaban por su ánimo: «Se trata de creer en Dios o de no creer en Él. Esa es la única batalla».

En efecto. Del curso de los acontecimientos no quedaba más que un esquema simple y elemental: creer en Dios o no creer en Él. Ya no sentía la inquietud de los primeros tiempos por la situación en que habían quedado sus intereses personales. La fábrica y sus avatares parecían haberse diluido en la niebla. De todas las imágenes de aquellos tiempos, la única que prevalecía era la del rosario blanco que colgaba de aquel cadáver tumefacto envuelto en los harapos de la toca de monja, en los muros del convento de la Esperanza, cuando pasó por allí poco después de estallar la revolución. Y al término de aquel rosario de nácar había una Cruz. Aquella Cruz, apenas visible entonces, iba creciendo, creciendo, hasta convertirse en un emblema universal de amor, en símbolo de un holocausto multitudinario y mayúsculo. Junto a las gentes sin fe, había, sin embargo, otras dotadas de una fe gigantesca, como aquella Rita Arquer que empujaba a su lado el carrito con sus bártulos y en la que se realizaba de nuevo el camino de las mujeres que siguieron silenciosamente la pasión de Cristo.

Llegaron a casa a las once de la noche. El portal estaba cerrado. Rita lo abrió con una gruesa llave.

—No se apure, don Joaquín. Aquí aguantaremos mientras sea necesario.

Al día siguiente empezó para él una reclusión silenciosa, más dura que la del período anterior. Bajaron a los sótanos mosén Perramón y él con unos colchones. Pasaban el día y la noche encerrados en una habitación con poca luz, que había servido de cuarto trastero del servicio de doña Evelina en otros tiempos. A la hora de la comida bajaba personalmente Rita Arquer, los servía y les daba las noticias del día, que para ella siempre eran alentadoras. No veían la luz del sol más que a través de un

ventanuco alto que daba a la calle y que transparentaba la sombra de los pies de algunos transeúntes a través de unos cristales opacos. A pesar de ello, se adivinaba cuáles eran los días con sol y cuáles los días nublados. Había en su ánimo como un reflejo de los cambios atmosféricos. Unos días con melancolía, otros días con exaltación. La vida discurría apagada y sombría, con muchas horas para la meditación y la desesperanza.

A veces mosén Perramón amanecía eufórico y empezaba a perorar sobre la perfidia de un mal endémico en la sociedad española, sobre las redes de la masonería y el poder de las logias. Hacía un recuento de las calamidades que habían asolado al país desde Fernando VII hasta la Guerra Civil. Citaba frases de las encíclicas de Pío IX que argüía como vaticinios de la situación de España. Pero otros días pasaba las horas sumido en el silencio y en una inanidad absoluta. Aquellos eran los días en que a Joaquín Rius le daba por meditar. Se iba sumiendo poco a poco en un soliloquio terco e incesante. Acudían a su mente los más insospechados retazos de su pasado. Escenas vividas en su infancia, rasgos de sus tiempos de colegial. Trazos de su noviazgo con Mariona, cuando fue a buscarla varias veces a la salida del colegio. Aquel momento en que se enfrentó con Ernesto Villar, junto al brocal del pozo de Santa María. Y otra vez volvía a la infancia. La figura de su madre, envuelta en su mantilla, balanceándose en la mecedora, en la calle de la Paja. «Lo he merecido», concluía al pensar en su hermano Fabián. «He merecido lo que me está ocurriendo. He pasado una vida entera solo pendiente de mí, de mis cosas. ¿Me va a extrañar que ahora me den de lado? Tengo lo que he estado buscándome».

Mosén Perramón guardaba un tomito del Kempis, que leía en voz alta. A Joaquín Rius aquella lectura le producía desasosiego, desazón. Habría querido suplicar al cura que no prosiguiera. La incidencia casi morbosa en unas normas de desolación y de dolor, en lugar de conformarlo lo angustiaba y lo hundía aún más. Las vueltas a una resignación, en aquel lugar en que no había acción posible, eran para él una atadura insoportable. Tenía que hacer algo, aunque fuera rezar. Se volvía al cura y le decía: «Padre. No lea más. Recemos el rosario, si no le importa».

Y se ponían a rezar, tres o cuatro rosarios seguidos, sin pensar en nada, de una manera rutinaria y automática.

En cuanto Matías Palá llegó a Barcelona intentó localizar a Anselmo, su capataz, pero de Anselmo no había noticia alguna desde antes de estallar la revolución.

Matías Palá recorrió todos los lugares en que había transcurrido antes su vida. Sus antiguos contertulios habían sido dispensados por la guerra. Rafael Mas y Guimerans habían podido huir a Roma. Del resto nada se sabía.

Pudo enterarse de que su empresa de transportes, colectivizada como todas, seguía funcionando para la Intendencia del Ejército Rojo. A su frente había un comandante. Se abstuvo de presentarse allí.

No olvidaba el motivo por el que estaba de nuevo en la ciudad ni la trascendental comisión que traía del coronel Ungría. Cada uno de sus pasos estaría destinado a un buen cumplimiento de aquel fin.

Le sorprendió el aspecto de la ciudad. Contra lo que se figuraba, la vida en Barcelona proseguía sin demasiadas alteraciones. Los excesos de los primeros días de la revolución se habían calmado en cierto modo. Ya no se oía, más que de vez en cuando, el sonido de los cláxones de los coches alocados ni se veían encima de estos las patrullas de hombres armados que sembraron el pánico en aquellos días del verano de 1936.

Parecía que todo estuviera logrando una cohesión con el único objetivo de ganar la guerra. La presión del Gobierno y del Estado eran muy fuertes. El peso de las consignas se cernía sobre todos. Los diarios estaban llenos de una dialéctica delirante. La radio, los carteles de la calle decían: «No pasarán».

Matías Palá se instaló en una pensión de la calle de Vergara. En ella habitaban también unos funcionarios del Gobierno, llegados de Madrid, y un par de militares de Estado Mayor con sus correspondientes esposas. Todos ellos le observaron extrañados durante varios días, pero luego trabaron confiadamente amistad con él.

Les contó su odisea: que acababa de pasarse y que no había encontrado a nadie de su familia en Barcelona. No tenía más que una sobrina, que había sido hecha prisionera en Teruel, y querría buscarla.

—Procuraré informarme. Justamente tengo amigos en el Servicio de Prisioneros de Guerra, en el Ministerio. Le diré a usted algo.

Era el comandante Tobío, un hombre esmirriado, con gafas de intelectual y una sonrisita irónica en los labios.

—Diga, ¿y cómo están en el otro lado?

—Yo no estaba enterado de nada. Me marché a ver a mi sobrina para salir de aquel ambiente. Luego no supe más. Aquello es un lío... —dijo, para salir del suyo propio.

En los diarios leía a menudo noticias de Borredá. A menudo el personaje se desplazaba a Francia, otras veces leía que había visitado el frente. Era probable que un hombre como él no tuviera tiempo para preocupaciones tan pequeñas. Sin embargo, si no conectaba con él, ¿cómo tendría ocasión de llevar a término el fin de su empresa?

Cierto día de mayo, el comandante Tobío le informó de que en la lista de prisioneros hechos en Teruel estaba el nombre de su sobrina. Seguramente había sido llevada a Barcelona, pero no se sabía nada más de ella.

Pasaron un par de semanas sin ninguna novedad en relación con aquello. Matías Palá estaba inquieto, indeciso. Empezó a pensar que había aceptado el encargo demasiado eufóricamente. Su situación en Barcelona era la de un ser fluctuante, sin rumbo. Si le hubieran dado alguna referencia de dónde y con quién se tenía que conectar habría podido establecer un contacto, habría tenido por lo menos noción de a

quién agarrarse o referirse. Pero estaba absolutamente pendiente de los demás.

De pronto, sus compañeros de pensión cambiaron su talante. Su optimismo decayó, sus expresiones se tornaron hoscas. No tardó en relacionar aquel cambio con las noticias que se filtraban del frente. Las tropas nacionales habían empujado desde Aragón, habían entrado en Lérida y parecía que no pudieran detenerlas. A los pocos días llegaban al mar y dividían en dos la zona republicana.

La ciudad estaba sucia, había un gran desorden de refugiados por las calles, miles de consignas en las paredes, un desconcierto general, junto a los impulsos de seguir adelante con la lucha.

No era posible silenciar la realidad. El frente estaba cerca, Alonso Vega se había santiguado en las aguas de Benicarló y los bulos se confundían con la realidad en las conversaciones callejeras.

Aquel día recibió Matías Palá una llamada telefónica. El corazón empezó a palparle con más fuerza. Era una voz de hombre, una voz profunda.

—Federico está mal y necesita verle —escuchó por el auricular.

Tardó unos instantes en responder.

—No me es posible hoy, será mañana —dijo.

—Bien. Llámeme al 13549.

Y colgó.

Anotó el número y consultó allí mismo en la guía. Abrió en la letra W. El número correspondía al nombre Wilson. Estaba en la avenida de Mistral número 12.

Por la tarde se fue a aquella dirección. En la portería había una muchacha joven que estaba cosiendo.

—¿Es el señor Palá?

Matías Palá respondió afirmativamente con la cabeza.

—Suba al tercero primera.

Le abrió un hombre calvo, de mediana edad, envuelto en una bata.

—Pase, señor Palá.

Le hizo sentar en un despachito cuyo balcón daba a la calle. La habitación era pequeña. En un rincón había una cama turca; junto a la pared, una mesa. Detrás de la mesa, pegada con unas chinchetas en la pared, una bandera republicana.

—No ha sido fácil obtener su nombre y paradero —dijo el hombre—. Es preciso que se ponga usted en acción cuanto antes. Aquí tiene una lista de los implicados en nuestro movimiento, gente de toda confianza. Es decir, esta es la lista que había. En pocos días han pillado a tres de los nuestros. Son los señalados con una cruz. ¿Conoce usted a alguno de los otros?

Mientras hablaba, el hombre se aplastaba la nariz contra el labio superior, en un movimiento nervioso.

Ante su negativa, inquirió de nuevo:

—¿Ha podido conectar con alguno del clan Borredá? Matías Palá hizo con la cabeza un signo negativo.

El desconocido carraspeó brevemente.

—Lo que ha ocurrido con su sobrina es algo insólito. Se fugó de la cuerda en que era llevada. Se fugó con uno de los guardianes, un anarquista. Sabemos que está en el monte, en Cuenca o en el Maestrazgo.

—¿Se fugó? La raptarían —objetó Palá—. ¿Cómo lo sabe?

—Para el caso es lo mismo. El tipo aquel es un tipo de cuidado. Llámelo como quiera.

Matías Palá estuvo silencioso unos instantes. No acababa de confiar en la persona con quien estaba hablando. El conocimiento que parecía tener de la conducta de su sobrina, la bandera republicana que le servía de dosel, el misterio de aquel despachito solitario no le tranquilizaban.

—Me figuro que no acaba usted de confiar en mí. Soy el agente Santillana del Mar, y estoy aquí sustituyendo al agente Numancia, que ha salido hacia Burdeos. Lo de su sobrina nos fue encomendado por la jefatura de Contraespionaje, para que usted no tuviera tentación de ocuparse de ella. En cuanto a esta bandera es simplemente un ardid ingenuo. Este despacho pertenece oficialmente a un gestor administrativo muy republicano, que no desdeñaría ocuparse de sus asuntos con tanta ostentación de su patriotismo. Bien: vamos a lo nuestro —prosiguió—. Es preciso que enlace con el camarada Guadiana, ese es su nombre supuesto, quien le informará de las características de su labor. Deberán encontrarse en lugares abiertos, cambiando cada vez el lugar de la cita. Hace unos días han hecho una redada copiosa. Entre otros, ha caído don Licinio Álvarez Carranza, que estaba escondido y en quien confiábamos para una misión urgente e importante. Usted tendrá que multiplicarse por todos ellos.

Matías Palá atendía sin chistar.

—Contra lo que pudiera parecer, los reveses militares, en lugar de distender la moral, la han hecho más dura. El poder se está volviendo más personal, mejor organizado, más jerárquico y, por lo tanto, más eficaz. Desde el Alzamiento hasta fines de 1936 no fue más que pura anarquía y dilapidación. A partir de entonces hasta hace un año fue una lucha sorda entre diversas facciones. A este último período corresponden la disolución del llamado Consejo de Aragón, la convocatoria de elecciones en el Parlamento catalán, los contactos de Azaña con Bosch Gimpera y Pi Suñer para encontrar una vía de entendimiento. Pero eso se ha acabado, como acabó Largo Caballero. Ahora manda Negrín, en contacto estrecho con los rusos, que entienden de eso. Ya ve usted la consigna: resistir. Negrín y su amigo Borredá confían en una extensión general de la guerra. Pero está por ver. Entre tanto, ellos poseen un ejército que no poseían al principio. Han conseguido por fin disciplinar a aquella turba. Lo que no es tan seguro es que puedan mantenerla en su moral. Pero darán un golpe.

—¿Cree usted que es útil mi antigua amistad con Borredá?

—Si he de serle sincero —repuso el otro—, creo que en las circunstancias actuales eso más bien puede perjudicarlo. Ni Borredá ni Negrín titubean. Están en

manos de los otros. Es ingenuo pensar que Borredá se va a permitir una debilidad cualquiera. De momento tiene usted que renunciar al primitivo plan y limitarse a sus contactos con el agente Guadiana. Se encontrarán mañana en la Plaza de Letamendi. Él estará sentado en uno de los bancos y llevará en las manos un ejemplar de *La Nouvelle Revue Française*. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Se despidieron. Al salir a la calle Matías Palá se sintió sumergido en un mundo de confusión y delirio.

Había cruzado otra vez media España, con escalas en los hospitales, en las trincheras, en los campos de concentración, para convertirse de nuevo en un ser apócrifo, en un elemento clandestino que ignoraba su misión y que se disponía a recibir órdenes confusas de otro elemento desconocido en un banco de piedra de una plaza barcelonesa. Antes había hecho la guerra. Ahora estaba a merced de la guerra. Como los demás, como todos los demás.



## IV

CUANDO CARLOS RIUS salió de la Academia de Dar Riffien llevaba un bagaje bien aprendido de nociones militares. Sabía la forma de entrar en combate, conocía bien el manejo de la ametralladora y el fusil, estaba seguro de poder mantener la moral de unas tropas a su mando, sentía por dentro la excitación sutil de todos los estímulos humanos para hacer la guerra: el sentido del honor, la disciplina, la fortaleza, el desprecio del peligro y del dolor. Habían sido dos meses de dura experiencia. Sobre la guerrera lucía ya la estrella estampillada del alférez de Infantería.

Dentro de poco sería destinado a alguna unidad de primera línea. No sabía a cuál ni en qué frente estaría. En la espera dispondría de unos días de permiso, que aprovechó para volver a San Sebastián y despedirse de su madre.

Sin avisar llegó a la ciudad y al hotel. De pronto, aquel mundo de la retaguardia, tan superficial y tan vano, se le antojó que estaba alejado de la realidad. Veía a la gente sentada en las terrazas de los cafés como si fueran fantasmas de otro mundo. En su recorrido por España había conocido las aristas de una tierra auténtica sometida al yugo de la guerra. En los parajes de tierra adentro, en la ancha Castilla, había olfateado la tragedia y la muerte, de uno a otro cabo de la geografía. Sonaban aún en sus oídos los brincos de los ríos turbios y escandalosos hacia el mar, le herían el alma las agujas de los campanarios que apuntaban al cielo, su mirada se hallaba empañada aún por los celajes cenicientos, por los atardeceres de sangre en la inmensa llanura de Castilla. Un tráfago de combatientes de todas las especies, la variedad que iba desde el caftán de los moros al tatuaje de los legionarios, le producía por dentro la sensación cruel de una diversidad, de un abigarramiento de seres movidos al unísono por un impulso y un dinamismo común. Pero no en aquella ciudad, que parecía huir de esta realidad para desflecarse en normas de indolencia entre la curva suave de los tamarindos de la Concha.

Sin embargo, se acomodó a ella por unos cuantos días. Intentó ser amable y cariñoso con su madre. No le negó una complacencia en aquellos caprichos ridículos que nacían de su ambiente, de su frivolidad; la acompañó unas tardes al cine; no desdeñó llevarla a tomar el té en algún salón de la Avenida del Caudillo, donde ella le exhibió ante sus amistades. Probó a ser complaciente con Fifí, la hija del vicepresidente de la Diputación. La subió una tarde hasta la cima del Igueldo y se sentó con ella a tomar unos combinados en el hotel de la cumbre.

Al cabo de unos días de aquel ocio ambiguo recibió una orden del Cuartel General por la que se le destinaba al Quinto Batallón de la II Bandera la Falange, en Córdoba. Esta unidad ocupaba tres o cuatro pueblos de la línea del frente que lindaba con el sector minero de Linares. No le agradó el lugar de su destino; se veía alejado de su objetivo y de su propósito, que era servir en la cuña que había de entrar en

Barcelona, su ciudad, tal como había concertado con su compañero Miguel Llobet. Lo más probable era que en el frente de Andalucía viese transcurrir los días con una negligente abulia, parecida a la que le había hecho huir de San Sebastián. En fin, si eso era así, una vez incorporado se las apañaría para reclamar un nuevo destino, si era necesario con la intervención de don Oscar Andrade, el amigo de su madre.

Por la tarde se perdía en las callejas que forman el barrio viejo de San Sebastián. Le agradaba vagabundear por aquel ambiente pintoresco y marinero; entrar en las tascas olorosas a mariscos y aceite, donde una multitud hirviente y charlatana se arracimaba en torno a los mostradores a tomarse sus rondas de chacolí rosado. Aquella era la sociedad de zánganos contra la que en puridad las masas decían que se habían levantado en el otro lado de la barricada, pero a Carlos Rius no le parecía ni tan numerosa ni tan peligrosa como decían. Por aquellas calles se advertía también la concurrencia de las viejas damas de las clases rectoras, que salían de una novena en la iglesia de Santa María con un devocionario en las manos.

Entró en una ocasión, a la caída de la tarde, en el interior de aquel templo. En la extensión de los bancos una muchedumbre de mujeres y de hombres arrodillados elevaba un sordo rumor en la penumbra. Las cuentas del rosario se desgranaban en unas manos pálidas y temblorosas, orantes a la luz exangüe de las velas que elevaban un tenue fulgor a los altares. Aquel rumor parecía un vagido tenue y doliente, un balbuceo doloroso en la oscuridad. Rezaban por algo que los que estaban fuera no entenderían, algo que la sacudida y los estruendos del campo de batalla no acertaban a acallar: el alarido de los agonizantes, el dolor de los que habían caído, el golpear de las frentes abatidas contra el polvo de las cunetas, el ignominioso sacrificio de las gentes queridas, la sinrazón y el luto desparramados en las esquinas negras de las ciudades... Era el barullo incontenible de las almas vueltas hacia Dios en una súplica vehemente y abnegada, que no sabía por qué se manifestaba, que estaba lejos de comprenderse a sí misma y a su razón. Era la fe de un pueblo, que llegaba de tiempos remotos, que surgía de las raíces mismas de su ser, más firme que la muerte, por encima de la muerte, en el nimbo de la resurrección. Entonces comprendió Carlos el sentido de la lucha, el poder impetuoso de la guerra, el afán de la victoria, el lujo insigne de la paz que a lo lejos se vislumbraba.

Marchó al día siguiente. Volvió a recorrer la geografía hispana de norte a sur. Otra vez sintió la fina herida que causaban en su interior los paisajes del trayecto. Otra vez la caligrafía nebulosa de los llanos de Extremadura, de nuevo la orografía de Castilla y la Andalucía señorial y abierta: rumor de agua, líquidas perlas en los jarrones de mayólica, irisación de los surtidores en los cazos de los jardines, en la arquitectura dibujada por el arrayán y en el plateresco de las fachadas. Sombra y luz, silencio al atardecer y el embrujo de unos ojos de mujer, negríssimos y tristes...

Desde Sevilla hasta el frente hizo el trayecto en un coche que puso a su disposición la Capitanía General. El chófer era un andaluz sonriente y malévolo, de los que se habían sublevado con Queipo el 18 de julio y que había sido adscrito a

servicios auxiliares después de la toma de Badajoz. Explicaba algunos lances de esta acción de guerra.

—Los rojos se habían hecho fuertes en la torre de la catedral y nosotros no teníamos manera de sacarlos de allí. De pronto el general Asensio da la orden: quemar las gavillas de paja al pie de la escalera y rociar con gasolina la partida de leños que estaban en un almacén. Cuando creíamos que ellos saldrían achicharrados asoman unos cuantos por la cornisa. Iban negros de carbonilla, como si acabaran de salir de una mina de carbón. Sacan un jamón serrano atado con una cuerda y lo bajan hasta que nos lo pasan casi por las narices: «Nanai, que no nos rendiremos». Encima, nos tomaban a chacota. Entonces, acabronados, echamos escalera arriba hasta encontrarlos. ¡La que se armó! Muchos de ellos no bajaron a pie; saltaron por la ventana...

Los campos de cultivo calentaban al sol el aceite de sus olivos y el zumo de sus vides. Aquellos campos se ondulaban en suaves vertientes hasta la lejanía. Eran como un suspiro anhelante de la tierra, como un jadeo infinito y cósmico de la comarca y del lugar, transido de vez en cuando por el aleteo lento de un gavilán o por el vuelo raudo y sesgado de una partida de perdices. De vez en cuando, unos caballos sueltos ponían sobre la tierra la estampa vigorosa de su perfil, que era como un friso o una alegoría inquieta en medio de la explanada. Llegaron al atardecer a un villorrio llamado Venta del Arcángel, en un recodo algo apartado de la carretera. Este villorrio había nacido de la explotación de unas minas de cobre situadas un poco más abajo, cuyo trazado se distinguía aún. En él estaban la administración y la cantina de aquellas minas, cuya explotación había interrumpido la guerra. Formaban el poblado una docena de casas de una sola planta, edificadas en la ladera al fondo de la cual discurría un río con un rumor sordo y un reflejo aceitoso en la oscuridad.

La posición de la Venta del Arcángel era una avanzada del pueblo de Carminal de la Sierpe, cabeza de partido con alcalde y juez de primera instancia. Para llegar a Venta del Arcángel había sido preciso parar en Carminal y presentarse al comandante. El pueblo le había dado la impresión de ser un lugar alegre, poco atormentado por la circunstancia de la guerra. El comandante era un hombre adiposo que tenía una voz que parecía quebrada por el cazalla y que miraba con un solo ojo, vacilante y turbio.

—Ruegue al diablo que no se le pudran los c... en este rincón de mundo —observó—. Por suerte los anarquistas han venido a animarnos un poco últimamente. Pero, aún así, esto parece un viernes de Cuaresma...

En efecto, al día siguiente le informaron de que unos grupos de anarquistas de la FAI se habían hecho fuertes en las posiciones que había frente a Venta del Arcángel y que la situación en aquel sector era un poco anómala. Los anarquistas merodeaban por tres o cuatro poblados, en rebeldía contra el Gobierno republicano y, naturalmente, contra la zona nacional.

El panorama era inhóspito; estaban en el centro de la antigua explotación minera. Aún perduraba sobre el suelo el trazado de los carriles sobre los que en otro tiempo

era transportado el mineral, desde los túneles que se abrían acá y allá en la montaña. En aquellos túneles dormía la tropa. En la zona el terreno no tenía vegetación alguna y en él predominaban las formaciones de caliza, con un tono gris sobre el que restallaban los rayos del sol. Se enteró de que los yacimientos de cobre estaban ya exhaustos, pero sobre el suelo se advertía la existencia de los detritos de este mineral, que relampagueaban a la luz con innumerables destellos esparcidos por el suelo como un polvillo cegador. Aquel era uno de los paisajes más estrambóticos y raros del mundo.

Su misión en Venta del Arcángel consistía en relevar a un alférez que había sido llamado por el mando para que fuera a seguir los cursillos de teniente. Era aquel un muchacho aragonés, ya mayor, al que la guerra había pillado en Sevilla. En la vida civil era corredor de vinos, pero parecía que la guerra hubiera venido de pronto a resolver el problema de su vocación. Donde mejor se sentía era en la milicia.

El aragonés hizo formar a las tropas que estaban a su mando. La compañía se alineó sobre la explanada, de espaldas al río. El aragonés les dirigió así la palabra:

—Soldados, he aquí al alférez Rius, quien en adelante tomará el mando de esta compañía. Yo me marchó, voy a la Academia, y es probable que ya no nos veamos más. Sin embargo, estemos donde estemos, cualquiera que sea la suerte que nos corresponda en esta guerra, tengamos siempre aliento para gritar «Viva España» y no volver la cara al enemigo. Camaradas y soldados: ¡Viva España!

Un viva surgió a media voz de la boca de los soldados. Luego se diluyeron estos por la cantina y por la calle. Algunos se desperdigaron por el camino y otros se tumbaron en la orilla del río.

—Yo me llevo conmigo a Lucas, mi asistente. He conseguido que el comandante me firmara su traslado. ¿Ya has pensado a quién vas a elegir?

Carlos Rius se encontró indeciso. No conocía a ninguno.

—Preferiría a un muchacho que no hablara mucho. Que sea trabajador y honrado, pero poco charlatán. ¿Sabes de alguno?

—Lo que pasa es que a los que hablan poco no se les conoce ni se sabe cómo son. Prefiero no darte ningún nombre —dijo el alférez.

Entraron en la casa en que vivían. Se componía de dos habitaciones, un comedor, la cocina, un lavabo y un excusado. Al fondo había un pequeño patio rectangular, en el que en aquel momento dormitaban dos gatos. En la pared lucía un espejito desconchado y goteaba un grifo sobre un recipiente de piedra. Unas yedras se encaramaban por el muro.

—No es muy lujoso esto —le advirtió el compañero—. Estas debían de ser habitaciones para los capataces y personal de la mina. El pueblo no tenía vida. Para hacer algo no había más remedio que ir a Carminal de la Sierpe. Hoy pasa lo mismo. Pero al cabo de un tiempo preferirás no moverte de aquí. En Carminal, la mitad de la población es roja.

Ante la extrañeza que delataba el rostro de Rius, continuó el alférez:

—No te lo digo en broma. Ha habido tiempo en que hemos tenido que mirar más para atrás que adelante. Nos daban más quehacer los nuestros que se pasaban que los que tenemos enfrente. Hasta que el comandante hizo un escarmiento...

—¿Qué hizo?

—Fusiló a tres tipos a los que pilló cruzando el río. Los fusiló delante de todo el pueblo. Allí, viéndolo, estaban los padres, los tíos, los primos de esos tipos. Se acabó lo que se daba. Desde entonces no se ha escapado ni uno más...

En aquel momento entró Lucas, el asistente. Era un muchacho activo y, contra lo manifestado poco antes en cuanto a psique ideal de los «asistentes», extraordinariamente locuaz.

—Mi alférez, si puedo permitirme la libertad de recomendarle a un amigo...

—Veamos...

—Es Honorio, el asistente ideal para usted, mi teniente, digo mi alférez. Cocina, lava, escribe, hace los recados, incluso los más difíciles. En fin, una joya...

—¿A ver? Que veamos a esa joya...

Entró un soldado que parecía reducido a la mitad: tal era la cortedad de su talla. Llevaba sobre los hombros una cabeza normal, de hombre altísimo, maciza y enteramente rapada. Su cara parecía la de un boxeador. Tenía los pómulos firmes y abultados y una nariz que parecía achatada por los golpes.

—¿Cómo te llamas? —inquirió Carlos.

—Honorio Silvestre Rebolledo, mi alférez. Pero por nombre usual me llaman *el Chiquito*.

—¿Qué hacías antes del servicio?

—Era limpiabotas, mi alférez. Limpiabotas en Ceuta. —Bien. Por lo menos podrás responder de mis botas. —Como un espejo, señor. Quiero decir que las tendré como un espejo.

—Te voy a probar. Estarás ocho días a prueba. Si no me convienes, te doy el pasaporte.

—De acuerdo, mi alférez. Verá como le convengo. Sé cocinar, hacer las camas y la limpieza, tengo buena fisonomía para conocer a la gente, en especial mujeres, y no se me borran las instrucciones. Verá mi alférez como le agrado.

—Así sea. Para empezar, pon estos bártulos en aquel cajón —dijo enseñándole una bolsa y el maletín.

*El Chiquito* dispuso las ropas en un santiamén. Parecía un hombre dispuesto y con ganas de cumplir.

El alférez, su compañero, se disponía a partir. Iba a tomar un coche que saldría de Carminal de la Sierpe aquella tarde. Carlos se dispuso a acompañarlo hasta el pueblo, pues lo había citado en la Comandancia el comandante.

Este era un hombre entrado en carnes, como de unos cuarenta años, casi enteramente calvo, por lo que se llevaba de las sienes una madeja de pelos grasientos para que le cubrieran la bóveda del cráneo en tiras horizontales. Le faltaba un ojo y se

cubría el hueco con un pegote de tela, como los tuertos que había visto en las películas de piratas. Se llamaba Policarpo Ordóñez y había sido célebre en los tiempos de la guerra de África, como jefe de una columna que había intentado ayudar a los hombres de Monte Arruit. Desde aquellos días le faltaba el ojo.

—Siéntese, alférez... —le indicó, mostrándole una silla que había frente a la mesa de su despacho, en la oficina—. Me dicen que es usted catalán. Yo estuve en Barcelona cuando la Exposición. Me gustan las Ramblas, sobre todo de noche. ¡Qué animación, qué jolgorio! Buenos son ustedes para divertirse, allí la noche no se acaba nunca. ¿Cómo se llamaba aquello? Sí, Villa Rosa, ¡qué cabaret!

Carlos Rius no sabía de qué le estaba hablando.

—¿Quiere usted coñac? —ofreció, al tiempo que se servía en una copa, de una botella que acababa de sacar de un cajón de la mesa—. También me dicen que este es el primer destino que tiene desde que ha terminado el cursillo. A mí no me asustan los bisoños, por novatos que sean. Los he conocido que darían lecciones a los veteranos, más jabatos que muchos de ellos. Yo llevo treinta años en el ejército. Me han herido siete veces. Cuatro veces en África y tres en esta guerra. De modo que he visto de todo. ¿Adónde íbamos? ¡Ah, sí!... Como le decía, el año veintiuno tuve yo un alférez que acababa de salir de la Academia. Se quedó en una posición prácticamente solo. En total quedaron cuatro supervivientes y él fue propuesto para la Medalla Militar. Un héroe. Y era la primera vez que oía un tiro. Dios le bendiga. Le echó a perder una mala puta en Melilla y no se supo más de él.

Carlos Rius no acertaba a intervenir más que con monosílabos. El comandante se llenó de nuevo su vaso.

—Si no fuera por esto —y elevó un poco el líquido en el vaso, que despidió un reflejo candente en la luz gris de la habitación—, la vida de campaña en este lugar sería inaguantable. Yo soy hombre de acción, me gusta la milicia activa, la jarana. En mitad de un fregado no me acuerdo de nada. Pero ahora me han traído aquí; se creen que ya no sirvo. Todos esos de quienes tanto se habla han sido compañeros míos. ¿Yagüe? Como hermanos. El único Orgaz, que es un poco mayor que yo, pero solo un poco. Bien: ¿adónde íbamos? Como le decía, aquí se trata de pasar las horas. Mire usted, reconociendo el mérito que tuvieron estos muchachos el propio día 18 de julio, y con todos los respetos debidos a su jefe José Antonio, hijo del general, que era todo un caballero, a la hora de mandar unas fuerzas a mí que me den el Tercio o los Regulares. ¿Está usted conmigo? Esos son los verdaderos soldados profesionales, de los que uno se puede fiar.

De vez en cuando se secaba el rostro con un gran pañuelo.

—¡Ah, sí, a lo que iba! Aquí enfrente hay una posición que lleva unos días hostigando y acabronando a los nuestros. Todas las tardes a eso de las seis suelta un par de ráfagas de ametralladora contra la chabola del siete. Hay que hacer un escarmiento —y se sirvió un nuevo sorbo de coñac—. Se va usted a llevar de aquí un cañón antitanque junto con un soldado que es un as del cálculo y de la puntería, y

hace que callen los incordiantes. Se trata de meter una carga de antitanque por la boca de la posición, sin errar el tiro. Las granadas explotarán en el interior de su chabola, y asunto concluido. Anote el nombre del soldado: Ezequiel Martos Rodríguez.

—¿Qué día, mi comandante?

—La semana que viene. El lunes o el martes.

—Conforme, mi comandante.

Después de la visita dio una pequeña vuelta por el pueblo. Era el típico poblado de la Andalucía oriental, en el que pervivían aún las formas de vida morunas o árabes. Las casas eran blancas, encaladas, y en algunas de ellas se advertía el señorío de un patio interior, oculto entre rejas. En una plazuela había un surtidor y una estatuilla erguida, un duende, una virgen o una diosa entenebrecida por unos musgos que pugnaban por alcanzarla, a la luz macilenta de un farolillo encendido. Luego, en los dos ángulos de otra plaza, la Plaza Mayor, estaban los edificios importantes de la localidad: el Ayuntamiento y el Casino. En este se veía a unos cuantos señores tomando café y desgranando el diálogo en una tertulia. Un cura —sería «el» cura— avanzaba a paso de marcha hacia la iglesia, que sobresalía con un gran campanario en una loma, en el centro de la población.

No se diría que aquel fuera pueblo en guerra, un pueblo que tenía la guerra en sus bordes. La gente del pueblo parecía vivir en paz, en una paz de otros tiempos, de otros siglos, hecha de silencios y de recatos, viendo pasar a los viandantes, a los que dirigían solo una mirada de refilón, una mirada hosca y desconfiada, mientras entornaban los postigos de las viviendas y encendían en el fondo de ellas la lamparita de aceite o la bombilla desnuda. Todo parecía congelado, aterido en mitad del sueño y de la irrealidad. La tarde iba declinando.

Ya de vuelta en Venta del Arcángel, Carlos Rius se encerró en su habitación. Pero no había luz y el resplandor de la pequeña lamparilla de petróleo no le permitía leer, ni escribir, ni hacer nada de provecho. Salió y se topó con *el Chiquito*, que iba buscándole.

—Ha venido a ofrecerle sus respetos el alcalde y jefe del Movimiento de Carminal de la Sierpe. Ha quedado en que volverá mañana después de comer.

Se sintió enfurecido. Le invadió un fastidio inmenso al sospechar que allí tendría que hacer probablemente cierto tipo de vida social, y que los días irían discurriendo en aquella atonía lamentable. Empezaba a arrepentirse de haber dejado su amable existencia en San Sebastián, en la que por lo menos se disfrutaba del ocio en grande y no de aquel atisbo raquíutico de ocio que empezaba a rodearle. La conversación con el comandante le había ilustrado sobre muchas de las contingencias de la rutina que le esperaba.

Menos mal que a la hora de cenar se dio cuenta de que no estaba enteramente solo. Con él se unieron en la cantina los alféreces Tejada y Coloma, el teniente Rivera y el páter Pérez Gavallán. Eran la oficialidad que estaba destacada en Venta del Arcángel.

El alférez Coloma consiguió en seguida congeniar con él. En la vida civil estudiaba Ciencias Exactas y pretendía especializarse más adelante de ingeniero de motores de aviación. Era madrileño y había conseguido pasarse por el frente en los primeros días de la guerra. Los rojos habían matado a su padre y a dos de sus hermanos, y otros dos se hallaban, como él, haciendo la guerra en zona nacional. Estaba convenido de que algún día se acabaría la estabilidad en aquel frente de Andalucía. Del bolsillo de su camisa sacó un mapa y lo puso sobre la mesa, intentando demostrar que la situación en que se hallaba aquel sector del frente era de todo punto inaguantable. «Por aquí, decía, hay una brecha que se tiene que colmar de un modo u otro. Por suerte nuestra los de enfrente no hacen la guerra. Únicamente juegan a hacer la guerra. Pero si en lugar de ser anarquistas y hacer la guerra por su cuenta fueran disciplinados y obedecieran al mando de Valencia, o de donde sea, otro gallo nos cantara». Sostenía que la situación solo podía arreglarse con un ataque para llevar la línea del frente seis o siete pueblos más allá, hacia el otro lado. Entonces podrían empezar a respirar tranquilos.

Después de cenar le invitaron a jugar con ellos una partida de póquer, pero Carlos se excusó. Estaba todavía cansado del viaje, puesto que la noche anterior no había conseguido dormir bien. Llamaron a un sargento, que ocupó su plaza. El cura y él salieron a la carretera, a pasear.

Según el cura, a pesar de sus defectos y, sobre todo, pese a su afición a la bebida, el comandante era un gran militar. Como todos los de la leva de Marruecos, tenía bien fijadas y aprendidas las normas que hacen fuerte a un ejército: coraje, sentido del honor, amor a la tropa, de la que llegado el caso cuidaría como si se tratara de su propia prole. No tenía más que dos defectos: el primero, su inclinación a la bebida. Bebía desde que se levantaba hasta que iba a acostarse, sin interrupción. Bebía, sin concederse tregua ni reposo, todo aquello que se le echara por delante: coñac, ginebra, vino, ron, anís o cualquier tipo de licor. Lo mezclaba todo y lo sobreponía indistintamente, de arriba abajo o de abajo arriba, sin el menor escrúpulo y sin el menor cuidado. Cada uno de estos productos alcohólicos producía en él un efecto que, sin dejar de ser el mismo, difería únicamente en sus matices espirituales. El coñac, por ejemplo, lo mantenía en vilo un rato hasta que acababa embotándolo, aletargándolo y haciendo ininteligible su voz, que se convertía en un rumor pastoso; la ginebra volvía a afinarle la voz y lo volvía otra vez agudo y dialéctico, hasta que se le metía por las vetas del humor, es decir, del mal humor, y lo volvía agresivo, impetuoso y peligroso; el vino era, de todas las variantes del alcohol, aquella cuyos efectos eran capaces de perdurar sobre su ánimo con unos resultados más coherentes. Por lo tanto, el comandante era capaz de engullir el vino a toneladas sin perder la razón, de la mañana a la noche. El vino le hacía incluso delicado y simpático, y de su mano era capaz de pasar noches enteras en blanco. Su asistente, que le conocía bien, tenía cuidado de tener siempre bien provista su despensa con media docena de garrafas de buen tinto, que se hacía traer desde la Rioja por los camiones de



Intendencia.

El segundo defecto del comandante era su amiga. Se ignoraba si aquel militar era casado o no; lo cierto es que en el pueblo se le sabía liado con Rosario *la Zarzamora*, viuda de uno de los prófugos a los que fusiló tiempo atrás, a la que colocó de sirvienta en su cantina y con la que acabó liándose. Aquella mujer era un tipo de hembra aguerrida, morena, chismosa y buscapleitos, a la que todo el mundo temía, pero que era la única capaz de soportar las curdas del militar, capaz de plantarle cara cuando se acostaba en su camastro como un bulto y de torear sus aviesas embestidas de ginebra a las tantas de la madrugada. Se dudaba que el comandante conservara la facultad viril de poseer a una mujer, pero se sabía que le agradaba ver a *la Zarzamora* despojarse de su ropa y quedar ante él como el día en que nació. A través de su nebulosa mirada por el solo ojo que le quedaba, veía el militar el cuerpo desnudo de la gitana y eso bastaba para que le entrara un suave sopor, en el que se adormecía y con el que se calmaba.

Al día siguiente por la mañana fue al encuentro del joven Rius el teniente Rivera. Quería que fuera con él a inspeccionar los puestos de avanzada, para que tuviera una idea de la situación en que se hallaban. Eran unas chabolas adelantadas en el llano, desde las que se dominaban las posiciones en que se hallaba el enemigo.

Desde una de aquellas, situada en un altozano, se columbraban tres pequeños pueblos que se hallaban en la ladera frontal y en los que se advertía trasiego de gente. Según le dijo el teniente, aquellos eran los pueblos donde los anarquistas se habían hecho fuertes y vivían una vida autónoma, mientras los republicanos y los comunistas les dejaban en paz. También le mostró, desde otra de las chabolas, la pequeña posición fortificada desde la que todas las tardes los hostigaban con fuego de ametralladora. Carlos Rius contó al teniente el propósito del comandante y su idea de atacar aquella posición con fuego de antitanque.

—Es una vieja idea suya —consideró el teniente—. Le tiene prometido al soldado Ezequiel Martos pedir una pieza antitanque expresamente para eso. No sé si lo ha hecho.

También le ilustró el teniente sobre la personalidad del alcalde de Carminal de la Sierpe, cuya visita le habían anunciado la tarde anterior.

—Es una persona importante en Andalucía. Es un título, el marqués de Carminal Alto. Cuando el Alzamiento, redujo esta zona, que ya dependía de él. Más a occidente posee muchas tierras, y no lejos de aquí tiene un cortijo con cría de reses bravas y buena bodega. Le gusta mezclarse con la oficialidad, aprovechando que el comandante a veces está un poco, ¿cómo le diría yo?, un poco huido... Se las da de ser un gran señor y probablemente lo es; yo no entiendo de eso...

En efecto, por la tarde, después de comer, se presentó el alcalde; llegó por la carretera montado en un esbelto caballo. Era un hombre alto, con el cabello plateado sobre una frente noble y despejada y unos ojos negros, grandes y vivaces. Llevaba un fular de seda anudado al cuello y una cartuchera al cinto, de la que colgaba una

pistola.

Saludó cortésmente a Carlos Rius.

—Soy el marqués de Carminal —dijo—. Me encargó que le visitara don Óscar Andrade, que creo que es buen amigo de su madre. ¿Cómo se encuentra usted? ¿Le ha caído bien el lugar de su destino?

Carlos Rius le saludó sin responder. Le azoraba un poco la comunicabilidad de su visitante. Así, de sopetón, le era imposible corresponder a tantas efusiones.

Entonces acababa de comprender lo que había ocurrido. Su madre, por mediación de Óscar Andrade, había conseguido que lo destinaran a aquel lugar del mundo, al abrigo de todo peligro. Su movimiento de independencia había sido inútil. Lo habían destinado a aquella especie de sanatorio adonde enviaban, en retiro más o menos disimulado, a comandantes borrachos y mujeriegos bajo la férula de un alcalde, de un cacique *ancien régime*, que se cuidaba de vigilar y dar el parte.

El marqués lo puso en antecedentes de su modo de vida y lo convidó a que entablara con él una relación amistosa sin reservas.

—Tenemos una finca a unos kilómetros de aquí. He pedido autorización al comandante para que me deje disponer de algunos de sus días, con objeto de que conozca usted cómo es la vida en el campo andaluz. ¿Le gusta la equitación? Tenemos una buena cuadra de caballos. ¿Y los toros? Me gustaría organizarle una tiente, para que estime lo que es la vida campera. ¿Qué día se viene a almorzar?

—No sé. El día que usted diga.

—¿Pongamos el miércoles?

—Bien. Perfectamente. El miércoles.

—Que venga con usted el alférez Coloma, que ya ha estado en casa otras veces. Dígaselo usted mismo, por si yo no consiguiera verle. Pueden venir por la mañana, a la hora que les venga mejor. Preferiría que llegaran antes de las once, así daríamos por la mañana una vuelta por el campo.

—Perfectamente. Así lo haremos.

El miércoles por la mañana llegaron a la finca a la hora convenida. El cortijo se llamaba «La Cornisa». Desde lejos se advertía la blanca mole del poblado, por el camino bordeado de cipreses que llevaba a la casa, rodeada por una extensa tapia blanqueada de cal. A poco de llegar apareció el marqués, ya vestido con traje campero. Le acompañaba su hija Pepa. Hizo que unos mozos preparasen caballos para todos.

El alférez Coloma ya conocía a Pepa y la saludó llanamente. Carlos Rius se quedó mirándola después de darle la mano. La contemplaba porque Pepa Cortina era una auténtica belleza. Su rostro, bien formado, con unas proporciones clásicas, se hallaba aureolado por una onda de cabellos dorados que le caían en melena hasta los hombros. Su estampa era de una delicadeza fuera de lo común, pero al mismo tiempo

mostraba una plétora exuberante y firme de juventud, una admirable plenitud humana. Vio Carlos encenderse en sus mejillas un suave rubor y, en el acto, cómo Pepa volvía su rostro hacia él, como reprochándole tanta curiosidad y atención tan insistente.

Se decía Carlos que si conseguía que el alcalde percibiera alguna señal de asiduidad por su parte hacia la persona de su hija, quizás anduviera más remiso en satisfacer el interés de don Óscar Andrade y le dejaría en paz.

La finca era enorme y no recorrieron de ella más que una pequeña parte. Desde lejos se veía pacer a los toros bravos en la dehesa. Más allá trotaban los caballos en libre mezclanza. Algunos de ellos se arrimaban a la sombra de un árbol corpulento e inclinaban la cabeza para beber agua de un manantial que corría a sus pies.

—Tenemos que organizar una tiente en honor de Carlos —aventuró el alcalde—. Dime, Pepa, ¿qué día van a venir Conchita y su grupo?

—No sé. Dijeron que la semana que viene.

—Podríamos aprovechar para organizar la fiesta en ese día. ¿No ha estado usted nunca en una tiente?

—No, señor.

—Le agradará. Vendrán unos amigos de Sevilla, acompañados de mi prima Concha. Son gente divertida, ya no muy joven, pero divertida.

Durante la comida Carlos no pudo mirar como deseaba a Pepa Cortina. Estaba sentado a su lado y se limitaba a sentir el hechizo de su proximidad. Solo cuando se levantaron a tomar el café junto al hogar, en la sala contigua, pudo Carlos admirar todas las gracias de la belleza que tenía delante.

Pareció que Pepa lo deseara. Sin que le impusiera en absoluto la presencia de su padre, contestó a la mirada de Carlos oponiendo la suya, azul, terca, directa, un poco desvergonzada, hacia el alférez, que se había convertido en un impetuoso y descarado galán. De pronto ella le preguntó:

—¿Desde cuándo está usted en Venta del Arcángel?

—Llevo allí no más de tres días.

—¡Ah, vamos! No ha tenido tiempo de aclimatarse aún.

—¿Por...?

—Porque si llevara usted más tiempo se le notarían las partidas de póquer, el peso de las copas, la tristeza que da la rutina. ¿No ha visto usted al comandante Ordóñez?

—La gente cree que hacer la guerra es llevarla adelante con letra de arenga —dijo el marqués—. Pero una guerra es una cosa muy distinta. No todos son héroes de cuadro patriótico. Yo creo que las guerras se ganan sobre todo por el sacrificio sordo e individual de cada uno de los hombres, que renuncian deliberadamente a su propio confort. La guerra es la contención consciente del riñón y del hígado de muchos ciudadanos, la renuncia de muchos de ellos a la salud y a la celebridad. No todos mueren en el campo de batalla; muchos lo hacen en la cama de un hospital comidos por el virus, algunos se alcoholizan en una chabola, quién muere de tuberculosis en

una paridera, aquel coge un lumbago en las trincheras. La suma silenciosa de todas estas renunciadas, el acopio callado de todos estos sacrificios se llama guerra y se llama victoria. —Por eso yo estoy en contra de la guerra —dijo ella—. Cualquiera resultado que se consiga con la guerra no compensa la renuncia que hacen de su juventud cualesquiera de los soldados que en ella participan. ¿Se imaginan lo que estarían haciendo ahora los millares de soldados que hay en el frente si la guerra no existiera? En lugar de estar agazapados como ratones, rascándose los picores que sienten en el cuerpo, estarían viviendo su juventud. ¡Viviéndola! Esta es una palabra mágica. Todo lo que se dice y todo lo que se hace son invenciones para quitar valor a esta palabra: ¡vivir!

—¡Tú eres demasiado joven y demasiado irreflexiva para ver las cosas más allá de tu propio goce! Eres incapaz de valorar un sacrificio de hoy, cuyos beneficios no se echarán de ver hasta el día de mañana. De toda esta sangría de hoy ha de nacer una sociedad que en lo futuro ha de compensar todo lo que estamos sufriendo.

—No lo veo yo así. Los adelantos de una sociedad ¿qué importan? Lo que importa es que cada uno pueda en cada instante hacer lo que siente, sin que nadie le ate.

—Como ven, tengo una hija que me ha salido un poco anarquista. Lo que tú tendrías que hacer es marcharte de aquí al otro lado. Un baño de ocho días con los anarquistas no te vendría mal.

Se notaba que padre e hija estaban bromeando. No obstante, era raro que la hija de un título se expresara como lo estaba haciendo Pepa Cortina.

«He aquí una muchacha sin prejuicios —se decía Carlos, escuchándola—. Este es un espectáculo insólito en la España nacional. Si en lugar de estar en su casa y en el campo estuviera en la ciudad, Pepa Cortina tendría que callarse.

—¿Quién es ese marqués? ¿De qué lado cojea? —preguntó Carlos Rius a su compañero cuando, en el Topolino del Regimiento, volvían a Venta del Arcángel—. Me ha parecido que su modo de vivir resulta algo insólito. ¿Quiénes son?

—Bueno, ya sabes. Él es el cacique de toda esta comarca. Se puso en contra de la República desde el primer día; es uno de esos personajes monárquicos que jugó siempre la carta del Rey. Es una fidelidad a ultranza, llevada contra viento y marea, por espíritu de casta. Lo que dice la chica responde a su esnobismo congénito. Si no fuera tan guapa no hablaría así. A una belleza tan sensacional se le perdona todo.

—De verdad que es soberbiamente guapa. ¿Quién es su madre?

—Este es uno de los puntos oscuros de la cuestión. Su madre era una Béjar, del señorío de Béjar, Grande de España. Se fugó con el chófer y vive en París. Hay que ser valiente para pedir en matrimonio a guapas de ese estilo. Porque el día menos pensado pasa un gañán por la puerta de Palacio, ella se encapricha y se lo lleva para vivir con él. Eso es lo que ocurrió, según dicen. Ni siquiera se fugó con él. Se fue a vivir con él del segundo al tercer piso del Ritz de Madrid. Todas las posturas patrióticas de su marido, el marqués, la alcaldía y todo eso son coartadas para airearse

los cuernos...

Lo que el alférez Coloma acababa de aclarar a su compañero podía en cierto modo justificar lo que hasta entonces parecía inexplicado en la personalidad de Pepa Cortina. Su actitud un poco petulante y excéntrica quedaba aclarada en cierto modo por el proceso del matrimonio de sus padres. No era raro que en el fondo de su ser alentara una recóndita admiración por la audacia con que su madre se había comportado, capaz de saltarse a la torera todas las leyes divinas y humanas. Sin duda lo que necesitaba aquella muchacha era una buena lección.

En los días siguientes olvidó por completo al marqués y a su familia. Empezó a tornársele viva la ejecutoria militar en la campaña. Había que visitar todos los días a los que formaban la guarnición de las chabolas, había que hacer la lista de los relevos en los servicios y acompañar a los soldados en el momento de efectuarlos; se habituó a las partidas de póquer nocturnas y empezó a conocer a algunos de los soldados; su relación con Honorio, su asistente, se hizo rutinaria y normal. Decidió que permaneciera con él.

De pronto, contra lo que todos esperaban, llegó a Carminal de la Sierpe una camioneta en la que era transportado el cañón antitanque desde la vecina población de Posadas. El comandante pareció cambiar de humor y de faz. Se dispuso a propinar una soberana lección a los de la chabola de enfrente. Mandó llamar al soldado Ezequiel Martos.

—Ya tenemos aquí nuestra pieza. Ya ha visto usted: cuando yo prometo una cosa, la cumplo. Ahora se trata de dar a esos rojillos una lección. ¿Se compromete a meter seis obuses por la mirilla?

—Se intentará, mi comandante.

—¿Cómo que se intentará? ¿No me dijo que donde ponía el ojo ponía la bala?

—Sí, señor. Por eso digo que se intentará.

—Esté usted dispuesto para el lunes que viene. Quiero avisar al alcalde para que venga a verlo. Usted, alférez Rius, téngame al corriente de todos los preparativos.

Era como si de pronto hubiera recuperado el mando del batallón. La sola idea de llevar a cabo una ofensiva, por mínima que fuera, le ponía otra vez en forma.

El lunes siguiente, después del rancho, se dispusieron a llevar a término el ataque. Se presentó en Venta del Arcángel el comandante, acompañado del marqués. El cañón antitanque estaba preparado en la chabola. Había en ella un clima tenso y expectante, así como en todo el campamento. Los soldados, cansados de no hacer nada, esperaban los resultados del bombardeo como si se tratara de una grave acción de guerra.

Cuando entraron en la chabola oyeron al otro lado de la mirilla el rasgueo de una guitarra y una voz lejana que desgranaba los hipidos del cante hondo. La doliente melopea era de vez en cuando subrayada por unos ¡olés! y las voces desgarradas de media docena de hombres. El comandante pareció alegrarse de aquel jolgorio.

—¡Ah, ah!... Están de juerga, ¿no? Pues ahora veréis el final del cante...

¿Preparado, muchacho?

Entre uno y otro disparo el artillero no disponía más que de unos segundos para rectificar el tiro, caso de que el cálculo establecido para el primero de los disparos no consiguiera meter el proyectil por la mirilla; y así sucesivamente en cada cañonazo. Ezequiel Martos estaba nervioso. Pero se contenía, pues consideraba que el acierto en sus disparos no dependía más que de la intensidad de su concentración.

—¿Vamos allá?

El artillero se puso al lado de la pieza. Apretó un botón y por el cañón salió velocísimo un proyectil. Dejó en el aire una estela de fuego y de humo. Por el primero se vio que la trayectoria de la bala se había desviado ligerísimamente del objetivo, que estaba situado a unos sesenta o setenta metros. El artillero rectificó el tiro rápidamente, rozando en un pequeño dispositivo que estaba a la derecha del cañón. Entonces sí, el proyectil cruzó el aire y se metió como una burbuja de luz y de fuego por la mirilla que había enfrente. Se oyó un gran estampido y luego otro disparo, y otro y otro, hasta seis. La guitarra y el cante habían enmudecido. Había un silencio rotundo, total. Y de pronto, a lo lejos, se escucharon unos gemidos. Eran unos gemidos lentos, unos alaridos quejumbrosos y, al fin, el silencio.

Todos ellos estaban ateridos, como apesadumbrados por aquella muestra solitaria de lo que es el dolor y la muerte inesperada en mitad de la tarde, bajo un sol hiriente que reverberaba en los reflejos de los residuos de cobre que inundaban el suelo polvoriento. Todos, excepto el comandante. Este sacó de su faltriquera un botellín de coñac y lo tendió al soldado Ezequiel Martos.

—Toma, bebe, valiente. Has acertado. Tenías razón.

El soldado, que estaba lívido, rehusó.

—¿No queréis? Pues con vuestro permiso —y se echó al colete un largo trago—. Ninguno de esos de ahí —dijo, señalando hacia delante— volverá a cantar por la tarde.

—Mira, mira lo que pasa —dijo el alcalde, observando la chabola.

En efecto, del interior salía en aquel momento un cuerpo, una especie de fantasma envuelto en sangre y que enarbolaba un palo con una bandera blanca. Iba malherido, y se tambaleaba mientras intentaba avanzar. Caminaba por pasos indecisos, como si las piernas no le llevaran.

—¿Ese vive aún? ¿Vamos a buscarle?

Dos soldados salieron al exterior para auxiliar al superviviente. No se sabía si este era joven o viejo, porque estaba enteramente oculto por una oleada de sangre viscosa, casi negra. Su estampa sobre la llanura era siniestra, estremecedora.

Al fin llegaron los soldados a su alcance. Lo cogieron ambos poniéndole los brazos alrededor de su hombro y lo arrastraron hasta el interior de la chabola.

—Vamos —dijo el comandante sin mirarlo—. Le diremos al médico que venga hasta aquí y que le atienda. No creo que dure mucho.

Entonces sí se veía el tipo humano que era. Era un hombre joven.

A Carlos Rius le costó conciliar el sueño aquella noche. La escena bélica de que había sido testigo por la tarde zarandeaba sus sentidos y no le dejaba dormir. Del conjunto de todas las impresiones que pueden formar un concepto general, el concepto de la guerra, se desgajaba esta para volver a individualizar la brutalidad, para separar el sentido de la muerte, como se singulariza un microbio bajo la lente en el laboratorio. Solo el comandante había asistido impertérrito al sacrificio de la chabola de enfrente. Los demás, incluido el autor de los disparos, habían sentido un estremecimiento, una convulsión. La muerte de aquellos tipos ofrecía un punto gratuito e innecesario. La guitarra que había cesado de rasguear ponía un acento más lúgubre en el resultado, marcando por sí sola el contraste que hay entre la vida y la muerte. En fin, quizá se tratara de foguearse aún más; posiblemente dentro de poco ya no le afectarían consideraciones de esta índole.

El día siguiente era el señalado por el marqués para la tienda en su cortijo. A media mañana llegaron a «La Cornisa» el alférez Coloma y Carlos Rius a bordo del Topolino. En la casa se albergaban algunos amigos del marqués o de su hija. También estaba allí el comandante. Había un ambiente que prometía animación. Los mozos iban por los grupos preguntando a la gente si necesitaban algo. Pepa Cortina vestía un traje campero y cubría su cabeza con un sombrero cordobés. Volvió a mirar con fijeza a Carlos Rius, sosteniendo su mirada y zafándose de ella con una enigmática sonrisa. Uno de los mozos le dio una garrocha, una vez que ella hubo montado en su caballo negro.

Eran una docena los participantes en la tienda. Entre ellos la figura central era Concha Cortina, la hermana del marqués. Por las arrugas de su cara parecía un ser increíblemente viejo. Comida por millares de arrugas, su cara, a la que daban una expresión múltiple y cambiante unos ojos negríssimos y hermosos, como de chica joven, era un prodigio de movilidad. A su lado, siempre junto a ella, pululaban otros participantes más jóvenes: Pitusa Buitrago, hermosa amazona de unos treinta años, Javier Ramos, diplomático cincuentón, y los hermanos Perico y Marta Vázquez-Hurtado, el primero de estos llegado con permiso aquella mañana y que lucía las estrellas de capitán de la Legión.

Fueron cabalgando campo adentro, en busca de los toros. Una brisa suave acariciaba las mieses y los pastos. Por entre los sembrados discurría de vez en cuando un manantial. Al fondo, aquí y allá, crecía el borrón de los matorrales o se desmelenaba la plata de los olivos.

Pepa Cortina se situó entre los dos alféreces. Parecía como si los quisiera ilustrar sobre el sentido de la vida campera, y avanzaba por la llanura con la garrocha por delante como si cumpliera un rito.

—Veo que venís únicamente de espectadores, ¿no es así? ¿Cómo no os han dado una garrocha? ¿No queréis derribar?

Llegaban ya al llano donde pacía una parte del ganado. Los toros, de amplia testuz, elevaban sus caras al cielo, sacudiéndolas bravamente, o las volvían hacia los

jinetes sin interrumpir su pacífico errabundaje por el prado. Pasaron junto a los toros, dejándolos atrás; más lejos, en una ladera, pacían unos becerros, que trotaban y correteaban por el pastizal. Algunos se perseguían y bullían jugueteando.

Pepa Cortina arrancó en un galope airoso. Pasó junto a una becerra y la rozó con la garrocha. La vaquilla arrancó a su vez; un quiebro de la amazona la detuvo en seco. Entonces Pepa Cortina empezó a perseguirla. La becerra rebullía y se marchaba, para huir del acoso de la garrocha y de la persecución a que la sometían el caballo y la amazona. Alcanzaba ya casi el límite del olivar cuando, avanzando el palo hasta lo hondo, Pepa Cortina hizo que el animal doblara, se cayera y quedara un instante patas arriba en absoluta indefensión. No tardó en ponerse de nuevo en pie, pero la pericia de la amazona ya había sido probada.

—¿No pides una garrocha? —inquirió, tuteándole ya—. ¡Cosme! —llamó a uno de los mozos—. Dale al señor una garrocha.

Cuando Carlos Rius la recibió, no sabía qué hacer con ella. Pepa Cortina, solícita, le instruyó sobre su manejo.

—Mira, se coge así —le dijo, mostrándole la posición de su mano—. Tienes que apretar fuerte con esos dedos y sentirla bien bajo el sobaco. Así.

Parecía que la vaquilla que había sido derribada quisiera jugar con ellos; se acercaba con intenciones no muy claras. Correteaba frente al caballo de Carlos hasta que este se apartó y obligó al caballo a desviarse. Instintivamente, por sí mismo, el caballo le llevó hacia la becerra, que empezó a huir. Se lanzó a galope tendido, otra vez en persecución del animal. A su lado marchaba Pepa Cortina, que le animaba jubilosamente.

—Así se hace. Ahora, ahora. Dale fuerte.

Sintió que la garrocha tocaba el cuerpo de la becerra y se mantuvo firme en el contacto. La becerra no cedía. Apretó un poco más y la vio doblarse y ceder. El animal cambió de postura, sus patas traseras perdieron el contacto con el suelo, y dio un salto brusco quebrando de pronto en posición invertida. Su negra mole dio en el suelo con las espaldas y resoplando.

—¡Bravo, Carlos! Así se hace.

Pepa Cortina irradiaba un entusiasmo juvenil. Había desaparecido de su rostro toda hosquedad. Carlos Rius se sentía contento de su aprendizaje.

—¿Qué hay que hacer ahora?

—Nada. Así se le va llevando hasta la placita. Una vez en ella le daremos unos pases.

—¿Y los demás? ¿No vienen?

Los vio a lo lejos. Eran ya unas figuras lejanas, perdidas en la inmensidad de la llanura. Arriba, un gran paño de cielo azul. Abajo, una extensa llanada verde, como de esmeralda. De vez en cuando, la sombra plateada de algún árbol. Y él y Pepa Cortina frente a frente, sobre sus corceles. La becerra caminaba indecisa por el pasto. Corría levantando su cabeza, doblándose de vez en cuando hacia ellos, como con



ganas de embestir o de correr de nuevo.

—Los demás van a correr el ganado para separar cuatro o cinco vaquillas más. Vamos a llevar esta a la misma plaza.

La vaquilla caminaba trotando delante de ellos por el pastizal. También sus caballos habían tomado un trote tranquilo y seguido, y con él se iban alejando aún más del resto del grupo. El alférez Coloma se había quedado con los demás, de modo que Pepa Cortina y Carlos estaban enteramente solos en la vastedad del campo.

—Parece que no estás contento en tierra andaluza —preguntó Pepa.

—Sí, me gusta y mucho —convino Carlos, al fin, tras un titubeo—. Lo que pasa es que no hubiera imaginado nunca que el destino que se me reservaba fuera este.

—¿Qué destino esperabas?

—Me temo que me han jugado una trapisonda; y eso no vale. Pepa Cortina esperaba a que concluyera de hablar.

—Cuando fui a la Academia creí que era para que a la salida me enviaran a algún lugar del frente y no a un cortijo. En fin, que esto está muy bien; pero no es con lo que yo contaba.

—¿Con qué contabas tú? —inquirió Pepa.

Carlos no contestó directamente. Se limitó a preguntar:

—¿No sabes que estamos en guerra?

—Eso me han dicho —repuso ella—. Pero no todos los que están en guerra tienen que «hacer» la guerra. Alguno de ellos puede descansar de vez en cuando. Vamos, digo yo...

—Veis la cosa de un modo distinto a como la vemos los que hemos tenido que elegir. Los de este lado no hacéis más que continuar una vida tal como la llevabais. Nosotros hemos tenido que empezar de nuevo. Esa es la diferencia.

—Es posible...

Iban persiguiendo a la vaquilla, haciéndola correr, uno a cada lado de ella. Los caballos emprendieron un galope veloz hacia la mole de los edificios blancos que presidían el cortijo. De la parte posterior de aquellos edificios blancos sobresalía la silueta vertical y casi negra de los cipreses. Llegaron hasta las casas y dieron un rodeo para encontrar la plazuela. Junto a la puerta de madera que daba acceso al blanco pabellón circular esperaban dos mozos: chaquetilla corta, tez bronceada y en la mano unas largas varas con las que fueron conduciendo a la vaquilla hasta meterla en el ruedo. En el interior de la plaza, a la sombra de un cobertizo con unos bancos, Pepa Cortina alcanzó un botijo. Lo levantó y empezó a beber. Le quedaron la boca y la mejilla perladas de agua fresca.

—¿Quieres?

También Carlos echó un trago.

—¿Te encontrarías mejor que aquí en una posición del frente donde abundan los tiros, recibiendo una rociada de balas?

—Probablemente. Allí tendría la conciencia más tranquila. Advirtió la cara de

extrañeza que ella ponía y quiso explicarle un poco más.

—No es que tenga ganas de pelear, ni quiero que pienses que soy lo que no soy. Sin ir más lejos, ayer por la tarde asistí a una acción de guerra que no me hizo mucha gracia. El comandante mandó disparar unos proyectiles de antitanque contra una chabola enemiga. Los rojillos que estaban dentro de la chabola murieron todos, menos uno que a estas horas debe de haber muerto ya. No es el afán de destruir a los otros lo que me mueve. Yo no hubiera disparado contra la chabola de enfrente. Pero mucho menos estaría ahora gozándola aquí, en una tienda que no es propio que se dé a unos kilómetros del frente ni en esta época. Perdona; esto no va contra ti ni contra tu padre. Pero me parece que muchos de los de este lado creéis que la gente se está matando para que vuestra forma de vida pueda continuar como hasta ahora. Esta es la sensación que ya tenía en San Sebastián, y precisamente esa sensación fue la que me hizo coger los bártulos e ir a la Academia. Con lo cual resulta que he venido a caer otra vez en aquello de que quería huir.

—¡Ah, vamos!

Pepa Cortina calló. Solo al cabo de un rato dijo:

—¿No será que estás resentido?

Él la miró, molesto. Pero al fin concluyó:

—En efecto... Algo así debe de ser. Es la sensación de no cumplir con lo que se me exige. Lo cual no quiere decir que aquí, y en este momento, no me sienta a mis anchas.

Un par de vencejos cruzaron el cielo.

—Oye, Pepa; una cosa os voy a pedir: si tu padre puede influir entre sus amigos para que alguno de ellos, esos señores tan importantes que están en Burgos, me saque de aquí y me lleve a cualquier lado donde se escuchen tiros, que no dude en hacerlo. Le quedaré inmensamente agradecido. Te lo digo de verdad.

## V

LOS DÍAS DE «LOS PRINGADOS» habían pasado ya. El grupo anarquista se había diluido; no era más que un recuerdo en la memoria de unos pocos, que por cierto no tenían el ánimo dispuesto a revivirlo. Las cosas habían ido mal para la Específica, y en general para todos los anarcosindicalistas. A partir de los sucesos de mayo en Barcelona, los grupos anarquistas no eran más que una sombra en el conjunto de las fuerzas republicanas. La persecución había llegado al límite con el asesinato de Camilo Berneri, de Domingo Ascaso, de Francisco Martínez y de docenas de otros militares de la CNT; el fracaso de las fuerzas sindicales coincidió y se hizo patente con el acceso al poder del doctor Negrín.

Máximo García Expósito trampeó la situación como pudo. Los sucesos le pillaron en el frente de Aragón, sector de Huesca, donde había ido a parar desde su marcha al frente poco después del 19 de julio. Allí, junto con la totalidad de su grupo, había acabado poniéndose a las órdenes de un jefe de columna llegado de Barcelona y llamado Lucas, un húngaro de pelo rojizo que había tomado parte en la revolución rusa de 1917 y que desplegaba un trato paternalista y culturista que producía gran impresión. Lucas fundó en Monzón una escuela en la que inscribió a Máximo, el cual aprendió en ella a leer y a escribir. Además, Máximo había ido adquiriendo noción de algunas verdades relativas al movimiento obrero, a la lucha contra los burgueses y contra el capitalismo; había aprendido la lección que se desprende de la actitud de Lenin y de Stalin contra el traidor y fascista Trotski. Con lo cual colegía que la guerra, que había empezado tan alegremente, resultaba que era algo muy importante y que él podría acabar desempeñando un papel decisivo en el mundo que nacía, puesto que el porvenir iba a ser para personas como él, que, aunque sin estudios, y nacido como quien dice en el polvo de la calle, era un luchador y un héroe y podía dar cuenta de más de un fascista y de más de un emboscado y traidor a la causa común. Con estas cuatro nociones mal metidas en su caletre, Máximo fue enviado a luchar en Teruel, como jefe de grupo, cuando se produjo la ofensiva sobre aquella ciudad.

Los milicianos, entre los que se contaba Máximo, lograron entrar en Teruel hechos un témpano de hielo y apoderarse de la ciudad tras ocho días de lucha denodada. En Teruel encontraron una población escasísima y atemorizada, que los miraba hoscamente y les rehuía, como si viera en ellos la encarnación de todas las furias del Averno. Máximo recibió la orden de hacerse cargo de un grupo de prisioneros que habían sobrevivido; entre ellos estaban varias enfermeras del hospital fascista, a las que había que conducir hasta Barcelona.

—¿Cómo te llamas? —preguntaba uno por uno a los prisioneros, y anotaba su nombre en una lista, sobre la mesa de que disponía en un despacho de la

comandancia. El papel que estaba interpretando le enorgullecía, pues allí se manifestaba la transformación que se había producido en él desde que comenzó la guerra.

—Me llamo Blanca Maravall.

—¿Cómo se escribe eso en castellano? —preguntó, y miró a la persona a quien pertenecía este nombre.

Era una figura blanca, de carnes finas y bien formadas, sonrosadas, que fijaba en él una mirada azul capaz de hacerle zozobrar. Una mujer como las que a él le gustaban, que sabía provocarle con una mirada directa e intencionada. «Hay que contenerse, amigo —se dijo—; se trata de una prisionera».

Pero durante los días siguientes no la perdió de vista. Se acercaba a ella con cualquier pretexto, parecía como si la rondara. Cuando la llevó en la cuerda hacia el camión, y luego en el tren, ya se había ligado entre ella y Máximo una especie de complicidad o de relación directa que dejaba al margen a todos los demás, fueran prisioneros o guardianes.

Frente a ella Máximo parecía dejar en olvido a los demás prisioneros. En verdad que, a medida que pasaban los días, la imagen de Blanca no le dejaba dormir.

Era mucha abstinencia la que estaba soportando, después de tantos meses en el frente, entre los tiros y sin hembra a su lado. Algunas veces pensaba que se abalanzaría sobre una de ellas, la que fuera, para sacudirse aquella comezón. Pero en cuanto descubrió a Blanca se olvidó de todas las demás; ya no hubiera podido ir con ninguna que no fuera ella. Se lo dijo un atardecer, mientras el tren había hecho uno de sus parones en una estación desconocida. Ella no le rehusó. Hasta le sonrió con un punto de jactancia o de burla.

—¿Te atreverías a dejarlo todo por mí sola? ¿Serías capaz hasta... hasta de desertar?

Él no dijo nada. Únicamente se llevó a los labios el índice y el pulgar en forma de cruz y estampó sobre ellos un beso sonoro.

—Te juro que huiría contigo donde tú quisieras, chata. Te juro que conmigo estarías segura. Todo esto te juro —contestó al cabo mirándola fijamente, tan fijamente que llegó un momento en que Blanca, asustada, tuvo que apartar los ojos.

A la mañana siguiente volvió a insistir.

—¡Si tú confiaras en mí!... Con eso bastaría. Nadie se enteraría de donde estamos y nadie nos podría encontrar nunca más. Mira que conozco muy bien este país. Aquí no me pilla nadie, ¿lo oyes? Conozco cada pueblo, cada sujeto, cada masía. Nos basta con tener un mulo y un fusil. Tú a la grupa, como las mujeres de antes; y lo demás de mi cuenta...

Ella, ya segura de la pasión del otro, empezaba a recelar.

—Mira que no soy mujer de esas que se van al monte porque sí —decía siguiendo su mismo lenguaje—. Para echarme al monte necesito yo estar muy segura. ¿Y cómo iba yo a estar segura contigo?

—Yo te lo diré. Tú lo verás. Ahora, duerme tranquila.

Y levantó el embozo de su manta, hasta acabar de cubrirla. Tuvieron que pararse tres días en Mora de Ebro, en espera de que un tren los enganchara hasta Barcelona. Los prisioneros que estaban a cargo de Máximo casi llenaban un vagón, que fue colocado en una vía muerta. Máximo se acercaba a Blanca Maravall cuando esta, rendida por el cansancio, se tendía en el banco de madera y se echaba a dormir. Observaba entonces con pasmo recóndito el balanceo tranquilo de su busto, y sentía que se le encendía la sangre.

—¿Qué miras? —le preguntó ella, sorprendiéndole, una madrugada.

—Te miro a ti. Miro el trozo de cuerpo que tienes y que un día de estos voy a hacer mío, lo quieras o no. ¿No te has enterado de que aquí soy yo el que manda?

En efecto, ¿a qué entregar aquella mujer a unos desconocidos que iban a acribillarla a preguntas hasta dejarla exhausta? ¿Qué mal había hecho ella? Barruntaba Máximo que la guerra ya no era la que ellos habían idealizado cuando se la inventaron. Él se había puesto entonces tres estrellas arrancadas del pecho a un pez gordo, aquel tipo con las barbas blancas que se tiñó de sangre la mañana del 19 de julio en la ciudad. Aquello era tener arrestos. Sabía que el Millás estaba en un pueblo de la provincia de Córdoba, mandando unas unidades de anarquistas que allí se habían hecho fuertes contra todo quisque, sin aceptar ley ni orden de nadie. ¿Por qué no ir a su encuentro, llevándose a aquella mujer que estaba ya en sus manos? ¿Qué se lo impedía?

—Oye, enfermera, mira lo que te digo. Si te llevo a Barcelona, de allí no te saca nadie, ¿me entiendes? Ahora, escucha bien. Si me sigues, tendrás la libertad y una vida regalada, ¿me oyes? Mañana te explicaré lo que estoy barruntando. Ahora duerme; no quiero que nadie me oiga y vaya a sospechar —y puso su índice sobre la boca de ella, que le miraba con los ojos muy abiertos, en la oscuridad, intentando desentrañar lo que él quería decirle—. Calla, calla. No digas nada. Palabra de anarquista que nos vamos a salvar —y se retiró cautelosamente.

Cuando Blanca abrió los ojos a la mañana siguiente se encontró con que Máximo ya la estaba observando. Ocupaba ella un solo banco en el departamento del vagón, de modo que él podía hablarle sin que nadie se enterara. Y oyó cómo le decía:

—Mira, enfermera... He resuelto echar el resto y te voy a llevar conmigo. Toma este papel. Es un documento que encargué que me hicieran para una compañera que tenía, la Cucharas, pero eso se acabó. Ahora mi compañera vas a ser tú, ¿lo oyes? Tú vas a llamarte ahora Consolación Hurtado y vamos a dejar a todos estos y nos vamos a ir tú y yo a donde yo me sé. No tienes que hacer más que seguirme, pero sin chistar, ¿de acuerdo? Al menor gemido te parto el alma con este cuchillo, ¿entendido? —y le mostró una fina y aguda llama plateada—. Ni una palabra a nadie. Hoy mismo vamos a huir.

Máximo se marchó. La panorámica de la estación de Mora era una larga perspectiva de rieles que se perdían en todas direcciones. Una fina y fría lluvia caía

sobre aquel paisaje. El humo de unas locomotoras se diluía en la niebla. Blanca observaba extasiada aquella panorámica, sin comprender ya nada de lo que le ocurría. Tenía aún sobre su ánimo la impresión de horror de los días pasados en el asedio, la visión de los enfermos del hospital, el estampido de las bombas, el polvo y los cascotes que se derrumbaban sobre los vivos y los muertos y un olor a tubería y a gas, a alcohol y a narcótico entre los escombros. La llovizna que estaba cayendo le parecía un suave consuelo. Y no sabía si Máximo era un simple criminal o un arcángel, un loco o un dios. ¿Qué podía hacer sino seguirle?

Todavía transcurrieron unas horas en la estación de Mora. Vio por la ventanilla que Máximo estaba hablando con el jefe de la estación. Departía con grandes gestos.

Su guardián era un hombre directo, sin recodos, un espíritu libre en el cuerpo de un animal hermoso, pensó ella. Hacía tiempo que había dejado de considerar a los hombres desde otro prisma que el de la utilidad que pudieran reportarle en cada instante. De todos modos, si se trataba de que su vida tomara de nuevo un giro imprevisto, se dejaría vencer. Lo importante era su libertad.

Cuando de nuevo llegó la noche, Máximo se acercó a Blanca y sigilosamente le ordenó que lo siguiera. Salieron sin ser vistos a la plataforma del vagón. Allí Máximo le hizo señas de que aguardara un poco. Saltó a las vías y al poco rato volvió, indicándole que bajara. Caminando entre los rieles, la condujo hacia una serie de vagones de carga que estaban parados en una vía muerta. Abrió la puerta de uno de ellos.

—Sube aquí y quédate bien abrigada en un rincón hasta que yo vuelva. No te muevas ni avises a nadie aunque yo tarde. Si quieres, échate a dormir.

Le entregó una manta para que se cubriera. Así lo hizo. Él desapareció y ella se acurrucó y a poco se quedó dormida.

Al cabo de mucho rato sintió que alguien llegaba a su lado, y un olor a hombre le descubrió que su compañía era Máximo. Estaban los dos, uno junto a otro, absolutamente solos en aquel vagón, alejados de cualquiera en el mundo. Desde su sueño sintió Blanca una inclinación tranquila hacia aquel ser, con el que empezaba a unirle un raro, inexplicable destino. Le sintió dormir a su lado, el resoplido de su respiración junto a ella y unos bruscos vaivenes de su cuerpo cerca del de ella, unos ronquidos inconexos cercanos a su sinrazón. De vez en cuando, cruzaban su sueño unos pitidos de locomotora y el golpe brusco que dan los topes de un vagón que ha venido a coincidir con el nuestro. Estaban en la vía y empezaban a andar. Todo había resultado muy sencillo.

En realidad, no sabía adónde iba, ni quién la llevaba, ni adónde irían a parar. Sí sintió de pronto que todo empezaba a moverse. Se movían lentamente hacia delante sobre la suavidad de los rieles, en un resoplido lento de la locomotora. Se arrebujó bajo aquel brazo que olía a sudor y a vino y de pronto lanzó un chillido exasperado, saliendo de su suave soñolencia. Se incorporó de golpe, sobresaltada.

—Basta, enfermera. Ahora es tarde para echarte atrás —y vio como brillaba la

lengua plateada de un cuchillo—. Ya estás conmigo.

Blanca sentía la punta de acero del cuchillo sobre la piel de su cuello, a punto de hacerla sangrar. Estaba atemorizada, espantada, sin fuerzas para gritar. Vio el brillo de los grises ojos del hombre, unos ojos de gato que la dominaban, y estuvo a punto de perder el sentido. Sin embargo, se sobrepuso contra aquellas fuerzas que pretendían doblegarla. Aquel no era momento para que sus fuerzas cedieran.

—Oye, hombre —le dijo—, yo no estoy aquí para dejarme atropellar, ¿lo entiendes? Conque guarda ese cuchillo y trátame como a una mujer, no como a una puta. ¿Te has creído que me ibas a tener porque me acobardaras? Andas muy equivocado. Antes me echo del tren abajo. A mí se me tiene que ganar, no sé si lo comprendes. Conque ¡guarda el cuchillo!

Vio como Máximo retiraba lentamente el cuchillo.

—Así. Ahora podemos empezar a hablar. Tú me has propuesto huir contigo y yo lo he aceptado.

Estamos aquí juntos no porque yo sea tu prisionera, sino en virtud de un trato con ventajas para los dos. Si yo no te hubiera seguido, no estarías aquí. Dime antes que nada adónde me llevas.

—¿Adónde te llevo? A donde nos lleve el tren. No podíamos elegir. A donde esto vaya, vamos nosotros.

—¿No sabes que donde esto pare nos van a pillar? Donde estas ruedas se detengan habrá gente esperándonos. Tenemos que huir de aquí antes que esto se detenga —dijo ella—. Aquí estamos como prisioneros.

Hubo un silencio. El tren aminoraba la marcha. Ella y él jadeaban, inquietos. El tren volvió a aumentar la velocidad. Pero ella advirtió lo que él había pensado.

Él se abalanzó sobre ella. Con una sola mano, una mano que era como una tenaza, le había cogido los dos brazos y los tenía sujetos hasta doblegarlos. Unas manchas de luz intermitentes se filtraban desde el exterior, al tiempo que advertía por el traqueteo el cruce de una estación. Pasaban de largo. A los destellos de aquella luz advertía el fulgor de la mirada de él, una mirada en la que se sumaban la lascivia, el deseo, la impaciencia. Ella le mordió fuerte en el antebrazo; sintió un bramido que escapaba de los labios de él y un golpe duro sobre sus dientes. Luego se sintió aprisionada, dominada por los labios del hombre, por su lengua, que hendía entre sus dientes y en su paladar. Era una agresión viscosa, en la que empezaba a naufragar, en la que empezaba a perderse. Poco a poco perdió la noción de las cosas. Y de pronto se sintió invadida por una fuerza hercúlea que exaltó sus sentidos. Se puso a gritar sin saber cómo, llena de placer y de ira al mismo tiempo. Entonces fue ella la que atenazó al hombre, perdida entre sus brazos, apretada a su tórax, fundida en él. El cuerpo del hombre estaba inerte sobre el suyo. Sentía la palpitación de sus músculos, el peso de sus muslos y un aliento acre sobre sus pupilas. Le dejó que respirara sobre ella, sin alentar.

Luego oyó durante largo rato el ruido monótono de las ruedas, que se convirtió en

un rumor sordo que entraba en su sueño y salía de él y de su fatiga. Al cabo de mucho rato sus párpados se entreabrieron mordidos por una luz. Máximo estaba frente a ella, entreabriendo la puerta del vagón y dejando que se filtrara al interior la luz que empezaba a iluminar el paisaje. Estaba alboreando.

—Oye, mujer. Tendremos que apearnos, no hay tiempo que perder. Me temo que de un momento a otro paremos en alguna estación y vengan a buscarnos. De modo que, ahora que viene una cuesta, prepárate y al final de ella daremos el salto. Venga, aprisa. No hay que tener miedo.

Ella sentía dentro de sí el arañazo que había producido en su interior la viril acometida del hombre en la noche. Estaba desolada, hundida, y no podía balbucir una palabra. Contemplaba al hombre con los ojos cansados y respiraba fatigosamente. De pronto cruzó por su mente una idea singular. Cruzó como una exhalación; aquel era el momento. Nunca volvería a tener una oportunidad como aquella.

Hizo como que se preparaba a levantarse del suelo, pero con extrema lentitud. El tren empezaba a ascender por la cuesta, la velocidad disminuía. Veía al hombre ante sí, inseguro sobre el suelo del vagón, el fusil en una mano. «Si pudiera arrancarle el fusil, o si tuviera su cuchillo...», pensaba. No sabía cómo dar forma a su propósito, pero era aquel el momento de llevarlo a término.

El hombre abrió del todo la puerta. Aquella era la ocasión. El tren ascendía y la velocidad iba decreciendo. Si pudiera empujarle, arremeter contra él con todas sus fuerzas, expulsarlo al exterior y quedar sola en el vagón, estaría salvada, por lo menos momentáneamente. Lentamente se incorporó del suelo y simuló que arreglaba sus ropas; se sacudía a manotazos el polvo del sucio uniforme. Dobló la manta en cuatro y en aquel instante arremetió contra el cuerpo del hombre, que estaba desprevenido. Le atacó con tal furia que estuvo a punto de precipitarse ella misma al exterior. Máximo intentó aguantarse sobre el suelo del vagón, pero la fuerza del empujón que recibió le tuvo vacilando en el borde mismo. Removió los brazos en el aire, de espaldas al exterior. Cayó primero el fusil, que soltó de sus manos. Luego lo hizo él mismo. Cayó de espaldas a la cuneta, braceando. Pero no dijo una palabra, no se lamentó ni gritó. Blanca pudo únicamente observar la extrañeza que se reflejaba en sus ojos de gato mientras se balanceaba en el aire. El ruido sordo de su cuerpo al caer se mezcló con el ruido del tren.

Y el ruido siguió sonando, monótono. Ya salvada la cumbre volvió a hacerse nítido, acelerándose. Blanca no se dio cuenta hasta entonces de lo que había ocurrido. No es que hiciera una revisión de su situación en aquellos instantes. Hizo una revisión total de su vida desde que entrara en la zona nacional hasta aquel momento. Como un relámpago pasó ante ella todo lo que le había ocurrido desde el asedio hasta entonces. Rememoró las horas angustiosas del hospital, la lucha entre el polvo, la nieve y los cascotes. Finalmente, la rendición. «¿Cómo se llama usted?». Y aquel tipo tenía una mirada desvergonzada, una mirada de hombre que es capaz de jugarse la vida a una sola carta. «Palabra de anarquista que nos vamos a salvar».



Estaba sola. ¿Qué haría? Miró al exterior, al paisaje. El tren cruzaba unos montes quebrados, cubiertos de bosque. Pero pronto dobló por una llanada en la que el bosque no formaba más que pequeños manchones de un color verdinegro, mientras por el valle se extendía una tonalidad sepia y gris. Acá y allá se advertían algunas casas de labranza, diseminadas por el valle.

Lo alarmante, lo trágico era no saber si el tren marchaba hacia el norte o hacia el sur, ni si se detendría pronto en alguna estación, ni cuál era el final de aquel itinerario. De haber sabido alguno de estos datos, Blanca habría podido elegir entre una opción u otra. Pero al ignorarlos, prefirió quedarse acurrucada a saltar del tren exponiéndose a romperse la crisma. Sin embargo, pronto salió de su incertidumbre. A lo lejos se vio aparecer en el horizonte la mole de una ciudad grande. El tren aminoró su marcha. ¿Qué hacer? ¿Saltar o quedarse donde estaba, expuesta a lo que pudiera ocurrirle si la descubrían?

La invadió durante unos momentos una sensación de sosiego, de bonanza e incluso de paz. La armonía del campo se mostraba en el aire fresco y suave del amanecer, en contraste con la terrible temperatura de Teruel. A su lado se veía un declive por el que descendía un panorama de pámpanos hasta una masía. Más lejos, ya junto a la ciudad, se advertía el perfil de una zona industrial de la que sobresalían unas cuantas chimeneas desconchadas con sus saetas erectas hacia el cielo, y una neblina suave sobre la mole chata de su arquitectura. La ciudad se iba acercando.

Miró alrededor. Era preciso que extremara su prudencia para seguir observando la libertad. El tren llegó a los andenes. Bajó de él y echó a andar, apresurada, pero sin titubeos y sin temor.

Máximo se incorporó del suelo con una sensación mixta de fracaso, de ira y de estupor. Aquella mujer acababa de derrotarlo, le había hecho morder, el polvo del fracaso. Nunca se había sentido tan humillado y maltrecho como en aquel momento. Acababa de jugarse el todo por el todo y había perdido. No le quedaba otro recurso que ir al encuentro de sus compañeros, que habían montado cuarteles por su cuenta en la provincia de Córdoba; o eso o lanzarse al monte, a que le cazaran como a un conejo.

Optó por la primera solución. Pero ¿dónde estaba Córdoba? Mejor dicho, ¿en qué lugar se hallaba él? No sabía si el tren lo había acercado o lo había alejado del lugar que había elegido como el de su destino. Sabía que un paraje relativamente cercano, donde había algunos de sus compañeros, se llamaba Utiel, pero tendría que andar de coronilla para descubrir su situación en el mapa y el medio de llegar hasta él. ¡Maldita mujer! ¡Maldita idea la suya de llevársela consigo! ¿Cómo se le había podido ocurrir? ¿En qué cabeza cabía, más que en la suya, eso de raptarla, de llevársela de la cuerda de presos a correr juntos la aventura? He aquí lo que le había pasado y cómo había acabado todo aquello. Se había quedado solo, maltrecho y sin

blanca en la mitad del campo, teniendo que huir de toda compañía para no ser atrapado como desertor.

Empezó a andar. Al abrir la puerta del vagón había descubierto a unos kilómetros de la vía un pequeño pueblo. Hacia él se encaminaría. Por lo menos allí le informarían del lugar en que estaba y recobraría las fuerzas para tomar una determinación.

A medida que clareaba se iba dando cuenta de lo distintas que son las longitudes cuando se va sobre ruedas o cuando se marcha sobre los propios talones. En tren todo parece estar a dos pasos. Pero si hay que poner a contribución las propias andaderas, nunca se acaba de llegar.

Cerca de dos horas anduvo antes de que el pueblo que había visto volviera a aparecer ante sus ojos. Era un pueblo polvoriento, presidido por un campanario de ladrillo antiguo y de color rosado que sobresalía entre una docena de casucas en el horizonte. Desde la vía al pueblo aún tendría que andar probablemente más de media hora.

Entre tanto, iba saliendo el sol que iluminaría el nuevo día. Era una bola enorme, anaranjada, que iba desatando lentamente una reata de flecos amarillentos y dorados y soltándolos sobre el valle. La luz subrayaba en cada recodo el matiz que le era peculiar. Se encendían, pues, los tonos de cada árbol, el verde de los pámpanos y de los olivos, el ocre de los troncos, el cadmio de la inmensa llanada. Empezó a reverberar a lo lejos el caudal de una amplia acequia, con brillos que no lograba apagar el tono huidizo de la tierra que quedaba oculta y emborronada al pasar sobre ella la transparente agua.

Echó a andar hacia delante. A medida que se acercaba al pueblo se le ofrecía con trazos más nítidos la topografía de la comarca. En primer lugar crecía la dimensión del pueblo y se modificaba su situación sobre la tierra. Aquel pueblo, erguido el campanario de su iglesia, se hallaba en la ladera de un montículo alto, poblado de arboleda que ocultaba su perfil y dimensión a los que lo oteaban desde la lejanía; por el otro lado estaba contorneado por la acequia, que avanzaba hacia su desembocadura. Atravesando la acequia había tendido un puente de piedra que tenía las trazas de ser muy antiguo, como los que salen en las leyendas de aparecidos. Los árboles que enmarcaban el curso del río eran abetos suntuosos o robles de augusta ancianidad, entremezclados con el laurel y el mirto. Comparado con el páramo del cual venía, aquel pueblo se le antojó como un imprevisto oasis, como un lugar de sombra y de sosiego en el que poder descansar.

Cuando entró por la carretera advirtió como la gente del pueblo empezaba a despabilarse. Un labriego estaba aparejando las mulas para salir al campo. Una mujer abrió los postigos de su casa y recogió unas prendas que estaban colgadas de una cuerda en el exterior. El dueño de un café abría las puertas de su establecimiento. Allí se dirigió Máximo.

—Buenos días. ¿Podría tomar alguna cosa?

—A la paz de Dios; o de quien sea —respondió el hombre mirándole de arriba abajo—. Aquí no se toma más que lo que uno trae. O de lo contrario, vino, aguardiente o una miajita de cerveza.

Máximo estaba derrengado. Hubiera dado su alma por un huevo frito con un poco de pan. Pero ¿desde cuándo no catava el pan aquella gente?

—¿Ni jamón tendréis?

—No hay jamón, no hay nada —insistió el posadero acentuando con la expresión de su cara los visos de su sinceridad—. Le juro que no tenemos nada, joven —subrayó, tomándole quizá por alguien del Gobierno que viniera a inspeccionar—. Asiento a la lumbre sí os puedo ofrecer —y mostró el poyo horizontal junto al hogar.

—Bien, tráeme una copita de aguardiente.

El posadero se fue lentamente a servirle, echando mano de una botella que había en la estantería del mostrador. Cogió una copita y la puso ante Máximo, vaciando en ella un poco de líquido transparente, incoloro y espeso.

—¿Se puede saber en qué lugar estamos? ¿Cuál es la capital que está más cerca de aquí?

—La capital más cercana es Albacete, pero esto es todavía provincia de Cuenca. ¿Está de paso? —inquirió el posadero, con aire de querer facilitar al joven alguna información que pudiera serle útil—. Por aquí pasan muchos. Unos que van a Albacete, otros que van al monte. Este es un lugar de paso desde que empezó la guerra.

En aquel momento entró en el café una mujer joven, que tenía las trazas de ser hija del que servía. Salía del interior de la vivienda secándose las manos con un paño. Examinó atentamente a Máximo. Observaba su modo de actuar, miraba el fusil que llevaba, sin quitarle el ojo de encima, como si recelara.

—¿Y a qué van los que van al monte? —preguntó Máximo.

—Van a...

—A nada —interrumpió la chica—. ¿Quién es usted? ¿A qué viene al pueblo? —inquirió de pronto.

—Oye, nena, que soy yo el que pregunto. Y se me contesta o lo vas a pasar mal, ¿está claro?

—Pues claro, joven, no hay que apurarse —terció el viejo—. No tenemos nada que callar. Al monte van para ocultarse de la leva los que no quieren ir a la guerra. Por lo visto son fascistas y... de esos. Nosotros no tenemos nada que ver con ellos. En esta casa no hay varones en edad de servir.

—¿Y en qué lugar del monte están?

—Qué sé yo, por ahí..., en el camino de Huete, o por ahí. Cambian de lugar según les conviene.

En aquel momento entraron en el local un par de hombres. Eran jornaleros del campo, gente de edad. Parecían sorprendidos e inquietos al ver a Máximo. Le miraban con curiosidad. A poco, se pusieron a cuchichear con el dueño. Se quedaron

junto al mostrador, sin tomar nada.

Probablemente el acceso al monte estaría vigilado, pensó Máximo. Lo mejor sería que bordeara el bosque hasta un determinado punto y que, una vez alejado del pueblo, llegase a él por algún vericuetto solitario. Así pues, Máximo pagó su consumición y salió de nuevo al exterior.

Bordeó la acequia, cruzó el puente y se arrimó a la arboleda. Fue siguiendo el curso del río por la otra orilla hasta bien entrada la mañana. Luego se metió entre los arbustos. Descubrió un paraje más claro y que de él, ya en la espesura, partía un pequeño sendero. Fue caminando por él.

La umbría era espesa y húmeda. Se oía de vez en cuando un crepitar de insectos. El bosque era cerrado y en aquel sector apenas penetraban los rayos del sol. Caminaba teniendo a veces que desembarazarse del acoso de las ramas y del agobio de líquenes y enredaderas. De vez en cuando se paraba a escuchar. Salvo el graznido de alguna ave o el zumbido de algún insecto, no se oía el menor rumor.

Así pasó toda la mañana. A mediodía se sintió cansado y sediento. La espesura se había aclarado; se sentó en un claro en el que había un abeto nacido de costado y cuyo largo tronco estaba reclinado sobre el suelo. De pronto oyó rumor de agua muy cerca de aquel lugar. Se fue acercando y descubrió un manantial que salía de una roca, en un recodo.

Pensó que, si en el monte vivían grupos de desertores, forzosamente deberían acercarse alguna vez a aquel manantial. Decidió, pues, no moverse de allí y esperar. Echó un largo trago de aquella agua, sabrosa y fresca. Luego se escondió tras unos matorrales.

A media tarde le pareció oír rumor de pasos. En efecto, se oyeron luego unas voces que se iban acercando. Preparó su fusil, por si tuviera que utilizarlo. Descorrió el cerrojo y se puso a observar.

Se acercaron dos hombres jóvenes y se inclinaron ante el manantial. Se cubrían con restos de uniforme de soldados, pero no sabría definir si eran soldados o paisanos. Bebieron agua, y uno de ellos encendió un cigarrillo, que dio a probar al otro, y así se lo fueron turnando mientras charlaban. Luego siguieron su camino.

Máximo los fue siguiendo a distancia, guiándose por el eco de sus voces. En algunos momentos, estas se perdían en el silencio. Esto ocurrió en dos o tres ocasiones. El bosque se iba aclarando aún más. Habían desaparecido los mirtos y las enredaderas y quedaban solo los altos pinos, distantes unos de otros, entre los que se podía transitar cómodamente. En un claro apareció el campamento. Había en él siete u ocho hombres alrededor de una fogata. Sus fusiles estaban apoyados unos contra otros y al alcance de la mano. Los hombres estaban callados y el resplandor de la fogata iluminaba sus barbudos rostros y les daba una catadura de aparecidos o de fantasmas en el anochecer.

Como la unidad en la que viajaba era de las últimas del convoy, Blanca Maravall pudo apearse sin que nadie la viera. Pasó entre los grupos de soldados que había en el andén y que empezaban a montar en los vagones y, cruzando la sala de la estación salió al exterior. Se había apeado en una población grande y no tardó en observar en sus calles indicios de vida poco corrientes, pese a ser una hora tan temprana. Sin embargo, era la primera vez que veía escrito el nombre de aquella ciudad:

Era preciso que antes que nada encontrara acomodo. Se decidió a preguntar a un hombre que ayudaba a descargar un carro frente a un almacén. Aquel no conocía por lo visto ninguna hospedería, pero llamó a una mujer que estaba dentro del almacén. Salió la mujer y se puso a hablarle con grandes gritos. El tono con que hablaba hacía detener a la gente y pronto se formó un pequeño grupo. Blanca estaba intranquila, pero procuraba disimularlo.

La encaminó hacia una posada que había en una plazuela, cerca de la calle principal del pueblo. En aquella plazuela había algunos carros de labor parados. Se notaba que el pueblo era el centro del comercio de granos y de productos del campo de toda la comarca. Un caballo estaba comiendo en un gran montón de alfalfa, metiendo su belfo en ella.

El hombre de la posada la escudriñó recelosamente y luego le hizo mostrar la documentación.

Blanca le mostró el papel que le había dado su raptor, un papel que hablaba de una tal Consolación Hurtado, militante de la CNT.

—¿De dónde vienes, compañera?

—Vengo de Teruel.

—Pues menudo rodeo... ¿Y cómo te has perdido por aquí? ¿Es que vas a Valencia?

Ella inclinó la cabeza, asintiendo.

—Bien. Te voy a dar una habitación. ¿No traes equipaje?

—No, no lo traigo.

En cuanto se quedó sola empezó a pensar qué era lo que debía hacer. No llevaba ni un céntimo, estaba a expensas de aquel papelito en que se certificaba con un nombre falso que pertenecía a la CNT, y no conocía a nadie. Pensó que de momento tenía que inventar una historia coherente sobre su presencia en aquella ciudad, que justificara sus pasos, y trabar amistad con alguien que quisiera escucharla. Tal vez el propio hombre de la posada...

La habitación era lóbrega. Una tenue bombilla colgaba del techo y apenas bastaba a iluminarla. Blanca se tendió en la cama, cuyo somier empezó a gemir bajo su peso.

Despertó a media mañana. En aquel instante se le apareció la realidad de su situación con toda su crudeza. Se sintió desolada y aterida. Si no encontraba alguien en quien confiar, estaba irremisiblemente perdida. Decidió jugarse el todo por el todo.

Después de asearse lo posible, se fue directamente en busca del posadero. Lo encontró a la puerta de la calle.

—¿Puedo hablar con usted?

—Usted me dirá —contestó, al paso que entraba de nuevo.

—Me encuentro en una situación apurada —dijo ella—. Un hombre me ha traído hasta aquí, pero luego me ha abandonado a mi suerte. De modo que no llevo dinero y no sé ni dónde estoy ni adónde voy. Necesito por lo menos un día o dos para orientarme. Por eso he pedido aposento aquí. ¿Puede usted fiarme por un par de días? Como usted ve, soy enfermera. ¿Hay hospital en esta localidad?

El hombre la miró cachazudamente, de arriba abajo. Hizo con la boca un mohín de desagrado.

—Conque... ni un céntimo, ¿verdad? Pues sí que estamos apañados...

—Estoy dispuesta a pagarle con el trabajo que usted me encargue. Solo el tiempo de orientarme...

—Pues sí que andamos a derechas... ¡Como si a mí me regalaran el colchón y las camas! Y yo no tengo trabajo para ti. Puedes ver si en el hospital te dan trabajo. ¿Sabes dónde está el hospital?

—No. No, señor.

—Coges la Alameda y doblas la segunda calle a la derecha. Verás un edificio de piedra. Aquello es el hospital.

—Bien. Voy ahora mismo.

—Oye, muchacha —la detuvo—. No habrás comido, ¿verdad? Espera a que te haga un huevo frito con una loncha de jamón, ¿no te apetece?

Entonces levantó Blanca la cabeza y tuvo ánimos para estudiar la fisonomía que tenía delante. Era un hombre de unos cuarenta y pico de años, el pelo bien planchado sobre un cráneo redondo, una barbilla puntiaguda y macilenta con un poco de sotabarba. Su silueta, no muy alta, era magra y nerviosa. Unos ojos negros y acerados brillaban debajo de unas cejas bien dibujadas.

Salió hacia la Alameda, siguiendo las indicaciones del patrono. En la segunda travesía torció a la derecha. Vio en seguida el edificio de piedra. El propio hombre le había indicado por quién preguntar.

—¿El doctor Artinaga?

—El doctor Artinaga está en el quirófano.

No salió de él hasta después del mediodía. Era un hombre de mediana edad, gordezuelo, bajo de estatura y con una panza que le daba el aspecto de una bolita circulante. Su tez era sonrosada. Llevaba unas gafas de montura de plata que tornaban más aguda su mirada, siempre apoyada por una sonrisa.

Aquel era un hospital militarizado y él no podía aceptar nuevo personal sin que se lo propusiera el mando militar. Blanca debía, pues, ir al mayor y solicitar una plaza. Podía decirle que había hablado con él.

Todo esto lo dijo el doctor sin dejar de sonreír y como si tuviera miedo de herirla.

Se excusó por no poder aceptarla en el acto. Hacía tiempo que Blanca no se sentía tratada con tanta mansedumbre.

En cambio, el mayor estuvo brusco, increpante. La interrogó con una voz dura, recriminatoria. Era un hombre muy alto, que cuando fue a sentarse tras su mesa puso los pies encima de esta y golpeó con una regla las puntas de sus botas.

—¿Por qué ha venido aquí?

—El doctor Artinaga me lo ha indicado.

—Digo que por qué ha venido usted a Tarne.

—Tenía unos parientes, pero resulta que se han marchado.

—Debían de ser enemigos, fascistas, seguro; y, dígame: ¿cómo compruebo yo que es usted enfermera diplomada? Ser de la CNT no es precisamente un certificado de buenos estudios.

—No lo sé, compañero.

—Oye una cosa —dijo, tuteándola de pronto—. Este hospital es un hospital especial, ¿comprendes? Está destinado a la recuperación de los elementos de las Brigadas Internacionales que han sido heridos o que han enfermado en el frente. De modo que no es tan sencillo entrar en él. Habitualmente las enfermeras nos vienen recomendadas desde la retaguardia. Son muchachas que saben hablar idiomas y que tienen cierta cultura general, como para tratar a esos hombres. No sé si tú servirás para eso.

—Yo sé hablar idiomas. Hablo inglés y francés.

Esta puntualización de Blanca pareció hacer reflexionar al mayor.

—Bien, retírate. Déjame tu dirección y espera a que yo te diga algo.

Anegar de nuevo a la posada se sintió temerosa. Pensaba que si el patrono se enteraba de las dificultades que había puesto el mayor, la pondría de patitas en la calle.

Pero no. Todo lo contrario.

—Nada, tú te esperas aquí los días que haga falta hasta que él te conteste. Le diré a mi mujer que te preste alguna ropa mientras se te lava esta. Mi mujer es muy buena, ¿sabes? Lo que pasa es que siempre está enferma. Ahora mismo lleva quince días sin salir de la cama. Mal asunto.

Al llegar a su habitación encontró en un plato unas rajadas de jamón y un panecillo. Los comió con avidez.

Se quedó toda la tarde encerrada en su cuarto. Sentía que su corazón palpitaba desordenadamente. Tenía miedo de algo; miedo de salir, temor de encontrarse de nuevo con el patrono, cuyos ojos habían empezado a buscarla. Una vez anochecido, se acostó.

Tardó mucho en dormirse, porque había verificado que la puerta, sin llave, no podía cerrarse por dentro. La atrancó con una silla, apoyando el respaldo contra la hoja de madera.

Debía de ser muy tarde cuando sintió que la puerta cedía. Sin respirar apenas,

medio adormilada, sintió aproximarse la figura del patrono; sintió que alentaba cerca de ella y su respiración junto a su mejilla; cómo la mano tibia hurgaba en el escote y se posaba en su pecho, acariciándolo.

—No, no, ¿qué hace? —balbució.

Pero no dijo más. Era incapaz de oponerse a nada. No podía gritar, ni resistirse, ni echarse para atrás. Ya no era nadie, nadie más que una golfa. Estaba perdida.

Apretó los labios y dejó que el hombre la sobara sin abrirlos. Contenía su llanto. Luego, al cabo de mucho rato, él la dejó. Ella le oyó salir y se echó a llorar contra la almohada.

Cuando despertó al día siguiente notó de nuevo a su lado, de pie junto a la cama, la presencia del hombre. Venía a decirle que acababa de llegar un recado del doctor Artinaga enterándose de que el mayor había autorizado su ingreso en el hospital.

—De todos modos, tú puedes venir a dormir aquí. Yo te guardaré la habitación. ¿Qué te parece?

Ella no contestó. Estaba deseando cambiar, dejar la posada y encontrar un lugar donde se encontrara protegida e independiente. Hizo que se marchara el intruso, se arregló en un santiamén y se fue al hospital.

La enfermera jefe la destinó a una sala junto al vestíbulo de entrada. Había una docena de camas y pacientes de todas las nacionalidades.

—Me han dicho que hablas inglés. A ver si te entiendes con esos.

Le mostró a tres o cuatro muchachos rubios que rodeaban a un par de soldados que jugaban al ajedrez, de espaldas a la puerta. Blanca la abordó luego a propósito de su alojamiento.

—Aquí no hay camas —contestó la otra—. Todas son para los internados. Pero si te avienes a dormir en el suelo, en un colchón, te haremos un lugar en nuestro campamento.

Pronto advirtió que lo de «campamento» era un eufemismo que usaba para designar al cuarto en que dormían todas las enfermeras que, en número de ocho, atendían el hospital.

Como no le tocaba aún entrar de servicio dio una vuelta por todas las dependencias y se felicitó por la suerte que había tenido al varar en aquel lugar. No era como los hospitales de campaña, con su ajeteo, un aire eternamente improvisado y una constante sumisión al dolor y a la urgencia. Era más bien un lugar de reposo. En la parte posterior del edificio había un jardín, en el que estaban sentados algunos convalecientes; algunos de ellos iban con muletas, otros estaban sentados en sillas de ruedas. Muchos de ellos parecían despreocupados de la guerra; leían a la sombra de los árboles del jardín, en un ambiente que no recordaba ni la pólvora ni las trincheras.

—*Where are you coming from? I have never seen you before.*

Quien le hablaba era un hombre alto y espigado, que llevaba en la cabeza un gorro escocés sobre unos pelos rojizos y ligera barba en el afilado mentón. Se había puesto a su lado balanceándose hacia delante sobre la punta de un bastón de bambú,



en el que se apoyaba. Fumaba en una larga pipa y de vez en cuando echaba una bocanada de humo. La miraba con interés, inclinado hacia ella, y parecía esperar tranquilamente una respuesta.

—*I have been destinated here now.*

—*I would like you to be my only nurse.*

Ella esbozó una sonrisa.

—*Would you mind coming with me for a walk?*

La cogió por un brazo y echaron a andar por los caminos de arenilla. Antes que nada le dijo su nombre; se llamaba Ronald Howes. Era profesor de lenguas clásicas en el Trinity College de Cambridge. Se había apuntado de los primeros en la lucha contra el fascismo en España. Le habían herido en la batalla de Brunete. Habían tenido que operarle dos veces en la pierna y ya empezaba a andar. El proceso de curación había sido doloroso y lento, pero pronto podría volver al frente y con el bastoncillo golpeó en su rodilla, que estaba inmóvil.

—Estoy deseando que me den de alta para volver allí. Pero antes quiero ir a Londres. ¿No ha estado usted en Londres?

Le contestó que sí, que había estado en Londres hacía cuatro años, en un viaje que hizo para perfeccionar su inglés.

—¿Y qué es lo que menos le gusta de Londres?

Ella hizo como que recapacitaba.

—*The smog* —dijo al fin.

—¿Y lo que más le gusta?

—Bueno, algunos ingleses.

Él se echó a reír. Hablaba con un dejo suave, de profesor de lenguas, y su conversación parecía sujeta a ciertas reglas que, como las de la música, obedecieran a un ritmo íntimo y maravilloso.

Después de dar un rodeo por el jardín volvieron nuevamente a la casa. El inglés hablaba sin parar, pero sin apresurarse. Parecía que estuviera dotado de una facundia imaginativa que le permitiera encontrar indefinidamente nuevos temas de conversación. Primero le relató algunos recuerdos que tenía de la batalla de Brunete, de cómo y por qué se perdió y de cómo plantearía él una nueva batalla. Después le contó cosas de su época de estudiante en Cambridge. Las bromas que se gastaban con los profesores, los *tics* de mister Cooper esq., y las tisanas que les brindaba la señora Cooper en su casa. Acabó recitando textos de Ovidio y de Marcial, que sonaron como un bronce clásico en la dorada dimensión de la tarde.

—¿Sabe que si me sedujo desde el principio España fue a través de los versos de Marcial? El país tiene en Marcial una agresividad hiriente. No es el mero panorama elegiaco que se pone en pie a través de la tristeza del poeta, sino un esmalte acre, rico en matices y, visto desde lejos, burilado por el viento, digno de levantarse por encima de cualquier peripecia del alma. Pero la estoy aburriendo con estas divagaciones de profesor. Hábleme de usted. ¿Desde cuándo hace la guerra?

—Desde el primer día —tenía temor de hablar, a expresarse, pero tuvo que hacerlo—. Estaba en Barcelona y me apunté en una columna. Luego, los... bueno, los fascistas me hicieron prisionera. Finalmente conseguí escapar y aquí estoy.

—¿Sí? ¿Y dónde consiguió escapar?

—En Teruel. De esto hace solo quince días.

—¿Estaba usted en Teruel cuando el asedio?

—Sí, allí estaba.

Parecía como si esta contingencia despertara en el inglés un entusiasmo nuevo. Miraba a Blanca con una nueva veneración.

—Fue la batalla más dura que ha habido hasta ahora. Cuénteme cosas.

—Nada. El frío, los bombardeos, y el ruido de los tanques día y noche, el gemido de los heridos enloquecía a una. Yo creía que no saldría viva. Pero ya lo ve... Aquí estoy.

Cuando Blanca se despidió del inglés sintió como si a su ánimo lo hubiera refrescado un rocío bienhechor. Iba advirtiendo que el secreto de la vida consistía en no dejarse abrumar por una impresión demoledora, sino en seguir adelante hasta que surgiera otra ocasión de signo contrario en la que apoyarse. La vida era un claroscuro constante y era preciso no dejarse hundir por ninguno de los contrastes del vaivén.

Por la noche se puso a trabajar, entrando en su turno. Sirvió la cena a los hospitalizados de su sala, les tomó la temperatura, dio unos medicamentos sedantes a todos ellos, puso media docena de inyecciones y se dispuso a pasar la noche esperando que alguno reclamara su ayuda. Solo dos de ellos inspiraban algún cuidado. Sobre todo un muchacho francés, al que una bala explosiva había dado en el muslo y que pasaba las noches en un constante alarido.

Por indicación del médico la enfermera le puso una dosis de morfina, con lo que el herido entró en un duermevela casi silencioso, del que escapaban únicamente algunos leves y prolongados gemidos. Pero a partir de las dos de la madrugada volvió a despertar y a atronar el silencio de la noche con sus gritos y lamentaciones.

El herido estaba preso en la telaraña inconsútil de un delirio espantoso. Llamaba a su madre, se revolvía increpando a unos nombres de mujer, gritaba a unos compañeros, como si estuviera en el frente, en plena batalla. Parecía que sobre él volvieran a estallar los proyectiles y que se estuviera bañando al sol en una oleada de sangre.

—Tranquilo, Maurice, tú tranquilo —insistía Blanca una y otra vez cogiéndole la mano, y él callaba un instante, sugestionado por aquella voz que desde el exterior penetraba en su desvarío—. No hay nadie, no viene nadie, nadie te quiere mal. Mañana estarás bueno y saldremos al campo a coger mariposas o flores. Tú tranquilo, Maurice.

Y aquel joven guerrero se dejaba vencer por la leve sugestión, por la casi ridícula promesa, por un proyecto infantil que le sugería la voz femenina, al otro lado de la barrera de su sueño y de su pesadez.

Miles, docenas de miles de hombres estaban en el mismo desvarío, se hallaban derrotados por el mismo insomnio y querían escuchar la misma voz. Era la voz presentida de una madre lejana, la caricia que les había sido hurtada en su niñez, a la que querían recoger, cuando ya era tarde, desde el horror de sus entrañas deshechas.

## VI

A FINES DE MARZO de 1938, una inusitada actividad sacudió el sector del frente de Córdoba en que se hallaba Carlos Rius. De pronto recibieron órdenes de atacar al enemigo con la artillería, principalmente en el sector de Miézagá, Alfores y Carrasca, los tres pueblos donde se movían los anarquistas. Después de ocho días de intensos bombardeos aparecieron por la retaguardia unas columnas que se disponían a avanzar. Eran columnas de Regulares, y Carminal de la Sierpe y Venta del Arcángel quedaron completamente invadidas por el paso de las tropas moras, que fueron avanzando, entrando en territorio republicano hasta muchos kilómetros más allá. Cuando las tropas de Regulares hubieron conquistado una porción de tierra, dejando en seguridad el trazado de la línea de frente y colmando el vacío que antes se advertía, dieron orden a la bandera de Falange que avanzara para ocupar los territorios conquistados.

Carlos Rius estaba desolado. Se demostraba que la misión que tenían las tropas a su mando era la de una simple gendarmería. Esta función y su situación en el mapa le alejaba cada día más del frente de Cataluña y, por consiguiente, de su más vehemente deseo: entrar un día en Barcelona y contribuir a liberar a su ciudad de un modo personal. Pensó en Miguel Llobet, en el pacto que se habían comprometido a llevar a cabo, y se sintió desilusionado y confuso.

Los pueblos que habían ocupado mostraban sobre sí la mordedura de la revolución y de la guerra. En aquellas poblaciones no quedaba nadie. Los escasos campesinos sobrevivientes se habían marchado con las tropas republicanas y los villorrios presentaban la imagen de la desolación más hiriente. El campo era una extensión de tierra calcinada, enorme bancal yermo sin cultivar, rastrojo reseco y páramo infinito. La jornada se hacía inacabable en aquel ámbito donde no había más signo que el de la destrucción; la erosión que en la tierra sin lluvia producían las raíces de algunos olivos centenarios marcaba el campo con interminables regueros.

El centro de la comarca recién conquistada seguía siendo, sin embargo, Carminal de la Sierpe; de modo que cuando los alféreces se permitían alguna holganza iban a pasarla a Carminal.

Allí se veían periódicamente Carlos Rius y Pepa Cortina; Pepa bajaba al pueblo desde su cortijo una vez por semana, y algunos de esos días Carlos hacía una escapada e iba a su encuentro.

Acostumbraban encontrarse en el Casino, que era un local decimonónico y ostentoso, sede en otros tiempos de comidillas políticas y de cacicazgo y que entonces arrastraba una vida lánguida para uso de terratenientes y ganaderos de la comarca. Se puede decir que la única mujer que ponía los pies en sus salones era la hija del alcalde, que tenía bula para ello. Con el pelo suelto, vestida con polainas y

pantalón de montar, desafiaba a la Diana cazadora y a la Afrodita de piedra que sobre un pedestal guardaban los accesos al sanctasanctórum pueblerino.

A veces se sentaban a tomar un refresco en el mismo Casino, pero otras veces cogían el Topolino y Carlos se la llevaba a dar un rodeo por el campo o hasta la orilla del río, donde se sentaban a charlar.

La confianza y la franqueza entre ellos dos eran absolutas. Carlos se sentía a sus anchas junto a ella, pudiendo divagar sin estrecheces y sin complejos. Y también parecía que a ella le agradaban aquellos coloquios con el alférez, al que al principio había querido tomar el pelo, pero que ya le parecía un amigo sincero y, además, muy atractivo.

Ella había presenciado la desilusión que él había sentido al ver suplantadas, en favor de tropas llegadas para ello, las virtudes combativas de su propia unidad. Había sido testigo de excepción de las exclamaciones y juramentos que él había pronunciado cuando vio que los dejaban a ellos en retaguardia y avanzaban los otros por la llanura caldeada.

—Pues mira tú... El comandante, que es un hombre de pelo en pecho, parece que se ha resignado y se lo toma con filosofía. El otro día estuvo en casa y le oí que decía: «Cuando el alto mando lo ha dispuesto así, sus razones tendrá». Ya sabes que él es un militar de los de veras; pero se conforma con recibir unas órdenes y cumplirlas.

—No digo lo contrario. Ea, no hablemos de eso. ¿Vamos al río? Por lo menos allí no se levanta polvo.

—Vamos, si quieres.

Subieron al Topolino y cruzaron el pueblo, hasta la carretera. Por ella, en cinco minutos, llegaron al río. Carlos ayudó a bajar del coche a la amazona, que había dejado su caballo en la cuadra del Casino.

Se sentaron en el césped de la orilla. Era una tarde soleada, como de miel. Unas aves silvestres revoloteaban sobre la superficie del agua. Al fondo unos abedules, unos sauces, cuyas hojas parecían caer en cascada sobre el agua, cerraban con un verde intenso el panorama.

Carlos se echó de espaldas al césped y dejó que su mirada se perdiera en la claridad azul del cielo. Unas nubes diminutas transitaban huyendo hacia oriente. De pronto, el itinerario de aquellas nubes quedó interrumpido, borrado por la presencia del rostro femenino. Pepa se había puesto a mirarle desde arriba, sentada a su lado. Estaba maravillosa, con su pelo dorado suelto hasta los hombros y la espalda, la tez sonrosada y los labios bien diseñados, gruesos y rojos.

—¿Puedo entrar en ti? ¿Puedo deshacer esas ideas turbias que llevas debajo de la frente? — preguntó.

Carlos se incorporó y se puso a su lado. Cogió su mano y empezó a acariciar su brazo.

—Claro que sí. Puedes y debes. No sé cómo estando contigo me olvido de que estás aquí.

—Eso indica que si consiguieras salirte con la tuya, que si dejaras estos lugares por otros más cercanos a tu casa, nunca más te acordarías de que me has conocido.

—Eso no es cierto. Una vez acabada la guerra, volvería para verte y me tendrías aquí haciendo guardia para que nadie viniera a raptarte. Palabra de honor.

—¡Oh, qué aprisa lo dices!... Vamos a ver. ¿Cómo puedo yo creer eso si esta es la hora en que todavía tienes que pedirme algo? Por ejemplo...

—Por ejemplo, ¿qué?

—Por ejemplo, no me has pedido siquiera que fuera tu madrina de guerra.

Carlos se echó a reír.

—¡Oh..., eso es poco para mí! Iba a pedirte si querías ser mi novia.

Lo soltó sin pensar, pero vio que ella se sofocaba y se azoraba sensiblemente.

—Déjate de bromas —susurró, como si la hirieran.

—¿Y tú qué sabes si es broma, Pepa? Pienso en ti todo el día. Lo pienso al levantarme y al acostarme. A veces no puedo reconstruir con exactitud la imagen tuya y quiero concentrarme para tenerla tal como es, pero no puedo. Tienes que darme una fotografía para que la lleve en mi cartera, para que pueda pensar en ti sin miedo a perderte... Bien, a lo que iba. ¿No es eso estar enamorado de una chica?

—¡Qué aprisa vas, Carlos, amigo! No diré que yo no te guste, pero la verdad es que les gusto a muchos. Te diré que les gusto a casi todos. Pero enamorarse de mí, enamorarse de mí —y hacía un mohín gracioso— son palabras mayores.

Echó un guijarro a las aguas del río, que discurrían muy cerca.

—¿Sabes quién está enamorado de mí? ¿Y de verdad?

—No.

—Cosme, el mayoral. ¿Te acuerdas de él?

Sí; Carlos se acordaba. Lo había visto en el cortijo, erguido en su caballo, la garrocha en las manos, con un aire de dios pagano o de fuerza de la naturaleza; con un porte aristocrático y altivo.

—Ese se dejaría matar por mí, se dejaría quemar vivo. Cuando yo era chica me llevaba en la silla de su montura y apartaba a los toros, sin miedo pero sin furia, con una voz persuasiva y solemne. «¡Jooooo!...» decía, mientras pasaba por medio de la manada. A medida que he ido creciendo me ha ido mirando con unos ojos más distantes y, sin embargo, más adictos. El año pasado me derribó una vaca. Estaba yo cabalgando y no había visto que estaba con sus crías. A poco me embiste, pero no fue más que un susto. A esa vaca, lo sé, la ha cogido él y la ha doblegado.

—Bien. No me preocupa que el mayoral esté enamorado de ti. Debe de ser la costumbre en estos casos. ¿Quién más?

—Todos. Todos los que me conocen están enamorados de mí. Pero no como tú, solo para presumir o para apartarme de tu memoria. Están enamorados de mí muy de verdad y serían capaces de hacer lo que yo les pidiera, ¿no comprendes? A ver si tú harías eso.

—¿Qué es lo que tú me pedirías?

—No lo sé aún. Me lo tengo que pensar muy a fondo.

—Piénsalo, y cuando lo tengas pensado me lo dices —concluyó Carlos, mientras acariciaba suavemente su pelo.

Ella se revolvió, obligándole a soltárselo. Pero seguía hablando.

—¿Sabes qué haremos cuando haga mucho más calor? Venir a bañarnos aquí, al río. No en esta parte, sino un poco más abajo, hay un recodo limitado por unas rocas y al que nadie puede ver si no se acerca. Es un sitio ideal para bañarnos. Se llama Peñalba. ¿Lo haremos?

—Claro que lo haremos. Haremos todo lo que tú me mandes.

—Así me gusta.

Estuvieron todavía mucho rato sobre el césped de la orilla. La tarde se encendió y luego empezó a declinar. El borbotón de oro que llenaba la atmósfera fue derivando hacia su ocaso. Ya empezaba a diluirse en una grandiosa pincelada naranja y ocre cuando los dos amigos se incorporaron. Carlos acompañó a Pepa, en el Topolino, hasta el Casino.

—¿Me dejas que te dé un beso? —sugirió Carlos, acercándose a ella con los brazos medio abiertos, en ademán de abrazar.

Ella se dejó incluir en aquel abrazo. Levantó su boca hacia él. Se fundieron unos instantes en un beso. Ella se apartó de pronto, mirando a todos lados, por si hubieran sido vistos por alguien.

Pero la calle estaba solitaria. Nadie los había visto.

De modo que no eran novios, pero tampoco eran dos extraños. Se preguntó Carlos qué eran el uno para el otro.

Los días siguientes, Carlos no pudo evitar el pensar frecuentemente en Pepa Cortina. La veía tal y como había estado con él a orillas del río, con la melena suelta, más dorada aún por el sol de la tarde; o en el instante en que estuvo en sus brazos, a la hora de despedirse.

El pueblo de Alfores, adonde su compañía había sido destinada después de la rectificación del frente, estaba formado por tres docenas de casas blancas en lo alto de una loma que formaba una especie de meseta antes que el paisaje cambiara totalmente de estructura. Más adelante y siguiendo los meandros del río se formaban sobre tierra y piedra caliza espesos matorrales de arrayanes, bojés, jaras, enebros, salpicados aquí y allá por la presencia de algún roble ya añoso que daba al conjunto un aspecto de bosque espeso. En otro tiempo había merodeado por aquellos lugares una fauna de ciervos señoriales, de patas finísimas y sensibles, que emprendían el trote al menor atisbo de presencia humana. Últimamente se decía que la única fauna superviviente era la del jabalí, aunque resultaba muy difícil dar con su presencia.

Fuera como fuere, la vida en el pueblo era un poco menos monótona que en Venta del Arcángel. La cantina estaba radicada en el antiguo café, llamado Café del Tempranillo, quién sabe si en recuerdo del famoso bandido. Realmente aquellos lugares presagiaban la sierra donde culminaban sus asechanzas en otros días los

bandidos generosos. Los recovecos del monte recordaban, sin saber por qué, un escenario áspero de acometida en el recodo, de embestida con el trabuco en mano, un paisaje al mismo tiempo de opereta italiana o de vendetta furiosa.

Carlos Rius y el alférez Coloma, en compañía de algunos muchachos, no tardaron en dedicarse a merodear por el monte y hacer descubiertas por sus quebradas. A veces volvían al campamento con dos o tres liebres, fruto de sus escauceos venatorios. Pero no acertaron a levantar ningún jabalí. En una campa descubrieron una tarde restos humanos sin enterrar. Todavía se conservaban residuos de la vestimenta y una correa medio carcomida. El muerto era sin duda un miliciano. ¿Cómo habría muerto allí? ¿Quién le habría matado?

Muy lejos se levantaban unos riscos que tenían en la cumbre una pincelada blanca, un caperuzón de nieve que no se movía de allí ni en los rigores del verano. Aquella cúspide blanca reverberaba al sol y parecía presidir toda la anchura del paisaje como una llamada a la serenidad. Pero abajo, los recovecos y quebradas del monte se manifestaban en mil procelosos caminos, en vaguadas oscuras por las que no penetraba el sol. Si se levantaba la voz o se daba un grito, este era devuelto por la oquedad de las vertientes y la voz se iba reproduciendo y quebrándose hasta atenuarse y desaparecer.

No había ninguna señal del enemigo en aquel lugar; pero todos los hombres sabían que las fuerzas contrarias estaban bien asentadas en los poblados, en Linares, en Andújar, en Úbeda... Entre estas poblaciones y las que ocupaba la Segunda Bandera había algunos pueblos que habían quedado abandonados y que no eran de nadie. Era peligroso meterse en ellos, puesto que estaban batidos por un lado y por otro, pero un día la pequeña guarnición se aventuró en uno de ellos: Araz del Monte.

Las calles solitarias del pueblo parecían devolver el ruido de los cascos de la caballería con su eco rotundo, que el silencio multiplicaba. La caballería escalaba las callejas pinas de la población, levantando chispas de piedras y adoquines. Las viviendas estaban desvalijadas. Las puertas de las casas estaban brutalmente abiertas y batían con el viento. En una casa había diversos objetos dispersos por el suelo y se veía en mitad de una habitación una mesilla desvencijada. Carlos Rius abrió un cajoncillo de la mesilla y vio una postal. Era una fotografía de un mozo vestido de miliciano, con fusil al hombro, y llevaba una dedicatoria burda, escrita con una letra casi ininteligible. Firmaba la postal Francisco.

¡Qué vendaval horrendo había gravitado sobre el país para dejar al descubierto aquellas muestras anónimas de la más estricta intimidad! Ante aquella postal y aquella dedicatoria se advertía todo lo absurdo y trágico que estaba ocurriendo en España. Sintió de pronto como si un escalofrío recorriera sus músculos y le zarandeara...

En otra casa, que debía de haber servido de cuartel de milicianos, había escritas en la pared ciertas frases eróticas en honor de una llamada Petra, acaso la ninfa escogida por el cuartel para suavizar la soledad nocturna del frente. Debajo del



nombre había algunas manchas de vino.

Se retiraron a media tarde, a tiempo de llegar a las posiciones antes del toque de retreta.

La vida de posición respondía a unos cánones precisos que era necesario cumplir. Un día sí y otro no le tocaba a Carlos controlar las guardias y presidir los relevos. Acompañaba al pequeño pelotón hasta las avanzadillas y allí daba la consigna y volvía con los que salían de hacer los puntos en las posiciones. Durante el día hacían instrucción y, alguna vez, ejercicios de tiro. Pero en resumen la vida discurría allí como si no estuvieran en el frente.

Una noche, mientras estaba jugando al póquer con sus compañeros, sacudió el ambiente el sonido horrísono de una explosión. El alférez Coloma y él salieron apresuradamente al exterior y encontraron al teniente Rivera, quien les dijo que un explosivo había estallado en el puente y lo había dejado inutilizado. El puente no tenía ninguna utilidad estratégica, de modo que lo más probable era que la explosión fuese un simple acto de bandidaje, sin consecuencias de otro orden. No obstante, aquella noche habría que estar con los ojos muy abiertos por si la bomba tenía relación con alguna acción del enemigo.

Carlos fue a observar personalmente la situación de cada uno de los cuatro puestos de guardia que estaban a su cargo. Encontró a los muchachos un poco nerviosos, pero vio que todo estaba en orden. La noche era muy clara, había una luna creciente que iluminaba el campo y el aire era de una transparencia total.

Al día siguiente, cuando estaba desayunándose medio dormido, entró como una flecha su asistente, el limpiabotas.

—Mi alférez, ¿sabe usted la noticia?

—No. ¿Qué ocurre?

—Esta noche han matado al señor marqués. Le pillaron en la carretera cuando se iba a su cortijo. Le tiraron una bomba y unos tiros. Le dejaron muerto en mitad de la carretera.

Se levantó de un salto.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Toribio, el cantinero, que ha vuelto ahora de Carminal. Él mismo vio al muerto.

La noticia le sobresaltó. La explosión del puente era un acto de bandidaje para acompañar al asesinato del padre de Pepa, el marqués de Carminal, alcalde de Carminal de la Sierpe: En la guerra diminuta que estaban haciendo se producían de vez en cuando golpes de mano que recordaban las escaramuzas anarquistas, o simples actos de represalia para tener en vilo a la población. Salió al exterior, fue a ver al teniente Rivera y le pidió permiso para trasladarse a Carminal.

Una vez en este pueblo se dirigió al Casino. La población estaba revuelta. Se decía que el comandante se disponía a hacer un escarmiento.

Fue hasta la Comandancia.

—Ya ve, alférez, en medio de quiénes estamos. Pero esto no acabará así. Mañana

al amanecer fusilaré a unos comunistas. Los tenía guardados con la esperanza de salvarlos, pero ha sido inútil.

Se echó un sorbo de coñac de la botella.

—Vaya usted a «La Cornisa» y ofrezca mis saludos a Pepa. Dígale que más tarde iré a verla. Le da usted mi pésame.

Carlos siguió en el Topolino hasta el cortijo. Encontró a Pepa presa de la tribulación consiguiente. Pero se mantenía erguida, sin sollozar. Únicamente, al ver a Carlos, se echó en sus brazos y se le escaparon unos gemidos.

—¿Quién iba a decir que moriría así, asesinado en un camino, como un paria? Él, que era el ser más noble que ha nacido... Habría que encontrar a los que le han matado. ¿Por qué le han matado? ¿Por qué? Él no había hecho daño a nadie...

—Ya se sabe que siempre caen los mejores —intentó consolarla él.

—Hacía tiempo que recibía cartas amenazándole —prosiguió ella—. Había en Carminal un tipo que era de los jefes comunistas, un tal *Guindilla*; se la tenía jurada, porque en los últimos meses antes de empezar la guerra ese *Guindilla* era el segundo del Ayuntamiento, el que viene después del alcalde, y no hacía más que meterse con nosotros. Decía que el cortijo era del pueblo y que nosotros éramos los que robábamos al pueblo su pan. Ya ves: cuando la verdad es que gracias a nosotros el pueblo ha comido. Ese se pasó al otro lado, no sin decir a mi padre: «Tú morirás en mitad de la carretera». Así ha sido...

—Oye, Pepa; hay que tener conformidad —le dijo, acariciándola—. Mira: me dijo el comandante que luego vendrá a verte.

¿Tú sabes? Tiene el propósito de hacer fusilar a unos cuantos rojos. Tú debieras disuadirle, ¿comprendes? No se sacará nada en limpio con fusilar como venganza. Cualquier sangre que corra levantará más los ánimos. Hay que hacer lo posible para olvidar.

Carlos Rius se despidió de Pepa y volvió a Alfores. No pudo dejar de pensar en lo acaecido. Era para él una obsesión. ¿Cómo reaccionaría ella en lo sucesivo? ¿Qué camino seguiría? Le sacó de sus cavilaciones, después del rancho, la presencia del comandante, que se presentó en la posición inopinadamente. Iba concretamente en su busca.

—Alférez, mañana al amanecer tendrá lugar la ejecución de tres prisioneros que guardaba en la cárcel de Carminal. Le he designado a usted para que dirija el pelotón que ha de fusilarlos. De modo que elija a doce de sus hombres y se traslada con ellos a Carminal. ¿De acuerdo?

Carlos Rius estaba de pie, saludando al comandante, sin bajar la mano de su gorrito de alférez. Sintió que la sangre le subía a las mejillas, incendiándole el rostro.

—A la orden, señor.

—Espero que todo se cumpla a la perfección y sin chistar. Dio media vuelta y se retiró, golpeándose la polaina con un bastoncillo.

Había que escoger a doce muchachos y trasladarse a paso de marcha hasta

Carminal. Eran cerca de cuatro horas de camino por la carretera. Hizo que la compañía formara en la plaza del pueblo. Había cierta estupefacción en la pequeña tropa.

—Necesito un piquete de doce voluntarios para efectuar una misión especial. El que se sienta con fuerzas que dé un paso adelante.

Hubo alguna vacilación. Pero de pronto avanzaron una veintena de muchachos.

—Los de la primera y de la segunda fila, hasta llegar a doce, que vengan conmigo.

Con los de la primera y segunda fila faltaban aún dos, que el alférez separó de la fila siguiente.

—Que cojan la dotación y el fusil y vuelvan aquí —ordenó al sargento.

A los cinco minutos estaban de nuevo formados en la plaza. Dio la orden de marcha.

Fueron caminando por la carretera bajo un sol batiente, que empapaba de sudor sus camisas. El rigor de la misión que habían de cumplir le impedía contemplar la belleza del paisaje que estaban cruzando. Al cabo de un rato de caminar junto al río, se acercó a él para refrescarse. Metió su pañuelo en el agua y lo sacó chorreando; se lo llevó a la cara, que quedó inundada de frescor. Llamó a su lado al sargento.

—Esos chicos no deben saber a lo que vamos hasta que sea la hora. Pero quiero que usted lo sepa: vamos a fusilar a unos tipos, ¿de acuerdo?

—Bien. Se hará lo que haya que hacer, mi alférez. La verdad es que... no se lo esperan.

—Tampoco yo me lo esperaba. Pero... órdenes son órdenes.

Siguieron caminando. Pronto apareció la llanada donde estaban las minas de cobre. Allá, al final, la antigua chabola contra la que habían disparado el cañón antitanque; más cerca, la chabola de donde salió aquel fantasma sangriento. Más al fondo, Venta del Arcángel, con las casas enteramente abandonadas.

—Este maldito pueblo se está pudriendo de asco —dijo Carlos. El sargento asintió:

—No me gustaría que me enterraran aquí. Todo el campo huele a muerte. Parece un camposanto. Malos recuerdos hay de estos lugares.

—Haga que paren. Vamos a descansar un poco.

Se sentaron sobre unos pedruscos. Carlos desanduvo unos pasos.

—¿Vamos a entrar en la chabola? —propuso.

El sargento Chávez le siguió. Era un muchacho gordezuelo, algo fofo, con un marcado dejo andaluz. Caminaba como si tuviese los pies planos, dando a cada paso leves saltitos.

Inclinó la cabeza para así penetrar en el cubículo por el acceso que aún protegía una tela de saco o arpillera. Por la ranura entraba una lámina de sol horizontal, que seccionaba la tiniebla. Aquella hendidura de luz solar era la que iluminaba el asqueroso espectáculo.

Había cuatro bultos medio putrefactos tendidos en el suelo o apoyados en la pared, hecha con sacos terreros. Solo en uno podían advertirse aún los trazos de la cara. Los demás eran pura carroña, en la que se movían las moscas. En el suelo y entre las manos de uno, que eran ya puro hueso, permanecían los restos despanzurrados de una guitarra.

Por la chabola habían pasado ya los hombres, como aves de rapiña. Los milicianos estaban medio desnudos.

—¡Bah, qué asco! —rezongó Carlos, al tiempo que escupía. En efecto, del conjunto escapaba un hedor nauseabundo. Salieron al exterior.

Los soldados estaban fumando un cigarrillo en espera de que se les diera orden de partir. Carlos respiró hondo y aguardó a que terminaran.

—Ea, ¿vamos ya?

—A la orden.

Se pusieron de nuevo en marcha. Dejaron atrás las casas de Venta del Arcángel y siguieron carretera adelante.

Llegaron a Carminal a las ocho de la noche, hora del rancho. Carlos los aposentó en el cuartel, juntos con la guarnición de la plaza. Por aquella noche tuvieron que dormir en el suelo. Carlos se acomodó en una cama que había a su disposición en casa del cura.

—Hay que levantarse mañana a las cinco —ordenó Carlos al sargento—. Haga que esta noche revisen sus fusiles y tengan preparada y a punto la munición. —Sí, mi alférez.

El cura, llamado don Fidel, era un hombre de media edad, bajito y muy charlatán. Le explicó quiénes eran los rehenes que el comandante había mandado fusilar. No eran gente del pueblo, afortunadamente. Los habían cogido cuando se disponían a asaltar al cartero que venía con las sacas y el dinero desde Posadas. Habían matado a uno de los puntos de la Guardia Civil que acompañaban al correo, pero aquel había herido primero a uno de ellos. Los otros dos se escabulleron, pero tras una operación que duró cerca de un mes, fueron atrapados cuando intentaban pasarse al otro lado justamente por el río. Uno de ellos era un elemento importante en la organización comunista de antes de la guerra.

Cuando Carlos se presentó al comandante, encontró a este de excelente humor, como siempre que se producía algún acontecimiento que rompiera los hábitos normales y la monotonía del lugar. Su buen humor no le impidió, sin embargo, aludir a las razones por las que le había elegido precisamente a él para llevar a cabo el fusilamiento.

—Me parece que le será muy útil templar sus nervios de ese modo. Está usted todavía un poco verde en cuestiones de veteranía. Amigo, hasta a la muerte hay que habituarse. Yo diría que sobre todo a ella porque, como usted sabe, morir es la única

cosa que tendremos que hacer un día completamente solos.

Pensó que, dentro de todas sus rarezas, no le faltaba al comandante un acopio considerable de sentido común.

—Pero es que, además, me he enterado de que usted no aprobaba o no veía con buenos ojos que yo tomara una decisión de este tipo y me he dicho que, como en este lugar el único que manda soy yo, la mejor forma de hacérselo saber era esta. ¿No le parece?

—¡Oh, señor...!

—Sí. Ya sé que usted me dirá que no quería decir eso. Que lo que quería decir era eso otro. Que donde dije digo, digo diego, y viceversa. No me importa. El caso es que usted será quien levantará el brazo para que los fusilen. Aquí, amigo, o jugamos todos o no juega nadie.

Encendió los restos de un veguero que tenía colgado de su boca desde hacía tiempo.

—Pero ¿no ve usted, amigo, que si no se hace así contra esos tipos no hay quien pueda? ¿Tuvo él compasión de la viuda y los hijos del guardia civil cuando le mandó al otro barrio? ¿Qué piensa usted que harían ellos si estuvieran en mi lugar? Ellos le pondrían dinamita al pueblo entero, y aquí paz y después gloria. ¿Es que los que han matado a don Juan han pensado por un momento en Pepa, su hija? No, si llegan a pensar en ella van al cortijo, la violan y luego la cuelgan desnuda de un palo. ¿Es o no es? Conque ¡no me hable de compasiones ni de buenos sentimientos! La mano dura, y a otra cosa.

Parecía que, enardecido por las circunstancias, se hubiera olvidado incluso de beber.

Al día siguiente, al clarear, Carlos puso pie en tierra. Se vistió y fue al cuartel, donde encontró al piquete ya dispuesto y formado. El sargento le dijo que no había podido evitar que los muchachos hablaran con otros soldados de la guarnición y que se hubieran enterado de lo de los fusilamientos.

—No importa. Vamos a buscar a los presos —e inmediatamente se dirigió a los soldados.

—Hemos sido designados para cumplir una orden de fusilamiento contra tres facinerosos — arguyó—. Si alguno tiene reparo en participar en esta acción, que dé un paso al frente y será relevado de este acto.

Ninguno de ellos se movió, aunque se veía en sus caras que lo que iban a hacer no les producía la menor gracia.

—Vamos allá.

Fueron en formación por las estrechas calles del pueblo hasta el lugar en que estaban encerrados los condenados. Este era una casa deshabitada, guardada por un pelotón de soldados. Cuando llegaron le saludó el que mandaba la pequeña guarnición, un sargento. Llevó su mano hasta la sien, y la mantuvo mientras hablaba:

—A la orden el sargento Eloy Gómez. Tengo la comisión de entregarle a los

reclusos Cándido Losada, Patricio Bravo y Gumersindo López, para el cumplimiento de sentencia dictada por el Comandante en plaza. La sentencia será cumplida inmediatamente.

Bajó la mano y se retiró al interior.

De una celda salieron tres espectros malolientes. Uno de ellos era alto y delgado; los otros dos, bajos, más bajos de lo normal; uno de ellos gordezuelo y el otro desmirriado y canijo. Los tres tenían la piel blanca y lívida, seguramente a causa de los muchos días de encierro. El más alto mostraba una apostura altanera y parecía mirar a todos por encima del hombro. No delataba la ocasión terrible en que vivía. Parecía indiferente a ella. De los otros dos, el gordezuelo parecía resignado a su muerte; tenía los ojos bajos, como si no se atreviera a mirar en derredor. El otro, en cambio, parecía que no pudiera tenerse en pie y era sostenido por un soldado, que se veía obligado a llevarle a rastras. Su quijada temblaba como si quisiese pronunciar unas palabras que no salían. Se veía que sus ojos desvariaban, casi se ponían en blanco entre arrebatos impulsivos y vehementes.

Junto a ellos había aparecido el cura. La negra sotana parecía una mancha oscura en mitad de la calleja. Tenía en las manos un breviario abierto e iba leyendo unos textos en latín.

Los tres presos iban con las manos esposadas y atados los unos a los otros: el gordezuelo primero, luego el más alto y, por último, el desflecado y pusilánime. El cura se mantenía impávido.

Fueron colocados en el centro de la doble hilera que formaban los soldados. La triste comitiva echó a andar.

Caminaron hasta un promontorio que, a la salida del pueblo, daba a la tapia de un campo en el que se encerraba el ganado. Carlos Rius vio allí a diversos grupos de gente de la población, que pese a la temprana hora esperaban a que llegasen los presos y empezara el espectáculo.

«¡Cuánta ave de mal agüero hay por el mundo!», se dijo, observando el número de aquellos curiosos. Le extrañó que entre ellos abundaran las mujeres. Mujeres con sayal negro y negra guedeja sobre la piel aceitunada, con unos ojos azulados y mordaces que miraban acercarse al pelotón con una mezcla de avidez y de lascivia.

Del campanario de la iglesia surgió el eco de seis campanadas. La voz del bronce percutió en su ánimo con un eco solemne.

El alguacil había leído en unos papeles unos textos que Carlos no entendió. Del grupo de los tres presos se había segregado el gordezuelo, que fue puesto de espaldas al muro. A una indicación de Carlos, seis de los doce soldados se pusieron enfrente. El cura estaba junto al condenado, susurrando en su oído una teoría de frases y jaculatorias. El reo parecía abatido, sin chistar.

Se acercó el sargento y cubrió sus ojos con un pañuelo. El condenado se dejaba gobernar, no oponía resistencia a nada.

El sacerdote se apartó de su lado. Iba rezando para sí, con los ojos bajos y un

susurro en los labios. No se oía un suspiro. Solo el piar de unos jilgueros matinales y el batir tenue de sus alas.

Carlos Rius se puso al lado del pelotón, de perfil a él. Levantó su brazo y gritó.

—Apunten —y los soldados llevaron sus fusiles al hombro. Luego dijo:

—¡Fuego!...

Se oyó el estampido de la descarga. Aquel cuerpo pareció que se desleía; se hundió en el polvo, quedó en el suelo ovillado, tranquilo. Aún se advirtió un leve movimiento, una contracción. El sargento se acercó y le pegó un tiro en la nuca con la pistola.

Vio Carlos a la gente, que contemplaba al muerto con un raro gesto que podía ser de extrañeza o de asco. Miraban de refilón, como de costado, sin atreverse a afrontar la rotundidad de aquel hecho. Carlos llamó al sargento.

—Para los otros dos, dé usted la voz de mando —y se apartó un poco a un lado. La escena le desagradaba. Creía haber cumplido ya.

El segundo de los condenados se puso al lado del muerto. Fue por su propio pie y rehusó la compañía del cura. Le apartó de un manotazo.

Era el más alto de los tres, el que miraba a todos por encima del hombro. Echó una ojeada lenta sobre los espectadores. El pelotón estaba dispuesto. Se acercó el sargento con el pañuelo. Lo desechó igualmente.

—Quiero ver la cara que ponéis cuando cae un hombre. ¡Hermanos, viva la República socialista española! ¡Viva la revolución! ¡Abajo el fascismo!

Sonaba ya la voz del sargento:

—¡Apunten!

—¡Vivan los...!

Su voz quedó anegada en el estrépito de la descarga. Cayó hacia delante, como el mástil de un barco que se zarandea hacia la proa. Sus manos parecieron agarrar el suelo, arañar el polvo. Fue el sargento con la pistola a punto, le observó, le auscultó y no hizo uso del tiro de gracia.

Uno de los soldados del pelotón había caído también hacia delante: se había desmayado. Carlos le volvió la cara; era un muchacho jovencísimo, que no alcanzaría los veinte años. Su rostro estaba bañado en sudor. Le tomó el pulso y apenas latía. Hizo que le rociaran la cara con un cubo lleno de agua fresca. A poco, volvió en sí. Fue reemplazado por otro soldado del pelotón.

Para el tercer condenado la ceremonia fue mucho más difícil. El reo, lívido y fuera de sí, no se sostenía en pie. Fueron a buscar una silla, pero una vez en ella se ponía a chillar y quería escapar. El sargento hizo que le ataran al respaldo.

Al fin se consumó el fusilamiento y hubo que desatar de la silla a la víctima una vez que le hubieron disparado el tiro de gracia.

Los soldados se retiraron, dejando a un piquete de la guarnición el cuidado de enterrar a los muertos. Entre tanto, en lo hondo de su alcoba, medio adormilado por la luz que entraba por la rendija de los postigos, el comandante había oído el bronce de

las campanadas y, más tarde, los estampidos de las descargas. Todo ello entraba en su duermevela como una premonición, como un destello. Vio adosada a la ventana la figura desnuda de Rosario, la gitana, que escudriñaba el exterior. Contemplaba a medias el espectáculo puntiagudo de sus senos, puestos como una profanación en dirección al campo de la muerte. El comandante adelantó la mano hacia la mesilla y atrapó por el cuello la botella de coñac. Se la llevó a la boca.

—Así disfrutas y te corres, bandido, viendo cómo se derrama la sangre. Así crees que eres más hombre, ladilla, viejo, castrado. Pues para que lo sepas: el *Escarpín*, a quien tú has matado, era más hombre que tú. Ese hombre alto que acaba de morir te daba cien vueltas y no solo en la cama sino en la calle y en la guerra, para que lo sepas.

Aquella voz le exasperaba, no le dejaba dormir, se metía en su sueño y lo deshacía. ¡Maldita mujer, maldita voz, que callara de golpe!

—A ese que acaba de morir le he tenido yo encima docenas de veces. Era gallardo y amable. Y sabía lo que se hacía con una mujer. Hasta siete veces de corrido se le podía tener y luego se marchaba tan pancho. ¡Aprende tú, comandante de m., a hacer otro tanto!

Le subía una angustia, le montaba por el pecho hasta la garganta un padecimiento mortal. Se ponía a desvariar y no acababa. Le dolía intensamente una tos sorda que le retumbaba en los riñones. ¡Dios, qué tormento! ¡Si pudiera sacudirse aquel reuma! Y empezaba a gemir, dolientemente, con un dolor que le apretaba por el flanco y no le dejaba respirar... Alcanzaba el cuello de la botella y sorbía otro trago. ¡Dios, cómo le quemaba las entrañas!...

Aquel sector de la almohada le sosegaba más, con su frescor renovado y recóndito. Sobre todo lo sentía fresco en su papada, hasta absorber el rocío hirviente de su sudor. Seguramente podría dormir aún un ratito. «Sí, mujer, deja que duerma, acalla ya tu sonsonete, déjame roncar». La voz de la otra proseguía: «Mameluco, sátrapa. Si te vieran los jefes repantigado aún... Y a lo mejor te han visto. ¿Quién puede asegurar que no te hayan visto? Pues ¿por qué crees que te tienen aquí tirado, si no es por eso? Ellos lo saben todo, no se les escapa nada. Saben que eres un mameluco, que ya no eres hombre, que estás todo el día como una cuba y que te acuestas conmigo, aunque sea para nada... Todo eso saben y mucho más. Por eso te tienen aquí de carabinero, sin dejar que hagas la guerra de verdad, ¿no lo comprendes? Y tú no tienes más remedio que montar esos festivales con la gente que tiene más huevos que tú. Al paredón, tres tiros y a otra cosa. Canalla, más que cana...».

Dejaba que ella hablara porque no se paraba a desentrañar el sentido de lo que decía. Le importaba un comino lo que ella dijera; era como un runrún de palabras que no significaban nada, porque él estaba embotado en el sueño y los sorbos de coñac le obnubilaban el sentido. «Habla, habla, marrana, no te escucho», pensaba, y se volvía a adormecer.



Ella insistía y se regodeaba pensando que le enfurecía, pero al propio tiempo estaba furiosa al comprobar su falta absoluta de reacción. Sí, aquel hombre estaba decayendo a ojos vistas; solo un año atrás no hubiera aguantado la mitad de las cosas que le estaba diciendo. Ahora se las tragaba tan tranquilo, lo que significaba que estaba en las últimas. Ya no tenía ella arrestos para sacarle de sus casillas. Hacía solo unos meses, a aquellas alturas andaría ella rodando por los suelos como una loba hambrienta; habría sido abofeteada y pisoteada por aquel hombrecillo bravucón y tuerto. Pero luego permanecía en pie con la carne ciega y los pezones hirientes en mitad de la mañana recién estrenada, sin ninguna utilidad.

—Mal parido, hijo de puerca, maricón. ¿Ya estás contento? Ya has despachado a otros tres que te estorbaban, ya te has demostrado a ti mismo que los tenías bien puestos; pero tú en la cama, a dormir los litros de coñac que te bebiste ayer; tú en la cama, a eructar y a mearte. He aquí al héroe, el llamado terror de Carminal, el hombre que ha sido herido siete veces, el monstruo de un solo ojo, el conquistador de la Vega. Di, ¿a qué esperas? Cuando vas por la calle las mujeres sienten asco de todos los hombres porque pasas tú. Nunca más se tenderán desnudas mientras tú existas. El héroe que ha matado por la espalda más veces de toda España. ¡Valiente gloria!

El comandante se revolvió en la cama. Comenzaba a percibir lo que ella estaba diciendo.

—No ganarás nada con haber raptado a las viudas de los que primero has fusilado. Te gusta ver cómo palpitan ellas, después de haber visto cómo palpitan ellos. Eso te pone cachondo. ¡Ruín, enmascarado, energúmeno!

Se revolvió toscamente.

—Calla, calla... —suplicaba.

Un eco distante de palabras soeces, una mezcla de voces abstrusas le zarandeaba, mientras el dolor del reuma lo martirizaba del cogote a los pies; la mordedura se hacía atroz en los riñones.

«Mameluco, sabandija, sátrapa, ciempiés...».

Llevó la mano hasta la funda de su pistola, al lado de la cama, sobre la silla. Sacó la pistola y disparó cuatro tiros, con cuidado de no darle, pero cerca, que ella sintiera miedo...

La vio ablandada y sumisa en un rincón, aterida, como si se muriera de frío. La vio con el único ojo que le quedaba, cómo se iba cayendo contra la pared, en el rincón. La boca le temblaba. La mano le bajaba desde el seno a la pelvis. Echó la pistola sobre la cama. Saltó del lecho y fue acercándose a ella. Su piel parecía erizada, de gallina. Empezó a abofetearla con toda su fuerza. La emprendió a patadas y golpes contra ella, que más tarde lanzó un prolongado y estremecido singulto, que afloró como si naciera de las raíces más profundas de su alma.

—Puerca, mala perra, idiota, me sacas de quicio. No puedo más —dijo de pronto, abrazándose a ella.

El entierro y funeral por el alma del marqués se celebraron en «La Cornisa» aquella misma mañana. Los soldados volvieron a Alfores una vez cumplido el fusilamiento, pero el alférez tuvo que ir al entierro. Pepa Cortina presidía en la capilla del cortijo, oculto su rostro por un velo de seda negra a través del cual se transparentaba el oro de su piel y el rubio de sus cabellos. Carlos Rius vio temblar sus ojos azules a través del negro crespón.

Parecía que la muerte del marqués hubiera cambiado el tono de vida que llevaba en el frente. El cortijo parecía que hubiera sido trasladado al otro extremo del mundo. Hasta la figura de Pepa Cortina desapareció del campo de sus cogitaciones.

Al darle su mano había notado en la de ella un leve temblor. Estaba a su lado su parienta Concha Cortina. Las mil arrugas del rostro de la vieja dama parecían aquella mañana subrayadas con buril. Hizo una mueca, tragó un poco de saliva y su rostro entero se apiñó en torno a su nariz. Una lágrima iba saltando de un arroyo al otro, por la difícil orografía de su cara.

A lo largo de muchos días no recordó más que ese visaje de la tía de Pepa. Parecía que la imagen de la muchacha hubiera desaparecido. A las tres semanas recibió por correo un recado de ella. Estaba escrito con letra picuda, de colegiala de internado monjil. Decía sólo: «Peñalba, jueves 10.30, Pepa».

Recordó entonces el proyecto que habían hecho en su última entrevista, antes del asesinato del marqués. Ir a bañarse en el recodo del río.

Cuando el jueves, a las diez y media, llegó Carlos al recodo de Peñalba la encontró a ella, que ya le estaba esperando. Estaba tendida sobre la arena en una especie de playa natural que hacía allí la curva del río. Llevaba un traje de baño verde y blanco y tenía suelto sobre los hombros el caudal de su cabellera, rubia como un puñado de mies.

Se levantó para besar en los labios, tenuemente, a Carlos Rius.

—Tenía necesidad de hablarte y me acordé de que habíamos quedado en vernos en este lugar. No podía esperar a que tú vinieras a verme.

—Ya sabes que yo no mando en mí. Y no me gusta abusar de mis compañeros. Como sea, necesitaba verte. ¿Cómo has pasado estos días?

—Pensando en ti —mintió—. Me he acordado mucho. ¿Y tú cómo estás?

—Ya ves... Cuesta mucho superar aquello. Cada vez me acuerdo más de mi padre. Estoy segura de que no había dos seres como él. Pero no hay más remedio que seguir adelante.

Hacía en la arena unos garabatos con la punta de una rama que había cogido.

—Estoy muy sola aquí y me han recomendado que me marche a Sevilla con mi tía Concha. Realmente, la vida en el campo tenía un sentido en vida de él, que no podía vivir fuera de aquí. Para mí es distinto. Por otro lado, me han hablado del peligro que puedo correr aquí si permanezco sin ningún amparo. Lo que hicieron con mi padre pueden hacerlo conmigo, y más después del fusilamiento del *Escarpín* y sus compinches. De modo que lo más probable es que me marche. ¿Qué dices tú?

Él no dijo nada. Se acercó a Pepa. Le tomó una mano y la llevó a sus labios. Besaba aquel envés con una fruición suma, con extrema lentitud, como un rito. Fue ascendiendo por el brazo, hasta llegar a su boca. Los dos se abrazaron con fuerza, sobre la arena, como un solo cuerpo. Ella se retiró y empezó a acariciar los cabellos de él, como si quisiera ordenarlos. Y seguía hablando.

—No me iría de aquí por no dejarte. Pero tampoco podemos estar juntos más que unas horas de vez en cuando, ¿no lo ves? Entonces, casi lo mejor será que cuando puedas vayas tú a verme. Alguna vez podrás...

—Sí, alguna vez...

Ella le miraba fijamente a los ojos, estaba embebida en su modo de mirar. Sintió que le faltaba el aliento y susurró:

—No sé por qué te quiero tanto. —Y entonces fue ella la que apretó con su boca los labios de él, hasta morderlos—. Quisiera no quererte, olvidarte, que todo hubiera pasado ya. Ahora veo que no soy aún mujer, soy una niña. Las mujeres dejan de querer cuando les da la gana.

—¿De verdad? —preguntó él, incrédulo.

—Por lo menos las de mi raza.

Se levantó entonces de un salto, como una gacela. Se puso en pie y sacudió la arenilla que había quedado adherida a su bañador. Luego echó a correr hacia el río.

El remanso era hondo, de una agua fresca y transparente. Esa agua apenas se movía. Avanzaba con lentitud, en meandros por entre unas rocas; y luego se extendía en un remanso, que llegaba hasta la otra orilla, abrumado por sauces y bojotes silvestres. Carlos la siguió, corriendo para alcanzarla. Pero ella se había metido ya en el agua, que fue cubriéndola lentamente. Y fue nadando hasta la otra orilla. Volvió y se tumbó de espaldas sobrenadando en la mañana. Carlos Rius la atrapó en mitad del remanso.

Era una hermosa ninfa, una portentosa diosa de la mañana, amanecida en buena hora en aquel lugar del frente, inhóspito y duro, en el que no cabía ni el desfallecimiento ni la blandura. Se preguntaba Carlos por qué aquel extraño beneficio le había sido dado precisamente a él y no a los otros. No se perdonaba a sí mismo aquella injusticia, que le hacía olvidar para qué estaba allí y la misión que traía.

Pepa se abrazó a él y estuvieron un buen rato junto el uno con el otro, sintiendo únicamente el escalofrío que el agua helada les producía en la piel y el suave olor a hierba mojada que emanaba como un vaho de la superficie del campo.

Luego salieron de nuevo a la orilla. Iban con las manos enlazadas y se miraban el uno al otro extrañamente, impávidos, bravamente callados, en una tensión maravillosa que resultaba a la vez misteriosa y elocuente.

—Di. ¿Irás a verme a Sevilla? ¿No te olvidarás de mí?

Él le prometió esto y muchas cosas más. Le prometió que volverían al campo después de la guerra. Que apartarían después de la guerra una nueva vaquilla, a la que derribarían juntos. Carlos calló. Estaba a punto de empezar a hablar de corrido,

olvidando que estaban en guerra, que no podía comprometerse a nada y que, en definitiva, no era el dueño de sus horas ni de sus días.

Ella se dejó abrazar por la espalda, mientras él la iba secando con una gran toalla que traía.

Cuando se tendieron de nuevo sobre la arena, él sintió, sin embargo, que un duende melancólico y triste nublaba por unos instantes la dulzura de aquellos momentos. ¿Duraría mucho tiempo aquel encanto? ¿No estaba destinado a desaparecer? ¿No era demasiado hechizo para un hombre que estaba en guerra? Era necesario que todo pasara, que pasaran los días, que pasara Pepa Cortina. Pero solo Dios podía saber cuál era su destino.

## VII

POR FIN MIGUEL LLOBET había podido dormir siete horas de un tirón, en un lugar cualquiera de la benemérita, tiritante y desventrada ciudad de Teruel. Después de una lucha despiadada de más de un mes sin cerrar apenas los ojos, había caído rendido en el interior de un edificio desde el que dominaban el interior de la ciudad. Despierto unas horas más tarde, los atacantes emprendieron de nuevo el asalto. Aquella noche y el día siguiente él y su compañía siguieron batallando; el ruido de las bombas le tenía aturdido. Al amanecer del segundo día supieron que las tropas de *El Campesino* empezaban a evacuar la ciudad. Por fin salieron del escondrijo en que se habían parapetado. Salieron a una voz de mando, arrastrados por el grito y por el gesto que hacía su alférez mientras avanzaban sobre un montón de escombros y se adentraban por una calle estrecha hacia la plazuela que se veía al final. El fragor de la batalla, el polvillo de los cascotes, el olor a pólvora y a muerte que flotaba en los aires, les hacía olvidar que seguía haciendo todavía un intenso frío, un frío que habría bastado para enterrarlos a todos. Arropándose en las esquinas, pegados a la piedra, iban avanzando hasta que llegaron a un espacio abierto. De él, por estrechas callejuelas, pasaron a la ciudad y, siguiendo el estampido de unos cañones, penetraron en una plaza grande circundada por edificios importantes. Después hubo que desalojar a las pocas fuerzas enemigas que permanecían en el Hospital y en el Banco de España, del que no quedaban más que ruinas. De entre los escombros salieron a la luz unos hombres que eran como espectros polvorientos; salieron con los brazos en alto, llevándose las manos a la nuca; los evacuaron en unos camiones. Teruel acababa de ser reconquistada.

Miguel Llobet no sabía cómo había podido ocurrir aquello. De pronto invadió a la ciudad entera una paz absoluta, fue inundada por un mágico silencio. La nieve goteaba aún en las cornisas y formaba charcos sucios en el suelo, en los que chapoteaban las botas. Entre la nieve se veían los bultos de algunos cuerpos caídos, de algunos cadáveres; la sangre se mezclaba con la nieve derretida y pisoteada, y formaba como un coágulo triste que se iba desliendo en los adoquines. Detrás de algunas ventanas se advertía una luz tímida y el rostro de alguna mujer.

Entonces pudo dormir sin que nadie le interrumpiera, profundamente, con un sueño total y sin imágenes. Cuando despertó notó de pronto que en el exterior hacía un sol restallante; vio un pedazo de cielo azul y se alegró de estar entre los vivos. Pensó que bien podía haberse hallado entre los muertos, y dio gracias a Dios.

¿Era aquello la guerra? No era que se extrañase de la facilidad con que había soportado el fragor de la lucha y sus peligros. Durante un mes, ni un solo instante había dejado de tener la sensación de que podía ser herido o que podía morir en cada momento; no era eso. Lo que le extrañaba era la suerte de absoluta indiferencia que el

hecho le había producido. Entonces se explicaba ciertas cosas que no comprendía antes de la batalla: la valentía, el sentido del honor, etc., eran para él palabras huera. Lo que había sentido era una saturación tal de todas sus fuerzas, puestas en juego, que el peligro de morir le había dejado totalmente indiferente. En una palabra, era como si tuviera la sensación de que aquellos sucesos no le pertenecían, como si fuera otro y no él quien los estuviera ejecutando.

—No sé si todos los soldados estarán hechos de esta pasta. Pero una vez pasado el primer trago, se puede afirmar que esto no es tan difícil. Se trata de tener la facultad de anesthesiarse, ¿no lo crees? —comentaba con otro soldado, el extremeño Obdulio Barragán, mientras comían —devoraban, mejor— un bocadillo enorme de pan con unas sardinas aceitosas con que acababan de obsequiarlos desde un camión, a media tarde.

—De todos modos, es mejor estar como estamos ahora, sin fregados, ¿no te parece? Y si pudiera ser con una chavala, mejor. Miguel Llobet se echó a reír.

—A propósito de chavalas. He quedado con dos de ellas para vernos mañana por la tarde en la plaza del Torico. ¿Quieres ayudarme? —sugirió el extremeño.

Aún hubo algo que hacer en aquel frente, y consistió en limpiar la vega del Turia, ocupar un par de pueblos de la vega. Luego vinieron unos días de paz, en que fue posible echarse a dormir a calzón quitado. Recuperó el sueño atrasado durante el mes que duró la ofensiva y empezó a habituarse a la buena vida. Entonces comprendía el goce de pequeños placeres que antes hubiera desdeñado o a los que no daba importancia, como, por ejemplo, el poder acariciarse los dedos de los pies, o rascarse lentamente el ombligo, o apretarse una espinilla de la nariz mientras se estaba afeitando en los caños de la fuente del pueblo.

Allí sí tuvieron ocasión de tratar a las doncellas. Por la tarde estas salían a pasear a lo largo de la carretera de Valencia y allí las abordaban los soldados, los cuales, en cuanto las sombras de la noche empezaban a cernerse sobre aquellos corpiños apretados, hacían lo posible por acercarse a ellas y descubrir algunos de los atributos de su femineidad.

En un descampado que había en el valle, junto al río, Miguel y Obdulio organizaron por las tardes algunos partidos de fútbol, lo que hacía que por las noches pudieran dormir a pierna suelta, con cierta sensación de calambres en las pantorrillas y en los muslos.

Pero aquella vida libre y paradisíaca no duró mucho tiempo. A primeros de marzo fueron trasladados unos cuantos kilómetros al norte.

Bajaron de los camiones en Vivel del Río, frente a Montalbán. Advirtieron allí mucho movimiento de tropas. Se sucedían unas a otras las caravanas de camiones de soldados y de impedimenta. También avanzaban por las carreteras camiones cargados con material de guerra; y una ristra de tanques como enormes orugas.

En Vivel del Río se oía el estampido que hacían los cañones al disparar. Eran un número indeterminado de baterías, que tiraban contra las fortificaciones enemigas; a lo lejos se levantaban sin interrupción los negros crespones del polvo. Desde el cielo se oía el zumbido de unos aviones altísimos que asimismo empezaron a disparar sobre las fortificaciones de los rojos. A lo largo de todo el horizonte se elevaban del suelo las señales de las explosiones. El estampido era sordo, pero Miguel advertía que es muy distinto oír los obuses así que sobre la cabeza de uno. De aquel modo resultaba un espectáculo hasta alentador.

Les hicieron formar en la plaza y luego les dieron orden de desplegar y avanzar en formación.

Camaron un rato sin encontrar resistencia; pero en cuanto se aproximaron a un pequeño pueblo que se encontraba ya batido por la artillería, encontraron a los rojos. Entonces, y sin dejar de avanzar, abrieron fuego.

La lucha por la posesión de aquel pueblo no fue demasiado enconada. A media tarde habían llegado a las vistas de Montalbán. La artillería había machacado a esta villa y cuando llegaron no hubo que hacer más que tomarla por asalto. Las fuerzas republicanas se estaban batiendo en retirada en todo el frente.

Avanzaban por las carreteras normales, en caravana, sin disparar un tiro. Se estaban preguntando dónde estarían los rojos. Siguieron avanzando durante tres días y tres noches. Al final de ellos no sabían dónde tenían los pies. Al acabar el tercer día les dieron descanso. Se quedaron a dormir en el campo, en las eras de unas casas de labor que habían conquistado al pasar y que estaban desalojadas por sus ocupantes.

Al día siguiente, subidos en camiones y formando caravana, emprendieron de nuevo la marcha triunfal: Alcorisa, Castellote, Monroyo, Peñarroya, amén de docenas de pueblos del Maestrazgo olvidados, iban siendo conquistados por ellos sin encontrar apenas resistencia. El ataque iba precedido de otro de la aviación. Afluían al objetivo por todos los caminos. Algunas compañías lo hacían al amparo de sus mulos. La artillería sembraba de bombas los objetivos antes que las fuerzas de tierra pusieran pie en ellos.

Cada tres o cuatro días los atacantes hacían alto durante unas horas, con lo que al volver a avanzar lo efectuaban con ánimo nuevo y con las fuerzas físicas repuestas. En uno de esos altos se supo que, más al norte, las fuerzas nacionales habían ocupado Lérida. No llevaban avanzando ni siquiera un mes y las divisiones habían obligado a *El Campesino* a levantar el campo una vez más desde que salieron de Zaragoza.

Aquel día tuvieron descanso; les dieron rancho extraordinario y hasta pudieron sorber un poco de champán.

Pero a los dos días volvían a avanzar con el fusil en las manos. En comparación con la batalla de Teruel, toda la ofensiva podría ser calificada de paseo militar. Salvo algunos lugares de resistencia, sobre todo en las poblaciones de mayor importancia, las bajas propias eran inexistentes. El paisaje se iba dulcificando y a Miguel le daba la impresión de que volvía a encontrarse en los caminos vecinales de su infancia. Eso

le procuraba una intensa alegría, una alegría indefinible y honda. En pleno avance se paró a beber de una fuente que manaba a chorro sobre una concavidad de légamo y de hojarasca, en las lindes de un espeso matorral. El agua era fresca y cantarina y tenía olor a miel campestre o a resina. Una abeja cantaba su runruneo aturdidor junto a las piedras, revoloteando en torno al manantial.

*...sembla al camí de casa  
on regalima el buc  
i s'endormisca l'ase  
i al capdevall es veu la mar  
com una brasa...*

Los versos del poeta volvían a amanecer en su garganta y hubiera lanzado el fusil y se hubiera puesto a cantar...

Pero todavía sonaban de vez en cuando algunos disparos. Al otro lado de las vertientes había aún alguna oposición. Era preciso avanzar con los ojos y los oídos atentos.

Más allá el panorama se desdoblaba en valles y, luego, en crestas de pizarra. Tenían que serpentear por entre los montes, atajar por los caminos. Se había detenido en una casa de payés. Salieron a su paso los labriegos de su tierra, de mirada azul; él con una ancha faja que sostenía su pantalón de pana; ella secando sus manos en el delantal, que era el símbolo vivo de tantas virtudes domésticas. Sentose al borde del hogar junto al regazo circular de la chimenea. Se sentía el olor del aceite casero como emanando de las mismas entrañas de la tierra. Estaba en su país.

Y de pronto, más allá, inundó los ojos de Miguel Llobet la suave pincelada relumbrante del agua. Era el curso del río, el rumor fresco del Ebro circulando lentamente ante su mirada, atemorizada por la hosquedad de la piedra, entenebrecida durante tanto tiempo por el ruido de la muerte y de la pólvora. Aquel panorama era de una extraordinaria suavidad. Todo parecía en él al alcance de la mano. Una sutil dignidad femenina parecía desprenderse de las orillas; una exhalación divina de calma campestre, de ilusión de luz, reverberaba en la superficie del líquido.

Y más allá parecía sentirse la oleada fresca y el viento conmovido de la orilla del mar, que enviara desde el fondo del horizonte su enorme bocanada. Se presentía en el rumor que hacía el follaje, en la salobridad del viento. Parecía inundar los campos, por los que avanzaba con su magistral pirueta de luz.

Y llegaron, con el fusil en la mano, hasta la misma orilla del río.

Nicolás Borredá sabía que sus días estaban contados. Todas las mañanas le parecía sentir en el pecho un dolor casi indescifrable, el aviso leve y supremo de que



su mal no tenía remedio; era como si un dedo malvado le apretara directo al esternón e impidiera que sus pulmones tragaran el aire indispensable para vivir. Luego, ese signo adverso parecía diluirse en el ajetreo de la jornada. Pero le impedía moverse con soltura, elevar el tono de su voz; era un yugo que le tenía sujeto sin remisión a una existencia lánguida y poco brillante, y que le obligaba a seguir unas normas de viejo, una rutina monótona y las exigencias que le imponía un nervio soberano al que no podía renunciar. Sentía como si estuviera atado y no pudiera desligarse; obligado a unas normas que iban en contra de su temperamento y en contra de los mandatos de una época como la que estaba viviendo, decisiva para todos los hombres que habían entrado resueltamente en el juego de la guerra.

Ese nervio le mantenía, no obstante, en pie, en el lugar que había elegido. Solo una parte de su exterior había cambiado. El pelo, alborotado en la sien, como una llamarada que seguía ardiendo, se había vuelto enteramente blanco. Si un poco de viento o un ademán demasiado brusco lo agitaba, podría llegar a ser una divisa de lo que aquella hora estaba exigiendo: voluntad, arrestos, energía, temeridad, espíritu de lucha. Cuando salía en las fotografías de los periódicos, aquel pelo blanco era algo así como una banderola idealista, como un emblema de acción: no pasarán. Era precisamente él quien había lanzado esta consigna, quien había hecho que la pintaran en todas las esquinas de la España resistente, y era él quien debería llevarla a la realidad. ¿Cómo podía morir en aquella hora? Así, pues, su lucha era una lucha total que invadía los dos hemisferios de su vida, la física y la metafísica. Primero, una lucha contra la muerte que le tenía agarrotado; después, una lucha a muerte contra el enemigo. Cuando este acabara, podía la muerte acabar con él.

A veces se preguntaba si lo que le impedía morir era precisamente la lucha que estaba llevando a cabo. Cuando empezó la guerra creyó que sería como coser y cantar; quince días, un mes de lucha y se acabó. Pero a medida que los días y los meses fueron pasando, se daba cuenta de que su propio fuelle se iba ensanchando y acreciendo y que tenía arrestos para sobrevivir al final y aún más. Había fallado Brunete, había fallado Teruel y los fascistas se iban apoderando a trechos de porciones del mapa de España. Sin embargo, se decía, no gana la guerra sino quien gana la última batalla; y esta última batalla estaba lejos de quedar decidida. La guerra era un complejo de fenómenos que había que desentrañar uno a uno para tener la solución del jeroglífico. Enfermo como estaba, no había hecho en los últimos meses más que moverse de un lugar a otro para ir colocando piezas en este ajedrez monstruoso y enorme. Había estado en París, en Londres y en Bruselas, para comprar armas, para concertar el envío de aviones y torcer hacia su bando la voluntad movediza de los diplomáticos y de los políticos. Había ido bastantes veces, multitud de veces a Madrid al principio de la guerra, y después a Valencia. Era una peonza que, pese a sus achaques, que intentaba disimular y de los que no se daba cuenta nadie, bailaba exclusivamente al son de la guerra. Era la peonza en quien confiaba el hombre que hacía poco acababa de subir al poder, el doctor Negrín. Este era en

puridad su jefe, el hombre en quien España, la España progresista, debía confiar y confiaba. Era, además, algo así como su amigo y su médico. Negrín sabía que Borredá podía morir en cualquiera de los trances que le encomendaba; pero era uno de los pocos en quienes Negrín podía tener una absoluta fe, en cuyas manos se ponía y al que consultaba en cada ocasión.

Pero Borredá no ocupaba a la sazón ningún cargo oficial en el Gobierno. Trabajaba en la sombra, de un modo oficioso. Negrín le había ofrecido la cartera de Estado en el último Gobierno, pero Borredá no quiso comprometerse. Estaría mucho mejor como un jugador libre, con todo el campo por delante y lejos de las ceremonias y de los protocolos, que esos sí que son una grave amenaza para la salud. Así Borredá tenía más importancia e influencia que si ocupara un ministerio; tenía la fuerza y la influencia de quien los ocupa todos. Y su única obsesión era durar, durar. Su única preocupación era la tensión arterial, las pulsaciones, la caligrafía misteriosa que escribía su corazón sobre un rollo de papel y que los médicos descifraban periódicamente para decirle: «Calma, calma. Siga usted así. No hay nada nuevo».

Fue después de lo de Teruel cuando llegaron a la conclusión de que lo que había que hacer con la guerra era precisamente lo mismo: durar, durar. Estaba una noche cenando con Negrín en un reservado del Glacier, en la Plaza Real. Negrín estaba intranquilo ante las noticias que llegaban del frente, protestando contra la indolencia de los mandos militares, siempre remisos, que siempre parecían avaros de hombres, de material, de valor; que pretendían llevar la guerra adelante con un espíritu de burócratas y hablaban como si tuvieran que justificarse a fin de mes ante el habilitado.

—¡A paseo esa mentalidad! —exclamó Negrín, conteniéndose de dar un puñetazo sobre la mesa—. ¿Cómo pueden ganar una guerra pensando solo en los hombres que van a gastar, en el material que hay que ahorrar? Así no se ganan las guerras. ¿Quién sabe los hombres que fueron derrochados en Rusia contra los blancos? ¿Quién los contó? ¿Quién llevaría la contabilidad de los hombres en las campañas de Napoleón? ¿Cuántos hombres se sabe que costó Jena? ¿Cuántos intervinieron en Austerlitz? Nadie lo sabe. Porque a la guerra no se puede ir con espíritu de contable. Porque la guerra es sencillamente una corazonada. Hasta que no salga el hombre capaz de ir a la guerra con un temperamento casi erótico, no podremos empezar a hablar de victoria.

—Estoy de acuerdo —contestó Borredá—. Al principio hemos creído que con solo el entusiasmo y los gritos podíamos eliminar al enemigo. Así se perdieron infinidad de arrestos, se malogró el espíritu inicial. Hasta que nos dimos cuenta de que los que fueron al frente el 18 de julio no eran más que unos aficionados. No bastaba con ellos. Pero luego han venido los técnicos. Y esos técnicos, como usted dice, no han estado a la debida altura. Esos técnicos, a mi modo de ver, parten de un error de base. Se les nota de entrada que lo que pretenden es ir a la guerra no para obtener una victoria, no para derrotar y aniquilar a un enemigo, sino en definitiva

para pactar con él. ¿Por qué es tan soberbia la actitud de Miaja en Madrid? Pues porque él sabe que no hay pacto posible. Los fascistas están allí, a diez metros se ve a los moros y a los del Tercio, y se sabe que no hay pacto posible. Esa es la moral que tenemos que inculcar a nuestras tropas.

Tomó un sorbo de agua mineral. Negrín estaba encendiendo un habano; el humo del cigarro producía en Borredá recuerdos y nostalgias.

—Cierto; esa es la moral —apoyó Negrín—. Al fin y al cabo, nosotros sabemos que no será necesario terminar esta guerra. Nos basta con retrasarla. Sí, nos bastará con que su duración se prolongue unos meses, un año quizá, para que la victoria nos venga accesoriamente, por añadidura. Usted sabe, mejor que nadie, lo que se está cocinando fuera de España. Sabe la lucha sorda que existe entre esa bomba de explosión retardada que es Hitler y los países democráticos. Franco tiene, pues, en contra suya el siguiente factor: que está obligado a vencer, pero que además está obligado a hacerlo en seguida, antes de un año. A nosotros, en cambio, no nos corre prisa. Visto desde este prisma, ¿quién cree usted que está ganando la guerra?

—Lo indispensable —explicó Borredá— es que nuestras tropas sean lo suficientemente coactivas para crear constantes situaciones de desgaste al enemigo, de modo que este vaya viendo cada día que está más lejos de la victoria final. No se puede volver a repetir lo del frente de Cataluña. Creo que Rojo se ha dado cuenta de cuál es su misión. De ser así, la situación no es ni mucho menos desesperanzadora. Se trata solo de saber elegir el momento en que las cartas deban ponerse sobre la mesa.

—Eso es. Yo creo que ese momento será a principios del próximo verano. Nos bastará con un solo golpe, con un solo *gran* golpe que desarticule el potencial enemigo y que obligue a Francia e Inglaterra a revisar su actitud respecto a Franco, para que nuestra victoria se empiece a vislumbrar. Luego, aunque la guerra no se gane, no importará. Habremos entroncado con la otra, la que se avecina, y nuestra suerte será la suerte general del mundo.

Cuando Máximo se incorporó al grupo de desertores que vivaqueaba en los parajes de la Sierra de Montnegrelo, aquel grupo no tenía nombre, ni carácter, ni fisonomía, ni autenticidad. Desde que se incorporó notó que algo no marchaba o que marchaba con dificultad. El grupo estaba formado por unos veinte individuos, sin otra conexión entre sí que el miedo a los rojos. Máximo se mezcló entre ellos sin revelar su verdadera condición de anarquista militante; pasó por un simple desertor que venía de las filas republicanas porque en ellas había sido perseguido por los comunistas. Como nadie le preguntó más ni pareció interesado en saber más, quedó automáticamente incorporado al pequeño grupo de elegidos que tenían que ir todos los días a buscar los medios de subsistencia para todos. Advirtió en el acto que aquel conjunto de individuos no era un grupo, sino una turba. Pronto separó mentalmente a los que sobresalían, de aquellos otros que lo único que pretendían era seguir

subsistiendo sin ser notados. Entre los primeros había tres italianos que pretendían llevar la voz cantante: Aldo, Enzo y Francesco. Habían participado en la batalla de Guadalajara y a través de mil contratiempos y dificultades habían conseguido llegar hasta allí cubriendo a pie cerca de cien kilómetros. Estaban orgullosos de aquella gesta y la frotaban todos los días por las narices de los demás. Pero su heroísmo — por lo menos en dos de ellos— quedaba desdibujado cada vez que era necesario exponer el tipo —y lo era muy a menudo— por alguna razón relacionada con su existencia en el monte. Por ejemplo, los momentos de salir a atrapar algún botín; cada vez que se trataba de aproximarse a alguna casa de labor o de salir al camino y obtener, de grado o a la fuerza, unas cuantas vituallas, se les veía zozobrar y esfumarse.

También formaban parte del grupo cuatro seminaristas fugitivos del seminario de Cuenca, los cuales se hallaban en abierta discordia con un sacerdote que se las daba de dominar al grupo con su voz potente y sus ínfulas de batallador. Este sacerdote pasaba por ser arcipreste de la iglesia de San Mateo y había subido al monte llevado por sus feligreses para evitarle el encuentro con las turbas desatadas. Se llamaba don Nicanor y obligaba a todos a que le llamaran monseñor por las buenas. Era hombre de pelo en pecho, por lo menos verbalmente, partidario de bajar al llano y de enfrentarse con los rojos. Llevaba al cinto un pistolón del siglo pasado, que según dijo era una reliquia que había pertenecido al «Tigre del Maestrazgo», don Ramón Cabrera, del que se creía sucesor y pariente. Había llegado al monte acompañado de un feligrés, un tal don Remigio Núñez, que no abría la boca y que se limitaba a sonreír cada vez que don Nicanor tomaba la palabra.

Los cuatro seminaristas estaban peleados con él porque habían manifestado ciertas opiniones personales respecto al culto a la Virgen de la Cueva, patrona de la comarca. Atribuyéndose facultades que no le habían sido concedidas, en razón a la situación en que se hallaban, el cura había amenazado con excomulgarlos. A partir de aquel momento se produjo un cisma en el seno de la pequeña comunidad de desertores. Los seminaristas se negaron a rezar el rosario, que don Nicanor dirigía todas las noches, y marcaron una línea de rebeldía en la comunidad.

La mayoría de los componentes del grupo eran hombres grises, pusilánimes, que aceptaban mal los rigores de la vida montaraz y que durante todo el día se mantenían callados y abrigados en unas gruesas mantas. A algunos de ellos les era difícil trasladarse de un sitio a otro, lo que creaba serias dificultades al conjunto, puesto que nunca se sentían seguros cuando paraban en un lugar. Todos ellos iban armados, quién con un fusil, quién con una pistola, pero era dudoso que en ocasión debida pudieran salir de todas aquellas armas media docena de disparos.

Máximo fue aceptado entre ellos porque hacía falta a la comunidad. Había en el grupo un déficit bien patente de hombres jóvenes, de seres aguerridos a quienes, en un momento dado, confiar las audacias y las decisiones que eran menester en la vida del monte. Por eso la presencia de Máximo fue valorada desde un principio. A él le

fueron encomendados los trabajos más arduos. Él, uno de los italianos y dos de los seminaristas se especializaron en los asaltos a las casas de labor de la comarca. Iban a ellas a la caída de la tarde. Rodeaban la casa y uno de los seminaristas se acercaba al portal: «Somos los del monte. Necesitamos algo para comer». Si la persona que había ido a recibirle se resistía, aparecían los tres compañeros, fusil en mano. Era el momento de Máximo. Entraba en la vivienda y sin decir una palabra arramblaba con lo que creía más útil. Así habían limpiado media docena de casas de labor cuando se produjo el avance de las tropas de Franco.

El paraje de bosque donde había transcurrido la acción de los hombres del monte se extendía por las tierras que hay entre Gandesa, Alcañiz, Tortosa y Morella. En ellas, a partir de fines de marzo, empezaron a oír un rumor de fusilería y artillería que se iba acercando. Comenzaron a hacer cábalas. Por la noche, después que don Nicanor había rezado el rosario, comenzaron a discutir lo que les convenía hacer. Para don Nicanor no había opción: había llegado la hora de hacer pagar a los facinerosos todas sus tropelías. Tenía en la mente una larga lista de agravios, que los criminales pagarían como era debido. El hombrecillo de Acción Católica que le había acompañado, don Remigio, empezaba a rezongar a la luz de las brasas. No se sabía lo que iba diciendo, pero se le escuchaba susurrar una melopea de palabras ininteligibles. Dos de los seminaristas, quizá por llevar la contraria al arcipreste, se oponían a sus propósitos; eran los dos seminaristas que acompañaban a Máximo en sus excursiones por las masías; decidieron mantenerse en el monte.

Máximo empezó a ejercer sobre los grupos una labor de apostolado en favor de la idea de permanecer en la montaña. «¿Quién puede decir que ganará la guerra?», preguntaba, uno por uno. Y entonces se manifestó a las claras: «No hay más gobierno que el gobierno de la libertad de uno. Todo lo demás son historias».

Esa labor de penetración dio por resultado que cuando las tropas de Franco llegaron, todos los elementos del grupo se fueron con ellas, volviendo a sus lares, menos cuatro: Enzo, uno de los italianos; dos de los seminaristas: Pablo y Juan Crisóstomo, y Máximo, que quedó automáticamente reconocido como jefe de la pequeña facción.

La pequeña partida tuvo que prever inmediatamente un traslado de sus reales a otro lugar. No acababan de confiar en la lealtad de los que acababan de bajar a tierras del llano; probablemente, aunque solo fuera por hacer méritos ante las autoridades, se apresurarían a denunciarlos, y era preciso que cuando subieran a buscarlos no los encontraran. Además, el espíritu de aventura aconsejaba constantes cambios de escenario. Por otro lado, con la reducción tan drástica del número de elementos en la comunidad, no se hacía ineludible la permanencia en el bosque, al abrigo de ojos extraños; podían permitirse el lujo de extender su acción por otros términos de la geografía hispana. Así, pues, se arrimaron a la orilla del río Matarraña y fueron descendiendo por ella, con lo que a la vez se alejaban de la zona recién ocupada y de las tropas que la habían invadido. Por los alrededores aún sonaba el estrépito de la

fusilería.

Se habituaron a una vida mucho más activa y dinámica que la que llevaban en la cumbre. Los dos seminaristas descollaban en la acción y en la movilidad que exigía la vida campestre. Eran jóvenes y aguerridos y nada los asustaba. Lo mismo resistían una marcha de cuarenta kilómetros que pasaban dos o tres noches sin pegar ojo. Eran además muy hábiles en arrancar a la naturaleza todo lo que esta podía procurar para su sostenimiento. Lo mismo arrancaban una carpa del río que descolgaban de los aires una paloma torcaz o detenían la huida de una liebre. Además, se mostraban muy audaces y muy expertos en el asalto a las casas de labor dispersas en el campo, aunque procuraban no recurrir a ese procedimiento más que en caso de extrema necesidad. Tampoco desdeñaban la acometida a los hombres del lugar, sobre todo si estos andaban solos y desprevenidos.

A los pocos días de quedarse solos se vieron precisados a enfrentarse con unos tráfugas.

Habían dejado ya el curso del río y estaban apostados junto a la carretera que lleva de Morella a Teruel, cerca de Tronchán. No sabían a ciencia cierta en qué parajes se encontraban. De vez en cuando se veía avanzar por los caminos una fila de carruajes cargados con bultos y colchones de gentes que huían de la guerra.

Llevaban dos días sin comer cuando vieron aparecer en lontananza la silueta de un carro. Avanzaba renqueante bajo un sol caliginoso e insufrible que caldeaba todo el llano. La opción era única, inesperada.

—Hay que pararlo y ver qué trae. No hay más remedio.

Quedaron parapetados tras unas peñas en espera de que el carruaje llegara a la altura en que se hallaban. Por fortuna en el carro no iban más que dos personas, un hombre y una mujer. Cuando llegó, Máximo, desde la carretera, conminó al hombre:

—Amigo, baja de ahí. Y a callar.

Al mismo tiempo Enzo ponía desde el otro lado la pistola en la sien de la mujer.

Los dos fugitivos estaban más muertos que vivos por el miedo.

—A bajar, amigos. ¿Qué traéis ahí dentro?

Mientras uno de los seminaristas los encañonaba en la cuneta, Enzo y Máximo se pusieron a registrar la caja del carro.

En la caja no había más que bultos domésticos y fardos de ropa, que se llevaban en busca de nuevo hogar.

—¿No lleváis nada de comer?

La mujer miró al hombre. Se decidió a facilitarles la labor.

—Mirad en el cajón del lado de acá.

Máximo metió la mano y sacó un par de grandes envoltorios. Llevaban en un paquete dos bocadillos de tortilla y otros dos de atún, entre dos grandes chuscos.

—¿Y vino?

—Detrás del asiento.

Metió la mano y sacó una bota. Llevó el hillo fresco y negro hasta el gazonete.

—Bien. Ahora quedaos quietos. El carro tendréis que ir a buscarlo unos kilómetros más arriba.

Se subió al carro y tomó las riendas; echó a andar. El italiano y los dos seminaristas se acomodaron a su lado y en la caja. Adelantaron un buen trecho, hasta perder enteramente de vista a la pareja de fugitivos. Avanzarían por la carretera unos cinco o seis kilómetros; al término de ellos pararon el carro. Lo dejaron arrimado a la cuneta y ellos se metieron nuevamente en el monte. Empezaron a andar a campo traviesa mientras comían.

La ingestión de los dos bocadillos parecía que les diera ánimos para dialogar. Quien abrió el diálogo fue el italiano:

—Vamos a buscar a tu enfermera —dijo.

Y era que Máximo, desde que abandonó el bosque, llevaba unos días añorando a Blanca y echando de menos la experiencia que había tenido con ella. El recuerdo de su rapto en Teruel y el modo cómo la había forzado —pero ¿es que la había forzado? — no le dejaban vivir en paz, le tenían obsesionado. A todas horas y a cualquier trasluz se figuraba que aparecía de nuevo su silueta sonrosada, su cuerpo pleno, que invitaba al desvarío. Le parecía ver en la luz de la tarde el reflejo que en sus labios de grana ponía el sol, un reflejo húmedo y caliente que excitaba todos los sentidos.

Días atrás Máximo había contado a sus compinches los pormenores de aquel suceso de la fuga; y luego la forma despiadada y feroz con que ella se había desprendido de su compañía, empujándole por la borda del vagón hasta que dio en el suelo con sus huesos. Al llegar a este punto... Le parecía que le doliera aún todo el espinazo; pero no podía evitar que, pese a su furor, le acometiera la misma risa con que se desternillaban los otros, imaginando la voltereta del anarquista.

—Si no fuera tan hermosa, no podría perdonarla. Pero, ahora, lo que voy a hacer es no parar hasta que la encuentre; y hacérselo pagar poniéndola de nuevo debajo de mí, y bien apretada entre mis brazos. Veremos quién es el más fuerte.

Le acometía periódicamente el deseo de no parar hasta encontrarla de nuevo; de recorrer, desde Morella hasta Barcelona, todos los recodos de la geografía hasta dar con ella y llevarla consigo al monte, a una vida relajada de entrega y de goce.

—*Il dolce far niente* —que decía el italiano.

Pero ¿quién sabía dónde habría ido a parar? Si Máximo lo supiera, a buen seguro que no pasarían muchos días sin que le echara mano y le exigiera cuentas. Pero no se sabía adónde habría ido a bordo del vagón, ni la suerte que hubiera podido correr una vez apresada de nuevo. Además, desde que las tropas franquistas habían puesto pie en la zona, no se podía saber si ella era de este lado o del otro; ni siquiera hacia qué parte caían cada uno de los lados. Nueva incógnita a sumar a las muchas que rodeaban su suerte.

Se habían sentado a comerse los bocadillos y beber unos tragos de la bota bajo la sombra fresca de una encina que sobresalía en un vasto panorama de bojés y aliagas. El vientecillo se cernía sobre el sudor de sus cuerpos y aliviaba sus calores. Los dos

seminaristas se tendieron cuan largos eran a la sombra del árbol, quitándose sus camisas. Sus troncos, larguiruchos y blancos, transpiraban con una generosidad que venía de sus carnes juveniles. Se dejaban tentar por la descripción del anarquista.

—La muy zorra hizo como que no quería, pero pronto le asomaron las ganas. No me dijo que no, no opuso la menor resistencia. Más bien se revolvió agradecida en cuanto me sintió, en cuanto la tuve. Se apretaba contra mí, no queriendo soltarme.

Hacía tiempo ya que los dos seminaristas habían mandado a paseo su vocación y eran los que más agradecían y fomentaban aquel tipo de descripciones eróticas. Eran ellos los que con más ahínco apoyaban a Máximo cuando este proponía no parar hasta dar con la chica, aun a riesgo de recorrer toda la geografía a su alcance. Inquirían mayores detalles, una descripción más prolija.

—¿Y gritaba ella? ¿Qué decía?

De pronto el italiano hizo señas de que callaran. Se oía un sordo rumor no muy lejos.

—¿Qué es eso?

En su vagabundeo habían vuelto a marchar hacia el norte, siguiendo la dirección que llevaba el carro cuando lo encontraron. De nuevo se dirigían sin saberlo hacia Teruel. Pero el italiano demostraba mayor sentido de la orientación que sus compinches.

Era un rumor de explosiones lejanas.

—Se acerca otra vez la guerra. Vienen hacia aquí.

—Tenemos que decidir hacia dónde vamos.

—Estamos dando vueltas como una peonza alrededor de un mismo punto. Lo primero que necesitamos es saber adónde queremos ir. Lo que no podemos hacer es flotar en el aire.

Eso mismo pensaba Máximo.

—La idea de ir al sitio donde esté esa chica es excelente, pero tiene un inconveniente: que jamás sabremos dónde la podemos encontrar. De modo que lo mejor es olvidarnos de ella. Una vez olvidada, ¿adónde queremos ir?

—Mi idea cuando estaba solo —sugirió Máximo—, era ir hacia el sur, hacia Albacete, y allí tomar los camiones para ir al encuentro de los anarquistas que hay cerca de Jaén. En el campamento de ellos tendríamos acomodo y seríamos alguien. ¿Qué pensáis de eso?

—De aquí a Albacete tendremos cien kilómetros. Y de Albacete a Jaén otros ciento, o quizá más. Todo eso en línea recta. Eso quiere decir que si nos pusiéramos a andar ahora y no encontráramos ninguna dificultad, no llegaríamos a buen término antes de un mes. ¿Os parece bien? —dijo Pablo, uno de los seminaristas.

—A mí me parece buena idea —opinó el otro seminarista, Crisóstomo—. A base de caminar de noche y descansar de día, ahora que empieza el calor. Y nos iríamos alejando del sitio donde suenan los tiros.

—¿Quién conoce el camino?



—De aquí a Albacete os puedo llevar yo —dijo Pablo—. Una vez allí, ya veremos.

—¿Os parece bien? —preguntó Máximo.

—Alto —detuvo Enzo, interrumpiéndolos—. No sabemos si la ruta está libre, si el camino está expedito. Mejor dicho, sabemos que no lo está. Ahora sabemos que vuelven. Pero ¿quiénes vuelven? ¿Cuál es la situación del frente? ¿No nos exponemos a toparnos otra vez con las trincheras? ¿Y cuáles son las líneas que tenemos que cruzar? ¿Son de los nacionales? ¿Por dónde nos conviene cruzarlas? Estas cuestiones tendrían que estar resueltas antes de tomar una determinación.

—Tampoco eso podremos saberlo nunca. Rojos o nacionales ¿qué nos importa? Nuestro camino tendremos que tomarlo siempre al azar, sea cual sea. Pero, por lo menos, ahora sabemos que lo que nos interesa es ir hacia el sur. Ya es algo. Que nos salga o no, es otra cuestión.

—Bien, pues vamos hacia el sur... mientras podamos.

Se pusieron en marcha. Aquel paisaje de zarzales y arbustos se extendía de un lado a otro del horizonte. Sobre ese panorama se levantaba el perfil de media docena de pueblos. La tierra era pedregosa y estaba seca. Un sol hiriente parecía adormecer la vegetación en los declives y altibajos que se extendían en suaves ondulaciones hasta donde alcanzaba la vista.

Cuando ya atardecía advirtieron que aquella prominencia del paisaje que habían tomado por una erosión caprichosa de la tierra, era la línea curva que formaba el ábside de una iglesia sobre un promontorio. La circundaba una hilera de cipreses, que elevaban al cielo su silueta casi negra.

El fragor de la guerra se iba acercando. Ya se veía el polvo que levantaban las explosiones a cosa de seis o siete kilómetros de distancia. Había que decidirse.

Estuvieron discutiendo si era mejor avanzar o podían intentar pasar la noche en aquel lugar. Optaron por acercarse a la iglesia para observar la cara que les ofrecía; si podían aventurarse a entrar en su recinto o era aconsejable pasar de largo y sin levantar demasiado la voz.

También observaron que en los pueblos de más lejos, que empezaban a poblar la tarde con docenas de luces temblorosas, se veía flotar en alguna de sus casas la bandera bicolor, en los balcones o en las astas de los edificios sobresalientes. Eso indicaba que los rojos los habían abandonado.

Se acercaron con sigilo al pequeño templo. La luz era ya azulada, de ocaso. Había un silencio absoluto en la campiña. La iglesia tenía una cerca de ladrillo adosada a su costado izquierdo, y se entraba en el recinto a través de una puerta de hierro, que se hallaba abierta. Aquel patio interior estaba lleno de lápidas y de cruces; algunas de ellas parecían destrozadas recientemente. La iglesia tenía, pues, en su costado un cementerio, lleno de maleza, lo que denotaba que hacía tiempo que estaba abandonado.

Máximo apretó con cuidado una de las dos puertas de madera que daban acceso al

templo. Se oyó el chirriar de los goznes, como un quejido. Apareció en toda su desolación el espectro del templo abandonado. La bóveda estaba hundida y en el suelo había restos dispersos de muro y tejas, junto a fragmentos de imágenes y vidriería de los ventanales. El viento silbaba por las rendijas del muro y en alguna parte se oía el batir de una puerta.

De pronto vieron aparecer un bulto entre las sombras del altar. Llevaba en la mano un fusil, que dirigía contra ellos. De repente puso las manos en alto, al observar que iban armados.

Máximo advirtió en seguida por su forma de vestir y por su manera de manifestarse que era un hombre como ellos, un desgraciado, un hombre al que corroía el miedo y que había sido sorprendido allí. Ni siquiera sacó su arma. Le tranquilizó:

—Deja el fusil, amigo. No venimos a pedirte nada ni queremos hacerte ningún daño. Únicamente quisiéramos saber dónde estamos y qué pasa en los pueblos de aquí abajo. ¿Nos lo puedes decir?

El hombre pareció serenarse. Bajó el escalón del presbiterio y se fue acercando.

Una desaliñada barba gris le cubría la mitad del rostro. Vestía con andrajos y tenía más el aspecto de un mendigo que de un soldado.

—¿Es que no sabes hablar? —inquirió Máximo, enojado.

Entonces advirtió que el hombre estaba herido; tenía el brazo izquierdo envuelto en un montón de telas sucias de las que escapaba, mezclado con olor a sangre, un hedor insufrible. Solo dijo con acento como extranjero, casi ininteligible:

—Aquí ya no queda nadie, nadie... —y señaló alguna parte del interior, lo que debía de haber sido en otros tiempos la sacristía.

Máximo y uno de los seminaristas cruzaron ante el retablo, que era como un conjunto de exvotos rústicos, cuya llamarada de color sobresalía en la luz cenicienta de la tarde. Y entraron en la habitación contigua. Había en el suelo media docena de hombres tendidos en mantas, algunos de ellos tan mustios que parecían cadáveres. Los había ensangrentados y corroídos de tal forma que eran en puridad una llaga viva. Sin embargo, aquel era un dolor que se acababa. Ya no tenía ni el espasmo ni el temblor del dolor que lucha. Era un dolor que se extinguía en la nada.

—¿Qué hacéis aquí? ¿De dónde habéis salido?

El hombre le miraba con unos ojos inexpresivos.

—Di, carroña. ¿De dónde salís?

—De Tarne. Estábamos en el hospital de allí y nos evacuaron.

## VIII

NICOLÁS BORREDÁ conocía a fondo la situación en que se hallaban. En el curso de los últimos meses no había personaje relevante del exterior con quien no hubiese tenido ocasión de dialogar. Había visto la mudanza sutil que habían experimentado respecto a la República ciertos ánimos liberales de Europa. Había observado la mezcla de reserva y de sorna con que ciertos hombres de la tercera fuerza habían acogido las supuestas victorias de los republicanos, mientras en realidad estos iban retrocediendo en el frente de Aragón; la tibieza que iban experimentando los entusiasmos de los expertos del Foreign Office o las buenas palabras con que de un tiempo a esta parte le rociaban los entendidos del Quai d'Orsay. No cabía duda de que las atrocidades y los desmanes de las masas populares en los comienzos de la guerra habían sido una seria advertencia para los antiguos amigos de todo el mundo. Aquellos desmanes, de ocurrir en cualquier otra parte del mapa, habrían pasado inadvertidos. Francia y Gran Bretaña habrían pasado por alto ciertas manifestaciones, ciertos altercados, la quema de los conventos, los asesinatos en masa, si estos hubieran tenido lugar en cualquier parte de los Balcanes o en la misma Grecia. En aquellos lugares los siniestros no hubieran alterado la seguridad particular de Francia o de Inglaterra. Pero España estaba demasiado cercana. Un poco más, y el reguero de pólvora podía prender en su propio suelo, en terreno francés o inglés. El matiz por el que se hacía necesario localizar el conflicto, aislarlo de cualquier concomitancia o negociación no era claro, pero tampoco difícil de marcar. A todo ello había venido a sumarse la ineficacia militar. Así, pues, tanto Francia como la Gran Bretaña autorizaban a la República a que hiciera su guerra contra el fascismo, a condición de que no las mezclara a ellas en el conflicto. No querían siquiera recibir de él la más leve salpicadura.

En este sentido, las atemorizaba la inclinación creciente que la República mostraba hacia las formas y las estructuras de la Rusia soviética. No había pasado por alto a los expertos en política exterior de los dos países occidentales el tinte «rojo» de que se había teñido la República, pese a las buenas formas y a las afables maneras de algunos de sus capitostes. Se hacía más difícil cada día apoyar a un régimen que se mostraba, a través de sus *slogans* de guerra, como una imagen fiel del régimen de los soviets, del que en el proceso de su nacimiento venía este a ser a veces una copia exacta. Era, pues, preciso acentuar el carácter nacional y español de la aventura republicana. Era preciso que la acción de guerra que se preparaba naciera de un numen español, fuera llevada a cabo por Estados Mayores españoles y tuviera, desde su planteamiento hasta sus consecuencias, un marchamo neta y exclusivamente español, para que así convenciera a las potencias de Occidente.

A fines de abril Negrín encargó al Estado Mayor del Ejército la confección de un plan de ataque en un sector muy amplio del frente, cuyas consecuencias pudieran ser

irreversibles. Borredá y el presidente habían estado estudiando los planos en compañía del coronel Rojo, Uno de los pocos jefes del ejército en quien se reunía la doble condición de ser leal y eficaz. Después de mucha meditación, el coronel Rojo había elegido para el ataque una zona del Ebro cercana a su desembocadura que, siempre que la acción se llevara a término con fortaleza, con energía y con sigilo, podría constituir para el enemigo un golpe irremediable.

Se hallaban reunidos los tres personajes en el palacete donde estaba oficialmente instalada en Barcelona la Presidencia del Gobierno, en la esquina del paseo de Gracia con la calle de Mallorca. Allí estaban también instalados algunos despachos del Alto Estado Mayor. El coronel Rojo tenía desplegados sobre una amplia mesa unos mapas del sector, que iba señalando y recorriendo con la punta de un lápiz.

—Se trata de abordar la otra orilla del río con desembarcos desde Amposta, Cherta, Benifallet, Mora de Ebro, Ribarroja y Flix, y de ocupar tantos kilómetros como sean necesarios para situar en la otra orilla un número no inferior a diez de nuestras divisiones. El éxito de la operación está en su sorpresa.

Negrín y Borredá seguían atentamente la explicación del coronel. A este le acompañaba uno de los oficiales que debían llevar a término la operación: el coronel Modesto.

—Esta será la primera fase de la operación de la batalla del Ebro. Si conseguimos montar una cabeza de puente al otro lado del río, tendremos el campo abierto para una operación sobre las unidades de choque del enemigo, desmontaremos todo su potencial y al mismo tiempo obtendremos en condiciones óptimas el desgaste de toda su fuerza en poco tiempo.

Preguntó Borredá cuál era a su juicio el punto clave de la ofensiva. Cuándo se podría decir que estaría lograda.

—La señal de que la cabeza de puente ha sido lograda será sin duda la ocupación y la fortificación de Gandesa por nuestras tropas. Gandesa ha de ser la base de las operaciones futuras —concluyó Rojo, señalando con su lápiz el contorno de esta población dibujado en el mapa.

Después de la reunión, y por encargo de Negrín, Borredá acompañó hasta el frente al coronel Modesto, para observar cómo este empezaba a poner en práctica los prolegómenos de la operación.

Hicieron el viaje en el coche de Borredá, pilotado por un chófer. Borredá dejó su pequeño equipaje en una fonda de Tortosa y fueron siguiendo en el coche el curso del río por su orilla izquierda. Al otro lado del Ebro se advertían las posiciones del enemigo. Se veía incluso la cabeza de algún soldado asomar por encima de los parapetos. El ambiente era de calma. En los puentes de Amposta y de Tortosa un muro de sacos terreros seccionaba el paso a un lado y a otro del río.

Pasaron por Cherta, por Benifallet. Eran pueblos que parecía que no podían estar en guerra, tal era la silueta apacible que reflejaban, movediza, terrosa y truncada, en la superficie del agua que se iba deslizando a sus pies. Mora la Nueva tenía una

extensión mayor; al pie de la corriente estaba Mora de Ebro. Los muros y los cimientos de algunas casas habían sufrido la mordedura de la guerra y se advertía en ellos el paso de la batalla. Por sus calles transitaban soldados, aislados o en grupo, y todo tenía cierto aire de expectativa y de pausa. El ambiente de aquellos lugares parecía haber sido detenido a mitad de un gesto de paz, perpetuando por unos instantes una estampa de sosiego.

Modesto era un hombre silencioso, un poco retraído, metido en sí. A Borredá a veces le daba la impresión de que no tendría dotes de mando; por lo menos costaba descubrir en él al capitoste que había escalado el puesto que ocupaba en el Ejército surgiendo de las milicias como simple voluntario. Pero esta impresión quedó desmentida al llegar a Mora la Nueva. Pararon en una plaza que era como una encrucijada del camino por el que se desviarían luego al interior. Modesto bajó del coche y se dirigió a un grupo de milicianos que estaban charlando en la plaza. Se metió entre ellos y Borredá vio cómo les preguntaba algo.

Ellos no le prestaron atención y siguieron con sus bromas. Se empujaban unos a otros y uno de ellos, en un traspíe, por poco hace caer al coronel, distraídamente.

Entonces notó Borredá como Modesto cambiaba de actitud. Oyó que profería algunos gritos. Los demás le reconocieron. Se pusieron firmes en el acto, saludándole con el puño a la altura de la sien. Uno de ellos se estaba brindando a acompañarle. Los otros le indicaron con el brazo un recodo a la derecha, por el camino que el coche se disponía a tomar. El coronel los dejó plantados en mitad de la plaza; ellos no dejaban de saludar, hasta que el coche hubo partido de nuevo.

Dejaron la primerísima línea cuando el sol empezaba a reverberar entre cálidos nubarrones por occidente. Se deslizaba como una pincelada de miel sobre la piedra gris de los montes, haciendo brotar llamas de plata en la fronda de los encinares y en las ramas de los olivos.

Modesto había indicado en la reunión, como sitio ideal para instalar su cuartel general, la cima de un monte que estaba a las afueras del pueblo de La Figuera. Según dijo, había estado ya en aquel lugar; y por la ancha perspectiva que esta situación permitía descubrir, puesto que desde allí se dominaba la vastedad del llano hasta mucho más allá del río —hasta los caminos que llevaban a Gandesa—, le parecía el lugar apropiado para instalar el mirador y el puesto de mando.

Comenzaron a subir la pendiente hasta la cima y una vez en el pueblo de La Figuera empezaron a caminar hasta aquel balcón.

En La Figuera, Borredá sintió que su ánimo se ensanchaba un poco con el recuerdo de tiempos viejos. Eran tiempos en que él era mucho más joven e iba por el monte con un par de perros que retozaban y gruñían a sus pies, y una escopeta en la mano. Ilusoriamente se paraba ahora, apuntaba imprevistamente a un punto del infinito y luego elevaba su vista a lo alto, a lo alto, para dejarla caer verticalmente. Le pareció ver a *Canelo* y a *Colom* traerle cada uno entre los blancos dientes el palpitante botín de unas perdices color de perla.

Todo aquello había pasado. Ahora la caza era otra. Caminaba con Modesto hacia su cubil, un palomar arisco en la punta del monte, desde donde avizorar los movimientos de todas las tropas: las propias, que irían avanzando, y las de los otros, que retrocederían envueltas en horrisonas llamaradas de humo y de fuego.

Llegaron al punto elegido. En efecto, tendida al sol declinante se mostraba la inacabable extensión del llano de un extremo a otro de cuanto podía abarcar la mirada. Se veía serpentear al río hasta muchos kilómetros más arriba, perdiéndose en meandros y vueltas entre montes de olivos. El color de la tierra era pardo, fuerte, un color agrio y duro, de un moreno tostado por el sol. Lejos, muy lejos, se veían las aristas de unas chimeneas que elevaban sus rectas saetas al cielo. La luz reverberaba y se encendía en la superficie del agua. El lecho del río estaba solitario. Docenas de pueblos y casas de labor se extendían por toda la llanura. Luego, hacia la izquierda, se veía que el río se iba ensanchando para depositar su inagotable carga plateada y terrosa en las aguas del mar. Este se extendía al fondo, extrañamente azul, de un azul pálido y dormitante, como un monstruo en infinita paz. Las aguas del río caían en él silenciosamente, levantando una onda muy ancha de ciénaga y calina.

—Este es el lugar —dijo Modesto—. Excavando en esta roca se puede hacer aquí una plataforma inexpugnable. Hay que cavar aquí un orificio y abrir unos canales de una longitud corno de treinta metros.

Avanzó unos pasos hasta el extremo de la piedra, allí donde la roca quedaba cortada en el infinito.

—Aquí se abren las mirillas. Se cubre todo con un techo de hormigón y se camufla con vegetación y con ramaje. La posición no la descubrirán nunca. ¿Qué le parece?

Borredá asintió. Realmente el lugar estaba soberbiamente elegido para presidir, dominar y dirigir una operación ofensiva de gran estilo. Se lo dijo a Modesto.

—¿Puedo ordenar que empiecen las obras?

—Sí, mañana mismo —contestó Borredá.

—¿No quiere consultar con el Presidente?

—No, no es necesario.

Contempló el panorama que se extendía a sus pies. En aquella inmensidad, tan cruzada entonces por aves sin rumbo, en éxtasis fluctuante y dorado, se jugaría poco después la suerte de todos ellos y la suerte del país. Cuando las obras de aquella fortificación quedaran listas, empezaría a bajar del Pirineo las aguas que serían testimonio de la más grande batalla de la guerra. Todo el material que se necesitaría en aquella batalla, estaría empezando a ser transportado a los depósitos del interior. Lo llevaba anotado en su agenda: ciento cincuenta barcazas, ocho puentes sobre flotadores, cuatro puentes de vanguardia, dos puentes de madera para grandes cargas, dos puentes de hierro, tres compuertas... Todo esto tendría que llegar en el momento justo, ni antes ni después; y tendría que ser montado en el curso de un día. Por todos aquellos caminos tendría que canalizarse la gran ofensiva.

Borredá y Modesto descendieron de nuevo. Se despidieron en Mora la Nueva; desde allí el primero se dirigió de nuevo a Tortosa, donde pernoctó.

Borredá tenía una comisión que hacer cerca de Ronald Howes. Esta persona había ocupado un puesto importante en las Brigadas Internacionales. Había sido el jefe de la primera expedición de voluntarios británicos, que había llegado a España en septiembre de 1936. En aquellas fechas había entrado en relación con Borredá; habían tenido entonces ocasión de departir sobre muchos aspectos de la lucha. Ronald Howes era un idealista, un intelectual, y a Borredá algunas de sus expresiones y muchos de sus gestos le recordaban los de un lord Byron en Missolonghi. En ninguna otra boca ondeaba tan airoosamente como en la suya la palabra libertad. Era un romántico impenitente y cultísimo, que parecía venir a la guerra de España como a un ejercicio literario que hubiera que escribir con sangre.

Borredá había estado hablando con Negrín de la necesidad de hacer coincidir la ofensiva del Ebro con una campaña en la prensa y en la radio de los países amigos del mundo occidental que pusiera una vez más de relieve el heroísmo de los soldados republicanos, que subrayara la cohesión de todas las fuerzas de la España libre y lanzara una llamada al apoyo y a la ayuda total por parte de los gobiernos; la presión debía ser tan fuerte que los gobiernos se vieran precisados a abrir la espita por la que entrar armas, aviones, hombres... La ofensiva del Ebro debía hacer girar del revés las conclusiones que prevalecían en el Comité de no intervención. Ronald Howes era el hombre en cuyas manos estaba levantar en Inglaterra estos entusiasmos. Era un profesor muy estimado, y su prestigio y amistad con los jefes de las agencias y los editores de los diarios eran muy grandes.

Encontró a Howes esperándole en el jardín —amparado por sacos terreros— de la Comandancia de Mora, sentado en un banco de piedra y leyendo un libro cuyas tapas le mostró: la Anábasis de Jenofonte.

Estuvo de acuerdo en apoyar al máximo la idea que había ido a proponerle Nicolás Borredá. Le pidió únicamente autorización para trasladarse a Londres.

—Estas gestiones hay que hacerlas personalmente. Te pediré que me informes del máximo de detalles que puedas, a propósito de esta operación; y que me digas, aproximadamente, en qué fecha se espera realizarla. No hay que decir que la gestión la haré con el máximo sigilo, de momento sin citar siquiera lugar ni fecha. Pero yo mismo sí quiero conocerlos, para mi gobierno particular.

Borredá le dio aproximadamente esos datos; la fecha ideada era la de la primera quincena de julio.

—Bien; pues otra de las condiciones que exijo es la de participar personalmente en esa batalla.

—Concedido: iremos los dos juntos.

—No, no. Tú irás de observador, como corresponde. Pero yo quiero ir de miliciano, esto es, con un fusil al hombro.

—Ten en cuenta que ya no eres miliciano. Además, estás baldado. Te destinaré a

uno de los Estados Mayores. Es allí donde puedes ser más útil. ¿No te parece?

Ronald Howes asintió sonriendo. Se mesaba la aguda barbilla rojiza que fluía de su mentón y se la acariciaba con los dedos largos y táctiles, como de aristócrata, en los que lucía un anillo con una esmeralda.

—Otra cosa te pediré quizá —añadió—. Y es poder reclamar a cierta persona...

—¿Reclamar?...

—Sí. Si llegara el caso. Una española, una mujer.

—¿Quieres llevártela contigo?

—Si realmente ha podido escapar de los nacionales, la llevaré conmigo.

—¿Estás inquieto por su suerte?

—Sí. No sé lo que ha podido ocurrir en Tarne desde que me dieron de alta. Realmente recordarás las protestas que yo hacía en contra del trabajo intelectual compartido. Me habías oído decir que el verdadero intelectual no necesita compañía, más bien que esta le estorba. Pues bien: una enfermera de aquí, una muchacha llamada Blanca, me ha hecho cambiar de opinión. ¿Me ayudarás?

—Claro que sí; en lo que yo pueda.

—Te advierto que no será fácil. Jurídicamente, hay que ponerla en regla.

—¿Qué significa eso?

—Que hay que regularizar su situación. Fue hecha prisionera en Teruel y hay que revisar sus papeles. Pero ha venido a parar aquí y no dejaré que la toquen hasta que yo pueda llevármela, si es que ha podido escapar de Tarne. Yo respondo por ella.

—Tu palabra me basta. Pero en este caso tendré que extremar mis propias precauciones — bromeó el otro, aunque no sin un punto de alacridad—. Por de pronto te ruego que ante ella olvides todo lo que hemos hablado.

—Naturalmente. Todo lo que te he dicho es para cuando yo regrese del Estado Mayor a que vas a destinarme.

—De acuerdo.

Aquella misma tarde emprendió Borredá el camino de regreso. Se sentía fatigado y con ganas de llegar a Barcelona. El paisaje que pasaba por las ventanillas del automóvil iba modificando lentamente sus estructuras y sus tonos. Del cadmio negruzco de aquellos parajes hasta el suave color a miel que presagiaba la marisma, transcurrieron valles de una tonalidad glauca y sonrosada en los que parecía flotar como una tenue neblina. Luego la noche se fue cerrando por encima de las vertientes. El automóvil dejó atrás los riscos abruptos del campo de Tarragona. Vinieron unas horas largas solo iluminadas por el foco de los faros del coche, monótonas, inacabables. De vez en cuando se paraban ante las exigencias de un control de carretera. Unos rostros ariscos, iluminados por una lámpara vacilante, y el camino otra vez.

Borredá vivía muy cerca del lugar donde tenía su oficina, que era el mismo palacete de la Presidencia. Tenía una *suite* en el hotel Majestic, en el paseo de Gracia, a una travesía de distancia del Palacio gubernamental. Cuando llegó al hotel, el



conserje le pasó un aviso que tenía en el casillero. El doctor Negrín le rogaba que pasara a verle en el acto al despacho presidencial.

Miró su reloj. Eran casi las cuatro de la madrugada. Sin embargo, volvió a salir y se fue caminando hasta el lugar en que estaba el Presidente.

Encontró a este abrumado en la mesa de su despacho, sobre un enorme mapa desplegado. La luz de la lámpara de mesa iluminaba únicamente con su cono de luz el extenso cuadrilátero. De debajo del mapa extendido sobresalía el bulto de una botella de *whisky* a medio vaciar. Tenía al alcance de la mano un vaso medio lleno.

—¿Ha visto a Howes?

—Sí. Está conforme. Él mismo se trasladará a Londres para orquestar la campaña. Por cierto, quiere tomar parte en la lucha. Le he prometido un puesto en un Estado Mayor.

—En el de *El Campesino*. Por lo menos le infundirá un poco de las humanidades y de la estrategia de Julio César —dijo el Presidente, no sin sarcasmo—. ¿Y de lo demás?

—Modesto me parece un excelente jefe. Creo que cumplirá su cometido.

—He estado repasando todos estos datos. Si podemos cruzar el río por Amposta, llegaremos a amenazar las fuerzas que Franco tiene preparadas para atacar Valencia. Entonces sí que haremos variar totalmente sus dispositivos. No hay más que un punto en el que puede hacernos fracasar: la aviación. Además de ganar en tierra, estamos obligados a ganarles en los aires. Todo dependerá de las fuerzas de que pueda disponer. De todos modos, le daremos un disgusto.

Se quitó las gafas de concha que ocultaban una buena parte de su faz. Quedó con rostro casi infantil, de expresión miope y medio risueña.

Estuvieron un rato en la vasta sala, distendidos, sorbiendo lentamente su *whisky* y sin chistar. Hasta que el Presidente levantó su vaso.

—A su salud, Nicolás. Que una madrugada como esta podamos vivirla en paz y en compañía de unas buenas mujeres, cualquier día, en el *Pitt's* de Londres. Ahora vámonos a dormir.

Cuando Matías Palá llegó a Barcelona, Borredá había dispuesto simplemente que fuera seguido por un agente del SIM. A través de ese agente, que le rendía cuentas periódicamente, conocía Borredá al detalle todos los pormenores de la existencia barcelonesa del transportista: sus visitas al local de la avenida de Mistral, sus entronques con el agente fascista Guadiana, siempre en el banco de una plaza pública que se iba turnando en la toponimia de la ciudad.

Cuando Borredá llegó a su despacho aquella mañana encontró esperándole al agente encargado del asunto. Borredá no le había visto nunca, ni había hablado con él, hasta entonces, más que a través del teléfono.

—Tomás Hortuna, para servirle.

Era un tipo joven, bien vestido, como con aire de gigoló o de bailador de tangos. Borredá se preguntaba por qué los espías, los detectives, los policías y demás ralea andaban siempre por el mundo con un aire tan «profesional». Hizo que se sentara. Azaraba al policía no poder dar a Borredá un calificativo preciso: ni «ministro», ni «mayor», ni «general», ni «subsecretario»; ningún tratamiento concreto con que subrayarle en la conversación. Optó por tratarle de «compañero Borredá», aunque ese vocabulario repelía en la molicie de aquel amplio salón y se desdecía del aspecto señorial que Borredá presentaba, con su cuello almidonado, la corbata de vivos colores y los ojos sesgados y centelleantes bajo una tumultuosa cabellera blanca, que le daba un aspecto de senador romano.

—Compañero Borredá, si desea conocer mi opinión personal, yo no dejaría más tiempo suelto a un sujeto así; sabemos que está reuniéndose con enemigos de la República, que está conspirando con ellos. En el SIM nos preguntamos por qué hay que dejar libres a Guadiana, al llamado Santillana del Mar y a toda esa tropa. ¿A qué se espera? Vallmajor los está esperando.

—Calma, amigo... Nadie ha pedido todavía su opinión. La redada se hará solo cuando sepamos que están todos, no antes. Dígame las últimas novedades respecto a Matías Palá.

—Se ha visto dos veces con Guadiana: una en la plaza de Medinaceli y otra en los jardincillos de Soler y Rovirosa. En las dos ocasiones han estado juntos cosa de media hora. Guadiana dio a Palá unos papeles.

—¿No se sabe qué papeles eran?

—No, compañero. Teníamos prohibido...

—Sí, lo sé. Bueno: de momento le seguirán observando, a condición de que él no se dé cuenta de que le persiguen. Entretanto, voy a citar a Palá. Voy a citarle aquí, para que entre en contacto directo conmigo. De modo, que no se extrañen los del SIM de que él y yo nos veamos. Hay algo que le quiero sonsacar y que no puedo hacer más que personalmente. ¿Está entendido?

—Sí, señor —y el «señor» se le escapó irremisiblemente—. ¿Debemos hacer algo en concreto?

—Nada, nada. Yo me ocuparé de citarlo de una manera normal.

Cuando el agente se hubo marchado, Borredá hizo que su secretario llamara a la pensión de la calle de Vergara donde se aposentaba el transportista y que le invitara a ir a verle a su despacho el martes siguiente, a las once de la mañana.

Borredá se sorprendió de ver a Matías Palá tan cambiado. Su pelo, enteramente gris, apenas si lograba cubrir la superficie lisa y brillante de su cráneo, descubriendo una frente ancha y noble, pero visiblemente decaída. Sin duda no habían pasado en balde los días del campo de concentración. Creyó advertir también que Matías Palá no andaba como antes; le pareció como si cojeara.

También Palá observó en su amigo signos de decrepitud. El pelo enteramente blanco, «patas de gallo» en torno a los ojos, que eran sin embargo negros y brillantes, dominadores. Nicolás Borredá llevaba además, de vez en cuando, su mano al pecho, a la altura del corazón, como por instinto. Se saludaron cordialmente.

—Me ha parecido —dijo Borredá una vez transcurridos los momentos iniciales de su encuentro, en el que se intercambiaron unas frases triviales— que quizá yo podría serte útil para resolver el asunto de tu sobrina, que sé te preocupaba hace un tiempo. Dime, ¿qué fue lo que le ocurrió?

Matías Palá explicó a su interlocutor una parte de la odisea de Blanca.

—Bien. Y se ha perdido toda noticia de ella, ¿no es así? ¿Cómo se llama?

Matías le dio su nombre. Al escribirlo, Borredá pareció como si recordara algo. Pero no dijo nada. Remitió a más tarde la ocasión de determinar si recordaba algo relativo a aquel apellido o era una mera coincidencia, un simple azar.

Borredá quería tener cerca a Matías Palá; pretendía atarlo por alguna razón personal, porque sospechaba que estaba en comunicación con alguien de importancia en la zona nacionalista. Si eso era así, quizás a través de él fuera posible pasar al otro lado noticias distintas a las que ellos esperaban. Una serie de mensajes falsos, oportunamente disparados al otro lado, ¿no serían también una forma de estrategia eficaz y bien montada? Y de todos modos, la proximidad de Matías Palá, quién sabe si iba a ser útil en los últimos momentos, cuando los propósitos de la República resultaran torcidos. Entonces, para una última tentativa, no estaría de más contar con Matías Palá...

Luego charlaron de diversas cosas. Los dos aparentaban dar a su conversación un aire intrascendente, como si lo que dijeran no afectara a ninguno de sus sentimientos profundos. Palá explicó con cierto humor algunas anécdotas de su paso por el frente y de su vida en el campo de concentración.

—Si no te digo nada, en adelante te ruego que vengas a visitarme dos veces por mes; y ello, por muchas razones, entre ellas porque así podremos ir siguiendo las trazas de tu sobrina. Mandaré hacer una investigación a fondo.

Cuando Matías Palá salió del aposento, no le cupo a Nicolás Borredá la menor duda de que la misión de este era teóricamente importante en zona republicana. Le había visto azorarse imperceptiblemente ante esta última requisitoria. Es decir: que estaba conectado con alguien de primera magnitud al otro lado y que sería posible utilizarlo como agente doble. Todo dependía de la habilidad con que se le supiera manejar. El hecho de que estuviera interesado por la suerte de aquella sobrina suya, Blanca, era un detalle que iba en provecho de los propósitos de Borredá. Por cierto, ¿no era Blanca el nombre de la enfermera por la que Ronald había demostrado tanto interés? Si era así, habría que saber sacar partido de esa coincidencia.

En cualquier caso, consideró que sería una insigne torpeza dejar que triunfaran los impulsos de los agentes del SIM para encarcelar a Matías Palá. Lo que había que hacer era aislarle de todas sus compañías, pero dejar que siguiera actuando por sí

mismo. Cogió el teléfono y llamó al agente del SIM.

—¿Oiga? Sí. Buenos días. Haga detener a Guadiana y a Santillana del Mar. No, no. Al nuestro, no, de momento. Solo a esos otros. Al nuestro nos interesa mantenerlo aislado. Después se verá.

Colgó el auricular. Por la tarde le comunicaron que Guadiana y Santillana del Mar habían sido recluidos en Vallmajor, para su interrogatorio...

Blanca Maravall sentía cómo se iban aproximando a Tarne las fuerzas nacionales. El rumor del avance había sido primero un susurro bronco y lejano; luego se convirtió en una repetición de estampidos aún distantes, pero que apenas era posible discernir uno de otro. Finalmente, cada obús se destacó de los demás. Fue posible saber a qué distancia estallaban uno por uno. A Blanca le parecía que algunos estallaron en el interior de la misma habitación en que se hallaba. También la fusilería se distinguía con claridad: había balas perdidas en el tumulto general, que se sumaban anónimamente al coro de la refriega. Otras se destacaban de las demás y pasaban con un silbido peculiar, que recordaba el de un reptil en el momento en que lanza su lengua deletérea. Todo esto hacía ya horas que lo percibía Blanca Maravall desde su escondrijo.

No estaba sola. A su lado había otra enfermera y varios enfermos de los que habían podido saltar de sus camas y conseguido andar hasta aquel depósito, en el jardín donde se habían refugiado. El cuarto no llegaba a ser un sótano, pero estaba a un nivel un poco más bajo que el resto de las habitaciones del hospital. Había que descender unos pocos escalones para llegar a él. En el local se apiñaban regaderas, azadas, legones y almádenas de toda índole. Entre ellos se habían acurrucado enfermeras y enfermos y esperaban a que pasara el temporal de plomo.

Blanca adivinaba que el término de aquella situación no podía estar lejano. En realidad, ¿quién oponía resistencia a los atacantes? Hacía ya un rato que había pasado por las salas del hospital un enviado con la orden de evacuar. El ruido de las bombas se oía aún a lo lejos cuando empezaron a salir de sus camas y a agitarse hacia la puerta muchos de los hospitalizados, a quienes parecía paralizar el miedo a ser apresados por los fascistas. Algunos de ellos parecía que no pudieran siquiera tenerse en pie, no obstante lo cual se vistieron y salieron a toda prisa, llevando colgados del hombro sus macutos y fusiles. ¿Adónde irían a parar? ¿Quién los atendería? Pero no había tiempo para pensar en ello. Más bien era uno mismo en quien había que pensar. Y Blanca se puso de pronto a pensar en ella. Se vio tan desvalida, tan acosada de nuevo por los acontecimientos, que hubiera deseado ceder su voluntad a otros para que decidieran por sí. Pasó como una ráfaga por su memoria la imagen de Ronald, que había marchado del hospital ocho días antes. «No te apures: hablaré con mis amigos y te rescataré de aquí. Quiero que seas mi compañera para siempre».

Pero ¿dónde sería capaz de encontrar ya nunca al inglés de la barbilla rojiza? Le

parecía que habían pasado años desde que salió del hospital. Nada hace tan largas las distancias entre un tiempo u otro como el fragor de una batalla. Era como si esta que se estaba desarrollando hubiera empezado meses, años atrás. La incertidumbre volvía a cernirse sobre todos ellos. Blanca estaba rogando que aquello acabara de una vez; suplicaba que le apartaran ya la imagen de los tiros, el espectro de los heridos, la fogata de las explosiones. En breve tiempo había quedado saturada de ellas, desde los lejanos días de Villaviciosa de Odón, pasando por Teruel y su asedio. Recordaba con espanto su propia odisea, mientras alrededor estallaban una y otra vez los proyectiles; y hundía la cara en las palmas de sus manos con un estremecimiento total.

Poco a poco les pareció que el ruido de las explosiones se iba alejando otra vez, al tiempo que las bombas estallaban a intervalos más largos. Más tarde creyeron oír voces en la explanada y el ruido de unos pasos de hombre por el jardín. Después se oyeron unos gritos, unos vivas estentóreos. Los enfermos y los heridos tenían la cara todavía más lívida por el espanto. Pero ¿qué podía temer ella? Al contrario, esos que entraban eran sus liberadores y con ellos empezaría a vivir de nuevo en paz.

El fragor de las bombas se iba alejando. Decidió salir de su escondrijo de una vez.

Al primero que encontró en el jardín fue a un legionario de cara hosca: llevaba el fusil cogido con una sola mano y apoyaba el cañón en la espalda de uno de los prisioneros; tenía las patillas cortadas en forma de hacha, tan largas que casi le llegaban al mentón. Con voz ronca chillaba a los demás que siguieran adelante e intercalaba en su grito algunas blasfemias muy elocuentes. Cuando vio a Blanca se paró un momento.

—¿Dónde hay más hombres? ¡Di, enfermera!

Blanca titubeó unos momentos; pero optó por decir:

—Ahí en el depósito hay algunos, pero son enfermos y heridos.

—Que vayan al interior del hospital. ¿Me has oído?

Pero Blanca siguió al grupo que se introducía en las salas.

Había allí un oficial, pistola en mano, que hacía que se alinearan los prisioneros. Se fijó en Blanca.

—¿Cuántas enfermeras erais?

—Éramos doce.

—¿Cuántas habéis quedado?

—No lo sé. Aproximadamente la mitad.

—Reúnelas a todas y poned otra vez en orden a los heridos. El hospital no ha sufrido con las bombas. De modo que adelante...

Su voz quedó ofuscada por la explosión de un obús un poco más allá del hospital. Debía de haber estallado en las afueras de la ciudad, pero el ruido de la explosión era muy fuerte. Blanca hizo lo que el oficial acababa de ordenarle. Fue recorriendo las salas y reuniendo a las enfermeras disponibles.

Vio como los enfermos y heridos eran a su vez acumulados en la entrada del centro sanitario. Unos doctores con uniforme militar estaban investigando cada caso.

A unos se los enviaba de nuevo a las salas del hospital; a otros se les tenía de pie, en grupo, a la expectativa. Pronto serían dispuestos en cuerda y enviados como prisioneros a algún punto del interior. Muchos de ellos no hablaban español y no entendían lo que les preguntaban.

Entre tanto, los tiros se oían silbar todavía al exterior del edificio, junto con algunas explosiones de obuses. Pero la batalla empezaba a alejarse del recinto, que apenas había sufrido daño con los disparos; todos los hombres que acababan de entrar parecían no pensar ya en ella. Como encargada de las seis enfermeras, Blanca se presentó al militar.

—De un momento a otro llegarán los servicios de «Frentes y Hospitales» y los de Sanidad. Entre tanto, atended a los heridos como siempre. Poneos en contacto con los sanitarios y buscad sitio para los que vengan nuevos. ¿Y adónde fueron los evacuados?

—Creo que los llevaban a Tarragona, pero no sé si habrán podido llegar. Algunos heridos estaban muy mal.

—Hemos cogido algunos en una ermita que hay a ocho kilómetros de aquí: la llaman San Julián del Cerro. Los están trayendo.

En efecto, antes de medianoche eran reingresados varios de los que habían huido a media mañana: Ulrich Talsberg, el alemán; Paul, Simon, Charles y Jacques, los franceses; Arnaldo y Orazio, los italianos. Con ellos venían algunos más. Llegaron echados en la caja de un camión, medio derrengados por el viaje, la falta de asistencia y la angustia. Fueron revisados por el equipo médico y vueltos a ingresar en las salas.

De pronto Blanca se quedó atónita, conteniendo el aliento y a punto de sufrir un desmayo. Acababa de acercársele un jovencuelo, de mirada despierta y agresiva, que le preguntó si era la enfermera de Teruel, Blanca de nombre. Llevaba un alzacuello como el de los clérigos, pero tenía la piel curtida y morena de los que han estado larga temporada a la intemperie. Apretó su mano fuertemente, como con deseo de asirla y llevársela.

—Me ha hablado de ti Máximo, tu guardián —le susurró—. No temas, chica. Yo no soy de su cuerda. Yo era seminarista, ¿sabes? Lo que pasa es que las cosas se me han torcido.

La miraba sin cesar con unos ojos sedientos, que parecían ascuas en mitad de su piel rubicunda.

—Si no dices nada a nadie podré ayudarte, hazme caso. Tampoco esta gente es de fiar.

Ella jadeó a la sola idea de volver a encontrarse con el de Teruel. Decidió hablar con el oficial que acababa de entrar.

—Mi capitán, yo fui hecha prisionera en Teruel. Luego quisieron llevarme presa a Barcelona; pero antes de llegar conseguí escapar de la caravana y emboscarme en este hospital. Necesito que me traslade de nuevo al interior, donde estaba.

—Calma, señorita —hablaba un capitán de artillería muy comedido, que llevaba

en la bocamanga el distintivo de haber sido herido cuatro veces—. ¿Es que teme usted algo? ¿Le han hecho algún daño?

Blanca no se atrevió a confesar toda su desgracia. Pero empezó a descubrir su secreto.

—Había un miliciano, un tal Máximo, que quiso forzarme y... desde entonces estoy viviendo en pleno sobresalto.

—No tiene por qué sufrir más. A las tropas que hemos llegado, usted las conoce. Somos gente decente. Aquí no le puede pasar ningún mal —dijo el otro, como si tomara a broma lo que ella acababa de decir—. Ea, vamos al trabajo. Quédese conmigo, en mi oficina, si usted quiere. Ayude a los oficiales de información a hacer la que deben en este hospital. Dígame: ¿cuánta gente era?

—Entre pacientes y servicios, unos ciento veinte. La mayoría de aquellos pertenecían a las Brigadas Internacionales.

—Veo que estaba aquí un tal, un tal Ronald Howes... —comentó, echando la vista a unos papeles.

—Sí, creo que sí —repuso Blanca enrojeciendo. Pensaba que si alguna de sus compañeras delataba la relación que ella había tenido con el inglés, o el oficial había sido informado de ella, sus protestas de lealtad y todo cuanto aparentaba podía ser puesto en entredicho.

—¿Qué tipo de hombre era?

—¿Qué quiere decir?

—Si hablaba con la gente, si se interesaba por las cosas que ocurrían, en fin, de qué sujeto se trataba...

—No hablaba mucho. Siempre estaba leyendo.

—Es un tipo de cuidado —comentó el oficial, como si le conociera.

Blanca, que durante todo el diálogo había sentido que se le aceleraba el pulso, para evitar que la conversación se prolongara pretextó algo que hacer en la sala quirúrgica y salió hacia allá.

Empezó a pensar cómo habría dado con ella el seminarista; dónde podía haber hablado de ella con Máximo y si este se hallaría cerca o lejos del hospital de Tarne. Había creído que nunca más oiría hablar de él, pero se había equivocado.

El seminarista recordaba por su cuenta aquel episodio.

Estaban discutiendo en la ermita de San Julián del Cerro si enviar alguien a Tarne, para enterarse de lo que había ocurrido en la ciudad. Los propios heridos daban nombres de las personas que en el hospital podrían ayudar, no solo para informar de la situación, sino eventualmente para entregar algunos medicamentos y hasta un poco de comida. Uno de los heridos, un francés llamado Jean Leonard, citó el nombre de Blanca.

—¿Blanca? ¿Blanca has dicho? —inquirió el seminarista.

—Sí. La amiga de Ronald Howes, el inglés de la barba roja.

En los días siguientes, Máximo fue madurando su plan. Se trataba de interesar a

sus compañeros en el rescate de la enfermera. Para Crisóstomo y su camarada no había problema. La curiosidad, la vertiente erótica del asunto, el espíritu de aventura garantizaban por sí mismos la adhesión de los seminaristas a cualquier proyecto de apoderarse de la mujer. Eran los otros, los extranjeros, los italianos y también el francés y un compañero suyo yugoslavo, llamado Stefan Milik, que querían juntarse al grupo, los que presentaban alguna dificultad. Pero Máximo logró interesarlos en el rapto.

—O mucho me equivoco, o esa tipa debe de ser alguien muy importante entre los fascistas. Cuando estuvo en Teruel la visitaba un tío suyo que era pariente de un general o algo así; eso me lo contaron en el hospital de donde la saqué. Esa mujer tiene buen precio. Si conseguimos raptarla conseguiremos con ella ganar mucho dinero, o bien obtener buena compensación.

Los dos comunistas recién incorporados aguzaron el oído.

—Si hay que raptarla, mejor será que probemos antes si ella es capaz de venir por las buenas.

—¿Por las buenas? ¿Tú crees que ella vendría por las buenas?

—Es posible. Le haremos creer que la llama desde aquí el inglés; en una palabra, que está con nosotros y que quiere verla.

—¿Qué tiene que ver el inglés con ella?

—Estaban todo el día dándose la lengua, que yo les he visto. Y hasta oír una noche cómo él le prometía que vendría a buscarla antes que acabara la guerra. Ella le escuchaba encantada.

—¡Si será p...! —se lamentó Máximo lanzando un escupitajo—. No se hable más. ¿Quién irá a convencerla?

—Yo mismo —se ofreció Crisóstomo.

Entre tanto, la vida del hospital se fue organizando bajo el nuevo mando. También fue renaciendo la vida en la pequeña ciudad. El frente quedó alejado de su contorno y los antiguos resortes de la vida social fueron animándose bajo el mando nacionalista.

A los pocos días de pacificada la zona fue nombrado alcalde de Tarne don Remigio Núñez, el que había estado en el monte con don Nicanor, el cual tomó posesión a su vez de la iglesia local. Ambas personas se resarcían de sus días de exilio y de intemperie con la organización de diversos actos patrióticos. El primer acto que organizaron fue un solemne tedeum en la iglesia, con homilía pronunciada por el monseñor, que puso de manifiesto en ella una gama de sus mejores recursos oratorios.

—Las huestes del Maligno, que entenebrecieron los días de esta muy ilustre y leal ciudad, no han salido aún del perímetro de Tarne. No basta con haber sacudido a la villa del yugo de los rojos; no basta con haber apagado la hoguera. Ahora hay que aventar las cenizas, para que no quede rescoldo humeante de la perversidad. Las almas puras de las doncellas, el espíritu candoroso de los jovenzuelos, han de ser levadura de caridad y de bien, para que nunca más pueda volver a prender la semilla



del mal. Venid, acercaos al Sagrado Altar, almas sencillas, arrodillaos ante el Sagrado Misterio y expresad con vuestra devoción el santo anhelo que anida en vuestros corazones. Orad por vuestros hermanos, héroes de la sacrosanta España, que derraman su sangre con el mismo impulso que tuvieron las figuras legendarias de un don Juan de Austria, de un Hernán Cortés, de esa raza de conquistadores y de guerreros que otrora llevaron el mensaje de la Cruz a los cinco continentes...

Una onda de emoción sacudía el pecho del auditorio en pleno cuando el cura, ascendido a fuerza viva, rememoraba los días adversos de la estancia en el monte.

—Allí, a merced de las fuerzas ciegas de la naturaleza, sin un techo bajo el que cobijarse, sin más colchón que el duro suelo donde durmiera el pueblo de Israel en su éxodo hacia Egipto, pasamos los días y las noches de nuestro castigo, muchas veces sin un mendrugo que llevarnos a la boca y sujetos a todas las plagas del Apocalipsis. Dios ha querido, en Su infinita misericordia, que sobreviviéramos a semejante prueba. Dios fue misericordioso para muchos de nosotros, y particularmente para el señor alcalde y la humilde Reverencia que os habla. Dios quiso demostrar de nuevo, a través de nuestra persona, que las fuerzas del infierno no prevalecerán. Y no prevalecieron, antes bien, tuvieron que huir espantadas por el arrojo de nuestros bravos soldados nacionales, que entraron en Tarne llevando desplegada la bandera de la tradición, que es la bandera de Cristo Rey.

A don Nicanor los chiquillos del pueblo le llamaban San Cristobalón, y por su enorme corpulencia a veces coreaban a su paso una canción popular que decía:

*San Cristobalón,  
patazas, manazas,  
cara de c...*

En estas ocasiones don Nicanor se enfurecía y empezaba a dar voces contra los chiquillos, a cuyo «espíritu candoroso» ya no volvería a aludir en sus homilías.

Con su nariz prominente y sebosa, su calva reluciente en mitad de los mustios pelos que tenía a cada lado, y que con la liberación había vuelto a teñir, y su voz potente y gangosa, atronaba el aire de anatemas contra todos aquellos que se negaran a la labor redentora. Su furia se desataba, sobre todo, contra don Eugenio y don Miguel, los diputados de Izquierda Republicana nacidos en Tarne, librepensadores y masones. Ambos señores habían huido hacía tiempo, pero la memoria del clérigo era muy viva.

—Dios ha de pedir cuentas a los que, por ambición o por ignorancia, hicieron posible la hecatombe. Dios los sumirá en el mayor de los castigos, siempre que ellos se resistan a hacer, a su tiempo, abjuración de los errores que han cometido. No hay quien pueda huir de la vara justiciera de Dios. Ella se abatirá contra los autores de los pecados y en especial del pecado de escándalo.

De pronto corrió por la localidad la noticia de que en el monte seguía viviendo

una partida de desertores que tenían amedrentadas las casas de labor de la comarca. Don Nicanor fue a ver al capitán y se puso a sus órdenes para efectuar una batida en terreno que conocía tan bien.

—Si son los que pienso, yo puedo desarmarlos. A menudo se obtienen más beneficios de una buena elocuencia que del uso de la fuerza. Autoríceme a subir al monte con un piquete de soldados, que conmigo no se verán en trance de usar las armas.

El capitán le autorizó a acompañar a los soldados. Él mismo iría al mando de un pequeño pelotón. Don Nicanor podía sumarse a la descubierta.

Pero la partida hizo el viaje en balde. Después de recorrer una buena porción de la montaña no consiguieron dar con los desertores, a pesar de que el arcipreste los llevó a los lugares en que había pasado su exilio montaraz. En ninguno de aquellos sitios se descubrió rastro de la partida de vagabundos. A la vuelta entraron en la ermita de San Julián del Cerro; penetraron en las ruinas de la iglesia y en el cementerio sin encontrar huella del clan.

Lo que ocurría era que Máximo, informado de la presencia de Blanca en Tarne, había abandonado sus antiguos cuarteles para acercarse a Tarne sin que nadie se diera cuenta. Su grupo había sido aumentado con la presencia de los dos nuevos elementos: el croata Stefan Milik y el francés Jean Leonard. Todos ellos habían urdido entrar al atardecer en Tarne, dar con Blanca en el hospital y llevarla consigo a lomos de un caballo que los nuevos elementos habían aportado a la comunidad. En aquel caballo la trasladarían a un paso abrupto de difícil acceso, en mitad del Maestrazgo, al que había decidido ir a parar.

Estaban refugiados en una casa de campo en la meseta que dominaba Tarne, junto al bosque. La familia que habitaba la masía había huido, y no quedaba en ella más que un solo hombre, un anciano que no había querido moverse y que los dejó dormir en el pajar a cambio de que fueran a cazar de vez en cuando alguna pieza o que le trajeran del río alguna carpa que llevar a la sartén. El viejo se llamaba Anselmo.

Stefan y Jean salieron una tarde con el caballo. Llevaban en el bolsillo cada uno su pistola, que no mostrarían a nadie. Al llegar al hospital se metieron en la sala en que estaba Blanca. Esta no tardó en llegar. La llevaron a un lado y le dieron un supuesto recado de Ronald.

Ella pareció titubear. Estaba demasiado tranquila entonces para jugar con su situación de un modo tan elemental. Primero quiso saber qué era lo que Ronald quería de ella.

—Ha vuelto exclusivamente para verte —le dijo el francés en su idioma—. Todo lo tiene en regla para llevarte consigo.

Blanca los miró a la cara. Pareció adivinar la falsedad de su treta o no quiso caer en ella. Les dijo:

—Decid a Ronald que no puedo ir con él. Que le deseo mucha suerte, pero que vuelva con los suyos. Su camino y el mío no pueden encontrarse.

Cuando los dos emisarios regresaron a la masía y expusieron a Máximo el resultado de su gestión, este pareció fuera de quicio.

—Perra maldita, mala p... Que no es este su camino... Ya verá qué camino la hago yo seguir...

Aquella noche, a lomos del caballo, llegó Máximo hasta el hospital. Iba amparándose en los muros de las casas con extremado sigilo. Entró en la sede hospitalaria saltando por la verja al jardín. Quedó pegado a los muros de la tapia hasta que vio que se iban apagando las luces de las distintas salas. No quedaron más que unas cuantas velas, una en cada uno de los departamentos. Miraba por la ventana de uno de ellos y de pronto vio a Blanca, que andaba por la sala y se acercaba a una de las camas, con una jeringa de inyectables en la mano. Luego, la enfermera salió de la sala.

Pasó gran parte de la noche adosado a la pared, con la mirada fija en el interior de aquella sala. Antes que se hiciera de día, Máximo saltó por la ventana al interior. Los heridos dormían cada uno en su cama. Se trasladó sin hacer ruido hacia el centro del edificio. Al abrir la puerta del vestíbulo vio a una enfermera muy joven que estaba leyendo un libro a la luz de una pequeña lamparita, en una mesa cercana a la puerta de entrada.

De pronto, al otro extremo del vestíbulo vio una puertecilla que se abría y por ella entró Blanca, que se aproximó a la enfermera de la mesilla. Empezaron a hablar en voz baja.

Era su momento. Saltó de su escondrijo y se abalanzó sobre la joven enfermera, a la que dio un golpe en la cabeza con la culata de su revólver. Cayó desvanecida, sin pronunciar palabra. Máximo vio ante sí la mirada entre asustada y sorprendida de Blanca. Al mismo tiempo le tapó la boca para que no pudiera chillar. Forcejeaba con ella. Sacó de su bolsillo un largo pañuelo, pero no conseguía cubrir sus dientes. Blanca le mordía en la mano.

Al sentir el olor inconfundible de su cuerpo, pese al formol y a las drogas, pensó que ella había sido la que le había echado del vagón a la cuneta y que por ello no tenía derecho a vivir. Cruzó un instante por su cabeza la idea de matarla, pero al sentir la palpitación de su carne y el vigor excitante de su forcejeo decidió mantener su propósito y llevarla consigo. Empezó a golpearla en la frente, en la sien. Logró pasar el pañuelo alrededor de su boca y tapársela con todas sus fuerzas.

Pronto la tuvo totalmente amordazada, la derribó al suelo y, sentándose a horcajadas sobre su espalda, con un trozo de cuerda que llevaba en su bolsillo le ató las manos por detrás. Ella forcejeaba y lanzaba quejidos y gritos que quedaban ahogados por la presión de aquella especie de bozal que atenazaba su boca. No obstante, el tumulto que se había originado en la lucha debió de haber desvelado a alguno de los enfermeros, porque uno de ellos abrió la puerta por la que Blanca había entrado. Quedó estupefacto al ver a Blanca en aquella situación y, después de una indecisión, se acercó a Máximo dispuesto a luchar. Parecía un simio que se dispusiera

a atacar, metido en la bata blanca de enfermero.

Pero Máximo, sin decir palabra, había sacado de su bolsillo la navaja y la manejaba de cara a él. Se le vio dar un golpe veloz, de abajo arriba, y al enfermero hacer un gesto de dolor, contraerse y llevar sus brazos junto al vientre, para protegerlo. La bata empezó a teñirse de sangre y el enfermero dio un tumbo y cayó ovillado sobre las multicolores baldosas del suelo.

Blanca se debatía horrorizada; pero entonces, al ver la sangre, no resistió más, se dejó conducir; avanzaba con un paso indolente, dando traspiés, hacia el exterior del hospital. Máximo la iba empujando, mientras con el cañón de la pistola le daba golpes en la espalda para que avanzara.

El caballo estaba atado a un poste de conducción eléctrica, justo a la entrada del hospital. Máximo puso a Blanca doblada sobre la silla y trepó hasta ella desde el estribo. Luego obligó a Blanca a que se sentara, las dos piernas a un lado, y aguijoneó al potro con los talones, que golpeaban sus ijares. El caballo empezó a galopar.

Cuando salieron del pueblo el horizonte empezaba a clarear con luz lechosa. Los bultos del camino empezaban a cobrar una rotundidad majestuosa. Se advertía el macizo de jaras y de brezos que coronaba la planicie, la extensión de la comarca puntillada de jaramagos y zarzales y el punto oscuro de algún árbol solitario, que emergía de la noche con los reflejos de plata de la escarcha y la humedad.

Al fondo se hallaba el rincón en que estaba la masía de Anselmo. Máximo sentía el cuerpo firme de la mujer en su tórax y lo apretaba contra sí con una fricción que era como una venganza. Sentía sobre su epidermis el roce benigno que hacían los cabellos de ella y mordió un mechón que bailaba en su nuca frente a sí. El caballo trotaba por la campiña, casi oscura y solitaria.

Descabalaron a la puerta de entrada de la masía. Los otros estaban durmiendo en el porche. Cuando llegaron, Enzo, el italiano, abrió los ojos.

—*Porca miseria... É venuta con lei...*

Los otros fueron despertando, conjurados por estas exclamaciones. Se fueron acercando a Blanca. La miraban como se mira a un fenómeno sobrenatural, a una especie de diosa. El más asombrado era Crisóstomo. Su cutis, quizá por el cierzo mañanero, se había aureolado y presentaba un tinte carmín muy vivo, que le daba un aspecto de bebé. Quiso llevar la mano a la mejilla de la enfermera cuando Máximo le quitaba el pañuelo que cubría su boca.

—Alto ahí —conminó el anarquista, al tiempo que daba al seminarista un bofetón que le hizo tambalearse—. Eso se mira, pero no se toca. Al que intente rozarla...

—¿Qué? —preguntó bravucón el croata Milik desde el otro lado.

—Esto —indicó Máximo, abriendo de golpe la hoja de su navaja, que centelleó un instante a la luz del crepúsculo, ya del todo viva.

Blanca se mantenía erguida, con las manos atadas a la espalda. Le había pasado ya el miedo, la zozobra que sentía en el hospital desde que se enteró de que Máximo la rondaba de nuevo. Le tenía enfrente y ya no le daba miedo. El hombre se le acercó

con paso hosco.

—Conque ¡ya lo ves! El mundo es pequeño. El mundo es como un pañuelo. ¡Quién te había de decir que volveríamos a encontrarnos! ¿No es así?

La miraba mientras daba una vuelta lentamente alrededor de su cuerpo, como un escultor que contempla su obra.

—Pero esta vez no me confiaré. Esta vez te tendré atada hasta que se te rompan los huesos. ¿Lo entiendes? ¿Lo entiendes bien, guapa?

Y acercaba su rostro al de la enfermera, que le miraba a los ojos sin cejar.

En un momento determinado Blanca escupió fuertemente contra la cara de él. El salivazo se derramó por mejillas y barba y pendió de sus labios amarillentos, que olían a tabaco y a hojarasca.

Le dio un guantazo y el cuerpo de la enfermera fue a parar al suelo. Pero luego Máximo se echó a reír. Todos le corearon; pronto las risas atronaron la mañana que nacía, fueron como un manantial que no se puede contener. Al cabo de un rato, Máximo cortó en seco aquellas explosiones.

—Basta, amigos. Para traerla, en el hospital he tenido que pinchar a uno. No creo que palme; por algo está en un hospital. Lo que tenemos que hacer es poner punto y aparte, ¿entendido? Hay que ahuecar el ala, marchar cuanto antes. Yo me voy ahora mismo con ella y vosotros, cada uno a su aire, vais acercándoos. Me llevo el caballo.

—Alto ahí —interrumpió Stefan—. El caballo es mío. Y soy yo quien dispone lo que se vaya a hacer con él.

Todos le observaron. Máximo le miraba con encono.

—Y he aquí lo que va a hacerse con el caballo. Que sirva solo para la señorita. A ver si aprendes modales de una vez. Todos volvieron a reír.

—Vamos, pues. ¿En marcha?

—En marcha, andando.

Y uno tras otro, en fila india, empezaron a andar por los riscos, camino del Alto Maestrazgo.

## IX

MIGUEL LLOBET llevaba ya dos meses en la posición de la orilla del Ebro. Acababa de escribir una carta a Carlos Rius comunicándole todo lo que le había ocurrido desde que se despidieron en Burgos. Las impresiones que le daba en esa carta eran, por fortuna, las de un superviviente. Le decía que, a pesar de haber visto morir a muchos y a pesar de haber estado él mismo expuesto a morir en docenas de ocasiones, le escribía en la calma bucólica del parapeto, viendo como más abajo discurrían hacia el mar las aguas del Ebro. «Ante este paisaje —escribió—, siento como si me encontrara muy cerca de mi casa. Esto da una inmensa alegría, sobre todo cuando se viene de tierras heladas, de las que todavía me extraña ahora haber podido salir con vida. Y, sin embargo, aún falta un buen trecho para que entremos en casa. Cuando veo a los otros detrás de sus parapetos y pienso en lo difícil que va a ser cruzar este río, estoy a punto de desesperarme. Pero, en fin, también es cierto que cada día que pasa nos acerca más al final y a la normalidad. Lo que siento es que tú no puedas estar también por estos parajes, para que puedas compartir la ilusión de estar “cerca de casa”. Algún día será...».

Lo que Miguel Llobet no sabía era lo cerca que estaba de que se produjeran en aquella zona hechos imponderables y de la mayor enjundia. En efecto, desde hacía unas semanas se había observado en determinados puntos del frente una inusitada y solapada actividad.

Por allí comenzó a circular el rumor: cerca de Cherta habían sido vistas en un fondeadero medio oculto centenares de barcas; en las proximidades de la isla de Buda estaban camuflados —el sargento Robles había recibido carta de otro sargento desde dicho lugar— pontones y pasaderas en número no determinado; «se decía» que al otro lado del río habían sido descubiertas en despliegue velado hasta ocho divisiones, aparte de las fuerzas que estaban ya en las posiciones. Enfrente mismo de su parapeto, mirando al otro lado se advertía que aquella unidad a la que se veía moviéndose como si fuera una unidad de gimnastas, lo que estaba haciendo eran ejercicios tácticos y de entrenamiento para constituir un batallón de desembarco. Y lo que estaba pasando ante sus narices, al otro lado del río, eran unas cuantas unidades de artillería antiaérea, en número tal que lo que se estaba preparando sería con seguridad un fregado de los gordos. Lo que faltaba: la noche anterior habían cogido prisionero a un soldado que era nada menos que sirviente de *El Campesino*. Afirmó que lo que estaban preparando era un ofensiva por el bajo Ebro; el ataque se produciría durante la noche y sería precedido de un violentísimo golpe de mano.

Pero pasaba una noche, y otra, y otra, hasta ocho y diez noches sin que el temido pero ansiado ataque se produjera. ¿Habrían desistido de él? ¿Habrían echado marcha atrás, como tantas otras veces? Sin embargo, los rastros e indicios de que algo se

estaba cociendo no cesaban de manifestarse; los prisioneros y fugados certificaban que algo estaba en el horno; nuevos puentes habían sido preparados y descubiertos al otro lado de la corriente; la aviación había avistado movimiento de tropas, carros de combate y tanques a veinte kilómetros hacia el interior. El nerviosismo acrecía. ¿Dónde, cómo, cuándo? ¿Y qué hacía el mando, que no enviaba refuerzos? ¿Esperaba a que los rojos machacaran a las pobres fuerzas baqueteadas de la orilla? ¿Cómo no llamaba ya, en socorro de estas, a algunas de las unidades del interior, o detenía un poco la ofensiva contra Valencia, para asegurar aquellas posiciones de la orilla tan gallardamente ganadas hacía poco?

Los días caliginosos de julio se pasaban en esta espera, y los soldados, empapados en sudor, envidiaban desde la trinchera la libertad de las gaviotas, vencejos y palomos que sobrevolaban con un vuelo sesgado las aguas marrones del río. Ojalá cada uno de los soldados pudiera gozar tan libremente del aire y zambullirse en las aguas próximas, en las que refrescar la piel y aliviarla de sus angustias. Por la noche, la luna de julio lanzaba a todo el panorama del cauce el reflejo casi níveo de su luz y exaltaba los contornos de las cosas y les daba una calidad irreal, como de fantasmas. Esa luna fue decreciendo y se perfilaron de nuevo en el cielo, clarísimos, los fulgores de millares de estrellas, centenares de millares de puntitos de luz blanca, que ornaban de un lado al otro la vastedad de la bóveda. A la luz de esa miríada se hacía más hondo el rumor del agua en su viaje ciego hacia el mar, y un coro infinito de grillos se desleía en la vastedad de la campiña, hacia el monte.

Una de aquellas noches de finales de julio superó a todas las otras en expectación y misterio. Fue la noche del 24, víspera de Santiago; si en las anteriores parecía ya que el aire pudiera cortarse, pero aún se sentía balbucear algunos de los infinitos rumores de la noche; si en las jornadas precedentes los grillos y las luciérnagas aún vivían en la vasta inmensidad; si aún era posible oír de vez en cuando el silbido de un tiro perdido; si espantaba los aires el aleteo inesperado de un búho o se oía el rumor del agua al discurrir hacia el mar, la noche del veinticuatro de julio, en cambio, se cerró como si nada existiera, como si el mundo hubiera dejado de vivir. Un silencio absoluto y total se cernió sobre todas las cosas. No se oía ni el rumor del agua, que parecía que hubiera detenido su curso, ni el aleteo más mínimo en los cielos, ni el ruido de unos pasos o de una voz. Parecía que todos los hombres hubieran muerto de pronto, que todo estuviera sujeto a una especie de suprema ingravidez. Los ojos de los centinelas se tendían hacia adelante con una voluntad espantada. Nadie era capaz de escudriñar en la sombra aquella vez. Y todos, en la palpitación íntima de su silencio, pensaban que sí, que aquella iba a ser irremisiblemente la fecha temida y esperada; y en la soledad de su noche, se santiguaban a oscuras y empezaban a rezar.

En la caverna montañosa de La Figuera, abierta en la cumbre sobre los montes y sobre el llano, unos cuantos personajes velaban su guardia en la espera. Estaban allí el coronel Modesto, artífice de aquel escondrijo y de la batalla que iba a venir; Nicolás Borredá, con una punta de angustia que alteraba mínimamente el latido de su

corazón maltrecho; Ronald Howes, recién llegado de Londres, donde había pasado quince días ilustrando a reporteros y jefes de agencia sobre lo que se estaba cociendo, y media docena de enviados especiales, árbitros del telegrama y de la noticia urgente, que estaban aguardando allí, con un *whisky* en la mano, a que los cañones empezaran a zumar. Todos estaban esperando en la oscuridad a que empezara el gran combate.

A las doce menos cuarto en punto de la noche —los corresponsales miraron el reloj— empezaron a sonar al unísono todas las baterías del frente. El rumor sonaba como un solo estrépito continuado de centenares de proyectiles que cayeran a la vez, al otro lado del río. Tardaron un rato en localizar las señales del ataque. Pero pronto se vio desde Mequinenza a Cherta y más allá, la roja cenefa que dibujaban sobre las orillas del río las explosiones, que empezaban a teñir con un lustre rojo los aires oscuros. Su reflejo, granate y oro, dejaba espejear sobre las superficies de las aguas una luz que subía y bajaba, levantando en algunos lugares pirámides de polvo, que quedaban un instante detenidas en el aire para precipitarse luego y caer. El espectáculo era colosal y los corresponsales se acercaron a Modesto, le felicitaron y brindaron con él. El coronel lo hizo con un vaso de vino tinto.

—Con la batalla que hoy empieza, señores —afirmó, vaso en alto, Nicolás Borredá—, la República va a cerrar definitivamente el paso a las fuerzas reaccionarias y fascistas. Hoy es un día histórico; y confío en que ustedes, que han tenido el privilegio de presenciarlo, sepan valorar el significado que tiene para todo el mundo libre.

Ronald Howes tradujo estas palabras, que fueron escuchadas por los corresponsales con unción, como si fueran sagradas. Luego Borredá se llevó a Howes al otro lado del departamento, que era una sala amplia con muros de hormigón; sobre una mesa, ante la que se hallaba Modesto, estaban desplegados mapas y papeles; junto al muro había dos camas turcas. Unos soldados guardaban el acceso al exterior.

—Tenemos que acompañarlos a que presencien el paso del río. Pero antes será conveniente que envíen un telegrama urgente, para que coja la última hora de los diarios de la mañana. Hay que darse prisa.

La ofensiva estaba, pues, orquestada de acuerdo con los horarios de la prensa. Borredá rebosaba a la vez de nerviosismo y satisfacción. Cierta excitación le aturdió cuando comparaba la calma y la aparente indiferencia del inglés con la desazón que sacudía su propio estado de ánimo. Hubiera querido estar a la vez en una de las barcas cruzando el río, ante un micrófono comunicando las noticias y con un fusil en la mano, apoyando el avance de los atacantes.

En aquel momento se oyó por encima de sus cabezas un ruido espantoso. Eran los aviones, que venían a sumarse a la acción de la artillería.

—¡Ya era hora! —exclamó Borredá, a punto de lanzar un hurra. Ronald Howes, a su lado, dio una chupada profunda a su cachimba, expelió una bocanada de humo y declamó con lento susurro unos dolientes versos de John Dryden:



*No, no, poor suffering heart, no change endeavour,  
choose to sustain the smart, rather than leave her;  
My ravish'd eyes behold such charms abouther  
I can die with her, but not live without her...*<sup>[1]</sup>

—¿Qué? ¿Nos vamos hacia abajo? —le preguntó Borredá, impaciente.

Sin dejar de declamar, Ronald Howes accedió con la cabeza. Subrayaba el énfasis de ciertos pasajes del poema con movimientos de la pipa que humeaba en su mano.

Observaron una vez más por la mirilla del observatorio. La fogata que se veía en las lindes del río parecía que crepitara a todo lo largo de una inmensa extensión de norte a sur. Parecía verse sobre ella la sombra que hacían los aviones que cruzaban por encima a velocidades increíbles.

Junto a la silueta del río, que brillaba con reflejos de luz intensa, iban estallando las bombas que lanzaban los aviones, levantando una masa irregular de tierra que se elevaba a borbotones en la oscuridad.

Al otro lado del río no se sabía qué hacer. No por esperada la embestida daba demasiadas oportunidades a la réplica. Las tropas que guarnecían la orilla estaban fogueadas y habían llegado allí tras una intensa campaña y muchas horas de combates; los hombres estaban adiestrados en la lucha y ninguno de ellos, a buen seguro, le haría remilgos a un acto de guerra. Pero la violencia del ataque era superior a todo lo que hasta entonces habían sufrido. La intensidad era cosa inédita en los anales de aquella guerra. Los soldados bajaron la cabeza y aguantaron el chaparrón. Lo único que faltaba saber era si, en efecto, las tropas republicanas hacían aquello para pasar el río y en qué momento se decidirían a hacerlo.

Pero a la luz misma de las explosiones se veía en la otra orilla un movimiento incesante, aturdidor. Los hombres se movían a trechos, como en los fragmentos cortados de un filme. Y lo que los soldados vieron es cómo los otros iban situando en las orillas una aglomeración de barcazas; cómo subían a ellas las plataformas de un puente; cómo iban avanzando a través del río, sobre la superficie de él; cómo algunos soldados, con el agua hasta el cuello, nadaban contra corriente con el brazo levantado, en cuya mano sostenían el fusil. Entonces se empezó a vislumbrar el alcance completo de la operación. Era un intento de invasión en toda regla, llevado a cabo con el mayor número de elementos disponibles: era la revancha, la vuelta de hoja, la reivindicación del ejército de la República. ¡Cómo! ¿Qué era aquello? Una hilera de tanques y carros de combate se encaminaba hacia el norte y allá, a lo lejos, se advertía la mole siniestra de un pontón, levantado por los rojos en el poco tiempo en que duraba el combate. Si entraban los tanques, ¿dónde iríamos a parar?

—Venga usted aquí, Llobet. El Estado Mayor no responde a nuestros telegrafistas. Tome este papel. Vaya a ver si puede llegar a Fayón o a Caspe. Entregue esto al Estado Mayor, a ser posible al propio general Yagüe. Dígales que estamos bloqueados. Las tropas rojas han cruzado el río y están a nuestras espaldas. Diga que

envíen refuerzos con toda urgencia. Nosotros vamos a ver si conseguimos forzar el cerco y saltar hacia atrás; diga también que no nos rendiremos.

Era un capitán, el capitán Sieso, un catalán, quien había elegido a última hora a Miguel para transmitir el parte. Miguel Llobet contempló por última vez el espectáculo de aquellos cien hombres apiñados en el parapeto, disparando a ciegas contra las aguas del río, mientras alrededor crepitaban maderos, bidones y muros en mitad de la lucha. A muchos de ellos los conocía de los ratos de asueto en los pueblos de Teruel en que habían parado; los había visto durante el avance, con la mirada tranquila y el ánimo distendido, canturreando una canción. Estaban carcomidos por la incertidumbre, atados a su destino sin acertar a doblegarlo. En sus rostros morenos había una marca de desesperación y derrota. Bajo los ojos, parecía que unas inmensas ojeras alargaran la faz del capitán que acababa de darle aquella orden misericordiosa. «Es catalán —pensó— y quiere evitarme el trance de caer prisionero de los rojos. Pero ¿a él quién lo salvará?».

—Ánimo, Llobet. No pierda un minuto.

Saltó del parapeto y entró en la oscura noche, toda ella relumbrante de fogatas y destellos. Una bomba acababa de caer en las casas bajo las cuales se disponía a cruzar para alcanzar el campo libre. Los escombros le impedían el paso. Pisaba por encima del pedregal, alcanzaba la cumbre de aquel pequeño promontorio. Luego resbaló y fue cayendo irremisiblemente, hasta alcanzar el suelo llano. Una nueva explosión se encendió a su derecha y hasta le pareció sentir el calor de las llamas. Echó a correr hacia delante.

Durante todo el camino no dejaron de perseguirle las explosiones. Al llegar a la carretera un enjambre de camiones pugnaba por salir y él se lanzó a la caja de uno de ellos, sin pensar en más. El camión avanzaba muy despacio. Un hombre se acercó a él, enfocó su cara con una luz de bolsillo y le preguntó que quién era.

—Voy a Fayón. Llevo un mensaje de la Segunda Compañía del Batallón de la Victoria.

—La carretera a Fayón está cortada, amigo.

—Pues entonces voy a Caspe.

—Si quieres darte prisa, en cuanto salgas de este embrollo coge otro carro. Nosotros vamos en caravana.

—Así lo haré.

Y empezó a observar que estaba amaneciendo. Los muros de las casas de payés aparecían cortados y carcomidos por las explosiones. Empezaba a clarear y de pronto sintió otra vez sobre su cabeza el zumbido estruendoso de los aviones. Estos pasaron y luego volvieron a pasar, mucho más bajos. Sintió la embestida de un viento terrible; sintió que saltaba por los aires y luego una explosión horrenda, cuando ya estaba de bruces en la cuneta. Levantó la cabeza y vio a su compañero, que estaba tendido en un charco de sangre; movía torpemente los dedos de una mano ensangrentada. Se levantó con lentitud, como un hombre que ha sido sorprendido en mitad de un sueño.

No recordaba nada, ni que llevaba en el bolsillo de la camisa un mensaje para el general. Caminaba dando bandazos por la carretera como un borracho, pero no estaba herido. Notó que todo su organismo funcionaba con normalidad, que no sentía ningún dolor y que en parte alguna de su cuerpo brotaba sangre. Entonces empezó a recordarlo todo. Estaba en mitad de una ofensiva de los republicanos y llevaba un mensaje para que lo leyera en Caspe el general; se dio cuenta también de que no había perdido el fusil. Lo tenía en la mano. Avanzó hacia el norte.

Caminaba a campo traviesa para ahorrarse las vueltas de la carretera y para reducir el trayecto que le separaba de Caspe. Veía por el camino la muchedumbre de vehículos, el paso ajetreado de la gente que avanzaba a pie o en coche en una u otra dirección. Además del fragor de los tiros, se oían gritos, voces y ayes de los transeúntes, junto a trepidaciones de motores y alaridos de cláxones. Todo ello se fundía en la media tiniebla de la alborada y formaba un conjunto de sensaciones indivisibles. De vez en cuando cruzaban el cielo, atronándolo con su estampido, las veloces escuadrillas de la aviación.

Volvió a tomar su ruta en la carretera, que se tendía otra vez en línea recta. Estaba clareando. El ruido de los disparos y de las explosiones parecía mezclarse al rumor sutil, solapado de la vida que vuelve a empezar. Se mezclaba al tumulto de coches, motocicletas y carros de combate que iban o venían por ella en una u otra dirección. El mundo que amanecía era distinto al mundo que le había precedido. Las casas de los pueblos de la orilla estaban desventradas; ofrecían el espectáculo de sus piedras carcomidas, de sus muros calcinados, como si fueran enormes quijadas abiertas; el agua del río arrastraba restos de maderos y vigas, simulacros de vida calcinada, utensilios de cocina, muebles de madera y el brazo de algún cadáver que emergía, como un naufrago inmóvil, en la superficie. Muchas de las casas de los pueblos eran una llama que se extingue. El fuego se encrespaba en la luz del amanecer, luego decaía y no mostraba más que una densa humareda. Miguel Llobet avanzaba mientras iba contemplando por todos lados la trágica desolación.

De pronto paró a su lado un hombre en una motocicleta. Era un enlace del Quinto Tabor de Regulares de Melilla. Se había detenido para aguardar a que pasaran unos camiones que venían en dirección contraria. Miguel le abordó.

—Llevo un parte del Tercer Batallón de la Victoria, de Villalba de los Arcos, para el Cuartel General de Caspe. ¿Me puedes acercar? Es urgente.

—También yo voy para allá. Sube.

Se sentó detrás del sillín, sobre el hule de una almohadilla. La moto arrancó zigzagueando entre los vehículos. Por todas partes se advertían las huellas de los bombardeos y el acoso de las tropas republicanas. Cada nuevo paisaje traía consigo su peculiar desolación. Por todas partes se veía el espectro de las grandes humaredas que tiznaban el aire y se olía un aliento acre y tostado de ceniza, escombros y podredumbre.

A la derecha, el río se torcía en innumerables meandros, con riscos, quebradas y

gargantas contra las que el agua ponía al pasar un residuo de légamo y basura. El fragor de la batalla no decrecía, antes bien parecía aumentar. Por la carretera, en los camiones, pasaban los soldados camino del interior. Iban sangrando en los uniformes y apretados en los vendajes y despedían un olor tétrico que daba una imagen siniestra al pálido amanecer. Uno de aquellos heridos saltó del camión con una pierna vendada y teñida de rojo, y empezó a avanzar a saltos sobre un pie por la superficie asfaltada, dando unos gritos pavorosos. De pronto un tiro debió de abatirle, porque cayó de bruces y no se incorporó.

Así fueron avanzando hasta que la carretera se desvió al interior. En la orilla opuesta, más abajo, aquella misma hora era el momento elegido por Nicolás Borredá para cruzar el río.

Borredá hubiera querido hacerlo a pie, por uno de los pontones que acababan de ser tendidos, pero en aquel momento era usado por las tropas para llevar a término el cruce previsto. Los soldados se sucedían uno tras otro y caminaban sobre el puente recién tendido con el fusil en la mano, sin miedo al contraataque. Unas balas batían las aguas del Ebro y se notaba su salpicadura en la corriente, pero ninguna de ellas alcanzaba el pontón.

Borredá, en compañía de Ronald Howes, decidió que cruzarían el río utilizando una barca de las que esperaban en el recodo y que estaban a cargo de unos soldados del Cuerpo de Ejército número XII, División 16, al igual que los primeros soldados que habían pasado al otro lado. Borredá mostró sus credenciales a uno de los soldados de la orilla y le ordenó que les llevara con la barca al otro lado.

Se presentó el capitán, vio los papeles y dio al muchacho la orden de hacerlo. Borredá y Ronald pusieron pie en la barca, que zozobró un instante en las aguas al sentir su peso.

El soldado cogió un par de remos y Ronald otro par. La barca empezó a avanzar lentamente por la superficie del río. La anchura de la corriente era considerable y en el momento de cruzarla se adivinaba el volumen de la operación, la audacia y la envergadura de la proeza que las tropas estaban realizando. Borredá levantó un brazo en dirección al capitán que le estaba observando en la orilla. Le hizo señas de que los otros podían ponerse en marcha.

En el acto, seis u ocho enviados especiales pusieron pie en otras dos barcas y, dejando la orilla, empezaron a navegar hacia ellos. El espectáculo que se les ofrecería sería soberbio. Desde el cauce se advertía en toda su dimensión la amplitud de la batalla. En la orilla opuesta, hasta que la vista perdía la realidad de las cosas, se observaba el rastro de las fogatas y explosiones. Los pueblos no eran más que una silueta carcomida, emergiendo y arañando las nieblas al amanecer.

Sin saber por qué, Nicolás Borredá sintió que advenía a su recuerdo algo relacionado con los *Nibelungos* de Wagner. Estaba en el Gran Teatro del Liceo y sonaban las trompetas profundas y los oboes lujuriantes. Un mundo heroico empezaba a nacer.

Bogaban hacia la otra orilla, empezaba el avance hacia el objetivo. En las ventanas de las casas de Mora la Nueva se distinguía la mancha negra de los cañones de fusil, aún vivos pese al castigo al que habían sido sometidos. De pronto empezaron a oír sobre sus cabezas los silbidos de algunas balas. Estas caían algunas veces dentro del río y levantaban hoyos en el agua, que lanzaba salpicaduras por doquier. Se levantaban aquí y allá diminutas cúpulas de agua. Algunas balas pasaban por la superficie como un reguero, imprimiendo por un instante en el líquido la huella de una lombriz velocísima. Esa forma huidiza que tenía la muerte aquella mañana encrespaba el ánimo de Borredá.

—Aún viven; aún están vivos. Pero están copados. Su defensa es desesperada. Antes de un par de horas estarán rendidos —gritó a su compañero el inglés, que, con la pipa en la boca, no cesaba de remar.

Los enviados especiales seguían en los otros botes, con caras de pocos amigos. Estaban empezando a pensar qué tipo insensato sería aquel Borredá que los había metido en semejante berenjenal sin necesidad alguna. ¿Qué empeño tenía en darle a la guerra esos visos realistas? ¡Cuando lo más hermoso de las guerras era imaginarlas desde el cuarto del hotel! ¿O pretendía que verificaran que los tiros en España eran tiros?

—Amigos, basta de bromas —dijo uno de ellos—. Eso se ve también perfectamente desde la orilla. Conque ¡demos la vuelta!

Ordenaron al soldado-barquero, con tumultuosa unanimidad, que los volviera a su punto de partida. Las dos barcas dieron media vuelta.

La barquita de Borredá seguía su avance por las turbias aguas. Ya se acercaba a su destino. A medida que la orilla se aproximaba se iba haciendo más difícil ser batido por los soldados nacionales. El saliente de un morro de tierra impedía el tiro desde los parapetos.

Entre tanto, con la luz del día, los soldados que habían estado apostados en el puente y que fueron lanzados hacia las posiciones nacionales, habían entrado, en sucesivas oleadas, en el interior de aquellas posiciones. Se advertía en algunas el movimiento del avance y la lucha; empezaban a salir de algunos puestos los soldados franquistas, que aparecían con las manos en la cabeza, en actitud de rendición.

—Lo que decía, Ronald. Se están rindiendo.

Era imprudente que la aviación atacara entonces, pues podría batir a las fuerzas propias. Borredá miró al cielo, vio pasar unos bombarderos y notó con satisfacción que se abstenían de lanzar sus bombas. «La operación está bien coordinada», pensó.

Ya iban llegando a la orilla. El soldado atracó junto a un saledizo en el que era relativamente sencillo poner el pie. Ató la proa de la barca en un madero que sobresalía de la orilla, y haciendo presión con el remo en el cauce del río acercó toda la embarcación para que sus pasajeros pudieran bajar.

En el momento de poner pie en tierra, Ronald Howes, acariciándose la barbilla y poniéndose la pipa en los labios, comenzó a recitar en un susurro:

*Sigh no more, ladies, sigh no more;  
men mere deceivers everp;  
one fool in sea, and one on shore,  
to one thing constant never...*<sup>[2]</sup>

Borredá se erigió en amo de la situación y en conductor de su amigo el inglés. Empezaron a franquear la empinada cuesta que les dirigía al centro del poblado. Iban arrimándose a los muros de una callejuela que subía en pendiente hasta la cima. Algunas de las casas de esa calle estaban aún en pie. En la calle transversal que coronaba la subida se advertía el paso de los soldados atacantes, que miraban a un lado y a otro con suspicacia y caminaban con sigilo, avanzando tras los cañones de sus fusiles.

Cuando llegaron a aquella calle tuvieron que pegar sus cuerpos a los muros derruidos de las casas. Las balas silbaban por allí que era una bendición. Vieron como dos de los soldados, que estaban cerca de ellos, caían heridos por plomo de bala. Pero otros se metían en el interior de las casas y sacaban de ellas a grupos de la tropa fascista, las manos en el cogote. El griterío era muy fuerte.

—¡Salid de ahí, malditos! ¡Ojo, las manos en alto!

Otros atacaban por la espalda a las trincheras que estaban sobre la corriente del río, serpenteando como su curso. Advirtió Borredá la cara de estupor de un grupo de soldados fascistas cuando fueron sorprendidos por los soldados republicanos. Uno de ellos, un oficial, empezó a disparar, no obstante, con su fusil ametrallador y fue acribillado. Cayó de frente sobre el parapeto, con la cara destrozada y sangrante.

El sol estaba ya plenamente en su orto e iluminaba de lleno la enorme explanada. Aquel sería un día claro, un día veraniego y caluroso, un día de sed en el que apetecería el agua; un día de sudor en el que sería justo buscar el resquicio por el que se filtrara un poco de aire fresco. Habría que andar en la sombra y con el pecho cubierto bajo el sol. Parecía que la tierra entera empezara a jadear. En los riscos y entre los jaramagos empezaba a tenderse una tenue y blanca calina sofocante.

En el poblado de Miravet, Llobet y el motorista tuvieron que apearse para ayudar a unos soldados que intentaban arrastrar una pieza del 65, la cual había quedado atascada en mitad de la plaza. Los tiros batían por doquier y la intención de los soldados era llevar la pieza hasta lo alto del castillo fortificado que dominaba la población. Los mulos eran incapaces por sí solos de llevarla adelante.

La retirada en aquel sector se estaba efectuando con dificultad. Los republicanos habían envuelto a Miravet por todos lados, menos por el camino a Gandesa, que quedaba libre. Miguel Llobet temía quedar atrapado en la población, si no conseguían alcanzar ese camino antes de que se cerrara el cerco. Por fortuna para él, en vista de la imposibilidad de llevar consigo la pieza, los soldados optaron por dejarla

abandonada en mitad de la plaza después de hacer estallar una bomba de mano en el interior de su cureña. Luego los artilleros subieron apresuradamente por la pendiente que llevaba al castillo, desde donde disparaban ya hacia el exterior los soldados que había en su interior y que se habían hecho fuertes allí. El motorista y Miguel volvieron a cabalgar en la moto y salieron disparados hacia el camino de Gandesa, que empezaba a ser batido por los republicanos.

Pero a medida que avanzaban les pareció que los soldados nacionales empezaban a resistir bien. Vieron también, en alentador vuelo, unas escuadrillas de caza de la aviación nacional, y luego los reposados bombarderos, que avanzaban en formación con una marcha pausada y sólida. El vuelo de estos parecía protegerlos cuando se introdujeron con la moto en las gargantas de la sierra de Pándols, que mostraba sus vetas de pizarra y de granito al sol y que parecía devolver sus destellos en mil reflejos de sus aristas y quebradas.

—Es inútil intentar llegar a Caspe. No pasaremos de Gandesa.

En Gandesa descendieron en la plaza en la que estaba instalada la oficina del Estado Mayor de la Brigada. La casa era también Comandancia Militar. Era una construcción de tres pisos, que hacía esquina a una calle más estrecha. Él y el motorista subieron por la angosta escalera hasta llegar a los despachos de la primera planta. Los recibió un oficial de los cuatro o cinco que había en la estancia; pero en cuanto Miguel explicó el motivo que los llevaba allí se adelantó un capitán.

—El coronel está comunicando con Caspe; ahora mismo sale.

En efecto, unos minutos más tarde salió el coronel jefe de la Brigada. Era un hombre relativamente joven, que lucía en el pecho la estampilla roja de los Regulares, sobre la que relucían tres grandes estrellas. Llobet le entregó el papel que llevaba y le expuso de palabra lo que motivaba su viaje.

—Acabo de hablar con Caspe, con el general. Las órdenes son de retirada, de momento, a una línea que va de Sierra Fatarella, por las alturas al este de Camposines y el puerto de Pándols, al cruce de la carretera de Prat de Compte a Tortosa —dijo, a la vez a Llobet y a los oficiales, e iba indicando con un puntero cada uno de estos puntos en un mapa que estaba pegado con chinchetas a la pared—. Luego ya se verá. De momento, la aviación ha empezado a actuar intensamente —y esta vez se dirigió solo a Llobet—. Dígales que no los dejaremos entrar en Gandesa. He enviado a Peñarredonda la unidad de reserva que tenía aquí, el Quinto Tabor de Regulares de Melilla. ¡Ah!, y he pedido que abran las compuertas de los embalses, de modo que dentro de poco ya no podrán seguir cruzando el río. Vuelva a su puesto y comuníquelo.

—Bien, mi coronel. ¿Manda usted algo más? —dijo, mientras le saludaba con la mano en la sien y se mantenía cuadrado.

El coronel le dio autorización para irse y Miguel se encontró de nuevo en la plaza. Un coche se disponía a salir por la carretera con un oficial y dos alféreces. Se acercó y les pidió permiso para unirse a ellos.

—No llegarás ni a Miravet. La carretera está cortada.

—¿Adónde van ustedes, mi capitán?

—Vamos a la sierra. A Pándols. Si quieres venir...

Se quedó en mitad de la plaza, sin saber qué camino tomar. Se sentó en un bordillo, a meditar, muy cerca de la entrada a la Comandancia.

Coches, carros de combate, soldados a pie o en camiones cruzaban continuamente frente a él. La barahúnda era considerable. Se oía un estrépito cercano de fusilería y de obuses que estallaban.

Pasó cerca de él un capitán que decía a otro:

—El Séptimo de Arapiles se ha fortificado en el castillo de Miravet. Los están atacando con disparos de antiaéreos desde el otro lado del río.

En aquel momento salió de la Comandancia su compañero el motorista. Le descubrió sentado en la acera.

—¿Qué haces tú aquí? ¿No marchas?

—A ver si marchas tú...

—No. Yo me quedo, qué remedio. Vamos al cuartel. Por lo menos, asegurémonos el rancho.

No les costó mucho encontrar el cuartel, en una de las casas del pueblo, justo en la encrucijada de la carretera de Tortosa. Con la marcha del Quinto Tabor de Regulares había quedado casi vacío. En él no quedaban más que los enfermos y los que estaban de paso al regreso de un permiso.

—Vamos al café, a ver qué dicen por el pueblo —propuso, una vez que dejó la moto.

En la misma carretera había un café, en el que tomaban su copa algunos campesinos junto a varios soldados. El motorista y Miguel se acercaron al mostrador. Pidieron dos carajillos.

Los campesinos miraban alrededor con unos ojos indiferentes, en los que no se manifestaba el espanto. El dueño del café estaba cabizbajo, sin pronunciar palabra.

En los muros del local había algunas estampas coloreadas que ilustraban aquel ambiente sórdido pero amplio. En el techo, de una viga a otra, flotaban estelas de telarañas, que se bamboleaban al aire cada vez que alguien abría la puerta. Un calendario a todo color con una beldad rubia que enseñaba los muslos, acababa de completar la decoración del local.

—La cosa se está poniendo fea —clamó un soldado, nada más entrar, sacudiéndose el polvo de su gorro con grandes manotazos—. En Miravet, los de Arapiles están en el castillo, sitiados por todos lados, y desde el otro lado los fríen hasta con antiaéreos, ¿no lo sabíais? —y se echó a reír con grandes carcajadas—. ¡Cómo las estará pasando *el Pulgas*, que tanto presumía!

—Y cómo vas a pasarlas pronto tú, si esto no se arregla... —contestó otro de los soldados, un herido que llevaba el brazo derecho levantado en cabestrillo, lo que le convertía en zurdo a la hora de tomar el café.



—Aquí estamos, para lo que se pueda presentar. ¿O es que no somos unos jabatos? —volvió a terciar el primero, que era bizco y llevaba una barba de tres días—. Lo que pasa es que estamos ya muy vistos. Sí, señores —añadió, dirigiéndose entonces a Miguel y al motorista, con ganas de entablar conversación—. Desde Ceuta hasta acá son muchos días de guerra y muchas cabronadas, ¿no os parece? Hasta que hemos tenido la suerte de tropezar en este pueblo con el piojo verde parecía que no nos podíamos salvar. Amigos, ¿y vosotros de dónde venís?

—Yo vengo de cerca de Cherta, del río, del tercer Batallón de la Victoria —contestó Miguel.

—¿Y qué ha pasado allí?

Pero en aquel momento un enorme estampido volvió a recordarles que estaban en el centro de la guerra, que Gandesa era una población del frente. Trepidaron botellas y cristales y se oyó después cómo empezaban a tabletear muy cerca las máquinas automáticas. Por la carretera se oyó el ruido bronco que hacía un tanque al avanzar...

A media mañana Nicolás Borredá y su compañero, Ronald Howes, estaban contemplando el paso de las tropas por los puentes tendidos a la altura de Mora. Habían tenido que guarecerse en dos ocasiones a causa de los vuelos de la aviación enemiga, que había llegado a descender sobre sus cabezas hasta casi rozar los campanarios del pueblo. Los explosivos habían dejado su huella en el pontón, pero no habían logrado dañarlo. Los camiones y las tropas seguían cruzando el río a través de aquel, cuya estructura respondía a las esperanzas mantenidas en las horas de la preparación de la batalla.

Borredá podía entonces dedicarse con Ronald Howes al placer simplemente intelectual de la dialéctica, del coloquio compartido sobre tantos temas divinos y humanos que les eran comunes y que les preocupaban. Estaban tratando de la suerte política de España después de la contienda. A juicio de Borredá, no habría dificultad en reinstalar en España los arquetipos de la democracia más pura; el pueblo, que era en realidad el vencedor de la guerra, sería el primer interesado en situar otra vez en la gobernación del país a un equipo de gentes representativas, abiertas, verdaderamente liberales y partidarias de la auténtica ilustración. A los días duros de la circunstancia bélica, seguirían los de la revolución verdadera. Habría que prepararse para coger con mano dura las riendas del poder. Con el apoyo del proletariado de verdad, que habría de unirse en esta tarea, podría emprenderse de una vez en España lo que tanto se había estado buscando: el progreso y la paz.

—Durante un tiempo —opinaba Borredá— he creído en el valor natural e inmanente de las masas. Fue en los días de nuestra revolución, cuando lo del 6 de octubre. Entonces creía que por el solo hecho de nacer proletario el hombre del pueblo poseía dentro de sí los valores inmanentes del poder político. Cuando se es «pueblo», me decía, se es por nacimiento todo lo demás. Pero en el 6 de octubre y

después, hasta esta guerra, me he dado cuenta de que no basta con ser «pueblo». Dentro de él hay que pasar por unos estratos, por unos procesos de perfeccionamiento y de educación, sin los cuales las virtudes primarias y latentes del individuo no saldrán nunca a la superficie.

Ronald Howes le iba escuchando con leves chupadas a su pipa, con las que iba expeliendo al aire riachuelos de humo blanco.

—Y este proceso de educación, esa cátedra humanizadora y formativa es la guerra. Ni más ni menos. Con la guerra el hombre del pueblo ha aprendido la filosofía política indispensable para convertirle en un hombre social. Ve, si no, lo que ha ocurrido a muchos de nuestros hombres, que al principiar la guerra eran simples seres instintivos y primarios: hoy son hombres de provecho, intelectuales y hasta políticos de valor. Acabamos de ver a uno de ellos: Modesto. De los riscos del monte, donde guardaba cabras, ha pasado a tener el mando de un ejército. ¿Cuántos años de elaboración hubiera costado esto sin la guerra? ¿Diez, quince, veinte años? Quizá más. Quizá no se hubiera logrado nunca este resultado. Ser capaz de dirigir un ejército implica una serie de condiciones éticas, intelectuales y morales que no se dan en el hombre vulgar. He aquí el valor formativo de la guerra, por el que puedo decir que después de esto España será distinta. Ni Negrín, ni yo, ni Azaña, ni Prieto, ninguno de nosotros podrá equipararse al hombre nuevo que saldrá de las trincheras; que está saliendo ya...

Borredá paró un momento de hablar. Escuchó, entre el ruido de las bombas y de los disparos, un sordo rumor que venía de lejos, como el inmenso ruido de un escuadrón de Caballería que llegara del llano a galope tendido. Le intrigaba un poco aquel rumor, pero recogió de nuevo, donde lo había dejado, el hilo de su digresión.

—Ese hombre nuevo será capaz de hacer cosas que nosotros no pudimos hacer; o que no nos atrevimos a hacer: se atreverá a hacer puentes, centrales eléctricas, embalses; se atreverá a hacer la reforma agraria; se atreverá a suprimir la propiedad, a suprimir las prerrogativas de la Iglesia; a decretar que el amor es libre entre los seres humanos libres; la mujer tendrá los mismos derechos que el hombre, incluso el de procrear a su antojo. Mira tú este río. Ves esos puentes de madera: ¿hay alguien que se hubiera comprometido a montarlos en una noche, en tiempos de paz? Ha sido necesaria una guerra para que el hombre pusiera en juego esfuerzo y tenacidad. Y lo mismo con infinidad de otras cosas...

Howes le miraba con sus ojos acerados, ligeramente oblicuos, que cerraba un poco como protegiéndolos de la vecindad del humo que salía de su pipa.

El rumor que había sorprendido a Borredá poco antes, acrecía y se aproximaba. Borredá hizo un movimiento con la cabeza. Miró atentamente al río.

—¿Qué es eso?

Acrecía de manera monstruosa. Venía por el río. Ya se acercaba. A lo lejos se veía avanzar a todo lo ancho de la corriente una masa líquida indescriptible, alta de unos metros, que arrastraba cuanto hallaba por delante.

—¿Qué es eso? ¿Habrán abierto los embalses?

El bombardeo y el estrépito de la fusilería, aún vivos, quedaban a merced de aquel otro ruido, bronco, descomunal, que avanzaba barriendo el cauce y arrollándolo todo. En el puente frente a la población, montado sobre docenas de barcasas, puestas una al lado de otra sobre el río, había un par de camiones y algunos hombres que la crecida se llevó por delante levantándolos a varios metros de altura. Era una inmensa ola de agua casi negra que avanzaba sin remisión, con una fuerza ciega. En los primeros metros de la embestida arrastraba multitud de objetos, troncos y residuos de otros puentes arrollados más arriba, de modo que su paso era el de un monstruo destructor que hería todo lo que encontraba por delante. Su tumulto duró largos segundos, se expandió por la atmósfera. Al fin, el torrente de agua pareció serenarse de nuevo, advino con más calma. Pero el caudal de agua había crecido en un par de metros, que daban al cauce del río una silueta imprevista e inédita, y avanzaba a oleadas como el mar. Muchos de los objetos que había en la orilla aparecían sepultados por las aguas o emergían de ellas en otra posición. La proa de algunas barquichuelas apuntaba al cielo, en ridícula e imprevista pirueta.

—Vamos a ver si encontramos al comandante de la 45 Internacional. Él nos dirá la importancia que tenga este tropiezo, que no creo que sea mucha, y el estado en que se encuentra la ofensiva en este momento. Vamos para allá.

Borredá y su compañero se metieron en el pueblo y empezaron a merodear por sus calles. En todos lados se veían restos de la batalla. Las casas estaban convertidas en un montón de escombros. Descubrían al aire sus vigas entre montones de basura. En una plazuela se hallaban detenidos y en formación un grupo numeroso de soldados fascistas. Estaban custodiados por un par de soldados republicanos.

—Soldado, ¿dónde está el jefe de la 45?

El soldado no lo sabía.

—¿Y tu mayor? ¿Dónde está?

El soldado señaló en una casa un grupo de hombres que observaban hacia el río. Borredá se acercó a ellos. Vio a uno que llevaba las insignias de mayor. Volvió a formularle la misma pregunta.

El mayor, saliéndose del grupo, les indicó que fueran a la salida del pueblo. Allí, en una camioneta y junto a una tienda de campaña, había instalado sus reales el jefe de la 45 División Internacional. En la tienda de lona los atendió un hombre ya entrado en años, grueso, con el rostro cubierto por unas grandes barbas que empezaban a grisear, que respondió a sus preguntas en un español defectuoso. Tenía los defectos de fonética y de prosodia de un alemán. Se llamaba Sikovsky.

—Los objetivos de la 45 están siendo cumplidos. Desde nuestras posiciones dominamos la orilla izquierda del río Canaleta y amenazamos Gandesa por el sureste. Si por el norte han entrado en Fatarella se puede decir que la suerte de Gandesa está echada y que la operación ha sido un éxito.

—Bien, comandante. ¿Y qué piensas de la acometida del río?

—¿De la inundación? Todo depende de la urgencia con que debieran seguir pasando nuestras tropas. Yo creo que ahora podemos esperar. En todo caso, ese remedio solo sirve para una vez. Los embalses no estarán llenos de nuevo hasta diciembre o enero. Y los puentes, en cambio, se construyen en ocho días.

Borredá quedó impresionado por las respuestas del comandante.

—¿Cómo va la moral de las tropas?

—Ya lo habéis visto. Ellas luchan bravamente, sin desfallecimiento. La moral no presenta problemas. La operación es difícil, porque los problemas son de coordinación. El jefe de Estado Mayor ha de ser a la vez un buen jugador de ajedrez. Ha de combinar la rapidez con la astucia. Si hace eso, ganaremos la batalla.

Desde el lugar en que estaban contemplaron Howes y Borredá el despliegue que Sikovsky imprimía a sus fuerzas. Las de la izquierda avanzaban entre un estrépito de tiros a lo largo de la cresta que dominaba el río Canaleta. A la izquierda se veían las moles de los montes de la sierra de Cavalls y de la de Pándols, batidas por la artillería. En las vertientes de aquellos montes se elevaban las humaredas que provocaban las explosiones de la artillería. A la derecha de su mirada se extendía el valle que daba acceso a Gandesa, en el que crepitaban las explosiones, una junto a otra.

—Este es el célebre Sikovsky, un polaco que se hizo célebre en Hungría con Bela Kun. Es un veterano. Huyó de Rusia, donde había tenido unas diferencias con Stalin, y ha venido aquí —informó Howes en cuanto hubieron dejado el puesto de mando y se disponían al regreso—. Es un hombre bravo.

—Habremos de esperar a que nos envíen una barca —barruntó Borredá, mientras se apoyaba de nuevo en la baranda de un mirador, junto a la orilla del Ebro. En Mora, al otro lado, se aletargaba al sol, a un sol caliente, implacable, la masa urbana de Mora la Nueva, extendida a lo largo de la planicie. Las aguas habían vuelto a su normalidad, un poco más crecidas. Era la hora de ir a comer—. De todos modos, aquí no tenemos ya nada que hacer —añadió—. Hasta dentro de dos o tres días no sabremos el resultado. Vamos para allá —concluyó.

Y él y Ronald Howes emprendieron el regreso, a través del río, en cuanto la barca hubo arribado.

Aquel mismo día a las cuatro de la tarde, el comandante don Policarpo Ordóñez recibía la orden de trasladarse con su batallón al frente del Ebro. Debía ponerse en marcha inmediatamente con sus tropas hasta Sevilla, donde hallaría un tren dispuesto para trasladarse a Cataluña a través de más de la mitad de la geografía española. De Sevilla, por Talavera y Burgos, hasta Calatayud, y de Calatayud al Ebro.

El traslado desde el frente hasta Sevilla se hizo en una caravana de camiones que formó larga ringlera por la carretera hasta la capital del Guadalquivir. Llegaron a Sevilla al apuntar el día siguiente; les informaron de que el tren que se estaba

formando no estaría dispuesto hasta las cuatro de la tarde.

Todos los mandos de la compañía habían recibido la noticia de su traslado con el aire jubiloso de las buenas noticias. De una vez iban a sacudirse la rutina; de una vez llegaría a sus vidas un aire nuevo, distinto; probablemente este sería un aire aciago y dramático, el aire mismo de la guerra, pero no cabía duda de que en él se hallarían todos resolviendo de un modo más coherente y apropiado el signo de sus vidas que en aquel desierto anegador del frente sur.

Carlos Rius pidió permiso al comandante para rendir una visita a Pepa Cortina. El comandante autorizó esa visita no sin antes hacer al alférez algunas reconvencciones.

—Nada de encoñarse, amigo. Piense usted que vamos a hacer la guerra de verdad, no esta guerra de pacotilla que hemos hecho hasta ahora. Y que en la guerra de verdad es mucho mejor estar sin compromisos ni ataduras. Lo de la chiquilla ha estado muy bien para pasar el rato mientras estábamos aquí, pues es evidente que era mejor tener amistad con ella que estar tocándose el ombligo todo el día como han hecho muchos, entre ellos yo mismo, mal me está el decirlo. Pero ahora que las cosas para las que estamos aquí van a funcionar de veras, es el momento de recapacitar. Por favor, no se me encoñe usted a última hora.

—Descuide, mi comandante —replicó Carlos, sonriendo por la desusada intemperancia del jefe.

Tuvo ocasión de ver a Pepa Cortina en su ambiente, en su verdadero ambiente. La casa de su tía Concha, en la que habitaba, era un gran palacio situado en una plazuela céntrica. Un portero con librea abrió, para que entrase, un portón en la verja de hierro labrado que protegía el jardín, que era muy grande y distribuido en vertientes diversas, divididas por setos de arrayán. En el jardín fulgía el agua disparada en surtidores, que ornaban unas fuentes con graciosas figuras de piedra. Al entrar en la casa le sorprendió la visión de dos calesas preparadas en el zaguán. Entró en el palacio por una ancha escalera de mármol, en cuya cima le esperaba la estatua de un doncel desnudo, un dios o un sátiro cazador apoyado en un arco. En la planta noble, el criado abrió las puertas de un gran salón y le rogó que aguardara.

La pared del salón estaba cubierta por unos tapices de grandes dimensiones que representaban escenas de batallas. Le pareció que aquel paisaje entrevisto entre las tropas y las humaredas no era de España, sino de Flandes.

Entró Pepa; le acogió con una voz jubilosa y una alegría sincera. Le cogió de las manos y le dio un beso en la mejilla.

—¿Qué haces tú aquí, guasón? Esas cosas se avisan...

Carlos le contó lo que ocurría. Pareció comprender la satisfacción que el alférez sentía, pero no pudo compartirla.

—Qué lejos te vas... Será para no vernos más, ¿no es cierto? Dime que no piensas volver a verme en tu vida...

Él quiso desmentir, pero ella no le dejaba.

—Quita, quita, ¿ves cómo te embarullas? ¡Ay, estos hombres, cómo merecen un

azote!... Di, por lo menos, que te quedarás a comer hoy conmigo.

Cuando le contestó que no podía, que estaba obligado a reintegrarse a su puesto antes de la una de la tarde, Pepa pareció desilusionada.

—Entonces, ¿no has venido más que a verme? ¿Solo a eso?

—Sí, he venido a despedirme de ti.

—Despedirse. ¡Qué palabra tan fea!

Le mostró la casa; le mostró los tres Zurbaranes, los dos Murillos, el Velázquez, el Tiziano, el Rubens, el Cristo de Alonso Cano, la biblioteca: el pergamino en que había sido dibujado por el mismo Almirante un mapa con la silueta de la isla La Española, con que se daba por primera vez noticias al mundo del descubrimiento de América. Aquel caballero que estaba en el tapiz que había visto al entrar era un viejo antepasado de ella, uno de los capitanes del Gran Duque de Alba en su campaña de los Países Bajos. ¿Qué más? ¿Deseaba saber algo más, tener alguna evidencia más de lo importante que era ella, de lo inmensamente trascendental que había sido su familia en la historia de España? ¿A santo de qué tendría ella que zozobrar porque él, un muchacho catalán, hijo de un fabricante, la dejara sola en mitad de sus grandes extensiones de historia? ¿No se daba cuenta de que eso no llegaba a afectarla lo más mínimo?

Carlos pensó en ello cuando ya el tren transitaba por la dorada campiña andaluza, camino del nordeste. Ella era una pieza de la Historia de España, un elemento vivo de ese fenómeno antiguo, complicado y nobilísimo llamado España; y él... él era un recién llegado, un sobrevenido. Un alférez que se ponía a cantar con los soldados, camino de casa:

*Carrascal, carrascal,  
qué bonita serenata...*

a los acordes de una guitarra, en un tren...

Pero ¡qué inmensamente bella era Pepa Cortina! ¡Qué fabulosa categoría personal se requería para llevar con tanta ligereza aquella carga histórica en la sangre! ¡Qué magnífico el esplendor de aquellas paredes pletóricas de obras maestras como un museo en el que vivir! ¡Qué señorío había en el zaguán, en las calesas, los Zurbaranes, los tapices, el jardín de arrayanes, el oratorio, bajo la silente agonía de un Cristo de marfil!

Pensó que quizá, como Quijotes trasnochados en esta época de prisa y de vaivén, fuera precisamente por todo eso tan anticuado por lo que estaban luchando...

## X

EL CABO GARRIDO avanzaba subiendo por el monte al frente de una docena de números de la Guardia Civil. El sol apretaba de firme y la mayoría de los números se habían puesto el pañuelo desdoblado, con uno de sus bordes apretado entre el cogote y el tricornio, para proteger la nuca de los ardores del sol. El cabo Garrido, en cambio, llevaba el tricornio a pelo, sin aditamentos. Para ir a descalabrar a aquella turba de facinerosos no le temía al sol ni a la lluvia, al granizo ni a la insolación. Para eso estaban ellos. Sus caminos eran los caminos del monte, su cabalgadura no era el caballo sino el mulo; y si no, el de san Cristóbal, a pie. Les bastaba con su olfato y con el fusil.

Ya llevaban tiempo siguiéndole los pasos al tal Máximo y a los suyos. Desde el asalto al hospital de Tarne y la agresión a Lope, el camillero, traspasado una noche por unos navajazos de los que no murió de milagro, las huestes del anarquista no habían cesado de dejar rastros por toda la comarca y aún más allá. Al asalto del hospital, con raptó de una de las enfermeras, siguieron los asaltos a varias masías del contorno: primero a la de Sebastián Onías, *el Cojo*, que presidía el valle de Guadar; en ella pararon tres días, amordazaron a sus habitantes, los maltrataron y se llevaron buena provisión de grano y de pollería; luego Sinarca de Confén, en el centro del alto Maestrazgo: un muerto a tiros, dos mujeres violadas y lesiones a un chiquillo, al que amenazaron con llevarse. Finalmente, este de Caraleda, en las estribaciones de la sierra, que había sido de mayor envidia, porque en él había tenido lugar una reyerta interna entre los elementos de la banda, con muerte de dos de ellos. En Caraleda habían tenido secuestrada a una familia entera durante poco menos de ocho días, al final de los cuales habían peleado a navajazos, dejando en las losas de la finca los cuerpos de dos de los forajidos: un tal Stefan Milik, que había desertado de las Brigadas Internacionales, y un tal Juan Crisóstomo Perales, que había huido tiempo atrás del Seminario de Cuenca y del que el arcipreste de Tarne, don Nicanor, había dado pésimos informes.

La misión que les había sido encomendada era de las que placían al cabo Garrido y a su tropa. Era la misión por el monte, que se constituía en típica para las fuerzas de la Guardia Civil, que volvía a ser lo que era y no una fuerza de choque para la guerra, como había acontecido en los últimos tiempos. Pues sin desdeñar las acciones de guerra ni la participación en las acciones del campo de batalla, no había duda de que uno parecía estar más a su aire en misiones de ese estilo, en las que había que ir en busca de unos bandidos concretos, autores de unos delitos concretos y con astucias y estratagemas también concretas en concretos puntos del monte. Ese era verdaderamente el trabajo de uno y no el ir a atacar a un nebuloso grupo de «rojos», que a lo mejor habían cometido delito, pero a lo mejor no. En cambio, con aquellos

bandidos era lícita y obligatoria la venganza. A aquellas alimañas daba gusto ir a descubrirlas hasta su mismo cubil, levantarlas como se puede levantar a un lobo y atacarlas de frente, con el máuser en la mano.

Parecía que se añorara aquel tipo de acción. El cabo Garrido no recordaba haber ejecutado ninguna de ellas desde noviembre de 1932, en Extremadura, con el célebre Sandiego, un bandido que se hizo fuerte en unas aldeas de Las Hurdes y que tuvo perdidas a las fuerzas durante más de medio año hasta que una noche, por culpa de un descuido —mujeres y vino—, pudo ser atrapado a lo bobo en un pueblo cerca de Medellín.

Ya faltaba poco para llegar a Caraleda, un grupo de casas de labor que no llegaba a pueblo, desde el cual el día antes habían recibido recado. Lo que el cabo Garrido no acababa de comprender era la parsimonia y la abulia que mostraban las gentes del lugar para ir a dar su parte a las fuerzas de orden público. Durante una semana entera los forajidos habían tenido amilanado al poblado sin que ni uno de sus habitantes bajara al llano a denunciar el hecho. No se decidieron a hacerlo hasta que los bandidos huyeron, sin duda amedrentados ellos mismos por el rastro de sangre que acababan de dejar.

«La gente del pueblo es muy atrasada», se dijo para sí el benemérito, al tiempo que espoleaba al mulo con unos golpes de la mano en su robusta anca para que siguiera adelante en un accidente de las rocas que interfería lo rutinario de su ascensión por el monte. «Eso no se arreglará más que cuando dure unos años en el poder un hombre fuerte, con mano dura, como el General Franco, si es que tiene paciencia para soportar tanta mala leche como hay en la política; y si no, otro con gallas. Entonces podrá dar a la gente la instrucción que necesita».

Tenía la mirada tendida sobre el grupo de hombres que le acompañaban: Mario, Jesús y Galo por un lado; recién salidos de la escuela, bisoños pero fuertes, que agradecían haber sido llamados para participar en aquella acción. El sol resplandecía y acusaba sus musculaturas apretadas y derramaba sobre las verdosas camisas el sudor líquido y viscoso que los anegaba. Caminaban con el máuser bien cogido, bien equilibrado en sus manos de duras muñecas. Las ágiles piernas saltaban sobre los riscos del monte como las de un animal; sin parar, seguras de su pisada. Las alpargatas camperas eran dóciles a su paso y parecían tener algo que se agarraba duramente a la piedra, como la pezuña de una cabra montés. Los otros dos eran veteranos, mayores que el cabo Garrido, limados por el monte, que había pasado mil veces por su piel la arista de sus crestas, vertientes y quebradas y les había dado ese tono ocre, moreno y arisco como la lija, junto a una mirada cenicienta y pugnaz, medio dormida y gris en apariencia, pero capaz de desvelarse a un solo rumor, en cada recodo, y de poner la bala en un segundo donde se habían puesto los ojos.

Estos veteranos se llamaban Hilario y Rafael y caminaban un poco más hundidos, pero sin chistar y tan ligeros como los jóvenes.

A él le quedaba el privilegio de montar el mulo, que llevaban para poner en él los



dos cadáveres y trasladarlos al pueblo a la vuelta. El mulo era una bestia fuerte, de recias patas, nervudas y seguras, que siempre pisaba donde había que pisar. Las ancas eran redondas y sólidas y daban seguridad al recio lomo sobre el que se asentaban las posaderas del cabo Garrido. Llamaban al mulo *Cordero*, y a este nombre respondía el animal con el meneo intermitente de la cola y un brillo de contento en los ojos, en general porque el nombre no era pronunciado más que en los antecedentes del acto de dar a la bestia un morral de cebada o de acercar su belfo al manantial donde rodaba el agua fresca que beber. De ahí el gesto de agradecimiento que exhalaba de todo su ser, sobre sus cuatro patas.

Llevaban cuatro horas y media de marcha por el monte y este era todavía el momento que habían de descubrir un solo lugar habitado o el rastro más insignificante de presencia humana. Por doquier, en un redondel, el paisaje era resquebrajado y diverso bajo el sol. En los riscos prosperaba un panorama de tomillos, de romero, de palmitos; alguna adelfa en los cauces secos de los torrentes; de vez en cuando, emergiendo de este panorama pedregoso, poblaba el páramo algún olivo o algún insólito algarrobo.

—Garrido, allí está Caraleda —dijo de pronto Rafael, uno de los viejos, señalando a un extremo de la llanada.

En efecto, al pie de unos montes se advertía como una neblina el rastro de humo que salía de una masía, o un grupo de ellas, que estaban adosadas a un bosque espeso que se tendía por la meseta como una mancha de sombras. Garrido se puso de pie sobre los estribos, llevó su mano, poniéndola como visera encima de sus ojos, para proteger la visión, y contempló el lugar adonde debían ir. Antes de media hora llegarían.

Los jóvenes apretaron el paso. En eso se conocía que eran jóvenes. Los más viejos pretendieron alcanzarles, pero no pudieron evitar que aquellos les adelantaran media docena de pasos. Pronto llegaron a un camino que llevaba —¡quién sabe!— probablemente a Castellón y que discurría meseta abajo siguiendo la silueta que daba el bosque a toda la altiplanicie. A la izquierda quedaban las masías, no más de tres, como abrigadas a la sombra de los pinos, encinas y robles que formaban la masa del bosque.

El cabo Garrido y sus hombres llegaron al lugar. En las eras que servían de zaguán vieron la carroña de un perro muerto que se estaba pudriendo al sol, entre una zarabanda de moscas. Salió a su encuentro, en la puerta de entrada, un hombre viejo.

—Dios salve a ustedes. Los bandidos se fueron ayer. Allí están los muertos —y señaló a la parte posterior de la masía.

El cabo Garrido no tenía intención de hacer las cosas precipitadamente. Se sentó en un banco de madera vieja que había en el zaguán, junto a una larga mesa donde los habitantes de la casa debían de comer comúnmente. Hizo que los demás se sentaran.

—Llevamos más de cinco horas por el monte. ¿Dónde está el botijo?

El viejo fue a buscar un cántaro de agua que había en el suelo, en un rincón. El

cabo Garrido se lo llevó a la altura de la boca, dejando que un hilo de agua fresca se derramara por sus labios. Echó un largo trago. Luego lo pasó a los demás, al tiempo que secaba su boca con el dorso de la mano.

—Vamos a ver, ¿cuántos eran?

En aquel momento salieron del interior dos mujeres. Una tendría unos cuarenta años; era fuerte y maciza, de carnes coloradas y brazos gruesos, que a menudo se ponían en jarra. La otra, de no más de veinte años, era rubia, delgada y alta, y tenía una piel blanca y unos rasgos enfermizos. Sin embargo, sus ojos, azules y grandes, y la dulzura de su porte la hacían atractiva y hasta bella.

—¿Quiénes son?

—Mi mujer y mi sobrina —dijo el hombre, bajando un poco el tono de su voz y desviando los ojos, como si rehuyera comprobar la impresión que la presencia de ellas dejaría en el cabo de la Guardia Civil.

—Digo que cuántos eran.

—Eran seis —dijo el hombre—. El italiano, los dos jóvenes, el extranjero que ha muerto. Esos hacen cinco, más el Máximo, que era el jefe, seis.

—¿Quién mató a esos dos?

—Al joven lo mató el extranjero. Y al extranjero lo mató Máximo.

—Vamos a ver, ¿cómo fue eso?

—Todo fue por razón de la mujer —interrumpió la esposa del viejo, antes que este pudiera volver a tomar la palabra—. Ella era una zorra, se le veía a la legua.

—No era una zorra —cortó el hombre—. Claro, como que él la llevaba atada... Ella no hacía más que defenderse.

—Vamos, que yo lo entienda. ¿Qué pasó con ella?

—El joven llamado Crisos... Crisos no sé qué, perseguía a la mujer y el extranjero le recriminó que lo hiciera. Disputaron. El extranjero mató al joven de un pistoletazo.

—Y por eso le mató Máximo, ¿es cierto?

—No. Máximo le mató por otra razón. El extranjero le dijo a Máximo que la culpa era suya por traer mujeres forzadas al monte, y que un verdadero republicano no hacía eso, y no sé cuántas cosas más. Fue provocando al Máximo, le fue enfureciendo. Empezaron a discutir y a elevar la voz, eso delante del otro que ya estaba muerto. Total, que de pronto, Máximo se abalanzó sobre el extranjero con una navaja y le partió el pecho en dos.

—¿Y la chica qué hacía?

—La chica, que al principio estaba atada y parecía enfurecida con Máximo, le iba admirando a cada palabra que él decía. Cuando hubo matado al extranjero, Máximo se acercó a ella y rompió sus ligaduras. Ella quedó libre. Él le tendió el cuchillo: «Anda, anda, eres libre. Mátame si quieres». Pero ella no tomó el cuchillo; se frotó las muñecas y se echó a llorar sobre esta mesa. Es todo lo que pasó.

—¿Y no abusó nadie de las mujeres?

—¿Quién?, ¿de nosotras? —inquirió la mujer del viejo, mirando fijamente al cabo de la Guardia Civil—. De nosotras no abusa nadie, cabo. Yo soy gallina vieja; y esta, esta... ¿No la ve usted? Si parece la Virgen Purísima. Solo que...

—Sí, ¿qué iba a decir?

—Se le acercó el que está muerto, el joven, con el deseo de propasarse también con ella. Era de noche y ya durante el día habían tenido sus palabras, según me contó. El joven la asediaba. Ella pretendía esquivarlo, pero él, que si fas que si nefas, y vuelta a empezar. Por la noche se acerca a su cama, y yo que lo descubro pegado a ella como una lapa. No dije nada a este para que no nos echara a perder a todos.

—Él me tenía forzada —arguyó la joven, sintiendo que el rubor le subía a la piel, en las mejillas.

—Total, que le hice volver a su puesto. Pero estoy segura de que ese muchacho de buena gana se hubiera quedado aquí, y hasta hubiera sido un buen partido para la moza, de no haberse impuesto el otro.

—Bueno, vamos allá. Mario y vosotros, poned a los muertos en el mulo, y tú, Mario, los llevas abajo. Luego vuelves a subir aquí, mientras nosotros nos metemos en el bosque a dar una batida. ¿Conforme?

Los guardias civiles entraron en el interior del patio trasero, cruzando la estancia, y acarrearon los dos cadáveres hasta colocarlos en los lomos del mulo. Una vez puestos boca abajo en ellos, Mario cogió el animal por la brida y se dispuso a emprender la marcha.

—Oye, mujer. Dale a este algo para matar el gusano. Llevamos cinco horas de camino.

—A todos. Sentaos aquí. Con la conversación no había atinado.

Tardó una media hora en preparar un guiso sustancioso de carne con patatas y col, que en cuanto fue servido lo devoraron los cinco soldados y su cabo. Aliñaron el plato con buenas rociadas de vino tinto, que salía de la bota como un hilo de luz radiante.

Después, el guardia Mario emprendió el camino de regreso, llevando los dos cadáveres a lomos del mulo. Los otros cinco se despidieron de la gente de la casa para entrar en el bosque.

—Volveremos a vernos —dijo el cabo—. Al regreso pasaremos por aquí.

—Bien, señores. Vayan con Dios...

En cuanto hubieron dado los primeros pasos por el bosque el número Hilario se acercó al cabo y, mientras andaba, puesto a su lado, explicaba lentamente los motivos de su trastorno.

—Cabo, no me ha gustado esta gente, no me ha gustado. Parece que no estaban de acuerdo la mujer y él en juzgar a los bandidos. Ella parecía como si los justificara. Él no andaba tampoco demasiado claro. ¿No se ha fijado en que son muy pocas las cosas que han querido contar después de haber vivido una semana con los criminales? Le digo que no me gusta, Garrido, no me gusta...

El cabo apretaba con los labios la boquilla de un purito filipino que llevaba en el bolsillo de la guerrera.

—¡Ah, sí!... ¿Y qué harías tú?

El número Hilario paró unos instantes para respirar hondo, al tiempo que con la mano en la boca dominaba los vientos de un eructo.

—Lo que haría sería no quedarnos lejos de aquí. Hacer como que vamos al bosque, pero no acabar de entrar en él. En resumen: dar media vuelta y volver a la casa.

—¿Crees tú que?...

—Eso me figuro.

El cabo no dijo nada; siguieron avanzando a la sombra intensa de los pinares. El bosque era espeso y desigual, montado sobre vertientes pedregosas. Al cabo de un rato el cabo propuso que se sentaran a descansar. Lieron parsimoniosamente un cigarrillo. Hablaban en voz baja.

—No me ha gustado tampoco a mí —concluyó Garrido—. El viejo no me ha gustado. Ni la mujer. La forma cómo ha explicado el abuso que el joven hizo de la sobrina no era de persona bien nacida. Por lo menos había cierta complacencia que no es de mujer de Dios. Y la chiquilla, me parece que la chiquilla es de las que «ojos que no ven corazón que no siente». En fin, que debiéramos volver para echar una ojeada a la familia y saber cómo son cuando ellos no se den cuenta...

Echaron para atrás, dieron la vuelta. La casa se veía de nuevo entre las ramas. El cabo hizo un signo para que parasen y no levantaran el menor rumor.

En ésas vieron como salía de la casa contigua un hombre joven, que llevaba en la mano un fusil. Se metía en la casa principal por el porche trasero.

—¡Ah, caramba! —exclamó el cabo—. Conque ¿ésas tenemos? ¿Estabais aquí, bandidos? Pues vamos a ver cómo os las arregláis ahora.

Se dirigió a sus compañeros.

—Son ellos, no cabe duda. Mira, ahí va otro —dijo, viendo a otro elemento que cruzaba la era en dirección al porche trasero—. Si nosotros somos cinco, somos uno más que ellos; pero tenemos además la ventaja de estar aquí y tenerlos cercados ¿no es eso? Conque, ¡vamos a estudiar la situación!

—¿No esperarías a que llegara Mario?

—Cuando llegue Mario lo más probable es que ellos hayan escapado. De hacer algo, ha de ser ahora. Ahora mismo, que no se lo esperan, seguros de que estamos descubierta en el bosque. No nos esperan hasta mañana. De modo que manos a la obra. Tú, Hilario, con Jesús, os situáis allí, tras de aquellas matas, para cubrir la salida por la parte de atrás. Yo voy desde aquí al porche de entrada; 15 pasos a mi derecha va Galo y 15 pasos a mi izquierda Rafael. Les tenemos copados. Al que intente salir se le tira.

—¿Y la mujer? Porque yo no acabo de creer lo que esas mujeres han dicho de ella.

—A la mujer se procura no darle. Pero aquí lo importante, no lo olvidemos, es dar cuenta de los bandidos.

—Bien, Garrido. Vamos a ello —concedió Hilario, alejándose por donde el cabo había ordenado.

Garrido empezó a avanzar hacia el portal. Llegó casi hasta él; quedaba luego una distancia como de unos veinte metros antes de llegar a la puerta de la casa. Desde allí, y poniendo sus manos como bocina en su boca, lanzó por los aires una especie de ultimátum:

—¡Máximo!

Nadie respondía, y repitió otra vez:

—¡Máximo! ¡Pon atención!

En aquel momento vieron salir al viejo. Vieron su gesto alarmado y sorprendido, y cómo volvía a entrar. A poco vieron cómo se cerraban las puertas de la casa.

—Escucha bien. Sabemos que estáis aquí. Entregaos y ganaremos tiempo unos y otros. Si os entregáis ahora, quizás os pueda salvar la vida.

No se oyó más que el silbido de un disparo que cruzó el aire por encima de su cabeza. Luego otro disparo y otro. Este casi le rozó. Se echó al suelo y avanzó, haciendo de trampolín con sus codos.

—¡Cabrones! —musitó mientras, trazando una línea recta imaginaria con la mirilla de su máuser hacia la puerta de entrada, de donde le parecía que habían partido los disparos, apretaba el gatillo. Se oyó un fuerte estampido.

Galo y Rafael empezaron a correr en dirección a la casa, pero no lo hicieron en línea recta, sino en zigzag, obligando así a los de dentro a modificar su puntería cada cinco o diez segundos. Garrido, el cabo, avanzaba lentamente como una lombriz, apoyándose en sus codos. De pronto se incorporó y corrió también en zigzag hacia la puerta. Desde dentro le hicieron dos o tres disparos, que pasaron sin rozarle, pero muy cerca. En cuanto llegó a la puerta se puso junto a ella, muy arrimado a la pared.

—Os tenemos copados, no tenéis nada que hacer. Lo mejor será que os rindáis. No os haremos daño; os entregaremos a la justicia y nada más.

Se oía dentro ruido de voces, como si deliberaran.

—¿Habéis oído?

Nuevas voces, y al fin, el ruido del cerrojo al descorrerse. La puerta se abrió y la voz poderosa de uno de los bandidos sonó al otro extremo del patio.

—Vamos a ver quién tiene a quién, espantabrujas.

Era Máximo, que avanzaba por el patio lentamente, teniendo a un caballo cogido de la brida. Encima del caballo había una mujer, sentada a la española sobre la grupa.

El cabo Garrido llevó su máuser al hombro, para dispararle, pero salieron los que estaban detrás de la puerta y le sorprendieron y agarrotaron en un segundo. El único que disparó fue el número Hilario. Disparó una y otra vez desde su puesto, afinando la puntería. Cayó uno de los bandidos y también el viejo, que se había puesto a ayudarle. Otro de los bandidos, junto al otro porche, empezó a disparar, sin herirle,

contra el guardia civil más joven, Galo de nombre. Este se situó tras la esquina que hacía la casa, medio amparado por ella. Las balas rebotaban en la pared, arrancando esquirlas de piedra y de yeso.

Uno de los bandidos cogió al cabo Garrido por la cintura, y haciendo muralla con su cuerpo fue avanzando por el patio hasta cruzarlo entero, en dirección a Máximo. Los guardias civiles no querían disparar contra su cabo y le dejaron. En cuanto el bandido hubo llegado al porche entregó el cabo a su jefe.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó con la voz aguda, que tenía acento italiano—. ¿Le suelto?

—No, soltarle, no. Mira lo que hago.

Máximo sacó de su cinturón una navaja y le asestó unos navajazos en el bajo vientre. El otro se derrumbó sin un quejido, como un saco.

—Vamos ya —dijo. Y dando unos golpes al caballo, al que llevaba de la brida, echaron a correr por el campo en dirección al bosque.

Entre tanto, el número Hilario tenía acorralado al último de los bandidos, que era Pablo, el otro seminarista. Este se puso a gritar como una doncella, con los brazos en alto. En aquel momento la muchacha rubia salió como una loca de la casa y se precipitó en sus brazos. Los dos guardias civiles se acercaron al seminarista. Lo separaron de la muchacha, le cogieron por los brazos y le pusieron las esposas.

El guardia civil Galo estaba furioso y desconsolado. Quería acabar con Pablo, se empeñaba en alejarlo de la muchacha para poderle disparar con su máuser. A su lado, Hilario le estaba disuadiendo.

—No sacarás nada con eso, créeme. Déjalo bien atado a una de esas anillas, que no se mueva de ahí. Voy a ver si Garrido vive aún.

Pero nada más llegar al otro extremo del patio comprendió que el cabo estaba muerto y bien muerto. Su sangre brotaba del vientre al suelo en copiosos canales.

—¡Maldito Máximo! Esto no acabará así —masculló, mientras apretaba con sus maxilares los resquicios de su odio. Y miró en dirección al bosque, donde ya no se veía nada.

Llegó otra vez junto a la casa y se metió dentro. Acababan de llegar sus otros dos compañeros.

—Atad también a esas dos —dijo, señalando a las dos mujeres. La gordezuela se resistía y empezó a chillar. Hilario le propinó unos guantazos en la cara, que la hicieron zozobrar y, momentáneamente, callarse. Luego, la mujer empezó a insultarles con un vocabulario rico en claroscuros y palabrotas. Hilario iba masticando un tallo de hinojo atrapado en el camino.

—Calla ya o te meto en el pozo.

Uno de los números de tortura que empleaban era meter a las mujeres cabeza abajo atadas a la cuerda del pozo y hacerlas sorber agua hasta que no podían más.

—Tú verás cuando vuelva mi hijo. Porque mi hijo, en la República, manda más que todos vosotros aquí. Veréis cuando vuelva él, la que se va a armar. ¡Por los clavos de Cristo!...

—Eh, tú, matrona. No metas a Cristo en esto o la vas a palmar. Que no metas a Cristo te digo... A cada cual su respeto.

Borredá cerró el mapa que acababa de estudiar junto a Ronald Howes y concluyó con él que la operación «desembarco» se podía considerar afortunada, pero que, para saber si el conjunto de la operación respondía a las esperanzas puestas en ella, habría que esperar de doce a veinticuatro horas aún. Desde luego, si Gandesa no era tomada en veinticuatro horas no podría hablarse de éxito rotundo, aunque se hablaría. Si no se acertaba a poseer tan importante nudo de comunicaciones, ¿para qué había sido cruzado el río?

La noche se cerraba sobre la vasta extensión del Ebro. Pronto haría las veinticuatro horas de que el río había sido cruzado. Las imágenes de este primer paso al otro lado no se les olvidarían nunca. Las barcas —docenas de barcas, quizá centenares de barcas— cruzaban las aguas de una a otra orilla sin levantar un rumor. Los combatientes de la invasión iban en ellas sin disparar un tiro, sin impacientarse, sin responder al fuego que empezaba a venir del otro lado. Si caía algún herido, no por eso la operación se interrumpía. La barca seguía bogando hacia delante. Cuando todo el resto de los combatientes había sido desembarcado, se volvía hacia atrás y solo entonces eran atendidos en la otra orilla los alcanzados por alguna bala de fusil; no antes.

El espectáculo de los centenares de barcas bogando hacia delante, en la oscuridad, era algo que no se escaparía de la memoria. El espíritu de aquellos centenares, de aquellos millares de combatientes era algo digno de ser retenido con tintes de gloria.

Pero no se sabría el resultado absoluto de la operación hasta el día siguiente. Todo cuanto hasta entonces habían estado presenciando, los actos de heroísmo de los que habían sido testigos al otro lado del río, el despliegue de fuerzas y de humanidad que se veía latir en cada ladera, en cada recodo de los caminos, podría ser estéril si no se llegaba a la conclusión de ocupar Gandesa, de apoderarse de su red de comunicaciones y de fortificarse en ella.

Era mucha zozobra y mucha incertidumbre para poder dormir. Por eso Ronald Howes y Borredá habían resuelto pasar la noche en blanco, hasta que les viniera el sueño. Y más que en blanco, resultaba ser una noche en rojo: el rojo de las explosiones, el rojo del fuego que de un lado a otro de la orilla opuesta, desde Ascó a Mora y más abajo, se veía crepitar y estallar sin solución de continuidad.

Llevaban ya tres cuartos de botella de *whisky* bebida en su habitación de la fonda, en Mora de Ebro. Casi una botella que no aplacaba los signos de aquella incertidumbre ni resolvía en su interior el grave dilema que tenían planteado. A

medida que avanzaba la noche se sentían más inseguros y deliberantes. Y no sabían si cuando hubieran acabado toda la botella estaría resuelta la gran incógnita que se abría en sus ánimos como un inmenso interrogante.

Howes, que había empezado la noche desgranando una serie de afirmaciones rotundas, se estaba volviendo dubitativo y deliberante. Al principio había afirmado ante su amigo, como siempre, su fe infinita en los rasgos del pueblo español. Después, a su cuarta o quinta toma del dorado *whisky*, ya parecía que no quisiera afirmar lo mismo. No es que hubiera sufrido una desilusión al comprobar en la realidad los matices que el carácter de los españoles brindaba a su consideración; estos seguían pareciéndole seguros y relevantes. Quizá, más que en los rasgos de los españoles, era en sus propios rasgos en los que se advertía una vacilación.

—Una de las emociones más hondas y sinceras de mi vida fue al llegar a Figueras. Habíamos salido dos días antes de Londres un millar de voluntarios —decía—. En París se nos juntaron otros tantos, que nos esperaban reclutados en Francia. En el cuartel de Figueras entonamos la Internacional. Nunca he sentido emoción semejante. Éramos dos mil voces que cantábamos en todos los idiomas del mundo. Las mujeres y los niños españoles nos miraban embelesados. Pero luego he pensado si es que nos miraban embelesados porque no nos entendían. Realmente, creo que después de dos años de guerra seguimos siendo tan enigmáticos para los españoles, y los españoles para nosotros, como en el primer momento. Por eso me pregunto muy a menudo si algún día descubriremos que no tenemos nada en común.

—Desvarías, Ronald. El espíritu es el mismo, para nosotros como para vosotros.

—No lo creas. Hay algo que aunque no queramos señala una diferencia, un tajo fundamental. Creéis que porque habéis quemado las iglesias España ya no es católica. Pues yo te digo que a pesar de haber quemado las iglesias, o por el hecho de haberlas quemado precisamente, España, la España recóndita y verdadera, sigue siendo católica hasta la médula. Es un catolicismo que blasfema y dice cosas horripilantes sobre Dios, la Iglesia y los Sacramentos; pero que late y pulsa en católico sin poderlo remediar. Este sentido religioso impregna todos vuestros actos aunque no os deis cuenta de ello; y de tal modo, que yo me pregunto si sería posible instalar aquí verdaderamente los esquemas de cierto socialismo. Pues bien, después de haber meditado profundamente sobre el caso, he llegado a la conclusión de que no, de que no sería posible. Vuestro catolicismo, detestado por vosotros, repudiado con toda vuestra alma, pero que impregna vuestro ser sin remedio, os lo está impidiendo.

—Creo que te equivocas y que nos estás ofendiendo. Vosotros los anglosajones tenéis de tal modo instalada la arrogancia de la raza, que ello os impide ver que puede haber otra forma de sentir o de aplicar el socialismo que no sea la vuestra. ¿Por qué no podemos ser socialistas, como lo sois vosotros? A ver, ¿qué nos lo impide?

—Os lo impiden las formas escondidas de vuestro catolicismo ancestral, que yo creo que ya es cuestión al margen de la evangelización de Cristo en la tierra. Y ¿sabes en qué se nota primordialmente? En vuestras mujeres. Por muy avanzada y



progresista que sea una mujer en España, está viviendo en una clausura interior que le impide respirar socialmente al día. Este fenómeno de vuestras mujeres me ha llamado la atención. Dije una palabra dura contra Cristo en un hospital, una palabra que, sin embargo, no llegaba a blasfemia. Vi retirarse dolorida a una enfermera que era sinceramente del partido. «Dios te va a castigar», me dijo. «¿Por qué? ¿No habíamos quedado en que Dios no existe?». «Quizá no exista Dios, pero existen los castigos de Dios», me contestó. Eso mismo se nota cuando algún español reniega de Dios. En esas palabras hay más ira que odio. Blasfemia porque cree en Él. Si dejara de blasfemar, su ira se convertiría en indiferencia. Así no. Esas blasfemias son una demostración palpable de su fe.

Se sirvió un nuevo vaso de *whisky* y siguió hablando.

—En vuestras mujeres el catolicismo ya no se disimula ni se esconde. Es un catolicismo irreflexivo. Mira: algunas veces me has oído hablar de Blanca, la enfermera que conocí en Tarne. No cabe duda de que aquella muchacha ejercía sobre mí un atractivo singular. En otra eso se hubiera resuelto llevándomela a la cama. Con ella era imposible. Pensaba en lo que dijo una vez uno de mis compañeros, cuando estábamos en Figueras: para saber el nombre de pila de una española hay que casarse con ella. No diré que eso sea literalmente exacto, pero se le parece.

—Me dirás, pues, según tu modo de ver, cuál es nuestra solución.

—Ninguna. Se trata de saber si podréis progresar sin moveros del sitio. Yo lo dudo, pero es seguro que puede ser. En primer lugar, nos echaréis de aquí. Nos echaréis, si no de mala manera, de una manera que no hemos merecido. Mira: es curioso que nosotros hayamos venido engañados sobre la necesidad que de nosotros teníais los españoles. La verdad es que los españoles no nos necesitáis para nada. Más bien os estorbamos; sí, cordialmente, pero os estorbamos. He observado la reacción del español medio ante nuestra presencia. Y la verdad es que nos detesta. Nos detesta cordialmente, si tú quieres, pero nos detesta. En primer lugar, el español está confundido respecto a nosotros. Se cree que todos nosotros somos rusos. Me ha costado un esfuerzo ímprobo demostrar por las calles, ante los transeúntes, en los cafés, que no soy ruso sino inglés; mejor dicho, escocés. Cuando digo esto, los españoles me miran con aire de sorna, como si pretendieran engañarnos. Primero hay una confusión entre lo ruso y lo soviético y después entre lo soviético y lo que constituye la Brigada Internacional. En unos pasquines de la pared estaba leyendo: «¿Qué habéis hecho de Andrés Nin?». Mientras lo estaba pacíficamente leyendo, la gente se iba apartando de mí como si yo estuviera apestado. Todo eso me demuestra que España, contra lo que creíamos, no es comunista; te diré que España es medularmente anticomunista. Lo que sea además yo no lo sé. Probablemente solo es... solo es España.

Entonces fue Nicolás Borredá el que se sirvió y sirvió a su compañero, apurando el contenido de la botella. Ronald Howes estaba locuaz. Por la ventana empezaba a filtrarse un hilo tenue de luz clareante en el horizonte. En la oscuridad, detrás del

monte, estallaba continuamente la luz de las explosiones.

—Tú me preguntas qué remedio tendrá esto y yo debo confesarte que no lo sé. De momento se trata de ganar la guerra. Esta guerra no puede ganarse más que con la ayuda del exterior, sea directamente, sea con el estallido de una guerra general superpuesta a esta. Precisamente es eso lo que mortifica a los españoles. Parece que aquí exista un pleito viejo, un pleito muy antiguo, anterior a la aparición del socialismo, una especie de querrela medieval de unos contra otros, que quisierais poder dirimir a solas. Bien, buen provecho; pero yo no sé si os será posible esta vez dirimir nada a solas. Los intereses y los problemas saltan las fronteras y no hay nadie hoy día que sea capaz de aislarse. De modo que, o venís a las nuestras u os quedáis convertidos en estatua de sal. En vosotros está el resolverlo.

Nicolás Borredá se levantó de su asiento y empezó a pasear por la habitación, en actitud meditativa. Se acariciaba el mentón con su huesuda mano, que temblaba nerviosamente. De vez en cuando se pasaba la mano por los cabellos revueltos, por la sien.

En un momento dado reaccionó airadamente.

—En primer lugar no es cierto que nosotros seamos un enigma —clamó, como si las palabras del otro le hubieran exasperado—. Yo me pregunto si nuestra ideología, si el borrar las fronteras, si el mundo de la Internacional, no será una utopía, tal como nos lo estáis proponiendo. Borrar la frontera ¿para qué? ¿Para qué nos convirtamos en ingleses, franceses o rusos? Se trataría en todo caso de borrar las fronteras que cada uno lleva dentro de sí; pero vosotros los ingleses, por ejemplo, las mantenéis intactas. Sí, sobre eso no hay ni siquiera discusión. Vosotros venís aquí, pero sin renunciar a vuestro té de las cinco. Ahora estamos bebiendo *whisky*. No se os ocurre que podemos beber vino tinto; tiene que ser *whisky*. Es muy cómodo acusar a los otros de intransigencia. ¿Y la vuestra? ¿Es que sois capaces de transigir con alguna de vuestras costumbres? ¿Sois capaces de adaptaros a otro aire, sois capaces de soportar la sombra de otra techumbre? No, no y no. Venís como el caracol, con la cáscara puesta. Y ¡ay del que intente arrancaros esa cáscara! Ese es un traidor, un nacionalista, un fascista. Comprenderás que así no hay entendimiento posible.

Le miró con fijeza, casi con desdén.

—Créeme, Ronald. Parece que unos y otros hayamos sido víctimas de un malentendido monstruoso. Nosotros hemos creído que cuando quemábamos las iglesias estábamos haciendo la revolución. Lo creíamos sinceramente. Vosotros lo habéis atribuido a una inclinación de pueblo inculto hacia la barbarie. Pero ¿por qué? Cada país tiene su marca revolucionaria, y si la marca revolucionaria de España era hacer arder las iglesias debíais respetarla, como nosotros respetaríamos la vuestra, que consistía en quemar los bancos o en nacionalizarlos. ¿Qué más da? Lo que se ha hecho insufrible al español es la sensación que tiene de que le consideráis un pueblo de segundo orden. Eso le fastidia, primero porque no lo es; segundo porque es una forma inelegante de demostrarle que corréis con los gastos, y eso no lo tolera.

—Bien. Lo hecho, hecho está —dijo Ronald en aquel momento—. Por mucho que discutamos no nos pondremos de acuerdo. Hay que remitirse a los hechos y los hechos están ahí, justamente ahí fuera. ¿Sabes por qué discutimos? ¿No lo sabes? Sencillamente porque no podemos decir todavía: hemos ganado. Ni siquiera decir que esta batalla, con la que nos hemos estado emborrachando desde hace tres meses, haya salido según nuestros proyectos. No se sabe lo que pasará, pero de momento Gandesa no se ha tomado, y eso no es bueno. Si las cosas nos hubieran salido tal como las preveíamos, no discutiríamos nada. No tendríamos tiempo de discutir nada. Hablamos así ¿sabes por qué? Porque estamos perdiendo. Y cuando se pierde no queda más que una solución. ¿Sabes cuál es?

—Sí. Ir a morir a la guerra.

—Exactamente. Eso es lo que voy a hacer.

Nicolás Borredá no pudo satisfacer su deseo de incorporarse también a las tropas que luchaban. El coronel Modesto le negó la autorización para ir al frente. Los motivos son fáciles de suponer: Nicolás Borredá tenía cerca de sesenta años y una salud atropellada, y causaría en el frente más preocupaciones que alivios. Por otro lado su presencia era necesaria en la retaguardia. Era allí donde su consejo y las dotes de su inteligencia podían rendir la máxima utilidad.

Nicolás Borredá tuvo que dejar que su amigo Ronald se incorporase al día siguiente, solo y por su cuenta, a la Brigada Internacional. Le dejó cuando subía a la camioneta que le conducía al lugar de la sierra de Pándols que cubría la Brigada. Hacía un sol restallante, que iluminó la figura erguida del inglés cuando este se alejó a bordo de la camioneta.

Todos los esfuerzos de las tropas republicanas por doblegar las defensas de la ciudad de Gandesa habían sido vanos. Había habido en el curso de las dos jornadas anteriores idas y vueltas, escaramuzas de arranque y defensa, acercándose a la ciudad o alejándose. Pero los acosos republicanos, muy fuertes, no habían conseguido pasar de la línea marcada por una gasolinera, a la entrada de Gandesa. Allí los soldados que atacaban habían sido barridos una y otra vez por la fusilería que se agazapaba tras un largo parapeto en la carretera de acceso.

En el monte, los nacionales no solo resistían, sino que se habían permitido el lujo de lanzar un furioso ataque que las tropas de la República habían resistido valientemente. A pesar de la fuerza del ataque, llevado a cabo por tropas escogidas del ejército marroquí, la Brigada no había cedido un solo palmo de terreno. La naturaleza rocosa del monte había impedido la construcción de fortificaciones, de modo que la defensa del terreno se hacía pegándose a él, y los soldados debían buscar en cada uno de los accidentes del terreno el lugar apropiado donde encontrar cobijo. Un leve montón de tierra en el desmonte, una piedra, el saliente de una roca servían para guarecerse y eran intensamente buscados y agradecidos. Allí se podía meter la

cabeza y desde aquel rincón se oía cómo las balas cruzaban felinamente por encima de cada uno. Explotaban a un lado y a otro las granadas de aviación o los obuses de la artillería.

Ronald Howes se incorporó al grueso de la 35 División. La alcanzó en las estribaciones orientales de la sierra de Pándols, donde estas miran en desnivel de espaldas al mar, a lo largo de todo el llano de Gandesa.

Un hombre, al otro lado, parecía que acabara de tomar posesión de una heredad, y se mantenía erguido sobre la roca, mirando con unos binóculos al campo contrario: era el comandante Policarpo Ordóñez, que acababa de llegar al frente de sus tropas. Sorbía el aire que hedía a pólvora y a ceniza como si nunca hubiera respirado a la intemperie. Oía silbar las balas alrededor, y a algunas que iba a morir a sus pies; pero él ni siquiera pestañeaba. Se dejaba sumir en la impresión golosa que sentía, y que le recordaba horas pasadas en Xauen y Monte Arruit, días de lucha y de gloria ya muertos.

Habían necesitado dos días de viaje desde Sevilla hasta allí; un trayecto de larga somnolencia, un rumor de desvíos de túneles oscuros, el traqueteo prolongado del tren en los raíles, la voz de los campanillazos en las estaciones; un transbordo, unos heridos, el paso de un río. Pero la guerra; otra vez en la guerra, otra vez puesta en pie.

Conservaba un recuerdo nebuloso de sus largos meses en Carminal de la Sierpe; un recuerdo vago de ocio y borrachera, la lenta adormidera de la ginebra y del coñac; la ácida embestida de la muerte lenta y de la abulia; vistos como a un trasluz, los senos puntiagudos de Rosario, su carne de oliva desnuda, el muro de su vientre y aquella risa descomunal y descocada, aturdidora y ofensiva. «Aparta ya, zorra inmunda. Vete de aquí. Los hombres a la guerra, a la guerra...».

Estaba contento de haber sido librado de aquel torpe destino y de haber sido emplazado nuevamente a jugarse la vida a cara o cruz. Para eso son los soldados. Para eso era soldado él, desde que era muy joven, un chiquillo. Porque lo que pasaba era que los soldados, los soldados como él, habían querido a España más que a nada en el mundo.

Pensando en eso, de pie sobre la roca, casi estuvo a punto de llorar...

Y allí enfrente, se decía a sí mismo, estaban por fin aquellos lobos, los canallas de las Brigadas Internacionales, los asesinos. Allí estaban, al descubierto, sin tiempo siquiera para haber improvisado unas fortificaciones, a un tiro de piedra, a la distancia de una voz... Los enfocó con los binóculos de largo alcance y vio a unos cuantos agazapados detrás de un matorral, agachados contra una piedra, mientras por encima les caía como un manantial una lluvia de rocas y tierra que había hecho saltar a pocos pasos de ellos la explosión de un mortero.

Ronald Howes agachó su cabeza y sintió que botaban contra su casco infinidad de cascotes de piedras y de tierra marrón. Levantó la mirada, toda ella salpicada de grumos de arenilla. Apenas si veía, a la luz del sol poniente, el tono azulado de la cima que tenía enfrente. Quería hacer un techo protector con la palma de su mano,

para descubrirlo bien. Le vinieron a la memoria unos versos sonoros y fluentes de William Shakespeare:

*In me thou eest the twilight of such day  
as after sunset fadeth in the west  
which by-and-by black night doth take away  
death's second self that seals up all in rest...*<sup>[3]</sup>

El comandante Policarpo Ordóñez pidió a un soldado que estaba a sus pies, a cargo de una ametralladora, que le abriera paso hasta el percutor. Miró desde allí en dirección al matorral. Se veía perfectamente a tres hombres. Hasta se distinguía la barbilla rubia de uno de ellos.

—¡Miserables! —masculló.

Apretó el disparador. La ametralladora tableteó largamente en la tarde.

*In me thou seest the glowing of such fire  
that on the ashes of his youth doth lie  
As the death —bed whereon it must expire...*<sup>[4]</sup>

La sangre de Ronald se derramó por el zarzal y quiso caminar hasta el torrente. Otros voluntarios y otros soldados estaban muriendo al mismo tiempo. No era el único. Ronald Howes exhaló un hondo rumor. Cruzó por sus vértebras un gran escalofrío. Su brazo quedó colgado sobre la piedra, inmóvil.

## XI

TODOS LOS QUE HABÍAN sido dados de alta en el hospital, los que volvían de los permisos o estaban de paso, los convalecientes, los que cumplían castigo en el calabozo, así como todos los paisanos a los que el ataque pilló en Gandesa, fueron destinados al Batallón 73 en reserva; y todos los efectivos del 73 en reserva fueron puestos a disposición del mando en plaza para cubrir bajas o vacíos en el complejo frente que había que cubrir. Así, Miguel Llobet, a los dos días de haber llegado a Gandesa, fue colocado en la línea defensiva que cubría el acceso a la ciudad, en la carretera que lleva a Tortosa.

Esta línea defensiva era larga de unos trescientos metros y estaba tendida en el sector oriental de acceso a la ciudad, cubriendo frontalmente cualquier ataque enemigo. No dejaba al descubierto más que el tramo justo de la carretera de Tortosa, que unos cincuenta metros más abajo protegía un sólido parapeto de sacos terreros, más alto que un hombre, en el que había unas piezas de artillería antitanque, amén de una dotación de cincuenta hombres. La trinchera de la línea defensiva era insuficiente para detener un acoso en gran estilo y las fuerzas se habían visto obligadas a reforzar a toda prisa esa trinchera con sacos terreros y piedras.

Miguel Llobet y otros muchos habían sido relevados cada veinticuatro horas y luego vueltos a ingresar por la noche en la trinchera. La vida en ella se hacía insufrible. La trinchera estaba totalmente batida por los rojos, de modo que era imposible asomar un pelo de la cabeza sin sentir en torno el estallido de docenas de proyectiles. Estallaban en la trinchera todos los explosivos posibles, y sobre todo las bombas de mano enemigas, puesto) que los rojos no estaban a más de treinta metros de distancia. En dos ocasiones los de la trinchera habían repelido el ataque masivo y frontal de las fuerzas republicanas. Entonces hubo que salir de la trinchera y batallar en campo libre, cuerpo a cuerpo. El acto de calar la bayoneta le parecía a Miguel un anacronismo, una imagen de la guerra del siglo XVI, en la que era posible todavía ver el rostro al enemigo y lanzarse contra él individualmente, con personificación de sus rasgos y de sus gestos. Le había ocurrido en uno de esos asaltos enemigos que, puesto en pie fuera de su trinchera, había lanzado hacia delante una bomba de mano; el enemigo avanzaba y vio a uno de los soldados rojos, un muchacho alto y moreno, que se dirigía contra él. La parábola de la bomba de mano fue a dar finalmente justo en mitad de su frente; dio contra el casco, pero no estalló. Vio al otro detenerse con un gesto que era mezcla de dolor y de estupor, aquel gesto que se hace cuando hemos recibido una pedrada en mitad de la frente. La bomba debió de quedar en el suelo sin estallar, pero el muchacho se desconcertó tanto que detuvo su marcha y volvió para atrás.

A veces observaba que, precedidos de un largo ruido, aparecían por la carretera

dos o tres tanques que empezaban a disparar contra el parapeto. Se oían al otro lado gemidos y ayes, indicio de que algunos de los soldados habían sido malheridos. Las primeras veces el guirigay le cogió por sorpresa; pero después, en cuanto se sentía el rumor de los tanques que se aproximaban, Miguel Llobet y un compañero —el bizco que había conocido en la taberna— saltaban a la carretera, se acercaban al tanque y lanzaban sobre él una botella llena de gasolina que, al estallar y derramarse, encendía en holocausto toda la masa de hierro. Cuando salía el tripulante, era ametrallado desde el parapeto. Una de las veces que eso ocurrió, el tanquista quedó tendido en la carretera al pie de su máquina infernal; el del otro tanque pudo andar zarandeándose hacia las líneas amigas y fue recogido, mientras caía, por unos soldados que salieron a su encuentro.

Cuando hubo pasado la tercera noche en la trinchera, Miguel Llobet y el bizco recibieron la orden de salir de ella y pasar al parapeto. Lo hicieron cuando estaba a punto de romper el nuevo día y las luces ambiguas del amanecer que nace difuminan las sombras y las ocultan a los ojos ya fatigados e insomnes del que vigila al otro lado.

Lo que se pretendía —o se exigía de ellos— es que estuvieran a disposición de la fuerza del parapeto para efectuar sus salidas siempre que el mando lo juzgara oportuno. Llobet y el bizco no dijeron ni sí ni no; se limitaron a acatar la orden sin dar la menor muestra de aprobación, de contento o de reserva.

El día que amanecía iba a ser el de los combates más duros en la carretera de Tortosa. Los republicanos veían que transcurría el plazo que se habían fijado para la ocupación de Gandesa sin que esta se llevara a término. Era preciso apurar los resortes de la ofensiva y obtener la victoria en el plazo de las próximas veinticuatro horas.

En los parapetos Miguel Llobet advirtió la presencia de una tropa aguerrida y dispuesta. Era la 6.<sup>a</sup> Bandera de la Legión y el 6.<sup>o</sup> Tabor de Regulares de Melilla. Esas fuerzas se iban a distribuir desde allí hasta las estribaciones del Puig de Aliga, todo a lo largo de la carretera en su vertiente sur. De puro morenos, los hombres que había en el parapeto parecían bereberes, africanos tostados por el sol. Sus pellejos eran duros y curtidos, algunos de ellos cruzados por hondas cicatrices que daban a sus rostros expresiones trágicas o ridículas. Uno de ellos parecía que siempre estuviera riendo. Decía las cosas más graves con una eterna sonrisa, motivada por la inflexión que en su gesto imponía una cicatriz. Dijo:

—Ha llegado a Puig de Aliga el comandante Ordóñez. Lo tuve en la Segunda Bandera. Es un jabato. Quiero llegar allí para ponerme a sus órdenes y tomar unas cuantas copas con él. Si está él, seguro que los rojos no pasan.

Luego empezó a contar:

—Estábamos en una posición cerca de Larache, muy baldados porque acabábamos de efectuar una marcha de cuarenta kilómetros. Nos empiezan a tirotear los de una cabila. Estábamos en un hoyo. El comandante Ordóñez nos manda a un

cabo y a mí que nos disfracemos de moros y nos infiltremos en sus líneas. Eso hacemos. Pero nos equivocamos; nos pusimos vestidos de mujer mora y a poco nos desfloran al cabo y a mí... ¡Malditos moros! Venían detrás, pero no en son de paz, en son de guerra; y cachondos como unos perdidos...

Luego se apostaban abocados a las mirillas y empezaban a disparar, sin pausa, horas y horas...

También había tras el parapeto algunos moros del Tabor de Regulares. Es curioso que hicieran la guerra con una calma, con una unción casi religiosa. No decían una palabra. Estaban atentos a lo que ocurría en la carretera. No perdían ni un detalle, ni un matiz. El más leve movimiento en una mata o tras un árbol los alertaba. Es cierto que esos moros donde ponían el ojo ponían la bala. Eran excelentes tiradores.

Cuando salían del parapeto, o los que estaban ya fuera de él, cubriendo los tramos de carretera que llevaba a Puig de Aliga, al caminar parecían esperpentos que se movieran por el paisaje con aire de pajarracos; tenían unos ademanes de una gran lentitud; pero, de vez en cuando, efectuaban al avanzar un movimiento brusco que desentonaba en la tarde en comparación con los movimientos de los otros soldados. Avanzaban sin casi inclinarse, sin ocultarse apenas, como si la trayectoria de las balas enemigas no les afectara y estas estuvieran sujetas a una ley fatal e ineluctable que llevaba prescrito de antemano a quién iba a dar y a quién no. Cuantas veces se les decía que avanzaran procurando ocultarse, resultaba inútil. Avanzaban de pie, erguidos, casi en actitud desafiante, moviendo al aire sus chilabas y sus largas y anchas perneras, que parecían enormes alas de murciélago revueltas en la luz.

A mediodía, estuvieran donde estuvieran, estos moros hacían una pausa, se arrodillaban en dirección al punto en que calculaban estaba la Ciudad Santa, inclinaban la cabeza y empezaban a susurrar los versículos rituales, en los que germinaba su fe todos los días. Había en todos ellos algo de santón y de mago, y quizá fuera ese el motivo de que los descreídos soldados del Tercio les tuvieran tanto respeto y no se atrevieran a gastarles broma alguna.

Uno de ellos, Abd el Amid, ornado su rostro con unas frondosas barbas grises, catequizaba a los demás, en combate o fuera de él, recitándoles a todas horas versículos del Corán o pronunciando salmodias religiosas ininteligibles.

Parecía que en ellos la vida y la muerte tuvieran un significado similar y que ambas fueran las dos caras ineluctables de una misma moneda. Por eso eran tan sufridos en el combate; lo llevaban a cabo de una manera obsesiva y ritual, como si cumplieran una gesta religiosa, y marchaban adelante con la fe de los ciegos y una oración a Dios. Cuando caían heridos, su reacción era sumisa y ardiente. No se quejaban jamás y aceptaban el dolor sin una protesta y sin un lamento.

Así fue como Miguel Llobet avanzó con los moros a lo largo de la carretera de Tortosa para alcanzar y enlazar con las fuerzas nacionales que estaban defendiendo Puig de Aliga. A todo lo largo de la carretera tuvieron que hacer frente a las tropas rojas, que a oleadas intentaban cortarles el camino.



Ya cerca de las estribaciones de Puig de Aliga, cuando los Regulares habían avanzado casi un kilómetro por la carretera, hicieron su aparición dos tanques de los republicanos. Miguel Llobet y el bizco avanzaron agazapados por el campo de trigo en rastros que lindaba con la carretera y, puestos ya en la cuneta, lanzaron sobre los dos tanques sendas botellas de líquido inflamable. En uno de los tanques el líquido ardió. Vieron como su conductor y el artillero salían de la enorme oruga y saltaban al exterior. Amparado en la masa ardiente, el conductor empezó a disparar con una pistola contra los moros, que sin embargo seguían en pie, apuntándole con sus «fusila». Del parapeto nacional empezaron a disparar contra otro tanque, el que no había ardió.

La pendiente del Puig se escalonaba desde el llano y el Tabor entero empezó a ascender por ella. Era un paisaje erosionado y rapado, solo cubierto por matorrales de salvia, de retama y de romero, que cubrían en manchas dispersas una superficie de roca gris, de granito y de pizarra. Resultaba duro remontar la pendiente, y los moros parecía que lo hicieran impulsados por resortes mecánicos, con una agilidad casi epiléptica. Cuando alcanzaban una roca, se parapetaban en ella y empezaban a disparar sin cubrirse del todo, apoyando en el suelo solo la rodilla.

Entonces los rojos volvieron a arremeter fuertemente con un ataque masivo. Por el campo aparecieron media docena de tanques. Avanzaban al tiempo que disparaban proyectiles desde su torreta contra los sacos terreros del parapeto. Desde los otros lugares de la línea se les atacó con botellas de líquido inflamable, lo que no impidió que algunos de ellos prosiguieran su avance. Eran como una fuerza ciega, de difícil dominio. Al avanzar producían un ruido que dominaba sobre el fragor de los disparos y de las explosiones.

Alrededor de los tanques, amparándose en ellos, marchaban docenas de infantes. Llevaban el fusil preparado para disparar, y algunos de ellos lo hacían lanzando bombas de mano o bien deteniéndose un momento y poniendo rodilla en tierra. El ruido de la lucha iba en aumento; al concierto de las explosiones y al estampido seco de los disparos desde las torretas de los tanques se sumó el de unos obuses que la artillería ligera disparaba contra el parapeto, del que de vez en cuando surgían surtidores de tierra y sacos terreros que eran como seres humanos.

Miguel se había detenido al linde de la carretera y junto a él estaba Abd el Amid, el moro de la barba gris, que pese a todo permanecía en pie, llevando constantemente su fusil a la cara. Luego seguían en línea paralela moros y legionarios sin discriminación, los más lejanos de los cuales alcanzaban ya las estribaciones de la montaña. Vio a uno, luego a otro, que caían derribados al suelo; y sintió él mismo la quemadura de una bala de fusil que le rozaba la cara y que ensuciaba su mejilla con una salpicadura caliente. Llevó la mano a la mejilla y estaba roja de sangre. Por fortuna la bala, de un silbido tan similar a tantas otras que seguían lloviendo alrededor, no había hecho más que rozarle.

De pronto vio cómo el moro de la barba gris daba media vuelta sobre sí mismo,

como si se destornillara, levantaba su brazo con el fusil al aire y se derrumbaba sin un gemido a mitad de esa pirueta. Quedó de cara a él, mirándole con unos grandes ojos oblongos y grises, como si le suplicaran ayuda. Lentamente, arrastrándose por el suelo, Miguel llegó hasta su cuerpo.

—No ayudar, no ayudar. «Paisa» dejar aquí a su amigo...

Le estaba recomendando que le dejara morir, pero la serenidad, la bondad y el señorío de aquella mirada eran tales que Miguel puso su cabeza debajo del hombro del moro, pasó el brazo de este por su espalda y empezó a arrastrarlo hasta un hoyo que había más allá, algo alejado de la carretera, y que había abierto detrás de unas grandes piedras la explosión de un obús. El traslado de aquel cuerpo, que no se podía valer, a través del campo y de las balas, no era cosa sencilla y Miguel tuvo que parar y arriesgarse durante el recorrido por dos veces. Al fin consiguió llegar a aquel resguardo y allí se situó junto al árabe, cuyo muslo había quedado destrozado por el disparo, pero que, sin embargo, mantenía aún la cabeza clara.

—«Paisa» salvar su vida. No preocuparse de mí.

Pero Miguel iba disparando con su fusil, de un modo intuitivo, contra los agresores que se le venían encima. Se advertía que en toda la línea del frente los moros y los legionarios se estaban replegando. Al extremo, los soldados de las estribaciones del monte habían alcanzado de nuevo el llano y algunos de ellos no dejaba de marchar hacia atrás. Los camilleros de la compañía recogían de los hoyos a los soldados heridos y corrían hacia la retaguardia con la camilla a cuestas, entre los disparos.

«Si alguno de estos nos viera...», pensó Miguel, sin dejar de disparar.

—Yo cargo la «fusila», así —dijo el moro, al tiempo que cargaba su fusil y lo ofrecía a Miguel—. Dame la tuya —añadió, quitándosela de las manos y empezando a cargarla.

Así estuvieron el moro y Miguel en aquel reducto natural y sencillísimo durante mucho tiempo. Miguel había sacado una toalla que llevaba en el macuto y había envuelto con ella firmemente la pierna del moro, para detener la hemorragia. La herida era grande y el dolor que debía de sentir el moro sería desgarrador. Pero no pronunciaba palabra alguna de queja ni expresaba el menor dolor. Se mantenía impávido mostrando a Miguel, en la claridad de sus grandes ojos grises, la expresión de una limpia gratitud.

Los rojos habían rebasado el campo por su lado; luego las tropas propias volvieron a situarse a su altura. Fue entonces cuando llegaron al hoyo los enfermeros. Pusieron en la camilla al moro. Éste miró a Miguel fijamente; con voz por primera vez entrecortada, dijo en árabe unas palabras que Miguel no pudo entender.

Uno de los camilleros chapurraba el árabe.

—Dice que Alá te premiará lo que has hecho. En el Paraíso te será recompensado.

Quedó solo otra vez, sin moverse del hoyo. Las balas silbaban horrísonamente en derredor. Hundió su cabeza en el suelo, hasta casi masticar la tierra. «¡Dios, basta ya,

han sufrido suficiente castigo, detén la batalla, Señor Dios! ¡Danos aunque sea diez minutos de calma, el tiempo suficiente para echar un respiro, no nos maltrates más, Señor!». La tarde que decrecía era una tarde de estío, dorada y azul; se iba escondiendo hacia el ocaso en reverberos de luz. «¡Señor, acógenos en tu silencio, yo no quiero matar a nadie, no quiero disparar más! ¡Danos tu contrición y cúbrenos con tu nada!» —desvariaba, hundidos los ojos en la tierra, a punto de empezar a gritar...

—¿Qué es eso? Al enemigo hay que mirarle a la cara... —oyó que le recriminaba una voz potente y acuosa. Era la voz de un comandante que estaba de pie junto a él. Era un hombre gordezuelo y adiposo, de ojos felinos, casi mongólicos. Venía del monte. Llevaba la cabeza cubierta por un paño ensangrentado—. Toma, soldado, echa un trago y dime dónde están los camilleros —y le ofreció una botellita de coñac que llevaba en la mano.

Era el comandante Ordóñez.

En cuanto Miguel hubo echado un trago, le conminó:

—¿Dónde hay un puesto de socorro? Acompañeme, por favor...

Miguel Llobet sentía una descomunal pereza de incorporarse, se mantenía hundido en la tierra. Fueron los arrestos y la voz de mando del otro los que le hicieron moverse.

—Ánimo, amigo. Vamos allá. A ver si nos despabilamos. Y echaron a correr, medio agachados, hacia el puesto de socorro, desafiando la granizada de tiros.

La reacción que la muerte de Ronald Howes produjo en Nicolás Borredá fue extraordinaria.

Primero increpó desesperadamente, a voz en grito, a dioses y furias del Averno, en los que no creía. Se puso a despotricar, gesticulando y chillando, contra los mandos del Ebro, que habían dejado a Howes incorporarse a la guerra, y a él en cambio no. El coronel Modesto era un incapaz, un fascista, un incontrolado.

La muerte de Ronald le sumió en la más grave desesperación. ¿Cómo era posible? ¿Y por qué precisamente él? Él ya había cumplido, debía haber quedado al margen de la lucha, alejado de la sangre. Cuando Nicolás se quedó solo en su despacho reclinó su cabeza sobre la mesa; y allí, sobre el cristal frío que la cubría, se echó a llorar. Fue un llanto agudo que surgió de las profundidades de su alma, que atronó la soledad de aquel lugar y pareció que hiciera temblar los cristales y los muebles, lámparas, tinteros, reloj... ¿Por qué Ronald Howes, el más limpio de los voluntarios, espejo de socialistas, campeón de la libertad? ¿Por qué Ronald Howes y no él? Era él, él mismo, Nicolás Borredá, quien hubiera tenido que alcanzar la muerte. Él, que no servía ya para nada, que no era más que un detrito de la revolución española, era quien hubiera tenido que caer.

En aquel momento cruzó su mente una idea como una ráfaga luminosa y se dispuso a ponerla en práctica. Abrió lentamente el cajón de su mesa. En él había una

pistola. Lentamente empezó a cargarla. Tenía los proyectiles en el mismo cajón y los fue metiendo en la recámara. Empezó a pensar que debía dejar por escrito, para que quedara bien claro, el motivo por el cual se suicidaba. No quería que su gesto pudiera parecer una deserción ni una cobardía. Se suicidaba porque no le habían permitido morir en lugar de Ronald; eso era todo.

Pero ¿cómo no iba a parecer una cobardía? Su muerte sería interpretada por muchos como síntoma de una catástrofe colectiva. Parecería que él intentaba zafarse entonces del fracaso que iba a constituir a la larga la invasión de la orilla derecha del Ebro. «¡Alto, alto! un momento de calma», se dijo, refiriéndose a sí mismo. Era necesario reflexionar, no echar a andar alegremente por la calle de en medio; era preciso pensar en el prestigio y en la fe de centenares de millares de combatientes. No podía dar pábulo al derrotismo ni al pesimismo desesperados. ¿Suicidarse no sería una solución pesimista, la más fácil, de su problema personal? Poco a poco volvió a dejar en su lugar la pistola; decidió que el arma volviera a dormir en el cajón de su mesa...

Estaba pensando en qué era lo que debía hacer, y todos los caminos le parecían por igual enigmáticos y abstrusos, cuando sonó de improviso el timbre del teléfono. Le llamaba el agente Hortuna, aquel individuo tan sumamente vestido de agente secreto, destinado en el SIM. Le comunicaba que la organización había detenido a Matías Palá; se había demostrado que era un agente fascista, y no debía andar por la calle. Con él, el SIM se había puesto tras la pista de una organización de espionaje franquista y andaba detrás de ocho o diez personas más para detenerlas. Si Borredá quería seguir el caso de cerca no tenía más que trasladarse a Vallmajor, donde Matías Palá acababa de ser recluido.

Esa podía ser una solución, ¿por qué no?, se dijo Borredá en cuanto aprehendió la noticia. Era necesario que alguien pagara la muerte de Ronald. Era preciso que alguien pagara con sus sufrimientos o con su sangre el dolor que acababa de causarle la desaparición de aquel ser nobilísimo. Era preciso que los fascistas purgaran aquel crimen. Si eso era así, utilizaría todos los resortes posibles de la tortura, física o mental, para provocar en él delaciones o confesiones de todo género. En Vallmajor, en el «preventorio» más siniestro de toda la zona, sería vengada la muerte inútil de Ronald Howes, el intelectual inglés, el hombre que iba a la guerra sin dejar de recitar unos poemas clásicos de dulce entonación.

Cuando llegó a Vallmajor, preventorio que el SIM había situado en un chalé del barrio residencial de San Gervasio, los funcionarios mostraron a Borredá el lugar en que Matías Palá había sido colocado. Era una habitación minúscula, que no tendría más de dos metros de anchura, aunque fuera un poco más larga que ancha. En la pared del fondo había pintado un cuadrángulo que semejava un tablero de ajedrez, a cuadros negros y blancos. No se podía pasear, ni siquiera caminar por el suelo. Estaba enlosado con una serie de ladrillos verticales, puestos los unos contra los otros, de modo que el preso no tenía más remedio que permanecer de pie o sentarse sobre ellos

en el suelo. Cuando le fue mostrada a Borredá, la habitación estaba a oscuras, pero le dijeron que había un juego de iluminación que deslumbraba al preso y le cegaba intermitentemente, a ráfagas alternas de luz o de tinieblas.

En esa oscuridad Borredá descubrió un bulto que estaba acostado en el suelo, sobre los ladrillos verticales: era Matías Palá. Pidió permiso para hablar con él y le dijeron que hasta dentro de cuarenta y ocho horas no podrían empezar los diálogos. Advirtió que las normas del preventorio eran estrictamente científicas, según los métodos más recientes de los hallazgos de la psiquiatría puestos en experimentación en los Estados Unidos.

Al día siguiente se celebraron las exequias públicas por Ronald Howes. Hubo discursos frente al túmulo, desfile militar y de personajes, charanga y discursos. Uno de los oradores fue Negrín. Los diarios aparecieron con la fotografía de Ronald a varias columnas y las opiniones sobre su personalidad política e intelectual expresadas por varios de los miembros más destacados de las Brigadas Internacionales y de la política nacional.

Al día siguiente Nicolás Borredá volvió a Vallmajor. Llegó cuando Matías Palá acababa de ser interrogado durante cinco horas seguidas por uno de los comisarios. Este dijo que había sacado poca cosa en claro de las declaraciones del preso. No obstante, no era para desanimarse; casi siempre acostumbraba a ocurrir así en los primeros interrogatorios.

Nicolás Borredá contempló al preso, absolutamente derrengado en su celda. Sin poder sentarse ni estar de pie, se había apoyado en una de las paredes del cubículo y daba la impresión de que le hubieran estado maltratando físicamente. Hacía de vez en cuando unos movimientos con la cabeza que dejaban al descubierto los espacios blancos de sus ojos, como el de un ser completamente ido, sorprendido en mitad de sus desvaríos. Hundía el mentón en el pecho y sacaba una lengua torcida, absolutamente seca; de su boca emergían unos sonidos guturales. A diferencia de la oscuridad del día anterior, se abatían sobre Matías Palá los destellos de la luz más deslumbrante. Aquella claridad era uno de los ingredientes de la cura que se estaba llevando a término sobre la psique del recluso. Un ruido metálico y regular, como el de una gota de agua muy sonora que cayera en el recinto, hería los tímpanos de aquel hombre que acababa de ser sometido a cinco horas de interrogatorio continuado.

—¿Le han hecho algo... algo especial?

—Se le ha aplicado el método número cuatro, claro que sin resultado. Pero es un paso para darle de alta en el preventorio E. Va siguiendo el proceso regular.

Quien hablaba era un hombrecillo enteco y mínimo, que ocultaba unos ojos de mirada voraz y aguda tras unos cristales de gafas muy gruesos. Era un psiquiatra célebre en congresos y simposios: el doctor Fisa.

—¿Quiere verle? ¿Quiere hablar con él?

Borredá asintió. Poco después Matías Palá era llevado de su celda al locutorio. Entornaba los ojos y movía sus párpados para habituarlos a la luz natural de la tarde.

Jadeaba aún, asustado y convulso.

Tardó en reconocer a su amigo el político; y cuando lo hizo no quiso confiarse; seguía recelando y le costaba hablar. Fue Nicolás quien hizo uso de la palabra.

—Tú no has sido leal conmigo, Matías. Debieras haberme prevenido o, por lo menos, podrías haberme ahorrado nuestra entrevista de hace un mes. Me has dejado en una situación muy comprometida, no obstante lo cual veré lo que puedo hacer en favor tuyo. Pero debo confesarte que tu situación me parece difícil. Sumamente difícil. Di, ¿con quién te relacionabas, a quién debías servir? Aquí, en Barcelona, ¿quiénes eran tus cómplices?

Ante el silencio del otro, proseguía Borredá:

—Comprenderás que con tu silencio no haces más que echarle tierra encima; y ya estás muy, pero muy dentro del hoyo. Si no sueltas aquí el nombre de algunos de tus cómplices será muy difícil salvarte. Debes saber cómo las gasta el SIM.

Pero Matías Palá le miraba como idiotizado, sin soltar prenda.

—¿Mandabas directamente tus informaciones al Servicio Militar de Burgos? ¿O te servías aquí de algún intermediario? Nuevo silencio de Matías Palá.

—Bien. Tú verás lo que haces. Piensa que no todos tienen el privilegio, como tú, de tener un amigo llamado Borredá: si te obstinas en callar, tú te lo pierdes.

Borredá hizo un signo al carcelero —un hombre hosco, con barba crecida— indicándole que podía encerrarle de nuevo. Al cabo de poco le vio nuevamente mirando a través de un estrecho resquicio, apoyado en la pared de su celda.

A los dos días, en la antesala de su despacho esperaba para ser recibida por él, con una tarjeta de recomendación de un diputado de la Esquerra, la ínclita y batalladora Rita Arquer. Pese a que Rita repudiaba el valerse de recomendaciones y tratos de favor con aquella gente, dado lo excepcional del caso iba aquella vez a postular en favor de Matías Palá porque una amiga suya más o menos entremetida en la organización de la Falange clandestina, Teresa Buitrago, falangista y sobrina del reverendo don Clemente Pena, que ejercía su apostolado en la clandestinidad, le había asegurado que don Matías era una pieza clave en la organización, y que había sido enviado del otro lado con consignas precisas. Rita Arquer conocía todos los antecedentes de Nicolás Borredá. Sus antecedentes jurídicos en primer lugar; y su ascendencia republicana después: desde la primera República, de la que su abuelo había sido uno de los propugnadores más ardientes, luego a través de su padre, uno de los puntos fuertes de las Bases de Manresa y de la Solidaritat; y finalmente por los suyos propios, desde los días de su exilio durante la dictadura hasta su enlace con Maciá y, luego, con Negrín. Pero Rita Arquer había conseguido desentrañar además los hilos alambicados de una vertiente poco conocida del prohombre de izquierdas. Y era el parentesco que tenía con un eclesiástico de pro, el obispo de Calahorra, monseñor Masdeu y Plá, hermano de las señoritas Masdeu, de la Obra de la Exaltación Pía del Carmelo, ubicada en San José de la Montaña. Naturalmente que las señoritas Masdeu y la Obra de la Exaltación Pía no ponían ahora sus narices más

allá de los límites de la clandestinidad, pese a la situación de su pariente. Pero para Rita Arquer era guardada como oro en paño la simple noticia del parentesco, que venía del hecho de que las señoritas Masdeu eran hijas del segundo matrimonio del abuelo del político, y que, por tanto, el obispo de Calahorra y Nicolás Borredá eran, aunque Borredá lo ocultara cuanto podía, nada menos que tío y sobrino.

Con estas armas en la faja se disponía Rita Arquer a comenzar su requisitoria en favor de Matías Palá. Otras papeletas había resuelto en aquellos años con armas más débiles. Su estado de ánimo, en el momento en que el secretario de Borredá le hizo pasar al despacho de este, era el de los días de victoria.

La verdad es que el político se mostró muy alentador a la hora de recibirla. Hizo que se sentara con un ademán displicente y no pareció prestar demasiada atención a sus primeras palabras.

Rita le estaba hablando de las señoritas Masdeu y Plá; Nicolás parecía que no quería entender que se refería a sus tías.

—Son personas de la más alta categoría, señor Borredá. Hemos pasado muchas horas juntas y créame que aprecio sus altísimas condiciones tanto de inteligencia como de bondad... —pero Borredá no daba su brazo a torcer, no parecía sentirse afectado por la perorata de Rita. El político estaba pensando que buena la había hecho; estaba dando cuerda nada menos que a una beatona de la cuerda de sus tías, a las que no veía hacía un siglo y con las que no quisiera tener nada que ver.

—Naturalmente, es una familia de primerísimo orden —añadió sin arredrarse—. A propósito, señor Borredá, ¿tiene usted noticias de su tío el obispo?

Borredá, que ya estaba nervioso desde el principio de la conversación, decidió cortar por lo sano y no andarse con remilgos. Vociferó:

—Bien, señora. Dígame concretamente cuál es el motivo de su visita.

—El motivo es solicitar de usted que me deje visitar a un detenido, a una persona a quien el SIM ha recluido en Vallmajor hace pocos días.

—¿De quién se trata?

—De un tal Matías Palá.

—Ajáaa... Matías Palá. Sí, sí... Le conozco muy bien. Le conozco al dedillo. Antes de la guerra éramos buenos amigos...

Pasó sus dedos vibrátiles y largos por la frente, con un movimiento nervioso.

—... Lo que no quiere decir que hayamos podido serlo después de la guerra. ¿Para qué quiere verle?

—Simplemente para darle algún alivio de tipo humano. Quizá para hacerle llegar algún suplemento en materia de alimentación. En fin, una cuestión puramente humana.

—¿Ya sabe usted del tipo que se trata? ¿Ya sabe usted que se trata de un fascista? ¿Que se le ha pillado realizando una labor de espionaje en favor de Franco? ¿Lo sabía o no?

—No, señor Borredá. No lo sabía. Y si he de serle sincera, me permitirá que le

diga que me tiene sin cuidado. Le he dicho que se trataba de un alivio simplemente humano y es verdad. En eso sigo las recomendaciones de su tío el monseñor: haz el bien y no mires a quién.

—Pero, señora... —exclamaba Nicolás, sin comprender—. ¿No sabe usted que vivimos en 1938, en plena Guerra Civil y en plena República? ¿No le parece que quedan un poco fuera de lugar sus alusiones al obispo por pariente mío que sea? En atención a que es usted mujer y a su despiste, le voy a facilitar una entrevista con el preso en cuanto hayan pasado los trámites de la instrucción del proceso que se le va a seguir y, desde luego, una vez levantada la incomunicación a que está sujeto. Pero no antes. Ande, ande, buena mujer, vuelva por aquí dentro de un par de semanas. ¡Ah, y dé usted recuerdos a Simón!

Simón era el nombre del diputado con cuya tarjeta había encontrado acceso Rita al despacho del político.

—Muchas gracias, señor Borredá —contestó Rita haciendo a guisa de saludo un atisbo de genuflexión, que resultaba un anacronismo más en aquella hora. Borredá la saludó con una sonrisa y la vio salir por la puerta.

—Realmente, en este mundo hay de todo —se dijo Borredá—. *És un món de mones.*

El Puig de Aliga cambió cinco o seis veces de mano en el transcurso de unas semanas. Los combates por la posesión de aquella cota fueron muy duros. Carlos Rius, que cumplió en ella su bautismo de fuego, pensaba que no podría salir con vida de esta su iniciación. Veía caer a sus compañeros —allí fue abatido el alférez Coloma—, pero él no sufrió el menor rasguño. Los retrocesos y subidas por la loma ocuparon casi todo el mes de agosto de aquel año. Finalmente el frente se estabilizó en aquel sector, dejando la loma en poder de los nacionales. Pero cara a aquella posición había otras, en montes de mayor altura, dominadas por los republicanos, tales como el cerro de San Marcos y las cotas adyacentes al vértice de Cavalls, desde donde no paraban de hostilizarlos.

Al correr de los días fue posible establecer en el Puig, primero un remedo de fortificación y luego una fortificación en regla, a pico y pala, horadada en la roca. Se agenciaron para edificar las chabolas correspondientes en una zona como aquella, en la que debían hallarse dispuestos a pasar largos meses. Las chabolas quedaron disimuladas en tierra por una protección de hojarasca y pinocha que, en un terreno como aquel, abundante en maleza y bosque, consiguió amagar el reducto a la vista de los contrarios.

La cúspide del cerro estaba constantemente batida por la artillería republicana y pronto quedó monda y lisa, yerma y huera de toda vegetación. Pero las trincheras empezaban al margen de la cúspide y proseguían por la ladera, deteniéndose a espacios regulares en el remanso de las chabolas. Así empezó a discurrir en el monte,



en medio de los tumultos y del tiroteo, una vida en cierto modo regular. En la zona en la que estaban no eran batidos más que por las tropas del cerro de San Marcos. Estas eran muy abundantes, bien previstas de ametralladoras y armas automáticas. El fuego que hacían desde la posición no era extremadamente peligroso, a no ser que alguien se descuidara y mostrara su cuerpo más de lo debido por encima de la trinchera. Lo que era peligroso, y contra lo que había que precaverse, eran las avanzadas y descubiertas de aquella tropa por el terreno intermedio. En dos ocasiones, ambas de noche, los republicanos habían salido de sus trincheras con el ánimo de ir al asalto de las posiciones nacionales en aquel sector, a cuya posición no habían renunciado, y no sin esfuerzo y sin bajas fueron devueltos a la posición original.

Durante el día, las horas transcurrían sin sobresalto, siempre a expensas, eso sí, de un tiroteo o de un aldabonazo de los rojos, que era raro dejaran pasar una hora sin disparar. Pero cuando había que extremar la vigilancia era durante la noche. En las horas altas de la noche los soldados que estaban de servicio y, desde luego, todos los oficiales, mantenían los ojos bien abiertos y la mirada despierta, en busca del rastro del enemigo que permitiera descubrir un movimiento impensado, un aviso de ataque, el atisbo inconcuso de una sorpresa. En las chabolas no podía ser encendida luz alguna. Como el calor era sofocante y no cedía más que en esas horas de la noche, era grato ponerse a la intemperie de cara a las estrellas, que en aquella noche tenían un fulgor atónito y desmesurado y parecía que perforaran la tiniebla con millares de dardos luminosos, que ponían sobre los arbustos y las vertientes una luz fantasmal.

El comandante había situado su puesto de mando en mitad del cerro, del lado de poniente. Sin embargo, subía muy a menudo a las posiciones; en general una vez por día y a veces por la mañana y por la tarde. El comandante había sido herido nuevamente en los primeros días de la batalla por la posesión del Puig de Aliga. Le había rozado una bala casi por el mismo lugar en que, en otra ocasión, recibiera la que le hizo perder el ojo; pero como el ojo ya estaba perdido, el resultado fue esta vez mucho más benévolo. Ni siquiera abandonó la batalla; se limitó a hacerse curar en el puesto de socorro, tras de lo cual volvió a su lugar en la trinchera.

Carlos Rius y Miguel Llobet estaban luchando muy cerca el uno del otro; pero ni uno ni otro sabían de la existencia recíproca, y como no había forma de trasladarse a otro lugar resultaba casi imposible que algún día coincidieran. Después de la batalla en aquel sector, la lucha se había centrado en la carretera de La Fatarella, más al norte. Los combates eran encarnizados. Se trataba de evitar que el cruce llamado Cuatro Caminos quedara en poder de los republicanos. El combate era sangrante, lento, inacabable. Para avanzar unos metros de terreno bajo un sol lacerante los soldados habían de gastar toneladas de explosivos. La Brigada Internacional que tenían enfrente no tardaba en reaccionar y contraatacaba ferozmente de nuevo, a la caída de la tarde. Las tropas recuperaban por la noche lo que les había sido arrebatado por la mañana. Así un día y otro día. Uno tenía que volver a saltar por tercera vez aquella alambrada que había estado ayudando a montar quince días antes, y cuando

sentía que los pinchos retenían la ropa y arañaban la tela del pantalón prefería prescindir de esta prenda y dejarla en rehén, como un guiñapo, por si al atardecer había de volver a cruzar la alambrada. Y de nuevo la bomba de mano y el asalto a la trinchera, frente a frente, en oleadas de polvo y de sudor, para acabar en el punto mismo en que la víspera se había tenido que pasar la noche.

Una vez, el comandante envió un aviso a Carlos Rius para decirle que deseaba verle. Carlos Rius descendió del monte hasta la ladera en que el comandante tenía instalado su puesto de mando. Este era un blocao rectangular, hecho con piedras y cascotes y recubierto de ramas. Como no estaba batido por el enemigo, en él se podía encender la luz. Esta era una lamparita de acetileno que irradiaba una luminosidad clara, casi diurna, ofensiva, y que daba a los rostros una opacidad amarillenta como la de los cadáveres.

Esta luz acentuaba los rasgos siniestros del comandante, mucho más evidentes que antes del último balazo. Su cráneo, nuevamente abollado alrededor del ojo inexistente, parecía la máscara de un aparecido. Sin embargo, todo ello servía para subrayar los fulgores del ojo indemne, que Carlos Rius, ya perdidos los escrúpulos, se entretuvo en observar con detenimiento. Y así pudo llegar a la conclusión de la realidad física del comandante, antes del atropello y de que su cara hubiera sufrido la erosión de las sucesivas balas. Y se dijo que don Policarpo Ordóñez en otra época debía de haber sido un hombre atractivo. El ojo indemne era un ojo oblongo, oscuro, luminoso, expresivo; al mirar fijamente, tenía fulgores de inteligencia. En el instante en que se notaba que el comandante no había bebido, mirando solo aquel ojo se podía advertir la gracia y el señorío que ornaban la personalidad del militar.

—He retenido para usted esta carta de Carminal, con el deseo de llevársela personalmente al puesto. Pero luego me he dicho que era mejor que bajara a recogerla. Las noches son largas y llevo una serie de ellas sin pegar ojo. Me he dicho que no le importaría hacerme un rato de compañía. ¿Es o no es así?

—En efecto, mi comandante.

Observó que el comandante, con un gesto precavido, llevaba la palma de su mano hasta el casquete de gasas que seguía envolviendo su cráneo y de las que no le habían autorizado a desprenderse.

—Vámonos, sentémonos afuera... Estaremos mejor...

Le indicó los salientes de unas piedras, que miraban al desmonte. A la izquierda, entre la oscuridad, se silueteaban a lo lejos algunas de las casas que debían de constituir el núcleo urbano de Gandesa. Al frente, medio hundida en la tiniebla, se advertía la masa que formaba, sobre un cerro, una ermita, la ermita del Calvario. Por encima de todo, la enorme bóveda del cielo cubría la extensión de los montes y del llano, en el que se descubrían a veces como sombras, caminos y vertientes. Lejos se veía el fragor que hacían las granadas al estallar y un eco de fusilería que batía en el llano cercano a La Fatarella.

—Eso no acaba nunca —exclamó, mientras con un pañuelo blanco secaba el

sudor que perlaba el lado intacto de su frente—. En esta guerra parece que estemos destinados a morir de aburrimiento.

Carlos Rius se extrañaba de que no sacara a relucir su botellín y de que no le ofreciera un trago, como era su costumbre. Quedaron un rato en silencio, sentados en la piedra uno frente al otro.

—Abra usted la carta, sin cumplidos. No se preocupe por mí. Acérquese sin reparo a la luz, si es que no ve bastante —animó el comandante.

Carlos Rius se acercó de nuevo al blocao y entró. Abrió el sobre y extrajo de él una carta y una fotografía. Era Pepa Cortina.

En la soledad de la noche, volver a sentir la realidad de aquel rostro concreto, tener de nuevo, exacta, la fisonomía de la muchacha pareció que le abriera nuevamente las puertas de una realidad viva y encubierta. Quedó unos instantes pendiente de aquellos rasgos finísimos: el dibujo de su nariz recta, suave y firme, sobre la delicada curvatura de los pómulos, junto a la cascada de luz de los cabellos dorados que caían sobre los hombros. Los ojos, grandes, azules, le miraban cálidos, calmados, sin temor...

¡Qué contraste tan grande entre aquella realidad de pronto sobrevenida, y la que estaba viviendo sobre unas rocas, expuesto a los tiros del enemigo, en mitad del frente! Recordaba su sopor en la chabola, dormido entre otros muchachos, tumbados como él en la noche, en la refriega; al rastro de aquella humanidad que olía a vino, a lana de cordero, a pólvora y a viento. ¡Bendita y oportuna maravilla, Pepa Cortina! ¿A qué has venido ahora a mezclarte con nosotros?

*He pensado en ti y que probablemente estarías muy triste, y me he puesto en seguida a escribirte estas líneas. ¿Ves como cumplo mi palabra?*

¿Y tú qué sabes de la vida y del hombre, prodigiosa maravilla, esencia sutil de alameda y de arrayán? Sentía que agradecía infinitamente el favor que le hacía al comunicarse con él, desde el otro extremo de España. Pensaba que si por un azar el día de mañana era el de su muerte, sería hermoso morir con aquella carta en el bolsillo de su camisa.

—En estas horas es un gran consuelo una carta de una niña bonita, ¿no es así?

La brasa del ojo superviviente del comandante parecía encender el aire oscuro de la noche. Le miraba fijamente, con un ahínco que llegaba a asustar.

—¿Cómo está ella? —inquirió el comandante, que por lo visto quería sonsacar como fuera algo del contenido de la misiva.

—Ella está bien. Inquieta por nuestra suerte.

El comandante se mostraba nervioso. Daba la impresión de tener algo que decir, pero dudaba cómo enfocar el dialogo. —Quisiera saber, querido alférez —abordó al fin—, cuál ha sido su reacción después de los primeros combates. ¿Le han hecho a usted mucho efecto?

Rius tardó unos segundos en contestar.

—¿Puedo hablarle de verdad?

—Desde luego. Y hágalo tan sinceramente como pueda. —Señor, el combate no me ha gustado nada. Ni un solo minuto he dejado de pensar que era hombre muerto. Digan lo que quieran del miedo, este es consustancial con el hombre. Y he pasado el miedo a toneladas.

—Bien. Me gusta su sinceridad. No todos hablarían de ese modo. Quiero tranquilizarle; para su descargo así mismo, poco más o menos, hablé yo a mi comandante después de mi bautismo de fuego. Ya ve; y después no he conseguido apenas salir de las brasas. A todo se acostumbra uno. Dígame, Carlos: si hubiera alguna vez que hacer algo que se saliera de lo corriente, si se presentara la oportunidad de llevar adelante una acción excepcional, ¿podría usted encargarse de llevarla a cabo?

—Mi comandante, usted sabe que nosotros estamos aquí para hacer lo que se nos diga: eso es todo. Creo que no me presentaría jamás voluntario para algo excepcional; pero del mismo modo no rehusaría el hacerlo si se me ordenara.

—Bien. Me basta con eso.

Cerca del blocao transitaban unos soldados. El comandante los llamó e hizo que trajeran café.

—Esto de aquí es más movido que Carminal. Sin embargo, ¿sabe usted que quizás el peligro fuera el mismo allá abajo que aquí? Si ellos llegan a atacar, allá abajo no hubiera quedado de nosotros ni rastro. Aquí, en cambio, los tenemos enfrente, sabemos que nos vigilan y estamos constantemente preparados.

Parecía que la herida recién recibida hubiera humanizado al comandante. Hablaba moderadamente, sin gritos; de vez en cuando llevaba la palma de su mano hasta la cicatriz, palpándose o acariciándose con sumo cuidado el espacio del ojo maltrecho.

—Lo único que me atemoriza es el dolor. A veces, cuando veo en el hospital la cantidad de dolor almacenado, el espectáculo de hombres convertidos en pura llaga, allí donde muchas veces solo se sabe dónde está la boca por el alarido que da, y pienso en las madres que han parido a esos seres, en la cantidad de lágrimas que está costando esta guerra, entonces se me pone carne de gallina y preferiría morir. Es muy distinto el aspecto que tienen los héroes, cuando los leemos en los libros, al que tienen en la realidad. Y es aquí donde se ven. Aquí se ve la cantidad de sangre y de pus que tiene cualquier página de historia.

Dejó que el soldado que acababa de llegar sirviera el café en dos tazas.

—Vemos el aspecto que tiene el campo de batalla y llega a sernos indiferente. Sí, vea allá abajo. Se están zurciendo a tiros; están explotando las granadas una tras de otra. A nosotros, que estamos aquí tomando café, ¿qué nos importa? Parece que lo que cuenta en la guerra es cada uno. Pero entre tanto, allá abajo están cayendo los muchachos y cada una de las explosiones tiene su séquito individual de sangre y de muerte. Para aquel a quien le da, es más importante aquel suceso que toda la batalla y

aun que toda la guerra junta. Un solo casco de metralla vale para él más que todas las bombas que se han lanzado y las que se lanzarán hasta el fin de la guerra. Por eso la victoria la tendrá el que sea capaz de sublimar el dolor de todos. Sí, el dolor de los rojos y el dolor de los blancos. Quien se levante al final a resumir el dolor que todos hemos sentido, los de un bando y los de otro, habrá ganado la guerra. Querido alférez, yo no sé si sabe usted que, al final, la victoria es de las madres... Ellas ganan siempre.

Le parecía a Carlos que aquel era un comandante desconocido, humanizado. Nunca hubiera sospechado que el jefe fuera capaz de observaciones de ese tipo. El otro pareció adivinar lo que Rius estaba pensando.

—A veces hacemos cosas y llevamos a término actos que nos imponemos para guardar la moral, para asegurar la disciplina o por alguna razón misteriosa que ni nosotros mismos acertamos a explicar. Pero en el fondo de nuestro ánimo hay una voz que nos delata, una voz que nos está reprochando a cada instante. Hay veces en que esta voz se escucha con más fuerza; otras está medio apagada. Lo cierto es que hay que dejar que se oiga. ¿Ve usted? Esta noche me parece que escucho esa voz perfectamente.

Luego guardaron silencio largo rato. No se oía más que el fragor del combate que se estaba desarrollando en La Fatarella y cuyos relumbrones se advertían en el aire oscuro de la noche. De vez en cuando, más cerca, al otro lado del monte, en la otra vertiente o junto al macizo de San Marcos, crepitaban explosiones solitarias, cuyo eco repercutía en la oquedad de los montes. El comandante se levantó. Estaba sudando y se secó la humedad con el pañuelo. Le dijo:

—¿Vamos? Voy a acompañarle.

Lentamente emprendieron la marcha por la ladera, cuesta arriba. Un resplandor de explosiones lejanas iluminaba o dejaba de nuevo a oscuras, intermitentemente, la falda del monte por la que ascendían. La noche era bella, cuajada por millares de estrellas de límpido fulgor. Por algún lado se oía, al descender, el agua de un regato.

Al llegar a la cumbre, se pusieron al abrigo de olivos y de bojés y corrieron por la línea del monte paralela a las trincheras, que se veían más abajo, entre los zarzales. Al cabo de un rato llegaron hasta el puesto en que tenía su destino Carlos Rius. Oficiales y soldados se levantaron al llegar el comandante y le saludaron cuadrándose.

—Cuando vayamos a morir, recordaremos la paz de esta noche... —dijo el comandante mientras desde la trinchera, hinchando su pecho con el aire fino de la sierra, que olía a tomillo y a boj, contemplaba la inmensa extensión del monte en silencio, sobre el que parecía flotar el resplandor de millares de estrellas.

Carlos Rius lo observaba sin saber qué decir...

## XII

MARIO LLEGÓ A CARALEDA y recibió de Hilario la orden de volver al pueblo y de subir de nuevo con refuerzos frescos de la Guardia Civil. Si no los había en el pueblo, que echaran mano de los números disponibles en las poblaciones del contorno. Era preciso acorralar y dar caza a Máximo y a su compinche antes que los fugitivos pudieran soliviantar aquella parte del Maestrazgo. Mario descendió llevando en los lomos del mulo el cuerpo del cabo Garrido y el del bandido al que habían dado muerte. Y emprendió la marcha a la llanura, mientras Hilario y sus cuatro compañeros se adentraban en el bosque en busca de los facinerosos.

Durante cuatro días dieron vueltas por el espacio umbroso, sin resultado. El maldito Máximo debía de ser buen conocedor de aquellos parajes. En dos ocasiones hubo que volver a Caraleda a reposar y a comer. Al cuarto día volvió Mario con un refuerzo de tres parejas más, que le enviaba el capitán desde Cantavieja. Con ellos iba un sargento, el sargento Delicado, hombre curtido, de barba áspera, que llevaba siempre la frente baja como un toro encelado y miraba a derecha e izquierda moviendo su cabeza, pero no sus ojos. El sargento tenía viva la imagen del cabo Garrido por haber servido juntos a las órdenes del capitán Marcial, en la defensa de Huesca, los primeros días de la guerra. En cuanto vio su cadáver se impuso la tarea de vengarlo. El cabo Garrido era un buen guardia civil y el sargento Delicado pensó en su viuda, una zaragozana rolliza y charlatana, y en los dos hijos pequeños que dejaba. La imagen de aquella familia abandonada por la suerte, cuyo sino había venido a ser igual al de tantas otras de su raza que poblaban con su dolor el mapa sentimental del Cuerpo, educadas en el silencio, en la conformidad, estaba presente en su imaginación cuando iba ganando con lentitud la cumbre de aquel cerro y adentrándose en las tierras del Alto Maestrazgo.

El sargento Delicado estaba aguardando ya el retiro. Llevaba más de treinta años en el Cuerpo. Había estado de guarnición en Madrid; allí estaba cuando el atentado contra los Reyes el día de su boda. Justamente él fue uno de los que salieron en pos de Mateo Morral y consiguieron darle alcance cuando estaba huyendo por el monte. El sargento Delicado podría decir el mes y el año, y tal vez el día de todos los sucesos sangrientos de la historia de España, desde los atentados anarquistas de Cataluña, región en que también había estado destinado, hasta el crimen del expreso de Andalucía; él formaba en el piquete que acompañó al garrote a Sánchez Navarrete y sus compinches. Era difícil que el sargento Delicado realizara alguna misión con un suplemento de entusiasmo, porque los muchos años y el mucho trato con los criminales le habían demostrado que no hay actos que merezcan mayor atención y un mayor desvelo que otros. A la hora de la verdad, los criminales todos son los mismos y es inútil querer singularizarlos. Generalmente se limitaba a cumplir con su deber sin

entrar en mayores disquisiciones. Pero esta vez sentía que aquel suplemento de pasión, en el que una parte de su espíritu humano se disponía a intervenir aparte de su espíritu de Cuerpo, estaba disponiéndole a actuar en la venganza del cabo Garrido con todas las fuerzas de su alma. Aparte de la piedad que le inspiraban la viuda y los hijos del cabo Garrido, tan adictos a aquel hombre que en Huesca le decía, al atardecer: «Sargento, duerma usted tranquilo, yo me quedo de imaginaria en el primer turno»; aparte de ellos le removía la memoria y la conciencia el hecho de que a él le parecía que recordaba alguna de las gestas de aquel Máximo en Barcelona, si era en verdad el hombre que había sido juzgado por el asesinato de un jefe de la Compañía de Tranvías: «Sí, sí, yo diría que era el mismo», asintió, en cuanto le fue mostrado uno de sus retratos de archivo. Ya en aquella ocasión, se decía el sargento Delicado que él no le hubiera dejado escapar de la justicia tan lindamente. Recordaba que solo fue castigado otro anarquista, un tal *Roquete*, por cierto a garrote vil. Pero Máximo, que salió indemne, merecía la misma pena.

Cuando los guardias civiles de uno y otro grupo se unieron en Caraleda y el sargento Delicado se puso al frente de todos ellos, emprendieron su marcha hacia el bosque con el propósito de no cejar hasta dar con el paradero de Máximo y sus cómplices, y de reducirlos. La tarea no era fácil. Habría que recorrer la sierra de Ejulve y luego la sierra de la Garrocha y penetrar en los bosques de una y de otra, en una distancia que iba desde las Cuevas de Cañart hasta Aliaga por un lado, y por otro desde Ejulve hasta Pitarque y Cillarluengo. Esta zona estaba cruzada por dos ríos: por un lado el río Campos y por otro el río Guadalope. Esos ríos, sobre todo el Guadalope, se partían en mil quebradas y meandros de difícil acceso y parcelaban el paisaje en anfractuosidades infinitas. Estas abundaban en cuevas y barrancos, en los que era relativamente fácil encontrar acomodo.

La fuerza iba preparada para una prolongada campaña. Si parecía difícil dar con el paradero de los bandidos, no había duda de que estos, al fin, tendrían que salir al descubierto por la poca facilidad que el paisaje daba para una acción prolongada. Por muy sólidos que los bandidos tuvieran los puntos de apoyo, en toda la zona no podían ser más de cuatro o cinco por la escasez de las casas de labor y la inexistencia casi absoluta de poblados.

Eran pocos los datos de que la fuerza se podía servir para llevar a término la persecución de los facinerosos. Los rastros de sus pisadas y de su paso, fogatas o restos de acampada, podían ser barridos por una noche de lluvia o de viento. De lo que mejor podían valerse los perseguidores era del rastro, ya fueran los cascos o el estiércol que dejara en el camino el caballo que los fugitivos llevaban consigo, rastro que no era posible impedir ni ocultar.

El sargento Delicado ordenó un gran despliegue por toda la zona, en parejas, que cubriera todos los pasos que había en la sierra de Ejulve desde Aliaga. En toda esta zona no encontraron rastro de los fugitivos. En ella no tropezaron más que con un pueblo, La Cañadilla, habitado por unas gentes silenciosas y amargas, a las que era

difícil arrancar unas palabras de la boca y que con su actitud parecían negarse a facilitar a las fuerzas cualquier tipo de reseña u orientación. Se les notaba como atontados aún por la continua presión a que en otros tiempos debían de haber estado sometidos por fugitivos del bosque, bandidos o desertores, y no querían comprometerse otra vez. Era gente de esa raza de los que salían los cómplices y valedores de los montaraces. El sargento Delicado estuvo dudando si dejar de retén a un par de números, convencido de que, un día u otro, los bandidos irían a parar allí y sería posible echarles el guante.

Desde Ejulve, la Guardia Civil volvió a desandar toda la zona hasta Pitarque, por sierras, valles y montes sin caminos. Tampoco allí encontraron huellas de los bandidos. Cruzaron el río Guadalope por la ladera del Alto de las Coronas, en un paraje abrupto y arisco, de vegetación frondosa y espesa. En todo el camino no encontraron más que dos lugares habitados, dos casas de labor olvidadas del mundo. En una de ellas vivía una pareja con seis o siete chiquillos. Estos ayudaban a los padres en las tareas del campo y miraban a los guardias civiles como si fueran aparecidos o seres de otro mundo. Coincidieron en la masía dos de las parejas y pernoctaron allí. Los campesinos les ofrecieron unas rajadas de lomo curado que era una bendición y que los guardias civiles acompañaron con unas rebanadas de pan moreno impregnado en un aceite espeso y ácido. Los chiquillos observaban a los guardias devorar el yantar con un duro movimiento de los maxilares, que se teñían de ocre y oro al resplandor de una lumbre que crepitaba en el silencio. Unos cuantos peroles de cobre colgaban de la ennegrecida pared.

A veces las fuerzas de la Guardia Civil hacían un alto en el camino para reagruparse y cambiar sus impresiones. Pararon dos días en Pitarque. El hecho de estar en una población parecía que infundía a los guardias nuevos ánimos. En Pitarque fue posible adivinar algún indicio del paso de Máximo y sus secuaces. Hacía ya cerca de dos meses que el bandido había sido visto allí, allí mismo, donde estaban hablando, en aquella taberna rural desvencijada y llena de moscas. Había venido solo y a caballo, en un caballo blanco. No amenazó a nadie, no se propasó con nadie. Compró unas vituallas, embutidos y demás, en la tienda, y se volvió al monte después de haber pagado religiosamente en todas partes. Quien hablaba era un hombre mayor, con una cabeza rala de pelo gris y la piel morena, curtida por el sol. Le escuchaban algunos de sus paisanos. Sobre todo, no fueran a comprometerle. Él decía a la Guardia Civil lo que sabía, pero no podía decir más. Añadió que en el pueblo los bandidos no tenían buena acogida y que si supiera que algunos los apoyaban no dudaría en comunicarlo a las autoridades.

Ocho días más tarde el sargento Delicado decidió hacer campamento en el monte. Unas docenas de leguas más allá de Pitarque, en pleno panorama del Alto de las Coronas y muy cerca ya otra vez del río, habían descubierto huellas del paso de seres humanos y de una caballería que no podía ser sino de Máximo y los suyos. Decidió que acamparían entre el Alto de las Coronas y la Sierra de la Cañada, en un recodo



del bosque no lejos de una carretera que llevaba de Pitarque a Ejulve. El lugar era agreste, dominado por una espesa vegetación de pinos y de encinas que descendían en tropel hacia el camino. No era raro que Máximo hubiera elegido aquel lugar como centro de sus correrías, no solamente por lo abrigado de su situación, sino por su proximidad a lugar habitado.

—Mañana al alba nos ponemos en camino para hacer una batida que comprenda toda la orilla del río Guadalupe de ese lado; y por abajo, Aliaga, Pitarque y la carretera hasta el cruce de Villarluengo. Me extrañará mucho si no los encontramos por aquí.

El sargento hablaba después de haber desdoblado un papel, en el que se marcaban con lápiz estas líneas del mapa, torpemente transcritas. El papel estaba manoseado y arrugado por el roce del bolsillo y los dedos. Estaban observando el papel a la luz de una fogata encendida en un claro de la vegetación, y quienes con él observaban eran Hilario y Mario, los dos veteranos de la expedición. Asintieron.

—Desde luego, a la hora en que lo pillemos, no hay que tener demasiada consideración con que vaya con mujer o sin ella. Yo creo que ella debe de estar ya con él, apoyándole; si no, no se explica que no haya dejado rastro durante tantos días. Y si está de acuerdo con él, que pague como lo que es, como un bandido.

Quien hablaba así era Hilario, que se había quitado el tricornio y se estaba secando el sudor con un enorme pañuelo de hierbas que llevaba. Luego se frotó con él las manos, antes de sentarse en el suelo.

Los guardias civiles se sentaron todos en torno a la fogata y se dispusieron a pasar allí la noche. Sacaron de su zurrón pedazos de chorizo encarnado y unas lonjas grasientas de jamón, junto con un pan moreno que el sargento Delicado puso en el centro, a disposición de todos, así como una de las botas de vino que habían llenado días atrás en Pitarque. El conciliábulo duraría un par de horas antes que el sueño empezara a cerrar los ojos de aquellos hombres.

—Estando yo en Jadraque, una noche, y lo digo a propósito de las mujeres, que cambian de hombre como nosotros de calzón —dijo el número Hilario, con un sonsonete monocorde en la voz—, me viene un labriego diciéndome que su mujer acababa de echársele al monte con un pastor, la muy puerca. El pastor era un joven llamado Pedro, que parecía una bestia, alto, fuerte y bravío como un buey; pero tan cerrado y corto que apenas se podía saber cómo había podido salir de él la iniciativa. Total, que cuando estamos en el monte se vuelve atrás el labriego y nos dice: «Pensándolo bien, quizá sea mejor dejarlos. Solo una bestia como el Pedro la podrá soportar».

—¿Y qué le hicisteis al marido?

—Nada. ¿Qué querías hacerle? Nos lo llevamos a tomar unas copas.

Luego, un sopor caliente y turbio fue cerniéndose sobre aquellos hombres, y no se sintió más que el ruido que hacían en la noche algunos grillos perdidos entre la pinocha, o el rumor de las alas, batiendo de pronto en la espesura, de alguna lechuza

forestal, o el paso veloz de algún lagarto nocturno sobre el tronco de un árbol, o el paso aleve del zorro astuto sobre la hojarasca. Los hombres del máuser dormían sobre sus bártulos, descuidadamente. Todos menos uno, el número Hilario, que había quedado de guardia durante dos horas. Luego iba a relevarle Mario, el joven; luego otro, y otro. A las seis de la mañana se levantarían todos, se ceñirían lentamente las cartucheras, cogerían las respectivas armas, irían a lavarse al río y emprenderían otra vez la marcha, con la luz del día.

El número Hilario iba caminando al borde de la extensión en que dormían sus compañeros, con cuidado de no pisarlos. De vez en cuando se paraba a escuchar el silencio, solo poblado por los indescifrables rumores del bosque. Lejos, parecía que se oyera el paso del agua sobre los guijarros. Permaneció parado un momento para percibir con mayor detenimiento ese rumor y le pareció que dentro de él nacía otro murmullo más apagado y denso, el murmullo de alguna voz humana muy lejana; o quizá el tenue ronquido, tal vez el simple eco que deja un jadeo, un respiro, el rastro que dejara en el aire alguien que durmiera lejos en la oscuridad.

Poco a poco se fue apartando del lugar en que estaba para acercarse al sitio del que creía que provenía aquel amago de ruido. Se le hacía difícil localizarlo; tan pronto le parecía que venía del norte como del sur, de oriente como de poniente, según la dirección de la brisa que parecía empujarle. Se alejó del resplandor de las brasas alrededor de las cuales pernoctaban sus compañeros y quedó envuelto por la más absoluta oscuridad. En ella se le hacía difícil discernir el perfil de las cosas. Anduvo a tientas, separando ramas y arbustos para seguir adelante. Entonces le pareció que el rumor que le había movilizado hacía poco, se hiciera más patente, se tornara evidente. El bosque hacía allí un nuevo claro en el que detenerse. Al fondo de este claro, como un hueco en la roca, descubrió un manchón oscuro.

—Alto ahí, ¿quién vive?

Nadie respondió a su voz, en vista de lo cual avanzó lentamente llevando por delante, enfocado, el cañón de su arma. Sin duda alguna, el manchón o el hueco que se percibía era la entrada de una cueva. En su bolsillo llevaba una linterna de pila, la sacó y la encendió, enfocando la entrada del misterioso túnel. Era una abertura de la altura de un hombre, que se ensanchaba al nivel del muslo. Para entrar en ella había que agacharse, cosa que el guardia civil Hilario hizo sin titubear. Se arrastró unos pasos y pudo ver entonces una especie de ancha sala, al fondo de la cual había un pequeño lago, un remanso consecuencia del paso de un torrente, cuyo curso se perdía a lo lejos en la oscuridad. Del techo de la caverna, que iba descendiendo, pendían por doquier diversas columnas que daban al recinto un aspecto de templo natural. Algunas de esas estalactitas goteaban, lo que percutía en los oídos como el ruido de un tambor distante. Hilario estuvo unos instantes estupefacto, admirando la belleza del paraje, cuando le sorprendió el descubrimiento de algunos objetos encima de la explanada.

Había en el suelo algunas cosas que denotaban que alguien acababa de estar allí y

que había sido obligado a abandonar el lugar precipitadamente. Había papeles de periódico arrugados, el resto de una lumbre apagada a toda prisa, un peine de mujer, trozos de un trapo con el que debía de haberse limpiado una sartén, un cabo de cuerda atado a una de las estalactitas y restos de comida echados al suelo. La revelación hizo que todo el organismo del número Hilario se pusiera en tensión. No aguardó más. Volvió a aproximarse a la salida del recinto, se agachó y salió de nuevo. Ya en el monte, enfocó la lámpara al suelo, cerca de la entrada de la cueva, y descubrió pelotas de estiércol reciente. No necesitó más. Apresuradamente, en la oscuridad, fue acercándose de nuevo al punto de partida.

Los números seguían durmiendo uno junto a otro y se oía un murmullo que era el respiro colectivo de todos ellos. Oyéndolos en la noche, en mitad del sueño, se comprendía que hubieran sido educados en el sigilo y el disimulo. El rumor que hacían al dormir no se elevaba por encima de los otros ruidos del bosque. Era como el silbido rítmico de una docena de pulmones, que podía parecer hermano de la brisa, del paso de un río entre cañaverales, de cualquiera de los murmullos que exaltaban en aquellos momentos la oscuridad.

El guardia civil se acercó al sargento Delicado, al que se veía dormir con la cabeza sobre la manga, como si siempre estuviera dispuesto a despertar. Se acercó a él y le rozó el antebrazo.

El otro se incorporó en seguida, cual si un simple roce bastara para excitar en su ánimo los rápidos resortes de la lucidez. Interrogó al número Hilario con ojos despejados.

—¿Qué hay? —preguntó. El guardia civil le comunicó los resultados de su paseo. El sargento se incorporó.

—Vamos a seguir la marcha —decidió—. Pero primero veamos la cueva.

Hilario observó que el paraje estaba a más de media hora del lugar en que habían acampado. No se sabe por qué misterioso instinto había podido dar con él. «El guardia civil es como los gatos —se dijo—. Se acerca a la presa con el simple olfato».

—Lo más seguro es que los bandidos hayan cogido la dirección de levante y pretendan alcanzar la Sierra de la Cañada por este lado —observó el sargento, después de inspeccionar la cueva—. En cuanto amanezca nos ponemos en marcha.

Lieron unos pitillos y esperaron a que en el horizonte se advirtiera el vislumbre de un vago resplandor. En aquel momento despertaron a los otros.

El campamento fue presa de una extraordinaria agitación. Parecía que los números respondieran con un entusiasmo acrecentado a la noticia de que había sido descubierto un rastro de los bandidos.

Siguieron por el bosque, pero en dirección contraria, como si se encaminaran al sudeste. A media mañana cruzaron la carretera de Pitarque a Ejulve. Luego cruzaron un río, metiéndose dentro del agua con las botas. Preguntó el sargento el nombre de aquel torrente.

—Le llaman la Rambla de Mal Burgo, aunque no se sabe qué Burgo sea este. Tierra de huidos y de forajidos, esa es la que va de Aliaga a Cantavieja. Por aquí acampaban las huestes de Cabrera. Toda esta tierra está húmeda de la sangre de carlistas y de progresistas. Los habitantes de estos lugares están habituados al soborno y al soplo. Y ya hace más de cien años que esto dura...

De vez en cuando iban descubriendo huellas del paso de los bandidos, el rastro de los cascos de la caballería o montones desperdigados de estiércol. A la salida del bosque se manifestó un paisaje abrupto de rocas y de gargantas de granito, siguiendo el curso del agua. En la cima de un cerro había una ermita.

—Vamos allá —dijo el sargento; y ordenó que sus fuerzas desplegaran para alcanzar la cumbre.

A mitad de la cuesta, que iban ganando trabajosamente, escalándola a pesar de la dificultad de los pedruscos, silbaron por encima de sus cabezas un par de tiros. El sargento hizo un ademán para que los números pararan su ascensión y se protegieran.

—Ya los tenemos. Ahí están.

Hizo un signo a Hilario para que cogiera a dos parejas y rodeara la ermita por el otro lado. Vio cómo el guardia civil empezaba a escalar la pendiente, seguido por los cuatro números.

En aquel momento sintieron la acometida de los bandidos. Uno de los guardias que acompañaban a Hilario cayó herido; se fue doblando sobre las rocas con una mano en el pecho, y luego con la otra se fue apoyando en el suelo hasta deslizarse completamente en él. Le vieron jadear al sol con la barba hundida en el pecho y la boca abierta.

Hilario apresuró su marcha hacia la otra vertiente, sin hacer caso de los disparos que empezaban a llover contra él. En estas, un jinete cruzó velozmente de uno a otro lado de la cumbre. Iba montado en un caballo blanco, al que arreaba golpeándole con la culata del fusil.

El sargento Delicado llevó su máuser a la cara, apuntó con detenimiento y disparó; se vio al jinete hacer un ademán, llevándose una mano al opuesto hombro, pero sin dejar de cabalgar hasta perderse de vista.

—¡Adelante! —gritó el sargento, mientras avanzaba hacia la ermita.

Del sacro lugar partieron nuevos disparos. Algunos silbaron muy cerca de la humanidad del sargento, que siguió avanzando. Vio que partían del torreón del campanario y, apuntando, hizo contra él tres o cuatro disparos. Sus compañeros granizaron el torreón con otros proyectiles. Se veían brotar esquirlas de piedra, y el rastro que dejaban al chocar contra el muro los proyectiles.

—Basta ya. Vamos a ellos.

Los guardias civiles entraron en la pequeña iglesia. Un cura muy viejo, con el cabello cano y una silueta delgada, muy chupada, les salió al encuentro santiguándose y sonriendo con un visaje humilde y tembloroso. Apenas podía hablar.

—Han querido matarme, pobre de mí. Pero no les hagáis (laño.

—¿Cuántos eran?

—Eran dos; y llevaban arrastrada a una mujer.

—¿Por dónde se va al torreón?

—Por allí, señores. Pero... No derraméis sangre... Tened piedad.

El sargento miró el espacio de la iglesuela que tenía ante los ojos. Era una iglesia clara, en la que los rayos del sol entraban por las vidrieras del presbiterio y por el rosetón que brillaba con mil luces al final de la nave. Aquella catarata de luz iluminaba un retablo dorado en el que se veían unas pinturas muy antiguas, cuadrángulos sagrados que iluminaban escenas de la vida del Señor. En el centro del altar se veía una imagen de la Virgen y el Niño que parecía un tronco apenas trabajado, un madero reseco que se había transformado en una efigie de la Madre de Dios y de su Hijo elaborados manualmente y en la que podían seguirse a través de las manchas oscuras los golpes rústicos del cincel. El sargento Delicado pasó ante ella haciendo apresuradamente la señal de la cruz y una genuflexión. Los números cruzaron la iglesia y empezaron a subir por una escalera por la que se ascendía al campanario.

El sargento abría la marcha. Iba arrimado al muro, escalando uno por uno los peldaños. Empezó a sentirse cercado por los impactos de los disparos, que el bandido hacía desde arriba. Brotaban alrededor de él. Uno de los números que le seguían llevó su mano a un pie y la retiró sangrando. Fue retirado por dos compañeros; pero el sargento siguió subiendo.

—Oye, Máximo. De todos modos vas a morir. ¿Para qué exponer la vida de tu compañera? Entrégate y os respetaremos.

—*Non c'è Máximo! Solo Enzo. E con me é Bianca, la bella Bianca. Venite, vi aspetiamo* —y siguió una bala, y otra y otra...

El sargento continuó su ascensión. Ya faltaba poco para llegar al punto de la torre donde aguardaba el bandido italiano. Vio en la cúspide diseñarse la silueta de una campana de bronce. Los proyectiles daban contra ella y armaban una algarabía que se propagaba por todo el valle.

De pronto el sargento se plantó ante la entrada al campanario. Vio tendido en el suelo al italiano, que le sonreía, a tiempo que se taponaba con la mano una ancha herida que tiznaba de sangre la mitad de su pecho. A su lado, atendiéndole, había una mujer, madura pero bella, de unos treinta y pico de años. Iba desmelenada. Una parte de su pelo caía sobre su escote, que estaba medio abierto. Manchas de carbón y de polvo emborronaban su blanca piel.

—Bajadle —dijo a los números que le seguían.

Dos de estos cogieron al italiano por los hombros y empezaron a descenderle. El sargento dirigió su mirada al campo, a toda la extensión que se dominaba desde el campanario. A sus espaldas estaba el bosque del que habían salido por la mañana. Frente a él, y siguiendo el curso del río, se extendía una vasta maraña de rocas y campos de olivos. El río se abría paso entre ellos, sorteando los macizos de piedra.

—Mujer. Dime dónde piensas que haya ido el otro.

La mujer le miró fijamente, pero su mirada era desvaída, como la de una sonámbula. Parecía que no le hubiera comprendido.

Entonces el sargento la observó y descubrió que estaba encinta de varios meses. La dimensión de su vientre le impedía moverse con facilidad. Estaba como hundida en el suelo.

—Levántate, mujer. No te haremos daño. No temas.

Ella hizo como si quisiera apoyarse en el suelo con la mano para incorporarse, pero no lo consiguió. El sargento acudió en su ayuda.

—Pon tu mano aquí. Haz fuerza; así, mujer...

Logró que se pusieran en pie. Pero parecía no entenderle.

—¿Dónde habrá ido?

Ella se cubrió los ojos con las manos y empezó a chillar. Eran unos alaridos inmensos, de una fuerza desagarrada. El sargento vio que por sus mejillas empezaban a correr unos gruesos lagrimones. Ella decía:

—Estoy perdida, estoy perdida...

Entre tanto, Máximo corría a lomos de su caballo para poner tierra por medio entre él y los guardias civiles. Era ella, Blanca, la que le había dejado. No era él quien se iba.

Las mujeres son débiles, están hechas de azúcar. Al menor contratiempo se rajan. Eso le había pasado a Blanca; que no podía andar, que no podía seguirle. A saber lo que hubiera inventado de no haber estado encinta.

Hasta entonces Máximo había cumplido su palabra. Cuando él la libró del seminarista habían llegado a un acuerdo. Ella le obedecería dócilmente. Si ella no quería, él la dejaría en paz. A cambio de eso la protegería de los demás. Del primero que la libró fue de Crisóstomo, que no la dejaba un momento, que era viscoso como un caracol y que solo se acercaba a ella para sobarla. Le daba asco. Máximo era un hombre en toda la extensión de la palabra. El otro no era más que un reptil.

Del que la libró en segundo lugar fue de Stefan, el croata. Él se acercaba a ella con otras intenciones; quería ganarla para la causa. Pero Máximo sabía muy bien cómo era esa causa. Se trataba de hacer bailar a todos al son de su pandero, nada más. Cuando empezó a incordiarla hablándole mal de él, de Máximo, este se plantó. «Alto, amigo, hasta ahí podíamos llegar». ¿Qué mal podía decir de él?, ¿que era indisciplinado, que no era ruso? ¡Claro que no! Él era español, archiespañol, y no se dejaría jugar una treta por gente que había venido a enredar la madeja. Conque ¡a callar! Pero tanto enredó el otro que le citó en el patio con un cuchillo en la mano; y en cuanto el otro quiso sacar su pistola, el cuchillo voló por los aires y fue a clavarse al fondo, en la camisola del croata, justo donde esta cubría su tetilla blanda y blanca de eunuco. Para que aprendiera, para que aprendieran todos...

«Yo me quedo con ella», había dicho Enzo, el italiano. ¡Vaya tipo el italiano! A ese sí que no le guardaba rencor. Era de buena pasta, de pasta italiana, como el plato de fideos que les guisó hacía unas semanas con pasta que se procuraron en un comercio de Hinojosa de Jarque. ¡Menudo plato, aderezado con queso, con puntas de jamón y con un picadillo de carne! Los fideos eran tan largos que se enredaban en la barba y en la boca. Pero ¡qué sabroso!

Y es que Enzo era anarquista como él, pero se había apuntado con los fascistas para saciar su hambre y para no ir a parar a la sombra. Eso era todo. Pero... hombre como ninguno; y de una pieza. Aunque últimamente estaba un poco cansado. Ya le pesaba encima el baqueteo que había sufrido en Abisinia y después aquí, que lo de Guadalajara no fue una broma...

«Yo me quedo con ella», había dicho, sonriente, ofreciéndose de verdad, con una mirada que era como asegurar a Máximo que la vida de ella estaría por encima de la propia. Y él estaba seguro de que Enzo cumpliría con aquella palabra silenciosa, dada en el último instante, cuando Máximo ya ponía pie en la escalera y los otros empezaban a subir la cuesta... ¡Maldita sea!, increpó de pronto Máximo, advirtiendo repentinamente su soledad. Sí, estaba solo otra vez, hecho un harapo. Miró el campo que tenía enfrente; contempló con una rápida ojeada la extensión de roca y de olivos que había delante de él, el panorama verde oscuro del bosque a su izquierda, el manantial que se perdía en meandros sinuosos hacia la lejanía, la tenue calina que se elevaba como un fleco de algodón suspendido en el aire; y el sol, el sol que todo lo tostaba, que todo lo hacía arder. ¡Qué ser minúsculo, qué diminuta larva era su estampa en toda aquella extensión, qué raquítica hendidura hacía él en el paisaje y, sin embargo, cuánta pasión, cuánta hambre, cuánta sed, cuántas cosas acarrea consigo, pese a su pequeñez! ¡Cuántas cosas, algunas de ellas infranqueables, insoportables, que no tenían remedio ni solución! Estaba seguro de que no podría soportar la soledad en el monte, sin mujer y sin amigos. Recordaba su itinerario de los últimos tiempos; era como una felicidad plena, radiante y rabiosa. Saber que hay una mujer a tu lado, una mujer que te está viendo, para la que estás haciendo todas las cosas, para la que lo haces todo, hasta caminar. Eso había sido Blanca para él, aunque ella quizá le odiara, aunque lo hiciera por temor, por lo que fuera; la mujer que le estaba contemplando, que sorbía el aire que él exhalaba, que era como un suspiro de su voluntad, la sombra de su paso. Y notaba que, apenas separada de él, ya la estaba echando de menos atrocemente.

Cesó de cabalgar. Ya había mucha distancia entre él y los guardias civiles. El caballo comenzó a caminar al paso, sobre la piedra y el camino. Pensó entonces que lo mejor sería prescindir del caballo. El caballo, por su cuenta, sería capaz de llevar su pista lejos, muy lejos. Nadie sospecharía que él fuera capaz de dejar su montura. Y, más lejos, el terreno se volvería comprometedor. En aquella comarca conocía todos los recodos del camino. Podía parar en muchas de las casas de labor; la gente le conocía y no iría con el soplo. El cura de la ermita le abrigaría si fuera necesario. Allí

había cobijo, y el paisaje y la tierra eran ideales para llevar a cabo una acampada lenta y larga. El terreno estaba cuajado de cuevas y escondrijos. Había agua, había su pizca de caza, su poquitín de pescado en el río, en el valle algún acopio de hortalizas y de legumbres; fruta en los árboles... ¿A qué ir más allá? Paró el caballo y desmontó. Lo miró con unos ojos cariñosos.

—¡Ea, *Palomo*, hay que separarse! —le dijo, como si el animal le entendiera—. Tú te vas para allá, corriendo, ¿me oyes? Hale... —y le dio unos golpes en el anca.

Pero el caballo era reacio, no se movía.

—Hale, hale, ¿me has oído? —y volvía a golpearle.

El caballo doblaba hacia él la dócil testuz. Estaba sudado y le miraba.

—Ya entiendo —dijo Máximo, comprendiendo que el caballo se había confundido, que creía que iba a acercarle al río para que bebiera—. Vamos al agua, pero después te vas, ¿has entendido?

Hasta pareció que *Palomo* hacía con la cabeza que sí, que le había entendido.

Llegaron al río. El caballo hundió su belfo en las aguas y el jinete bebió también. Los dos bebieron hasta saciarse. Máximo echó con sus manos manotadas de agua sobre el torso del animal. Este las agradeció relinchando. Luego el hombre le dio nuevamente unos golpes en la grupa. El caballo se removió, basculando, y luego empezó a trotar alegremente hacia el camino. Máximo vio como el caballo iba avanzando sin volverse, como si fuera feliz al sentirse nuevamente libre. Llegó hasta el cañaveral, se perdió detrás de la enramada, luego volvió a surgir más pequeño. Al fin no fue más que un puntito blanco, que se confundió y fue tragado por la calina.

Entonces Máximo empezó a sentir los ecos de su propia respiración. Se metió en el bosque y se tendió de cara al follaje, debajo de unos robles.

«Voy a esperar a que pasen esos», se dijo, poniendo su cabeza sobre las palmas de la mano y mientras en su boca zarandeaba de un lado al otro una pajita de hierba seca. «Quiero ver cuántos van, adónde van y a quién llevan. Si la llevan a ella, los iré siguiendo».

Tuvo que esperar aún un par de horas hasta descubrir por poniente la comitiva de guardias civiles que se acercaba. Iban cinco, y sin el mulo. No llevaban a nadie. Avanzaban por el camino uno detrás de otro, en silencio, callados como monjes en procesión. El metal de las armas reverberaba al sol. El charol de los tricornios tenía reflejos vivos. Cada guardia civil se había puesto detrás de los tricornios su pañuelo blanco extendido, para que le protegiera del sol.

Se oyó la voz del sargento, que avanzaba con la frente por delante, moviéndola a un lado y a otro, como la de un toro:

—Se habrá encaminado a la sierra de Bordón. Allá le pillaremos...

Luego observó el polvo del camino, inclinando su tronco hacia él. Seguía las huellas del caballo.

—Por ahí, por ahí —indicaba.



Matías Palá era la persona en quien se centraban las sospechas del caso llamado de la copia de los planos. Por eso se le apresó. En efecto, pocos días antes de su detención, los carabineros habían cogido al cruzar la frontera a un sujeto, en cuyo equipaje fueron descubiertos unos clisés de Leica con la reproducción de unos planos de ataque por la zona del Ebro, planos que el Estado Mayor del Ejército republicano había elaborado unas semanas antes. Interrogado rigurosamente el personaje y después de haber dado como excusa que no sabía quién los había puesto allí, tuvo que confesar que aquellos clisés se los había dado un tal Tudanca, con el que se veía en una casa del paseo de Gracia cuyo número no pudo o no quiso revelar. El agente Hortuna y los mandos del SIM querían cargar en la cuenta de Matías Palá la responsabilidad del hecho. Era cierto que la descripción de Tudanca que había dado Manuel Quirós coincidía con las señas personales de Matías Palá. Pero en el careo que uno y otro sostuvieron no se logró descifrar la auténtica personalidad del intermediario. Tampoco se pudo identificar la casa de donde salieron los clisés. Uno de los agentes del SIM aventuró que tal vez fuera la casa en la que meses atrás había sido apresado Licinio Álvarez Carranza, el diputado del partido agrario. Aquella mujer, Rita Arquer, que había ido a ver a Nicolás Borredá interesándose por Matías Palá, ¿no estaría acaso implicada en el asunto? Habría que verlo.

Con ese motivo Nicolás Borredá fue importunado en varias ocasiones. En primer lugar se indagó cerca de él sobre la personalidad de la fémina. Borredá se echó a reír.

—¿Esa? Esa es una carca, una troglodita, una beata de antes de las guerras carlistas, pero nada más. Es más o menos conocida de unas tías mías, a las que no he visto desde hace siglos y que son incapaces de matar una mosca. Esa mujer es séquito de obispos, una mujer que iba a Lourdes todos los años, qué sé yo... Pero es inofensiva. Vamos; no me haga usted reír. Si empezamos así desconfiaremos hasta de nuestra sombra.

El otro insistió por teléfono.

—Bueno, no se preocupe. Esa señora ha quedado en venir a verme dentro de unos días. La sonsacaré. Justamente quería solicitar una entrevista con Palá. Vamos a concedérsela, ¿no les parece? Así, a lo mejor, de esa entrevista sacamos algo en limpio y salimos de dudas. En fin, que por mí no ha de quedar. ¿De acuerdo?

Rita Arquer llegó puntualmente a la cita que le había dado Nicolás. Este la recibió casi con efusión, cosa que no dejó de alarmar a la beata. «¿Mucha simpatía?», se dijo. «Pues mucho cuidado».

Y puso sus cinco sentidos en no pasarse de la raya, en adivinar las intenciones del otro y en pasar ante él por una simple parienta del detenido, o algo así.

El caso es que le fue autorizada la entrevista con Matías Palá para el día siguiente, a las cinco de la tarde.

Cuando salió del locutorio, la mirada aún cegata por la fuerza de los focos, encontró en los pasillos la figura alta y enjuta del propio Borredá. Ella fingió sorpresa.

—¡Caramba, don Nicolás! ¡Quién lo había de decir! Ya ve. Acabo de hablar con el señor Palá.

Nicolás conocía al dedillo todos los pormenores de la entrevista que acababa de efectuarse en aquellos momentos. Pero se hizo el desentendido.

—¿Qué tal? ¿Y cómo le ha ido?

Rita se hizo la despreocupada.

—Le he encontrado muy bien, quizás un poco más delgado, pero la cárcel no le sienta como a otros. Es uno de esos catalanes sencillos y fuertes, desengáñese. ¿No conocía a su tía Consuelo? Esa era de rompe y rasga, no habrá otra. ¡Con decir que en la empresa tenía a su cargo el personal! Imagínese, y ¡como son los camioneros!

—Oiga, Rita, y déjese de historias. No me vaya usted a poner en un apuro. Hay síntomas de que se recela de usted. Se cree que usted puede estar en relación con los detenidos. Se me ha hecho llegar el rumor de que era en casa de usted donde tenían lugar los encuentros de Manuel Quirós con Tudanca y que ese Tudanca es Matías Palá. No quiera llevarme a engaño. Dígame la verdad.

Observó que Rita Arquer se envaraba, como un gallo al que se acaba de herir.

—¿Cómo dice? ¿Que en mi casa, qué?

—Que en su casa se reunían los espías.

Ella se puso colorada, hecha un volcán retenido.

—En primer lugar, yo no tengo casa. La casa es de doña Evelina Torra, viuda de Fernández, dama cubana suficientemente conocida en Barcelona para que pueda ser puesta en duda su honorabilidad. En segundo lugar, esas historias de espías se las va usted a contar a la policía. Yo no entiendo de eso. Mi única preocupación en estos tiempos es tirar adelante del carro. Si puedo conseguir de vez en cuando un saco de alubias, me doy por satisfecha. ¿Está entendido?

Si Nicolás hubiera conservado la facultad de sonrojarse sería él quien aparecería entonces rojo como un tomate. Pero hacía ya años que había perdido esa facultad.

No obstante, Nicolás Borredá no se quedó tranquilo con relación a la vestal. Durante su coloquio con el detenido le había comunicado que cierta partida de garbanzos, que a ella le habían facilitado, había sido ya felizmente expedida a su destino, de forma tal que en la conversación no se había especificado ni el número de garbanzos, ni cuál era su destinatario, ni pormenor alguno del asunto. Esa misteriosa partida de garbanzos pudiera muy bien ser una partida de clisés del Estado Mayor o una partida de documentos comprometedores, o, quizá, una partida (le espías o sujetos de mal vivir que hubieran sido puestos en la frontera. Estaba dándole vueltas a la cabeza y preguntó de sopetón a Rita, ya sin ambages:

—¿Qué ha querido decir cuando le ha hablado a Palá de cierta partida de garbanzos?

—He querido decir lo que he dicho. Entre nosotros no hay misterios. Él es transportista, ¿no? Pone a mi alcance sus conocimientos para llevar la mercancía de un sitio a otro.

—¿De modo que es usted estraperlista?

Rita Arquer pareció quedar unos segundos desconcertada. Miró a Nicolás desafiante, a la cara.

—Llámeme usted como quiera. No por eso me impedirá vivir.

Y dando una vuelta en redondo, salió resueltamente a la calle.

Lo cierto es que Rita Arquer no estaba tranquila. Le había sido necesaria, imprescindible, la entrevista con Matías Palá, para que este no temiera por la suerte del delincente Jacinto Clúa, hasta hacía poco escondido en su casa del paseo de Gracia y entonces victoriosamente trasladado a Francia por los servicios correspondientes. La misión había sido cumplida a la perfección. De ella no había que lamentar más que la detención del propio Matías Palá; pero sabiendo que el delincente había sido puesto a salvo, el propio Palá podría elegir por su cuenta el camino que le fuera más fácil: hacer una confesión completa o inventar una historia caso de que tuviera suficiente fantasía para ello.

Pero Rita Arquer no estaba tranquila, porque Borredá se había mostrado reticente y porque no había duda de que se recelaba de ella y de las funciones que desempeñaba en la conjura el piso de Evelina. Por lo tanto, era preciso que los huéspedes que todavía quedaban en él —don Joaquín, el canónigo y un par de monjas— encontraran otro cobijo rápidamente. El traslado tenía que hacerse aquel mismo día. Se fue al piso del paseo de Gracia dispuesta a resolver tal contingencia.

Entre tanto, Matías Palá, después de la entrevista que había mantenido con Rita, se sentía considerablemente aligerado. Pensaba que ya no debía temer que se le escapara una confesión, porque con ello no iba a poner en peligro la vida de nadie. Si el joven topógrafo Jacinto Clúa había sido puesto a salvo al otro lado de los Pirineos, cuando a Matías se le escapara algún indicio o dato sobre la relación que habían mantenido no se iba a comprometer más que a sí mismo. Era a él mismo, a Matías Palá, a quien en lo sucesivo iba a comprometer con exclusividad. A nadie más que a él mismo. ¡Qué tranquilidad! ¡Qué inmenso sosiego pensar que su responsabilidad no afectaría más que a su propia persona! En adelante, podría presentarse a los interrogatorios con una confianza plena de sí mismo. Nada de temer a los demás. Cuanto dijera, era probable que le llevara a él hacia la muerte y la destrucción, pero a nadie más que a él. Se sintió enormemente aliviado.

No tenía más temor, pues, que al enorme cansancio que empezaba a pesar sobre su cerebro y sobre sus hombros. Hasta entonces, la tensión mantenida para que de sus palabras no pudiera colegirse o deducirse daño a terceros, había hecho que ese cansancio mismo le mantuviera en pie. Pero desaparecida o aminorada esa tensión, temía que a un nuevo interrogatorio siguiera su derrumbamiento total. No se forjaba con ello grandes esperanzas. Un nuevo interrogatorio podía ser la muerte. Sin embargo, había algo que colmaba su ánimo; que le daba fuerzas para continuar, y era la sensación de haber cumplido, la sensación de haber hecho algo de provecho. Su viaje desde el otro lado, su odisea de los últimos meses, su itinerario desde que

hablara con el emisario del coronel Ungría no habían sido vanos. En los diseños de los planos que habían llegado al otro lado algo habría que justificara los esfuerzos realizados. Quizá de su gestión se dedujera una mayor brevedad de los días de la guerra, quizá su traslado a zona republicana significara un acortamiento de los días de lucha, el ahorro de la sangre de los soldados, una economía del dolor. Si era así, lo daba todo por bien empleado.

El régimen de su encarcelamiento era demoledor. El éxito de su internamiento estaba en el control rigurosísimo, feroz de sus horas de sueño. Los primeros días estas no fueron más de cuatro seguidas; después de ellas un carcelero entraba, le sacudía por los hombros y le hacía salir con el pretexto de una declaración, o simplemente para ir a dar unas vueltas por el patio. Ahora, las horas de sueño toleradas eran dos. Después de ellas era llevado al interrogatorio, que duraba a veces cinco o más horas. A continuación era internado de nuevo, y al cabo de otras dos horas vuelto a sacar, para seguir con las preguntas. Quien le interrogaba era siempre distinto, de modo que a veces se veía obligado a repetir una misma cuestión varias veces hasta en sus mínimos detalles. A los interrogadores parecía interesarles todo, desde su niñez y sus estudios hasta las mujeres que habían intervenido en su vida. El capítulo de su sobrina había tenido que repetirlo media docena de veces. Pero el sistema había cambiado nuevamente; no era más que uno el que llevaba a término la inquisición. Este era un hombre alto, con unas grandes entradas en una frente despejada y prominente, y unos ojos azules que cubría con unas gafas de montura plateada, y que hablaba vocalizando, con un sonsonete árido y leguleyo. A veces los interrogatorios llenaban toda la mañana y toda la tarde, sin una pausa, más que para que el interrogador fuera a tomar una pequeña colación en el bar del preventorio.

Este nuevo interrogador —Matías Palá fue informado de que se trataba del juez que estaba instruyendo el asunto— pretendía puntualizar sobre todo las actividades de espionaje de Matías Palá. Abrumado por la variedad de las preguntas, por las pocas horas de sueño, por la luz destellante, aturdidora, que iluminaba la sala donde era interrogado y por la fijeza de los ojos del juez, Matías Palá incurría frecuentemente en contradicciones y el juez, con suma habilidad, volvía sobre el asunto y le patentizaba la incoherencia de algunas de sus afirmaciones. Matías Palá hacía lo posible por salir del embrollo, sin conseguirlo. Entonces el juez cerraba de pronto con un aire de satisfacción el extenso mamotreto de papel de barba que tenía ante los ojos y concluía.

—Bien. Por esta vez es bastante. Vamos progresando.

En los últimos días los interrogatorios aumentaron en intensidad y en intención. En primer lugar fueron mucho más largos. Uno de ellos duró sin interrupción siete horas, prosiguió después de media hora de pausa y se prolongó todavía cinco horas más. El juez pretendía arrancar a Matías Palá el nombre del sujeto que le había facilitado los clisés con los planos. La facha de Palá era deplorable. Sus mejillas, chupadas por el insomnio, tenían un tono macilento y los ojos parecían saltársele de

las órbitas, y con ellos miraba a un lado y a otro como si no comprendiera. El juez estaba sobre él, casi encima de él.

—Diga, diga. No ha dicho usted el nombre del sujeto a quien consideraba el más preparado de los topógrafos del Estado Mayor. Hemos quedado en que ese señor le dio a usted cierta información. ¿Le dio también los clisés que se encontraron en la frontera entre los objetos de Manuel Quirós? ¿Se los dio? —aulló, a toda voz, el juez instructor.

Pero Matías Palá se había dormido, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Despierte, despierte. ¿Se los dio?

Matías Palá le miró con unos ojos turbios, deslustrados.

—Sí... —balbució.

—¿Cómo se llamaba?

Matías Palá ya no tenía fuerzas para resistir la inmensa oleada de sueño que tenía encima.

—Diga solo su nombre. O su apellido solo. Con eso nos basta.

—Se llamaba Clúa... Jacinto Clúa...

—Bien, por esta vez es bastante. Seguimos progresando.

## XIII

MIGUEL LLOBET y sus compañeros habían sido incorporados a la 13 División. El día 3 de septiembre, estas y otras fuerzas rompieron el frente en la carretera de Gandesa a Villalba de los Arcos y fueron avanzando a lo largo de la carretera de Venta de Camposines hasta más allá de Corbera. Simultáneamente, la 1.<sup>a</sup> de Navarra avanzó por la margen derecha de esta carretera siguiendo la trayectoria del Riu Sec, bajo las últimas vertientes de la Sierra de Cavalls, desde la que era hostilizada por las fuerzas republicanas.

A dos kilómetros de la Venta de Camposines, a lo largo de unos cinco kilómetros de carretera polvorienta, los soldados tardaron cerca de un mes en cubrir la distancia que va desde Corbera hasta el Coll del Coso. A pesar de que los aviones nacionales bombardeaban constantemente las posiciones, sin dejar un solo palmo de terreno sin batir, del suelo ardiente parecían surgir nuevos combatientes con arrestos nuevos, supervivientes milagrosos de aquella hecatombe, dispuestos a dar guerra otra vez y a reconquistar los palmos de terreno perdidos. Se dijo que los rojos presentían los momentos en que iban a ser bombardeados y se guarecían en las arrugas y desmontes del terreno, para volver a salir tan pronto como había cesado el fuego; así, una y otra vez las fuerzas republicanas dieron réplica a los ataques nacionales, hicieron inútiles los esfuerzos de la infantería atacante y redujeron a cero el efecto de la copiosa preparación artillera a que eran sometidas.

Miguel Llobet avanzó con sus compañeros salvando las sinuosidades que ofrecía un terreno largo, pródigo en bancales y quebraduras; tierra de cereales y de olivares, cruzada por torrentes secos y por cauces de rieras, abundante en desmontes y caseríos, ofrecía para la batalla mil relieves donde esconderse. A veces, incluso se lamentaba de la parca seguridad que ofrecía alguno de aquellos escondrijos, por unos momentos o por unas horas, porque de algún modo había que salir de allí para proseguir la lucha; y una vez encontrado, era arduo el poner de nuevo pie en la superficie llana. Así había ocurrido a Miguel y a dos docenas de sus compañeros en el barranco de Bremonoña, donde sostuvieron una lucha encarnizada contra los rojos que duró una mañana entera; al fin de ella, cuando salieron y empezaron de nuevo a avanzar, les parecía que les faltara el parapeto natural que había constituido para ellos la pared del barranco, en la que habían dejado los cuerpos de algunos de sus compañeros.

En Corbera, él con cuatro soldados recibieron del alférez ayudante el encargo de custodiar el botiquín y la impedimenta de la Plana Mayor. Para ello, había que quedarse toda la noche en el pueblo. Los cuatro compañeros eran: el bizco, un andaluz llamado Arcos, un gallego llamado Álvaro y Andrés Tendido, el cocinero de la compañía. Corbera, aniquilada por los bombarderos, no era más que un conjunto

de piedras sueltas y dispersas por la tierra. Las paredes de algunas casas emergían del suelo como restos de molares derruidos. La silueta del campanario de la iglesia, medio destruida y carcomida por las bombas, se elevaba al cielo con patética desnudez. A su lado, solo una casa se mantenía relativamente sobre sus cimientos. En ella pernoctaron nuestros cinco hombres.

Durante la noche, en un par de ocasiones tuvieron que alcanzar los fusiles, que tenían muy cerca de la mano. Las bombas estallaban a su lado y creyeron que los ataques rojos terminarían por volver a afectar al pueblo entero. Pasaron algún tiempo ante los ventanales de la casucha, oteando al exterior. Miguel y el bizco salieron después a contemplar el curso de la batalla. Se asomaron a un ligero declive que daba a la carretera y vieron muy cerca las señales del tiroteo y de las explosiones. Pero ese rastro de la guerra se fue alejando de nuevo y los dejó otra vez relativamente tranquilos, como únicos guardianes de aquellas ruinas.

Al amanecer llegaron al pueblo tres parejas de camilleros que llevaban otros tantos heridos. Uno de estos era un alférez y estaba muy grave; tenía el vientre perforado por una bala. Entraron en la casa, le hicieron una cura elemental y le taponaron la herida.

Los camilleros dijeron que la batalla era encarnizada, que en la compañía habían caído sesenta o setenta soldados y media docena de oficiales. No sabían cómo podía acabar. Andrés Tendido, que por no tener articulación en una pierna había sido destinado a la cocina de la compañía, era, sin embargo, el más aguerrido de todos ellos y el que con mayor tesón propugnaba por dejar Corbera e incorporarse al campo de batalla. «No podemos dejar que los otros mueran mientras nosotros quedamos aquí». «Pero tú mismo escuchaste las órdenes del alférez...», interrumpió Miguel.

«¡A paseo las órdenes!», replicó.

Los camilleros prosiguieron su marcha. Los vieron partir velozmente por la carretera, llevando su heroica carga y con los cuerpos inclinados para sortear las balas que silbaban en el aire. El sol empezó a calentar todo el panorama. El cocinero y el gallego amenazaban con partir ellos solos cuando llegó al pueblo un enlace con la orden de que fueran requisados unos mulos y que se presentaran con ellos y con lo que ya llevaban en el puesto de mando. Miguel Llobet, como veterano, asumió el mando del pequeño pelotón. Fue el primero en salir del perímetro del pueblo y notó que, nada más salir, las balas silbaban por todos lados. Saltaron a la carretera y luego emprendieron camino por un sendero que bordeaba una extensión de cultivo en la que había unos olivos alineados; el campo abierto estaba cortado de vez en cuando por una pared de piedras, que parecía destinada al paso de las aguas cuando se agolparan por la lluvia. Por todo el campo, por la carretera, por los caminos, se veía a la tropa que avanzaba y que se movía. A la derecha había unos soldados que acarreaban unas ametralladoras. Otros se parapetaban detrás de un largo muro de piedra. Por la carretera se veían de vez en cuando algunos cadáveres. Unos tenían la cara horriblemente destrozada, pero otros miraban fijamente, con unos ojos mates y

abiertos, de un fulgor verde cuando les daba el sol. Más adelante un cadáver parecía permanecer con vida al lado de una fuente. Estaba acomodado en el poyo, como si estuviera a punto de levantarse, y con el fusil a un lado.

Miguel Llobet y sus compañeros avanzaron, pasaron por delante de un grupo de soldados que parecían retroceder, pero no era eso: iban en busca del sargento Arapiles: ese era el nombre que dieron. ¿No le habían visto? Salieron corriendo. «Oíd, ¿dónde está el puesto de mando de la Segunda Compañía?». Los soldados pasaron de largo. El ruido era tan estrepitoso que apenas podía oírse su voz. «Ahí, ahí. En esa casa encontraremos los mulos». Era una casa que se veía a lo lejos, en mitad del llano, y que presentaba un aspecto de masía rica. Pero Miguel Llobet seguía a unos tanques que con un ruido horrísono pasaban por la carretera. Iban como ciegos, pisando cadáveres, y Llobet pretendía reprender a los que los conducían. Les gritaba sin que los otros le hicieran el menor caso. Y con los brazos indicaba que se salieran de la carretera, que sortearan a los muertos. Uno de los cadáveres había quedado prendido de las cadenas y su cuerpo hecho jirones se metía y volvía a salir entre los engranajes, completamente chafado. Una mano pendía y se asomaba entre las cadenas, daba vueltas por todo el mecanismo y volvía a salir. Pero era inútil seguir a los carros y llamar la atención a los carreros; la masía se iba acercando, era cuestión de cumplir la orden recibida. A medida que iban acercándose advertían que lo que les parecía una gran vivienda no era tal; quizá no había sido más que una ilusión óptica, puesto que de las cuatro paredes la masía no tenía más que dos, y por el otro lado aparecía absolutamente derruida. En cambio, debajo de unos olivos parecían pacer pacíficamente un par de mulos.

Se acercaron lentamente a esos árboles cuando descubrieron que al cuidado de los mulos había un hombre de edad, un viejo de carnes magras, que tenía la cara llena de pelos y que miraba con unos ojillos entre maliciosos y atemorizados. Miguel Llobet se acercó a él y le conminó a que entregara los mulos. El hombre ponía dificultades.

—Vivo allí, en el bosque —dijo, señalando a la derecha un macizo que se encaramaba por el monte, lleno todo él de pinos y de encinas—. Otros soldados ya me han quitado dos mulos más; estos son lo único que tengo.

—No protestes. Si salimos con vida te los devolveremos. En aquel momento, muy cerca de ellos, hizo explosión un obús y todos ellos se echaron al suelo, menos el viejo. El obús había venido del sector nacional y Miguel Llobet empezó a rezongar. El gallego gritaba.

—Esos bestias a ver si nos atizan a nosotros. ¡A nosotros! Veamos quién les hace afinar la puntería ahora. ¡Ea, ea, para allá! —gritaba, haciendo inútiles y vehementes signos con el brazo y como si los invitara a echar sus píldoras más hacia delante. — Por favor, por favor, soldados.

Dejadme los mulos... —insistía el viejo, como si no le afectara el ruido de las explosiones.

—Parece imposible que te preocupes por los mulos ahora; lo que está en juego es



nuestra vida, ¿no lo ves?

—Una cosa no va con la otra —se lamentaba el viejo. En medio de la barahúnda Miguel Llobet estaba a punto de echarse a reír.

—No te apures, en cuanto acabe esto yo iré a verte a tu casa. ¿Dónde has dicho que vives?

—Allí, allí, en una cabaña, en el monte. Debajo de la ermita de Santa Madrona. ¿Vendrás?

—Seguro que sí —respondió Miguel, mientras tiraba por la brida a uno de los mulos, que se resistía cabeceando furiosamente.

Se los llevaron, entre el fregado de los tiros. Se pusieron al otro lado de sus corpachones grises, amparándose así de la rociada de balas que los estaba silueteando.

—Eh, tú, ¿dónde está el puesto de mando de la Segunda?

—Creo que ahí. Detrás de esta loma.

Él y sus cuatro compañeros se iban arrimando a un muro de piedras que impedía ver el monte al otro lado. Unos aviones pasaron en vuelo rasante por encima de sus cabezas. Delante de ellos, un pelotón de soldados había surgido del mismo centro de la tierra y lanzaba bombas de mano contra un reducto abierto en una quebradura, junto a un desmante. Dos de los atacantes se habían puesto en pie y hacían señales con los brazos a los otros para que avanzaran. A uno de ellos se le había enredado una pernera del pantalón en los pinchos de la alambrada y los movía, zarandeándola a golpes impulsivos. Se notó que una bala detenía sus movimientos. Con una lentitud de comparsa dejó que la pierna cayera, que volviera a su posición natural y todo él se ovilló alrededor de su estómago.

Miguel y los otros cuatro saltaron a la cuneta, y de la cuneta, en un salto acrobático, por encima de la cerca, al campo en que les había dicho que estaba el puesto de mando. Miguel Llobet había hecho que el mulo y el botiquín quedaran resguardados al otro lado, protegidos por un saliente del mismo muro.

Apostados en una loma cercana, alrededor de una mesilla, vio al alférez ayudante junto al comandante y otros oficiales, que miraban detenidamente en unos planos.

—A sus órdenes, mi alférez. Al otro lado hay dos mulos, los únicos que hemos podido encontrar, la impedimenta y el botiquín.

El alférez llamó a un gastador y le ordenó que se hiciera cargo de todo ello.

—Quedaos a descansar. Allí debajo de aquellos almendros estaréis a cubierto. Hemos pasado muy mal rato, pero ya lo hemos superado.

El comandante le llamaba en aquel momento. Andrés Tendido, el cocinero, quería de todos modos incorporarse a los que estaban en primera línea.

—Que se vaya —dijo el alférez—. De todos modos hoy no hay rancho —y dijo esto con una risa maliciosa; luego se acercó a la mesilla a que se sentaba el comandante.

En aquel momento descubrió Miguel que junto al comandante había otro jefe alto,

delgado, con el pelo blanco y que llevaba sobre la nariz unas gafas de concha. Le costaba descubrir las insignias que lucían sobre una boina caqui, de soldado, cuando de pronto, al volverse, descubrió que eran unas insignias de general.

¡Un general en la posición, en el puesto de mando! Miguel no había visto nunca en persona a un general, y con la voz entrecortada puso sobre aviso a los otros.

El bizco era quien entendía de eso. Los conocía a todos por las fotografías.

—Es el general Vigón, el jefe del Alto Estado Mayor. ¡Menuda se está cociendo aquí!

Vieron como el general cambiaba impresiones con el comandante. De vez en cuando miraban hacia delante y señalaban con el dedo alguna incidencia de la operación guerrera, después de consultar los planos sobre los que se abocaban. Miguel se acercó inconscientemente al grupo, hasta quedar sentado debajo de unos almendros, cerca de la mesilla. Vio al general, que decía unas palabras al comandante, tras las que este dio una orden a unos soldados que, junto a ellos, manipulaban en una cajita de hierro que contenía un aparato transmisor.

«*Apresuren ocupación cota 341, que parece que abandona el enemigo*».

En efecto, a la izquierda, y a unos centenares de metros de distancia, se veía saltar por el parapeto, uno tras otro, a los soldados rojos. Inmediatamente después de esta orden se vio levantarse a los soldados nacionales que estaban enfrente y avanzar hacia la loma.

Otra orden: «*Avancen el tiro de las baterías del 15,5*».

Luego observó que los dos jefes conversaban de nuevo, mientras miraban a la derecha y a lo alto, en dirección a la loma donde estaba la ermita de Santa Madrona. El comandante preguntó a los soldados de Transmisiones si habían contestado a una llamada. Estos dijeron que no y volvieron a insistir, garrapateando en el aparato. Escucharon durante unos segundos y volvieron a hacer un signo negativo con la cabeza.

El general volvió a hablar en voz más baja con el comandante. Después de escucharle, el comandante se dirigió al alférez. Fue entonces cuando este miró a Miguel Llobet y se dirigió a él. Miguel Llobet le escuchaba cuadrándose.

El general indicó que aguardaran un poco. Estaba escribiendo en una hoja de papel. Una vez que hubo acabado de escribir, arrancó este papel del bloc, lo dobló y dijo unas palabras al alférez. Este recibió el papel y se lo entregó a Llobet.

—Tienes una misión delicada. Primero tienes que cruzar el valle y alcanzar como sea las posiciones que hay debajo de la ermita de Santa Madrona. Hablas con el capitán o el comandante que encuentres allí y le dices, de parte del General Jefe del Estado Mayor, que tienen que tomar la ermita antes de una hora a partir del momento en que des el aviso. En seguida, que coloquen la artillería contra el Coll del Coso y que disparen sin descanso. Una vez dada la consigna, te vas al Cuartel General y le entregas en mano al general Dávila este papel.

Miguel Llobet preguntó dónde estaba y cómo encontraría el Cuartel General.

—Vas por la carretera de Caspe; a unos cinco o seis kilómetros de Gandesa verás un desvío en el que pone: «Radio Requeté de Campaña. Emisión y talleres». Entre unos cuantos camiones verás las tiendas del Cuartel General.

Miguel Llobet salió apresuradamente de la loma en que estaba el puesto de mando y volvió a meterse en el difícil vericuetto de los tiros. Estos silbaban de un lado a otro sin remisión. De vez en cuando echaba el cuerpo a tierra; luego se incorporaba de nuevo, para correr unas docenas de metros más; por encima de su cabeza silbaban con horrendo sonido los obuses que disparaban del lado de Gandesa y que al cruzar el aire parecía que levantarán un temporal furioso.

La loma en que estaba el acceso a la ermita de Santa Madrona se hallaba muy cerca. En la ladera se veían los matojos del bosque y un pequeño sendero, que enfilaba casi verticalmente por la sierra. Hacia allí se encaminó Miguel, con la espalda hundida para no ofrecer blanco, el pecho jadeante y el rostro encendido y sudoroso.

—¿Adónde vas, soldado?

—Llevo una orden del general para la ermita.

—Me parece que no podrás subir. Están los rojos aún.

—Lo intentaré.

Era un teniente de Regulares el que le había interceptado. Empezó a escalar por el sendero.

También en el bosque silbaban los tiros. Algunos se incrustaban en el tronco de los pinos, provocando un estallido y levantando una explosión de pequeñas aristas en el aire. Otros se metían entre el follaje y daban la impresión de un escalofrío mortal. También en la ladera se veían algunos cadáveres que se estaban pudriendo, despachurrados en la sombra o medio arrumbados al sol. Junto al cadáver de un rojo, un perro estaba ladrando con un largo quejido. Sintió un estremecimiento, un pavor mortal y se detuvo jadeando. Se mantuvo unos instantes parado, pero volvió a avanzar.

A media altura del monte le interrumpieron los silbidos de unas balas que iban dirigidas contra él, no lo dudaba. Se agachó y se fue retirando con sigilo. A poco estalló a unos metros una bomba de mano, que casi levantó su cuerpo y luego lo hundió entre cascotes y escombros. Mantuvo su cara contra el suelo, esperando a que estallara otra, pero no ocurrió nada. Su corazón daba tumbos, parecía que no podía respirar. Pero poco a poco se fue alejando del lugar, avanzando sobre sus codos hasta alcanzar el borde de un barranco sobre el cual se deslizó. Cayó sobre un matojo de brezos. Sintió la erosión de los espinos sobre su piel ardiente. A su lado había dos cadáveres boca arriba.

Se irguió y fue caminando por el barranco en dirección a Gandesa. Un conejo le miraba astutamente, fijamente, y luego echó a correr como disparado. Encima de su cabeza se oía el eco de unas voces. Se detuvo y estuvo sin cambiar de lugar mucho rato, en espera de que los dos desconocidos interlocutores se marcharan. Cuando lo

hicieron, siguió su camino por el torrente.

De pronto oyó que alguien le llamaba. Preparó su fusil, pero pronto advirtió que se trataba del viejecito de los mulos. Estaba extrañado de verle por allí. Tuvo que indicarle que no se trataba de ir entonces a visitar su cabaña, sino de llegar a la ermita.

—Es lástima. Pero ven conmigo. Te diré por dónde tienes que pasar.

Le hizo avanzar unos cien metros más por el torrente y luego le llevó, ya por el monte, hacia una abertura que se dibujaba sobre los matorrales y que iba ascendiendo por los riscos. Al final de este sendero, que las muchas pisadas habían improvisado, se veía un claro, como una mancha de luz más suave.

Luego descubrió los indicios de otro paso, un nuevo barranco. En lo alto estaba la ermita. Era allí, en aquel barranco, donde debía dar su orden.

En efecto, allí descubrió algunos hombres vestidos con la camisola verdosa del Tercio y algunos feces y caftanes de las tropas de Regulares. Les gritó: «Viva España» y se fue acercando. Observó unos rostros curtidos que le estaban contemplando. Preguntó por algún jefe. Se presentó un capitán. Una vez que le hubo comunicado el motivo de su enlace, aquel le invitó a acompañarle hasta el comandante.

El comandante en plaza estaba en una cabaña de madera, parecida a las que imaginaba que había en California o en Canadá y que salían en las novelas de Zane Grey. En una de las paredes colgaba la efigie de un zorro disecado, que miraba con unos ojos despiertos y astutos. El comandante estaba reclinado en un camastro y se incorporó. Escuchó lo que Miguel decía.

—Bien. Tomaremos la ermita. Pero a condición de una preparación artillera que sea eficaz. Vamos.

Salió de la cabaña y por una trinchera alcanzó a los soldados de transmisiones. Estos empezaron a conectar con el puesto de mando, que prometió el apoyo de la artillería. No habían pasado cinco minutos cuando se escuchó un zambombazo que por poco parte los tímpanos de todos ellos. El comandante estaba junto a los transmisores.

—Bien, pero más adelante. Treinta metros más allá.

Se retiró de la trinchera y ordenó a los alféreces que hicieran desplegar unos paneles para orientar a la aviación. Los soldados saltaron el parapeto y empezaron a distribuir en el suelo unas grandes tiras de tela blanca para indicar a los del aire su posición.

—¿Manda usted algo, mi comandante?

El militar le hizo signo de que podía retirarse.

Por los barrancos y quebradas de la sierra de Pándols, Miguel Llobet pudo alcanzar nuevamente la carretera de Gandesa y, volviendo a cruzarla, llegó otra vez al campo. Fue atravesándolo, dando marcha hacia atrás, hasta llegar al puesto de socorro que había al pie del Cerro dels Gironesos. Allí esperó a que pasara un

vehículo. Se trataba de un camión de Sanidad que llevaba unos heridos al hospital de Alcañiz. Pidió que le llevaran hasta la Estación de Radio de los Requetés.

Por la carretera, ardiente por los reflejos del sol, el camión fue arrastrándose a lo largo de los cinco kilómetros que le separaban del Cuartel General. Superada Gandesa el camino se iba haciendo cada vez más solitario. Se escuchaba el retumbar de la artillería, pero el fragor se iba volviendo cada vez más lejano. Al llegar al cruce en que estaba el cartel indicador, el camión aminoró la marcha y Miguel dio un salto al exterior, desde la cabina del chófer, en la que se había instalado. Subió por una cuestecilla a la que daban sombra unos pinos bajos y descubrió, en una meseta, un conjunto de tiendas de campaña amparadas en un semicírculo formado por algunos autocares. En el centro de una especie de plazuela había una mesilla con unos papeles encima. Un soldado, tocado con una gran boina colorada de cuyo centro pendía una borla amarilla, le cerró el paso:

—Alto, ¿quién vive?

Cuando Miguel le dijo que era un enlace, el soldado se retiró. A poco llegó acompañado de un capitán, que rogó a Miguel que le acompañara.

Era curioso que allí, en aquel recinto al aire libre, las formas fuesen protocolarias, casi urbanas. La cortesía que se advertía no era una cortesía de campaña. Tenía algo de urbanidad social y no denunciaba la proximidad de la lucha, la cercanía de las explosiones, el olor de la pólvora.

Miguel siguió a capitán hasta el extremo de un montículo en el que se hallaban algunos militares. Sin abrir la boca, Miguel notó en seguida que se trataba de un conjunto de peces gordos.

Estaban mirando con un telémetro el curso de la batalla. En efecto, allí al fondo, como en un escenario teatral, se mostraba el campo entero cuya suerte se estaba debatiendo. Una teoría inacabable de cotas y peñascos, de cumbres y encrucijadas se desparramaba ante los ojos en sucesión infinita, como una revelación del paisaje vestida de gris. Enfrente mismo, la sucesión urbana de las casas de Gandesa era el punto de referencia central de todo el panorama. En el monte y al fondo se advertía una larga cenefa de humos y explosiones. Por encima de esa extensión fluctuaban unos puntos de luz, que se bamboleaban en el cielo. Eran los puntos de luz del reflejo móvil de los aviones, que circunvalaban el cielo como milanos altísimos y arrogantes. Miguel Llobet estuvo un instante pendiente de sus rápidas y apenas perceptibles evoluciones.

En la mitad del grupo se destacó uno de los militares. Se cubría la cabeza con un sombrero de campaña de alas anchas, en el que no lucía insignia alguna. Era delgado, tenía cara como de burócrata y cultivaba debajo de la recta nariz un espeso bigote, que no servía más que para acentuar la naturalidad de toda su expresión. Se fue acercando a Miguel Llobet.

—Creo que me tiene que entregar un mensaje.

—Sí, mi general —dijo el otro, al observar las insignias de la bocamanga—. Me

ha dicho el general que lo entregara personalmente al general Dávila.

—Soy yo —dijo alargando la mano, en la que Llobet depositó el papel.

El general leyó detenidamente el mensaje y se acercó al grupo, del que se destacó otro militar, algo más bajo que los otros. Este militar se cubría de los rayos del sol con un salacot; llevaba, rodeándole el cuerpo y ajustando su guerrera, un fajín de cuero rojo.

Este general, al que los demás parecían rendir acatamiento, se alejó del grupo y se dirigió con el general Dávila a la mesilla que estaba en la embocadura del terraplén. Allí se sentó en una banqueta y empezó a estudiar unos mapas, en los que iba indicando datos y caminos con un lápiz como puntero. Mientras hablaba, el general Dávila asentía o disentía de él. El otro levantó la mirada y observó unos segundos al soldado que estaba enfrente, aguardando órdenes. Miguel Llobet sintió que la mirada de aquellos ojos, penetrante, directa, le fulminaba. Desvió su vista a otro lado. Se acercó al general Dávila.

—¿Manda usted algo más, mi general?

—No, nada... Puede usted retirarse.

Aún aturdido, Miguel Llobet descendió por la pendiente, para alcanzar de nuevo la carretera de Gandesa. No pasaba ningún vehículo y se sentó en un poyo de la cuneta, en espera de ser trasladado.

No tardó en llegar un camión, que se cuidó de llevarle carretera adelante. A medida que avanzaba se iba agrandando el eco de los disparos. Otra vez se encontró en Gandesa y hubo de emprender la marcha hasta la posición. En ella había un gran desconcierto. Un obús rojo había explotado en el cerro donde estaba el puesto de mando. El cuerpo del alférez ayudante estaba tendido en tierra, muerto. Habían malherido a un teniente y a un brigada, que acababan de ser evacuados por Sanidad, y el comandante tenía en la pierna una herida leve que le estaban curando.

El comandante Santelmo era un caballero alto y quebradizo como un Quijote; tenía el pelo gris, casi cano, y maneras de aristócrata, que acentuaban con el uso de un monóculo en el ojo izquierdo que le daba una estampa de ser de otra época. Se dejaba vendar pacientemente mientras, dejando que el monóculo colgara de una cinta sobre su estómago, se dedicaba a mirar por las lentes del telémetro.

—Ahora, ahora. Por fin ponen la bandera en la ermita.

En efecto, en lo alto de la ermita de Santa Madrona estaban izando la bandera española. El comandante Santelmo veía a un soldado que la clavaba en lo alto del campanario de la pequeña iglesia. En aquel momento los cañones empezaron a batir en el Coll del Coso. A través del telémetro se veían los nimbos de las explosiones y la polvareda que levantaban.

—Ahora empezaremos a avanzar otra vez. ¡Dios sea loado! —exclamó el comandante.

Arriba, en las posiciones que rodeaban la ermita, el capitán Eguizábal, director de aquel asalto, también estaba radiante.

—¡Viva España! ¡Adelante!... —gritaba mientras escalaba, él el primero, por los riscos de Santa Madrona, cubiertos de yedra. Sus años —ya cuarenta y cinco— y una ligera hidropesía le impedían correr como un chaval, pero así y todo no dejaba de escalar con ligereza, pese a los resbalones. Le agradaba aquel paisaje. Había algún pino y abundaban los matorrales de boj y de brezo. «¡Más arriba, más arriba! Así, valiente...», dijo para sí, advirtiendo que pasaba por delante de él un legionario con la bandera, la adelantaba y seguía progresando, gritando como un loco, borracho de verdad o de patriótica ira. «Así se camina, valiente».

El capitán Eguizábal, de la Tercera Bandera, pensó en aquel instante, como una ráfaga, en una expresión de su hijo Santiaguito, de once años, cuando le preguntaron qué sería cuando fuera mayor y dijo: militar. «¿Por qué?» —«Para llevar la bandera y ganar la guerra». —«Así, valiente», repitió, mientras veía la cara del abanderado, un jabato cuyas patillas negras en forma de hacha le llegaban hasta el mentón y que parecía tener en los ojos fulgores reprimidos. Y en aquel momento sintió una quemadura profunda en las entrañas; le pareció que le mordía el vientre aquel zorro disecado de la cabaña y estuvo a punto de proferir un grito; a punto, pero sentía que la vida se le escapaba como en un vértigo, que huía la vida a trompicones. Y Santiaguito estaría corriendo en su casa, alborotando. «Calma, calma, no es nada... Ya han llevado la bandera». Y la luz iba huyendo de él.

El capitán Eguizábal quedó tendido de bruces a pocos metros de la ermita, mientras Lucio *el Zurdo* izaba la bandera con parsimonia y unos legionarios estaban dando vuelta dificultosamente a los cañones, en dirección al Coll del Coso.

—Eh, ¡para, aquí! Han herido al capitán —y los camilleros se dirigieron corriendo al lugar en que estaba.

No había nada que hacer. Estaba muerto. El teniente Fresneda tomó el mando.

—Aprisa, aprisa. Parapetaos allí, en aquel montículo. Venga, aseguraos... —gritaba, indicando a la izquierda de la ermita una zanja que los rojos estaban abandonando—. Sí, con las bombas de mano. Sí, una detrás de otra, no paréis... —Y se decía que por fin, por fin habían llegado...

Un soldado tropezó con él; iba alocado. Llevaba la cabeza vendada y huía, corriendo para atrás, sin saber hacia dónde.

—Oye, soldado, ¿qué haces?, ¿adónde vas? —el teniente lo cogió por el cuello de la camisa y el otro forcejeó para huir—. Pero ¿adónde vas, caloyo?

Era un soldado de las quintas, debía de ser de la 4.<sup>a</sup> de Navarra; no era del Tercio, en una palabra. El soldado apenas podía hablar. «Cálmate, muchacho, dime qué te pasa». Se sentó, aún alborotado, en el suelo. Contó atropelladamente lo que acababa de ocurrirle. Avanzaba y se vio sitiado por los rojos; le habían herido en la cabeza. Unos rojos lo cogen y lo llevan al puesto de socorro. Allí lo curan. Vienen un jefe y el comisario político, mientras el Tercio iba avanzando. Los aviones empiezan a bombardear. Los rojos deciden irse. Preguntan qué van a hacer con él. El comisario quiere pegarle dos tiros y saca la pistola. El comandante, o lo que fuera, se le pone

enfrente. ¿A qué pegarle un tiro? Eso va contra la convención de Ginebra. Mientras discuten, nuevo bombardeo. Se echan todos al suelo y él aprovecha para correr. Y aún estaba corriendo. «Anda, muchacho, que has tenido mucha suerte. Ahora cálmate y vete a descansar...». «Sí, mi capitán, digo, mi teniente...»

Miguel Llobet contemplaba desde el llano cómo las baterías (le la ermita iban batiendo inexorablemente las posiciones del Coll del Coso. Los puestos atrincherados eran descoyuntados por las explosiones uno tras otro. Y de pronto advirtió que venían los cazas de la escuadrilla de Morato en apoyo de aquella acción artillera. Los conoció y los definió el comandante Santelmo, que casi los saludó —tan bajos pasaron— llevando su mano al gorro que cubría, ladeado, su blanca cabellera. Luego se afianzó el monóculo en el ojo izquierdo. «Vista, suerte y al toro», exclamó, haciendo con la cabeza un vertiginoso vaivén para seguir con la vista el paso de los aviones a la velocidad requerida. Y estos empezaron a pasar una y otra vez sobre las trincheras del Coll del Coso. Disparaban por delante, al pasar, y por detrás, al alejarse. Se veía el polvo que levantaban en el suelo, uno tras otro, con sus disparos. Los de las trincheras rojas debían de estar aplastados.

—Adelante —gritó el comandante irguiendo su alta y finísima corpulencia, avanzando su pierna vendada y apoyándose en una caña de bambú. Se calzó el monóculo en la mejilla y empezó a caminar, como si fuera de paseo.

No se agachaba. «Nosotros, los de caballería, no nos agachamos», respondió una vez, cuando alguien le llamó la atención. «Esperemos que la bala le dé solo en el belfo, o en la cola», respondió el otro. Pero el comandante Santelmo no se alteraba. Fue avanzando, como si diera codazos al estrépito, muy lentamente, apoyándose en su bambú. En mitad del llano sacó de su bolsillo una pitillera de plata, y de ella un cigarrillo negro, ya liado; un teniente se puso a su lado y le ofreció fuego con un chisquero.

—Dé usted la orden de ataque cuerpo a cuerpo —dijo echando al aire su primera bocanada de humo, mientras volvía a avanzar, renqueante.

El teniente se apartó de su lado, y correteando por el campo se acercó al corneta. Se oyó el alarido de la corneta como un grito radiante.

Vio a un alférez levantarse del suelo; luego otro y otro. Se fueron incorporando de la tierra hasta ocho, diez, doce figuras. Empezaron a correr por el campo, seguidos de infinidad de sombras grises, polvorientas, fusil en mano y con la bayoneta calada. Fueron correteando y acercándose a las trincheras del Coll. Uno de ellos cruzó las alambradas; luego otro y otro. Fueron cruzándolas a trompicones, sin cejar. Ya estaban casi en su objetivo. Algunos de ellos caían heridos, otros no se levantarían más. No importaba; la oleada era incontenible, sucesiva.

—Así se hace. Hoy vamos bien. La guerra es de los que tienen la moral. ¡Bravo, muchachos!

Fue caminando sobre su cañita de bambú sin detenerse y cuando llegó a las alambradas un sargento le abrió paso en una de ellas, como si fuera el portal de un



castillo. Pisó fuerte y entró en la trinchera. Los soldados estaban mirando fuera, por la parte de allá. Veían a los republicanos que huían por el campo hacia la Venta de Camposines, que estaba unos dos kilómetros más allá, unas cuantas casuchas apiladas y polvorientas.

—¡Alto! No moverse de ahí. Hay que dejarlos reposar —dijo, mientras echaba al aire una nueva bocanada de humo. Luego sacó su pañuelo y empezó a frotar su monóculo. Preguntó si habían llegado los de Transmisiones o si se habían quedado en el puesto. Le contestaron que se habían quedado allí.

—Que comuniquen en seguida que hemos tomado el Coll del Coso.

El sargento salió disparado a dar la orden.

Miguel Llobet había llegado a la trinchera sin haber disparado un solo tiro. Se puso al mismo nivel del comandante y echó a andar. Mientras avanzaba sentía los silbidos de la fusilería y cierto escalofrío a ras de piel. Los tiros de los enemigos parecía que fueran perfilándole, pero no le encontraron. Daba la impresión de que eran ya fusilería desconcertada, que apuntaba sin ton ni son. Unos cuantos obuses estallaron en el campo, lejos de él y cuando ya el grueso de la tropa había pasado.

Habían tardado cerca de un mes para acercarse a la Venta de Camposines y ya se podía decir que habían llegado a dicha encrucijada. Todo en ella estaba hundido en polvo, en humo y en pedregal. ¿Por qué no avanzaban más? Veía al comandante, con su facha impecable como si estuviera en un hipódromo, y pensaba que quizás aquel hombre estuviera haciendo la guerra como haría una partida de golf. Tantos agujeros, un poco de descanso, una limonada, otro paseíllo, otro rato de calma, y volver a empezar. Pero una guerra no era un deporte, ni un campo de batalla ni un campo de golf. Eso mismo debía de estar pensando un teniente cuando se acercó al comandante Santelmo para decirle:

—Mi comandante, los rojos están rebasados, ya no dan golpe, están huyendo. ¿Los seguimos, mi comandante?

—No, no. Alto ahí. Hay que darles reposo. Esta es una batalla de desgaste. Hay que dejarles tiempo para que se vayan hundiendo. Y dio una nueva chupada a su cigarrillo.

Una semana entera tardaron todavía en apoderarse del cruce de la Venta de Camposines. Una semana de calor destemplado, en que parecía imposible respirar. Como aquel calor impedía conciliar el sueño durante la noche, cuando la toma del cruce de Camposines se consumó hubo necesidad de dar un descanso a los supervivientes. Estos fueron retirados a Prat de Compte, unos tres kilómetros de la línea del frente. En este pueblo vacío y casi indemne los soldados se echaron por la noche a dormir en plena calle. Estuvieron tres días prácticamente tumbados, hasta que se les ordenó volver a pelear.

Entonces subieron por las cuestas del sur de la sierra de Pándols para incorporarse

a la 4.a de Navarra. Acamparon en un sitio conocido por Racó del Abadejo, en la cima del monte. Enfrente tenían una masía en la que los rojos estaban parapetados y que era conocida por la Casa del Tronc. Este era uno de los puntos más encrespados y agrestes de la sierra. La artillería y la aviación empezaron a batirlo masivamente.

Comenzaron a discurrir los días sobre una tierra calcinada que empezaba a presentir el otoño y en la que parecía que latieran más que nunca la incertidumbre y el resquemor. Aún hubo días de calígene, en los que parecía desprenderse un vaho turbio a ras del suelo. Había ratos en que, cansados de actuar, se detenían los cañones y las ametralladoras. Parecía que el silencio vistiera aquellos tramos con una nueva luz. Las vertientes de Pándols se iban volviendo azules y moradas. Los atardeceres caían sobre la roca con mayor lentitud. Unos grandes pájaros, de vuelo pausado, cruzaban el aire. Regresaban a otras lomas, a otras latitudes. Luego se encrespaba de nuevo la turbamulta de la pólvora: empezaba a crepitar días y noches, sin interrupción. Elevaba su bramido entre la oquedad de los montes, levantando enormes masas de polvo. Los coches de Sanidad trasladaban a pelotones los heridos al hospital. Pero la situación de las posiciones enterradas en el suelo permanecía inmutable.

Un grupo en el que figuraba Miguel Llobet pasó a ocupar trincheras que otros habían perforado tiempo atrás en la roca. Allí pasaban un día y otro día, en espera del rancho que Andrés Tendido, el cocinero belicoso, les subía en un mulo. Parecía que los guisos eran más gustosos, más sazonados. ¿Encontraría en el monte el cocinero un laurel tierno con que ilustrar la sazón del estofado? ¿Habría mejorado su pulso de cocinero con la participación intrépida en la toma del Coll del Coso? ¿Actuarían benéficamente los aires del monte sobre su prontitud y su disposición de atinado gastrónomo? Nadie podría decirlo.

Miguel Llobet y todos ellos dormían en las chabolas roqueras como enjambres de insectos o como larvas en la tierra. Por la noche, cuando estaban de puesto, su misión era otear en la oscuridad los frecuentes movimientos de los republicanos por la zona. De la Casa del Tronc partían a veces, con el destello luminoso de una ráfaga, algunos soldados rojos que escalaban la montaña en la oscuridad y que, en dos ocasiones, habían amanecido en la retaguardia, a las espaldas, acosando a la trinchera por la parte de atrás, en situación incómoda para los acosados, porque había que disparar entones hacia arriba y se hacía difícil repeler la agresión con las bombas de mano; los rojos, en cambio, parecían entonces los dueños del cotarro. Les bastaba con lanzar las bombas al vacío, sin apenas fuerza, para que estas explotaran prácticamente en el interior de la trinchera. Había habido que salir fuera de ella, arrastrarse por la cumbre, escalar la ladera y luchar cuerpo a cuerpo para obligar a los rojos a retirarse, en el amanecer. Luchar, luchar, luchar sin descanso, volver a luchar y terminar en el sitio donde se había empezado. ¿Para qué?

A fines de mes, una tarde el aire se fue cargando y el cielo se cubrió de densas nubes grises. Empezó a llover. Sonaron los ecos de unos truenos, que parecían venir a

romper y aliviar la atmósfera. Aquellos estampidos semejaban una liberación. Cayeron primero unos goterones gruesos, que rebotaron pesadamente en el suelo, como si fuera plomo. Se chafaban sobre la roca y levantaban y abrían en ella multitud de reguerones de polvo. Pronto cayó sobre el contorno una densa oleada de agua. El agua barría los senderos, castigaba la vegetación, inundaba los riscos. La noche se cerró con esta lenta y pesada cortina de agua, que caía maciza sobre la tierra; al amanecer persistía aún. Todo el día estuvo cayendo el intenso caudal, y otro día y otro, hasta una semana entera. El cielo no aclaraba, por el monte y por el valle no se oía más que el ruido de la densa lluvia; todo parecía que estaba a punto de morir anegado; las nubes grises seguían oscureciendo el panorama; la Casa del Tronc parecía que no hubiera conocido los días de la guerra, seguía enhiesta en mitad del monte abrigada por telas de saco y ornada por las colgaduras de los capotes chorreantes. La tormenta no concluía y todo el panorama rebosaba de agua y parecía que no pudiera resucitar.

Miguel Llobet estaba tendido en su manta, sobre un lecho de hierbas, y escuchaba caer la lluvia mientras tenía en la mano una Antología de poesía catalana y saboreaba versos de Guerau, de Carner, de Alcover, de Riba, de López Picó, de Sagarra... Pensaba que para él la guerra no solo no había hecho claudicar el valor y la vigencia de estos versos, sino que lo había subrayado, tornando más dulce la miel de algunas expresiones, agudizando el sentido y la intención de modos y de rimas. El paisaje parecía que se pusiera nuevamente en pie, solo que más lustroso y más fino, al conjuro de una voz, la voz de una cantata:

*Llebres pastaren per vostre quintar,  
llebres d'esquerpa tirada;  
si les aborda el cà  
o les erreu de burlada  
no trigarán a collar  
pels rasos de Liost, on l'herba es arranada...*

Llevaba días, meses, en que no le era posible pensar en su país y en las cosas suyas. La inmediatez del peligro, la constante urgencia de las acciones de guerra le habían impedido ponerse a reflexionar sobre la trascendencia de las cosas y el contexto de todas sus razones íntimas. Lo importante era ganar. Pero ¿qué pasaría después?

Si se conseguía entrar en el país, en Cataluña, sin el ánimo turbio y sin espíritu de revancha, era posible que todavía pudieran salvarse, al margen de toda posible implicación política, los valores sustanciales de la cultura catalana. ¿Qué mal podía haber en que los catalanes estimaran su lengua, se preocuparan por ella, la valoraran, quisieran recamarla con las sutilezas y los hallazgos de la poesía? ¿Quién podía hallar que eso era malo, que iba en contra de un concepto hispánico general? No obstante,

pensaba Miguel Llobet en cómo se podría convencer a tantos como estaban luchando solo porque imaginaban que los catalanes habían inventado su lengua y acababan de ponerla en circulación por el placer de fastidiar y de perjudicar a una España más fuerte y superior. ¡Cuántos equívocos, aprovechados por unos y otros, qué serie de malentendidos monstruosos, qué cuadro tan dramático de sospechas, de resquemores, de falsos puntos de partida, qué embrollo histórico tan deplorable! En aquel momento, hundido en la certeza de su desilusión, se esforzó en comprender el sentido estricto de unos versos y no más; se esforzó en no sentir más que una simple emoción artística directa e irrazonada; se esforzó en desprenderse de toda la lucubración que arañaba su alma, que rascaba incontenible en su corazón, y que hacía que todo en su ser le doliera intensamente. Su misión consistiría en comprometerse, a lo sumo, a hacer que las generaciones futuras supieran como él valorar unos versos, valorar un paisaje y resumir en ellos el valor de una cultura eterna y muy antigua...

De pronto advirtió con claridad diáfana lo siguiente: si uno solo de los combatientes catalanes de su bando conseguía hacer que el caudal de belleza y de amor que contenían aquellos versos llegara a las generaciones futuras, ese combatiente habría hecho por su país mucho más que toda la turba de intelectuales que, al otro lado, habían prestado su apoyo a la República. Después de la guerra, a todas las gentes de la catalanidad, incluso a aquellas dotadas de buena fe que aún creían luchar por Cataluña, las esperaba el éxodo, el destierro y la derrota. Entrar en el país al rítmico batir de los endecasílabos de Carner, confundiendo su son con el del paso victorioso, era en cambio asegurar la supervivencia de Cataluña, programar su futuro, ganar su porvenir. Miguel Llobet pensaba en aquel momento que bien podría considerarse como el paladín de su tierra, quizás el único que podría considerarse continuador de su permanencia en la historia, puesto que los otros estaban siendo barridos por los comunistas y los socialistas y pronto iban a ser derrotados como ellos. Y quien llevara el mensaje eterno desde aquel bando, sería el único que aplastaría los acentos jeremiacos de los filoseparatistas, el único que podría levantar una bandera nueva, no condenada de antemano a fracasar, como habían hecho los intransigentes y cerrados cuadros del catalanismo irredentista. El Estado que había de nacer de aquella guerra los respetaría si le descubrían que hay una forma de ser español sin dejar de ser catalán; y si, desligándose de cualquier solicitud política, le demostraban que eran profundamente españoles en lengua catalana y que no aspiraban a secesionismos ni a desquites, sino a engrandecerse y a engrandecer a España.

Creyó que empezaba a formular las bases y los arquetipos de un nuevo catalanismo, surgido de las trincheras, apto para las gentes que no consideraban a Cataluña como un mal irremediable de España. Aquella teoría comportaba el propósito de no torcerse nunca en este camino, la decisión irrevocable de transmitir españolidad viva a través de Cataluña y en lengua catalana. En aquellos momentos sentía el dolor de la muerte de José Antonio Primo de Rivera como una tortura física;

si hubiese vivido él, aquel maestro intrépido y limpio, hubiera sido capaz de comprenderlo.

Parecía que los estragos de la lluvia y la lluvia misma tenían tendencia a aminorar. En efecto, a través de la mirilla de la trinchera empezaban a advertirse en el cielo los asomos de un espectro más claro. Aquí y allí se iban abriendo, en la claridad de la bóveda, claridades dispersas y paneles que ya apuntaban un colorido mágico, azul. El agua caía de un modo más manso, y en algunos trechos empezaba a secarse en el suelo. Desde la pinocha que pendía en los árboles hasta los troncos, se deslizaba la humedad en gruesos canales. Se escuchaba de vez en cuando el estruendo de algunos disparos de cañón. El atardecer se cernía sobre las cosas, desparramando en ellas multitud de pinceladas de una tinta cárdena y azulada.

Miguel Llobet paseó unos instantes por la trinchera, para estirar las piernas, que se le habían entumecido. Luego entró nuevamente en la chabola. Se sacudió de la guerrera las gotas de agua que había recibido en el exterior. Entonces oyó al bizco, que le gritaba.

—Eh, Miguel, que ahí preguntan por ti.

Y entró en aquel momento un alférez en la chabola. Era un alférez moreno, alto, arrogante con su gorrillo, y con la estampilla relumbrante en su camisa, encima de la tetilla. Tardó un instante en reconocerle.

—¡Carlos! ¡Carlos Rius! —prorrumpió con inmensa alegría, levantándose—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has llegado?

Carlos se acercó a él impetuosamente y se abrazaron con fuerza.

—Ha sido Quiroga, el alférez Quiroga. Le encontré en Gandesa y me dijo que en su sección había un muchacho catalán. Cuando me aclaró que se llamaba Miguel Llobet, me pareció que me volvía loco. Ya ves; no he parado hasta encontrarte. ¿Sabes que yo estoy muy cerca, ahí en la esquina, en el Puig de Aliga?

El alférez que tenía delante era más ancho, parecía más hombre que aquel muchacho del que se despediera un día en el Casino de Burgos.

—¡Carlos, Carlos Rius, mi amigo, mi alférez! ¡Alabado sea Dios!

## XIV

EL CASO DE MATÍAS PALÁ fue incluido en un proceso monstruoso preparado por los leguleyos del Frente Popular para galvanizar la moral de la retaguardia y deshacerse al propio tiempo de algunos elementos trotskistas. El objeto era barajar a trotskistas y a falangistas en una sola pieza legal para que de todo el proceso se derivara el esplendor del núcleo gubernamental y comunista. Este núcleo saldría del proceso convertido en el auténtico paladín de las esencias republicanas y en el máximo y exclusivo garante de la libertad y de la seguridad pública.

Los procesados eran veintidós, entre ellos algunas mujeres. Los principales encartados eran un trotskista llamado Cuenca, un falangista apellidado Morales y el también fascista Matías Palá. Morales y Palá habían llegado ambos desde la zona nacional. El primero hacía frecuentes viajes a Burgos y a San Sebastián. El segundo estaba encargado del enlace con los militares. A Morales se le había atrapado con las manos en la masa. Era el jefe de una extensa red que en Barcelona estaba en relación con la radio de San Sebastián, a la que había comunicado pormenores de carácter militar y político.

La red del encartado Morales había sido atrapada por las confidencias de otro de los encartados, llamado Irla, que casualmente había sido eliminado unos días antes de que el juicio comenzara. Este Irla era un prototipo de provocador y de agente doble. A él se había debido justamente la iniciativa de fundar una emisora de radio clandestina y él había sido quien llevara adelante los primeros pasos de la organización. Puesto en contacto con Morales había proyectado con mayor empeño que los otros algunas de las gestas de la organización. Su entusiasmo había hecho que la confianza que se le tenía fuera total. No había secreto que fuera guardado para él y se le consideraba como uno de los cabecillas. Sin embargo, todos los pasos que llevaban a cabo y todos los actos que realizaban eran conocidos en el acto por los jefes del SIM. Nemesio Irla era la persona que Matías Palá había conocido a poco de llegar a Barcelona en el piso de la avenida de Mistral. Un día su actitud jactanciosa y muchas de las verdades que conocía alarmaron a sus compañeros. Se decidió someterle a un interrogatorio y su actitud y sus respuestas no les satisficieron. A partir de entonces se empezó a pensar que estaba en relación con los agentes del SIM. Fue descubierto cuando salía del domicilio del agente Hortuna y ya no se dudó más. Le esperaron una noche a la salida de su casa y cuando pasaba por la avenida de Carlos III, en la oscuridad, fue abatido con un par de tiros de pistola.

Pero no se logró hacerle desaparecer. Las heridas de bala no habían sido mortales. Lo cierto es que al mismo tiempo eran detenidos todos los que habían formado parte de la organización. Y el tal Irla se ahorró de coincidir ante el Tribunal con los otros encartados y de participar en las sesiones del juicio, que hubieran sido bochornosas

para él.

Las mujeres encartadas eran: Teresa Buitrago, falangista; dos Margaritas, madre e hija, Asunción y Carmen Mercader, que regentaban la portería del número 12 de la avenida de Mistral, y finalmente Rita Arquer, que, apresada al principio como encubridora de desertores y estraperlistas, fue denunciada al fin por el tal Irla como uno de los elementos más activos y peligrosos de la organización, sin especificar a qué se dedicaba.

Los abogados defensores pusieron en antecedentes a los procesados sobre la necesidad de que negaran todo lo que había sido declarado por ellos en los trámites del juicio. Era evidente que en aquellas declaraciones habían actuado bajo coacción. Hicieron ver a Matías Palá y a Alfredo Morales la conveniencia de asumir plenamente la responsabilidad de los actos por todos los demás, para evitar a los procesados la culpabilidad en todos ellos. Así lo hicieron.

Alfredo Morales era un hombre joven, que no llegaría a los treinta años. Era alto, delgado y rubio, y a pesar de su juventud poseía los dones de sagacidad, prudencia y autoridad que le convertían automáticamente en un jefe nato. Sus palabras surgían con precisión y parquedad de unos labios finos y rosados, en los que siempre se esbozaba una sonrisa. Tenía, sin embargo, dotes de energía poco comunes, y desde luego sabía controlar sus ideas, sus impulsos y sus emociones para dar a cada situación el giro deseado.

El presidente del Tribunal de Espionaje era don Antonio Rodríguez Fuset, un antiguo miembro de la carrera judicial a quien la circunstancia marxista había elevado a un rango al que seguramente hubiera tardado muchos años en llegar. Don Antonio era un hombre de media edad, jovial y vocinglero, que bromeaba con los acusados y les metía el miedo en el cuerpo con frases como esta: «Usted tiene todas las de ganar. Sabe que no le puede pasar nada, porque después de este proceso irá usted directamente al cielo. Lo pesado será para nosotros, los que tengamos que quedarnos aquí».

Matías Palá y Alfredo Morales no se conocían; su conexión se había establecido a través de Carmen Mercader, en un piso que habían alquilado en la calle de la Paja. El uno no sabía de la existencia del otro y ambos se habían valido de enlaces y correos tales como Manuel Quirós para enviar su información a Burgos.

El día en que se abrió el proceso, todos esperaban ver comparecer a Nemesio Irla, que aún estaba detenido con guardia de vista en el hospital de Cataluña. Pero en cuanto el Tribunal hubo ocupado sus puestos y los procesados y defensores los suyos, el presidente dijo que iba a dar lectura a una comunicación de la policía y de la dirección del hospital; en ella se decía que el encartado Nemesio Irla acababa de fugarse del establecimiento hospitalario y que la policía había emprendido las gestiones para apresarle nuevamente.

Los abogados insistieron en que, tratándose del único testigo de cargo, convenía que la vista fuera aplazada hasta su apresamiento. Pero el presidente se negó a aceptar

esta solicitud. La vista continuaba.

Alfredo Morales se adelantó al estrado. Primero el presidente y luego el fiscal empezaron su interrogatorio. Después, el procesado inició su propia defensa. Había pedido autorización y le había sido concedida para defenderse a sí mismo. Su voz era clara, persuasiva. La sala se hallaba atiborrada de público, que seguía su discurso con atención.

Morales, abogado e inspector de seguros, que residía en Barcelona desde hacía algunos años, se evadió de zona roja en agosto de 1937 y cruzó la frontera por Andorra; se trasladó a la España nacional. Relató las entrevistas tenidas con diversas personas y describió el plan que concibió de regresar de nuevo a la España republicana para, haciendo uso de sus muchas amistades, conseguir el canje o evacuación de determinados presos por medios rápidos, ya que los resultados obtenidos por la Cruz Roja eran muy lentos y muy escasos.

El fiscal le interrumpió entonces para dar lectura a parte de sus conclusiones provisionales; en ellas se decía que Morales también se proponía la «propagación de bulos», «acaparar plata y calderilla», comunicar concentraciones de fuerzas y objetivos, facilitar deserciones, hacer propaganda por medio de pasquines, «volar trenes, paralizar estaciones de radio, atentar contra los elementos unificados de las sindicales obreras, envío de anónimos y actos de sabotaje en general y, contando con la complicidad de Matías Palá y de Jacinto Clúa, informar a los fascistas de los planos de operación republicana», contando para ello con agentes de enlace, contraseñas, medios y documentación diversa.

—Yo me atengo a lo que antes he dicho —repuso Morales, eludiendo los cargos que le imputaba el fiscal, pero con el pensamiento puesto en sus compañeros y en aminorar la responsabilidad que les pudiera caer. Contestaba con naturalidad, consciente de los cargos que recaían sobre él, sin perder la serenidad ni comprometer a nadie. Su presencia de ánimo, su inteligencia, su corrección y su dignidad parecía que despertaran la consideración de todos, incluido el presidente del Tribunal.

—¿Cuándo conoció usted a Nemesio Irla?

—En octubre de 1937.

—¿Dónde le conoció?

—En un piso del número 12 de la avenida de Mistral.

¿Quién había en ese piso?

Tardó unos segundos en contestar, como si intentara hacer memoria.

—No me acuerdo. Creo que me abrió la portera.

—¿Puede usted indicarnos si la persona que le abrió la puerta se encuentra entre los acusados?

Morales miró hacia los banquillos donde se apretujaban los encartados.

—¿No recuerda usted su fisonomía?

Al fin Morales señaló a una muchacha joven, la hija de Asunción Mercader.

—¿Estaba allí Nemesio Irla?



—Sí, señor.

—¿Estaba solo?

—Estaba con dos más: Gomis y Quirós.

—Díganos lo que usted hizo entonces.

—Yo me di a conocer. Les mostré la documentación y la correspondencia que llevaba en la valija que había traído.

—¿Qué les dijo?

—Les dije que con un mínimo de colaboración de algunos sectores de la retaguardia republicana la victoria de Franco no se haría esperar. Les dije que era preciso obtener información de buena fuente relativa a las operaciones militares...

—Señor Morales, se le ha dado autorización para defenderse a sí mismo. Pero no para defender el fascismo. Límitese a su propia defensa.

El procesado contestó todavía a varias preguntas que le formularon tanto el fiscal como el presidente del Tribunal. La mayoría de ellas se referían a sus relaciones con los otros procesados y a la intervención de estos en los actos reprobados. Morales procuró eludir las cuestiones demasiado comprometedoras.

El proceso siguió de modo que a cada uno de los procesados le correspondió expresar su propio alegato, ya fuera a través de las contestaciones al interrogatorio o a través de su defensor. Los abogados defensores eran diez para los veintidós procesados. Los procesados de mayor importancia tenían un letrado particular y privativo, pero a la mayoría de los veintidós les correspondía un abogado en común con otros procesados.

Donde mejor se advirtió la intención que tenían los promotores de aquel escándalo legal fue en todo lo relativo al procesado trotskista Pedro Cuenca Ripollés. Había sido uno de los agentes del POUM y guardaespaldas de Andrés Nin hasta que este fue asesinado en Alcalá de Henares. Desde entonces Pedro Cuenca había sido paseado de cárcel en cárcel y el resultado de este paseo estaba allí. Los continuos lavados de cerebro habían hecho del matón de antaño un guiñapo abúlico y manejable.

Si se trataba de conseguir que los trotskistas y los falangistas aparentaran haber formado una piña, mal podía servir aquel elemento, que contestaba solo con gruñidos a las preguntas que le eran formuladas; los inventores de aquella farsa legal solo podían valerse de los alegatos del defensor, escogido con detenimiento entre los integrantes del plantel de hombres de la ley a disposición de la Audiencia. Gracias a este, llamado Romualdo Bas, pudo concretarse cierta relación y entendimiento entre el afiliado al POUM y los seguidores de José Antonio. Pero, pese a ello, hubo intervenciones elocuentes; tal la de Rita Arquer, cuando le preguntó el fiscal si Pedro Cuenca y ella habían estado en relación: «Ninguna, Dios me libre, con perdón sea dicho. Yo no me trato con desviados. No me trato más que con los de la línea recta».

Pedro Cuenca era un individuo macilento, con cara de sacristán y ojos nublados por la presencia de unas grandes gafas de montura dorada. Confirmó todo lo que el

fiscal puso delante del Tribunal en cuanto a conexiones y complots. Aseveró que estaba de acuerdo con Morales y los de su grupo para realizar todos juntos actos de sabotaje y de espionaje en favor de Franco. Acusó a Morales y a Matías Palá de haber fraguado un rapto en la persona del líder Comorera y, ante el asombro de aquellos, manifestó que «habían quedado en transportarlo a una casa del Guinardó para hacerle hablar y darle muerte». Puro invento que hizo abrir la boca de estupefacción a todos los que lo oyeron.

Luego le tocó el turno a Matías Palá. Este, muy sereno, empezó manifestando que se había pasado el mes de marzo último por el sector de Calamocha, en Teruel. Después de pasar algún tiempo en un campo de concentración, había sido puesto en libertad en Barcelona y casi en el acto se había puesto en contacto con los elementos de la avenida de Mistral, número 12. El procesado Morales y él habían entrado en relación con el topógrafo Jacinto Clúa y con el enlace Manuel Quirós. El primero les iba pasando copia de los planos que realizaba personalmente en el Estado Mayor y de algunos de los que realizaban sus compañeros. Las fotografías se hacían con una máquina Leica que le habían facilitado. Conocía a las procesadas Mercader por haberlas visto en la portería de la avenida de Mistral, pero no había visto nunca, ni allí ni en ningún otro lado, a la procesada Rita Arquer, de la que le habían hablado solo como transportista. Suponía que se trataba de una «estraperlista».

—¿Por encargo de quién realizó todos esos servicios?

—No sé el nombre. Fue en Burgos. Y fue un militar quien me los encargó.

El presidente subrayó:

—Un militar rebelde.

Terminado el interrogatorio de Matías Palá, le tocó su turno a Rita Arquer. Esta se irguió larguirucha y angulosa en mitad de la sala, como si desafiara a las figuras historiadas en los plafones y en los medallones del techo. Su nariz, aguileña, parecía poner un acento circunflejo al aire dormido de la tarde, moderando su luz. El proceso adquirió durante este interrogatorio algunos destellos. Así por ejemplo, nada más dicha la filiación de la procesada, esta subrayaba cada uno de los apartados de su filiación con precisiones concretas. «Natural de Barcelona»...; y ella añadía: «en la Bajada de Santa Eulalia». «Nacida el 13 de diciembre de 1887»; y ella decía: «justamente el día de Santa Lucía». El presidente tuvo que llamarle la atención. También el diálogo entre el fiscal y la acusada tuvo sus relieves.

—¿Vive usted prácticamente sola en un piso tan grande y soberbio?

—Vivo auxiliando a doña Evelina Torra, viuda de Fernández, que me honra con su amistad desde hace treinta años. Aquel piso está bajo la protección de la bandera cubana. Hasta el momento del atropello nuestra vida discurría en paz.

—¿A qué atropello se refiere?

—Al que realizaron los milicianos al ir a detenerme. Yo nunca he transgredido las leyes. Únicamente me busqué el manjar entre mis amistades. Eso es todo. Porque ¡a ver si hay obligación de morir de hambre!

—¿Conoció al procesado Matías Palá?

—No le conocí.

—¿Y al ex procesado Licinio Álvarez Carranza le conoció usted? Lo que se temía. Rita tardó unos instantes en contestar.

—Sí, le conocí. ¿Por qué me lo pregunta, si sabe que le detuvieron en casa?

—¿De modo que vivían juntos?

—Tuve el honor de vivir bajo su mismo techo.

—¿Y eso por qué? ¿Quizá no era ciego a sus encantos?

—Señor abogado, señor fiscal o lo que sea, le quedaré muy reconocida si no gasta bromas de esta índole. La verdad es otra. El señor Carranza se vio impedido de ejercer su cátedra en la universidad de Valencia y fue entonces cuando doña Evelina le concedió cobijo. Esto es todo. Doña Evelina acudió simplemente a paliar una injusticia cometida contra él por las autoridades republicanas.

La presidencia rogó a la acusada que midiera sus palabras.

—Lo siento, señor presidente. Yo soy muy poca cosa, pero no soy republicana, soy monárquica. ¿Lo comprende? Soy monárquica de don Alfonso XIII. Por lo tanto, no soy republicana ni tampoco soy fascista. Tampoco soy carlista, a ver si sabemos distinguir. Como monárquica de don Alfonso XIII, y por tanto amante de la verdadera libertad, ruego a usted que llame la atención al ministerio fiscal sobre las insinuaciones de mal gusto que ha proferido.

El presidente hizo señas al fiscal de que siguiera el interrogatorio.

—¿Conoció usted al procesado en rebeldía Nemesio Irla?

—Le conocí y no le conocí. Le conocí tomándole por un amigo, pero no lo era. La pena es que el tiro no le diera de verdad.

Se armó un escándalo mayúsculo. Unos desalmados, entre el público, querían agredir a la procesada. La policía lo impidió, pero hubo que desalojar la sala. Rita Arquer los miraba olímpicamente mientras se iban.

Las sesiones duraban mañana y tarde, sin otro lapso que el rato de almuerzo. Después de los primeros días las sesiones se hicieron más monótonas, la dialéctica se fue amortiguando. El proceso, llevado a marchas forzadas, duró sin embargo más de tres semanas. Al término de las tres semanas el fiscal y los defensores elevaron sus conclusiones a definitivas y el jurado se retiró a deliberar.

El jurado lo componían sujetos escogidos de la plebe urbana, seleccionados por el propio juez que había instruido el proceso. De ahí que nadie dudara un momento de cuál era la sentencia que se iba a pronunciar. Y, en efecto, la sentencia fue la que se había previsto.

A Ernesto Morales, Matías Palá y Pedro Cuenca se les condenó a muerte. También a Teresa Buitrago y a Carmen Mercader, la hija de la portera. A todos los demás, incluida Rita Arquer, cadena perpetua. Quedaban liberados Asunción Mercader y dos procesados más, ambos varones.

Los condenados a muerte fueron llevados al castillo de Montjuïc. La mole del

castillo, aureolada de leyendas siniestras, empezó a contener la espera de aquellas almas en pena.

Las celdas de los condenados a muerte eran celdas para dos reclusos y estaban situadas en un corredor siniestro, al que apenas llegaba la luz. La única que iluminaba los estrechos aposentos procedía de unos ventanales muy altos, situados casi en el techo del muro de piedra de la cárcel y que dejaban caer una imprecisa claridad sobre los cuadrángulos en que estaban los dos presos sobre sendos camastros, junto a una letrina y una mesilla. Allí pasaban las horas del día y de la noche, en absoluta soledad, los condenados a muerte.

Matías Palá, Ernesto Morales y el trotskista fueron internados en sucesivas celdas de aquel pabellón, cada uno en compañía de otro condenado. Mas para ser ajusticiados habían de guardar turno. Al interior de las celdas no llegaba el menor rumor, salvo algunos sonos de corneta que marcaban por el aire las horas de la diana, la fagina, el toque de queda. Al apuntar el día, con el alarido de una corneta, se desvelaba también el repique de un tambor. Las ejecuciones tenían efecto, junto a la celda de Matías Palá, en lo alto, sobre un patio al que daba la ventanilla que había a su cabecera. Se oía el estampido de la descarga, y en dos ocasiones le pareció que se oía también un quejido breve, un ¡ay! agudo, que fue seccionado por un nuevo tiro, certero y solitario.

Ya no quedaba más recurso que prepararse a morir bien. La misión para la que había sido elegido no había dado resultado o, quizá, solo un resultado parcial. Él no podría ver los días del fin de la guerra. La conclusión de tanta lucha le sería vedada. Su itinerario había quedado interrumpido, su camino había sido frustrado. Y entretanto ¿qué sería de sus amigos, de sus compañeros, de sus parientes? ¿Qué se habría hecho de su sobrina, de Blanca Maravall?

Su compañero de reclusión llevaba ya cerca de tres meses esperando ser fusilado. Le dijo que se llamaba Arnaldo Sergio Cortés y era conocido entre los sublevados con el nombre de Sergio. Había adquirido su notoriedad y su pena de muerte con importantes actos de sabotaje realizados en las líneas de comunicación republicanas. Tendría cerca de los cuarenta años de edad, pero por su musculatura y por su tipo parecía un hombre más joven. Había sido el cabecilla de una banda que hizo saltar trenes en toda la retaguardia republicana, a cuyo conjuro volaban los puentes y quedaban inservibles las pistas de aterrizaje. Fue atrapado en el momento en que, con una partida de compañeros, se disponía a lanzar unas bombas de mano sobre el vehículo de Largo Caballero cuando era aún presidente del Consejo.

Sergio tenía una fe infinita en el general Millán Astray y aseguraba que él sería el primero que entrase en Barcelona. Parecía tener presente enfrente de él el espectro de la muerte, como si esta pudiera serle escamoteada. Todas las mañanas recibía de otro preso, a través de unos golpes cifrados en la pared, el parte nacional del día anterior.

Dijo a Matías Palá que el compañero que le facilitaba el parte era un coronel nacional, el coronel Sarmiento, que había sido atrapado, juzgado y condenado medio año atrás; y que a su vez recibía el parte por uno de los carceleros, que en otros tiempos había servido en su regimiento.

Decía Sergio que él daba por bien empleados los sufrimientos y las torturas que había recibido. Él era creyente. ¿No lo era Matías? En la pregunta estaba implícita una cuestión que a Matías no le había preocupado seriamente hasta aquel instante. ¿Creía en la inmortalidad de su alma o no creía en ella? Matías Palá recapacitó, observó en su interior para saber si quedaba algo aún vivo de aquellas verdades insufladas en su ánimo durante la niñez, cuando se le presentó la posteridad como una disyuntiva entre dos entidades: el cielo o el infierno. Quiso ser sincero y leal consigo mismo, puesto que aquella no era hora de mentir. Tuvo que concluir que aquella disyuntiva había desaparecido. Después de alentar en esta vida, después de participar en multitud de actos, laudables los unos, los otros reprobables, la noción de un premio o de un castigo posteriores se le antojaba ingenua. La idea de una vida personal ulterior era inimaginable. Él había visto la muerte de cerca. La había visto en Badajoz, la había vuelto a ver en Teruel. Aquellos rostros horadados por la metralla, aquellas fisonomías borradas del mapa por la guerra, ¿era posible que encontraran en otro valle, y no en este valle de lágrimas, presa del odio y torturado por las pasiones, su conclusión verdadera? No, no, eso no era posible. La muerte era una muerte definitiva; una vez concluida la vida, venían la tiniebla y el silencio y era bastante. Siendo así, ¿para qué conturbarse, para qué lamentarse y rezar?

Sergio creía que no, que el alma de los hombres perduraba. Por la noche, cerrada la luz, la breve luz de aquella cárcel, se veía a través del estrecho ventanuco de la pared el brillo de algunas estrellas. ¿Quién ha hecho eso?, señalaba Sergio. Eso lo ha hecho Dios, ¿no es así? Pues si Dios ha hecho eso, que no comprendemos, que no podemos comprender y nos ha hecho también a nosotros, no nos habrá hecho con la única previsión inútil de enviarnos a morir sin ninguna finalidad. Inventó al hombre con la imaginación, con la esperanza en una vida eterna; por lo tanto, tiene que consumarla. «Yo creo en el Dios victorioso, en Cristo Rey. Sin Él no se comprendería, entre otras cosas, la guerra española».

Bien hubiera querido Matías compartir la fe de aquel patriota. Pero esa fe le era negada. Él iría a la muerte seguro de que con ella terminaban todas sus cuitas, todos sus afanes y su visión completa de esta vida. Sin embargo, no dejaba de hacerle determinado efecto la explosión que hacía Sergio de cierta teoría del martirologio. Los que están enfrente no entenderán jamás por qué están perdiendo la guerra y por qué acabarán de perderla irremisiblemente. Su óptica es la del materialismo histórico, aquel materialismo que hizo decir a Prieto, a los pocos días del Alzamiento, que la guerra la tenían ganada porque tenían las capitales más importantes, tenían el ejército y el relevo de las quintas y tenían el oro. «¿No le parece incomprensible, preguntaba Sergio, que teniendo todo esto, en lugar de ganar la guerra la estén perdiendo?

¿Cómo es posible? Y es que Prieto no incluyó en la estadística algo que es el peso decisivo en la balanza. Todos estos mártires, los millares de almas que han sido liberadas del cuerpo y que han huido a otras regiones al grito de “¡Viva España!” y “¡Viva Cristo Rey!”, también pesan, también cuentan, cuentan por encima de todas las otras cosas, y son los que inclinan definitivamente la balanza a nuestro favor. A esta guerra la podríamos llamar la guerra de los santos», concluyó Sergio.

Otro día insistió en su punto de vista: «Esta no es una guerra social, querido Matías. Quiero decir que lo que distingue a un bando y a otro no es una diferencia de puntos de vista con relación a lo social. Si me apura, los falangistas son en este aspecto tan avanzados como los socialistas o aún más. Quizá cuando acabe la guerra Franco le dé ciento y raya a Negrín en lo tocante a los avances sociales. Seguramente; porque la República sí que es esencialmente burguesa, patrimonio de esos financieros gordos que llevan los dedos cargados de sortijas y los bolsillos repletos de acciones al portador. De modo que si hay un socialista es probablemente Franco y no los otros. No. Lo que distingue a Franco de los otros es solo la religión. Franco cree en Dios y los otros no. Y yo me pregunto cómo se puede ser partidario de Franco sin ser al mismo tiempo religioso. ¿No ve, Matías, que eso es un contrasentido? Cuando se lucha por Franco significa que se lucha al mismo tiempo por la Iglesia, por la religión, por el reino de Dios, contra los ateos, contra los que queman las iglesias, contra los que asesinan a los curas... Y me parece que si usted no cree en todo esto debe de estar pasándolo muy mal...».

Matías Palá estaba con la cabeza entre las manos, pensando en ello. Pasaba muchas horas en esta actitud pensativa y meditabunda. Admiraba la sosegada y limpia fe de la que el otro hacía gala. Musitaba levemente la serie de avemarías que el otro rezaba una tras otra al pronunciar los misterios del rosario; y concluía «*ora pro nobis*» en cada una de las deprecaciones de la letanía a la Virgen de este mismo rosario. Se daba cuenta de que este era un factor fundamental en las perspectivas de muerte que se avecinaban. Tan fundamental, que Sergio se servía de él como de un trampolín desde el que ser botado directamente al cielo.

¿Por qué tenía que ser así? Él esperaba la muerte sin temblar; no sentía ni resquemor ni miedo. Había vivido, había cumplido con su deber. Había procurado que los días y sus actos transcurrieran según sus convicciones. No había rehusado nunca un servicio leal. Estaba seguro de situarse ante el pelotón de ejecución sin vacilación y sin jactancia. Ante el pelotón no iba seguramente a proferir ningún grito patriótico; esas frases le parecían una explosión de propaganda barata en el momento más serio de la vida de uno. Moriría en silencio, pero no se dejaría vendar los ojos. No quería forjarse ilusiones de ninguna clase en aquellos momentos. Se limitaría a afrontar la verdad.

Al cabo de varias semanas de reclusión, Sergio le dio el parte del día anterior,

como de costumbre. Por fin había nuevas noticias del frente del Ebro, noticias que podrían ser definitivas. Las posiciones rojas de la sierra de Pándols acababan de ser barridas. La operación había empezado un mes atrás, pero concluía entonces con la ocupación de las últimas cotas de la montaña. Sergio estaba exultante, como si esperara poder ver el resultado final de toda la guerra. Matías, en cambio, le escuchó sin chistar, con indolencia. A él, todo lo que ocurriera en adelante parecía tenerle sin cuidado.

Todos los días oían el ruido de los fusilamientos en el patio de la fortaleza. Este ruido había llegado a convertirse en una rutina. Después de la diana se oían los pasos del oficial y sus acompañantes al volver de la celda con el preso. Luego, los pasos del pelotón en el patio. Después, el redoble del tambor, el grito del oficial y los disparos. Finalmente, el tiro de gracia y después el silencio total. Aquello era igual un día y otro día. Pero de pronto se oyó en la pared el ruido que hacía el coronel Sarmiento cuando intentaba comunicar. Sergio se puso atentamente a la escucha. Matías observó que en su rostro, que no se alteró, se marcaban sin embargo unos signos de desasosiego. Cuando acabó de comunicar, Sergio dijo a su compañero:

—Esto se ha acabado. Pasado mañana me toca a mí...

En efecto, por la noche entraron en la celda un capitán con dos soldados y el comandante de la fortaleza. El capitán leyó a Sergio la sentencia y fue sacado de la celda para ir a pasar la noche en la que le serviría de capilla hasta la mañana siguiente.

Matías no pudo dormir aquella noche. De vez en cuando se oía de un lado a otro de las barbacanas de la muralla, la voz de los centinelas, que repetían el «alerta» con un alarido prolongado. Pensó en su compañero, en la suerte que le aguardaba y en la inmensa soledad que constituye la vida de cada hombre. En efecto, cada ser camina sin auxilio de nadie de la vida a la muerte. Morir es quizás el único acto de la vida en que el hombre se realiza totalmente. Es el único acto de la vida en que el hombre está supremamente solo.

Aquella madrugada fue advirtiéndole que la claridad desnudaba muy lentamente las sombras de la noche y se iba filtrando con tenuidad por el cuadrángulo del ventanuco. Parecía que los segundos fueran transcurriendo con mucha mayor lentitud que otros días. ¡Ah, si pudiéramos durante toda la vida guardarle al tiempo el respeto que le tenemos cuando sentimos cerca el paso de la muerte! ¡Cuánto tiempo tendríamos por delante, cuántas oportunidades, ahora no advertidas, se nos ofrecerían! Aquella noche parecía que se oyera en cada latido del corazón el tictac de un inmenso reloj...

Luego prestó atención y notó que el piquete estaba ya en el patio; oyó la voz del oficial y finalmente la descarga. Al condenado no se le oyó, pero Matías Palá «sintió» como una bocanada de aire cálido que arremetía contra sí y que era la presencia del otro. Fue una presencia inaprensible pero cierta, impalpable pero veraz. Nunca había sentido Matías Palá una evidencia tan irrefutable. En aquel segundo se patentizaron enteros, junto a Matías, la voz y el gesto, la razón y el diálogo de Sergio con una

verdad superior a la que hubiera sentido si él hubiese estado a su lado. En suma, lo que pasó por el contorno de Matías Palá fue el «alma» entera del otro prisionero. Fue como un inciso, en el momento del tránsito, en que él mostrara de golpe que todo lo que le había dicho era cierto, que el «alma» existía como una entidad independiente, y que eran posibles la vida eterna y la resurrección. Matías Palá recogió este mensaje con una voluntad totalmente pasmada, como una realidad impensada y sorprendente. Retrocedió hasta su camastro y quedó hundido en él. La presencia de Sergio y el rastro, impreciso pero cierto, del más allá, se fueron diluyendo lentamente en las horas. Al fin le quedó una leve indecisión, un pasmo herido, como un balbuceo de fuerzas irresolutas que flotara en el cerrado aire de aquella celda. Le pareció que en ella seguía viviendo una sombra, un espectro o un pálido trasluz, que era como la imagen aún susurrante del otro, solo a medias vencida por la muerte.

Matías Palá quedó profundamente extrañado; pasó unas horas, unos días en que no podía quitarse del pensamiento la impresión que le había causado la misteriosa presencia del compañero que acababa de morir, en el momento de ser ejecutado. Su presencia había sido una vivencia real, no un fantasma. No se trataba de convencer a otros de que Sergio había «existido» a su lado en el momento del tránsito; se trataba por el contrario de no perder del todo la infinita sugestión del suceso, de considerarlo tan real e inmutable como pudieran serlo el camastro, la mesilla que tenía delante. Sin poderlo razonar se puso a dialogar con Sergio, como si estuviera allí. Al hacerlo, Matías se dijo asombrado que lo que ocurría era que estaba rezando. Entonces comprendía el significado de un proceso espiritual y religioso auténtico. Con su muerte, Sergio había colocado de golpe el infinito al alcance de su mano. Todas las verdades de la religión que le habían inculcado en la niñez, las notaba infinitamente más cerca.

Las ejecuciones seguían produciéndose regularmente. En los últimos días Sergio le había enseñado a descifrar el alfabeto acústico que utilizaba en la pared el coronel Sarmiento. Pero no le sirvió de mucho. Un día, el coronel le notificó que al día siguiente él mismo sería fusilado. Se acabaron los partes de guerra y las noticias consoladoras. Después de la ejecución del coronel, se quedó absolutamente solo. Toda su compañía eran sus propios pensamientos.

Empezó entonces a pensar en los otros. Únicamente le sacaba de quicio la incertidumbre sobre la suerte que habría corrido su sobrina Blanca. ¿Dónde estaría? ¿A manos de quién habría ido a parar?

Blanca estaba en Mora de Rubielos, en la provincia de Teruel, en un albergue de la Sección Femenina y amparada por esta organización. Las muchachas de la camisa azul se horrorizaron ante la magnitud de la tropelía cometida en la persona de Blanca. La miraban con conmiseración y la mimaban para ayudarla a pasar con sosiego los días que faltaban para el alumbramiento. Eran una docena de muchachas hijas de la



población, que habían trampeado como pudieron la presencia de tantos hombres obcecados y locos, de tantos guerreros cejijuntos como habían poblado las calles y cafés durante la dominación roja de la villa. Mal podían imaginar lo que podría ser una violación en una de ellas por parte de tamaños elementos. Ni fuerzas tendrían para gritar, ni arrestos para arañarle. ¿Qué harían en tal caso Rafaela, Pura o Visitación? Nada, sino cerrar los ojos y someterse, procurar no gozar con ello, rezar unas jaculatorias sin que se notara, ponerse en manos del médico después. Pero ¿y si le gustaba? —se dijo a sí misma Visitación—. ¿Si después de todo resultaba que le era agradable? Visitación —Vista o Vistilla para sus amigas— no quería ni pensarlo. ¿Cómo podía serle agradable una cosa como esa, que era pecado? Pero Vista fue a Blanca y, a solas y a escondidas, se lo preguntó. Vio enrojecer a Blanca y hundir su rostro en la almohada, y no quiso insistir más.

Ahora se trataba de que aquel niño, que sería un niño fraudulento, un hijo del pecado, naciera como un ser normal y pudiera ser bautizado y se convirtiera con el tiempo en un hombre de provecho —si era varón— digno de la España de Franco. La Sección Femenina de Mora de Rubielos lo había ya acogido bajo su protección y padrinazgo. Tenía ya elegido el nombre que habría que ponerle. Se llamaría José Antonio, como el fundador.

Por fin parecía que Blanca Maravall gozara de un amplio sosiego. Sus compañeras la obligaban a descansar; por las tardes, en compañía de Vista o de Pura o de Rafaela, o de las tres a la vez, salía a dar una vuelta por la carretera. Los picos de Javalambre se elevaban hacia el azul y en el perfil más alto se advertía un breve caperuzón de nieve. Entre tanto, ella y sus compañeras estaban ultimando una canastilla riquísima, con que recibir al niño. En la canastilla se apilaban metedores, fajas, calcetines, capuchas, camisolas, jerséis, zapatitos azules, blancos, rosados, tan pequeñines que parecía que se tratara de vestir a un muñeco. No nacería el esperado infante a la buena de Dios.

Pero Blanca Maravall estaba avergonzada. No podía confiar a nadie que en el suceso había existido por su parte una escondida volición. En suma, si ella no hubiera querido, aquello no se habría consumado. Había conseguido zafarse del cautiverio mediante el regalo de sus dones a un bandido de montaña, a un anarquista vulgar, y había seguido con él una aventura en el monte que era para ella como un sueño. ¿Cómo podría ella misma limpiarse de aquella culpa? Ante sus propios ojos, el niño que iba a nacer le manifestaría siempre lo que dentro de ella estaba ya podrido.

Pronto llegaría la fecha del parto. Pronto haría nueve meses desde que Máximo la tuvo por primera vez, en el tren de su primera huida. Con toda seguridad era aquella la ocasión en que la coyunda prosperó. La feliz conclusión de la carne se había producido en condiciones impropias, la primera vez. Hay algo que sobrevive al odio de las gentes, a los actos de guerra, a la fatiga de la noche y a las circunstancias insanas y turbias. Este algo es la vida frenética y movediza que se abre camino hacia el óvulo para subsistir y prosperar. La victoria de la vida no se preocupa de que el

escenario de su diminuta batalla tenga la comodidad precisa; tampoco para mientes en la dulzura o el frescor de las palabras; puede unir a los seres más diversos; no tiene prejuicios sociales; la simiente de un bandido puede hacer hervir e incrustarse en la sangre más azul. El resultado de todo ello es un engendro loco que hincha el vientre femenino y que, a la postre, depositará en la vida un nuevo ser, palpitante y chillón, que se abrirá paso a codazos y pataleando desde el primer momento y que será el testimonio de la perentoriedad de la savia, de la renovación ineluctable del germen.

Blanca Maravall pensaba en todo ello y sabía que no estaba arrepentida de lo que había hecho. Su línea hacia este destino venía de atrás, de muy atrás. Ella no habría podido aceptar nunca las fórmulas del amor burgués al uso. En primer lugar no había querido casarse, había renunciado al amor prefijado con el que en general se satisfacían las muchachas de su condición. Luego había renunciado al amor ficticio y doblemente burgués que se tiene de tapadillo; había desdeñado el amor de un amigo, de Desiderio Rius, porque le parecía que este era un sucedáneo todavía peor de la condición matrimonial y, a la larga, habría notado en su boca el sabor amargo y el tedio de aquel *ménage* fraudulento. El único amor que le hubiera bastado era el del doctor Foz, si al llegar a la España nacional hubiera encontrado el respeto que se le debía. Pero en lugar de eso fue enviado al desolladero sin remisión. Era igual que si le hubieran dado dos tiros por la espalda. El doctor Foz había muerto. ¿Qué recurso le quedaba a ella?

Recordaba el tiempo que pasó junto a Máximo, como rehén y amiga suya en el monte. Con solo pisar el monte se habían borrado todos los prejuicios almacenados durante veinticinco años de vida en la ciudad. El monte era la vida libre, la vida de la sangre en plena naturalidad. Veía y admiraba en silencio cómo Máximo ordenaba en el monte todos los factores necesarios para la supervivencia. Primero los factores necesarios para una vida física: alimentación, higiene —una higiene primaria, ejercitada en los ríos, en los lagos de la cueva—, salubridad; luego la seguridad individual y del clan: su modo de otear en los riscos, de bajar a las vaguadas, de escudriñar en la noche, de enfilear por los senderos con sigilo, el cuchillo en la mano. La vida en el monte era una vida distinta a la que imaginaría cualquier hija de familia. Muchas de ellas se escandalizarían, pero Blanca no se había escandalizado. No solamente era para ella una novedad sorprendente, era también una realidad distinta y magnífica. Quizás en aquella vida montaraz había hallado una verdad, la verdad que había estado buscando afanosamente sin saberlo desde que era niña.

Lo de menos durante aquellos meses había sido la cuestión de su entendimiento físico con el bandido. También en ello había habido un signo cabal de pureza. En ello no había habido ficción. Si acaso la ficción había estado en aquel estudio lleno de discos y de *whisky* de su amigo Desiderio Rius. Aquello hedía en verdad a rancio, a podrido. Pero el acoso a que la había sometido Máximo bajo las estrellas había sido purificado por el relente mañanero. Las gotas de rocío y de humedad que durante la noche habían caído sobre sus cuerpos eran vecinas del esperma y del moho, y estaban

allí para algo, para dar vida, eran testimonio de vida. Blanca Maravall no se podía sentir ni apesadumbrada ni dolida de aquel contacto. Y si pensaba en Máximo, bajo sus formas brutales no podía dejar de descubrir una profunda verdad humana, una integridad varonil, algo que le hacía parecer un héroe o un mito.

Luego sí sentía la pesadumbre de aquel cuerpo diminuto que arañaba en sus entrañas avisándole que estaba allí, que exigía un puesto en la vida, que aspiraba a nacer y a respirar. Pronto ese cuerpo gesticularía como todos los otros, pronto ocuparía un puesto entre todos los demás. Entonces ella podría decir que también él era el hijo de un hombre.

El sargento Delicado compareció un día ante ella. Venía directamente del monte y llevaba una barba de tres días. En los sobacos de su guerrera de hilo se marcaban unas inciertas lagunas, como charcos de polvillo blanco, rastros de un sudor reseco. Aparentemente iba a verla para interesarse por su salud. Le preguntó que cómo le iba el embarazo y se interesó por la fecha aproximada en que tendría lugar el parto. Pronto descubrió Blanca el verdadero motivo de la visita.

El sargento y su grupo llevaban más de tres meses por el monte en persecución del anarquista. Habían recorrido uno por uno todos los riscos de la sierra del Bordón. Habían acampado mil veces en la serranía, pedido cobijo y pernoctado en cada una de las muchas masías que se hallan dispersas por allí. A veces se veían los rastros y las huellas que dejaba el bandido, pero nunca había sido posible topar con él. El sargento había recorrido la carretera que va de Aliaga a Mora únicamente para hablar con Blanca.

Lo que pretendía el sargento era, en primer lugar, tomar nota del estado en que se hallaba Blanca. Según como estuviera de avanzada la preñez, el sargento Delicado pondría en práctica un plan que consideraba infalible para la captura del Máximo. Se trataba de acarrear a la mujer, de llevarse a Blanca y que esta sirviera de anzuelo. No consideraba el sargento imposible pescar al bandido como una carpa en el río, enseñándole a la mujer a la que había raptado por dos veces. El plan dependía de la disposición de ella. Por eso era tan cauto al abordarla.

—Me digo yo que usted, señorita, acostumbrada por él a la vida del monte, debe de conocer muy bien las costumbres del Máximo.

Blanca le miraba con unos ojos inexpresivos, sin saber adónde el otro quería ir a parar.

—Nosotros hemos estado más de tres meses al acecho, sin obtener resultado. No sabemos verdaderamente cómo se puede esconder. A la fuerza tiene que tener valedores en la mayoría de las masías. ¿Conoce usted el terreno, señorita? —y el sargento sacó de su bolsillo un papel manoseado, en el que había un croquis del mapa de la región. Blanca lo miró con detenimiento.

—No. Nosotros no pasamos ni por la sierra del Bordón ni por la de la Garrocha.

Nosotros no nos movimos de por allí: Ejulve, Coronas, sierra de la Cañada. No sé nada de eso.

Blanca adivinó qué era lo que estaba haciendo el Máximo y qué haría ella si tuviera que capturarlo. Máximo no se movía de un lugar si ello no era necesario. Una vez conquistado a un sujeto no se movía de su lado ni le traicionaba si el otro no lo hacía. Había advertido que al llegar a la ermita de la Virgen del Tronco había fascinado al cura viejecito que regentaba el lugar. Este iba detrás de él, con la convicción de que podría convertirle, ganarle para la fe de Cristo. ¡Menudo empeño! Máximo dejaba que el otro lo creyera. Por allí debía de andar el Máximo. Pero Blanca no dijo nada.

—Yo no sé —contestó—. Él es un tipo raro, que lo mismo pasa ocho días sin pegar un ojo que se tumba a roncar otra semana seguida. Además, tiene la habilidad de dormir en cualquier lado, incluso en la copa de los árboles. Si encuentra una rama sólida, se acomoda allí y sin moverse pasa un sueño entero. Entonces es difícil cogerle. Luego, esos lugares que usted dice deben de estar llenos de cuevas y de antros. Él conoce bien esos sitios.

El sargento Delicado no era tan tonto que no notara la vehemencia que Blanca ponía en su palabra, ni el tono con que pretendía en parte desconcertarle. Le costaba mucho imaginar que en cuatro o cinco meses de andar el Máximo con ella no pudiera darle más detalles sobre su vida.

—Oiga usted, señorita. De momento vamos a dejar que tenga usted el niño con todas las garantías y que el parto sea feliz. Bastante carga ha llevado ya. Pero una vez cumplido con ello, yo le pediré que acceda a acompañarnos al monte.

—¿Y qué voy yo a hacer allí?

—Verá usted. Tenemos la sospecha de que el Máximo no debe de andar muy lejos del lugar donde le descubrimos. Hemos estado hablando con el curita y su actitud no nos ha convencido. Hemos callado, pero no nos ha tranquilizado. Vamos a esperar al día de la romería, si es que usted ha parido ya y felizmente.

—¿Qué día es la romería?

—Falta tiempo aún. Es por la Purísima, el mismísimo día. Aprovechando que con la romería hay en la ermita mucho más personal que otros días, se puede movilizar a muchas más fuerza. Además, si usted nos quiere servir de señuelo...

—Tenga en cuenta, sargento, que no quisiera volver a pensar en lo que ya ha pasado.

—Si no tiene usted que hacer nada más que irle a rezar a la Virgen... Van usted y el niño, que ya habrá nacido, a dar las gracias, nada más...

—Bien. Ya habrá tiempo de pensarlo.

El sargento estaba secándose el sudor de la frente con su enorme pañuelo. Blanca vio que otro guardia civil, en la puerta, le hacía señas de que saliera, de que ya era hora.

—Llevamos enterrados cuatro números por el dichoso Máximo. Eso no podemos

tolerarlo.

Aseveró esto con un aire lúgubre, mientras se ponía lentamente en el hombro la correa del máuser, se arreglaba trabajosamente el cinturón de cuero y se ajustaba el tricornio sobre la cuadrada cabeza. Blanca le veía partir como un oráculo triste y sombrío.

Permaneció unos instantes pensativa, como si la presencia del sargento hubiera dejado en su ánimo un lastre pesado. Acababa de facilitarle el acceso a Máximo, acababa de proponerle que le viera de nuevo y que le viera con su hijo. Habría que pensarlo.

Una bocanada de viento, un airón desmelenado pareció sacudir su cuerpo, abotargado. Era el aire del monte, el airón de Máximo, que venía a sacudirla en la mediocridad de su existencia actual. Pensó que cuando le llegara la ocasión iba a aprovecharla, por lo menos para que aquel hombre bárbaro y elemental conociera al fruto de sus entrañas y comprendiera cuáles eran los resultados de sus actos.

Esta sola idea pareció hacerla feliz, aliviar las horas monocordes que estaban transcurriendo. Aquella tarde, cuando salió a dar una vuelta con Vista, por la carretera, pareció que su paso fuera más ligero. La enorme curvatura de su vientre pareció que, en lugar de pesarle, le diera nuevas alas. A Vista le extrañó el optimismo de la mujer.

—Me gusta tener un hijo —le explicó—. Te diré; me gusta todavía más tener precisamente este hijo y no otro. No me gustaría tener un hijo que se va a llamar Pepito y que va a vivir en un piso, con sus tías y sus primitos, comiendo la sopa boba. Me gusta tener un hijo difícil, un hijo distinto, un hijo que desde el primer instante tendrá que estar atento al hecho de vivir. Este hijo mío comprenderá desde el primer día que aquí no se regala nada.

Vista la miraba sin llegar a comprenderla.

—Cuando haya nacido nos iremos al monte él y yo. Entonces le presentaré a su padre: «Hijo, he aquí a tu padre, un bandido, un criminal. Salteador de caminos, desvirgador de hembras, un verdadero punto... Llenó a tu madre a la fuerza, pero ahora tu madre está encantada porque has nacido tú. Tú has de tomar venganza por ella de todas las malas cosas de esta vida».

—Blanca, no digas eso —interrumpió la otra, con ganas de taparse los oídos—. Tu chico será lo mejor del mundo, lo más noble. No puedes desearle ningún mal. Déjalo crecer y que vea las cosas buenas de la vida, que también las hay. Sí, Blanca, déjalo en nuestras manos.

—¿Qué querrás que sea cuando crezca? ¿Sacristán, notario, abogado del Estado, militar? No. ¡Bandido! Profesión: bandido. ¿Qué te parece?

Y Blanca rió, rió con una risa sarcástica y chillona, una risa que no podía parar y que hizo pensar a su compañera si Blanca había perdido la razón.

—¿Y si es una niña? —inquirió Visitación.

—Si es una niña la tiramos a un pozo —concluyó ella, frunciendo las cejas, con

un gesto de histérica o de loca.

Unas semanas más tarde, mientras le daban los primeros dolores que presagiaban el alumbramiento y era socorrida por Visitación, Blanca dijo a esta:

—No tendré la suerte de que sea una niña.

Parecía entonces que le atemorizara cualquier cosa que tuviera nombre de varón. O quizá presumiera que en caso de ser niña existiría entre ellas una posible complicidad, una razón de entendimiento.

—Si es una niña estoy segura de que será buena, sí, buena... —repetía.

No tuvieron ocasión de comprobar la veracidad de este supuesto. Porque el hijo que nació del vientre de Blanca fue varón.

## XV

A FINES DE OCTUBRE, desde su puesto de mando en el Coll del Moro, el general Franco dio la orden de atacar a las tropas republicanas a partir de la posición de la Casa del Tronc y del Racó del Abadejo, que ocupaba la IV de Navarra. El objetivo era romper el frente por la cota 666, situada a espaldas de la Casa. El resto era prácticamente inaccesible, pues se hallaba separado de la línea ocupada por las tropas nacionales por un barranco paralelo a ellas, por el que era imposible acercarse. En ese sector los rojos habían situado un sinfín de armas automáticas. La cota 666 estaba, en cambio, unida a las líneas nacionales por un afilado lomo de roca.

Sin embargo, el acceso a este punto de la geografía era muy difícil. La proximidad de las líneas nacionales a la cota 666 impedía actuar a la artillería con la preparación y la seguridad necesarias para asegurar los movimientos de la infantería. Por otro lado, la posición enemiga estaba protegida por una triple alambrada; y durante los meses de verano los rojos habían fortificado fuertemente algunos puntos de la posición, con nidos de mampostería que le daban una indudable solidez.

El Alto Mando había dispuesto que la artillería fuera situada en primera línea, bajo casamatas. Había morteros y piezas del 6,5, para facilitar la agilidad del ataque.

El ataque comenzó en las primeras horas del 30 de octubre. Durante largas horas la artillería estuvo batiendo las casamatas del enemigo. Del morro roqueño y boscoso de la cota surgían constantemente masas de polvo, piedras y humo. El ruido era ensordecedor. Nunca se había visto en la guerra una concentración de artillería como aquella. El bombardeo duró hasta más allá de mediodía. Entonces el comandante Policarpo Ordóñez dio la orden de avanzar.

El comandante Ordóñez había estado toda la noche vigilando el emplazamiento de los cañones. Discurrió de un lado a otro de la posición que ocupaba, alentando a los muchachos. Detrás de él iba un asistente con una garrafita de coñac y unos vasos, que ofrecía a las clases y soldados, mientras la noche perduraba llena de presagios de lucha y de interrogaciones. El ojo insomne del comandante parecía brillar como una luciérnaga en la oscuridad. Así como otras noches, al ir a las posiciones, hablaba con un susurro, intentando disimular el tono de su voz, aquella vez hablaba en el tono normal, como si ya no tuviera miedo de alertar al enemigo. Cuando hacía que el asistente sirviera la ración de coñac, él sacaba de su bolsillo una estampita de la Virgen de la Merced y la daba al soldado o al sargento de que se tratara. Nadie supo de dónde había sacado tantas estampitas idénticas de la Virgen de la Merced. Se dijo que había mandado a su asistente con el recado de comprar una resma de ellas en Lérida. Cuando le llegó el turno a Carlos Rius añadió un comentario:

—La Virgen de la Merced, patrona de Barcelona, su tierra, en donde ahora me gustaría estar. Ella nos llevará adelante; ella es más sabia que la artillería. Alférez

Rius, ha llegado la hora en que demostraremos quiénes somos y cómo los tenemos bien puestos. Rece ahora una avemaría a la Virgen y no piense en nada más que en vencer.

Se echó al colete un vasito de coñac y siguió adelante.

El alférez Rius salió de la posición mientras aún sonaban los impactos de las piezas de artillería sobre las casamatas del enemigo. Sin embargo, aquellas fortificaciones presentaban ya síntomas de erosión y destrucción. En algunas de ellas se veía claramente el hierro de la construcción destrozado al aire como un muñón estéril. En otras se observaba sobre el cemento partido el cuerpo de algún soldado despanzurrado por la explosión; Carlos Rius, bordeando la línea en que cruzaban los disparos de los cañones, avanzó al frente de su sección hacia delante. Se trataba de subir por una loma en la que había plantados algunos olivos y un campo de vides. Detrás de él iban sus soldados, un par de cientos acaso. Pese al intensísimo bombardeo, del otro lado aún respondían. Al alcanzar los primeros pámpanos sintió cerca de él el silbido de las balas. Se agachó contra un sarmiento y vio que los soldados que le iban siguiendo hacían lo mismo.

Uno de los disparos de la artillería acababa de dar contra la casamata que tenía enfrente y en el torbellino de polvo que siguió, Carlos Rius se incorporó de nuevo, hizo una señal con la mano para volver a avanzar y observó que le seguían dócilmente, abiertamente, sus doscientos soldados, por toda la extensión de la cresta. No muy lejos de él, a unos veinte metros, avanzaba el cabo a quien se había confiado la bandera de señales. Le conocía bien. Era un muchacho muy joven, un extremeño de acento cerrado que pertenecía a aquella «España sin ese» de que le hablara una vez el comandante: «No me fío de los de la España sin ese. Son muy valientes, pero tienen muy mala leche». Por la España sin ese entendía a los andaluces, extremeños y murcianos, todos los que al hablar se comían fonéticamente las eses. Cuando Carlos le había propuesto que el extremeño llevara la bandera de señales, el comandante se había opuesto. «Vamos a ver: ¿eres español o epañol?». El otro había respondido: «Soy epañol». «Pues no sirves», contestó tajante el comandante. Carlos Rius le había convencido después. Le había hablado de la acometividad, del entusiasmo del joven. «Es voluntario; se vino aquí a pesar de que en su casa era el tiempo de la siega. Se vino por puro entusiasmo. Me ha dicho que si esto le va bien luego quiere ser militar». El comandante accedió: «Bien, pues dele usted la bandera».

El muchacho avanzaba con la flámula desplegada a los cuatro vientos, como orgulloso de su ondear. La llevaba muy en lo alto, para que se viera bien, para que se notara que estaban avanzando. «Este es seguro que no retrocederá», pensó Carlos Rius observándolo. Estaba de nuevo agachado, casi al borde de la pequeña viña. Se incorporó de nuevo, faltaba poco para llegar a las alambradas. Algunas balas chocaban contra los sarmientos y a otras se las veía horadar las hojas de la vid, y una de ellas estalló en medio de un racimo negro, poderoso y pesado, tostado por el sol. Ya era tiempo de vendimia y Carlos Rius atrapó un racimo que colgaba solitario y



maduro entre el follaje de una cepa y chupó sus negros granos.

Correteando como una sierpe entre los sarmientos fue el primero en llegar a la línea inicial de alambradas. Se quedó aplastado junto a ellas. Más lejos se veía la silueta de la segunda línea y más allá una tercera alambrada, muy cerca de la casamata. Probó entonces a lanzar una bomba de mano, para ver si a la distancia que se encontraba era útil el empleo de este proyectil. La bomba explotó justo frente a la casamata, pero no dentro de ella. Habría que esperar a alcanzar la segunda alambrada para poder actuar con las bombas de mano. Vio al extremeño alcanzar la línea de la alambrada y plantar allí su bandera de señales. Toda la tropa —los que no habían caído en el camino, que debían de ser bastantes, pues veía detrás a los camilleros avanzar en zigzag e ir recogiendo cuerpos de heridos— estaba alcanzando la línea de las alambradas. Vio al abanderado arrastrarse entre los alambres. Pasaba la bandera entre las púas y la mantenía nuevamente en pie, mientras su cuerpo se contorsionaba entre el obstáculo y avanzaba incorporándose. La bandera estaba plantada justo en la mitad de la alambrada y al extremeño se le había quedado retenida una pierna entre las púas. Pugnaba por deshacerse del tropiezo y volverla a dejar libre. Pero en aquel momento se le vio proferir un grito abierto de dolor, hacer una mueca y quedar retorciéndose entre los alambres, como si hubiera caído en una trampa.

Carlos Rius vio cómo los zapadores alcanzaban también la alambrada y se ponían a cortar los alambres por donde estaba el abanderado. Rastreando, avanzando como un reptil por la línea de los alambres, se fue acercando a aquel lugar. Vio en el acto cómo a uno de los zapadores le daban un tiro en mitad de la frente. A los pocos segundos, el otro caía abatido con el pecho destrozado. A pesar de la riada de luz deslumbrante de aquel mediodía, que parecía que entenebreciera por contraste todos los colores, se pudo ver el borbotón de sangre negra que salía como una explosión de la caja torácica del soldado. Carlos Rius no se detuvo, siguió avanzando bajo una granizada de balas. Pensaba que aquel era su momento, que debía arrancar de manos de los zapadores las tenazas con que efectuaban su operación y proseguirla, facilitando a los otros la entrada en el recinto. Pensó que era absolutamente indispensable alcanzar por lo menos la segunda línea de alambradas y que solo él podía facilitarlo. Sentía que el acoso del fuego enemigo iba perfilando su silueta, pero afortunadamente el terreno hacía allí como una leve ondulación y la tierra le protegía hasta llegar al lugar en que estaba el abanderado. Se acercó a él, andando a rastras, con los codos y con las rodillas. Ya estaba casi a su lado, distinguía perfectamente los rasgos de su rostro moreno, aquellos dientes blanquísimos que siempre, aun entonces, mostraba con una sonrisa. Se dirigió a él, animándole.

—Bravo, muchacho. Te has portado como un hombre. Dime, ¿cómo te encuentras?

—Me duele, me duele mucho. Me han herido en la pierna.

—¡Con tal que puedan llegar aquí los camilleros!

Pero a los camilleros se los veía lejos, en el campo plantado de viñas, y sería

difícil que pudieran llegar hasta allí. Se vio a un par de ellos que recogían a un herido debajo de un olivo, en el extremo de la viña. Luego le llevaron hasta el muro que quedaba en pie de una casa abandonada que había en mitad de la cuesta.

—Voy a probar a abrir un camino en esta alambrada.

—Mi alférez, no lo abra usted aquí; este lugar está muy batido. Vaya más a mi derecha. El ángulo de los que tiran desde la casamata no llega hasta allí, por el montículo. Los zapadores se han equivocado, los ha equivocado la bandera. Lo siento, mi alférez.

Carlos Rius sonrió al abanderado, comunicándole con esta sonrisa un profundo afecto. Cogió los alicates de los zapadores y fue arrastrándose hasta unos metros más allá.

Empezó a seccionar el grueso alambre del obstáculo. El hilo de metal era recio y tardaba en ser partido; era necesario que apretara con todas sus fuerzas en los mangos para escuchar el ruidito que el alambre hacía al cortarse. Partió uno y otro cabo y fue poco a poco dejando expedito el camino a través de la alambrada. Luego hubo que separar lentamente los extremos de los hilos, apartándolos para que entre ellos pudiera pasar un cuerpo humano. Tardó cerca de media hora en lograr que la alambrada quedase seccionada. A unos metros, el abanderado le contemplaba y parecía seguir y alentar con la mirada la minuciosa operación. Cuando terminó le buscó con la mirada, como si pidiera su ayuda.

Carlos Rius volvió a su lado. La herida de su pierna no dejaba de mostrar el recio reguero de sangre que seguía manando, y Carlos Rius sacó su pañuelo y envolvió con él fuertemente la brecha de la pierna. El soldado le estaba mirando con agradecimiento; entonces se incorporó dificultosamente, dirigió a Carlos una mirada de entendimiento y empezó a avanzar con la bandera en las manos y en dirección al paso de la alambrada. Fue el primero en cruzar por él. Después pasó el alférez Rius. Luego fueron pasando, uno por uno, los soldados que seguían. La segunda alambrada quedaba ya a escasos metros de la casamata. Desde ella era posible atacar la posición enemiga con las bombas de mano. Carlos Rius cogió una de ellas, tiró con los dientes de la horquilla de seguridad y lanzó a lo lejos el explosivo, con un enérgico movimiento en parábola. Se vio al puntito negro penetrar por el hueco de la casamata, y luego una rotunda explosión. El humo salía a oleadas por la grieta de la fortificación. Otras bombas de mano empezaron a estallar por los alrededores. El acceso a la casamata, a la que protegía aún una tercera alambrada, parecía una caldera hirviente.

Carlos se había puesto al lado del abanderado, que mantenía enhiesta la bandera. Era difícil que hasta allí pudieran llegar los camilleros, de modo que Carlos decidió emprender en seguida el ataque por el segundo obstáculo. Empezó a cortar la alambrada como había hecho con la anterior, pero notaba que el fuego enemigo era más nutrido y más certero. El muchacho que estaba a su otro lado acababa de ser malherido. Se veían por doquier soldados abatidos por el fuego contrario. También

entre sus filas estallaban algunas bombas. Al extremo de la línea se veía a un sargento que le estaba haciendo señales categóricas de que no podía avanzar más.

Todo aquel terreno estaba intensamente batido por el enemigo y no había otro recurso, para salir con bien, que achicar todo el cuerpo contra la tierra, hundir el rostro en los terrones y aguantar el intensísimo acoso a cuerpo limpio. Carlos notó que el avance hasta aquella segunda posición, caso de que no consiguieran adelantar más y apoderarse de la tercera línea de fortificación, había sido una temeridad. Pidió al abanderado que le cediese la bandera. El otro dudó un instante y luego se la cedió, al parecer de mala gana. Con ella en las manos, Carlos Rius se puso en pie y avanzó.

Pero notó en el acto el latigazo cruel de una bala que le rozó el brazo derecho sin herirle y que le obligó a replegarse de nuevo contra el suelo. Los soldados que le habían secundado en el ataque, se mostraron momentáneamente indecisos y luego hicieron lo mismo que él. Quedaron todos junto a la alambrada, con el cuerpo en tierra, sin moverse, en espera de una orden del alférez.

La situación era insostenible. Carlos Rius llamó al soldado que estaba más cerca. Le ordenó que corriera por la línea y que diera orden a todos de replegarse al punto del que habían salido, por donde habían pasado la alambrada. El soldado fue corriendo, arrastrándose, para comunicar esta orden a los demás. Pronto vio cómo los soldados, uno a uno, iban retrocediendo.

El abanderado, en cuyas manos había vuelto a depositar la bandera, le miraba con ojos de tristeza, como si no aprobara su actitud. Carlos Rius se acercó de nuevo, le destapó la herida, vio que la sangre estaba ya coagulándose sobre ella y volvió a atarla con el pañuelo.

No se movió. No quería abandonar al abanderado. Permaneció a su lado, mientras los soldados se habían apiñado allí donde había cortado la alambrada, cobijados en la curva que hacía el terraplén por donde se había abierto el paso. Los proyectiles silbaban alrededor y algunos de ellos levantaban en el suelo un huidizo reguero de tierra.

El paso del tiempo se hizo entonces tan lento que Carlos Rius contempló sin moverse cómo el disco del sol pasaba de ser una mordedura vertical sobre sus cuerpos a deslizarse en el cielo hasta convertirse en una saeta oblicua que se acostaba en el horizonte. De la luminaria ardiente y amarillenta del mediodía, que todo lo anegaba, se pasó a la luz vacilante, cárdena y morada del atardecer. A media tarde el enemigo asomó por encima de las casamatas, puso pie en el campo y empezó a avanzar, saltando por encima de la tercera alambrada. Los elementos que así se les acercaban parecían espectros. Caminaban como borrachos; algunos vacilaban sobre el campo en zigzag, como piruetas marrones que Tueran danzando a golpes rítmicos. Carlos y el abanderado los veían ir hacia ellos sin acertar a hacer nada que pudiera evitarlo. Carlos puso su pistola delante de los ojos y disparó. Luego lanzó contra ellos unas bombas de mano. Se dijo que había que impedir que los rojos llegaran hasta allí, que había que agazaparse para que no dieran con ellos. Estaban ya muy cerca. Pero

entonces los morteros empezaron a disparar y los rojos tuvieron que retirarse de nuevo y refugiarse otra vez en las casamatas. El abanderado y él se miraron con un gesto de relativo respiro.

Los soldados aguardaban disparando tras la primera línea de alambres, y el alférez y el abanderado herido aguardaban en la segunda alambrada, sin poderse mover. Las horas iban discurriendo y la jornada concluía cerrando lentamente sobre el panorama al mismo tiempo su luz y las horas del día. El sol empezaba a ocultarse tras el horizonte y Carlos Rius esperaba que viniera la noche para que con ella fuera posible tomar alguna iniciativa. En efecto, no tardó en anochecer. Desde el fondo de los viñedos se fue acercando un enlace; llegó hasta la primera línea de alambradas, se detuvo un momento y luego avanzó hasta donde ellos se encontraban.

—Mi alférez, dice el comandante que hay que disponerse a tomar esta noche la posición con un golpe de mano; que ahorren en lo posible las municiones, lo justo para contener al enemigo. Él mismo vendrá aquí en cuanto oscurezca. Que por ahora no se muevan ni hagan nada, hasta que dé la orden de emprender la acción.

Carlos Rius llamó a un cabo, que se fue acercando como un reptil, gateando por el suelo. Le dio la orden para que la comunicara a los demás.

Poco a poco empezó a cernirse sobre la vastedad del campo una noche oscura, que parecía agrandar los perfiles del monte. Únicamente aparecía en lo alto del cielo, tímida y azul, una pálida gumía que era la luna creciente, flotando sobre la línea de la montaña. De vez en cuando sonaban unos tiros, pero los rojos debían de creer que ellos, los franquistas, habían retrocedido abandonando el ataque. Entre los disparos, Carlos oía algunas voces que venían de la casamata de enfrente.

El abanderado y él permanecían en silencio, mudos en su hondonada. Al levísimo reflejo de la luna, Carlos Rius advertía el mate de los ojos del soldado que llevaba la bandera, como una lúgubre luz en la oscuridad. Sintió entonces que el cabo lanzaba un ruido, una suerte de estertor recóndito. Se acercó a él y quiso atenderlo, pero el estertor crecía. Le puso la mano en la frente y notó que estaba hirviendo. El pulso, en cambio, apenas se notaba.

Hasta entonces no había advertido que el abanderado podía morir, y, de hecho, se estaba muriendo. Alarmado, enervado, abandonó su lugar, se volvió hacia la retaguardia, se dirigió serpenteando hacia el paso abierto en la alambrada de atrás. Un reflector de las casamatas rojas paseaba a haces su luz por el campo, y estuvo a punto de descubrirle. Pero él se agachó oportunamente y el foco de luz pasó por encima de él y se perdió de nuevo.

—El cabo se está muriendo. ¿No hay agua? ¿Tenéis algún calmante?

Uno de los soldados le alargó una cantimplora; con ella Carlos Rius se dirigió de nuevo al lugar que había ocupado.

Acercó la cantimplora a los labios del moribundo. Este los puso ávidamente en el manantial, remojándolos. Carlos Rius vio en el rostro del abanderado una pálida sonrisa de gratitud.

Aquella vida se consumía, se estaba acabando. ¿Qué sería del entusiasmo de aquella juventud, qué se haría de aquellos veinte años ardientes? La bandera había quedado clavada en el suelo. Parecía que el abanderado quisiera decir algo; respiraba afanosamente, con un hondo rumor.

Durante largo rato, en la oscuridad, Carlos Rius pudo percibir el jadeo que hería la noche, horadaba la tiniebla y ponía un rescoldo de angustia y un contrapunto de dolor en la oscuridad. Este jadeo se fue volviendo más lento cada vez. Al fin, hubo un respiro más hondo, un rumor más aciago y, después, el silencio. El abanderado había muerto. Carlos Rius acercó su mano a la boca del soldado y comprobó que ya no alentaba. Llevó entonces la mano hasta sus ojos y se los cerró.

La oscuridad de la noche era cruzada de vez en cuando por destellos de luz, por filamentos de fuego. Eran los rastros luminosos de algunos proyectiles. Entre esas ráfagas oyó Carlos el ruido de alguien que se acercaba desde las alambradas y percibió una voz.

—¡Viva España! —era la voz del comandante. Había llegado hasta allí arrastrándose por el suelo, serpenteando entre los soldados y la alambrada. Hablaba en voz muy baja, pero alguien debió de oírla desde la casamata, porque dispararon desde ella unas ráfagas de ametralladora.

—El mando cree que tenemos que tomar el puesto mediante un golpe de mano. Yo también lo creo así.

Carlos Rius esperó a que el otro continuara. El comandante estaba mirando el aspecto que ofrecía la casamata.

—La artillería ha hecho mucho daño a la fortificación. La obra de cemento está casi destruida. Ya no hay ninguna angostura donde meterse, se están defendiendo casi a la intemperie —observó—. Bien: antes de clarear avanza usted con su tropa primero hasta la segunda alambrada; luego avanzan de nuevo, la cruzan y van hasta la primera; la cortan, y entonces vendremos nosotros con refuerzos y tomaremos la posición.

—Nuestra misión será, pues, hacer de zapadores... —aseveró Carlos Rius.

—Su misión habrá sido abrirnos paso y apoyarnos desde el flanco. No se preocupe, que también ustedes tendrán que actuar. Venga, manos a la obra —ordenó, al tiempo que se retiraba.

La noche era cerrada. Ya no alumbraba ni aquel cacho de luna que al principio de la noche había iluminado levemente el horizonte. Había que actuar en plena oscuridad.

Rastreando, se acercó a un soldado y le ordenó que fuera recorriendo la fila para precaver a los demás de lo que se pensaba hacer. Esperó un buen rato hasta que el soldado hubo vuelto. Entonces, a rastras y en silencio, cruzó nuevamente la alambrada.

El silencio era absoluto, solo cruzado, una que otra vez, por el eco de algún disparo; también se oía el ruido que hacían en la noche los soldados al avanzar a

rastras. Al llegar a la segunda alambrada se fueron colocando uno al lado del otro a lo largo de los pinchos. Los zapadores empezaron a cortar los alambres en dos puntos distintos. Se oía el crac de los alicates al triturar el hilo de acero.

—Di a esos que no hagan tanto ruido.

Algunos de los soldados rojos que había en ella salían de sus posiciones; unos se rendían levantando los brazos, otros empezaban a luchar a tiro de pistola o de fusil contra los atacantes. Dos o tres pares de ellos llegaron al cuerpo a cuerpo y emprendieron una lucha feroz con el machete contra los soldados que llegaban; otros huían; había uno que luchaba llevando un fusil asido por el cañón y empuñándolo como si fuera una maza.

La barahúnda era inconcebible. En estas oyó Carlos el alarido de la corneta, que ordenaba atacar. Este sonido se repetía de un lado al otro de la loma. Empuñó su pistola y se puso en pie. Los soldados iban haciendo lo mismo y empezaron a avanzar. Iban caminando sobre el monte mientras clareaba. Ya se distinguía entre las rocas el bulto que hacían algunos cadáveres. Avanzó con cuidado de no tropezar con ninguno. Luego empezó a ver los cadáveres de los rojos. Uno de ellos era un hombre joven, barbudo. Se agachó para tocarlo. Avanzó hasta llegar a la casamata. No lejos, un oficial les gritaba:

—Adelante, adelante... —haciéndoles señas con una mano.

Carlos pisaba ya la casamata. Se acercó al oficial. Este decía:

—Los rojos se retiran. Hay que ir hasta la cota 661, para derrotarlos del todo. Intentan hacerse fuertes allí. Adelante, adelante...

Y salió de la casamata, otra vez al campo libre.

Carlos Rius se detuvo. Contempló a uno de los muertos. Llevaba en la mano una bayoneta teñida en sangre, que reposaba sobre el cuerpo de un oficial calvo, sobre su vientre, del que manaba aún abundante sangre. Era el comandante Ordóñez. Aquel hombre había herido al comandante en el vientre con la hoja de una bayoneta. El ojo abierto del comandante Ordóñez le estaba mirando con una voluntad inmóvil, con una fijeza inexpresiva.

Lo más importante de todo cuanto había alrededor: escombros, muertos, pedruscos, papeles, una garrafa de vino, cartucheras, máquinas automáticas, lo más importante de todo, lo que parecía que aún estuviera viviendo era aquel ojo único, contumaz, que le miraba fijamente.

Se acercó a él. Se puso a registrar en sus bolsillos, por si llevaba algo que pudiera sustraer al saqueo. No encontró más que tres o cuatro estampitas de la Virgen de la Merced.

Del blocao y de la casamata salieron unos disparos. Los zapadores aprovecharon el estrépito para acelerar su tarea. Los otros aún no se habían dado cuenta de nada.

Cuando todo estuvo listo, Carlos, con una señal muda de la cabeza, dio la orden de avanzar. Pasaron los primeros zapadores, después de él y los demás. Se fueron poniendo uno al lado del otro junto a la alambrada. Desde ella, y a través de la

oscuridad, se veía la mancha blanca de la casamata completamente herida por los bombardeos. El cemento formaba bloques de piedra de los que sobresalían, como nervios, patas y raíles de hierro. Desde aquella posición la casamata era inexpugnable con simples bombas de mano. Se veía la sombra de uno o dos hombres que asomaban su cabeza entre los escombros. Hasta parecía que en alguno de sus movimientos se viera el brillo de sus ojos en la oscuridad.

De pronto, uno de los soldados que habían avanzado debió de toser o se oyó el ruido de algunos de los objetos de su impedimenta, porque de la casamata empezaron a disparar con fuego graneado de fusil y ametralladora. Se oía a las balas silbar por encima de las cabezas, a medio palmo de ellas, cuando faltaba aún algún rato para el amanecer. El fuego no cesaba. Carlos Rius lanzó entonces una bomba de mano, que hizo explosión en mitad de la casamata, y los demás soldados siguieron su ejemplo. Las bombas estallaban en la posición contraria una tras otra. Entre tanto, los zapadores iban cortando sectores de hilo de alambre, para dejar expedito el camino de los que atacaban.

Estos no se hicieron esperar. Apareció primero el comandante. Se puso al lado de Carlos Rius y le increpó:

—¡Malditos! Nos han hecho anticiparnos a los planes previstos. ¿No ha podido aguantarse o qué?

Hizo una señal con la mano a su tropa para que le siguiera; pasó por el espacio abierto de la alambrada y se levantó frente a la casamata. Se vio su sombra al contraluz de la intensa fogata que hacía el enemigo al defenderse. Se oyó su voz en la oscuridad:

—¡Adelante!...

Se veía caer sobre la tierra a muchos de los soldados que avanzaban. La sombra de otros se proyectaba ya sobre la casamata.

«Ella es más sabia que la artillería», recordó que había dicho.

Le acercó al rostro la palma de su mano y cerró aquel su único ojo insomne, con cierto reparo. En la parte exterior se oían gritos y tiros.

Salió de nuevo a la intemperie. El día estaba clareando. Ya se distinguían unos de otros los perfiles de todas las cosas. En la loma que había enfrente —cota 661— se veían apostados docenas de soldados, que disparaban e iban avanzando lentamente, otra vez cuesta arriba. La loma estaba rapada, solo asentada en una masa de roca gris, manchada por algunos matorrales. Pero en la cima no había más que trinchera, sin obra de cemento. El oficial que le había hablado —era un capitán— avanzaba erguido, de pie. Desde la loma, unos morteros estaban barriendo la superficie de aquella cota. Al cabo de un rato se vio como salían de la trinchera algunos soldados del ejército enemigo, llevando sus manos a la nuca. El capitán los agrupaba al borde del camino, al tiempo que hacía señales para que no disparara nadie. Unos soldados se acercaban, los cacheaban, y, con los fusiles a punto, los hacían estar en pie. Uno de los prisioneros se separó del grupo y echó a correr velozmente por el monte, hacia

atrás, en dirección a unos matorrales que había a la izquierda. Un soldado le apuntó con el fusil, pero el capitán le encañonó con la pistola y disparó. El fugitivo quedó tendido antes de llegar a las matas.

Carlos Rius avanzaba cabizbajo hacia la loma. Apenas se oían tiros ya. El día se estaba abriendo como un gran espacio de azul instalado en lo alto. Aún no había salido el sol, pero Carlos notaba que aquel día sería muy hermoso. Un día para el sueño, un día sin combate, un día sin inquietud. Únicamente le mortificaba la impresión que acababa de sentir. La muerte del comandante era para él una noticia aciaga. Ya no vería más aquel ojo siniestro, aquel ojo que era como un constante reproche, un ojo maldito. Aquel ojo que era una especie de símbolo de todo lo divino y lo humano: un símbolo del bien y del mal, de la inquietud y de la templanza, de la lujuria y de la continencia. Un ojo como el del diablo o el de Dios, que lo veía todo y que podía aprehenderlo todo. Mientras ascendía la loma intentaba sacudirse la impresión de aquel ojo perennemente insomne.

Le mortificaba además que las últimas palabras del comandante fueran de reproche: «¡Malditos! ¿No ha podido aguantarse o qué?».

Pisó ya las piedras de la loma. Los que había allí serían unos sesenta o setenta soldados, con algunos oficiales. Habían salido de las trincheras llevando al resto de la tropa republicana que había quedado vencida en aquella posición. Los republicanos formaban un grupo aislado, vigilado por algunos soldados, y presentaban la imagen misma de los vencidos: los rostros hundidos, la mirada vaga, la barba larga de unos días...

El capitán daba unas órdenes. Que los llevaran a Gandesa para su filiación y para su interrogatorio. Dio al sargento unos papeles:

—Y no olvide relatar lo del fugitivo al que hemos... despachado. Dé usted estos documentos.

Eran los documentos personales del muerto. «Comisario político de la División 11. Fulgencio Portolés Mora».

Carlos Rius estaba ya a su lado. El capitán era un hombre duro, de complexión fuerte. Le ofreció un cigarrillo.

—No hemos quedado muchos, pero la batalla ha sido importante. Ellos conocían la importancia de aquella cota. La han defendido a macha martillo. Pero nosotros hemos podido más. También sabían que en ella nos jugábamos la suerte de la batalla del Ebro.

En aquel momento estaba saliendo el sol por el oriente. Era un disco naranja, enorme, majestuoso, que emergía tras el muro de los montes e iluminaba con luces violeta y doradas la extensión de la tierra, hasta donde alcanzaba la vista. Antes de llegar al horizonte se advertían todavía rastros de humareda y, en algunos puntos del panorama, se veía explotar algunas bombas.

—Quédese en esta posición con sus hombres, caven algunas trincheras en esa dirección: yo voy de descubierta con los míos.



Carlos Rius ordenó a dos sargentos que dieran a los muchachos la orden de hacer la obra. La mañana empezaba a resplandecer y se notaba el paso de una brisa fresca. El otoño amanecía ya con un vaho, con el relente y con gotas nevadas de escarcha en arbustos y matorrales.

Se tendió a dormir bajo el dosel de un pino. Un tumulto de imágenes sueltas aturdió su reposo. Soñó que, en París, tenía con su padre una conversación lúgubre; le explicaba cómo había muerto el comandante Ordóñez y le entregaba una estampita de la Virgen de la Merced, mientras le decía: «Hay que tener fe en ella. Mira lo que le ha pasado al comandante por tomársela a broma». Luego soñó con el abanderado. Le amenazaba con pasarse a los rojos si no le daba agua. Llegaba el comandante y el soldado le abatía a golpes de machete. «Esos jefes saben mucho mandar, pero no tienen ningún respeto a la vida del soldado», decía. Se limpiaba las manos en el paño de la bandera. «Por lo menos, que sirva para algo».

Cuando despertó era casi mediodía. El sol se aplastaba cálido sobre la vertiente y dejaba ver, en la loma que descendía más allá de la posición, la masa oscura de los setos y de las malezas. Aquel torrente pasaba por debajo de la posición y la circundaba a la izquierda, perdiéndose ya en terreno nacional. Unos soldados estaban hablando con un paisano; era un hombre viejo, vestido de campesino, con unos ojos maliciosos y vivaces y un pelo enteramente blanco.

—Es un labriego que vive en el bosque —le advirtió uno de los soldados—. Estaba contando que vive de la caza. Tiene una serie de trampas situadas en diversos puntos y todos los días recoge conejos, perdices, zorros y otros animales. Vive ahí abajo, en una barraca, junto al barranco.

Era el mismo viejo que, tiempo atrás, había conocido Miguel Llobet. Durante aquellas semanas había estado merodeando por el monte, sin albergue fijo. Con el avance de aquel día había sido rescatada su cabaña y podía volver a vivir en ella.

Carlos Rius se le acercó y le dijo:

—Vamos a ver tu cabaña. Contigo hay que mantener relaciones de buena vecindad.

Indicó a uno de los sargentos que le acompañara. Se pusieron en marcha hacia el torrente.

Penetraron en la espesura, abriéndose paso entre las malezas. De pronto, por ellas se abrió un camino y, en un claro del bosque, se oyó cantar un manantial de agua. En un recodo abierto al que llegaban los rayos del sol entre las hojas de los robles y la pinocha, vieron fulgir el reflejo de una fuente, que caía a caño sobre un pequeño lago de unos pocos metros de ancho. Era un lugar silvestre y bucólico, del que trascendía un inmenso sosiego.

—Es la *Font del conill* —dijo el viejo—, y por algo la llaman así. En este tiempo era raro el día en que no pillaba aquí mismo un conejo o un par de ellos.

—¿Cómo lo hacías?

—Pongo la trampa aquí, junto a este árbol. Por este hueco saltan los conejos que

salen del bosque. Y aquí quedan atrapados.

Se metieron en el caudal y echaron un trago de agua cantarina. Los reflejos del sol les bullían en la boca y la sotabarba. El sargento se secó la barbilla con un manotazo.

Al salir de la fuente, vieron de pronto a un hombre que los estaba aguardando con un palo al que había atado una camisa blanca o los restos de ella. Iba sin afeitarse y en la palidez de su rostro se notaba su espanto.

—¿Qué hay? ¿Quién eres tú?

El otro tardaba en balbucir. Al fin dijo:

—Estoy con cuatro compañeros más, ahí, esperando entregarnos.

—Suelta ese palo. Pon las manos en la cabeza —ordenó el sargento.

El otro lo hizo así:

—Ahora, que salgan los otros.

Vieron como de entre la maleza salían, uno tras otro, cuatro tipos andrajosos, macilentos, todos ellos con las manos sobre el cráneo y más muertos que vivos. En sus caras estaba marcado el espanto.

—¿Desde cuándo estáis ahí?

—Llevamos ya tres días escondidos. Desde antes que empezara la batalla.

Carlos Rius preguntó al viejo que dónde estaba la cabaña. Este le indicó que estaba tras aquel recodo, en pleno bosque. —Yo iré en cuanto deje a estos.

El viejo se quedó plantado en mitad del camino, medio desilusionado. El sargento y el alférez ordenaron a los desertores que echaran a andar. Así lo hicieron, por el bosque; luego empinaron la cuesta en dirección a la posición nacional.

En cuanto llegaron, Carlos Rius vio que las trincheras estaban casi terminadas. Hizo que empezaran a cavar, en conexión con ellas, una chabola para la guarnición y luego otra más pequeña que sirviera de aposento a los oficiales.

Toda la tarde, hasta que entró la noche, estuvieron los soldados trabajando en ella y tuvieron que dejar el trabajo para el día siguiente. Todo lo que comieron era fiambre y de lata. Carlos Rius estuvo tentado de agarrar una melopea. Se sentía desconcertado, aburrido, con una comezón en el alma que no le dejaba dormir.

¿Qué era lo que hacía en la guerra? ¿Para qué estaba allí? ¿Quién le había llamado a dirimir aquellos asuntos que, en el fondo, podían dirimir los otros? A medida que pasaban las horas sentía en su interior una serie de reproches hasta entonces inauditos. Una serie de imágenes torvas venían a apoyar tales reflexiones. Veía la tez sonrosada y la media burla que era la expresión del comandante Ordóñez una vez muerto. «Ahora se verá como los tenemos bien puestos». O la expresión entre inocente y sumisa del abanderado. ¿Para qué había muerto aquel crío? ¿Únicamente para sacrificarse por la Patria? Pero ¿qué era la Patria? Una vez muerto se había acabado la Patria y se había acabado todo ideal, había concluido toda mística. Él había visto de cerca la muerte; la había visto muy cerca; había visto caer docenas de hombres jóvenes, inmolar una vida llena de esperanzas solo para la

supervivencia de una Patria que, según decía, estaba en juego. Pero ¿en juego de quién? En juego de dos facciones encabezadas cada una de ellas por unos grupos políticos, con los cuales la vida propia nada tenía que ver. En aquellos momentos se cernía sobre su frente y sobre sus pensamientos un nubarrón hostil y negro. Él estaba en trance de morir por la misma sinrazón, se disponía a morir sin saber exactamente por qué moría. Y cuando lo pensaba estuvo a punto de ponerse a gritar: «¡No! ¡No! ¡Yo no quiero morir por nada!».

Estaba tendido a la intemperie, arrebujado en su manta, y sentía a lo lejos el eco de algunos cañonazos y, cerca, el rítmico concierto de algunos grillos nocturnos. Esa mezcla inconsciente de los estruendos de la guerra y de los rumores bucólicos del bosque no hacía más que exasperarle. Parecía que estuviera en un torbellino, enredado en una locura de la que no pudiera salir. Incorporó su tronco hasta quedar sentado. Buscó un cigarrillo y lo encendió, ocultando la llama bajo su capote. Notó que alguien había caminado hasta sus espaldas. Era aquel capitán bajo cuyo mando había sido conquistada la loma.

—He llegado a medianoche. La derrota de los rojos ha sido total. Ahora habrá unos días de descanso. ¿Qué le ocurre, alférez? —preguntó, observando algún gesto que el otro hiciera, como de fatiga o de demanda.

—No es nada —contestó Rius, reacio—. Son cosas que pasan —eludió, mientras nerviosamente daba una chupada a su cigarrillo—. ¿Quiere fumar, mi capitán?

El capitán le observó, mientras cogía su petaca.

—Hay que tener calma, alférez. Y sobre todo hay que aprender a dormir. El secreto del buen soldado es el buen sueño. ¿Me creerá usted si le digo que no tuve confianza en mí mismo hasta que aprendí a dormir? El buen sueño es la conciencia limpia.

—Sí, mi capitán.

—No hay que dejarse atrapar por el demonio de la guerra, hay que echarlo a patadas de nuestro interior. Él hace más víctimas que los tiros. Por mucho que él le acose, por mucho que le asedie, échele fuera, créame.

Carlos Rius se había puesto en pie y empezaron a caminar por el cerro, orillando a la masa de soldados que dormían tumbados en el suelo. Iban fumando sus cigarrillos en un paseo lento y normal, mientras sorbían el aire fresco de la noche.

—El demonio de la guerra viene a escondidas, da su golpe de mano, nos deja desarmados y se va. El demonio de la guerra nos dice: ¿Por qué luchas? ¿Por qué eres tú el que ha de morir? ¿No pueden morir los otros? También nos dice que no hay ninguna razón para exponer la vida; lo que tenga que ocurrir, ocurrirá. «Créame, viene a decirnos, esos cuatro que mandan no morirán nunca. No vas a morir más que tú, y porque lo ordenan ellos». Pero es falso. Hay que echar a ese demonio a puntapiés: si él mandara, estaríamos vencidos.

Carlos Rius le contempló. En la tiniebla se perfilaban los rasgos nobles de aquel rostro, la frente anchurosa, la nariz bien diseñada, unos ojos negros, calmos y

profundos, una boca bien dibujada, entre sensual y serena. Su voz era honda, pero clara, penetrante.

—A veces he pensado si lo que estábamos haciendo no era simplemente una quijotada —apuntó Carlos, confiándose—. Queremos salvar el honor y la dignidad del país y para ello estamos dispuestos a morir todos. Pero ¿quién gozará de las virtudes de una España digna y honorable cuando todos hayamos muerto? ¿Los difuntos? Llevamos siempre las cosas adelante con una obcecación y un arrebato que nadie nos va a agradecer. La noche pasada he visto morir a muchos hombres. Los que he tenido más cerca me han causado una impresión profunda. Había un abanderado, un chico muy joven, extremeño él, que ha muerto de un modo infantil, como si jugara a hacer la guerra. Creo que ha muerto para que la bandera llegara muy desplegada al objetivo. Otro de los que han muerto ha sido el comandante Ordóñez. Hacía tiempo que venía observando la suerte de desafío que había entablado con la muerte. Era como si jugara con ella, como hace un torero en la plaza. El comandante y el abanderado probablemente se hubieran podido ahorrar esa muerte. La del comandante le ha venido en el momento menos indicado; quizá le hubiera bastado con disparar su revólver. No; él ha querido entablar con el otro una lucha cuerpo a cuerpo, imagino yo. Han caído los dos. Es la temeridad de los locos, un quijotismo acentuado lo que a veces convierte a este país en un país de dementes acalorados. Yo me digo si al acabar la guerra no será mejor que nos metamos todos en un manicomio.

—No. España guarda esta locura para los momentos en que es necesaria la locura. Puesta a ser cuerda, tiene elementos de cordura para vivir siglos en paz. En un impulso de locura, España avanza en un par de años lo que quizás otros tardarían siglos en avanzar metódicamente. Hay que respetar esas sacudidas. Son como movimientos telúricos, en que se rehace toda nuestra humanidad, nuestra historia. Y esto lo saben los que mueren así. El comandante Ordóñez sabía que su muerte no era una postura simplemente estética. Cuando mueren los españoles ponen a contribución todo su ser. De modo que la muerte de cada uno de ellos tiene un valor metafísico.

El capitán le miró a los ojos, en un momento en que pararon:

—Yo también he visto al comandante Ordóñez. He ayudado a enterrarle; por eso he salido esta noche de la posición. Él me lo había rogado infinidad de veces, cuando estaba con vida. Y muchas veces me había dicho: «Yo no estaré completo hasta que haya muerto. Entiérrame en el sitio de España donde caiga». Para él y para muchos españoles, vivir es solo vivir a medias. No comprenderán la totalidad de la existencia hasta que la muerte se los lleve. ¿Ha visto usted su cara, en la casamata? El comandante Ordóñez estaba sonriendo. En cuanto ha muerto se ha puesto a sonreír; ha alcanzado su trascendencia. Cuando se es así resulta imposible perder las guerras. Primero, porque las guerras que hacen esos hombres están tan cargadas de razón que ponen en ellas toda el alma. Después, porque puesta a contribución la vida entera, aún queda otra vida para sobrevivir. Comprenderá usted que ante un montaje filosófico de

esta envergadura es muy poquita cosa ser socialista. Los socialistas han de perder a la fuerza...

Parecía que el tono que tenía aquel diálogo aliviara a Carlos Rius de muchas de sus cuitas. Ya no veía a sus muertos como fantasmas ni como locos, parecía que empezara a verlos como instrumentos vivos de una ley de Dios. El capitán le miraba de hito en hito. Le dijo, bajando un poco el tono de su voz:

—No se extrañe usted, alférez, de que le hable así. No sé si sabe usted que no soy un militar como los demás.

Ante la mirada interrogante de Rius, concluyó:

—Sí, alférez. Yo soy fraile dominico. Soy uno más de los muchos frailes trabucaires que ha habido en la historia de España —y estaba sonriendo.

Puso su mano en el antebrazo de Carlos por unos momentos, y luego se retiró en la oscuridad.

Entonces pudo dormir. Se tumbó en el suelo y, como cae una piedra en un lago, quedó sumido en un sueño sin imágenes, en un reposo total. Le despertó el canto de unos pájaros en la cercanía. Con los ojos aún no entreabiertos imaginó por unos instantes que despertaba muchos años atrás en Santa María, la finca de su padre. Pronto bajaría al jardín para contemplar el sesgo de las mariposas. El bosque tendría un regusto a brea y a regaliz; la resina le pegaría los dedos en el tronco de los pinos. Pero acabó por despabilarse. No; a lo lejos se oía aún el estampido de los cañones. Estaba en la guerra. Continuaban las operaciones, seguramente para acabar de limpiar la sierra y abrir el camino hacia la mar. Pero allí —eso era lo que importaba— no había batalla.

Se incorporó de un salto. Aún estaba vivo y había que aprovechar aquella vida y aquella lucidez para respirar a pleno pulmón, para adherirse a todas las cosas del mundo, para santiguarse en la realidad del humus que pisamos, para dar un abrazo a los árboles y agradecer a Dios la serenata que nos llega desde los jilgueros. Se sacudió la pinocha que se había pegado a su tabardo, se aireó un poco, respiró hondo y se acercó a la pequeña cantina improvisada en la loma, para que le dieran café:

—Buen día hoy, mi alférez. Y sin tiros...

Era el cantinero, un muchacho valenciano que había sido camarero y que ponía a prueba el estómago de todos con un café que parecía una pócima. Lo peor es que el valenciano creía ser un Brillat-Savarin de los fogones.

Carlos disimuló el pequeño asco que le producía el brebaje y lo tomó de un sorbo. Por lo menos estaba caliente.

—Voy a dar un rodeo. Estoy en la cabaña del viejo —dijo, despidiéndose con un rápido ademán.

Y echó a andar por el sendero. Entró en la maleza, descendió y encontró de nuevo el camino, la espesura y luego la fuente. La ancha fuente adosada al manantial.

El sol se reflejaba en la superficie líquida y transparente, abriéndose paso entre la maleza y las hojas de los robles. El pequeño lago reverberaba con mil destellos y parecía un cristal fulgente. El agua que salía del caño a tropeles improvisaba unas ondas luminosas.

Junto a la superficie lacustre Carlos descubrió una mancha blanca y movediza, la mancha de un ser vivo. Era un caballo blanco. Estaba atado por la pata a una cuerda de la que pretendía escapar inútilmente.

Se acercó y vio en los ojos del animal, grandes y vivos, un destello (le impaciencia y de gratitud por la presencia de un hombre. Carlos se agachó para mirar en qué consistía la atadura que le tenía preso por el pie. Era una trampa, una de las trampas del viejo para cazar zorros o jabalíes. A pesar de ser demasiado pequeña para atrapar un equino, aquel lazo había sido suficiente para cortar el camino del caballo blanco.

Carlos observó luego la montura, que era de cuero viejo, con aires de haber sido usada durante mucho tiempo. Estaba vieja y manchada; en uno de los lados de la pieza vio un corazón y encima de él dos nombres: «Blanca, Máximo», que estaban grabados con letras burdas a punta de cuchillo.

«Como los jinetes de las leyendas», pensó Carlos. No quiso tocar al caballo y se dispuso a partir de nuevo en dirección a la cabaña del viejo, pero el animal empezó a relinchar, a patlear y a exasperarse cuando le vio que partía. No tuvo más remedio que acercarse de nuevo.

—Calma, calma, *Revérter* —y se acercó, acariciándole en el cuello, sobre el que le caían a cascadas abundantes lienzos de crin blanca—. No tienes que impacientarte.

No sabía por qué le había llamado *Revérter*. Era por costumbre, porque a todos los caballos que había habido en Santa María los habían llamado *Revérter* y este nombre no era ya un nombre propio, sino un apelativo para él, un sinónimo de «caballo». El caballo pareció que agradecía que alguien le llamara por un nombre determinado.

Pacientemente le quitó el nudo de la pata. El caballo arrancó en un trote vivo, pero quedó parado a los pocos pasos. Se acercó al agua, se metió en ella. Pareció que le agradaba el contacto con el líquido transparente. Se tumbó de lomos contra el torrente y empezó a patlear en el aire, con gran estallido de salpicaduras y un remolino de gotas, que abrió en el aire el abanico de un multicolor arco iris.

—Basta, *Revérter*. Ven para acá.

Sorprendentemente el caballo dejó de patlear, se incorporó de pie sobre la laguna y, lentamente, se acercó a Carlos Rius. Este le dio unos golpes cariñosos en el lomo.

—Juerguista, mala pieza. Vamos a ver qué quiere de ti tu amo.

El caballo parecía comprender. Empezó a salir de la laguna, dando cabezadas y mirando de refilón al alférez.

Carlos le cogió por la brida y entraron por el sendero, que luego, al torcerse, dejó ver en lo hondo la cabaña del viejo. Llegaron a ella ascendiendo por una pequeña

cuesta.

El viejo salió a la puerta del refugio.

—Lo he encontrado junto a la fuente, atrapado en una trampa.

El viejo no lo quería creer.

—Nunca he atrapado caballos por aquí. Debe de tener algún dueño.

—Un tal Máximo, mire ahí. Pero en la guerra como en la guerra. Ha caído en «su» trampa. Por lo tanto, es suyo.

Lo ató a un poste de la entrada y entró en la cabaña. Era un pequeño albergue de madera, en el que había por todo mobiliario una mesa y un camastro. En la mesa había esparcidos toda clase de instrumentos para la elaboración de trampas de montaña: alambres, pinzas, sierras, martillos, alicates, fuelles y cordones. Parecía el taller de un artesano experto en útiles de precisión. Todos estos hierros estaban teñidos de orín y parecía que exhalara olor a humedad y a campo.

—Este es mi humilde aposento —dijo el viejo—. Afortunadamente, los rojos no me han hecho nada, quizá ni se hayan dado cuenta de que existiera.

Carlos le preguntó si el rédito que daban las trampas le bastaba para subsistir.

—Las casas de payés me pagan diez pesetas por cada zorro vivo o muerto que atrapo en el monte. Los jabalíes me los pagan a cien pesetas, aparte de la carne; pero ahora voy a pedir que me los suban a ciento veinticinco. ¿No le parece? El año antes de la guerra cogí toda una manada de jabalíes; primero al padre, luego a la madre y a las crías. Estos animales se enfurecen cuando se quedan solos...

—¿Y los zorros?

—Los zorros son los animales más vivos de la creación. No mueren nunca, tienen unos ojillos que parecen un puñado de cal viva. ¿No ha visto nunca los ojillos del zorro? Allí dentro sí que está todo el universo vivo. Yo disequé una vez una cabeza de zorro, que está ahora en este mismo monte, en la cabaña del jefe de los militares.

—Tiene que enseñarme a cazar —le interrumpió Carlos—, y alguna vez vendré a buscarle para que vayamos juntos al monte.

—Bien, bien. A mí me dan lo mismo los unos que los otros. Lo más importante de la vida del monte es la libertad.

—Pero ¿y los animales? ¿No pueden tener libertad?

El cazador se rascó en la nuca, como si meditara.

—Bueno, los animales son cosa distinta. Alguien ha de mandar en el mundo. Y yo creo que es mejor que sea el hombre el que mande, ¿no le parece?

Carlos Rius asintió, sonriendo en silencio.

## XVI

ANTES DE SER DETENIDA, Rita Arquer se había preocupado de dejar bien instalados a sus protegidos. A mosén Perramón le encontró cobijo en una familia devota que vivía en el barrio de San Gervasio, y que tuvo así ocasión de disponer de misa diaria a domicilio. Era una familia con innumerable prole. Como muchos de los chiquillos eran aún incapaces de comprender que los curas tuvieran que esconderse, se les dijo que mosén era un tío llegado de América y se les insinuó que por sus tropiezos en la vida se había visto obligado a recurrir a aquella reclusión. De todos modos las misas tuvieron que ser dichas en la clandestinidad, solo «para los mayorcitos» que fueran capaces de controlar los deslices verbales.

A las monjitas las instaló, como si fueran hermanas, en las oficinas del Sindicato de Hostelería, para efectuar las labores de limpieza e higiene del local; de paso no estarían lejos de la fuente de avituallamientos; les rogó que, llegado el caso, echaran desde allí una mano a sus antiguos compañeros de refugio.

A Joaquín Rius le llevó al domicilio de la hermana de su antigua sirvienta, Josefina. Josefina vivía con su hermana casada en un piso de Pueblo Seco. La hermana de Josefina se llamaba Hortensia y estaba casada con un cajista de imprenta de ideas conservadoras: don Nicasio Barba. Él estaba ya retirado y tenían un modesto pasar con el que vivir, recogido durante muchos años de ahorro y secundado por algún dinero que la mujer aportaba a casa con sus labores de costura.

Al principio don Nicasio acogió con una cierta reserva al fabricante. Aunque las circunstancias habían cambiado bastante desde el comienzo de la guerra, no le satisfacía albergar en su casa a un perseguido. Tenía por esta clase de gente todos los respetos. Los que llamaban «los fascistas» no eran más que la gente de orden, la gente decente y los caballeros. Entre estos estaban la mayoría de los amigos del antiguo cajista. Pero a sus años no tenía necesidad de líos de ningún género. Estaba convencido de que Franco acabaría ganando la guerra; los republicanos querían hacer comulgar a todos con ruedas de molino y no se había visto nunca que en España pudieran prosperar nunca sus procedimientos. Pero desde entonces hasta que acabara la guerra aspiraba a vivir con el mínimo de preocupaciones posible. Eran tiempos de pasar inadvertido y de no dar que hablar.

Su mujer opinaba lo contrario. Ella creía que para que Franco ganara era necesario que todos los españoles pusieran algo de su parte. ¿Y qué menos que amparar a un pobre hombre que, además, era el «señor» de Josefina, su hermana, al que esta había servido desde casi su niñez? Hortensia conocía por su hermana los pormenores de la vida de Joaquín Rius, desde su trágica viudez hasta los atentados, las ilusiones puestas en su hijo y la muerte de Llobet. No iba a dejar desamparado al viejo.



Como marido y mujer no discutían jamás y en la casa se hacía siempre lo que ella decidiera, Joaquín Rius se quedó a vivir allí. Mejor dicho, se quedó a dormir y a desayunarse. Y algunos días —aquellos en que tenían comida— también a comer. En eso salió ganando el viejo Rius con relación a su estancia anterior en casa de la viuda Torra. Allí, en aquel modestísimo apartamento, no se sentía, como en el Paseo de Gracia, en la inmediatez de un peligro físico. La amenaza de un rapto, de una persecución por parte de los antiguos milicianos había desaparecido. El Gobierno estaba enfrascado en otros pormenores. Ya no se iba a la caza de burgueses, como en los tiempos de la FAI; se iba a la caza de conspiradores, de espías, de los llamados trotskistas, y el que no lo fuera podía respirar con cierta tranquilidad.

Había, sin embargo, que tener cuidado con guardar las apariencias, sobre todo con los vecinos. En aquella casa de cuatro pisos y de ocho viviendas de la plaza de Blasco de Garay había gente de toda condición. El vecino del segundo primera, por delante de cuya puerta tenían que cruzar indefectiblemente para salir a la calle, era un hombre al que se le había visto salir con fusil el día de los sucesos. Desde aquel día había desaparecido de la circulación; se decía que estaba en el frente, pero en el piso quedaban la mujer, la madre y dos hijas, todas observadas con temor por el resto de los vecinos, y con las que había que tener mucho cuidado al hablar. Se le recomendó a Rius que cuando se cruzara con ellas no esbozara más que un saludo cortés.

Oficialmente Joaquín Rius —esta es la explicación que se dio— estaba en aquella casa porque acababa de morir su esposa y había sido echado del piso donde vivía como realquilado. Oficialmente pasaba por ser un jubilado que hacía «horas» de contabilidad en distintos establecimientos. La excusa era buena, pero obligó al viejo Rius a salir de casa a las nueve de la mañana y a no volver a ella hasta que había cerrado la noche.

Así resolvía al mismo tiempo el problema de la manutención. Antes de ser encarcelada, Rita Arquer había facilitado tanto a mosén Perramón como a Joaquín Rius sendas tarjetas de abastecimiento para ir a servirse del rancho que distribuían en el hospital de las Milicias del Paseo de San Juan. Este local, en el antiguo edificio de las Hermanitas de los Pobres, repartía todos los días una menestra a los favorecidos con la tarjeta de abastecimientos, que formaban largas colas frente a su puerta. Mosén Perramón y Joaquín Rius empezaron a coincidir allí todos los mediodías. Se cruzaban una profunda mirada de complicidad, recogían su plato de menestra y se retiraban a deglutirlo en silencio.

La vida, pues, era para Joaquín Rius muy distinta a la que había tenido que llevar resignadamente en los sótanos del principal de Evelina. Con solo gozar del esplendor de la luz del sol, tuvo Joaquín Rius un inmenso alivio. El hecho de contemplar la vida de los demás, aunque fuera sin cruzar una palabra con ellos, le infundía unos ánimos que no había tenido desde antes del 19 de julio. En su paseo por las calles de Barcelona advertía indicios claros de lo que estaba ocurriendo. En los comentarios que escuchaba en la cola del hospital de Milicias, se filtraba poco a poco una

renovada fe en el porvenir. La cola de los que esperaban la menestra era un hervidero de chismes, opiniones y detalles acerca de la guerra y de sus circunstancias; y a través de ellos no era difícil colegir que la guerra iba mal, que la retaguardia estaba descontenta y cansada, y que ya nadie creía en lo que decían los diarios; en suma, que la gente estaba harta y que todo ello no tardaría en estallar.

Muchos de los que formaban aquella cola eran antiguos milicianos mutilados, a los que había habido que licenciar; y si no, algunas mujeres, madres, hermanas, novias o esposas de ellos que iban en su nombre a recoger la menestra. Tenían, pues, un sentimiento de exigencia, como acreedoras o acreedores de la situación, y eran los que podían hablar más libremente. Su pensamiento se expresaba en sarcasmos hirientes:

—Cuando acabe la batalla del Ebro dicen que nos aumentarán la ración.

—Yo he dejado la pierna de un hijo y el brazo de otro. A ver si ponéis aquí más sustancia.

—Enchufados, embaucadores; al frente os haría ir a todos. En la retaguardia no quedaríamos más que las mujeres. Veríais si iríamos bien.

—El caldo de ayer que se lo coma Negrín. Estamos hartas de agua sucia.

A veces alguna de las expresiones hacía poner a mosén Perramón, erguido al otro extremo, una mirada de compunción o los ojos en blanco. Joaquín Rius notaba entonces que el clérigo estaba rezando en su interior para diluir la crudeza de algunas expresiones. Con una mirada de comprensión y de complicidad procuraba infundirle paciencia.

Y así transcurría un día y otro. Cuando le llegaba su turno a Joaquín Rius se retiraba con su fiambarrera hasta la plaza de Tetuán. Se sentaba en un banco y empezaba a llevar la menestra hasta su boca con una cuchara. Acabada la menestra, se acercaba a la fuente pública que había en la plaza y se ponía a beber. Después permanecía allí sentado dos o tres horas hasta que consideraba que era el momento de volver a casa. Entonces tomaba un tranvía que se deslizaba renqueante por toda la Gran Vía.

A medida que pasaban los días iba ligando una amistad más sincera y más honda con don Nicasio Barba. Este era un riojano alto, de rasgos llenos, con una nariz rotunda y gruesa y una tez colorada. Llevaba unas gafas de concha y lucía debajo de la nariz un bigote blanco, fluvial y espeso. Respiraba con cierta fatiga, pero no por eso dejaba de hablar. Se confiaba poco a poco a Joaquín Rius. Contaba al viejo fabricante lances de la vida de Espartero en su ciudad natal; un abuelo de don Nicasio había sido asistente del general en la ciudad de Logroño.

—Era presumido, tenía malas pulgas y no perdonaba un detalle en el vestir. En el asunto de faldas era galante e impetuoso, un verdadero romántico. Mi abuelo había tenido que salvarle más de una vez de las iras de algún marido celoso...

Así fueron poco a poco entrando en comentarios más hondos sobre la situación y el curso de la guerra. Don Nicasio confió una tarde abiertamente:

—Me han dicho que lo que busca Negrín es una paz concertada. Creo que han salido ya emisarios para Burgos. Que tengan éxito o no es otra cuestión.

Por la mañana, al salir de casa, Joaquín Rius se quedaba un rato en la plazuela de Blasco de Garay. A veces se sentaba en uno de los bancos viendo cómo los chiquillos jugaban. Los chiquillos del barrio formaban una pandilla bullanguera. Jugaban a la guerra, hacían lo que veían hacer. Peleaban entre ellos para ser los vencedores; de modo que hacían turno: un día ganaba uno de los bandos, al otro día el otro. Joaquín Rius observó que uno de los elementos infantiles, algo mayor, permanecía siempre con los vencedores, cambiando de bando todos los días. Él era el organizador del juego. Pensó que un juego parecido era el que pretendía hacer Negrín al enviar sus emisarios a Franco. Pero Franco no sería tan tonto que quisiera seguir aquel juego.

Aquel día hubo un incidente en la cola de la menestra. Echaron de la cola a una mujer; era una hembra bien plantada, de unos cuarenta años, a la que dijeron que no tenía derecho al rancho; sus papeles no estaban en regla. La mujer, enfurecida, empezó a despotricar contra la situación de un modo que alarmó a Joaquín Rius. Se enfrentaba valientemente con los guardias de Asalto; hasta llegó a alzar la mano contra uno de ellos. Al final dijo, gritando, que tenían bien merecido lo que les ocurría; que pronto vendrían los fascistas, que les estaban dando manteca, que la República se iba a paseo y que ella se alegraba, porque todos ellos no eran más que unos facinerosos y unos enchufados. Joaquín Rius la observaba, desmelenada y amenazadora, atronando los aires, y temía por ella. Pero los guardias la dejaron marchar. Ella se fue despotricando Paseo arriba, mientras en el extremo de la cola empezaban a repartir el rancho.

Cuando llegó a la plaza de Tetuán y se sentó para apurar su plato, vio a aquella mujer sentada en uno de los bancos. La observó, miró con fijeza su rostro y notó que ella le reconocía y que le saludaba con una sonrisa. Sí, también él recordaba aquella cara. La recordaba como algo muy próximo; la había estado viendo durante muchos días de su vida, pero no sabía dónde. ¿Sería en la fábrica? ¿Dónde, si no? ¿Sería una trabajadora? No, las trabajadoras no eran así; y él no recordaba a las operarias, rara vez se fijaba en ellas. ¿Quién sería?

La mujer era guapa. Tenía una belleza bárbara y agresiva; su piel era muy blanca. Mostraba una parte de su busto por entre una abierta blusa blanca, que dejaba ver la línea superior de los pechos palpitantes. Un mechón de pelo de su frente gravitaba sobre unos ojos castaños muy grandes, que parecían sorber el sol de un rasgo. Una mano larga y hermosa llevó el mechón otra vez hasta la nuca.

Joaquín Rius intentaba recordar de dónde procedía aquel rostro, que dejaba en su ánimo una huella muy amplia y muy profunda. Ella no dejaba de mirarle expresivamente, como con ganas de entablar un diálogo con él. Joaquín Rius la recordaba de algo muy cotidiano y muy habitual, algo que se relacionaba con su labor de todos los días. De pronto un haz de luz pareció venir a enfocarla, en ayuda de una identificación. Sí; aquella era la nieta de Pedro, el portero de la fábrica, la que durante

años había estado a la puerta cuando entraban los operarios, la que saludaba todos los días al viejo Rius. «Buenos días. Parece que refresca». O bien: «Se le nota la pierna más ligera, señor Rius. Ya se acerca el buen tiempo».

Joaquín Rius sintió una vaharada de emoción al dar con la personalidad de la fémina. ¡Cuántas horas pasadas con la complicidad, con la solapada compañía de ella! Recordaba cuando Pedro, el portero, le anunció que iba a recogerla. Le pidió permiso por unos días, para llegarse al pueblo de Aragón donde vivía su hija. «Mi yerno se ha marchado de casa, ¿sabe? La chica está sola y no puede alimentar a la niña». Pero cuando llegó la niña observó que estaba ya crecida: tendría unos doce o trece años. Luego la niña fue creciendo en el recinto de la fábrica. Pronto llegó la hora en que daría a su abuelo, por su cuenta, algún quebradero de cabeza. «Señor Rius: quisiera poner una protección de hierro a aquella ventana». «Pero ¿por qué?». El viejo, al cabo de unos días, tuvo que confesar: «Don Joaquín: la niña es mal criada. Algunas veces la he sorprendido saltando por ahí, y no quiero que se me escape de noche». ¡Pobre Pedro! ¡Toda la vida viviendo para aquella niña, enderezándole los pasos! ¡Suerte tuvo de morir! ¡Más valía que no viera todo lo demás! ¿Cuándo murió? Fue durante la Dictadura; sí, sería hacia el veinticuatro o veinticinco. Cuando murió él, la chiquilla, que ya tendría sus veinticinco años o más, se echó un novio de la sección de Telares, un tal Ruescas. Se casó con él, era un buen chico. Pero al cabo de poco él huyó de mala manera. Los compañeros le gastaban bromas sobre los cuernos que ella le ponía. Ella estaba hermosa, todo el día alborotando en el patio a los operarios más jóvenes. A partir de entonces, ella se quedó sola en la portería y no necesitó de nadie; por lo menos no dio más que hablar. Las últimas veces que Joaquín Rius se fijara en ella la solía ver en compañía del chófer de Desiderio. Desde entonces no había vuelto a verla.

Cuando volvió a mirarla, sentada en el banco, como si esperara algo, la emoción de todos aquellos recuerdos le nubló la vista y tuvo que hacer un esfuerzo para captar su imagen lúcidamente. Ella le observaba también con sus grandes ojos, segura de su guapeza. Pero había en su porte como un mohín de timidez.

Joaquín Rius no quiso dudar más. Se levantó y se acercó a ella, con aquel paso tan inseguro, apoyado en su bastón. Le dijo:

—Ahora no me acuerdo de cómo se llama, pero en cambio me acuerdo mucho de usted; de usted y de su abuelo. Diga ¿cuál es su nombre?

—Me llamo Juanita. Soy la nieta de Pedro, el portero.

—Sí. Me acuerdo muy bien. Figúrese, tantos años... Dígame, ¿qué le ha pasado en la cola?

—Es largo de contar. La cuestión es que me quedo sin comida.

—Bueno. Por hoy podremos partírnos esta —dijo don Joaquín, ofreciéndole su fiambrra. Ella rehusaba, pero sin mucha convicción.

Juanita le miraba. Le dijo:

—Es una vergüenza que usted, señor Rius, tenga que venir a esta cola. Que

vengamos nosotros, que siempre hemos sido de la calle, bueno... Pero usted...

—Ya lo ve... La vida tiene rasgos que no creíamos... Tome, tome la mitad — insistió, ofreciéndole nuevamente la comida—. No crea que es la primera vez que invito a solas a una mujer —bromeó, echando con su cuchara, en la fiambarrera de ella, la mitad de aquel caldo oscuro en que se veían flotar algunas patatas.

Justamente él miró entonces a una de las casas que rodeaban la plaza por su vertiente sur y se fijó en uno de los balcones; hacía años, muchos años, había contemplado el amanecer desde aquel balcón. No sabía por qué en aquel momento la imagen de Lula se confundía con la de Juanita, a la que tenía delante.

—¿Y qué ha sido de usted en estos años?

—Yo sigo viviendo en la fábrica, como siempre, señor Rius. Aquello está destartado, no hay quien lo conozca. Cuando esto acabe, si usted vuelve, tendrá que ponerle remedio a todo el desvarío que han hecho por allí dentro. Primero se llevaron toda la madera: estanterías para piezas, armarios de los tintes... Todo aquello lo quemaron. Lo que no han tocado han sido las máquinas, eso no. Esas pueden volver a andar cuando se quiera.

—¿Y quién es el jefe allí?

—Durante un tiempo mandó el Pitágoras, ¿no lo recuerda? Pero luego cayó mal en la sindical. Ahora está cerrado; no estoy más que yo.

—Y el chófer, ¿ya no le acompaña?

Iban los dos comiendo de su menestra lentamente. Ni él ni ella hubieran podido sospechar una situación semejante unos años atrás.

Juanita le miró con unos ojos enfurecidos. De ahí venía todo su mal.

—¡Maldito Antonio! ¡Macarrón, vividor, es él el que me ha hecho todo este daño! ¿No lo sabía usted? Cuando empezó la guerra parecía que se iba a tragar el mundo. Se hizo del partido y empezó a prosperar. Estuvo un poco en el frente, muy poco, porque a él eso de jugarse las narices no le gusta. Cameló a muchos, fue a Moscú y volvió; pero cada vez me dejaba más suelta. Hasta me proponía que yo me entendiera con un Voronof de estos, para ayudarle a subir. Comencé a ponerle dificultades; total, que empezó a maltratarme; al final me denunció como fascista. Suerte de las amistades que una tiene entre los mandamases; que si no, lo paso muy mal...

Veía a Juanita engullir la menestra con un apetito voraz, moviendo unos gruesos labios, ávidos y sensuales. Unas gotas del líquido se le escurrían por la barbilla. Observó en sus facciones, de pronto, una expresión de infinito odio hacia el chófer del uniforme gris.

—¿Lo sabe? ¿Sabe que fue él quien mató al contable, al señor Llobet?

—¿Cómo dice?

—Que fue él. Al señor Llobet los obreros yo no sé si le querían mal, pero le tenían respeto. Fue Antonio el que se acercó con la pistola y le disparó dos tiros. Yo estaba delante. Yo lo vi —aseguró con firmeza, haciendo tambalear lo que en el ánimo de Joaquín Rius estaba todavía en pie.

—¿Lo vio usted?

—Sí. Con estos ojos —exclamó vehementemente, señalándolos con un ademán—. Nadie me puede desmentir. ¿Y sabe lo que espero?

—¿Qué espera?

—Espero que lleguen los militares de verdad, los fascistas. Una ha hecho en esta vida muchas cosas, unas bien, otras mal. Pero espero a que lleguen para ir a su cuartel y decirles: «Este es el canalla que mató a Llobet en la fábrica de Rius. Lo mató para robar en la caja de caudales, pero le puso dinamita y dentro de ella no había nada. Se quedó con las ganas».

Mostró a Rius una foto de Antonio el chófer, con el uniforme gris, en el que relucían todos los botones. Reía a carcajadas. Esta declaración pareció enturbiar el ánimo del viejo Rius. No había vuelto a hablar con nadie de la fábrica ni de los sucesos que en ella habían ocurrido el 19 de julio. Juanita era la primera interlocutora que encontraba, y justamente ella aseguraba que había sido testigo presencial de aquellos acontecimientos. Joaquín Rius la observó con cautela, con reserva. Pensó que acaso ella no fuera más que un agente provocador. Por otro lado, se notaba muy viejo. Era ya muy viejo para almacenar más ira. El deber de los viejos es escuchar y callar.

Pero en aquel momento le entró la comezón de ver la fábrica, de pisar nuevamente aquellas losas que eran su vida entera y a las que la guerra había hecho olvidar. Pensó que Juanita no pondría ninguna dificultad y le planteó la cuestión.

—Oiga, Juanita, ¿podría ver la fábrica sin que nadie se entere? Ella asintió con un signo afirmativo. Preguntó:

—¿Cuándo quiere usted verla?

—Ahora, ahora mismo —contestó él.

—Vamos pues. No hay dificultad.

La dificultad estaba en llegar hasta allí, con el paso renqueante de Rius y la simple ayuda de su bastón. Pero emprendieron la marcha, siguieron por la izquierda de la valla del Parque de la Ciudadela, como tantas veces en su vida; entraron en el arrabal y desembocaron al fin en una calle más ancha al final de la cual, sobre una tapia, se veía el letrero «Tejidos Joaquín Rius».

Era curioso que, al cabo de aquellos dos años, le pareciera que no hacía más que seguir un camino habitual y que este no se había interrumpido. Había temido que llegara aquel momento, pensando que le iba a sacudir una brusca y desagradable emoción. Pero no fue así. Era como si fuera un día más; lo único que echaba de menos era no ver aquel patio lleno de trájín; faltaba allí el paso de los operarios, la compañía de los colaboradores, el movimiento de camionetas y de carros y aquel leve regusto a tinte y a materia química que exhalaban las naves en otros tiempos.

Entró en las oficinas. Las mesas estaban revueltas, adosadas y apiñadas en la pared. El suelo y la superficie de los muebles estaban cubiertos por una lámina de polvo. Entró después en su despacho. Los muebles eran los mismos, pero parecía que

por ellos hubiera pasado un intenso huracán. En la pared había unos carteles bélicos pegados con chinchetas y la estancia olía a humedad. Los cajones de su mesa no cerraban; alguien había forzado la cerradura y se mantenían abiertos. Vio lo que contenían: aún había en ellos alguna de las carpetas en que él acostumbraba guardar los documentos, la correspondencia antes de ser contestada, albaranes, facturas, estadísticas de la producción, balances de situación o índices de productividad de los obreros. Pero allí había ahora toda clase de papeles. En una libreta estaban apuntadas con una letra primaria algunas cuentas particulares del que hubiera usado el despacho, que sería el Pitágoras: «A la Jenara, 200 pesetas; vermut y olivas, 1,60 pesetas; al Curro, 200 pesetas...». En la pared habían clavado una consigna escrita con unas letras gruesas y burdas: «Ojo, la bestia acecha».

Joaquín se dirigió al ventanal, desde el que tantas veces había estado observando la sala de Máquinas. Esta se hallaba inmóvil y solitaria a sus pies. No se movía ni un telar, ni un hilo, ni una mosca. El silencio en aquellos momentos se hacía aturdidor. La sala estaba oscura, envuelta en una medio tiniebla, y en ella parecían dormir los telares, la larga extensión de las máquinas, como monstruos polvorientos. Le inundó en aquellos instantes el sentimiento de una espléndida premonición. Se veía nuevamente en el centro de aquella empresa, manejando los hilos de su conducción. Los rojos habían fracasado, no habían acertado a conducirla. No había más que un hombre, Joaquín Rius, que fuera capaz de levantar y hacer andar a aquellas máquinas. Pronto se acabaría su postración. Sí, cuando las tropas entraran en Barcelona, la hora de aquella industria volvería a sonar.

Se volvió a Juanita, que le miraba en silencio, contemplándole caminar entre los muebles, palpar la superficie de las mesas, observar con una mirada penetrante la vasta extensión donde estaban las máquinas. La mujer le dijo:

—¿Ve, don Joaquín? Aquí es donde mataron al contable.

Sobre la alfombra, ya raída, hasta le pareció volver a ver el cuerpo tendido de Arturo Llobet. No quiso pisar aquel trozo de alfombra para no profanar la memoria del muerto.

Luego volvieron a bajar y Juanita le hizo entrar en la portería para ofrecerle un vasito de vino tinto. Le sacó de una botella que tenía escondida en la consola.

Desde allí se veía el interior del cuarto en el que Juanita debía de dormir. Había una cama alta, ya hecha, que lucía una colcha floreada, y una mesilla en la que destacaba un retrato enmarcado. Junto al retrato había un recorte de periódico. Juanita fue al cuarto y mostró el cuadrado a don Joaquín.

—¿No lo ha visto usted? Es el abuelo.

El recorte era una información de la huelga de transportes urbanos, el año siete u ocho. A raíz de aquella huelga vino el atentado. A causa de ella había muerto el primer Llobet. En la foto, el portero, Pedro, aguantaba por la brida a uno de los caballos que hicieron el transporte de las piezas hasta el puerto, en los largos carros. En la foto veía don Joaquín resumida toda la historia de aquellas paredes.

—Oiga, Juanita. Le voy a pedir que me deje esta fotografía. Algún día se la devolveré.

—Puede llevársela, don Joaquín, se la regalo. Del abuelo tengo otra en el armario, de verdad.

Después pasó unos días de intensa melancolía, como si apurase más su soledad. Josefina, en su casa, le reñía suavemente.

—¿No sabía que le iba a afectar volver a la fábrica? ¿Quién le hizo pedirle que le llevara allí? Esa chiquilla es una loca; ya lo era muchos años atrás.

Joaquín Rius aceptaba callado la reprimenda. No era capaz de rebelarse contra ella. Josefina, su doncella, ejercía sobre él una autoridad casi plena. Era la responsable de su salud. Josefina era ya anciana —tendría unos diez años menos que Rius—pero andaba todavía ligera. Aparte del cuidado de la casa y de don Joaquín ayudaba a su hermana Hortensia en los trabajos de costura que esta hacía por encargo.

Una de las cosas que Rita Arquer dejó también casi resueltas antes de ser aprehendida fue la conexión que, los que iban a tener a su cuidado al viejo Rius, establecerían con la finca de Santa María, para suministro de legumbres, frutos, tubérculos, volatería y carne. Lástima que Josefina tuviera tasados sus viajes a Santa María a uno por mes y que, aun así, se las tuviera que ingeniar para pasar aquel contrabando por los ojos escrutadores de carabineros y «*burots*». Hasta entonces Josefina había logrado salir bien de las inspecciones del trayecto. Pero no estaba escrito que todo tuviera que ir del mismo modo en lo sucesivo.

El día en que Josefina tenía que trasladarse a Santa María era preparado minuciosamente desde un par de semanas antes y, a medida que se aproximaba, parecía que se acercara una fecha destinada a ser histórica, un acontecimiento relevante, extraordinario y singular.

Muchas veces hablaba Josefina con don Joaquín de sus cosas comunes, en particular de todo lo concerniente a Desiderio o a Carlos Rius, el nieto. Ella no dejaba de rezar, una tras otra, novenas a la Virgen del Carmen porque el chiquillo —ella no podía dejar de llamarle así— volviera sano y salvo de la guerra. También llamaba chiquillo a Desiderio, de quien no se cansaba de contar gracias y zalemas de cuando era niño. Ella no comprendía cómo el viejo Rius hablaba de ellos como si fuesen hombres, y menos aún que se refiriera a Desiderio en algunas ocasiones con un tono duro y con ninguna benevolencia. Para ella Desiderio había sido siempre un buen niño, incluso entonces que estaba en París de Francia viviendo con una francesa. Esto, a él, había que perdonárselo. No en balde había sido y era aún el hombre más guapo del mundo.

Cuando Josefina volvió aquella vez de Santa María no se cansó de contar lo mucho que había sufrido. La casa —la gran casa solariega— estaba llena de



refugiados. Se notaba que ellos no le tenían el menor apego a aquellos muros. Vivían allí en grupos de familias, como gitanos. Cuando llegó, vio como unos murcianos estaban cocinando un poco de comida en un fogón en mitad de la sala. *Colom*, el perro, no hacía más que ladrar y perseguirlos, como si comprendiera que aquello no se hacía; pero los refugiados la emprendían contra él a patadas y a golpes. *Colom* estaba muy flaco y no le extrañaría que muriese cualquier día.

Los colonos y campesinos estaban atemorizados. Los jóvenes habían huido de las casas para no tener que ir a la guerra. Muchos de los mayores habían abandonado el barrio y se habían ido a vivir en casa de parientes en Las Casetas. De entre estos, Josefina no había podido conectar más que con Moisés. El hombre, de la edad de Desiderio, le había facilitado todo lo que había podido conseguir. Allí estaba: un saquito de patatas y un paquete de judías que Moisés había podido sustraer a la vigilancia de los responsables, que tenían orden de guardarlas para la cooperativa de los refugiados. En las marías se habían acabado los pollos, los gallos y los conejos. No había podido encontrar ni un solo huevo. El espectro del hambre se cernía sobre la vasta comarca, antes tan pletórica y rica...

—Eso significa que estamos cerca del final de la guerra —dijo don Nicasio—. Nuestro pueblo es capaz de soportarlo todo; pero que no le toquen el estómago. Eso no lo aguanta.

—Si logramos verlo —opinó su mujer, Hortensia—. ¿Adónde iremos a parar si no hay comida?

La situación se había agravado en pocos meses y siguió agravándose. Ante algunos almacenes de abastecimientos empezaron a menudear los altercados y alborotos. Alguien decía que las mujeres son más difíciles de gobernar que los hombres.

Proliferaron las medidas contra los estraperlistas, los especuladores y los intermediarios. Don Hilario decía que cuando Negrín pedía a todos que se apretaran el cinturón lo que éstos harían sería quitárselo y empezar a blandirlo contra los opresores.

Lo mismo estaba haciendo dialécticamente Rita Arquer, en los patios y dependencias de la cárcel de mujeres, donde había sido recluida. Sin el menor respeto a la presencia y proximidad de las carceleras, que eran una especie de viragos uniformados que llevaban en la mano, como símbolo de su autoridad, unos juncos flexibles con los que obligaban a las reclusas a seguir el camino recto, Rita Arquer sostenía a voz en grito, en medio de la cárcel, que se acercaban los días en que todos los culpables pagarían el daño que habían hecho.

Las peroratas de Rita Arquer originaban terribles represalias por parte de las carceleras, que no lograban aminorar, no obstante, la frecuencia y el ímpetu con que Rita Arquer las pronunciaba. Al fin, los viragos descubrieron el único modo de hacer callar a la insurrecta. Consistía en aplicar estas represalias no a ella misma, la infractora de las normas, sino a una cualquiera de las otras reclusas, principalmente a

cualquiera de las encerradas por fascistas. Con ello, Rita Arquer interrumpió sus arengas.

Había en la cárcel mujeres de toda condición. Las había recluidas por toda clase de crímenes y delitos. Las menos abundantes eran las reclusas por razones políticas. No había más que dos o tres que estaban allí por ser acusadas de fascistas. Con ellas ligó inmediatamente Rita Arquer. No se sabe cómo lo consiguió, pero a poco de entrar en la cárcel conseguía dar el parte nacional a sus compañeras. De qué sobornos o artilugios echó mano una vez dentro para obtener la información, es cosa que no podrá jamás ser aclarada.

Había abundancia de prostitutas, de desviadas eróticas, de lesbianas. Había mujeres con facha de alcahueta y algunas de ellas que ejercían esa inclinación en la misma cárcel. Tomándola por una de las otras, una de ellas propuso a Rita Arquer conectarla con una mujer «muy dulce y muy cariñosa, que la haría feliz en aquellas horas tristes»; Rita Arquer la fulminó con una mirada con la que un juez justiciero hubiera podido recluirla otra vez. Había algunas alcohólicas que se hacían llevar de tapadillo botellas de vino o de licor, y que algunas veces caminaban por el patio dando tumbos o chillaban desafortadamente en sus celdas, sin dejar dormir a las otras. Al día siguiente se las veía macilentas, despeinadas, con los pelos que caían en mechones lacios hacia las mejillas, con los ojos extraviados, como imágenes impuras de la degradación. Había también una mujer, que paseaba siempre sola y con una gran dignidad, de la que le habían dicho que era comadrona. Había sido encarcelada por haber practicado trescientos veintitrés abortos comprobados, en la ciudad de Zaragoza, durante el período de diez años en que ejerció la profesión de comadrona. La que se lo contaba a Rita Arquer era una prostituta de Talavera de la Reina. «Hasta entonces nadie había sabido que en Zaragoza se practicara el coito con tanta asiduidad. Fue ella la que lo puso en claro».

Había también media docena de asesinas. Mujeres que, en un raptó de pasión y de locura, habían cogido un cuchillo y habían cruzado con él el corazón del hombre al que amaban. Esas solían contar historias quejumbrosas de amor, que ponían en vilo el ánimo de Rita Arquer y suscitaban en ella una conmiseración sincera. Eran mujeres del pueblo, que no habían podido retener al hombre con quien compartían la vida y que no habían tenido más remedio que matar. Rita Arquer pensaba que si eso mismo hubiera hecho de niña Crista, cuando se enteró de que Desiderio la engañaba, en lugar de tomar la revancha con la misma medida, quizás estuviera en la cárcel, pero con la cabeza alta.

Rita Arquer se enterneceía ante el drama de aquellas mujeres. Ella misma hubiera cogido un cuchillo y hubiera arremetido contra... ¿Contra quién? No conocía a ningún hombre, pensó, por el que valiera la pena manejar un cuchillo...

Rita Arquer pasaba las horas, las que estaba fuera de la celda, en compañía de las dos reclusas fascistas y en compañía de las asesinas. De vez en cuando se acercaba alguna drogada o alguna alcohólica y les llevaba la noticia: «A la Etelmira le han

dado de palos esta noche. La Jirafa se la tenía jurada». La Jirafa era una carcelera alta como un pararrayos, de una ferocidad fuera de lo común: acostumbraba a apalear personalmente a las reclusas díscolas. A Rita Arquer la había apaleado en los costillares más de una vez. Pero Rita Arquer apretaba los dientes y se quedaba tan pancha. Era la única a quien la carcelera no había podido arrancar ni un solo grito.

La ayudaba a soportar la vida de la cárcel la sensación que tenía de que la guerra iba a durar muy poco, que pronto sería puesta en libertad por los nacionales y que entonces verían *la Jirafa* y sus compinches quién era quién de todas ellas. Únicamente la alteraba, no la dejaba dormir del todo en paz, el hecho de haber tenido que dejar sus dedicaciones benéficas y el que una serie de gentes que vivían a su cargo hubieran quedado desamparadas con su reclusión. Una de ellas era el viudo Rius; la otra, mosén Perramón. Pero de esas dos personas aún podía en cierto modo responder satisfecha que su vida discurría en adelante con cierto sosiego y que no había nada que temer con respecto al futuro. De quien no podía pensar lo mismo era de su amiga y señora doña Evelina Torra. No podía pensar en ella sin que le pareciera que por su cielo empezaban a cruzar densos nubarrones.

La había dejado en manos de Lorenzo, el portero de la finca del paseo de Gracia. Lorenzo era un buen hombre, que había entrado hacía muchos años al servicio de doña Evelina como cochero, antes que empezaran a circular los automóviles. Conducía un cabriolé, en el que salían de paseo los domingos. Al casarse doña Evelina le había cedido la portería para que viviese allí. Pero Rita Arquer no acababa de fiarse del todo de la mujer de Lorenzo. Era una descuidada y tenía ya también bastantes años. No acababa de confiar en que ella fuera capaz de subir todos los días, por lo menos una vez, a arreglar a la vieja.

Doña Evelina ya no se podía valer. A sus años, muchas veces no era capaz ni de aguantar sus necesidades biológicas. Había que tener mucha paciencia con ella. Había que ser capaz de cambiarle la ropa y de acostarla por la noche. Eso había estado haciendo con ella, durante unos años, la abnegada Rita Arquer. ¿Lo haría también la mujer de Lorenzo? Rita Arquer pensaba a veces, en las horas baldías de su reclusión, que no habría nadie capaz de hacerlo.

La vieja Evelina era un carcamal abandonado en plena marea, y la marejada la sostenía sin moverla de sitio. Su cabeza sólo funcionaba a medias. A veces se creía que estaba en Cuba y que era una niña y su voz sonaba melindrosamente: «Cuchibí, dame un mango»; entonces se veía vestida de organdí color de rosa, entrando en un baile. Los alféreces de Capitanía iban a buscarla a bailar. Otras veces se la veía paseando en landó por París, poco después de la segunda Comuna. Estaban viendo a Sarah Bernhardt; estaba ella, una mujer, interpretando *Hamlet*: «*To be or not to be; that is the question*». Don Arístides Fernández, el maduro diplomático, hacía días que la venía asediando. Sus modos eran discretos; su acoso, apenas sentido. Todo él rezumaba tacto, distinción. «Perdone, Evelina, que le diga...». «¿Qué?», preguntaba ella, disimulando la avidez que sentía. «No puedo dejar de pensar en usted ni de día

ni de noche». Le vio enrojecer, ruborizarse. Estaba segura de que esa expresión: «ni de noche», se le había colado. ¿No sería una impertinencia? Evelina pasaba revista a la sazón, junto al balcón del paseo de Gracia, a todos los adoradores que había tenido: a Ruipérez, un amor atolondrado, que murió durante la guerra en Cuba; a Blasco, Nieto y Garay, tenientes de la Armada, los tres a la vez; se casaron los tres en Ultramar, antes del desastre. A Lángara, un comerciante en vinos de Vitoria, que le hubiera dado una fortuna; este, loco de amor, la amenazó con matar de un pistoletazo a todos los que la miraban; a Tramontín, a Illescas, etcétera, entre las visitas de su madre; y después, ya casada, a tantos y tantos... Se acordaba de Pablo Niebla, el que la horadaba con los binóculos todas las noches de Liceo. Ella estaba casada ya y su marido hecho un pingajo; y se entregó a él, a sabiendas de que estaba mal hecho. Fue tal la pasión que entonces arrebató a don Pablo, que durante años y años, no lo pudo apartar de ella. ¡Cuánto tiempo, cuánto barro, cuánta desilusión! Y don Pablo había muerto pronunciando su nombre, ante los oídos atónitos de toda su familia, mujer legítima e hijos casados, que no pudieron evitar esa velada confesión ni ante las puertas de la eternidad...

¿Cuántos años tenía ya? No lo sabía, palabra que ni ella misma lo sabía. Debían de ser muy cerca de ciento. Cuando proclamaron a Alfonso XII pasaba, y mucho, de los veinte. Habría que mirar papeles, verificar en los registros. No valía la pena. Había sido tal el cuidado que había tenido en ocultarlos, que ella misma se había perdido en el regateo. Y nadie lo sabría jamás. No sabría nadie los años que tenía ella ni los años que tenía su hija. Ambas iban a pasar por el mundo de un modo intemporal. Solo tenían edad los hombres. A los hombres sí que les convenía tener una fecha fija. Los hombres eran precisos como un reloj, puntuales como una cita, exactos como un contrato. Pero ¿ellas? A ellas les convenía el gesto de las amas de las Antillas, que se tumbaban de sol a sol en la hamaca con un ademán indolente y salvaje. Sus casi cien años habían sido como un inmenso desperezamiento, como un largo bostezo, como un no va más... Pero no tanto: por fuera, algunas veces había estallado en actos de voluntad y en arrebatos hasta de cólera. Por ejemplo, cuando se casó Crista, ¿quién fue sino ella la que barajó las cartas para que salieran los triunfos a la hora prevista? ¿Quién ganó aquella partida sino ella, Evelina Torra, contra los dioses adversos? Pero ¿quién se lo iba a reconocer?

Al otro lado del ventanal, por la ancha arteria ciudadana, hacía meses que no se veía discurrir más que a unos sujetos de barba cerrada y fusil desempolvado, que de vez en cuando subían a su piso para indagar algo. Todo eso le tenía a Evelina sin cuidado. Los hombres, a la guerra; las mujeres, al lecho. Pero, entre tanto, Evelina Torra notaba que se estaba quedando hierática, tiesa en su trono, impávida en su pedestal, sin la facultad de moverse por sí misma. Todos aquellos bultos pasaban por su lado sin rozarla y ella se mantenía erguida en su trono sin pestañear. Toda ella era entonces como un mausoleo de sí misma y notaba que se mantenía derecha e inmutable únicamente a causa de los corsés. Sin la espesa argamasa de ballenas y

cauchús, todo su ser se hubiera derruido.

Se hacía difícil determinar en Evelina la frontera que había separado el ser y el no ser. En ella, esa frontera había cruzado por las marcas informales, por las zonas inconcusas, por los caminos del equívoco, en que no se sabe cuándo el ser ha dejado cabalmente de ser. Una extraña advertencia dentro de su ánimo la había precavido contra la presencia del agente del SIM que se dio a conocer como agente Hortuna. Antes de que sonara el timbre de la puerta había sentido Evelina la premonición de que algo especial iba a ocurrir. Había tenido la certeza de que la rodeaba un grave riesgo, que estaba a punto de correr una aventura difícil y alarmante. Pero el agente tenía un aspecto normal, casi diría que excesivamente normal para tratarse de un agente. Era un tipo algo demodé, excesivamente pulido, soberanamente tallado en franela, con un traje «diplomatic» cruzado y de tono gris, rezumante de brillantina en el pelo, suavemente ondulado. En fin, un tipo que Evelina calificó de «excesivo», quizás un *latin lover* de otra época, que traía al corazón el rescoldo aún humeante de los tiempos de Rodolfo o de Carlos Gardel, el de la voz de macho. Pero en esta época, con los milicianos en la calle, ya no se estilaban galanes de ese tipo y el agente Hortuna había cruzado su retina sin afectarla, como si no existiera. La primera duda que se había planteado, relativa al ser y al no ser, su ensamblaje y coordinación, la tuvo cuando no supo si el agente Hortuna había existido o no, si había entrado o no en aquella sala, si había dialogado con Rita y con ella o no había dialogado. Aun así, pensaba que unos pocos años antes era seguro que el agente Hortuna hubiera existido; no le hubiera importado el exceso de brillantina ni el aire un poco afectado y de señorito que traía consigo. Habría intentado enredarle en las mallas de su corazón y probablemente lo habría conseguido; conocía bien a ese tipo de hombres. El *latin lover* es un ser melancólico y tímido, que parece arrogante y que no es más que apocado. El caso es que Evelina escuchó un diálogo que no se atrevía a decir que fuera cierto, un diálogo entre Rita y el agente: «El señor Borredá, muy educado, fue precisamente quien me autorizó a visitar a Matías Palá». «¿Por qué? Pues por simple sentimiento humanitario». Y más tarde: «Ese Pedro Cuenca Ripollés, si ha estado aquí, habrá estado como está usted ahora: sin que nadie le pidiera que entrase. Si es trosquista o *tosquista*, o lo que sea, a mí no me afecta. Ni siquiera sé cómo se come eso. Yo no puedo evitar que venga a verme gente que no conozco. Eso les pasa a todos...». Rita Arquer y el agente Hortuna habían tenido una conversación más o menos de este tono. Luego, Evelina casi no recordaba más. Recordaba que, antes de irse con él, Rita se le había acercado y con sigilo le dijo: «Ahora diré a Lorenzo que suba a cuidar de usted. Sobre todo no diga una palabra. Y aguante, que ya está muy cerca el día de la liberación». Tras de lo cual se había marchado.

Y fue entonces cuando empezó a mirar a la calle, con los ojos parados, y vio y no vio que la gente subía o bajaba por el paseo de Gracia y de pronto se quedaban todos quietos, como cuando se interrumpe una película, y luego volvían a avanzar a toda prisa, también como en las películas de antes. De pronto la gente desaparecía y no

quedaba más que la calle vacía, los bulevares desiertos, los grandes plátanos de la calzada azotados por un viento tempestuoso y cálido que todo lo barría. Dios, ¿se habría quedado sola? Sí, estaba sola, mucho más sola que nadie en el mundo, ella que siempre había querido estar tan acompañada. Llamaba a gritos y veía a alguien frente a ella, alguien a quien ya había visto alguna vez. Pero era una cara hosca, una cara repugnante, la cara de Felicia, la mujer del portero. «¡Fuera, fuera de aquí!», gritaba. «Lo que queréis es asesinarme». Y aquella cara había puesto una expresión de espanto, se había vuelto, había dicho unas frases hirientes y se había marchado. Nunca más había vuelto a verla. Ni aquella noche, porque no la habían movido de sitio; se había quedado donde estaba y se mantenía tesa en la poltrona, sin chistar; ni aquella mañana, ni aquel mediodía, ni aquella tarde.

Cuando entró el agente Hortuna, Rita acababa de llegar del Borne. Estaba contando la conversación que había tenido con Higinio, el del puesto de verduras. Higinio tenía altibajos: a veces creía que ganarían los rojos, otras que ganarían los nacionales. Higinio no era de temer en ninguna de esas dos circunstancias. Cuando era de temer era cuando le daba por pensar que no ganaría ninguno de los dos. Entonces era temible. Era capaz de quemar en su puesto una cosecha entera de lentejas, de llamar a un guardia y denunciar a quien tuviera delante, de abrirse en canal o de abandonar su puesto en la plaza y lanzar gritos subversivos. Rita le había encontrado aquella mañana presa de la creencia de que la guerra acabaría en tablas, y su diálogo con ella estaba salpicado de sarcasmos hirientes: «Toda la guerra que usted se ha dado, señora, y la que nos ha dado a nosotros, para acabar en nada...». «Tanto anunciar que vendrían los nacionales y los que van a venir son los diputados ingleses, para meternos a todos en San Boy. Sí, eso harán y tendrán toda la razón del mundo. ¡Dónde se ha visto!».

Por el paseo de Gracia pasaba un hombre con un carrito que quizá fuera Higinio el del Borne; quizá no... Sí, se le hacía difícil a Evelina separar la frontera que divide al ser del no ser. ¿Estaba vivo el hombre del carrito? ¿Estaba muerto? ¿Estaba viva o muerta ella misma? Se acordaba de Vallvidrera, cuando los niños eran niños. Crista no tendría más que trece o catorce años. Ella sí que estaba viva entonces. Entraron en las grutas mágicas, al borde de unos cochecillos que discurrían sobre rieles y salían de las sombras a la luz, sobre un trecho de bosque, para volver a anegarse en la tiniebla. Aquel día iba con Zacarías Bordas, de la embajada de la República Argentina, y con Zanetti, un músico que tocaba en la Orquesta Nacional Cubana, a la que ella quería presentar en Barcelona. Pero el músico lo echó a rodar; se puso hasta tal punto impertinente, la acorraló de tal modo, le puso en la zona de sombra la boca en su escote y la zarandeó con la mano por debajo de los flecos del organdí de tal forma, que ella temió que incluso su hija, Crista, pudiera haber notado algo. Veía la cara, sonrosada, tibia por el sudor que brillantaba su piel, que ponía el músico cubano que se trataba de presentar. Su lacio bigote caía sobre la mejilla, con la guía aplastada. Todo él estaba desaliñado; le sobraban perneras, intentaba arreglar el

desorden que se había operado en su interior, de calzoncillos para abajo. Zacarías Bordas, el argentino, acudió diplomáticamente en su ayuda: «Maestro, el arte es apasionado, tumultuoso, viril». Y cogiéndole de un brazo le llevó a una zona donde no pudiera ser visto: «Maestro, perdone que le diga, lleva usted un botón de la bragueta desabrochado». Y todos notaron cómo el músico se llevaba una mano a la entrepierna...

Y con este recuerdo casi lúbrico, que tenía ya unos tintes cómicos, Evelina se había puesto a mirar la calzada del paseo de Gracia por enésima vez. No veía nada. Ya no existía. Estuvo así otra vez toda la noche y parte de la mañana siguiente. Cuando Felicia, la portera, entró de nuevo en el cuarto, la vio mirando a la calle con toda normalidad y pensó que Evelina era una dama eterna. En efecto, su posición, inamovible, tenía algún contacto directo con la eternidad. Los brazaletes y colgajos de su antebrazo, tintineaban y rebrillaban al resplandor de la luz; pero ella no se movía. De la papada le brotaba un collar de perlas de tres vueltas, que iba a morir en el anuncio del seno, en un seno opulento y flácido, que mostraba su raya abruptamente. La carne era una carne pesada y fofa, pero abundante. Toda ella parecía embotada en las fajas y corsés cuya armadura se advertía reciamente debajo del vestido floreado. Toda ella era una imagen completa de la rotundidad femenina, del aplomo logrado. Estaba sentando sus reales en la mañana como dispuesta a recomenzar. Pero Felicia advirtió de pronto que no todo era normal en aquella figura. De su sonrisa, a un lado de la boca brillante de carmín, pendía un hilillo de baba sanguinolenta. Ese hilillo llegaba hasta casi alcanzar la mano ensortijada. Observó Felicia desde lejos, sin atreverse a acercarse a ella, el destello mate que tenían los grandes ojos azules de la vieja. Era un brillo apagado, que la miraba con un punto de desdén, como había mirado siempre. Ese brillo fulgía en las noches del Liceo, del Liceo anterior a la bomba; pero a Felicia le dio miedo. Se acercó un poco a la figura y notó de pronto con espanto que toda ella despedía un hedor nauseabundo, un hedor que era una mezcla de detritos renales y erupciones purulentas, un hedor a vacío, a putrefacción y a muerte, un hedor que hacía irrespirable aquella proximidad, un hedor que provocaba el vómito. Evelina estaba mirando a la calle, pero muerta. Todo lo que en aquellos momentos pasaba ante sus ojos por el paseo de Gracia no hacía más que resbalar por ellos. Felicia salió al rellano del principal y gritó, espantada, a Lorenzo, su marido; le pidió que subiera, que ya no podía más. Y cuando subió Lorenzo se acercó a la vieja tapándose las narices con la mano, para no sentir la peste, y le cerró los ojos desde lejos, como si no se atreviera.

## XVII

EL SARGENTO DELICADO había preparado minuciosamente los pormenores de la captura de Máximo. Había adiestrado de una manera especial para el caso a los números que iban a acompañarle; había hecho un croquis de la situación en el lugar donde probablemente se le atraparía; por último, había mantenido contactos continuos con el cura de la ermita y, finalmente, un diálogo definitivo con él.

El secreto para meter a don Efrén en aquel ajo era hacerle creer que no se iba a prender a Máximo para ajusticiarle, sino que se le iba simplemente a retener para salvar su alma. Por su lado el alma de don Efrén era talmente cándida que pronto tragó el anzuelo. Para él todos los hombres, incluidos los guardias civiles, eran hijos de Dios y almas benéficas.

—Comprenderá, don Efrén, que no nos tomamos todo este trabajo para llevar a cabo una venganza. Pero si a este bandido, digo a este hombre, le ocurre algo, tal y como ahora está se irá derechamente al infierno. Y eso no puede usted permitirlo.

Lo mismo pensaba don Efrén. Nunca se perdonaría que Dios le pillara en tal descuido.

Por tanto, en diversas ocasiones en que el bandido pasó por el lugar, le invitó a que fuera a la fiesta de la Virgen del Tronc, en la que, aparte de rezarle a la Virgen, podría hablar y estar con Blanca, la mujer que había tenido. La Virgen le daría confianza para que a través de ella se reconciliara con Dios.

—¿Ya ha hablado usted con el Máximo, mosén Efrén? —le preguntó el sargento Delicado la última vez, a fines de noviembre; faltaban pocos días para la romería y el sargento estaba ya caldeado por la inminencia de la fecha—. ¿Qué le ha dicho?

—No me ha dicho ni que sí ni que no va a venir por aquella fecha. Pero por lo que he podido entender creo que sí, que vendrá. Sobre todo, señor guardia, que sea por su bien. No quiero que corra la sangre ni que se pierdan más almas. ¿Me lo promete?

—¡Cómo no, mosén Efrén, cómo no se lo iba a prometer! Lo que queremos usted y yo es lo mismo. Enviar al cielo a todos los... los sujetos. Ya verá qué ricamente estará el Máximo allí. Y nosotros aquí, sin él...

Blanca subió al monte el día de la Purísima, para satisfacer los designios del sargento Delicado. Había dejado al vástago al cuidado de Vista, en Mora de Rubielos. Era un bombón moreno y gordezuelo que pataleaba al aire y sonreía precozmente, haciendo las delicias de todos los que lo contemplaban. Había levantado en el pueblo un revuelo de comentarios, unos favorables, otros aviesos y malintencionados. Una vez que Blanca se enteró de algo que había dicho en contra de ella cierta vecina de Mora de Rubielos, la mujer de un concejal, a propósito de los hijos habidos como aquel, se enfrentó atrevidamente con ella en plena calle, avergonzándola:



—Usted no sabe, sátrapa, ni sabrá nunca tener hijos como este. De usted no saldrá nunca un puñado de vida. Lo único que usted puede dar son lagartijas.

Con ello se refería a media docena de vástagos esmirriados que la otra paseaba los domingos.

Los guardias civiles, al mando del sargento, efectuaron su subida al monte al margen de la romería. Por un lado iban los carros engalanados y la población de todo el valle. Por el otro habían subido a la ermita seis parejas de la Guardia Civil, y por añadidura el sargento, que llevaba el máuser bien asido, con unos ojos de lince que no perdían detalles. Para disimular su verdadera comisión, los guardias civiles llevaban el uniforme de gala: la cenefa de galón amarillo en el charol de los tricornos, cubiertos por un paño negro, al que daban una refulgencia de oro. Le enojaba al sargento mezclar la fiesta con el trabajo. Otros años había observado el tranquilo discurrir de las horas de la romería y le sacaba un poco de quicio pensar que aquel año el bullicio y las risas de las mozas iban a tener un trasfondo de drama y, tal vez, una orla de tiros y disparos, que podían entenebrececer la jornada y convertirla en un día de luto. Se haría lo posible porque no ocurriera de ese modo; así lo había recomendado a los números; pero les había dicho también que si había que embestir, se embestiría, y que no había que tener miramientos con tal de darle al Máximo su merecido. Que pensaran en el cabo Garrido y en los tres guardias civiles que habían muerto por su mano o a causa de él. ¿O es que no eran nadie las mujeres y los hijos de aquellos compañeros?

El día de la Purísima era un día gris, en el que parecía que pronto iba a llover, pero afortunadamente la lluvia se contuvo y no hubo más que unos flecos de niebla que quedaron sobre la tierra, acolchándola. Pero a tal atonía del ambiente pronto se impuso el vivo colorín con que iban engalanados carros y tartanas, casi convertidos en carrozas. Cada uno de los pueblos de la comarca, y los había en gran número, enviaba a la ermita su representación, formada por docenas de carros. Los lugareños acudían a la romería ataviados con sus mejores galas. Los hombres, de faja lustrosa y calzón corto. Sus medias blancas hacían un bonito friso en la cumbre y los hermosos pañuelos coloreados que lucían en la cabeza daban a la tez masculina un relieve de medallón. Pero lo más hermoso era contemplar la estampa de las mozas. La media blanca asomando bajo la falda ancha y de muchos vuelos, falda de paño o de terciopelo negro o granate, el jubón sobre la blanca blusa de encaje, medio oculta por el airoso caer de una mantilla que parecía subrayar la redondez de los pechos pimpantes; y el peinado ajustado por unas mantillas sujetas con peinetas de carey y adornado con flores. Los ojos de las mozas parecían fulgir con un destello que era vecino del pecado y que enardecía el mirar de los hombres, que se iba volviendo terco y obcecado con la luz, a medida que pasaban las horas.

Desde muy de mañana venía de las laderas del monte un rumor de canciones. Eran canciones cuyos ecos se desparramaban por la ladera, a medida que iban subiendo las gentes de los carros. Unas eran canciones religiosas, romances en loor

de la Virgen del Tronc, cuya celebración iba a congregarlos. La letra de algunas canciones era de una ingenuidad enternecedora.

*El roble del que te hicieron  
ha crecido en el marjal;  
y las flores que han nacido  
las llevamos a tu altar...*

Otra decía:

*Virgen purísima, casta redentora  
de toda la humanidad.  
Ten tú piedad del pecador que llora  
ten tú piedad...*

Hacía ya rato que el sargento Delicado estaba en la anchísima explanada en que iban instalándose los carros a medida que llegaban. Veía cómo arribaban uno a uno los romeros, cómo mozas y mozos saltaban de los carros con una fenomenal algarabía y cómo iban creciendo a grandes oleadas el bullicio y la animación. Se oía por doquier un clamor de voces entusiastas, de chillidos, de risas femeninas junto a las de los hombres, y algún requiebro viril, declamado con voz fuerte.

El sargento Delicado acababa de ver a Blanca, acompañada de una mujer, justamente de su mujer. La señora de Delicado había tenido la gentileza de apoyar a su marido en aquella empresa, que era ya para ellos —y para todo el Cuerpo— cuestión de honor. El sargento Delicado sintió una efusión de profunda gratitud hacia su cónyuge. Ella nunca le había fallado. Vicenta, la fuerte Vicenta, la de sus días de la Academia de ingreso, la de los nueve hijos, todos vivos; la que le había seguido de uno a otro destino sin chistar, sin un movimiento de mal humor, sencillamente porque era su deber, había aceptado ser la acompañante de la mujer forzada, en esa jornada de busca y captura de Máximo, el facineroso. Si todo salía bien, el sargento Delicado le haría un regalito; se irían los dos a Zaragoza en el próximo permiso a darse en el teatro un panzón de zarzuelas, lo que los enloquecía. Sí, la Vicenta se lo habría ganado.

Disimuló, como si no las viera, y lo mismo hicieron ellas. Blanca estaba un poco pálida, quizá desmejorada desde que tuvo el crío, quizás un poco abatida y ojerosa por la emoción del lugar y del trance. El sargento Delicado la observó al pasar, contempló al desgaire la curva de su busto, que era pletórica y recia, y lanzó un hondo suspiro de espera y de resignación.

Contempló la extensión de la explanada, ya casi enteramente llena de carros. Las flores de papel de cada toldo se bamboleaban al aire y en el interior de los carros

lucían estrellas, grecas de colorines, banderolas de papel, dibujos coloreados o farolillos a la veneciana que se movían lentamente en el aire. Entre los carros había algunos carritos donde vendían churros, patatas, gaseosas, jarabes o cerveza. Y en el centro, sobre un tabladillo cuajado de banderolas, los músicos se disponían a empezar su serenata. Era una banda llegada de la capital, con abundancia de viento, trompas orondas, cornetines de agudo son y un par de violines para darle trémolo y animación al baile.

«¡Qué hermosa es España en sus fiestas populares!» —pensó el sargento Delicado contemplando la alegría de aquella multitud y casi olvidándose de su cometido. Recordaba su juventud, cuando bailaba en Cariñena la jota, y que no había quien lo hiciera tanto ni con tanto empaque como él. Su pareja, la Juliana, casi desfallecida, había apoyado la cabeza en su pecho. Él se retiró. ¿Qué dirían el rector y sus padres y el señor juez y el notario? ¡Habrased visto esta mujer! Eso no lo hacen más que las perdidas. Pero ¡qué tiempos aquellos! ¡Qué juventud, qué delirio!

Delante de él, frente a las fuerzas que mandaba, doce números de la Guardia Civil como doce soles y con uniforme de gala, acababa de parar un juglar que canturreaba los primeros versos de un romance de ciego. Había desplegado un pendón que llevaba pintados varios asuntos relativos a un crimen histórico de España: «El crimen de las siete niñas, o el vampiro desdeñoso». Era un mendigo deslustrado, que cubría su cabeza con un casquete mugriento, por el que asomaban unos pelos amarillentos y desflecados. Su voz tenía entonaciones desiguales, pero era potente y a veces vibraba con viveza y conseguía ocultar el sonido de la corneta, que tocaban más abajo. El mendigo iba recitando la doliente melopea, al paso que señalaba en el cartel con un puntero despuntado:

*... Y allí las siete doncellas  
se lanzaron al ludibrio...*

De pronto el sargento Delicado pensó que no estaba bien lo que estaba haciendo, es decir, dejar de pensar en la misión que allí tenía. Reparó una vez más en el hecho de que él no conocía al Máximo. No le había visto más que de pasada y difícilmente podría identificarle entre aquella multitud. Por ejemplo, ¿quién le aseguraba que el bandido no fuera el juglar que estaba cantando el romance? ¿Que Máximo era moreno?; ¿y quién le impediría el haberse oxigenado? ¿Que era fuerte y macizo?; ¿y si en los meses que llevaba en el monte se había desmejorado? ¿Que el bandido no se daba a los romances?; ¿y si en aquellos meses se había ilustrado? Pensó el sargento qué era lo que debía hacer. Si ir hasta el juglar para indagarle o dejarlo para que él mismo se delatara... Pero no. Aquel no era el Máximo. Dejó, pues, que el poeta siguiera con su melopea.

Lo que debía hacer era no perder ni un segundo de vista a la Vicenta y a la mujer. En ellas estaría el secreto del Máximo.

Habían quedado en que, cuando el bandido se acercara, la Vicenta sacaría de entre las faldas el largo pañuelo de hierbas, de cuadros rubios y morados, y se lo pondría en la cabeza. Esa sería la señal; a partir de ella la fuerza debería actuar en consecuencia. Pero el sargento Delicado observaba a su mujer y no veía indicios de que fuera a cubrirse la cabeza. El sargento la miraba fijamente, temeroso de que pudiera pasarle inadvertido un gesto que, de hacerlo, se haría ostensiblemente. La Vicenta cruzó con él una mirada de connivencia, como si le certificara que estaba al tanto.

En aquel momento se oyó un rumor que salía de la multitud, y que acalló de súbito el son de la música, que paró en el acto. Llevada en andas por una docena de portantes, salía por la puerta de la iglesia la imagen de la Virgen del Tronc. Estaba completamente desconocida. Ya no era aquel leño desnudo y apenas pulido y coloreado que presidía el altar de la iglesia. Era un rostro de madera, un rostro asexuado, completamente cubierto por una tela brillante, una tela de damasco, que caía alrededor con una forma abombada y triangular. Encima de ese rostro lucía una corona de perlas y brillantes que relumbraba y que era mayor que la cabeza. Si la imagen hubiera sido de carne y hueso, sin duda no habría podido aguantar el peso de aquel alarde de joyería. Toda la imagen parecía un instrumento de devoción azucarado, como si la figura que aparentaba sobre las andas la hubiera preparado un confitero diestro y zumbón. La imagen iba adelantando sobre la explanada con los pasos de los doce portadores, que eran lentos y seguían el ritmo que marcaba el redoble de un tambor. Entonces la banda arrancó con los acordes de una marcha, enfáticos y ruidosos, que se perdieron por todo el ámbito de la explanada. La imagen avanzó a un lado y a otro, con zarandeos de buque y con una regularidad pasmosa. La muchedumbre arrancó en explosiones de fe.

«¡Viva la Virgen del Tronc!» o «¡Viva nuestra Patrona!». Había entre las chicas solteras la creencia de que la muchacha que consiguiera inclinar la corona a la Virgen con una «bola de nieve» llena de confetis, encontraría novio antes de fin de año y se casaría dentro del año siguiente. Pronto fue inmensa la rociada de bolas que la Virgen recibió encima del damasco de su ropa o sobre el madero reseco de su faz. El griterío y el tumulto aumentaron en esta circunstancia.

Detrás de la imagen iba don Efrén, el cura, imbuido del papel representativo que desempeñaba. Iba musitando jaculatorias o letanías, razón por la cual la piel de su mentón temblaba imperceptiblemente. Don Efrén tenía una mirada lánguida y como escurridiza. Miraba a todos lados, con ansias de descubrir la presencia de Máximo, para indicarle con los ojos que estuviera tranquilo, que acababa de hablar con el sargento y que no tendría nada que temer. Pero Máximo no aparecía.

Los que llevaban a la Virgen en andas eran gente principal de la comarca. La mayoría de ellos iban vestidos como la gente de la ciudad, con camisa y corbata, pero había dos o tres entre ellos, fieles a las características del lugar, que vestían el calzón corto y la blusa campesina sobre la recia faja de paño negro. Todo ello olía a sastrería nueva y adhesión a la nueva política del campo, que consistía en extraer de sus

meollos las raíces más antiguas de la tradición.

Se veía avanzar a la Virgen. Su silueta sobresalía entre la muchedumbre, que se apiñaba alrededor como una marea incesante. Los portadores la llevaron hasta el otro extremo de la explanada. A mitad del camino se les había incorporado la Guardia Civil, que había saludado presentando armas. El sargento Delicado tuvo la satisfacción de incorporarse a la Presidencia, junto al cura y los alcaldes, mientras los números, arma al hombro, se ponían a ambos lados de la sagrada imagen.

Cuando llegaron al final de la explanada, la Virgen fue entronizada en un altarcito que estaba preparado justo bajo los grandes olmos que daban al río. Entonces empezó ante la imagen la expresión del folclore de la comarca.

En primer lugar, los mozos bailaron ante ella con los bastones. Hacían sesgos y daban vueltas muy rápidas, blandiendo unos gruesos palos con los que daban unos golpes muy fuertes, que iban a chocar contra el bastón del compañero. De no estar a punto para coincidir, la arremetida hubiera descalabrado al otro. El juego era veloz y sonaba el aire con el clac impetuoso de la madera, en un eco seco y potente. El ruido era obsesionante. Las mozas contemplaban la facha y el sudor de los chicos, todos ellos muy jóvenes, aún no en edad de ir a la guerra, jadeantes de un placer casi lúbrico en el zarandeo de los bastones. Algunos de ellos se animaban con gritos guturales y agudos, que eran como aullidos resonantes de su propia satisfacción vital.

Vino después la «Golgotada», melopea dramática que era una especie de representación simbólica de la pasión del Señor, hecha con rústicos elementos coreográficos. La representación debía de ser muy antigua, legado de las representaciones en los claustros de los monasterios en tiempos medievales. El Cirineo narraba el espanto que le había sobrecogido en la Vía Dolorosa y cómo por ello había acudido a socorrer al Señor:

*... lo vegí tan capficat,  
tot ell fet una desgràcia...»*

Otro elemento iba remedando las caídas del Señor a medida que avanzaba con la Cruz a cuestas. Cada uno de los clavos se representaba con un realismo estremecedor, así como la lanzada y el vinagre, los truenos y relámpagos que estallaban en la tiniebla. Finalmente, el que interpreta el papel de Cristo era izado en la Cruz para contemplación de toda la muchedumbre. Aquel era un momento solemne de hondo dramatismo; parecía que toda la muchedumbre participara realmente del misterio que se estaba evocando. Un hombre del Maestrazgo, hierático, terso, con los brazos tendidos, surgía como un Cristo dramático en mitad de la niebla y hasta parecía que su rostro perleara de un sudor agónico, para lección de cuantos le miraban. Ese era el punto máximo de la celebración. Las gentes recordaban como a clásicos a los más relevantes de los nombres que habían encarnado el silencioso pero espectacular papel de Cristo en la «Golgotada» de hacía años. También los intérpretes se afanarían en

dar a la pantomima aquellos carices más representativos, los rasgos de expresión más hondos e inéditos. Quién con un gesto, quién con un estertor, el otro con una dramática sacudida, muchos habían aportado a la interpretación del Crucificado un destello personal.

La «Golgotada» duraba cerca de una hora, pero todo el mundo la escuchaba y la presenciaba con un silencio y una atención totales. Aquel año, primero después de una serie de obligado silencio, el *Xic de les Mustardes*, que la había interpretado, bordó su papel, elevándolo a rangos que pocos años había tenido. Finalmente desfilaron ante la Virgen las niñas del valle. Iban vestidas de blanco y llevaban en la mano un lirio o una azucena artificiales. Una de ellas recitó un poema, que los asistentes no entendieron, y luego subieron todas ellas, una por una, al altar y besaron el leño reseco de la imagen.

Después de esta última representación y mientras la Virgen seguía en el altar toda la jornada, la muchedumbre pudo volver a sus carros y, bajo los toldos, organizar la gran comilona para la cual habían traído desde el valle todos los pertrechos. Salieron a la intemperie ollas, cazuelas y sartenes. Se improvisaron sobre las piedras fogatas y cocinas campestres. Pronto se vieron surgir en toda la explanada y más allá, por el valle, en la ribera del río, en las lindes del bosque, infinidad de fuegos de leña sobre los que crepitaba y bailaba el sofrito de un arroz; pronto el campo olió a fritura, a vianda. Las botas de vino iban de mano en mano y se veía el hilillo negro caer raudamente sobre los labios carnosos de algún cincuentón, que pronto atronaría el aire con una jota o una balada.

De pronto el sargento Delicado vio venir jadeante a la Vicenta, que, desgreñada, corría destemplada sobre las piedras de la ribera. Se la veía presa de una gran agitación. Venía sola.

—¡Ay, Delicado, lo que me ha ocurrido! ¡Ay, que ha venido el bandido y me la ha quitado! Yo he sacado el pañuelo, pero era tarde ya y tú no me has visto.

—Cuenta, cuenta, mujer. No te atolondres —dijo él, alarmado pero firme.

—Ha sido el ciego del romance el que ha llamado la atención. Se nos acerca y le da un papel a Blanca. Le dice: «Toma, me han dado esto para ti».

—¿Y Blanca qué ha hecho?

—Se ha puesto lívida. Mira tú el papel. Aquí lo traigo. Leyó que decía: «Buelbe conmigo, mujer».

La Vicenta seguía explicando:

—Hemos seguido caminando, sin que él apareciera. Íbamos bordeando el río cuando he sentido que alguien me ponía aquí, a la altura del riñón, la punta de un cuchillo. Fíjate: me ha agujereado el vestido, lo sentía por encima del corsé. Y la voz del bandido me decía: «Quieta y alante. Si das un grito, te pincho». Y así, empujándome, me ha llevado hasta el puentecillo. Entonces él ha cogido a Blanca y tranquilamente se ha ido por el puente.

—¿Y no has gritado?

—Sí he gritado, pero no me oíais. Me he desgañitado de tanto gritar. Pero ni me oíais, con el jaleo que había, ni reparabais en lo que estaba ocurriendo, esa es la verdad.

El sargento Delicado inclinó la cabeza, con un gesto de profunda reflexión. El bandido se había apuntado un tanto. Pero era solo el primer tanto en aquella larga batalla. Preguntó a la Vicenta:

—¿No traía caballo?

—Yo no se lo he visto. Además, no tenía el aspecto de esos. Parecía fatigado, un hombre que va por el monte. No creo que traiga caballo.

—Si es así, no iré lejos. Conviene, sobre todo, no crear aquí la alarma. Hay que pillarle, pero sin hacer ruido —y fue caminando hacia el lugar en que se hallaban los números de su fuerza. Estaban de pie, con el arma al hombro o en la mano. Al verle que se aproximaba fueron a su encuentro.

—El bandido ha sido visto, señores. Hay que ponerle cerco, pero sin levantar ninguna sospecha. Hace muy poco que ha cruzado el puentecillo. Se ha llevado a Blanca, la mujer. Debe de andar por esos matorrales —indicó, señalando unos que poblaban la superficie de unas rocas, al otro lado del río. Poco después las rocas se elevaban y se convertían en un espeso bosque—. Alto ahí. No hay que apresurarse —dijo, conteniendo el gesto de algunos que ya pretendían ir para allá.

Carraspeó levemente, lo que acentuó lo sombrío de su rostro, y continuó hablando:

—Él se cree que si llega al bosque está ya a buen recaudo. Pero se equivoca. También se cree que nosotros actuaremos con prisa. Se equivoca también. Lo que haremos ahora es rodearle por detrás. Que ocho de vosotros salgan y le rodeen por el otro lado, por dentro del bosque. Luego, cuando empiecen los fuegos artificiales, nosotros le atacaremos de frente, por el camino. No tiene escapatoria.

—Mi sargento, ¿y por qué esperar a los fuegos?

—No quiero aturdir a todo el personal que se está divirtiendo. Este es un día de solaz. No les vamos a amargar la fiesta. Si hay que disparar, será cuando empiecen los fuegos. La gente confundirá los ruidos y ni se dará cuenta. ¡Ah, voy a hablar con el cura, para que si es necesario adelante la hora de la traca!

Los ocho números que tenían que cortar el camino de huida al bandido se dispusieron a emprender la marcha. Iban dirigidos por Mario, Iniesta de apellido, que ya había participado en las anteriores operaciones para la captura de Máximo y que ínterin había recibido los galones de cabo.

—Vamos, pues —y se pusieron en marcha.

Luego el sargento Delicado se acercó a donde estaba el cura. Este se había sentado con los alcaldes en la altiplanicie que daba acceso a la ermita. Allí, a la sombra, se estaba cocinando un succulento arroz. Los alcaldes contemplaban la ebullición del guiso y adquirían un aire de autoridad al expresar sus pareceres.

—Me parece que va corto de sofrito. Yo le hubiera puesto un poco más.

—Mira que tú entenderás mucho de cómo va la alcaldía y lo que hay que darle a la vecindad, pero de arroces, el especialista soy yo y no me dejes enmendar la plana.

—Bueno, bueno, allá tú... Pero la responsabilidad, a fondo. Luego tendrás que rendir cuentas.

—Echa un trago y cállate.

Cuando el arroz estuvo listo se sentaron en unas banquetas que estaban dispuestas junto a una larga mesa. Presidía don Efrén. Estaba muy alegre, con cara de pascuas, y correspondía a las bromas que le gastaban con una mirada cándida y risueña.

—Hoy levanta don Efrén hasta la veda del sexto mandamiento. Mirad a las jóvenes cómo se escabullen hacia el bosque. Don Efrén sonreía.

—Si no hay peligro, no hay peligro. Los jóvenes, que son los que dan cuitas, están todos en la guerra. Y las chiquillas solas no pecan. Y mucho menos en el día de la Purísima.

Pronto empezaron a comer. Los tropezones de pollo y de conejo que había en el arroz eran engullidos por los comensales con una voracidad extraordinaria. La bota de tinto corría de mano en mano.

—Don Efrén, sería conveniente que media hora después de que empezara el baile se disparara el castillo. La fiesta tendría más notoriedad y sería el momento justo en que los ánimos están más caldeados.

—Yo encuentro que el castillo es bonito al apuntar la noche. Es cuando los cohetes y las estrellas destacan más. En las fiestas de antes de la República se hacía siempre así —objetó el alcalde de Freta, un villorrio del llano, que había pasado dos años escondido en un pajar y era considerado como una autoridad por los otros.

—Pues este año se hará a la media hora de empezar el baile —atajó el sargento.

—Pero ¿por qué?

—Tengo órdenes.

Todos callaron. Ante aquello no había nada que objetar. Sería una precaución de la Dirección General de Seguridad para evitar disturbios o para preservar la moralidad de la fiesta religiosa.

Después de la comida empezó el baile. Los músicos ocuparon su sitio, en un puesto prominente de la explanada.

Con un ritmo veloz, los violines empezaron a tocar los acordes pimpantes de un pasodoble. Inmediatamente, viejos y jóvenes salieron a bailar sobre la tierra de la explanada.

Fue el momento en que el sargento Delicado se incorporó. Se reunió con los cuatro números que se habían quedado con él. A estos vino a juntárseles un quinto número. Acababa de llegar del bosque y venía de parte del cabo Mario.

—¿Qué hay? ¿Algo nuevo?

—No, sargento. Únicamente que hemos visto al Máximo y a la mujer. Están en los comienzos del bosque, seguramente esperando que vayamos contra él. Pero nosotros los tenemos copados por el otro lado. Esto es lo que me envía a decirle el



cabo Iniesta.

—Bien, bien, Martín. Quédate con nosotros. Ahora mismo vamos para allá.

Aún estuvieron remoloneando por el valle, yendo de grupo en grupo, mirando distraídamente a las parejas que bailaban, como si quisieran dar tiempo al tiempo y dejar que el bandido se pusiera nervioso. Eran ya las tres de la tarde cuando se pusieron en camino.

Cruzaron el puentecillo y entraron en los matorrales. Estos eran una larga extensión de roca gris, cubierta de maleza que la salpicaba de grumos de un verde intenso. Se abrían paso entre la maleza, pero los números temían echar a perder así el buen paño de sus pantalones de gala. El sargento Delicado era un hombre obstinado. Iba delante de todos ellos abriendo camino, con la cabeza gacha, como si maliciara algún contratiempo.

Después de andar un buen trecho, el número que había ido de enlace se puso a su lado.

—Mire. Están por allí. Si paramos un momento casi podremos oír su voz.

Pararon y se pusieron a escuchar. No se oía nada. Pero en la media neblina pudo el sargento distinguir unos bultos que se movían en lo alto de un promontorio. Detrás mismo de aquellos cuerpos se veía la masa uniforme y negra de los pinos y de los robles.

—Ahí está. Agachaos. Vamos a pillarle.

Puso las manos sobre su boca haciendo con ellas un embudo y gritó:

—¡Máximo! ¡Estás perdido! Te tenemos copado. ¡Ríndete de una vez!

Desde el primer instante Blanca había reconocido a Máximo en el hombre del romance.

El bandido había sabido desfigurarse bien. Se había compuesto un birrete del que emergían unos pelos ajenos, teñidos, y un gabán raído que le llegaba hasta los pies. Pero tras de reconocerle, Blanca no había dicho nada a la Vicenta, la mujer del sargento. Nada más verle quedó inmovilizada por el fulgor de los ojos del mendigo, que parecían traspasarla, que le impedían hablar.

Cuando Máximo comprendió que ella le había reconocido, se le había acercado y le había entregado aquel papel: «Vuelve conmigo, mujer». En esta propuesta estaba contenido todo lo que la mirada de Máximo, bajo su disfraz, había tenido de suplica feroz. Era como la mirada de un animal herido, como la oración atormentada de un réprobo. Todo su cuerpo era un jadeo de espera y de contención, una requisitoria que reclamaba piedad. Cuando Máximo, ya sin el disfraz, se había acercado a la mujer del sargento y la había amenazado con el cuchillo, pinchándole en el torso, Blanca había respirado tranquila porque el gesto de él la obligaba a seguirle. Se sentía incapaz de empezar a gritar, incapaz de delatarle. No podía hacer más que ser dócil a su voluntad e ir con él a donde él quisiera llevarla.

Pero Máximo no había querido llevarla a ningún lado. Ya en el monte la miraba con infinita ternura, con una mirada que había perdido todo su lastre de huera sensualidad. En aquella mirada no había más que amor. Un amor quizás elemental, fraguado en la soledad y que no exigía más que compañía y comprensión. Que no pretendía más que un diálogo, un rato de coloquio, respirar el mismo aire, hacer prisionera aquella mano blanca y luego dejarla huir otra vez.

—Blanca, te he echado de menos. No he podido vivir solo, sin ti.

Ella se estremeció al oír aquella voz que tenía tan aprendida de las jornadas en el monte y que había estado oculta durante unos meses. Pero no dijo nada. Se limitó a escucharla, sin atender al significado de las palabras que pronunciaba.

Iban caminando lentamente por la roca, sorteando los macizos de maleza y como si no tuvieran prisa; caminaban hacia el bosque, pero no parecía que tuvieran un empeño especial en llegar hasta él.

—Nunca me había ocurrido que por la noche diera vueltas y más vueltas hasta poder dormir. Llevo contadas las estrellas a millares, por tu culpa. Y no por la ganas de estar sobre ti, no lo creas. Eran las ganas que tenía de estar a tu lado. No me acordaba del momento de tenerte, sino luego, de cuando tú ponías tu cabeza aquí. ¡Si supieras cómo he echado de menos tu cabeza sobre mi hombro! Me parecía sentir que me apretaba el corazón, y entonces me dolía toda la tetilla. Pensaba: si la cabeza de la mujer no se pone aquí es como si me quitaran el respiro. Ya no tengo corazón; es como si me lo hubieran arrancado... Pero tú no te has acordado nada de mí, ¿verdad?

—Pensaba en venir a traerte el chico, eso pensaba. ¿No piensas que me has hecho un crío, que me has hecho sufrir, que he gritado de dolor cuando lo paría?

Máximo pareció compungido. Preguntó al fin:

—¿Cómo es?

Ella le miró de hito en hito:

—No se parece a ti, sábelo. Es un chico guapo.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no habré nacido hombre honrado? ¿Por qué no podrías ser mía y yo un hombre honrado? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Era tal la expresión desolada que ofrecía Máximo en aquellos momentos, que Blanca sintió que no sería capaz de entregarle. Por primera vez desde que se trataba con él veía a aquel hombre como un ser derrumbado, como un tipo que finalmente tiene noción plena de su soledad, como un ser afligido que está absolutamente solo, un ser que necesita a alguien, que pide desesperadamente ayuda. En su desesperación había un trasfondo absolutamente humano, al que Blanca se sentía incapaz de negarse.

—¿Ya sabes a qué he venido aquí? —le dijo. Y añadió, con un leve temblor en la voz—: He venido a delatarte. Estaba de acuerdo con el sargento Delicado para entregarte. Sí, me has hecho mucho daño y has hecho mucho daño a la gente. Has matado a muchos, entre ellos a cuatro guardias civiles. Eso no lo perdonan ni ellos ni la sociedad. Y a mí me has deshonorado y me has convertido en una golfa, y la gente

no quiere mirarme a la cara, y mi propio hijo es un baldón. ¿Qué puedo hacer, yo misma, en adelante? Tú has acabado con mi vida; solo sirve para que tú la cantes en un romance, para eso sirvo yo —y Blanca se echó a llorar. Él se acercó y le pasó la mano por la nuca y la acercó a su pecho. Ella se atemperaba sintiendo el olor a sudor y a hombre que emanaba de aquel cuerpo. De pronto él la apartó.

—El sargento cree que es él el que me va a pillar. Se equivoca: quien me ha pillado eres tú. Al principio estaba bien en el monte. Me iba bien la vida que llevaba allí. Estaba conforme con andar a salto de mata y entrar en las masías y arramblar con una bolsa aquí, con un par de sortijas allá o con un poco de comida. Cuando tú llegaste también estaba bien. Yo no me daba cuenta, pero empezaba a vivir enteramente para ti. No advertía que todo lo mío empezaba a girar alrededor de ti. Cuando te fuiste pensé que yo no tengo nada que hacer aquí. Ahora, el monte eres tú, mi vida eres tú; sin ti soy hombre muerto.

Volvió a acercar su cabeza y empezó a acariciarla y a besarla apasionadamente, una vez y otra, de modo que ella se sentía aturdida y dominada, como si estuviera a expensas de un vendaval. Él se fue atemperando. Poco a poco volvieron a andar, en dirección al bosque; él iba delante, con la cabeza baja, y ella le seguía.

—No sé qué hacer, mujer, te juro que no sé qué hacer. ¡Si pudiera sacarte de aquí! ¡Si pudiera llevarte a Francia a través de los montes! ¿Quieres que lo probemos? Estoy seguro de que contigo lo puedo todo. Pero sin ti no soy nadie.

Ella le miraba, como si no parara mientes en lo que él decía, atenta solo a tenerle en los ojos, a llenar con su imagen la plenitud de su ser.

—Pero ¿cómo llegar a Francia? —continuó—. ¿Lo sabes tú? Mira lo que hay que cruzar: este monte y el otro y el otro. Hay que saltar por puentes, docenas de ríos, cruzar cien pueblos; hay que pisar nieves y granizos, hay que albergarse de mil chaparrones y tormentas. Hay que estar dos años caminando. Cuando lleguemos allí seremos viejos. Y hay que cruzar el frente otra vez. Hay que oír otra vez el ruido de los disparos. No, no puedo llevarte allí. Te he hecho un crío. No puedo llevarte a Francia. Pienso que no tengo más solución que morir.

—No, no es cierto. Puedes vivir aún. Puedes huir tú solo. Tú solo puedes llegar a Francia.

Él la atrapó en la mitad de su vehemencia y le dio un beso ardiente y prolongado en la boca, que la derribó al suelo, que los derribó a los dos entre los matojos. El vientecillo era fresco e inundaba el campo con profundo silencio. Unas aves cruzaron por el cielo profiriendo agudos graznidos. El abrazo se hizo más prieto, los cuerpos rodaron junto al matorral, hubo el palpito común de la carne. Blanca se sentía como en otro tiempo, a merced del viento y del hombre.

Luego, al levantarse y aderezarse la ropa, pensó que aquello no tendría remedio jamás. Le entró una profunda tristeza, la sensación de un desamparo total.

¿Era posible que su vida hubiera terminado? ¿Era posible que nada en su existencia tuviera remedio? ¿A quién había que invocar? ¿Sería a aquella Virgen ante

la que estaban bailando todas las gentes de los pueblos, las mismas gentes que se habían mofado de ella a escondidas?

Como una ráfaga pasó por su mente la idea de la ineluctabilidad de su destino, el modo como había sido atada sin querer a una serie de circunstancias que la tenían condenada, maldita. No había nada que hacer. Esta verdad se le hizo evidente como un axioma. Todo estaba escrito, era inútil querer volver atrás. No habría marcha atrás posible; lo pasado la encadenaba a lo futuro. Estaba condenada a seguir por los caminos de aquel hombre, lo quisiera ella o no. Era inútil cualquier intento de liberación que intentara; para siempre, su suerte era la de Máximo.

Si esto era así, lo mejor era disponer a morir, dejar de tener miedo a la muerte y prepararse a ella. Él mismo lo había dicho: «Pienso que no tengo más solución que morir». Esa era la solución de los dos. Pensó en su hijo. En adelante, ella no sería para él más que un estorbo. No podía condenarle a vivir toda la vida con el estigma de un nacimiento ruin del que ella sería perpetuamente la imagen. Al instante de comprender la propia muerte como una liberación la invadió una sensación bendita de calma, de serenidad. Sentía su respiración como un hecho leve que la aligeraba. Su ánimo se iba abriendo a perspectivas más suaves. Su corazón empezaba a latir con pausa. Y miró a Máximo con unos ojos distintos, como si tuviera con él una empresa gigantesca en común, la empresa de hacer de las de ellos dos una sola muerte, que era como hacer de sus dos vidas una sola. Sonrió por dentro, en el interior de su ánimo. Ella siempre había detestado el tipo de boda que hacían las gentes de su casta, una boda burguesa. Se había burlado del ramo de azahar, de la comedia que representaban las novias con los falsos escrúpulos, los mimos y los arrumacos de la noche de boda. Pero esa sí sería una boda de verdad. ¡Amaba a Máximo para morir con él! Allí no había castas, ni clases, ni conveniencia alguna. Él no era más que un bandido y ella nada menos que una ramera. La boda iba a ser exacta, puntual.

Fueron caminando y subieron por el desmonte hasta alcanzar el bosque. Allí se sentaron, al borde del barranco, en un lugar que podría ser visto y vigilado desde la lejanía. Parecía importarles poco.

—Ya sé de qué te reías —dijo él—. Seguramente era de la facha que tenía cuando me viste vestido de cantador de romances. ¿Sabes cómo aprendí y de dónde saqué el cartel?

Ella le miraba sonriente, esperando la respuesta. Desde la explanada había empezado a llegar el sonido de los violines y de los tambores al empezar el baile. Se notaba como un aire festivo y un ambiente de alegría que procedía de la ermita. Estuvieron unos segundos aguardando y escuchando. Luego Máximo dijo:

—El romance me lo enseñó *el Farias*, que era un mendigo andaluz que estuvo conmigo en Monzón. El pendón me lo pintó Curro Moscas, un artista que tenía barraca en el Rastro de Madrid y pintaba cuadros por encargo. Cuando alguien le preguntaba de dónde sacaba aquellas pinturas tan buenas, él decía: «¡Bah, jugo de moscas!».

Los dos rieron. La imagen de Curro Moscas y del *Farias* parecía alegrar aquella hora tan rara. Blanca le preguntó entonces a Máximo:

—Dime, hombre. ¿De dónde eres? ¿Dónde naciste?

—Si tienes curiosidad, te diré que nací en Lorca, provincia de Murcia. Mi madre era la encargada de un burdel. Cuando yo era chico lo que más me pirraba eran los toros. Me escapaba de la casa de putas para colarme en los tentaderos de la provincia de Jaén. Perico el Sarnoso y yo nos íbamos a torear desnudos a Pegalajar, donde había un cortijo. A Perico lo aplastó un toro. Luego me pusieron a guardar ganado. Me moría de hambre, maté un cordero y huí. Hice el viaje de Murcia a Valencia en los topes de un tren. La cantidad de hambre que pasé en aquel tiempo fue inmensa. Yo te digo que no empecé a ser hombre hasta que entré en contacto con los «pringados». Ese sí era un grupo bueno. Y al hombre que más he admirado en mi vida ha sido al *Roquete*. ¡Qué gran tío aquel!

En aquel momento sonó con un gran estampido el petardo precursor de la traca.

—Aquellos años sí que fueron buenos. A pesar del peligro, a pesar de tener uno que esconderse siempre y de ir sorteando a la bofia, mi tiempo con los «pringados» no lo cambio por nada. Éramos cinco o seis, muy unidos, presididos por *el Millàs*, un tío que los tenía bien puestos. Le mataron en Barcelona en los sucesos de mayo. Entre ellos estaba *el Roquete*. Asaltamos algún Banco y una vez nos cargamos a uno de la compañía de tranvías. Nos juzgaron y agarrotaron al *Roquete*. Nunca he visto que un tío muriera con aquella entereza...

—¡Máximo! ¡Estás perdido! Te tenemos copado. ¡Ríndete de una vez!

Blanca tardó en darse cuenta de la realidad. Tenía el hombro de Máximo cogido con su brazo y estaba extasiada contemplándolo y escuchándolo hablar. Fue Máximo quien se rebulló y se puso al margen, como con el instinto de resguardarla.

—¿No me oyes?

En aquel momento sonó el estrépito de la traca que se disparaba. Se veían estallar en el cielo docenas de cohetes, que desparramaban en cascada, como las ramas de una palmera, surtidores con estrellas de fuego, verdes, doradas, azules, encarnadas, en infinita profusión. Un reguero de luz culebreaba en el aire y a un estampido seguía otro sin interrupción, en alegre barahúnda. Máximo y Blanca contemplaban aquella muchedumbre de estrellas y de luz y de pronto Blanca observó, alarmada, cómo Máximo hacía un gesto de prevención, se llevaba las manos al vientre y hacía una grotesca mueca, mientras dominaba un ¡ay! bronco. Le tendió los brazos, le contuvo.

Al contacto, toda su falda gris había sido teñida de sangre. Vio un copioso borbotón que salía de la bragueta del hombre.

—Me ha dado. Ese cabrón me ha dado —barbullaba él.

Blanca fue hasta donde estaba el fusil. Máximo lo había dejado apoyado en un árbol y allí esperaba, con la cartuchera. Con uno y otra volvió Blanca al lado de Máximo, que se había tendido en el suelo, apoyando su tronco en una roca. No se podía valer.

El estampido de la traca cesó unos momentos, para pronto reanudarse. Entre tanto se oyó la voz del sargento:

—Tú lo has querido, Máximo. Prepárate. Ahora vamos para allá.

Blanca estuvo indecisa. Veía a Máximo, derrotado, malherido, en el suelo y le pareció leer en su mirada una súplica, un deseo de venganza, la resolución de aguantar y de no rendirse. Si estuviera bueno, vendería caro aquel momento. Blanca tenía el fusil en la mano. Se puso en pie, de cara a la maleza. Se llevó el fusil a la cara. Vio por el punto de mira la silueta del sargento Delicado, que avanzaba. Era como una masa gris en la tarde. Avanzaba como una fuerza ciega, con la ineluctabilidad con que cae una piedra en el abismo, sin pensar. Apretó el gatillo. Notó en su hombro la presión de la culata del fusil, al ceder. Quedó un momento desconcertada.

El sargento Delicado, sorprendido, hizo un breve alto. Iba seguido por sus cinco secuaces.

—¡Ah, mamona! Conque ¿ésas tenemos? Tú verás.

Blanca iba a llevar otra vez el fusil al rostro cuando vio que, lejos, el sargento Delicado apuntaba contra ella con una voluntad indómita, como una fuerza ciega. La mujer no tuvo tiempo de disparar. Sintió a la altura del pecho una quemadura mortal. De pronto todo empezó a desaparecer.

Antes de disparar, el sargento Delicado había oído que el número Ruipérez, el que había llevado el parte del cabo Iniesta, le advertía:

—Sargento, que es la mujer.

—No importa —y había disparado.

Blanca había caído al lado de Máximo y fue la primera cuyos ojos dejaron de ver la luz. Lo último que vio fue el pelo revuelto del bandido. Alargó su brazo y tuvo tiempo de llevar su mano hasta la sien de él. Allí quedó, pálida e inmóvil. Máximo jadeaba con un estertor. Veía como se iban acercando el sargento y su tropa. Pero se daba cuenta de que Blanca había muerto. Aún sintió como el sargento Delicado se ponía a su lado. Luego no pudo percibir nada más. «A los dos nos ha pillado. Los dos morimos a la vez», pensaba.

Del interior del bosque empezaron a surgir los números que habían ido al mando del cabo Iniesta. Rodeaban a los dos cuerpos.

El sargento Delicado se dirigió a toda su tropa. Hablaba con una voz sonora, de triunfador:

—Así como así, esas mujeres son un mal ejemplo. Aun en el supuesto de que no haya sido suya la culpa, hace muy mal efecto verlas tan panchas, por la calle, sacando a pasear a sus críos. Si se comprometieran a estar encerradas con ellos hasta que fueran mayorcitos, bueno. Pero no. Insisten en salir, en hacer la vida como las demás. Y no son como las demás, desengañémonos. Y luego esos críos, nacidos de un coito perdulario, ¿qué lección pueden ser para los hijos de la gente decente?

Desde el cabo Iniesta hasta el número Ruipérez todos daban su conformidad. El

sargento Delicado estaba satisfecho de su acción y de este asentimiento.

—Yo creía que la mujer estaba con nosotros —objetó el cabo.

—Pues ya lo has visto. No hay que fiarse de nadie. Algunas mujeres son así, son unas puercas. Por algo se abriría de piernas.

—Eso digo yo —dijo el cabo Iniesta—. Pero aunque no hubiera sido así, ¿íbamos a echar a perder el buen fin de la operación total por un escrúpulo?

—Bien, Iniesta —atajó el sargento Delicado—. Lo que vais a hacer ahora es lo que sigue. —Se acercó a los dos cadáveres y los contempló con unos ojos expertos.

Ella era guapa. Aun entonces estaba de buen ver. Era peligroso enzarzarse con mujeres así. Una mujer de esas pilla a un guardia civil joven y soltero y mete la discordia en el Cuerpo. Por eso los guardias civiles deberían casarse pronto. Él había tenido esa suerte con la Vicenta, la suerte de encontrarla y la suerte de que le templara los apetitos. Sería el momento de ofrecerle lo que durante tanto tiempo había estado rumiando: irían a Zaragoza a ver *La Parranda* y *Los de Aragón*.

—¿Cómo decía, sargento?

—¡Ah, sí! Cogedlos y llevadlos a la iglesia. Quiero que todo el mundo los vea y que esto sirva de lección. Yo mismo voy para allá y hablaré con el cura. Primero los lleváis al río y los limpiáis bien limpios. Luego los ponéis expuestos en la ermita, frente a la puerta, para lección de todos.

Los números empezaron a bregar con los cadáveres, dispuestos a llevarlos al río. El cabo Iniesta tuvo la idea de hacer unas parihuelas con unos troncos de abeto que había que arrancar junto a la corriente.

El sargento Delicado se volvió y fue caminando hasta la ermita. Cuando llegó, la imagen estaba de nuevo en su altar y las parejas seguían bailando en la explanada. No obstante, algunos carros ya habían abandonado el lugar. Eran principalmente los que habían llegado de los pueblos más distantes.

Se acercó a don Efrén, que andaba distraído entre la población.

—Don Efrén, han sido habidos el bandido y Blanca, su cómplice. Quiero que queden expuestos durante la noche en la puerta de la iglesia, frente a la imagen de la Virgen del Tronc. Como patrona del lugar, le agradecerá que se le rinda esta señal (le pleitesía, para lección de todos.

Don Efrén estaba espantado, no podía comprenderlo.

—Pero ¿es que los han matado? Me dijo usted que no los matarían, que se trataba de pillarlo vivo y solo a él. ¿Por qué ha tenido que matar a la mujer?

—¿No le he dicho que era su cómplice? ¡Menuda lagarta!

—¡Dios los tenga en su gloria! ¡Él nos bendiga a todos!

—Que buena falta nos hace, don Efrén. ¡Tal como está el mundo!

Cuando llegaron los guardias civiles con los cadáveres se formó un enorme corro que obstruía la entrada en la iglesia. Luego, durante mucho rato, la gente del pueblo fue desfilando por delante de ellos.

Unas viejas sombrías empezaron a responder a las avemarías del rosario que

estaba dirigiendo don Efrén. Cuando acabó, don Efrén rezó un responso y roció a los cadáveres con unas aspersiones de agua bendita.

Daban guardia a los cuerpos cuatro guardias civiles, que al cabo de varias horas vieron como por el oriente empezaba lentamente a clarear. Poco después del alba, llegó el juez y se hizo cargo de los muertos.



## XVIII

A PRIMEROS DE DICIEMBRE, fue suspendida a causa de la lluvia la orden de avanzar que acababa de ser dada a las tropas. Los aguaceros cayeron sin interrupción sobre una tierra en calma; volvió a llover sobre la sierra de Pándols.

Llovió durante otros ocho días seguidos, intensamente. Los caminos del monte quedaron hechos un barrizal. Allí donde los obuses habían estallado, el fango se volvía pastoso; era una materia donde, al poner el pie, quedaba marcada la huella de la bota. Los árboles quedaron empapados; días después de la lluvia aún se veían los manchones de la humedad en los troncos de los pinos del bosque. La tierra parecía brillar. En las rodadas y en los huecos de los surcos parecía que reverberaban mil cristales, por el reflejo de la luz en el agua caída.

El agua de la fuente no había dejado de manar. El gran charco de su contorno se había enturbiado, pero el manantial seguía fluyendo sin cesar, con un rumor plácido y gutural en mitad de la maleza. El agua no cesaba de manar, fueran cuales fueran las circunstancias del exterior. Con tiros o en calma, en mitad de la lluvia o en la bonanza, el agua brotaba de la roca incesantemente. Esa era la inmutabilidad del bosque y de la vida; tampoco las estrellas habían dejado de seguir su curso, a pesar de la discordia de los hombres; habían seguido su camino sin percibir siquiera que estallaban las cargas explosivas, que millares de hombres morían en la lucha y que un inmenso manto de dolor cubría la superficie de la tierra.

Después de la lluvia el campo pareció abrirse en una fenomenal espera. El otoño encendió la variedad de todos sus colores. La fronda de algunos árboles se tiñó de una tonalidad ocre y dorada. Por los caminos se notaba el crujir de la hojarasca. Era un ruido apretado y seco, nacido en la planta del pie al pisar con las botas la basta alfombra vegetal. De vez en cuando se veía gravitar a contraluz, con sus alas de cebolla irisadas, la majestad de una libélula, calmada aquí y veloz un poco más allá.

Los soldados aprovecharon los días de lluvia para fortalecer sus posiciones. Apuntalaron los parapetos y acabaron de cubrir los techos de las chabolas. Toda la sierra había sido conquistada y las tropas nacionales habían llegado hasta el mar. En las posiciones del monte, mantenidas en espera de nuevas órdenes, reinaba una calma absoluta. Se oía de punta a punta de la sierra un rasgueo de guitarras y la llamada de los centinelas que gritaban con voz templada su alerta, de posición en posición.

Carlos Rius iba muchas tardes en busca del viejo de la cabaña. El viejo se apellidaba Morell y decía que vivía en el monte desde hacía muchos, muchísimos años. Nunca se había casado y llevaba también muchos años sin conocer mujer. Era un tipo agreste, que vivía únicamente para los trabajos del monte. Era también un tipo malicioso. Se parecía al zorro por la listeza de sus ideas y de sus pasos; caminaba sobre las piedras sin hacer ruido, con el sigilo de un animal de presa. Conocía a los

animales del bosque como si fueran sus semejantes. Contaba de las liebres y de las ardillas cosas que hacían pensar si en su alma no viviría también una liebre o una ardilla. A Carlos Rius le agradaba y le distraía la compañía de Morell.

Después de la lluvia salieron al bosque a buscar setas. Morell tenía olfato especial para detectar el lugar donde estas se escondían. Era un placer soberbio andar junto a él, pararse en un recodo cubierto de hierba o junto al tronco de un árbol, levantar un trozo de musgo y descubrir, orondas, plateadas, las superficies redondas de un grupo de setas, como una bendición nacida del humus mismo del bosque. Esas setas iban llenando poco a poco los interiores de unos cestos que los dos hombres llevaban consigo. Las había de toda forma y tamaño. Unas eran oblongas y robustas, de una materia como de marfil, que exudaban oro y orín por sus concavidades y parecían tubérculos grasos llenos de vida y de sazón. Otras eran planas, con un tallo ligeramente oblicuo por el que discurrían hileras de hormigas entre gotas de agua y de humedad. Todas ellas iban a parar al capazo.

Y había otras, y otras; el bosque entero estaba pletórico de esas formas vegetales nacidas de la humedad, a las que el otoño ponía un lustre de oro.

Con tan abundante acopio de robellones, Carlos y el viejo decidieron un día hacer una robellonada en la cabaña. Enviaron un recado al capitán-fraile. El dominico era llamado así por los dos, nunca por el apellido. El fraile parecía tener libertad para andar por un lado y otro del frente sin estar sujeto a una unidad determinada. Naturalmente que lo estaba; pero su condición le permitía una libertad de movimientos que los otros no tenían. A la hora convenida el capitán-fraile se presentó en la cabaña; llegó desde Mora, donde estaba destinado.

Justamente aquel día Miguel Llobet había llegado a la posición de Carlos Rius. Desde que Carlos Rius descubriera su paradero en el frente, Miguel y él se habían estado enviando recados y cambiando correspondencia, pero nunca habían logrado volverse a conectar. Miguel Llobet iba a incorporarse a su antiguo batallón, que estaba destinado nuevamente en el Ebro. Pero antes de salir para su destino había decidido hacer una visita a Carlos Rius. Este se alegró enormemente de verle y le invitó a compartir con ellos la ingestión de los robellones.

Fue el viejo Morell quien los cocinó. Sobre unas anchas parrillas, aderezados con aceite y ajo, aquellos robellones, junto a las grandes hogazas de pan moreno, iban a constituir para ellos un recuerdo gastronómico de primer orden. El fuego los salpicaba y el aire desparramaba por el contorno un olorcillo picante, que sabía a resina y a bosque y que parecía condensar todos los sabores de la tierra. La alacridad del condumio fue rociada con largas tomas del tinto de la bota que el viejo tenía habitualmente colgada en la pared y que en aquella ocasión había sido puesta a refrescar en el agua del manantial durante largas horas.

El viejo se había vuelto locuaz. Había nacido en Puerto Rico, había sido dueño de una gran estancia en aquel país antillano y luego lo había perdido todo. «De todos los vicios del hombre el peor es el juego», decía. «Las mujeres te dan compañía, te dan

amor, te sustentan con su cariño y no te dejan solo ni siquiera cuando te han abandonado. Siempre te queda algo de ellas. Lo mismo el vino: los borrachos no están nunca solos. Con un litro de gazzate para adentro, el hombre puede vivir feliz. Pero el juego te deja seco, no te acompaña. Te tira a la calle completamente solo. No te deja ni los recuerdos. Así fue como yo perdí mi hacienda. Veinte años de trabajar sin descanso, de día y de noche; veinte años de dolor en las articulaciones de tanto dar a la azada y al azadillo, total para nada; veinte años perdidos en tres noches de locura. Entonces no quise saber nada más del mundo. Me vine aquí, sin ver a nadie. Y aún estaría sin ver a nadie si no llega a ser por la guerra. Ella me ha hecho un poco más sociable».

El vino ponía en sus ojos un cariz irónico y acentuaba el tinte malicioso que tenían. El viejo echó un largo trago y luego se dirigió a Miguel.

—Pues no creía volverte a ver, palabra. La última vez, en mitad de aquel cafarnaúm, creía que no acabarías vivo la jornada. Has estado de suerte, amigo. La Muerte elige a unos, se enamora de otros, le hace un guiño a un tercero. A ti te ha dejado en paz, no le has gustado. Y yo te felicito por ello.

—La Muerte es una mujer de mundo, una ramera de postín —dijo Miguel—. No elige más que a los que están preparados para recibirla.

—Es cierto —aseveró el dominico—. Lo he observado muchas veces. ¿No sabéis por qué murió el comandante, don Policarpo? A ver si pensáis lo mismo que yo.

El dominico encendió un cigarrillo y prosiguió:

—Durante el tiempo que estuvo en Andalucía —eso lo sabrás bien tú, alférez— no quería morir. Le fastidiaba tener que dar su vida en aquella situación. «No quise morir de un ataque de piojos», me había dicho. La frase era gráfica. Se da el caso, en gentes como el comandante, que su fe en Dios es tan grande —y tan primaria también— que mantienen el pecado como una precaución, como una garantía. «Mientras esté en pecado mortal, Dios no me dejará morir», se dicen. Y en efecto, cuidan y alimentan cotidianamente su pecado mortal o sus pecados mortales, viendo en ellos un seguro de supervivencia. Él mantenía a una querida para tentar a Dios. «Mátame si te atreves», parecía que le dijera. Así vivió Ordóñez en Andalucía. Cometiéndole además, cuando estaba allí, todas las barbaridades y tropelías posibles. «A mí, Dios no me mandará al infierno. Para despacharme, escogerá el momento en que pueda llevarme al cielo». Y, en efecto, así fue. Cuando llegó aquí pensó que su muerte sería ya digna de él y eliminó el obstáculo; puso en paz su alma y se dispuso a morir. Hasta compró entonces un paquete de estampas de la Virgen de la Merced y las repartió entre sus soldados... Lo había dispuesto todo para bien morir. Me encargó especialmente que le enterraran donde cayera. Allí está. Era uno de esos hombres en quienes hasta el pecado es un instrumento de Dios. Ha muerto en paz.

Después de esta observación se guardó silencio. Era curioso, pensó Carlos, que aquel hombre, casi risible durante su vida, dejara a su muerte un séquito tan auténtico de conmiseración y de dolor.

—Pues yo no creía que tú salieras con vida, la verdad —insistió el viejo, dirigiéndose a Miguel—. A ti la vieja ramera no te ha querido.

—La vieja ramera es una dama caprichosa —repuso él—. Los que han muerto, todos los que yo he conocido, parece que sintieran la premonición de que esa dama fuera a buscarlos. Algunos de ellos me miraban espantados. Recuerdo a Ricardo Matas, un polígrafo; era lector de español en una universidad de Alemania; hablaba siete idiomas; era un muchacho excepcional. «Me matarán, me matarán», repetía. Esta crisis se volvió más aguda pocos días antes de su muerte. Me informó de un plan que tenía para evadirse. Le parecía increíble que después de haber pasado todos sus años mozos estudiando lenguas se pudiera abatir de un golpe todo aquel pozo de conocimientos. «Tengo que huir», decía. De pronto pareció calmarse; acababa de hablar con el capellán del Regimiento. «Lo tuyo es falta de fe», le había dicho. «Abraham había llevado a Isaac al monte, porque Dios se lo había ordenado. Levantó el cuchillo para matarle, ciegamente. Y era su hijo. Dios detuvo su mano, ¿no es cierto? Es esa la calidad de fe que hay que tener», comentó el cura. «Si Dios lo quiere, tienes que ir a la muerte tú y tus siete lenguas. Tu holocausto será mayor que el de todos los demás, eso es todo; Dios lo agradecerá sobre todos los otros».

—Se trata de creer o no en la resurrección. Cuando veamos surgir a los muertos de estas tumbas, solo entonces quedaremos justificados —dijo el dominico.

—Yo no creo en la resurrección —opinó Morell—. Si matas a un zorro, se pudre; si matas a un lobo, se pudre. Nos pudrimos todos cuando morimos. Es una ley universal.

—Nuestra resurrección será una consecuencia de la Resurrección de Cristo —explicó el dominico—. Tampoco Tomás creía en la Resurrección del Hijo de Dios. Tuvo que meter sus dedos en la llaga. Pero todos resucitaremos.

—A mí me agrada la importancia capital que dan los rusos al hecho de la Resurrección de Cristo. Para ellos, y para todos los ortodoxos, la fecha cumbre de la Cristiandad no es la del Nacimiento o la Natividad, es la de la Resurrección de Cristo. Ese es para ellos el verdadero día del Nacimiento —comentó Miguel Llobet—. Tolstói tiene unas páginas bellísimas de la Pascua en San Petersburgo, que son la descripción de la inmensa alegría del pueblo por la Resurrección. En la ciudad y en el campo las gentes claman: ¡Cristo ha resucitado! ¡Cristo ha resucitado!, con el signo cabal de su fe. Es cierto: la garantía de la Resurrección del hombre es precisamente la Resurrección de Cristo sobre la tierra.

—Yo no creo en eso, no puedo creer —opinó el viejo—. Es como si a uno de los animales a los que he tendido un cebo y a los que he atrapado les prometiera para después de muertos un paraíso de goces infinitos. Yo sé que no puedo hacerlo. Sé que el destino de ellos es terminar en medio de un buen guiso de nabos, haciendo las delicias de nuestro paladar. ¿Qué sacarán ellos con nuestras ilusiones y promesas? Si existieran, el juego de Dios con el hombre prometiéndole un paraíso eterno me parecería cruel. Dios sabe que no puede cumplirlo; el hombre mismo lo desdeñaría.

—No, Morell, no es verdad —terció el dominico—. Para Dios todo es posible, menos el mal. Ha hecho los mundos perfectos, ha combinado el peso, el movimiento y la gravedad de las estrellas para que estas formen un universo armónico. ¿Cómo iba a descuidar, pues, al hombre? Y la forma de dar su equilibrio perfecto al hombre es dedicándolo a un destino superior. El hombre tiende a la perfección; y de la perfección al bien supremo, a Dios.

Carlos Rius propuso en aquel momento salir al bosque. Los robellones habían caldeado excesivamente la atmósfera y había necesidad de un poco de aire puro.

—Sí —asintió el viejo—. Yo tengo que ir a recorrer las trampas. ¿Por qué no me acompañan y veremos si por casualidad algún animal ha dejado su pata atrapada en ellos?

Así lo hicieron. Empezaron por la del borde de la laguna, que estaba vacía. Luego fueron recorriéndolas una a una: dos de ellas en la mitad del bosque; otra en un maizal, en el llano, camino de Gandesa; un par más en la vertiente sur, la del Coll del Moro. Todas estaban huera, salvo la del maizal, en la que encontraron atrapada una perdiz. Lanzaba unos lastimeros quejidos, con un canto sordo y cortado que daba pena. Tenía un plumón gris y levemente dorado, como de mies. Al quedar atrapada había sido herida en una pata y estaba con ella agarrada por los garfios que la retenían, dando saltos que ayudaban a la carne a desgarrarse más. Con gran habilidad, el viejo se acercó y la liberó del cepo. El ave aleteó unos momentos en sus manos.

Morell anunció a los otros que aquella perdiz la guardaría hasta pillar algunas más y hacer entonces para todos un plato de perdices en conmemoración de la robellonada. Asintieron todos, pero Miguel Llobet no pudo dejar de comentar que en adelante tendrían que poner tope a las celebraciones, so pena de engarzar una con otra y de estar celebrando algo continuamente.

Poco después volvieron a la cabaña. Allí el viejo metió a la perdiz en una jaula grande, especie de garigola de metal, alambres y madera pintada, que había cobijado un día la realidad sonora de un loro multicolor y deslenguado. La perdiz parecía perderse en aquel lugar historiado y barroco, ordenado como un pabellón, con columnatas y frisos que le daban cierto tono de boudoir elegante.

Se despidieron, cada uno en dirección a su puesto. Miguel dio un abrazo a Carlos, y este le prometió que inmediatamente pediría un día de permiso para ir a visitarle. Miguel Llobet le había ponderado las excelencias de la tierra en que iba a estar destinado en adelante. La vista del río daba al ánimo una plenitud de que carecía en tierras del interior.

—Allí se entiende el país —había dicho—. Recorriendo la orilla del Ebro se ven, a un lado y a otro, la especie de fortalezas que forman las iglesias de cada vecindad. Por la tarde, cuando el sol se pone, hay en el eco de bronce de las campanas una réplica del sonido mórbido que el agua del río hace al discurrir. Esta cenefa de iglesias vigilantes es la que forma el país. Sin ellas no seríamos nada.

Carlos volvió a apretar la mano de su amigo y luego se fue hacia su posición.

Al día siguiente estuvo a ver al capitán y le pidió permiso para estar un día fuera de la posición. Quería visitar a un amigo en el frente del Ebro y pasar una noche fuera. No había solicitado aún ningún permiso, y el capitán se lo concedió.

Después de almorzar emprendió el camino en uno de los carros de la Intendencia. Tumbado sobre sacos de patatas que los soldados llevaban hacia aquella zona del frente, veía discurrir en un cielo azulísimo unas nubes orondas y pausadas, que parecían navegar lentamente hacia el mar. Al llegar a la orilla del Ebro se incorporó y empezó a mirar el paisaje. Este era de una belleza trágica y conmovedora. Aquí y allá se veían las huellas de la guerra. Los pueblos calcinados, la ruina de las edificaciones caída en la tierra, un polvillo gravitando por caminos y andurriales, como signo aún vivo de la batalla transcurrida, al que ni la lluvia había podido barrer...

Miguel Llobet estaba aguardándole, de pie en los sacos del parapeto. Era la primera hora de la tarde. El sol del veranillo de San Martín caía esplendoroso sobre su cuerpo tostado, al que parecía infundir un bronce nuevo. Desde aquel lugar se columbraba toda la panorámica del río, de un extremo del horizonte al otro. No se oía un solo disparo ni el eco de un tiro. Quizá lejos, muy lejos, parecía que se escuchara el rumor de unas granadas de artillería. Pero tenía que ser a mucha distancia, tan imprecisas y leves eran. Era muy al norte; quizá por el lado de Tremp o de Sort, por donde estaría desarrollándose una batalla.

—¿No tienes miedo de estar así, tan al descubierto? Los rojos te pueden batir.

—No hay miedo. No disparan un solo tiro desde antes de los chubascos. Deben de tener la consigna de no hacerlo. Ven; los veremos de cerca.

Descendieron del parapeto a la orilla misma del río. En un punto determinado los dos márgenes se aproximaban algo más, formaban una garganta adosada a dos contrafuertes, por donde el agua pasaba tumultuosa.

Inmediatamente se despojó de su uniforme y quedó en calzoncillos. Extendió los brazos cuanto pudo, los volvió a doblar y a echar otra vez adelante, al tiempo que se lanzaba al agua. El remolino le hizo aparecer unos metros más abajo, braceando en una agua turbia: pero la fuerza de sus brazos pudo más que la corriente y remontó el curso del río. En el otro lado se veía a algunos soldados republicanos que le estaban mirando, sin hacer nada. Al cabo de un rato sonaron unos disparos, que resbalaron sobre el agua, serpenteando en ella a poca distancia.

Estuvo algunos minutos zambulléndose y caracoleando en el agua, hundiéndose y volviendo a salir, gozoso de su poder. Al fin decidió situarse otra vez en la orilla.

Se apoyó en uno de los salientes, hizo flexión con los brazos, saltó a ella y se incorporó, chorreando de agua fluida. El sol ponía en su piel reflejos dorados.

—¿No te quieres bañar tú? Yo todos los días lo hago, y los disparos de ellos no dan nunca.

Carlos Rius desistió. Miraba a su amigo, contemplaba su extraordinaria explosión vital, admiraba su alegría y su desbordamiento, se rendía ante aquella fuerza incontenible que de él parecía emanar. Pensaba que había salido muy distinto al que

hubiera tenido que salir de Arturo Llobet, el padre de Miguel, aquel hombre tan comedido, tan ponderado, que había ido desarrollándose a la sombra de don Joaquín, su propio abuelo.

Mientras Miguel se vestía de nuevo, una vez seco por los rayos del sol —se había quitado los calzoncillos y los había tendido a secar—, le indicó a Carlos dónde irían a cenar.

—Te llevaré a casa de Magín, una taberna que hay en Mora de Ebro. Después de las lluvias comí en ella unos caracoles maravillosos. Y si no, allí tienes perdiz, becadas y pescado el que quieras.

Luego fueron a dar una larga vuelta por las posiciones y, después, al pueblo. Carlos Rius quedó pasmado ante el esplendor de la perspectiva que tenía delante.

Magín era un hombre de media edad, que parecía un moro. Llevaba sobre la oreja una mata de espliego. Caminaba muy aprisa, pero algo encorvado, como si le dolieran los riñones. Hablaba cerrando la e, como los catalanes de la franja valenciana.

—*Què hi ha, vailet, per aquí? Ven a fer una altra cargolada?*

Miguel le presentó a Carlos Rius y ambos se sentaron a una mesa. En la de al lado había un grupo de oficiales. Entre ellos estaban el capitán Sieso, el catalán que envió a Miguel a dar el parte al Estado Mayor al comienzo de la batalla del Ebro, y el comandante Santelmo, aquel Quijote que llevaba monóculo y que iba a la guerra apoyado en un bastoncillo de bambú. Con ellos estaba una dama quebradiza de porte aristocrático, que sorbía una taza de consomé con unos largos dedos cuajados de brillantes y una sonrisa permanente bajo las ondas de un pelo plateado y azul.

Era excepcional que en aquella primera línea hubiera una dama, y Carlos Rius la observó. Reconocía aquella cara. Era una amiga de su madre; sí, aquella era Olga Fernández de la Campa, comúnmente conocida por Olga Campa, marquesa de Villares; se decía que había sido la inventora del plato único y era, desde luego, una de las jefas de la organización femenina de los Requetés y una de las que habían inclinado la balanza de la Unificación del lado que más había convenido al Régimen.

Miguel Llobet explicó disimuladamente a Carlos quiénes eran los dos militares que estaban, entre otros, sentados con ella. A Carlos Rius le llamó sobre todo la atención el largo caballero del monóculo, que hacía con la marquesa de Villares unas zalemas dignas de la época romántica. Ella sonreía y le correspondía con unos arrumacos que obligaban a los brillantes de sus dedos a destellar infinitamente.

En uno de los instantes de la comida, la marquesa advirtió la presencia de Carlos en la otra mesa y le saludó, sonriendo cortésmente. Pero Carlos esperó para ir a saludarla a que la comida terminara y el grupo de militares se dispusiera a abandonar el local.

—¡Qué casualidad! ¡Justamente tu madre se lamentaba de las pocas noticias tuyas que tiene!

—Le escribo dos cartas al mes. Tú sabes cómo son las madres...

—Ciertamente. ¿No sabes que la han nombrado algo en el Servicio Exterior de la Falange Nacional? Estuvo en Berlín y conoció a Hitler.

—¡Ah, caramba...!

—Mira, Perico... —dijo, dirigiéndose al comandante del monóculo y presentándolo—. Te presento al alférez Rius, Carlos Rius, hijo de Crista Rius, a la que conociste en San Sebastián.

Carlos Rius le saludó según las ordenanzas y luego le dio la mano.

—¿En qué batallón está?

—En la 5.<sup>a</sup> Centuria de la Bandera de Falange de Córdoba, mi comandante.

Vio al comandante cambiar en voz baja unas palabras con la marquesa. Esta asentía con la cabeza.

El comandante le miró de arriba abajo, incrustándose el monóculo. Luego fue el primero en salir, pero ante la puerta cedió el paso a la dama.

A la salida de la taberna Miguel Llobet no cabía en sí de contento. No había duda: el comandante había pedido su filiación para reclamarle en su unidad.

—Seguramente ha sido todo una especie de conspiración de tu madre. Es probable que la visita de la marquesa al frente esté relacionada con esto, ¿no lo crees? Y el comandante Santelmo es el mandamás de mi batallón. Me apuesto cualquier cosa a que pronto estamos juntos.

Al salir de la taberna contemplaron un rato el panorama de la noche apoyados en el repecho de un mirador que daba al río. Hacía fresco y se arrebujaban en los capotes. Se oía el rumor de las aguas al discurrir. En la nítida noche todo lo demás era silencio. Miguel Llobet hablaba en voz muy baja, casi un susurro:

—Las izquierdas están desmontadas. Como has visto, ya casi no disparan. La desmoralización es total. Después de la batalla del Ebro han quedado moralmente deshechas. Todas sus baladronadas de otro tiempo se vuelven ahora compunción. No quieren ni pueden aventurar una nueva ofensiva. Están esperando un pacto, un arreglo que los libre de la derrota. Pero el desbarajuste ha sido demasiado gordo. No se puede volver atrás. Los crímenes que cometieron, los saqueos a los bancos, la quema de las iglesias... nada de eso es posible olvidarlo. Nadie puede devolver la vida a mi padre, por ejemplo; y el caso de mi padre hay que multiplicarlo por cien mil. Todo esto ha ocurrido y todo esto hay que saldarlo. Volver a restaurar en Cataluña el sentido patrimonial y el sentido jurídico, que son su esencia desde hace siglos, bien merece un cambio de régimen. Por eso no disparan. La República ha perdido su razón de ser.

—¿Y qué vendrá luego? —preguntó Carlos.

—Es Franco, ese hombre, el que tiene la palabra. Yo creo que lo que vendrá luego será completamente distinto a lo que ha habido hasta ahora: si había una República, habrá una Monarquía; si había una democracia, habrá una aristocracia; si mandaban los paisanos, mandarían los militares. Lo llamarán como se quiera, pero esto será así... No son muchas las formas de gobierno entre las cuales elegir. Pero Franco será



lo suficientemente listo para ir haciendo la restauración con calma.

Sorbió una ancha bocanada de aire nocturno. Se escuchó más nítido el rumor del agua que pasaba.

—El sentido auténtico de esta guerra es el de la catolicidad. Nosotros hemos hecho la guerra disintiendo en muchas cosas los unos de los otros, pero con una bandera común, que era nuestro catolicismo. Muchos de los que están a nuestro lado tienen una idea primaria de la religión y luchan por ella con una serie de tópicos. Pero los que estamos en este lado somos los que llevamos en andas a las imágenes en las procesiones. Así, en andas, llevamos también a España. España y Religión se confunden en nuestro ánimo, o, si quieres, España y Cristo. Cuando al avanzar hemos visto, y lo vemos aquí a lo largo del río, la cantidad de iglesias y la sucesión de campanarios que hay en España, obtenemos una imagen veraz de nuestro catolicismo. Cada cinco, cada diez kilómetros hay un jalón de evangelización y de fe. Esa urdimbre es la urdimbre de España. La trama han venido a ponerla los mártires. Con ello se ha hecho otra vez la gran patria.

—Pero —objetaba Carlos Rius— tu padre, por ejemplo, tu padre no murió por la religión. Tu padre fue asesinado sin tiempo para rezar un padrenuestro. Quizá si hubiera tenido tiempo de rezarlo no lo hubiera hecho, ve tú a saber. ¿Puedes mezclarlo a él con los mártires?

—Sí —afirmó rotundamente Miguel—. Mi padre era profundamente católico, aunque no lo dijera, aunque muchas veces olvidara hacer hincapié en que las formas por las que iba viviendo eran las de un creyente. La moral de mi padre era la moral católica. Mira: tú te acuerdas de aquel gran jolgorio de las izquierdas, de aquello que Eugenio d'Ors llamaba la grimegia social. Te acuerdas de cuando don Raimundo de Abadal tuvo que ir solo al Parlamento Catalán para votar no sé qué ley, si la de Contratos de cultivo o la de Garantías del Estatuto. El honorable viejo fue solo, se abrió paso entre la turba de facinerosos. Apenas pudo llegar. Al llegar no dijo más que tres palabras: «*Alabat sia Deu!*». No lo dudes, nuestro patriotismo es el patriotismo de los creyentes. No hay otro.

Miró a Carlos Rius de frente. Este iba asumiendo estas lecciones en silencio, aturdido por el rumor del agua a sus pies. Parecía que Miguel Llobet se agigantara. Todo él parecía transfigurado.

—No hay más que aquella verdad de Torras y Bages: O Cataluña es católica o dejará de ser Cataluña.

Luego dejaron aquel lugar y Miguel acompañó a Carlos hasta la casa en que le habían destinado un cuarto para dormir. Era una mansión del siglo XVIII que conservaba, sin embargo, vivas las esencias de la vida campestre. El zaguán era una mezcla de salón de lar y tenía en uno de sus extremos una abertura que daba al horno donde se cocía el pan. Había una larga mesa de madera, un tresillo rimbombante, tapizado con una tela de terciopelo granate, y un piano dieciochesco adosado a la pared. Carlos Rius fue acompañado hasta su alcoba. Era una habitación de techo

altísimo y en ella había una cama descomunal, historiada con un gran medallón de caoba en la cabecera. Tenía un dosel de damasco bajo el cual se dispondría a dormir como bajo un palio. En la pared había unos grabados con escenas campestres.

Miguel lo acompañó hasta aquella alcoba y aún se quedó un rato conversando con él. Le confesó que hacía tiempo deseaba que la situación del frente se aclarara para volver a casa. Allí esperaban su madre y su hermana impacientes por su ausencia. Le dijo que la última carta que había recibido de ellas era del mes de septiembre.

—No sé cómo estarán. Mi madre es ya muy mayor. Siempre ha sido muy fuerte, más fuerte que mi padre; pero la muerte de él y, ahora, esta separación mía y la inquietud por mí deben de haberla aniquilado. Mi hermana es bibliotecaria y está colocada en la Biblioteca de Cataluña. Con su sueldo han podido salir adelante. Mira: me enviaron con la carta una foto suya que yo les había pedido. Estas son.

Carlos recogió el cuadrado cartoncito que Miguel le ofrecía. Recordaba a la madre de Llobet. Alta, serena, ligeramente gruesa, maciza, con el pelo gris. Isabel, la hermana estaba a su lado. Las dos vestían de negro. Un largo velo cubría la cabeza de doña Gertrudis. Isabel mostraba al aire las mechass rubias de una cabellera de miel.

Estuvo un rato mirándola. Era una criatura esbelta, flexible como un junco, que pisaba el suelo con unas piernas bien torneadas. En la foto aparecía con unos libros en la mano.

—¿Es una intelectual? —preguntó Carlos medio en broma.

—¡No, quia! Es una chica llana y sencilla. Pero tiene mucho carácter. Cuando marché casi fue ella la que me inclinó a hacerlo. Me dijo que estaba de completo acuerdo con lo que había dicho tu abuelo. Que era necesario que cada cual aportara por sí mismo un poquito de la victoria. Bajo ese aspecto tan dulce que ves en la foto a veces esconde un volcán. En ocasiones le digo que tiene mal genio, pero no es verdad.

Carlos y Miguel se despidieron hasta el día siguiente. Carlos se metió en aquella cama, que le pareció enorme, como un mar en el que se pudiera naufragar. Al día siguiente lo despertó un rayo de sol que entraba oblicuo hasta el embozo.

Al regresar a la posición se encontró con que se estaban haciendo los preparativos para el traslado del batallón a Alcañiz, donde esperaba órdenes. Los soldados aguardaban ya la orden de marcha; los macutos sobre sus espaldas, en la que además llevaban el plato y el fusil. Iban a decir adiós a la sierra, en la que muchos de sus compañeros habían dejado sus vidas. Avanzando entre los soldados que esperaban, abriéndose paso entre los bultos de la impedimenta vio llegar a Morell, el viejo de la cabaña. Llevaba de la mano el caballo blanco, asido por la brida.

—Vengo a traerte lo que es tuyo —le dijo, con excitación—. Nunca pensé quedarme con el caballo. Llévatelo. ¿No ves? Si hasta te reconoce. Venga, no le hagas remilgos porque te hará falta... —y el viejo temblaba de arriba abajo al ofrecérselo.

—Pero ¿dónde quiere que lo lleve? ¿Está loco?

—He hablado con el capitán. Puedes llevarlo en los camiones, no hay dificultad.

Carlos Rius se encontró, pues, montado en un camión junto a sus soldados y, en medio, el caballo blanco. Sí, le reconocía, parecía encontrarse muy a gusto con aquel traslado. Con solo darle unos golpecitos en el anca piafaba de satisfacción.

La jornada fue soleada, pero fresca. A medida que se alejaban del frente, el campo parecía estallar otra vez. El verde botánico, en las ondulaciones de la tierra, tenía trechos de un esmeralda transparente en las vaguadas, o en el borde de los riachuelos donde se desmelenaban las encinas.

Llegaron a Alcañiz al anochecer. Se instalaron en lo alto de la población, en el castillo medio derruido que presidía la dimensión del valle. Otras tropas habían acampado allí al correr de los siglos; de la tierra parecía surgir una exudación belicosa y tenaz.

No sabía por qué aquella noche, al acostarse, Carlos Rius evocó, como un relámpago, la silueta de la hermana de Miguel Llobet y hasta le pareció que ella se ponía a su lado a la hora de dormir y que le acariciaba los pulsos con un gesto de extremada languidez.

Pocas veces una sensación se había hecho tan vívida y acuciante. Carlos Rius tuvo que eludirla con acopios de voluntad, lanzando contra ella pensamientos inocuos, imágenes de sus tiempos de escolar o evocaciones de los años de su estancia en Suiza. Poco a poco la imagen de Isabel Llobet se esfumó. Luego, por la ventana, que no podía cerrarse puesto que alguien, o algún obús, había roto sus hojas, no entró más que la luz de las estrellas. Unas estrellas brillantes y como temerosas, que lanzaban a haces su luz y su temblor, con un palpito incesante.

Se levantó muy temprano. Antes de que sonara la diana estaba ya en pie. Aquellas horas que llevaba de alejamiento del frente habían venido a inquietarle. Era como si de pronto se hubiera producido una ruptura en el curso del tiempo. Mientras permaneció por el Ebro estaba ya en la línea, se encaminaba a casa, iba por el camino recto. Pero aquella desviación le llenaba de desasosiego. Nadie sabía si volverían a enviarlos tierra adentro, a los frentes de Extremadura, que eran como a la otra parte del mundo, y los días empezaría a pudrirse en sus dedos sin poder acabarlos.

En cuanto sonó la diana hizo que los soldados tomaran su desayuno y luego los dejó en libertad hasta la hora del rancho. Todos ellos se desparramaron por el pueblo.

También él bajó a Alcañiz. En una plazoleta había unos edificios singulares. Él cruzó por delante de ellos a lomos de *Revérter*. Uno de los edificios, el de la Lonja, era una pieza insigne del arte gótico: tenía unas grandes ojivas bajo las cuales había unos bellos balcones. Casi a su lado una gran iglesia, la de la Concepción, mostraba las curvas de su barroco.

Carlos Rius se fue hacia el llano, cruzó el puente y lanzó su caballo al galope por la vega que se extendía desde allí. A la orilla del río vio a una moza con los pies descalzos que estaba arreglándose el jubón. Luego echó su falda hacia atrás y descubrió la carne rosada de su muslo. Era una carne prieta y esplendorosa, en la que

parecía que la luz del sol mañanero encontrara la plenitud. Ella reparó entonces en él, pero no por ello bajó su falda. La mantuvo un momento tal como la tenía sujeta. Él la miró un rato fijamente, en silencio. Al fin le preguntó:

—Moza, ¿hacia dónde lleva este camino?

—Lleva a la sierra de Vizcuerno. —Y añadió, no sin cierta malicia—: Pero es fácil perderse.

—¿No quieres lavarme este pañuelo, moza? Se me ha puesto perdido.

—Yo quisiera saber de qué —dijo ella, cogiéndolo. Y lo echó al río.

El pañuelo siguió el curso de la corriente. Pronto se le vio desaparecer entre las aguas.

—Eres mala. ¿Por qué has hecho eso?

—¿Quién sabe lo que hiciste con él! Yo no lavo suciedades de otras.

Era una moza robusta, fuerte como una yegua, de poderosas caderas y de unos ojos azules que parecían llamear.

—Dime, guapa. ¿Qué es lo que estabas mirándote cuando he llegado?

—Me sentía correr una hormiguilla y me la estaba buscando.

Carlos Rius se acercó a ella. Sentía frente a sí como una evidencia el pálpito de la carne femenina. Se acercó, la cogió de una mano, la apretó contra sí. Sintió que saltaba uno de los botones de su blusa. La muchacha y él se tumbaron. Él había atado a *Revérter* en la raíz de un matorral.

—No tan fuerte, no tan fuerte, macho...

Cuando terminaron, miraron extrañados el paraje, el curso del río, la extraña luz que lo iluminaba todo. Carlos Rius se pasó la mano por la frente.

—¿Eres de Alcañiz?

—Sí —dijo ella—. Y tú ¿de dónde eres?

—¡Bah! ¿Eso qué importa?

—Me importa a mí.

—Soy de Barcelona —dijo él con un susurro.

—¿De Barcelona! ¡Cómo me gustaría ir allí!

—Dime. ¿Vienes a lavar todos los días?

—De ahora en adelante siempre que tú quieras.

—¿Vendrás mañana? —preguntó él, al tiempo que ponía un pie en el estribo disponiéndose a montar.

—Sí, mañana vendré.

Carlos Rius volvió a cabalgar en dirección al pueblo. Dio un rodeo por el campo, en el que se sucedían los huertos. En uno de ellos había rastros de un melonar y en otro había plantadas unas coles erectas y petulantes. Carlos Rius cabalgaba pausadamente y, de vez en cuando, emprendía un ligero trote con su caballo. Las urgencias de antes parecía que hubieran desaparecido. Tarareaba una canción.

Se dio con la mano en la frente; había olvidado preguntarle a la moza cómo se llamaba. Bah, daba igual...

Tres días estuvo Carlos Rius encontrándola en el río. Su cuerpo espléndido, la línea de su busto, el anca dura y huidiza, la boca ancha y que estallaba en risa, le tenían sujeto. No es raro que haya hombres que enloquezcan por algo así, pensó.

Al cuarto día recibió en el cuartel orden de traslado. Había llegado el parte del comandante reclamándolo. En adelante quedaba incorporado al Batallón de la Victoria, con sede en Mora de Ebro. Hizo sus bártulos, fue a despedirse del comandante, montó a lomos de *Revérter* y empezó a cabalgar por la carretera, camino de su nuevo destino.

Cuando llegó allí la unidad se había marchado. El ejército nacional había empezado a avanzar. Desde Tortosa a Mequinenza y más arriba el ejército había cruzado el río y avanzaba inconteniblemente, sin encontrar apenas resistencia.

En Mora le dijeron que probablemente encontraría al batallón en Falset, pero al llegar a Falset se enteró de que ya había pasado por allí. Durmió aquella noche en Falset y al otro día, al emprender el camino, le notificaron que el ejército acababa de sobrepasar la ciudad de Reus. Comió en esta ciudad y no los alcanzó hasta llegar a Tarragona. Pero el ejército seguía adelante.

En Tarragona se presentó al comandante Santelmo. Este había situado su puesto en un principal de la Rambla. Lo acogió con una gran sonrisa, al tiempo que limpiaba con un paño el cristal de su monóculo.

—Bravo, amigo; ya ha llegado usted... Tengo que decirle que se queda usted conmigo. Como catalán podrá orientarme sobre las cosas de su tierra. Por lo menos al llegar a Barcelona me servirá de guardia urbano. No sea que, si quiero ir a la Plaza de Cataluña, me vaya al Paralelo y viceversa. Diga, ¿qué le ha parecido nuestra ofensiva?

—Magnífica. Era de esperar.

—Bueno, yo no sé si ellos la esperaban. La verdad es que no se sabe por dónde respiran. Hasta ahora, casi cien kilómetros, no hemos oído un tiro. ¿Qué estarán esperando? ¿O es que se están rindiendo ya?

No obstante, las noticias de aquella jornada eran distintas. En Igualada y los Bruchs la columna de Yagüe había topado con fuerte resistencia. También en Santes Creus y en Valls había encontronazos.

—Son las últimas boqueadas —dijo el comandante calándose el monóculo.

Carlos Rius preguntó en seguida por el paradero de Miguel Llobet. Le dijeron que la Segunda Compañía era la que iba en vanguardia, en situación de romper el fuego.

Encontró a Llobet con su compañía en la carretera de la costa. Había un gran despliegue de azul, de uno a otro lado del horizonte. Aquel invierno, el agua era de un azul intenso, valiente, que hería la mirada. Sobre ella gravitaban bandadas de gaviotas, en sesgos blancos y pausados.

Miguel Llobet lo rodeó con un abrazo fuerte y prolongado.

—¿No te lo había anunciado? Yo nunca fallo. Desde ahora acabaremos la guerra juntos.

Iba siguiendo en la infinita recua de tropa que avanzaba por la carretera general, ininterrumpida riada compuesta de mulos, pertrechos, cañones, impedimenta, mezclados con los hombres. A la izquierda se extendía la tierra, levemente difuminada por una tenue neblina, y a la derecha se veía encrespase la masa parda de las colinas, que parecían oponer una barrera suave al mar, que se presentía agitado allá lejos.

Carlos Rius bajó del caballo y siguió adelante, cogiéndolo de la brida.

—Mañana es Nochebuena —dijo a Miguel—. Supongo que nos pararemos a descansar en algún lugar. Sea como sea, yo vendré a recogerte. Pediré autorización para que nos dejen pasarla juntos.

Todavía estuvo Carlos un buen trecho al lado de Miguel Llobet. Cuando se despidió se avistaban las casas de Torredembarra.

El mando de la Compañía durmió aquella noche en una casa de Altafulla. El día siguiente amaneció con el signo de una placidez extraña. El comandante no tardó en exponer su opinión:

—Con este prurito que han tenido de hacer que todos los días del calendario sean iguales, los rojos no han hecho más que acentuar en el pueblo sus ansias de celebrar especialmente algunas festividades. Y la primera de las fiestas cristianas, que es la Navidad, se presiente hasta en el aire.

Carlos Rius le pidió permiso para invitar a Miguel Llobet. El comandante se opuso, porque quería que la Navidad fuera celebrada por toda la Plana Mayor en colectividad.

—Pero no ha elegido todavía a un asistente, ¿no es cierto? Si usted tiene predilección o amistad con algún muchacho puede nombrarlo su asistente y yo tendré que adjudicárselo. Inmediatamente Carlos Rius envió un soldado para que avisara a Miguel Llobet que fuera en seguida.

Cuando este llegó, en la Plana Mayor estaba terminando la misa del Gallo. La oficiaba el capitán-fraile. Carlos Rius no lo había descubierto hasta aquel momento.

—¡Cuánto me alegro de verte por aquí! —le había dicho—. En esta unidad se está muy bien, porque el comandante es muy buena persona. Un poco estafalario a veces; tiene sus cosas, como todo el mundo, pero trata muy bien a la gente.

Cuando el comandante oía la misa parecía uno de los santos del Greco: largo, macilento, pálido y con las largas manos extendidas y juntas, no difería de las creaciones del pintor toledano más que por la presencia en su rostro del decimonónico monóculo, que le daba también cierto aspecto de viejo verde de *music-hall* en la hora tardía del «resopón» nocturno.

La comida era la misma para la tropa que para los oficiales. Pero hizo el comandante que añadieran a ella unos turrónes que había recibido de San Sebastián y una botella de coñac francés que había encontrado en una dulcería de Tarragona. Carlos Rius se excusaba con su amigo al verlo sirviendo y apartado del jolgorio común, pero Miguel Llobet le dispensaba de buena gana.

Después de acabar con la cena —el uno tomándola y el otro ayudando a servirla —, Carlos Rius y Miguel Llobet salieron juntos a dar una vuelta por el recinto del pueblo de Altafulla, pero tuvieron que volver pronto al interior. El frío apretaba de lo lindo y hubo que resguardarse.

—Quiero que me trates como lo que soy: tu asistente; es decir, sin ningún miramiento y haciendo siempre conmigo lo que más te convenga. No quiero que por el hecho de nuestra amistad vayas a renunciar a estar bien servido.

—Bien. De momento, mañana a mediodía comemos juntos. Es una ventaja que nosotros los catalanes celebremos la Navidad y no la Nochebuena. De ese modo convertimos la fiesta de Navidad en una celebración más íntima. Los otros, en cambio, mañana se aburrirán con un día tan largo.

—No es solo eso. Nosotros hacemos una celebración interminable. La Nochebuena es simplemente religiosa, se destina a la misa del Gallo. La fiesta que llamaríamos pagana de la Navidad se compone de la Navidad y del día de San Esteban. Dos largas jornadas destinadas a la gastronomía, a comer y a libar fuera de lo corriente. Realmente somos unos desconsiderados. Con una sola fecha de jolgorio parece que habría suficiente.

No obstante, pese a ser Navidad, al día siguiente se hubo de avanzar. Se hizo preciso echar carretera adelante, tragar kilómetros. La columna siguió por la carretera hasta llegar a Vendrell. Pero antes pasaron bajo el romano arco de Bará.

Carlos Rius avanzaba a lomos de su caballo blanco. Este había cogido ya la rutina de la marcha y había acoplado su paso al de los mulos que llevaban la impedimenta.

—Le llamo *Revérter*, pero tendría que llamarle *Rocinante* —dijo Carlos a Miguel Llobet, comentando el aire abúlico que había tomado el caballo.

Bajo el arco de Bará sintió que su sangre se hallaba poco preparada para buscar alegorías al paso del ejército, que retrotrajeran aquella situación a la de las legiones de Escipión o de César. Más bien le parecía el regreso de una excursión baldía, la vuelta de un paseo en el que se hubieran extraviado.

Les extrañaba la inanidad total de las tropas enemigas. Se comprendía en parte que los rojos no dieran señales de vida; la batalla del Ebro había supuesto para ellos un quebranto muy grave. Pero si no habían de responder ya más, si la guerra había acabado, lo lógico era que mostraran abiertamente su bandera blanca. Pero no, todo lo contrario. Dijo el comandante que la radio de Barcelona no hacía más que excitar a la resistencia y jactarse de estar ganando la guerra. ¿No era todo un contrasentido?

De pronto, al llegar al límite de la provincia, allí donde se abren los accesos de la de Barcelona, las tropas que avanzaban se vieron sorprendidos por la explosión de unos obuses de artillería. El comandante dio la orden de desplegar e hizo que comunicaran al Estado Mayor de la División lo que estaba ocurriendo, para que viniera la aviación en su ayuda. El frente se extendió a lo largo del cauce del río Foix. Se veía a las fuerzas rojas apostadas en las casas del pueblo de Els Monjos. El paisaje estaba nublado. Hacía frío y parecía que aquello incrementara las ganas de avanzar.

El comandante situó su puesto en una loma desde la que se dominaba perfectamente el valle. Se sentó en un asiento plegable que llevaba y observó los movimientos de los soldados enemigos.

—No son muchos —comprobó, mientras los miraba con unos binoculares de campaña—. Esta es una maniobra de contención, pero no significa que presenten batalla. Que vaya alguien a decir que los nuestros se resguarden y esperen. Pronto llegará la aviación.

—Voy yo mismo —dijo Rius, que era el oficial de graduación más baja que había por allí. Y dio unos pasos hacia delante.

—No, no. Usted se queda aquí. Envíe a un soldado. Tú, muchacho —llamó, dirigiéndose a Miguel Llobet, que contemplaba la escena al lado de Carlos—. Ve al capitán y repítele lo que yo he dicho.

—A la orden —respondió Miguel Llobet saludando, y salió.

Se le vio avanzar entre las malezas del monte, hasta hacerse un pequeño bulto junto a los matorrales cercanos al pueblo. Se oía el zumbido de algunos disparos. Carlos Rius, intranquilo, le veía salvar la cuestecilla que conducía al pueblo. De pronto una gran explosión le borró de la vista. Carlos Rius jadeaba, inquieto.

—Mi comandante, creo... creo que le han dado. Sí, ha habido una explosión, ha sido un obús. Déjeme ir a comprobarlo.

Y salió corriendo, disparado, hacia el lugar donde estaba Miguel Llobet, que no había vuelto a aparecer de pie. No paraba mientes en si sonaban o no los tiros del enemigo. Corría hacia allá como una fuerza de la naturaleza; sentía que las lágrimas empezaban a nublarle los ojos.

¿Sería posible que Miguel Llobet fuera a caer allí, a unos pasos del final, a poca distancia de Barcelona, cuando ya estaban llegando? ¿Querría Dios que Miguel Llobet no pudiera ver el final, que su hora señalada fuera aquella, tan incauta, tan clara? Avanzaba dando trompicones, inquieto por llegar y desmentir aquella torpe intuición.

Pero era cierta. Se veía el cuerpo de Miguel destrozado por una explosión de metralla. Unos cascotes le habían despedazado el pecho y tenía una pierna separada del tronco casi por completo. Sus claros ojos estaban inmóviles en la niebla.

Carlos Rius estaba atónito, no podía creerlo. En un momento se había quedado solo. Contemplaba el campo con una absoluta indiferencia. Y un gran gemido salió bruscamente de su pecho, un atropellado sollozo de niño. Se arrodilló en tierra, junto al cadáver de Miguel, mientras por su lado silbaban las balas y no lejos estallaban los obuses y en el cielo se iban encendiendo tras la neblina las primeras estrellas de la Navidad. ¡Si a él no le hubiesen reclamado, si él no hubiese escogido a Miguel como asistente, si no hubiese ocurrido nada de lo sucedido...! ¿Quién había dictado de tal modo aquella triste historia?



## XIX

SEGURO QUE DE HABER PODIDO ver en vida el lugar que le había sido destinado para reposar después de muerto, Miguel Llobet lo hubiera aprobado.

El cementerio estaba alejado del pueblo. A él se iba por un camino de carro, que avanzaba por una llanura entre una doble fila de cipreses. El cementerio parecía un modelo de aquellos que había pintado a fines de siglo el pintor Modesto Urgell.

Tampoco hubiera refutado el modo y la hora en que se verificó su sepelio. La caja de madera sin barnizar fue colocada en un carro de labranza tirado por un poderoso macho. Un soldado iba sentado en la pequeña plataforma que servía para asiento del carretero, en la vara de la derecha. Detrás del carro, a pie, marchaban Carlos Rius y el capitán-fraile. La hora era la del ocaso. También era esa la hora que hubiera agradado a Modesto Urgell para la descripción pictórica de su cementerio. El horizonte se inundaba de oro, había una portentosa lucha sanguinolenta entre las nubes de poniente, que parecían estallar en mil destellos dorados o carmesíes sobre un cielo azul pálido y difuso.

El capitán-fraile leyó en latín frases de un breviario que llevaba en el bolsillo. A Carlos Rius le pareció colegir que el día no era más que un día de tránsito, que se aproximaba el día de la justicia verdadera y que el testimonio de la verdad prevalecería sobre los falsos testimonios de esta vida.

Luego un hombre, el guarda del camposanto, empezó a lanzar tierra sobre el ataúd de madera sin pulir y se oyó el ruido áspero con que se iba cubriendo para siempre el arca con los restos de Miguel Llobet.

Era triste que una vida tuviera que terminar de aquel modo. Carlos Rius intentaba consolarse pensando que Miguel Llobet estaría seguramente gozando de una vida mejor que esta, que estaría contemplando en paz, con un infinito sosiego, las jambas de la eternidad, que allí se le ofrecería en risueño panorama la contemplación templada de todo el Universo, que estaría en presencia de Dios... Era inútil: todo ello no le resarcía, todo ello no le consolaba. El ruido de la tierra al caer sobre la caja de madera era irreversible, ofuscaba todo lo demás.

Hizo la señal de la cruz y se retiró, camino adelante, en compañía del capitán-fraile. Se dirigieron al pueblo por el camino que habían recorrido para ir al cementerio. Cuando llegó al puesto de mando, Carlos Rius se dirigió al comandante. Le pidió que le dejara incorporarse a las fuerzas de primera línea, que le liberara de la obligación que tenía de estar en la Plana Mayor. El comandante se caló el monóculo y le observó de arriba abajo.

—Veo que le ha afectado mucho la muerte del muchacho. ¿Se apreciaban ustedes mucho?

—Era como mi hermano mayor —dijo Rius—. Su padre era el hombre de

confianza de mi abuelo. Con el tiempo, él hubiera sido mi hombre de confianza.

—Bien. Dentro de unos días le dejaré a usted ir a incorporarse a la compañía que avanza, siempre que vaya con usted el capitán. (Se refería al capitán-fraile). Y quiero que de todos modos me den un parte diario de su situación. No sé si sabe que a través de Olga Campa me he hecho responsable ante su madre de la suerte que usted pueda correr. Y no crea que esté garantizada. De momento las fuerzas están enfrascadas en dominar una pequeña resistencia en el bosque y no saldrán de allí hasta tener la seguridad de que no queda en él un solo enemigo. Una vez limpio el bosque, seguiremos adelante.

Durante muchas noches a Carlos Rius le costó trabajo conciliar el sueño. No podía dejar de pensar en Miguel Llobet. Le habían sido entregados sus pertrechos personales y no hacía más que recorrer las hojas de la agenda que le había sido confiada. Aparte de las anotaciones personales, de citas y momentos diversos con datos absolutamente íntimos, había en ella una especie de diario sintético desde los días de Teruel hasta el de su muerte. Un año entero de guerra estaba allí, con sus fríos, sus hambres, sus miedos. Un año de nieve o de lluvia, de sopor o de tiros, con el polvo y la pólvora de Pándols, el lamento de los heridos, la marcha incesante hacia delante, el parón del Ebro, las perspectivas fogueadas del río, la peripecia sangrienta de la batalla. Miguel Llobet vivía en aquellas páginas con unos caracteres definidos. Se afincaban en ellas su desprendimiento y la intrépida exaltación de poeta que campeaba en su ánimo. A veces los comentarios de un día eran una simple estrofa, una cuarteta solitaria.

*No voldria morir  
Sense tornar a escoltar la veu  
de la campana de la Seu  
que em desvetllava adés cada matí...*

A veces, en su diario, Carlos descubría referencias a él o a la figura de su abuelo. Se admiraba al advertir el profundo sentido reverencial que animaba cada una de esas referencias. Carlos podía comprender muy bien que Miguel Llobet sintiera una devoción y un respeto acentuado por la figura de don Joaquín, pero se le hacía difícil imaginar que esa veneración tuviera que ampliarse hasta llegar a afectarle a él personalmente. Era más joven que Miguel, su figura y su presencia eran aún muy leves para que pudiera ser sujeto de entusiasmos y de adhesiones. No comprendía cómo el joven Llobet había puesto en él tanta confianza.

Carlos Rius contemplaba, a la luz de la vela que le iluminaba —la electricidad había sido cortada cuando llegaron a aquellos andurriales—, el contenido de la agenda de Miguel Llobet. Y se entretenía mirando una y otra vez la fotografía de la madre de la hermana, que Miguel le había mostrado unas semanas antes en su habitación de Mora de Ebro. A solas con aquella imagen le invadía una honda

emoción.

Volvía a contemplar el rostro dulce y blanco de Isabel Llobet y le estremecía pensar que sería él, con seguridad, el encargado de comunicar a ambas mujeres la suerte de su hijo y hermano. Se le ponía un nudo en la garganta. Sabía que la madre de Miguel era una mujer fuerte, animosa y capaz de entereza y resignación. E intentaba desentrañar en el rostro de la muchacha si sería también digna de la condición de su madre y de su hermano. Veía aquellos rasgos finos y se chapuzaba en el lago claro de los ojos; a medida que los miraba sentíase prendido de ellos. Sí, ella era digna de los caracteres familiares y aceptaría la realidad sin histerismos y sin escenas. Solo al pensar en aquello de que iba a ser emisario sentía una gran excitación. Siempre había imaginado que entraría en aquella casa acompañado de Miguel Llobet.

Por fin, en la segunda quincena de enero el capitán-fraile y Carlos Rius avanzaron por la carretera y se adentraron en el bosque. Se incorporaron a la compañía en un paraje nombrado Torrebosqueta, en medio de la espesa vegetación. Los soldados estaban desparramados por el monte. A media mañana se oyeron algunos tiros y poco después compareció en el campamento un grupo de soldados que llevaban prisioneros a dos docenas de fugitivos republicanos, a los que habían atrapado cuando huían en dirección a Villafranca. En los interrogatorios se echaba de ver que aquellos elementos estaban ya completamente desengañados de las consignas republicanas. Hablaban sin embozo del fracaso de los rojos, que daban por descontado, y, lo que resultaba más significativo, parecían no tener ningún cuidado de lo que pudieran pensar sus compañeros cuando se expresaban así. Daban nombres, cifras y datos sin ningún rubor y con ello significaban que la inmensa mayoría de la población, en zona roja, compartía sus propios impulsos.

Fueron llegando grupos de desertores y algunos prisioneros, que no hacían más que confirmar que sus fuerzas se hallaban en plena derrota, que de hecho estaban en desbandada y que lo que había detrás de ellos no era más que caos, deserción y ganas de acabar la guerra. El capitán Sieso, que mandaba las fuerzas del bosque, empezó a interrogarlos y comunicó telegráficamente al comandante Santelmo que varios de ellos habían dicho que en Barcelona se estaban preparando para evacuar la ciudad, que no había asomo alguno de resistencia y que lo que convenía era apresurar la presión de las tropas para encontrarlos en esa situación de ánimo. Pero al cabo de dos horas el comandante contestó que siguieran limpiando el bosque y actuando como hasta entonces.

Seguramente en el Alto Mando se pensaba que era mejor dejarles la puerta de la frontera abierta que obligarlos a defenderse y atacar.

Al día siguiente avanzaron por dentro del bosque y por la carretera. Era un día frío; los humos y la neblina daban al paisaje un tinte melancólico. Fueron ocupando el puerto del Ordal y luego descendieron por la carretera. Siguieron por ella cruzando los bosques que la enmarcan. La neblina parecía poner una masa floja y pegadiza en

los árboles y arbustos del camino. De vez en cuando se oía el fragor de unos disparos, pero el avance se hacía sin dificultad. Caminaron hasta media tarde por el camino, con las debidas precauciones, siguieron las curvas de la carretera después de Vallirana y de Cervelló y de pronto vieron dos tanques parados frente a una casa de payés. Uno de los tanques empezó a disparar contra ella. El otro siguió avanzando por la carretera, sin disparar.

Llegó un soldado de Comunicaciones con un papel, que entregó al capitán Sieso. Este lo leyó.

—Una pequeña partida de rojos se ha hecho fuerte en esa masía —dijo—. Hay que ir a conquistarla. Vamos, Rius. Coja a unos cuantos muchachos de su confianza y vamos para allá.

Pronto estuvieron elegidos los muchachos. Los señaló con el dedo.

—Venga, sin bromas. Vamos a echarlos de ahí.

El tanque seguía disparando. Ellos avanzaron por el campo, que era de rastrojos y tenía un tono amarillento suave a la luz del sol. Se oyeron silbar algunas balas.

—Agachaos, despacio. No hay que precipitarse.

Fue arrastrándose y avanzando hasta quedar cerca de la masía. Se veía asomar por una de las estrechas ventanas el cañón de un fusil. Lamentaba tener que arañar aquella bella arquitectura del siglo XVI con sus bombas de mano. Pero lo hizo. Echó el pequeño artefacto con tanta fuerza como pudo; en una larga parábola siguió un fuerte estampido. Luego los soldados echaron a correr por el campo, en dirección a la casa. Por la puerta se vio aparecer una bandera blanca atada a un palo. El tanque no la había visto y disparó aún un par de zambombazos.

—Oye, tú. Dile a esos que paren.

Se vio salir por la puerta de la masía una serie de sujetos que ponían sus manos en la nuca. Carlos y los soldados se fueron acercando a esperarlos. Los cacheaban y los hacían formar. Uno de ellos no hablaba español.

—¿No sabes que las Brigadas Internacionales ya se han retirado? ¿Qué haces aquí?

Cuando se lo dijeron al capitán Sieso, este pidió que se lo acercaran para interrogarle.

Se trataba de un comisario político; no fue parco en hablar; se expresaba en francés y dijo que habían sido enviados a la masía con la orden de retrasar en lo posible la llegada de los nacionales al Llobregat, donde los republicanos pensaban hacerse fuertes. La orden era parapetarse en la orilla izquierda del río y la consigna era hacer de él otro Manzanares. Los rojos tenían la pretensión de repetir con Barcelona la experiencia del Madrid resistente.

Una vez que el capitán hubo transmitido todo ello al puesto de mando, se pusieron nuevamente en marcha. Fueron descendiendo por las curvas de la carretera y a campo traviesa, hasta cruzar el pequeño túnel por el que pasaba la vía del tren. Pasado el túnel se advertía ya el cauce del río y el largo puente de piedra de otros

tiempos, que por cierto estaba intacto.

El comisario había dicho que habían recibido órdenes de que el puente fuera volado. Y, en efecto, descubrieron a unos sujetos, seguramente dinamiteros, que estaban trabajando en uno de los arcos centrales. El capitán Sieso dio la orden de disparar contra ellos.

—No tiréis a dar. No sabemos qué carga llevan y no quisiera exponerme a hacer volar el puente. Con que oigan silbar las balas me basta. Hay que obligarlos a huir, hay que evitar que lo vuelen.

Los soldados empezaron a granear el fuego sobre los individuos. Se les vio agacharse, intentando pasar inadvertidos, escabullirse. Al fin, algunos de ellos empezaron a huir. Pero quedaron aún tres o cuatro, que seguían trabajando.

—¡Malditos! Estos perros quieren de todos modos salirse con la suya. Y nos retrasaremos unos días si nos quedamos sin puente. Nos es indispensable no interrumpir el avance, pasar al otro lado...

Llamó a un soldado con un fusil ametrallador. Le indicó con un gesto dónde estaba el objetivo.

—Ahora, tira a dar. A ver qué pasa.

El soldado apretó el arma contra su vientre y apuntando a los que estaban bajo el arco del puente, disparó una larga ráfaga. No les dio, pero vio cómo los otros dejaban caer herramientas y bultos y empezaban a correr, a través de los charcos, hasta la otra orilla.

Pero en aquel mismo instante los de la otra orilla empezaron a disparar. Se oían silbar los disparos. En el túnel del tren sonaron las explosiones del tiroteo efectuado desde el tanque rojo: intentaban igualmente interrumpir el paso de las tropas por aquel lado.

Era una zona pestilente, plagada de mosquitos. El río estaba prácticamente seco y no quedaba más agua que la de unos charcos, en los que revoloteaban insectos de toda especie.

—Venga, a ver si los echamos. No me gustaría tener que quedarme aquí esta noche —animaba el capitán Sieso.

Entre tanto, un nuevo grupo se acercaba al arco del puente, en el que por lo visto habían dejado a medio disponer la carga con que pensaban volarlo.

Iban adelantándose entre los matorrales y los palmitos de los charcos, escondiéndose en ellos y avanzando con sigilo.

—Debe de faltarles muy poco para concluir su obra y no están dispuestos a dejarla así. Pero hay que impedirselo.

El soldado del fusil ametrallador volvió a disparar. Uno de los tanques nacionales se había dado cuenta de la situación y dirigió su torreta hacia ellos. Se vio cómo estallaban unos proyectiles en la base del puente. Pero los zapadores seguían con su labor, impertérritos.

—Di a Gil y a Martínez que vengan —ordenó el capitán a su asistente.

A poco llegaban dos soldados. El capitán los abordó:

—Os vamos a cubrir desde aquí. Se trata de que os acerquéis a aquellos rojos que hay bajo el puente. Están colocando las cargas para volarlo. Quiero que lo evitéis. Id para allá y tirad a dar.

—Bien, mi capitán. A la orden.

Los soldados avanzaron entre la maleza del río. Se les veía adelantar como simios o como reptiles. Los del otro lado no los habían visto y ellos podían avanzar.

Llegaron muy cerca de los zapadores rojos, apenas a unos veinticinco metros. Lanzaron unas bombas de mano y con la humareda que siguió dejaron de verse los otros. Al aclararse el humo se vio a los dos soldados de pie, disparando con los fusiles al hombro. Pero enfrente ya no había nadie.

—¡Bravo! Lo han conseguido. Vamos adelante —ordenó el capitán.

Las tropas empezaron a cruzar el puente sobre el Llobregat. El capitán Sieso estaba eufórico.

—Los mosquitos dan una moral muy elevada —decía—. Ellos son los que nos han espoleado para salvar el puente —y se rascaba ferozmente en el cuello y en los brazos.

Mientras cruzaban el puente iban cantando:

*Carrascal, carrascal,  
qué bonita serenata...*

Eran centenares de voces las que cantaban esta canción con una voz unánime y potente. Carlos Rius avanzaba entre ellos sin cantar. Echaba de menos en aquella ocasión a Miguel Llobet. Él sí hubiera cantado por todos los demás. Le echaba de menos en la entrada en Barcelona, de la que tanto habían hablado, que era su proyecto máximo, su ambición dorada. Todos los que avanzaban cantando parecían imbuidos de la inminencia de la toma de la ciudad. Pero parecía que hubieran olvidado a los que habían muerto, que dejaran caer sobre todos ellos el velo áspero de la ingratitud.

Se adentraban en Molins de Rey; el capitán Sieso se acercó al alférez Rius y le dio una orden.

—Acaban de ordenarme que despliegue una parte de la fuerza con dirección al monte, por la carretera que va desde aquí a Vallvidrera. Y la otra parte que siga por aquí, para entrar en Barcelona por la Diagonal. De modo que usted queda al mando de las tropas que irán por Vallvidrera y yo sigo por la carretera general. ¿De acuerdo?

—A la orden, mi capitán, lo que usted mande.

El alférez Rius, al mando de un grueso contingente de tropas, se desvió, pues, por la carretera interior. Desde la esquina de la calle le saludó con el brazo el capitán, despidiéndose.

—Adiós, Rius. Hasta Barcelona.

El capitán Sieso quedó al mando de un par de centenares de hombres y siguió por la carretera. Las casas de Molins de Rey estaban cerradas. De vez en cuando, en algunas de ellas, asomaba un rostro de mujer a través de las celosías o tras los balcones. Era una ráfaga veloz, desconfiada.

Pronto pasaron a cobijarse bajo el toldo de los anchos plátanos de la carretera, que tenían una gesticulación desmedrada y agónica, vacíos de toda vegetación.

Se veía avanzar a los mulos con la impedimenta y el paso lento y cansado de la tropa, cargada con la mochila o el macuto. Habían dejado ya de cantar.

Avanzaron durante mucho rato por la calzada sin encontrar dificultad. Estaban llegando a las puertas de San Feliu. En la entrada de la población vieron que se elevaba al cielo una densa columna de humo negro. Era la gasolinera de la entrada a la población, a la que habían pegado fuego. O quizás el fuego fuera accidental. El caso es que había dificultades para cruzar la carretera y seguir avanzando. Las llamas alcanzaban varios metros y en el pueblo, desierto, parecía que no hubiera nadie dispuesto a echar una mano para dominar el incendio.

—¡Eh, tú, muchacho! ¿Dónde está la gente de este pueblo? El chico salió corriendo.

Estaba oscureciendo y, a medida que la luz decrecía, iba aumentando el resplandor siniestro. Al cabo de un rato el capitán vio como salían unos hombres de una taberna, que hasta entonces había aparecido con la puerta entornada. No se atrevían a acercarse, pero el oficial los llamó.

—¿Dónde ha ido la gente de la gasolinera?

—Estaba requisada. Se han marchado...

—¿Nadie sabe qué cabida tiene el depósito?

—No, no se sabe. Eran forasteros. A los que había antes los mataron.

—¿Y vosotros qué hacéis aquí parados? ¡Venga, a ayudar!

—No hay agua, señor. En todo San Feliu no hay una gota de agua.

—¡Buena la hemos hecho!

El capitán dio orden de acampar allí mismo. Puso un retén en las proximidades del fuego, para evitar que este se propagara. Los otros se echaron a dormir sobre los macutos.

Las llamas se elevaron al cielo durante casi toda la noche. Pero ello no impidió que los soldados durmieran con un sueño profundo, total.

La llama de la gasolinera iluminaba sus cuerpos con claros oscuros de oro, mientras unos cuantos soldados en vigilia hacían la guardia nocturna y transitaban entre los cuerpos tumbados.

La noche parecía estar cargada de presagios, llena de los signos de la espera. El capitán Sieso escuchaba aquel silencio solo roto por la crepitación y el burbujeo del fuego. Su rostro parecía escudriñar en la penumbra y estaba lamido por el fulgor cambiante y el resplandor de oro de las llamas. Pasada la media noche vio dos bultos que se le acercaban por la carretera. Uno de ellos iba montando un caballo blanco.

Era el comandante Santelmo. El cristal de su monóculo ponía un punto de luz mínimo y audaz en la oscuridad. Su acompañante era el capitán-fraile, que contra lo proyectado había vuelto al puesto de mando y permanecido con el comandante unos cuantos días.

El comandante no podía dormir y había avanzado hasta llegar a primera línea. Allí abordó al capitán Sieso.

—Hay que entrar en Barcelona mañana, como sea. He movilizado los coches de bomberos de San Vicente, San Baudilio y Molins de Rey. Los soldados se harán cargo de ellos. Es preciso que pasemos todos, y en primer lugar los tanques. A primera hora hay que emprender la marcha.

Su mirada tenía el apremio y la nerviosidad de las grandes exigencias. Parecía que, a punto de coronar la obra de la guerra, los nervios empezaran a fallarle. Era aquella la hora de la gran decisión.

—Pasado mañana tiene usted que decir una misa en la Plaza de Cataluña, capitán —dijo, dirigiéndose al dominico—. Será nuestra mejor acción de gracias.

Parecía que le impusiera la rotundidad de aquella victoria que estaban a punto de obtener. Cierta inquietud, una precaución enervada, alteraban los rasgos finos de aquel hombre. Miró a lo alto y alrededor, contemplando la línea oscura de los montes que circunvalaban el panorama hasta el río.

—Miren. Veo por allí, en todo lo alto, la luz de las fogatas de nuestras tropas, ¿no la ven? Los nuestros están ya en las cumbres. La victoria es nuestra —exclamó, radiante de alegría, sin poder contener su gozo—. ¡Por la Santísima Trinidad que mañana entraremos en Barcelona!

El monóculo tintineó unos instantes en la cuenca de su ojo y luego cayó sobre su abdomen, mientras él hacía dar una vuelta a su caballo y se ponía de cara al río.

—Mire allí. Ahora cruzan el puente los coches-bomba de San Vicente. En cuanto lleguen, que vacíen el agua en el depósito de gasolina. A primera hora tenemos que ponernos en marcha. Y se retiró. El capitán-fraile y el capitán Sieso le vieron partir como un loco sublime en espera de los coches-bomba.

La proximidad de la ciudad se hacía evidente. Se notaba en un polvillo precursor, en una especie de exudación inmensa que parecía venir del otro lado del monte y llenar la atmósfera.

Se oyó el ruido de los camiones de los bomberos. Luego llegaron los coches de San Baudilio; a ellos se sumaron los vehículos de Molins de Rey. Todos empezaron a echar agua con las mangueras sobre el depósito de gasolina que estaba ardiendo. La llama decreció y pronto permitió el paso de algún vehículo por el otro costado de la carretera. Los coches hicieron varios viajes para cargar más agua. Al amanecer, del depósito de gasolina no salía más que una densa columna de humo. Era una negra columna vertical que se elevaba al cielo.

—Parece el rastro de humo del sacrificio de Caín —dijo el capitán-fraile.

En efecto, la humareda tenía un tinte siniestro de holocausto bíblico en la difusa



luz del amanecer.

Los soldados se pusieron en marcha. Después del sueño eran como tercios fantasmas clavados en el paisaje, imágenes frágiles y tambaleantes enroscadas en el gris de la mañana. Al frente de ellos había vuelto a aparecer el comandante Santelmo. Su cuerpo engurruñado se curvaba en su espalda, y sobre su pechera impecablemente abrochada se apoyaba el lacio mentón. Avanzaba a lomos de *Revérter* con una voluntad ciega, sin abrir la boca, como una fuerza indomeñable de la naturaleza, como una piedra arrastrada en un alud. Los flecos de la luz empezaban a esparcirse por todo el panorama. Los árboles demacrados y silentes amanecían en la vaguada polvorienta. Detrás seguía un estrépito de carros de combate y el ruido monótono de las botas de los soldados al arrastrarse por los adoquines de la carretera.

Avanzaban y se aproximaban cada vez más a la ciudad. No faltaba sino coronar la cuesta de San Justo. Cruzaron el paso a nivel sin detenerse. Los carros de combate armaron un estrépito infernal al pasar sobre las vías del tren. El comandante se paró y volvió hacia los carros, hasta que estos hubieron pasado.

Luego siguió adelante al frente de las tropas hasta coronar la cuestecilla y entrar en el poblado. De hecho, éste era un barrio de Barcelona, la última encrucijada antes de entrar en la ciudad. El sol acababa de salir por el horizonte e inundaba todo el panorama de una luz insinuante. El comandante entró al paso lento del caballo.

De pronto, desde uno de los pisos altos de una de las casas que había junto a la carretera salieron unos disparos. El caballo se encabritó y el comandante Santelmo pudo saltar de él y quedar de pie a su lado mientras se calaba el monóculo, y, sacando su pistola, apuntaba al sitio de donde le parecía que habían partido los disparos. El blanco caballo pataleaba, tumbado en el suelo. Una bala le había entrado por la paletilla izquierda. Otra extendía un gran manchón granate sobre la piel blanca de su vientre.

El capitán Sieso llegó a su lado. Comprobó que al comandante no le había ocurrido nada. Le dijo:

—Ha sido desde el cuarto piso de esa casa. He visto como asomaba el máuser en un balcón. He enviado unos soldados a que subieran.

—No hay que confiarse. Durante unos días es probable que las casas de algunos barrios estén llenas de «pacos» y de sujetos que seguirán haciendo la guerra por su cuenta. Diga a los soldados que no se confíen y que anden con cuidado. Sería triste morir en esta hora.

En una de las casas había un café, las puertas del cual estaba abriendo un hombre. El capitán Sieso, el capitán-fraile y el comandante Santelmo entraron en él.

—Siento haber sacrificado el caballo tan cerca del fin. El alférez Rius lo sentirá. Era un buen animal, dócil y muy útil. ¡Quién sabe de dónde habría salido!

—Mejor así que acabar en el ruedo, sirviendo de carnaza a los toros. Es como este hubiera acabado.

—A propósito, salga usted fuera y dele un tiro; acabe con él, para que no sufra

inútilmente.

El capitán Sieso salió, y a poco se oyó el eco de su pistola al dispararse.

El hombre del café les sirvió un brebaje al que llamaba café, pero que no era más que el resultado de la cocción de algunas hierbas indescifrables. Poco después llegaban el cabo y los soldados que habían subido al piso de donde habían partido los disparos. Llevaban consigo, arrastrándola, a una mujer.

Era una mujer joven, no exenta de atractivos, que miraba a todos con una mirada desenvuelta, desafiante y agria. El comandante la observó olímpicamente, desde el antifaz de su monóculo. No le hablaba directamente a ella, sino a través del cabo.

—Pregúntele cómo se llama. Usted, soldado, tome nota de lo que vaya diciendo.

Pero ella no contestó. El soldado explicó lo que había pasado:

—Era ella la que disparaba. Vive con un viejo, que no hacía más que excusarse. Dice que está loca desde que mataron a su novio, que era de la división de Líster. Ha esperado a las tropas con el fusil del novio.

—Pregúntele si sabe que ha estado a punto de matarme; pregúntele también si sabe lo que le va a ocurrir.

Por toda respuesta ella escupió contra el comandante, que se sacó el monóculo de la cuenca de su ojo y lo empezó a frotar. No obstante, se sobrepuso.

—¿Qué hacemos, mi comandante? ¿Formo un piquete?

—No, no, capitán. Vigílela bien, átele las manos y con dos soldados la lleva a donde está la Comandancia de las fuerzas de Seguridad.

El capitán Sieso dio al cabo las órdenes correspondientes.

Hicieron que retiraran el cuerpo tumbado del caballo para que los tanques y las tropas pudieran pasar. Luego siguieron su camino.

Al llegar a la vuelta, caminaron por la carretera que llevaba a la ciudad. Desde ella se veía, a lo lejos, el mar. Una tenue neblina se afincaba perezosa sobre el llano.

Y al final del camino se mostró, amplia, ubérrima, castillo de mil torres y pasillos, la magnificencia de la ciudad. Habitados a la contemplación de los pueblos y villorrios de aquel largo camino, los soldados pararon un momento para contemplarla. La extensión urbanizada era inmensa. Por doquier sobresalían campanarios y chimeneas. No obstante, parecía un monstruo dormido o muerto. Ni un solo sonido emergía de ella. En aquella mañana parecía la capital del silencio. Los soldados la contemplaban con pasmo y detuvieron su marcha.

Carlos Rius había ascendido por los caminos que llevan a la cumbre del monte. Los soldados avanzaban a su lado con un porte pesado y cansino. La oscuridad era total. Se habían puesto a descansar en las quebradas de la montaña. A un lado se vislumbraba, en una ladera decreciente, un vasto panorama de brezos, de encinas y de pinos. Más abajo, apenas presentido, el valle donde se asentaban docenas de pueblos, de ciudades y de villorrios. Todo ello estaba sumido entonces en la oscuridad, mas

parecía que de ella surgiera el aliento que hacían al respirar los pulmones de Manresa, de Sabadell y de Granollers, junto al latido múltiple de docenas de corazones rupestres: Rubí, Sardañola, San Cugat, Mollet... Una inmensa población descansaba a aquella hora en espera de la jornada siguiente, que habría de implicar para ella el suceso de la paz, aún difícil de imaginar.

Habían acampado en las proximidades de Santa Creu d'Olorde. El templo románico era un vestigio de aquel medievalismo religioso que asentaba en el monte ermitas o cenobios que eran marcas de la fe y que estaban a cargo de unos frailes, mitad eremitas, mitad militares, que eran los vigías y adelantados de la comarca contra las incursiones sarracenas. En los tiempos en que la ermita fue construida, Barcelona estaba todavía muy lejos, era un centro urbano insignificante, colocado a la vera del mar que bullía allí abajo. Barcelona estaría entonces a merced de los piratas berberiscos, que de vez en cuando arremetían contra sus fortalezas para llevarse como botín algunos arcones repletos de doblones o la palpitante y asustadiza juventud de sus muchachas, que irían a parar a las alcobas de algún rico mercader de Fez o de Argel y se harían viejas en la falsa molicie de algún harén de Estambul o de Damasco. Santa Creu d'Olorde era entonces la segunda línea defensiva, el lugar adonde primero podrían llegar los fugitivos de la invasión para ponerse a salvo. Aún conservaba trazas de esta calidad defensiva, pero sus días de gloria por la fe habían pasado. No quedaba nada más que sus paredes nobles. Su interior había sido arrasado por la revolución.

Hacía frío y los soldados entraron en el interior de la iglesia para pasar la noche. En el llano que había frente a ella, encendieron una fogata. En el monte, siguiendo una línea casi recta, se advertía una sucesión de otras fogatas que iban delineando el lugar donde se hallaban apostadas las fuerzas de los nacionales. Carlos Rius envió unos enlaces a establecer contacto. A su lado, a la izquierda, había fuerzas de la Cuarta Bandera del Tercio. Eran tipos forzudos, ariscos y singulares, muchos de los cuales cubrían su ancha faz con una barba poblada, que les daba la apariencia de seres mitológicos. Estaban fogueados por mil batallas y habían sido en gran parte los autores de aquel avance espectacular. Al lado, a la izquierda, había fuerzas del Primer Batallón de Mérida, del ejército de Navarra; también estos habían desempeñado buen cometido en la campaña. Eran muchachos del norte, tocados la mayoría de ellos con la boina roja de los Requetés, lamidos por las balas, en el pecho el detente que les había impuesto la mujer o la novia, allá en los riscos de la sierra de Andía o de Aralar. Si era frecuente en la guerra que la soldadesca se lanzara a cantar canciones libidinosas o que anduviera con chistes u ocurrencias procaces, en las que se mezclaba lo erótico y sensual con lo irreverente, los muchachos del Cuerpo del Ejército de Navarra, que eran más ruidosos que todos los demás juntos, no tenían nunca una palabra soez, ni aludían a nada que no pudiera ser bendecido por la Santa Madre Iglesia. Habían llegado a las puertas de Barcelona con el mismo ánimo con que una mañana de julio de un verano, hacía más de dos años, habían emprendido la

marcha para limpiar a España de toda hez, la que consideraban pestilente y lúbrica. Con el mismo ánimo con que habían salido al monte sus abuelos un siglo atrás.

Los enviados de Carlos volvieron con un pequeño grupo de gente de aquellos dos ejércitos. A punto de entrar en Barcelona era la primera vez que se establecía contacto entre ellos, desde el Ebro, como contagiados de la nerviosidad que la fecha entrañaba. Vinieron un cabo de la Cuarta Bandera del Tercio, mocetón gigantesco que cubría su enorme cabeza con un gorrito ladeado que parecía bailar sobre su espesa pelambrera; con él iban tres legionarios, uno de ellos con una gran cicatriz que le hendía toda la mejilla derecha y daba a su cara un rictus siniestro. Los muchachos que llegaban del Batallón de Mérida eran dos: Ignacio Lisarrain, un alavés de Vitoria con el pelo ensortijado, la cara rubicunda, una voz de tenor y un pecho prominente; y un muchacho esmirriado, tímido y enteco, que miraba con unos grandes ojos, bellos y pasmados, y que parecía asombrado por el hecho de estar a las puertas de Barcelona, a punto de tomar la ciudad, y en aquel lugar doblado de un signo militar y religioso durante la noche de espera.

Habló el cabo del Tercio:

—Nos envía el general para que establezcamos contacto con las otras fuerzas del Cuerpo del Ejército Marroquí que, bordeando el mar, están ya en el Castillo de Montjuïc. Todos debemos caer sobre la ciudad al mismo tiempo. Tres de nosotros, y yo el primero, tenemos que cruzar la ciudad y llegar a Montjuïc antes del amanecer. Los otros esperarán aquí por si hay que volver a enlazar con las fuerzas de origen.

—¿Quiénes son los que irán con usted?

Todos se apresuraron a proclamarse voluntarios para aquella descubierta, pero el cabo eligió a Ignacio Lisarrain, al legionario de la cicatriz, y a otro de los legionarios. En seguida se pusieron en marcha, avanzando por la carretera en dirección a Vallvidrera.

Los demás se quedaron sentados junto a Carlos, a la vera del fuego. En el interior de la iglesia dormía el resto de los soldados que subieron con él. Había en la noche un sopor vigilante, una inquietud extraña, como si se sintiera, cruzando por la línea del monte, el insomnio de toda la ciudad, que velaba allí abajo. La ciudad no se veía aún; estaban en la otra vertiente del monte, la que daba a los valles del norte de la ciudad; pero parecía oírse el sonido de su palpitación y parecía también que las fulgentes estrellas de aquel mes de enero hirieran la retina con un esplendor despierto.

No había recelo, ni precaución, ni sigilo, ni miedo. Uno de los elementos del Tercio se puso a cantar a pleno pulmón:

*Soy del Tercio y no me mandan;  
no hay más que mi capitán;  
no espero más que la paga  
y la orden de avanzar.*

—¿Por dónde habéis entrado vosotros? —preguntó Carlos en cuanto el otro hubo acabado de cantar.

—Hemos venido por la carretera general, por Cervera e Igualada.

—¿No habéis tenido cacao?

—En esta última ciudad y en los Bruchs, al lado de Montserrat. Allí han intentado aguantar, pero los hemos barrido. La aviación nos ha abierto el camino. Una parte de la División los ha seguido hasta Manresa y nosotros nos hemos dirigido aquí.

—Mi alférez, usted es catalán, por lo que veo. ¿Qué efecto le produce entrar en su casa?

—Un efecto muy raro. La verdad es que no lo imagino todavía. Aún no he visto la ciudad.

—¿No la ha visto? Desde nuestra posición la contemplamos a todo lo ancho. ¿Quiere que vayamos a verla?

Carlos Rius estuvo dudando. Total, no llegaría ni mucho menos a la hora de camino para ir y otra para volver. Le dijo a un sargento que estaba de guardia que iba a hacer una descubierta.

El alférez y los dos legionarios emprendieron camino por el monte: la silueta de éste se perfilaba sobre el cielo, del que salía una difusa claridad en contraste con la tiniebla casi absoluta de la tierra. A través del bosque, en la negrura, destacaban de vez en cuando algunos resplandores en las casas del valle.

Era difícil avanzar sin tropezar con alguna piedra, algún tronco o alguna raíz. Finalmente, ya casi en la cumbre del monte, optaron por salir a la carretera. Caminaban llanamente y hasta parecía que el resplandor de las estrellas llegara a iluminar la franja gris del asfalto.

En lo más alto de la recta oyeron la voz de un centinela. Uno de los legionarios respondió: España, y la consigna. Los dejó que pasaran. Al cabo de unos minutos volvieron a pedirles su identidad. El legionario respondió de la misma manera.

Y llegaron al campamento donde estaba la plana mayor de la Bandera del Tercio. La carretera seguía zigzagueando hacia abajo, en curvas y vueltas que se adecuaban a las sinuosidades del monte. Abajo, muy lejos, como hundida, se veía la inmensa extensión de la ciudad, titilante de infinidad de luces. Pareció que una bocanada irrefrenable de aire nuevo inundaba el pecho de Carlos Rius. Por fin tenía a Barcelona ante sus ojos. Era una inmensa explanada en la que se presentían mil puntitos de luz. Nunca hubiera imaginado que le apareciera tan grande.

Allí había nacido, allí había transcurrido su infancia, allí vivía su abuelo, en aquella ciudad estaba él destinado a vivir en adelante. Ella era la mitad de su vida.

—Lo que yo me digo es que es mejor no tener ciudad —dijo el legionario—. Así no se tienen sentimientos.

Tan curiosa filosofía hizo estremecer a Carlos Rius.

Estuvo un rato contemplando la ciudad, como si quisiera sorber de golpe, en la oscuridad, todas sus esencias presentidas. Al fin se volvió a los dos legionarios.

—Bien. Llévame hasta donde estén de guardia los oficiales. Los saludaré y volveremos hacia allá.

Junto a una casa de campo, apuntalada a la vertiente, había un capitán del Tercio y dos alféreces. Estaban jugando una partida de dados; en una mesilla tenían una botella de coñac. Al lado había encendida una hoguera, que llameaba a compás del viento con destellos desiguales. Más lejos sonó una voz quejumbrosa. Era un sargento que tocaba una guitarra y se acompañaba con una canción:

*Si a tu ventana llega  
una paloma,  
trátala con cariño,  
que es mi persona...*

Los saludó. Pero tan enfrascados estaban en la partida de dados que prefirió no darles conversación. Con los dos legionarios emprendió el camino de regreso.

Mientras avanzaba en la noche solitaria iba rumiando lentamente acerca de la impresión que le había causado la ciudad, amplia, tendida bajo las estrellas. ¡Cuánto dolor, cuánto sufrimiento, qué de inútiles quebrantos, cuántos escalofríos caben en una ciudad! Las gentes viven apiñadas unas al lado de otras, pero les es prácticamente imposible comunicarse un mínimo de sus más íntimos sentimientos. Una ciudad así es un acopio monstruoso de millones de sentimientos que no se encuentran, de centenares de miles de desilusiones y de dolores que batallan unos contra otros a ciegas, sin encontrar la salida. Si pudiera haber un ejército que llegara con toneladas de amor, con una carga de caridad inacabable... Pero ¿dónde se encontraría un ejército semejante?

Dentro de unas horas tendría que entrar en la ciudad. Dentro de poco tendría que localizar a su abuelo. ¿Lo encontraría en aquella inmensa vorágine? ¿No habría desaparecido, como una gota de agua en un océano? ¿Encontraría a la familia de Miguel Llobet?

Al llegar a la posición entró en la iglesia de la Santa Creu. El recinto estaba lleno de soldados tumbados, que rendían allí su cansancio. Eran dos centenares de hombres que llenaban enteramente con sus cuerpos el pavimento de la iglesia, por la que era imposible andar. Estaban echados sobre sus macutos y de ellos emergía un olor pestilente a orín y a cuadra. Dormían absolutamente desprevenidos, con las bocas abiertas en una mueca incontrolada, de la que surgían ruidos, toses, ronquidos, alguna palabra inconexa, signos de una entera abstracción, de una dejación mental absoluta. Cuando empezara la paz, de aquella simiente habrían de nacer los nuevos prototipos, los que se encontrarían con una España rehecha, para los que la guerra no sería nada más que una anécdota huida, un suceso histórico pasado, algo que se escucha de labios de los viejos en las veladas de invierno. Quizás aquello en que habían puesto tanto afán, por lo que tantos habían muerto sin reclamar ningún certificado, no fuera

para los que habían de nacer más que un episodio sin sentido, una vieja rencilla debatida a tiros, pero sin la grave significación que tenía. ¡Feliz la generación que naciera sin tener que aprender a tiros la lección de España! Carlos Rius contemplaba a aquellos soldados y creía que del conjunto de sus sueños dispersos se formaba una sola y magnífica premonición de paz, como una cantata solemne por la que los campos y las tierras del país empezaban a fructificar, que contagiaba a todos los seres de España, los que habían nacido y los que habían de nacer, y que con ella nunca más se hablaría de divisiones y de enconos.

Salió afuera y al poco rato vio cómo en el horizonte, del lado del mar, empezaba a surgir la luz del alba. Era un resplandor aún lechoso y turbio que se diluía a todo lo ancho del monte. El resplandor fue creciendo y, a poco, el corneta tocó los clarines de la diana. Los soldados pasaron ante el rancharo con su vaso de aluminio en la mano. El rancharo, con un enorme cucharón, fue echando en cada recipiente la oscura ración de café con leche. El alférez Rius miraba al lado de Montjuïc, en espera de que en el cielo se elevara la flecha azul y luminosa de un cohete. Sería la señal.

Observando a través de sus binóculos la cumbre del monte, el comandante Santelmo, en el llano, vio como surgía del castillo una larga estela de humo, que al fin estallaba en el cielo como una densa explosión carmesí.

Dejó caer los binóculos, se puso en el ojo la lente solitaria, recogió su caña de bambú, que había mandado que le llevaran, y dio la orden de avanzar.

La columna de soldados avanzó a todo lo ancho de la Diagonal. En aquel sector la ciudad parecía abandonada. En las pocas casas del recorrido, los balcones y persianas estaban cerrados. Era un día nublado, pero claro. En la calle no se veía alma alguna. En el asilo de San Juan de Dios había unos enfermeros que salieron a observarlos y, con ellos, media docena de chiquillos convalecientes que se acercaron a las tropas. En el interior del hospital se veían algunos heridos de guerra, que asomaban por los ventanales unas cabezas con los pelos revueltos.

Cuando llegaron a la plazuela, en el grupo de casas que dan respaldo al jardincillo circular se abrieron algunas ventanas. En una de ellas, una mujer empezó a gesticular y a lanzar grandes gritos que parecían de júbilo. Se oía indistintamente la palabra «viva» y la palabra «España». Poco después salió enarbolando una pequeña bandera española, que dejó plantada en el balcón.

El comandante Santelmo avanzaba al frente de sus tropas por una ciudad que, hasta entonces, daba pocas señales de vida. En el trayecto desde la plaza hasta la calle de Muntaner se iban abriendo paulatinamente unos cuantos balcones. De los portales salía de vez en cuando alguna figura de hombre o de mujer que se quedaba un instante pasmada y, entre asustada y curiosa, veía pasar a los soldados. Una mujer de media edad salió apresuradamente de una portería de la calle de Casanova, se acercó al comandante, le cogió una mano y empezó a besarla. El comandante la dejó hacer,

entre conmovido y desdeñoso.

En el cruce de la Diagonal con la calle de Muntaner, el comandante mandó que se detuvieran. Aquel era el lugar que había indicado para esperar a las tropas que bajaban de Vallvidrera. Mulos, hombres, pertrechos quedaron a la expectativa y a la espera. Poco a poco los balcones empezaron a abrirse. Parecía que la ciudad comenzase a bullir. Ya se oían gritos. Mujeres, muchachos, hombres empezaron a salir de las casas y a acercarse poco a poco a las tropas por todos los lados de la calle. La primitiva timidez o los primeros temores empezaban a desaparecer. De los grupos surgían, primero tímidos, luego estentóreos, los primeros gritos de «¡Viva España!». Una muchedumbre se atrevió a rodear a los soldados. Algunas mujeres se acercaban a ellos y les besaban en las mejillas o en las manos. Ciso, el corneta ex legionario, tenía abrazada a una muchacha por el talle y esta le llenaba de besos las mejillas. Dos mujeres estaban llorando mientras gritaban histéricamente. El comandante hacía esfuerzos para sustraerse a la presión de los grupos que le rodeaban.

De lo alto de la calle de Muntaner empezó a oírse el ruido que hacían al descender los carros de combate. Se veía cómo iba descendiendo la masa de hierro de uno de ellos. El tanquista iba de pie sobre la torreta. Parecía una imagen simbólica de la paz, erguida en su pedestal. La ancha boina negra le caía a un lado, sobre la amplia patilla. Bajo la nariz lucía un bigote recortado. El tanque avanzaba majestuosamente sobre el adoquinado, levantando chispas y promoviendo un gran estruendo. En los balcones de la calle una muchedumbre heterogénea lo miraba pasar y le aplaudía. En él vitoreaban a todas las fuerzas que estaban entrando. La superficie del tanque estaba enteramente cubierta por ramas de pino y de brezo, que parecían expandir por todo el ambiente el fresco olor de las laderas del Tibidabo. El tanquista avanzaba feliz, sonriente, gozoso de aquella entrada triunfal. Pero no todo serían glorias en aquel día. Desde un balcón que no se podía precisar, alguien disparó. La gente vio como el tanquista doblaba lentamente el espinazo sobre la torre e iba cayendo lentamente, en un holocausto inútil y gratuito. Se oyó un grito sordo de asombro y luego una oleada de indignación sacudió la calle entera. Los soldados no tuvieron que moverse. La muchedumbre pareció adivinar de dónde habían salido los disparos. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, se arracimaron en uno de los portales, como en una oleada vacilante. A poco, salían por el portal enarbolando el cuerpo de un hombre sin chaqueta, que era ya como un amasijo de sangre. Le echaron al suelo, donde acabaron de pisotearlo. Luego quedó allí tendido y alrededor se hizo un ancho espacio de vacío. La gente le miraba desde lejos, como asustada.

Carlos Rius había visto desde su posición elevarse al cielo la señal convenida. El cohete estalló puntualmente y dio la orden de bajar. Él y sus soldados fueron a campo traviesa, hasta la encrucijada de la carretera. Desde allí se veía la de la Rabassada, que se perdía en curvas hasta la ciudad. El campo tenía en aquella ladera un regusto



íntimo, familiar, de domingo por la tarde, de jubilosa vacación, de fiesta en el colegio. Le recordaba excursiones y paseos dados en su niñez, meriendas de su adolescencia. Toda aquella vertiente evocaba el amarillo de las retamas primaverales, que las mujeres llevaban en otros tiempos hacia la ciudad en grandes brazadas olorosas. Todo en él palpitaba con emoción inmensa. Entonces empezaba a sentir que estaba en casa.

Todo daba la impresión de estar absolutamente abandonado y acusaba el deterioro de la guerra. En la ladera del monte se veía un coche volcado —¿quizás en la precipitación y la urgencia de la huida?—, más abajo había un par de colchones abandonados, como si hubieran caído de un vehículo en marcha y no hubiera habido tiempo de recogerlos. En una curva se veía el cadáver de un hombre. Debía de llevar días allí, porque sus carnes estaban tumefactas y, al acercarse, se sentía una pestilencia repelente. Carlos y sus tropas pasaron sin detenerse, doblaron hacia la ciudad. Pronto llegaron, torciendo calles, hasta el paseo de la Bonanova.

Al pasar frente a la casa de su madre, vio que el portal estaba entornado, Carlos Rius lo abrió de un empujón y entró en ella. La casa estaba vacía, pero con señales de haber sido ocupada por alguien hasta hacía poco. En una rápida visión se dio cuenta de la erosión que había producido la guerra. Era lamentable el estado en que habían dejado aquella casa las gentes que habían vivido allí. Los muebles debían de haber sido convertidos en leña para quemar. En mitad del salón había aún utensilios de cocina y se echaba de ver que allí precisamente habían cocinado los ocupantes de la casa. Todo se hallaba en un estado lamentable. Carlos no quiso saber más y se lanzó de nuevo hacia sus tropas, para encabezarlas.

Fueron descendiendo por la calle de Muntaner.

La gente los vitoreaba desde los balcones. Ya cerca de la Diagonal descubrieron un cadáver con el rostro desfigurado y del que la gente parecía apartarse.

—Era un «paco» que ha disparado contra aquel tanque —dijo alguien, señalando uno que había parado más abajo, junto a un árbol.

En el cruce de la Diagonal vio, erguida, señorial, levemente curvada de espaldas y apoyada en su caña de bambú, la figura inconfundible del comandante Santelmo. Iba a acercarse a ella cuando notó que, descolgándose inesperadamente de un farol en el que estaba encaramada, una mujer angulosa, que estaba gritando, desmelenada, los vivas más estentóreos y patrióticos —«Viva España», «Viva Cristo Rey», «¡Viva Franco!», «¡Arriba España!» y otros muchos—, se dirigía hacia él, le estrujaba en sus brazos y le hundía en ellos como un tifón que elevaba y se lleva por delante los muros de una casa:

—¡Carlos, Carlos, mi alférez, mi héroe, mi tesoro! ¡Viva España! ¡Vivan los nacionales! ¡Viva Carlos Rius!

En cuanto se pudo desprender de aquellos brazos y observarla, Carlos Rius pudo verificar la autenticidad de la figura.

—¡Rita! ¿Qué hace usted aquí? ¡Qué alegría verla!

Antes de aquel momento Carlos Rius hubiera jurado que Rita Arquer era incapaz de llorar, pero entonces veía que lo estaba haciendo a raudales.

—¡Acabo de salir de la cárcel! ¡He estado allí hasta ahora! Figúrate: yo ¡Rita Arquer!

Y derramaba unas lágrimas como pedruscos...

## XX

EL PROCESO DE LA LIBERACIÓN PERSONAL de Rita Arquer se debió tanto al impulso de los ejércitos nacionales como a su propio y personal impulso.

A medida que llegaban las noticias del progreso de los ejércitos nacionales la actividad de Rita Arquer en el interior de la cárcel de mujeres iba tornándose más intensa e irreprimible. Las noticias del avance nacional llegaban con puntualidad y no tardaban en propalarse y en ser expandidas por todas las dependencias de la prisión. Desde las jefas y carceleras hasta la última de las reclusas, todas tenían conocimiento del estado real de los frentes y no había ninguna que se viera libre de reacciones ante el descalabro creciente de los republicanos.

Paradójicamente, la que menos supo disimular la desazón que la acometía fue *la Jirafa*, aquella gigantesca virago que en otro tiempo no dudaba en apalear personalmente a las reclusas más díscolas, y que entonces se había vuelto afable, dulce como un tarro de miel. Rita Arquer había observado este cambio con un carcajeo sarcástico en su interior y acto seguido empezó a inquietarla. La zahería con frases hirientes:

—Hay quien cree que las fascistas no tendremos memoria. ¡Ja, ja! Las fascistas tendremos más memoria que un elefante. Treinta y seis cardenales tengo yo en la espalda, treinta y seis cardenales que pagará quien me los hizo. Cuando entren los nuestros seguiremos la táctica del «ojo por ojo», como los antiguos persas. No tendremos piedad...

No sabía con exactitud si lo del «ojo por ojo» era jurisprudencia persa, pero en aquellos días sentía avivarse en su memoria olvidados refranes y vivificarse una mentida erudición, para ilustración de sus compañeras de cárcel. Este falseado historicismo no hacía más que aumentar las inquietudes de *la Jirafa*, que pasaba cabizbaja y recelosa entre los grupos, sin atreverse a utilizar ya la varilla de bambú y repartiendo a diestro y siniestro sonrisas de cordero degollado.

Rita Arquer esperaba el momento de poder hablar a *la Jirafa* con una moral de victoria completa. Así lo hizo en el momento en que se enteró de que los «fascistas» habían llegado a las puertas de la ciudad. Notó un intenso ajeteo entre las guardianas. La Jirafa estaba lívida, parecía que le hubieran quitado la sangre.

—Las fuerzas de Franco están en el Tibidabo —dijo—. Yo no sé si usted pensaba quedarse aquí, pero si lo hace piense que las reclusas que seremos liberadas no tendremos piedad de usted. Nuestro deber será denunciarla y lo haremos sin que nos tiemble un dedo. De modo que yo le aconsejaría que nos pusiera en libertad. Entonces quizá podamos olvidar en gran parte lo que ha pasado.

—¡Oh, no, no! No está en mi mano...

La noche cerró con esa inquietud. En el último paseo nocturno por el terrado de la

cárcel, Rita Arquer y sus compañeras habían visto en el horizonte, sobre la montaña del Tibidabo, encenderse, una al lado de otra, multitud de fogatas, que enardecían la noche como una llamarada de esperanza y de espera. La Jirafa y algunas otras guardianas las estaban mirando y cuchicheaban unas con otras. Rita Arquer levantó la voz.

—Mirad esos fuegos, vedlos todas. Son las tropas de Franco, que esperan para la liberación de Barcelona a que se marchen los que no tienen la conciencia limpia. Todos los carceleros, los guardianes, los verdugos, los de las checas, los jueces que han juzgado mal, los falsos testigos, los fiscales rojos, los carabineros, los asesinos, serán ahora llevados a un tribunal. Pero Franco tiene la misericordia de dejar que los que quieran puedan escapar. Estas son, pues, sus últimas horas. Que lo piensen bien.

Las carceleras estaban escalofriadas. Lo que decía aquella mujer era una límpida estampa de la realidad. No tenían más que unas pocas horas para decidirse.

La noche se cernió sobre la cárcel de mujeres y la tiniebla escuchó un rumor de pasos, un cuchicheo constante, hasta que vio salir con precipitación y una a una todas las carceleras. Alguien fue a decirles en buena hora que el Director General de Prisiones acababa de huir por la carretera hacia el Perthus y de pronto ellas decidieron hacer lo propio. La última en huir fue precisamente *la Jirafa*, que lo hizo con el director de la cárcel, del que en aquella ocasión se vino a descubrir que era la amiga y compañera.

—Cuando uno es capaz de meterse en la cama con una mujer así, no me extraña que luego encarcele a todas las del sexo femenino —dijo *la Carmela*, la prostituta de Talavera de la Reina, que tenía una labia aguda y lacerante.

Fue el momento de Rita Arquer. La cárcel estaban sin mando responsable y ella asumió una especie de jefatura, que por cierto no fue nada fácil. Las presas querían que les abrieran las puertas de la cárcel. Las llaves habían quedado en manos de una portera llamada Lisandra, ex reclusa y que había envejecido allí y a quien se le confiaban labores menores y la custodia del personal recluso. Pero Rita Arquer no estaba dispuesta a abrir las puertas de la calle a aquel acopio de prostitutas, morfinómanas, asesinas y lesbianas, que estaban allí por razones muy distintas a las suyas. Así, pues, propuso a Lisandra fugarse juntas con las dos fascistas.

Así lo hicieron. Dejaron a las demás que vociferaran en las celdas y en los pasillos. La cárcel de mujeres se convirtió aquella noche en una inmensa bacanal. Algunas reclusas se pasearon desnudas y otras consiguieron forzar las puertas del almacén y sacar algunas botellas de vino que allí encontraron y que estaban a disposición de las carceleras. Rita Arquer y las otras salieron a la calle.

La calle estaba oscura, solitaria y atemorizada. De vez en cuando cruzaban las Ramblas automóviles veloces que parecían huir disparados camino del éxodo. No se veía ni un guardia, ni un soldado, solo sombras que huían hacia el Clot, hacia la carretera de Francia, en la oscuridad. Las tres mujeres estuvieron un rato paradas en el paseo de Gracia, frente al edificio de la Presidencia. Unos hombres estaban

apilando en unas camionetas montones de carpetas y papeles, que caían sobre el entarimado de los coches con un desorden total. «Ha llegado la hora de que las paguéis todas juntas», pensaba Rita Arquer, mientras contemplaba aquella operación de baldeo.

Entre tanto, Nicolás Borredá, dentro del edificio, estaba también contemplando cómo se llevaban de su despacho carpetas y archivos que había guardados en los armarios. Estaba pálido como la cera y sentía en sus arterias y articulaciones un frío mortal.

Un pequeño equipo de hombres entraba y salía con los brazos cargados de los legajos más comprometedores. Allí estaba el resumen de lo tratado confidencialmente por el Presidente con las potencias democráticas europeas. De muchas de aquellas conversaciones y contactos nadie sabría nada jamás. Todo ello era materia reservadísima. El propio Borredá sabía que él era el único testimonio superviviente de muchos de los lances que habían ocurrido durante la guerra, desde su comienzo hasta el final. Desaparecido él, todo aquello se hundiría en el silencio.

Hacía tiempo que presentía aquel final, pero no hubiera podido adivinar que se produjera precisamente de aquel modo. De entre todos los representantes del Gobierno había quedado solo él, no ya en aquel edificio, que todos los demás habían desalojado a media tarde, sino en la ciudad. Los altos funcionarios habían entrado en su despacho para despedirse, uno por uno. «Adiós, Borredá. Mañana por la tarde, en el hotel París de Perpiñán, ¿no es así?». Sí, a todos, uno a uno, había estado diciendo que así sería. Pero él sabía muy bien que no habría mañana. Hacía demasiado tiempo que aquello duraba. Había intentado docenas de veces levantar la moral de las gentes, imbuirlas de la idea de que la guerra no estaba perdida, hacerles ver que existían distintas alternativas que la derrota. Si aguantaban medio año más, la guerra internacional era inevitable. ¿No valía la pena intentar resistir medio año más? Pero el Director General de Seguridad le había contestado: «¿Resistir? ¿Quién resiste? Las mujeres no entienden de eso. Ellas pelean por un plato de lentejas». Uno tras otro había visto decaer a la mayoría de sus correligionarios. Quienes hacía un año rebosaban de fervor republicano luego parecían temblar ante la proximidad de los fascistas. Él les decía: «Os habéis creído las mentiras que vosotros mismos habéis inventado. Ni los moros se comen a nadie, ni Franco os hará picadillo, ni hay nada que temer; no hay más que aguantar el tipo». Era inútil. El alud de los ejércitos nacionales después del Ebro los tenía anonadados. Entonces resultó que nadie se había tomado en serio la guerra. Aquellas verdades que eran escuchadas unos meses antes con el ánimo tenso, eran ya repudiadas por todos ellos. ¿El Ebro? El Ebro fue una pamema inventada por unos cuantos escaladores para tener tiempo de prepararse una honrosa y, sobre todo, áurea salida. Sí, ya estaba Negrín con su buen paquete en Londres. Era lo que se les oía decir a los derrotistas, a los agiotistas, que a su vez preparaban así su salida. El temor no abandonaba siquiera a los que hubieran tenido que aguantar antes que todos. Los que estaban al cuidado de los prisioneros, en

Montjuïc, habían acabado por ceder a las presiones de los pusilánimes. Él llevaba tiempo en relación directa con el comandante Campos, jefe de la guarnición del castillo. Había conseguido demorar la ejecución dictada contra Matías Palá, al que guardaba para hacerle objeto de un canje con un sobrino del general Miaja, prisionero en Burgos. Había hablado con el comandante aquella misma tarde, poco antes de que emprendiera la marcha hacia la frontera: «Nos llevamos a los prisioneros. Sí, a Matías Palá también. Si quedamos atrapados por los fascistas, siempre podremos negociar a través de ellos». Había presenciado cómo los prisioneros, esposados de dos en dos, eran subidos a unos camiones que se dirigían a la frontera. Miedo, miedo a morir, miedo a quedar atrapados. «Si quedamos atrapados por los fascistas, siempre podremos negociar...». ¿Negociar entonces? ¡Negociar! ¡Qué palabra más sospechosa, qué expresión más turbia la que siempre había sido la causante de todos los equívocos! ¿Acaso se estaba a tiempo de negociar? ¡Qué falsas ilusiones se habían forjado todos ellos sobre aquel vocablo! ¿No sabían cómo las gastaban al otro lado? ¡Como si no supieran todos que Franco no se hubiera decidido a hacer la guerra de haber sabido que habría que negociar algún día! No. Franco no era de los que negociaban.

Los hombres que limpiaban su despacho acababan de llevarse los últimos legajos, y en la calle se había oído el ruido que hacía la camioneta al arrancar. Una leve vibración movió los visillos de la ventana y luego sobrevino un silencio absoluto, un silencio total. Borredá observó que por los cristales de los ventanales entraba ya una pálida luz. Estaba amaneciendo.

Cogió una de las velas que tenía guardadas en el cajón de la mesilla en previsión de los apagones, la encendió y salió al vestíbulo del edificio. Una ancha escalinata conducía al piso superior y Borredá empezó a subirla. Iba despacio, para no fatigarse, pisando con cautela los escalones de mármol y deteniéndose cada tres o cuatro de ellos. Su corazón se fatigaba, respiraba dificultosamente y le costaba trabajo avanzar. Desde el balcón del despacho del Presidente veía la calle y por ella se daría cuenta de lo que ocurría en la ciudad. Desde aquel balcón, al lado del Presidente, había presenciado algunas de las manifestaciones populares de los últimos años: desfiles de fuerzas antifascistas, el entierro de Durruti, la marcha hacia el frente de las fuerzas de las Brigadas Internacionales. Se cerraba un ciclo y veía, desde detrás de los visillos del balcón, la entrada en Barcelona de las primeras fuerzas nacionales.

Entró en el despacho del Presidente. Como en todo el edificio no había otra persona que él, la puerta del despacho estaba abierta. En la habitación se notaba el ajetreo que habían llevado a cabo en ella los elementos de la mudanza. Los armarios estaban abiertos, algunos papeles estaban desparramados por el suelo; no permanecían en su lugar, aparte de los muebles, más que los tomos de la *Gaceta* encuadernados en piel, desde el 14 de abril de 1931 hasta la fecha. Borredá abrió el armario y sacó uno de los tomos; lo hojeó; seguían uno tras otro los decretos, las disposiciones, las leyes que habían sido promulgadas desde la proclamación de la

República; en muchas de ellas había participado el propio Borredá. Lo que en él había de tradición jurídica lo había aplicado en aquella ocasión y había contribuido a estructurar un cuerpo de leyes que allí estaban recogidas; pero muchas de las cuales quedarían arrumbadas por la derrota total de los principios del 14 de abril. ¡Libertad! ¡Sí, qué bella utopía! De aquellos entusiastas ideales del 14 de abril no quedaba más que polvo y humo. Habían dilapidado una bella ideología. Estaban otra vez a la intemperie y no podrían recomenzar jamás.

Dio una ojeada al salón, como si se dispusiera a despedirse de él. Era una habitación amplia, cuadrada, enmarcada por unos arrimaderos de caoba y alfombrada enteramente con una gran alfombra persa. En la pared colgaban algunos cuadros. Había un Madrazo que era el retrato de un ministro de la época de la Reina Gobernadora y una tela pintada en África por Fortuny, en la que aparecía un ulema leyendo en un gran pergamino; al fondo, contemplando un mar pálido a través de un alto ventanal había unas odaliscas dolientes, envueltas en una gasa vaporosa. La disposición de aquel salón le recordaba escenas transcurridas. Había entrado allí con Indalecio Prieto; iban a tener una conversación con Azaña a propósito de la unidad en el ejército. Se trataba de acabar con las banderías y facciones. Azaña empezó a despotricar contra Largo Caballero. Aquellos eran seguramente los dos hombres más inteligentes de la República, con una inmensa resonancia popular. Pero Azaña contemplaba sin poderlo remediar cómo la República se les escapaba de las manos. «Largo es terco, tenaz y... obtuso», arguyó Prieto. Prieto hubiera podido canalizar entonces el socialismo, pero era demasiado inteligente para congeniar con los rusos. Esa labor estaba destinada a cumplirla Negrín, que contaba con una voluntad más fuerte y que, seguramente, era el único hombre que quedaba capaz de jugarse el todo por el todo. Negrín se hubiera aliado entonces enteramente con los rusos, para desligarse después. Pero ya no habría «después». Habían perdido la guerra: eso era todo. Se acercó al postigo que daba a la calle. A través de los visillos se veía la extensión del paseo de Gracia, y abrió el balcón. El Paseo, era una extensión solitaria de asfalto. En toda ella no se veía alma alguna. El nuevo día estaba clareando. Ya se discernían el tono y el bulto de las cosas, el perfil y la línea de las esquinas, el brillo de algunos escaparates. Nicolás Borredá, sin saber cómo, se puso a recordar destellos de su infancia. Iban en fila, desde los Escolapios, por la calle del Consejo de Ciento, camino de sus respectivas casas. Los ayos los dejarían en cada portal. Miraban a los balcones. Cerca de la calle de Balmes había una señorita que sería algo mayor que ellos y que cada día los esperaba a que pasasen. Ellos le decían algunas cosas, unas procaces e intencionadas, otras que no eran más que chiquilladas inocentes. Él se había fijado en los rotundos muslos de aquella muchacha, que ella dejaba que se vieran por entre los hierros del balcón, poniendo sus piernas de modo que pudieran exhibirse. Notó cómo le miraba a él. ¿Cómo se llamaba aquella mujer? ¿Se llamaba Felisa, Hortensia? Se llamaba, sí, un nombre romántico. Él se puso a un lado, se separó de la fila y dejó que los otros pasaran de largo. Quedó solo en la calle.

Entonces ella le tiró un papel enrollado. En aquel papel le invitaba a subir. Fue la primera vez que advirtió cómo las mujeres tienen también sus impulsos y sus modos de atracción, cómo no siempre la iniciativa es de los hombres. Tendría unos dieciocho años y estaba sola. Sin saber cómo, Nicolás la tuvo allí mismo, en unos momentos de paroxismo angustiado en los que le parecía que iba a oírse de un momento a otro el timbre de la calle. Así la tuvo un día, y otro hasta que llegó el verano y no volvió a verla más.

Todo aquello lo había echado por la borda. A partir de un momento determinado en su vida ya no hubo ni mujeres, ni bufete, ni otra vida que la política, que empezó a llenarle los días y las horas hasta consumirlas por entero. Fueron los días de la República, el intento de no dejarla evaporar, la selección de los cuadros, la múltiple alianza del Frente Popular, cuando creyeron que era la hora de dar la batalla. Todo esto culminó en la guerra; y al empezar la guerra hubo que batallar más y más duro; con la salud maltrecha, con una angina de pecho que le mordía el corazón, hubo que empezar a ir al extranjero; hubo que viajar a París y a Londres; hubo que saber distinguir muy bien en esos países quiénes eran los amigos y quiénes los indiferentes; fueron las horas de sus contactos con Pierre Cot, con Léon Blum, con Clement Attlee. Estos lo hubieran dado todo por una simple solidaridad ideológica. A ellos les bastaba con que los socialistas españoles ganaran la partida. Pero con los indiferentes era distinto. Los indiferentes y los neutros exigían la contrapartida. Por ejemplo, algunos radicales en Francia estarían conformes con inclinar definitivamente la balanza en favor de la República si ésta, después de la victoria, se comprometía a entregar las islas Canarias a Francia, en calidad de protectorado. Al final de un largo debate, quizá se conformaran con que la República dejara a los franceses instalar una base militar en la isla de Lanzarote. Pero ¿cómo iban los hombres de la República a comprometer así a la República de mañana? ¿No se daban cuenta de que todo ello no era más que una monstruosidad?

Nicolás Borredá repasaba las condiciones difíciles de los contactos durante el par de años transcurridos. ¡Cuánta labia inútil, cuánta cena política incongruente, cuántos cabos por atar, qué confusión y qué barullo! Total, para llegar a aquel punto que ellos mismos habían estado inconscientemente preparando. Para llegar al punto en que aquel edificio había quedado vacío y la República entera se debatía en vaivén como un barco al que se le ha abierto un boquete en mitad de la tormenta. ¿Qué cabía esperar? ¿Que el fascismo universal se lanzara a la tremenda aventura de otra guerra y que en ella España quedara otra vez a merced de las democracias? Sí, tal vez esa fuera la última esperanza. Pero él ya no la esperaba. Los días de él, Nicolás Borredá, habían transcurrido. Su historia personal se cerraba justamente aquel día.

Se paró a escuchar un rumor que procedía de la Diagonal. Observó que en algunos balcones y porterías asomaban tímidamente las cabezas de algunos ciudadanos. Él retiró la suya y miró a la calle a través de un hueco en los visillos. Desde lo alto del paseo de Gracia se veía avanzar un gentío, del que partían de vez en



cuando gritos estentóreos. A medida que avanzaban iba distinguiendo la facha de algunos soldados y vio, brillantes en mitad de la calzada, los tonos rojo y dorado de una bandera española. Sintió una punzada en el corazón. Aquello era la verificación de todas sus dudas. Barcelona estaba siendo invadida. Los soldados que avanzaban entre la muchedumbre que los aclamaba eran soldados fascistas. Los gritos que sonaban eran gritos de los facciosos. Nadie quedaba allí para detenerlos. La marea era incontenible. Distinguía algunas de las figuras que avanzaban en el centro. Enarbolaba la bandera un soldado alto y fuerte, que la agitaba con unos grandes brazos velludos y que, de vez en cuando, lanzaba al aire un grito que era coreado por la multitud. Pero al lado de aquel muchacho, unos pasos delante de él, avanzaba un militar con el pelo cano y que lucía en el ojo el lagrimón inútil de un monóculo. Nicolás Borredá no había vuelto a ver a nadie con monóculo desde su juventud. En el «Excelsior» de sus años mozos había un tipo pintoresco que lucía uno de esos instrumentos para facilitar la visión, que eran como un residuo de la *belle époque*. «¡Qué barbaridad! Así piensan en ganar la paz... Pues van listos», sonrió. «¿Para qué llevan monóculo los que lo llevan?», se preguntó; y recordó la explicación que le había dado el que lo usaba en los tiempos del «Excelsior». «Con él se desfigura menos la cara que con las gafas». También era esa la explicación, lo recordaba bien, que había dado en la obra de Proust aquel diablesco monsieur de Charlus. ¡A ver si Franco entraba en Barcelona para llevar a cabo una paz proustiana! —sonrió, amargamente.

No quiso saber más. La mañana estaba enteramente levantada. De un momento a otro los soldados podían entrar en aquel edificio. Era hora de apresurarse. Sintió que un largo y profundo dolor en el pecho le impedía casi respirar. Pero no podía exponerse a que la angina de pecho, como otras veces, lo dejara tan solo malparado. Palpó en su bolsillo el bulto férreo de la culata de una pistola. Se acercó a la gran mesa presidencial y se sentó ante ella, no detrás.

«Para que no se desfigure la cara». Pensó en eso antes de llevar hasta ella el cañón de la pistola. Fuera se oían ya, distintos, claros, los gritos de los que pasaban. Él no llevó la pistola a la sien, sino que metió su cañón por la boca, apuntando hacia arriba. Aún oyó que gritaban: «¡Viva Franco!» en el exterior. Apretó el gatillo y todo desapareció en torno.

La mole oscura del castillo de Montjuïc se fue apartando progresivamente de los ojos de los prisioneros. Aquella siniestra estampa llevaba prendidos muchos claroscuros de leyenda. Su perfil estaba aureolado por historias de aparecidos, de condenados y de réprobos. Desde muy antiguo parecía que a él fuera anexo un ruido de cadenas nocturnas, que eran arrastradas por multitud de condenados, antes y después de muertos.

La mole del castillo quedaba atrás. Matías Palá se preguntaba si iba a ser cierto

que aquello significaba un paso para la liberación. Hacía tiempo que debería estar muerto. Había sido condenado por el Tribunal a ser fusilado en los fosos de aquel castillo. Muchos de los que con él, o con posterioridad a él, habían sido condenados a la misma pena, habían ya pagado su tributo. Todos los días, de madrugada, escuchaba el estampido de los disparos del pelotón de ejecuciones. Era un estampido seco, que resonaba largamente por todo el ámbito de la prisión, que rebotaba en los gruesos muros de piedra. Luego, a veces, se escuchaba un largo gemido, que acababa cuando otro disparo, más solitario y seco, venía a sorprender el aire. Así un día y otro día iban siendo inmolados los habitantes de aquella prisión, jóvenes y viejos, sin interrupción y sin piedad. Veía a veces cómo pasaban frente a la mirilla de su celda los que iban a ser sacrificados. Unos iban enteros, pisando con firmeza sobre el empedrado, sin miedo y con jactancia. Otros parecía que no pudieran avanzar, y lo hacían empujados por los carceleros, que les hacían arrastrar los pies y los llevaban, quisieran o no, a los fosos del castillo. Pero casi todos morían con una gran entereza.

¿Qué había ocurrido para que fueran sacados de aquella prisión, de donde hasta hacía poco estaba seguro de no salir con vida? ¿Alguno de los altos gerifaltes se habría apiadado de ellos? ¿Los llevaban a sacrificarlos a otro lado? Nadie lo podría decir. Lo único que sospechaban era que la guerra había tomado un giro distinto, que el signo de la contienda estaba definitivamente trazado y que quizá por ello se optara por cambiarlos de lugar. Pero ¿para qué? ¿Para prolongar su agonía o para rescatarlos a una vida mejor, en que la piedad pudiera volver a entrar en juego? Una leve esperanza volvía a abrirse en el corazón de todos ellos. Fuera como fuese, el cambio significaba una leve pausa, un aplazamiento. Y vieron perderse en las sombras la mole del castillo con un signo liberador de esperanza.

Nadie sabría decir adónde los llevaban. Los habían subido esposados de dos en dos, a unas camionetas que empezaron a cruzar la ciudad. Los edificios y las esquinas transitaban como sombras ante aquellos ojos poco habituados, en los que crecía el asombro. Llevaban meses sin alcanzar la luz y advertían estupefactos cómo iba amaneciendo, cómo la luz del alba iba creciendo sobre un arrabal que manifestaba a grandes trechos la dimensión de sus casas, la gallardía de algunos edificios, al final de los cuales hasta parecía escucharse el sonido bronco y pausado del mar, que batía en la arena. Matías Palá contemplaba cómo el día se iba abriendo en el paisaje con todas las luces y todos los colores. Le parecía extraordinario aquel espectáculo espléndido de la jornada que nacía, por el cual merecería la pena haber nacido. Le entraron de nuevo unas ganas estruendosas de vivir, de no morir entonces y sintió haber desaprovechado en vida el cúmulo de goces que se brindaban a los hombres cada amanecer.

Había sido «atado» a un hombre suave y bondadoso, que apenas se movía, y notó que a la salida de Barcelona aquel hombre musitaba algo, seguramente una oración, con unos labios secos y breves. Bajaba los ojos al suelo, como recogidos del esplendor del día, en un impulso místico que recordó a Matías las expresiones de

algunos santos en los cuadros clásicos de Ribera o Zurbarán. Aquella persona estaba ligada a su brazo como si no se atreviera a moverlo por no molestar. Por entablar un diálogo, Matías Palá le dijo:

—¡Quién sabe adónde van a llevarnos! Quizá sea para nuestra liberación.

Pero el otro negó silenciosamente con la cabeza, como si se resignara a lo peor. La camioneta iba dando tumbos y ellos se movían en su caja como el ganado que se lleva a sacrificar.

Había visto aquella cara en algún lugar, la recordaba de algún momento preciso de la guerra, en que había aparecido abundantemente en los periódicos, pero quería saber cómo y cuándo. De pronto, instintivamente, el hombre, en mitad de su soliloquio, llevó la mano al pecho e hizo una mínima señal de la cruz, que obligó a Matías a llevar con él su mano hacia arriba. El hombre quiso excusarse.

—Perdón —dijo—. No me daba cuenta de que estamos unidos por esto —y señaló las esposas—. Tiene que perdonarme.

—Es usted sacerdote, ¿no es así?

—Sí. Así es.

—¿Ha sido usted...? Deje que recuerde.

—Sí. Yo soy monseñor Polanco, obispo de Teruel.

Ciertamente. De eso le recordaba. Le había visto presidiendo una procesión poco antes de la invasión de Teruel. Luego había visto su fotografía infinidad de veces cuando fue hecho prisionero. Antes de que ocurriera todo aquello nunca hubiera aventurado que pudiera estar en aquella posición, tan íntimamente atado a un pastor de Cristo. Pareció que Matías Palá hasta se sonrojaba.

Monseñor estaba apretujado entre todos los demás reclusos y no se distinguía de ellos más que por el porte místico que tenía, que denunciaba un dulce sufrimiento y el holocausto de sí mismo hacia el Señor.

La camioneta avanzaba por la carretera, siguiendo a una fila de ellas que se había formado ante el castillo de Montjuïc. Detrás seguían otras muchas. En la carretera tuvieron que aminorar la marcha. Empezaban a cruzarse con una caravana de coches que intentaban salir de la ciudad. La mayoría de ellos iban repletos de gente, pero algunos no llevaban más que uno o dos pasajeros. Eran los de los gerifaltes. Todos abandonaban la ciudad ante la inminencia de la entrada de las tropas nacionales. Los coches tenían que andar despacio, porque por la carretera empezaban a marchar grupos de soldados, una multitud de hombres a pie que obstruían la calzada. Era una riada inconexa de fugitivos, calzados con amplias botas o con alpargatas polvorientas, cubiertos con mantas y macutos, soñolientos, sucios, depauperados, mostrando a la luz del sol heridas o cicatrices, cubiertos con pasamontañas o con gorros de campaña mugrientos. Caminaban lentamente, arrastrando los pies, en un avance sordo y ciego como el de la lava de un volcán que todo lo arrasa a su paso. No hacían caso de las bocinas de los coches y de vez en cuando increpaban a los que iban dentro.

—Bandidos, enchufados, criminales —gritó uno a ciertos elementos que cruzaron

por su lado en un Cadillac lujoso a punto de atropellarlos—. A que no os atrevéis a bajar del coche...

Matías Palá observó el rostro de su compañero. Parecía esculpido en cera; tal era su palidez. Seguía musitando oraciones, lo que impulsó a Matías a suplicarle:

—Señor obispo, ¿me deja rezar con usted?

El obispo esbozó una tenue sonrisa. Le dijo:

—«Todo es limpio para los limpios. Mas para los contaminados no hay nada limpio, porque están contagiadas tanto su mente como su conciencia...». Sí, rezaré con usted. Nos prepararemos juntos para cruzar esta frontera.

Matías pensaba en la frontera que estaba al final del camino, pero el obispo le dijo:

—Me refiero a la frontera de Dios.

Llevó su mano a la frente, para hacer la señal de la cruz. La mano de Matías Palá se movió con la suya.

Empezó el rosario. Salían ya de la ciudad de Badalona y empezaron a bordear el mar, que era de un gris agrio y espumoso. Las olas batían contra la arena con un rumor sordo. Unas gaviotas festoneaban la cenefa de espumas y bajaban raudamente a recoger en ellas algún gusano o un pececillo. El sol empezaba a hacer brillar toda la superficie plateada.

El obispo iba desgranando uno por uno los misterios del rosario y Matías Palá contestaba a las avemarías. Pronto se unieron al rezo los otros ocupantes del camión. Las avemarías se mezclaban al ruido que hacía el motor al avanzar. Aquel coro de voces, mezclado al tumulto que venía de la carretera, formaba un rumor horrísono y grave.

Era como si la oración unánime uniera el destino de todos aquellos hombres. Los dos guardianes que iban con ellos afectaron no oírlos. Pero estaban como apabullados, se sentían minimizados por la sagrada expresión de aquella súplica al cielo.

En un punto determinado de la costa las camionetas tuvieron que detenerse. Estuvieron paradas más de una hora. Debía de haber un entorpecimiento en el camino. Pero la turba de hombres que marchaban a pie seguía avanzando, espesa e incontenible. Era un alud humano que parecía ir creciendo hora tras hora.

Al fin, al ponerse en marcha de nuevo, pareció que todos volvían a respirar. Por un momento temieron que les harían proseguir la marcha a pie, y muchos de ellos se sentían incapaces de hacerlo. Un hombre ya mayor, enteco, chupado, sin más que una piel transparente sobre los huesos, estaba sentado en la cabina, junto al conductor. Habían tenido que liberarle de las esposas y colocarlo allí para que pudiera seguir la marcha. Otros había que estaban apoyados en la valla protectora del camión, como si fueran a caer por ella. Los días de reclusión, la ínfima comida, los malos tratos recibidos habían convertido a todos en desechos humanos.

La caravana seguía la carretera de la costa. En Mataró fue detenida por los

carabineros. Debían de tener orden de rescatar a dos de los prisioneros, porque se vio que de otros camiones hacían saltar a un par de presos y les dejaban apartados en la carretera. Fue allí donde Matías Palá captó una confianza que uno de los carabineros daba al guardián de su camión.

—Los fascistas están entrando en Barcelona.

Todos los presos pudieron conocer la noticia de labios de Matías Palá. Este se dirigió entonces al guardián que tenía más cerca.

—¿Para qué queréis aguantar más? ¿Por qué no nos dejáis que nos entretengamos por aquí, y tú con nosotros? Cuando llegaran los nuestros te avalaríamos sin dificultad. ¿No quieres?

Pero el otro permaneció como si no hubiera oído. Un segundo preso repitió la proposición. El guardián le puso el fusil en el pecho.

—Si dices una palabra más te pego un tiro. Conque ¡a callar! Y siguió impasible en su puesto.

La larga hilera de camiones renqueaba por la carretera. La marea humana que avanzaba por ella se interfería entre las máquinas, impedía su marcha regular y obligaba a los camiones a detenerse de vez en cuando. Algunos presos estaban adormecidos en su puesto. Otros abrían mucho los ojos, en expectación de algo que creían que iba a ocurrir. Lentamente fueron cruzando una serie de poblaciones sucesivas. En una de ellas estuvieron parados largo rato. Uno tras otro, los guardianes saltaban del camión y se acercaban a una taberna que había en una casa junto a la carretera. Aprovechando este hecho dos presos saltaron también de uno de los camiones precedentes e intentaron huir a través del gentío. Por un momento pareció que conseguirían salirse con la suya. Hubo unos segundos en que los dos presos desaparecieron entre la turba de fugitivos y quedaron mezclados con ellos. Pero pronto unos de aquellos elementos que huían los atraparon y los pusieron de nuevo en manos de los guardianes.

La reacción no se hizo esperar. Estos los llevaron con el piquete a una de las márgenes de la carretera y allí mismo los fusilaron, sin perder minuto. Pudieron ver sus cuerpos tendidos sobre el rastrojo durante todo el rato de su espera. Después, las camionetas siguieron su camino; el avance por la carretera se hizo de nuevo rutinario. Las olas del mar tenían en cada recodo una forma distinta. Unas eran altas, rollizas y descargaban su peso de espumas contra la arena con un movimiento lento, como una respiración pausada. Se formaban lentamente muy lejos e iban avanzando con un regodeo profundo. Otras parecía que se formaran en la misma playa con los residuos de las que acababan de estallar. Se levantaban en un instante y rompían ágilmente en unos segundos, haciendo vibrar su carga de estrellas líquidas. Unas y otras ponían un ribete blanco en la neblina triste de aquel día. El agua se extendía de un extremo al otro del horizonte con una indiferencia gris. De vez en cuando cruzaba este panorama la cal de unos edificios, la punta de un campanario, la silueta de un pueblo llano, como adormecido.

Monseñor Polanco parecía inquieto e incómodo en la argolla de las esposas que le tenía atado a Matías Palá. Este, en un momento determinado, creyó ver unas lágrimas en los ojos del obispo. Sintió una oleada de piedad hacia él. Pero el obispo no se atrevía a secar y apartar aquellas lágrimas. Temía con ello denunciar su debilidad o mortificar a su compañero de esclavitud. Matías Palá comprendió su situación y se anticipó a consolarle. Le preguntó:

—¿Qué le pasa, monseñor? ¿Se encuentra mal?

El otro le disuadió con un gesto de renuncia. Pero sin poder aguantar más estalló en un hondo sollozo. Hundió su cabeza en la mano libre.

—Es lo peor, es lo peor —decía.

Matías Palá no le comprendía y el obispo tardó un rato en sobreponerse.

—De todos los castigos que nos han impuesto, el peor es este: enviar los hombres a la otra vida sin el consuelo de Dios.

—¿Se refiere a los dos hombres que han fusilado?

—Sí. A ellos y a todos los que hemos sentido morir todos los días en el castillo, a los que se les negaba la gracia de la confesión, la de reconciliarse con Dios, la de recibir los auxilios de un sacerdote. Yo he suplicado mil veces que me dejaran hablar con ellos antes de morir, que me permitieran llevarles el consuelo de Jesucristo. Ha sido inútil. Su máxima venganza era hacer morir a los hombres como si fueran perros. Esto es lo peor que han podido hacer.

Matías Palá le interrumpió para consolarle a su vez:

—En una ocasión me ocurrió que había estado hablando con uno de los condenados a morir, poco antes de la ejecución; ¿no había oído hablar de Sergio, un condenado por espionaje? Él creía inmensamente en Dios. Quería persuadirme no ya de la existencia de Dios, en la que yo también creo, sino de una providencia divina; también de la perennidad del alma humana y de un premio y de un castigo eternos. Él ha sido el único hombre que, desde que era niño, me ha hecho rezar.

Rezábamos el rosario todas las noches. Pues bien, en el momento en que murió, cuando sonó la descarga, yo «noté» que su alma existía y que venía a visitarme. Fue una vivencia cierta, una realidad que yo podía verificar. Su alma estuvo conmigo, se me «impuso» como una realidad, me acompañó durante largo rato como si él estuviera vivo. Aquellos días tenía fe, sabía que aquello era cierto y que los hombres viven más allá de la muerte.

—¿Y por qué no cree ahora? ¿Qué ha ocurrido?

—Con los días aquella fe se fue enturbiando. La realidad de las otras cosas me sojuzgó. ¿Usted cree que todos nosotros, «todos», llegaremos a un paraíso? ¿Cómo es posible que este guardián de aquí enfrente y yo podamos participar de la misma vida ulterior? ¿No ve que no es posible?

—Los caminos de la misericordia de Dios son infinitos —dijo el obispo—. No debemos menospreciarlos. Es muy posible que, dentro de poco, nos veamos «allí» todos juntos. Es posible que entremos en el paraíso como una multitud. Ahora mismo

somos ya una comunión de santos. Somos unos en el pecado y unos en el sufrimiento. Recuerde la bienaventuranza: «Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia...». Créame: debemos bendecir lo que nos está ocurriendo. Dios nos está ofreciendo un enorme beneficio y nosotros queremos rehusarlo.

Estuvieron largo rato en silencio, uno al lado del otro. El camión daba tumbos por la carretera. El mar empezaba a alejarse. Habían cruzado otros pueblos de la costa. Habían parado en Malgrat para repostar gasolina. Después torcieron hacia el interior, en dirección a Gerona. Muchos de los soldados fugitivos que iban a pie siguieron por la carretera, sin torcer, de modo que la calzada quedó clareada y se pudo avanzar más deprisa.

Empezaba un panorama de bosque a lado y lado de la carretera. Había muchas encinas, muchos robles, pero sobre todo abundaban los alcornoques. Los troncos formaban protuberancias monstruosas y algunos de ellos parecían despellejados, con la pulpa del corcho arrancada a cuchillo. Parecían sangrar. Había un gesto de dolor escondido en aquella viva maleza vegetal.

Las horas iban transcurriendo y Matías Palá advertía en el rostro de monseñor una suave pátina de bondad y de sosiego. Él quería que el obispo pudiera infundirle un acopio de aquella serenidad. El otro pareció que le comprendía:

—¿Quiere usted ponerse en paz con Dios? Diga: ¿cuánto tiempo hace que no se ha confesado?

—¡Uf! Quizá desde que era un chiquillo.

—Y ha pecado como todos los hombres. No es necesario que me diga cuáles son sus pecados. Me basta con que me diga que se arrepiente de todos ellos.

—Mis pecados han sido todos los pecados capitales, ¿entiende?, todos. Ahora me arrepiento de todo el mal que he hecho.

—¿Se arrepiente de verdad? ¿Siente haber ofendido a Dios?

—Sí, lo siento. Aunque supiera que iba a vivir, no volvería a hacerlo.

Siguiendo la mano del obispo, la de Matías Palá también se elevó. Las dos manos juntas hicieron en el aire la señal de la cruz. *Ego te absolvo...* Matías Palá lanzó un hondo suspiro.

Sintió, en efecto, que acababa de liberarse de un peso que le oprimía. Todo su ser quedó aligerado. Sintió como si la brisa se tornara más fresca, como si una inmensa bocanada de aire viniera a refrescarle el corazón.

Los rayos del sol parecían caer verticalmente sobre aquella hilera de camiones. Muchos de los prisioneros habían doblado sus espaldas y se habían derrumbado unos contra otros sobre el suelo del camión. Los demás se habían sentado unos sobre otros de modo que la superficie de los vehículos era una masa informe de cuerpos. Fueron avanzando por las curvas de la carretera y luego entraron en una recta. Al cabo de un rato de avanzar por ella, al fin de la carretera se advirtieron los edificios que constituían el arrabal de Gerona. Aún había grupos que se dirigían por la carretera a la frontera, pero el camino era mucho más expedito.

Entraron lentamente en la ciudad de Gerona. Cruzaron ante el bloque de piedra de la catedral, que estaba cerrada. Sobre su fachada ondeaban banderas republicanas. Pararon ante un edificio de piedra y la caravana se detuvo. Todos creían que iban a parar allí. Pero su asombro fue grande cuando les ordenaron continuar la marcha. Muchos de los que iban en el camión empezaron a animarse.

Todos ellos creían que los harían descender en Gerona para recluirlos en la cárcel de allí. Por eso les infundió una nueva esperanza comprobar que les hacían seguir la marcha. Algunos no podían disimular su alegría. Un hombre relativamente joven decía:

—Yo creo que estaban todos muy desconcertados. Cuando hemos salido de Montjuïc me ha parecido oír a uno que decía: «¿Qué haremos con ellos? Más vale dejarlos en paz». Por eso lo que me parece es que nos llevan a la frontera, para soltarnos allí. No querrán tener líos con los gobiernos de Francia y de Inglaterra.

Algunos se animaban a dar conversación a los guardianes:

—Nos habéis tratado duramente, pero la verdad es que la culpa no era vuestra. Y también es verdad que hubierais podido tratarnos peor. En fin, si de mí depende lo pasaré por alto...

Cruzaron el puente sobre el río y desembocaron en el parque de la Devesa, poblado de corpulentos plátanos centenarios, que servían de poderoso umbráculo a aquel paraje. Había algunas sillas desperdigadas y, en un extremo, se veía a unos soldados haciendo instrucción. Luego se metieron de nuevo en la carretera.

Empezaba un panorama liso, en el que de vez en cuando se veían rocas dispersas y algún pueblo adormilado. Aquel paisaje hizo evocar a Matías Palá algunas expediciones que, siendo él transportista, había conducido hacia el Perthus, en tiempos de paz. Él iba al volante de uno de sus camiones. Era muy joven y estaba lleno de entusiasmo. Si era cierto que iban a liberarlos, en adelante seguiría haciendo lo que había hecho siempre.

Compraría una nueva flota de camiones. Se pondría al día. Con el *shock* de la posguerra el trabajo sería intenso. Se veía con ánimos de rehacer en un par de años toda su organización y su fortuna.

Estaba madurando ya los proyectos que llevaría adelante una vez terminada la guerra cuando advirtió que la caravana paraba de nuevo en una recta de la carretera. Acababan de desviarse de la carretera principal y habían entrado por la que lleva de Gerona a Bañolas. El paisaje era aún desolado, solo animado por la presencia en el valle de algunas casas de payés. Al fondo se veía el dosel que formaban los montes y, muy lejos, en el horizonte, la masa gris y azulada de los Pirineos, que se hallaban envueltos en neblina. Una vez detenida la caravana les ordenaron que bajaran de los camiones.

Así lo hicieron. Algunos presos no se podían valer y eran ayudados por los que estaban sanos. Por aquella carretera ya no transitaba nadie, de modo que ellos la ocupaban enteramente, de un lado al otro. Los tuvieron un rato parados, y luego



pasaron los guardianes y los fueron contando. Al fin les dieron la orden de que se pusieran en marcha. Los camiones quedaban allí.

Todas sus ilusiones se habían desvanecido. La idea de que iban a ser liberados en la frontera se esfumaba de golpe. Sus proyectos para después de la guerra tendrían que ser demorados. El cautiverio seguía; el hecho de que les hicieran seguir la marcha a pie no indicaba nada bueno.

La carretera empezaba a ascender y fueron caminando, en parejas, como un rebaño al que llevan a abrear. Un vientecillo fresco azotaba sus mustias carnes. Debían de haber pasado ya las horas del mediodía y la tarde se presagiaba helada y gris.

El paisaje iba amortiguando sus tonos. En las zonas de sombra aparecía con colores oscuros, en los que servía de alivio el gris del granito, tachonado de manchas foscas, la vegetación de matorrales y brezos. Monseñor Polanco empezó a rezar el rosario y Matías Palá le contestaba. De vez en cuando se acercaba un carcelero a escuchar qué decían y al oír que estaban rezando se retiraba con una sonrisa que era como un sarcasmo o una burla.

Cuando terminaron el rosario se vio, a lo lejos, el reflejo que hacía el sol sobre el lago de Bañolas. Se veía a este como una lámina transparente, como un cristal luminoso puesto en mitad del paisaje. En él se reflejaban los incidentes de alrededor y, entre ellos, la propia silueta del pueblo, que formaba aguas al pie de la montaña, la cual también aparecía en la superficie del lago puesta del revés y erosionada por mil quebraduras movedizas.

Pararon en el pueblo. Los guardianes se metieron en un café, en la Plaza Mayor, bajo cuyos arcos reposaron los prisioneros. Al salir, dieron la orden de emprender nuevamente la marcha.

Siguieron adelante. Se fueron encumbrando por la carretera. Mucho después los hicieron torcer por un desvío, por un camino que se veía abierto en la colina y en el que se distinguía la huella de las ruedas de unos camiones. No había indicación alguna, de modo que no podían saber adónde los llevaban.

Caminaron durante un par de horas cara a poniente por aquel camino ancho, que se perdía entre el gris de la roca y el verde de los robles y de los pinos. No tardaron en percibir al fondo un conjunto de edificios que sobresalían en la llanura, centrados por el frontis de una capilla. El obispo reconoció el lugar:

—Es el Santuario de Nuestra Señora del Collell, que era un departamento del Seminario de Gerona.

—¿Para qué nos llevarán allí? —inquirió Matías Palá. Pero monseñor Polanco no le contestó. En lugar de ello empezó a pronunciar los versículos de un himno:

—*De parentis protoplasti fraude Factor condoles, — quando pomi noxialis in necem morsu ruit: ipse lignum tunc notavit damna ligni ut solveret.*

—Monseñor, ¿qué significa eso?

El obispo Polanco no contestaba. Miró a Matías y a éste le pareció que sonreía

levemente. Luego recitó en castellano una epístola:

—«No queremos que ignoréis lo tocante a la suerte de los muertos —decía con naturalidad, con una voz serena y potente, que concitaba a su lado, mientras iban avanzando, a numerosos de sus compañeros de cautiverio—, para que no os aflijáis como los demás que carecen de esperanza. Pues si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios por Jesús tomará consigo a los que se durmieron con Él. Os decimos como palabra del Señor que nosotros, los vivos, no nos anticiparemos a los que se durmieron...».

Los reclusos que caminaban a su lado habían comprendido que aquella era una última oración, que se acercaba para todos la hora de la muerte. Algunos la escuchaban con lágrimas en los ojos. Otros caminaban hacia el suplicio cabizbajos, sin osar mirar la luz del sol, temblorosos y acobardados.

—«Pues el mismo Señor, a una orden, a la voz del arcángel, al sonido de la trompeta de Dios, descenderá del cielo y los muertos en Cristo resucitarán primero; después nosotros, los vivos, los que quedemos, seremos arrebatados con ellos a las nubes, al encuentro del Señor en los aires. Y así estaremos siempre con el Señor».

Ya se acercaban a la explanada en la que estaban los edificios. Los guardianes iban empujando a los presos hacia el extremo de la misma. Estos se arracimaban en torno al obispo y, en un momento determinado, muchos de ellos cayeron de rodillas. El obispo los bendijo, llevando la mano a los aires para hacer la señal de la cruz.

—«Consolaos mutuamente con estas palabras».

Y luego:

—«*Requiem aeternam dona eis Domine: et lux perpetua luceat eis*». Se oyó la voz de algunos que contestaban: —«*In memoria aeterna erit iustus: ab auditione mala non timebit*».

En aquel momento los guardianes se metieron entre los grupos y empezaron a deshacerlos a culatazos y gritando. Los presos se iban incorporando lentamente. Todos ellos eran conducidos a golpes hasta el extremo de la explanada. Allí vieron que todo a lo largo de ella había abierta en el bosque una gran fosa. El obispo pronunciaba un fragmento del Evangelio de San Juan:

—«En aquel tiempo dijo Marta a Jesús: Señor, si hubieses estado aquí no hubiera muerto mi hermano; pero sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo otorgará. Le dijo Jesús: Resucitará tu hermano. Marta le dijo: Sé que resucitará en la resurrección, en el último día. Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, no morirá para siempre».

Algunos presos se habían puesto a mirar en dirección a uno de los lados del edificio del Santuario. En él se veían dos ametralladoras apostadas. Matías Palá notaba que la cabeza empezaba a darle vueltas. Sintió un escalofrío. El obispo de Teruel empezaba a entonar los versículos de un Salmo:

*Apíadate de mí, oh Dios, según tus piedades.*

*Según la muchedumbre de tu misericordia  
borra mi iniquidad...*

Y en aquel momento sonó una ráfaga prolongada. La mayoría de los presos doblaron sus cuerpos. Otros intentaron huir. En mitad de los grupos manchados de sangre se oían estertores, gritos, un ¡ay! prolongado... El obispo de Teruel había caído al suelo sin que Matías pudiera sostenerlo. Pero de sus labios aún parecía escaparse una voz.

*—Lava mi iniquidad y limpia mi pecado...*

Sonó otra ráfaga, más prolongada. Matías notó que una masa de plomo le entraba por el pecho y le quedaba fija cerca del corazón. Cayó al suelo. El obispo y él habían caído casi juntos. Su cabeza estaba muy cerca de la de monseñor Polanco. Notaba aún el tacto caliente de la piel de su mano. Era una piel tibia, que tenía palpitaciones irregulares, pero que aún estaba viva. No obstante, su rostro permanecía mudo ya, con los ojos abiertos e inexpresivos. De su rostro parecía desprenderse una inmensa paz, un sosiego infinito.

Matías Palá se durmió cara al sol de la tarde, que lanzaba a lo lejos sus borbotones de oro. Por el cielo, azul y cárdeno, cruzaban unas nubecillas voladoras. Parecía escucharse una música muy honda, como un coro de violines en la altura.

Pasaron los carceleros pistola en mano, escarbando entre los muertos, dispuestos a rematarlos. A algunos les dieron el tiro de gracia. Al obispo y a Matías Palá los dejaron en paz.

## XXI

AQUELLA HORA estaba llena de contrasentidos. Se hacía difícil resumir en una sola todas las sensaciones que pasaban por el ánimo de Carlos. Estaba participando en una guerra, pero el momento en que entraba en Barcelona era de paz, de una paz esencial, que en modo alguno podía mezclarse en su ánimo con la idea de guerra. Después de los meses que había vivido en el frente, le extrañaba la actitud de los que salían al encuentro de las tropas. La guerra se había hecho para ellos, ellos eran los que debían ser los protagonistas de aquella liberación: y sin embargo, muchos de ellos caminaban por la calle con una facha indiferente y contemplativa; pocos eran los que se mezclaban a la euforia del reencuentro. Seguramente sentían en su interior la alegría que significaba la liberación de la ciudad, pero era evidente que les costaba manifestarla. Solo una minoría participaba con gestos y con gritos en la euforia de aquella jornada. Casi todos los que así se manifestaban eran mujeres y niños. Carlos Rius se extrañó de esta reserva de la población; pero el capitán Sieso le tranquilizó:

—Muchos de ellos lamentaban la muerte de algún familiar; otros han visto cómo ayer o anteayer el padre, el hermano o el novio huían hacia la frontera; la mayoría tienen aún un hermano en el frente; ¿cómo quieres que se pongan a celebrar nuestra entrada en Barcelona? Habrá que esperar a que pasen días para poderla celebrar...

Tenía razón. La gente respiraba tranquila ya; había llegado el día, tan esperado, en que no sería necesario fingir ni disimular; en que se podría hablar otra vez en voz alta y en que sería posible alimentar de nuevo proyectos y esperanzas. Pero quedaban aún zozobras que impedían exteriorizar el júbilo de la nueva época. Él mismo, Carlos Rius, sentía que un peso indefinible lo abrumaba; sentía también que aquella no era la jornada de clamorosa alegría que había presagiado. Llevaba encima el peso de la guerra. Parecía que se apoyara sobre sus hombros la turbulencia de tantos días pasados en el frente, el agobio por los muertos que había conocido, el dolor de los hospitales, la somnolencia de las interminables horas en los trenes, la angustia de los fríos, de las hambres pasadas, el terror a los tiros disparados alrededor. Todo ello formaba una red que embrollaba su cabeza, que aún lo turbaba, en medio de las calles de Barcelona.

Miles de retazos inconexos aturdían su memoria; sin saber por qué, recordaba a la camarera a quien la metralla de una bomba de aviación había quitado la vida en Talavera de la Reina, en el primer viaje que él hizo camino de la Academia, antes de pisar el frente. Un episodio, un accidente de la guerra, y había desaparecido aquel ser pletórico de juventud y de vida. Recordó después al alférez Coloma, muerto en Pándols. Recordó a otros muchos muchachos a los que había visto morir. La facha inconfundible del abanderado, en la batalla de la cota 666. Era muy joven, seguramente no tendría aún los veinte años; ¿por qué había de morir? ¿Y Miguel

Llobet?, ¿por qué tuvo que morir Miguel Llobet? Todos aquellos muertos eran el precio de la entrada en Barcelona. La paz había costado mucha sangre, costaría aún sangre antes de que se tomara Madrid.

Estaba arrodillado al frente de sus hombres sobre el suelo de la Plaza de Cataluña, en la misa de campaña que estaban ofreciendo por la liberación de la ciudad. En la presidencia, frente el altar, estaban también arrodillados los generales Yagüe y Barrón, el comandante Santelmo y otros jefes. El capitán-fraile decía la misa en un latín claro y pausado. El día era gris y la ceremonia tenía cierta grandiosidad dentro de su sencillez. Sobre la plaza se aglomeraba una multitud enfervorizada. Muchos de los que escuchaban la misa tenían lágrimas en los ojos. Al elevar al Señor se había sentido una explosión devota y unánime que rompió la severidad de aquel momento solemne. Fue como un alarido impetuoso de centenares, de millares de gargantas. Era un acto de expiación que conmovía a los barceloneses.

Antes de empezar la misa había ido hasta el domicilio de su padre, en la calle de Caspe. Cuando le abordó, el portero se atemorizó, pero no tardó en reconocerle. Entonces se puso a su disposición, lo acompañó hasta el piso y le abrió la puerta.

En la casa vivían unos refugiados del norte. Era una familia numerosa, compuesta casi toda ella por mujeres y chiquillos; los hombres estaban en la guerra. Las mujeres recibieron a Carlos con temor; le suplicaron que no los echaran de allí, que los dejaran continuar viviendo entre aquellos muros. Alguna de ellas empezó a insolentarse y a gritar y discutir histéricamente. Les dijo que se prepararan a cambiar de domicilio y que se aprestaran a volver a Bilbao, adonde seguramente los enviarían. Añadió que iba a volver dentro de poco y quería encontrarlas dispuestas. Las mujeres estaban desoladas; hacía días que no recibían noticias de los hombres y no sabían qué pensar.

El portero le informó de que llevaban casi un año habitando la casa y que, dentro de lo que cabía, no habían dejado de tener respeto por los muebles y por los enseres de sus dueños. En efecto, Carlos Rius observó que en las paredes colgaban aún algunos cuadros de la época de su abuelo y que el piso se conservaba poco más o menos como había estado siempre. Pensó que lo que importaba era localizar a su abuelo inmediatamente.

Rita Arquer le había dado la dirección del alojamiento de Joaquín Rius y, cuando acabó la misa, Carlos se fue caminando hasta el Pueblo Seco. Pronto pudo dar con la plazuela de Blasco de Garay, y subió la escalera de aquella casa en busca del piso que habitaban los hermanos de Josefina. Causó cierto estupor en el barrio el paso del joven alférez. Los elementos del ejército nacional no habían llegado aún a aquel barrio y constituían en él una novedad. Las mujeres se volvían para ver pasar a aquel joven con uniforme de campaña, el gorro ladeado sobre los ojos y una estrella estampillada a la altura del corazón. Ya en la escalera, se cruzó con una mujer a la que preguntó por el piso en que vivía Josefina. Ella se lo dijo y Carlos Rius aceleró su paso. Cuando pasaba frente a las puertas del rellano, sintió que se abrían las mirillas

para verle pasar y se cerraban luego sigilosamente. Se abrió la puerta del piso y vio a un hombre viejo, pero de porte aún arrogante, con unos grandes bigotes blancos que le cubrían la boca. Era Nicasio Barba, el tipógrafo. Le acogió con gran cordialidad. Llamó a Josefina.

Esta apareció ante la puerta y no tardó en abrazar a Carlos Rius. Al hacerlo, toda su pequeña humanidad temblaba de emoción. Las lágrimas acudían a sus ojos y las secaba llevando a las mejillas el doblez de su ancho delantal. Le dijo que el abuelo estaba bien, pero muy impaciente. No se hallaba en casa. Había ido a buscar un poco de comida al hospital de Milicias en el Paseo de San Juan. Le indicó el lugar y Carlos Rius se despidió y se dejó abrazar de nuevo por la doncella de su padre. Luego salió a la calle.

Ante la puerta del hospital observó una larga cola que se perdía por la esquina. Estaban dando ya el rancho y Carlos Rius fue escudriñando uno por uno a todos los componentes de la cola, para descubrir entre ellos la figura de su abuelo. Sin embargo, este no se encontraba allí. A todos los que estaban en la cola les imponía la presencia de aquel joven oficial y le abrieron paso para que pudiera acercarse al que repartía la comida. Era un hombre mayor, con el pelo gris y con cara de pocos amigos. Sin embargo, en cuanto vio a Carlos Rius se esforzó en sonreír.

—No, señor. No sé de quién me habla. Por aquí pasan muchos, y es posible que haya pasado ya con su plato. Llevo servidos más de ciento.

Carlos Rius se retiró, desanimado, y fue caminando hacia la Plaza de Tetuán. La gente se paraba a mirarle, pero en cuanto él les devolvía la mirada, aceleraban el paso de nuevo. Veía que asomaban en los balcones figuras de mujer y que en algunos de ellos habían colocado colgaduras con la bandera nacional. De vez en cuando cruzaban la calzada automóviles que marchaban velozmente, algunos con heridos. Los chóferes enarbolaban por la ventanilla un pañuelo blanco. Un par de horas antes aún se había oído algún tiro y no se podía decir que la acción de los «pacos» estuviera enteramente resuelta.

La Plaza de Tetuán aparecía solitaria. En las mañanas como aquella una muchedumbre de chiquillos correteaba antes sobre la tierra y se veía, aquí y allá, una bandada de palomas que picoteaban en el suelo. Pero este era entonces una superficie árida, en la que solo volaban algunos papeles de periódicos y en la que se arremolinaba la hojarasca. Carlos Rius miró atentamente a un hombre que, sentado en uno de los bancos, llevaba a su boca una cuchara de latón. Iba enfundado en un viejo gabán oscuro. Le veía tomar su condumio mientras se iba acercando, y le parecía que aquel hombre bien podía ser el que buscaba. Le cubría el mentón una barba enteramente blanca, parecida a la de Joaquín Rius. Pero toda su facha había envejecido; sus espaldas estaban curvadas hacia delante y su mentón temblaba febrilmente. En caso de que fuera Joaquín Rius, la vejez había castigado aquella figura hasta hacerla casi irreconocible. Por eso Carlos Rius no se aventuró demasiado aprisa. Se fue acercando lentamente hasta situarse a unos pasos de él. El otro no le

había visto. Sorbía pacientemente su plato, con un ademán abúlico y sombrío, sin levantar los ojos.

En efecto, allí estaba el abuelo. Aquella figura encorvada y como contrita era la de Joaquín Rius. Los pelos blancos le caían, lacios, sobre los hombros y los labios exangües se movían macilentos atrapando el líquido de la menestra. De pronto quedó un momento sin moverse, con la vista fija en los pies del alférez. Levantó muy lentamente la mirada, que fue subiendo por toda la figura de Carlos Rius, hasta alcanzar su rostro.

Al principio pareció que no le reconocía. Era tal el cúmulo de días transcurridos, tal el acopio de horas pasadas, tantos los quebrantos, tantas las emociones, que no podía al pronto realizar la existencia súbita de su nieto, mientras estaba engullendo aquella mísera menestra. Pero pronto adivinó de quién se trataba. Carlos Rius vio cómo la mano que sostenía el plato comenzaba a temblarle. Era un temblor como de vergüenza, como si quisiera ocultar ante su nieto lo que en aquellos instantes estaba haciendo. El poco líquido que quedaba en el plato de aluminio cayó al suelo. Luego Carlos vio que el plato se desprendía de las manos del viejo y que resbalaba sobre sus rodillas y que caía al suelo y rodaba unos pasos por él.

Pareció que el viejo quería decir algo; pero no consiguió más que barbotar unos sonidos inconexos. Su tez, blanquísima, como de cera, había enrojecido y el color de sus ojos quedó anegado en un líquido acuoso. Pero esas lágrimas quedaban retenidas en sus pupilas, no llegaban a su mejilla y eran como un pequeño lago tembloroso en su rostro extenuado.

—Abuelo —dijo Carlos, yendo hacia él y abrazándole—. ¿No me reconoces?

El otro decía que sí, que le reconocía, con un movimiento afirmativo de su cabeza, pero incapaz de pronunciar una palabra. Hacía esfuerzos por incorporarse; había agarrado su bastón y se apoyaba en él para ponerse en pie. Carlos le ayudó.

Entonces se fundieron en un tremendo abrazo. El rostro del viejo se había incrustado en el hombro del nieto, de modo que su cabeza estaba hundida en el hueco del cuerpo del joven. Allí empezó a sollozar, con movimientos convulsos que agitaban su cuerpo y zarandeaban el de Carlos. Largo rato estuvo en aquella actitud y parecía que no pudiera ponerse otra vez erguido. Carlos Rius le acariciaba la cabeza por la nuca, pasando por ella una mano suave.

—No llores, abuelo. Han pasado ya todas las desgracias. Ya no tendremos que sufrir más.

Pero cuanto más quería consolarse el viejo, más fuerte le sobrevenía la agitación y con más quebranto le sacudían sus sentimientos. Quería acabar de llorar y no podía; se quería sobreponer y se encontraba cada vez más sumido en aquella agitación extraña. Al fin pudo decir:

—Gracias a Dios que estás aquí, Carlos. No vivía pensando que había de llegar este momento.

Al fin pudo calmarse. Poco a poco se fue atemperando, los sollozos fueron

amenguando y todo él fue entonando su aire vital. Poco a poco vio Carlos como en aquel rostro volvía a florecer la expresión que le caracterizaba, aquella mezcla de energía y de serenidad que él recordaba como su expresión peculiar.

Aquellos dos años y pico habían dejado en el viejo una huella de dolor. Parecía que la lenta agonía se hubiera marchado en las pequeñas arrugas de su piel, cerca de los ojos y en la frente, en las comisuras de sus labios y junto a las orejas. La tersura de antaño se hallaba entonces surcada por muchas vertientes y canales, en una piel lacerada pero blanca aún, impoluta. En el centro de ella brillaban, como antes, unos ojos expresivos y profundos, que no habían sufrido ninguna erosión.

Carlos le contó cómo habían llegado las tropas hasta Barcelona; su inquietud de los últimos tiempos, el afán de acercarse, el leve asedio de aquella noche.

El viejo le interrumpió:

—Durante unos días temí que iban a resistir, y eso hubiera sido horroroso. Pero no se atrevieron; la población no lo hubiera aguantado; la gente estaba harta.

Carlos Rius le dijo que poco antes había muerto Miguel Llobet. Joaquín Rius hundió un momento su cabeza en el pecho.

—¡Ha muerto!

—Sí. Hace poco, antes de llegar a Villafranca. Le estalló un obús a pocos metros. Lo enterramos allí mismo, en un cementerio del pueblo. Habíamos estado hablando de este momento, de lo que haríamos al llegar a Barcelona, pero Dios no lo quiso así. Tengo aquí su agenda de notas y llevo conmigo algunas de sus cosas para dárselas a su madre.

—Iremos juntos —dijo el viudo Rius—. Durante toda la guerra no he podido verlos. Supongo que estarán bien. ¡Pobre gente!

—Sí. Tenemos que ir juntos a muchos lados. En primer lugar, a la fábrica. Es necesario ponerla de nuevo en marcha. Luego a ver a los Llobet. Finalmente, tenemos que ir a la finca, a Santa María, a ver cómo han dejado aquello. ¡Quién sabe en qué situación estará!

El viejo Rius no se cansaba de contemplar a su nieto, aquel mocetón que había dejado siendo un niño y que volvía hecho hombre, con las insignias de alférez en el pecho y una tez tostada por el sol y endurecida por el viento y el frío. Su voz era firme, su andadura era la de un militar. Se había sentado a su lado en el banco de madera y hablaban con parsimonia, lejos de todo ruido, ajenos a todo peligro. Joaquín Rius vivía como si aquello no fuera realidad. Le parecía que estaba soñando, que no podía ser cierto vivir en paz y que de golpe hubieran desaparecido todos los peligros y temores; no comprendía que pudiera volver a transitar sin miedo por las calles de la ciudad, vivir en su casa, trasladarse a la fábrica, disponer su trabajo y el de sus obreros, salir los domingos a pasear tranquilo. Pero la presencia de su nieto le garantizaba todos estos prodigios.

Carlos estaba allí, había llegado con las esperadas tropas. El vaticinio que había hecho en los primeros días de la guerra, se había cumplido. Carlos era uno de los



muchos que contribuirían a poner en marcha el engranaje de la sociedad, detenido por aquella partida de embaucadores. Carlos era una pieza decisiva en la realidad social, su propia aportación a la empresa colectiva. Carlos había cumplido y estaba a su lado.

Pensó entonces en su hijo, en Desiderio, y Carlos pareció notarlo. Fue el propio viejo quien se anticipó a decir:

—Me hubiera gustado que tu padre estuviera aquí, con nosotros, en el momento en que pongamos de nuevo la fábrica en marcha. Pero no sé si podrá venir. Aunque ha estado fuera, tengo noticias de que se ha comprometido con los del otro lado. Creo que intervino en una negociación para la compra de armas o algo así. No sé por qué tenía que dejarse enredar. En todo caso sé que no desea venir. Debe de estar pasándolo muy bien en París, con la vida que siempre ha querido llevar. Creo que ha conseguido un pequeño renombre como pintor. Pinta esos cuadros que no se entienden y se queda tan tranquilo. Allá él. Dime: ¿Y tu madre? —inquirió, tras una pequeña pausa.

—Estaba en San Sebastián y muy metida en cuestiones de propaganda y de la Sección Femenina de Falange.

—Me alegro —hizo de nuevo una pausa—. Tú sabes que tu abuela Evelina murió no hace mucho.

—Sí. Me lo ha dicho Rita Arquer, a la que he encontrado en la calle mientras íbamos entrando. Es la que me ha dado tu dirección.

—¡Pobre Rita! ¡Qué bien se ha portado conmigo! Conmigo y con todos. Ha sido una mujer ejemplar.

Al viejo Rius parecía que el encuentro con su nieto le renovara entonces las ganas de llorar. Era como si diera rienda suelta a un manantial largamente reprimido. Sentía, al verle, que otra vez un hondo suspiro le removía el pecho y que una rémora extraña impedía su voz y le nublaban los ojos. Carlos Rius, su nieto, se puso en pie y le animó, zanjando aquel impulso.

—Vamos, abuelo. Prohibido más llanto. Vamos a la fábrica.

El viejo quiso recoger su plato, que estaba en el suelo. Parecía avergonzarse de tener que llevarlo. Carlos Rius se lo impidió. —Deja el plato. Ya no tendrás que usarlo más.

Se pusieron en pie. La ciudad parecía haber cambiado de tono. El viejo Rius la veía con ánimo tranquilo, con una tonalidad transparente. Iban caminando por el paseo de San Juan en dirección a la Barceloneta. Al fondo levantaba sus perfiles la mole de ladrillo del Arco de Triunfo. Por allí había pasado aquel veinte de julio, a la vuelta de la fábrica. El ambiente de aquellos días era hosco, de perfiles siniestros, de sombrías humaredas. A un lado había descubierto, a plena luz, los restos putrefactos de sor María del Rosario. Habían sido días de crimen y de pavor. Pero la ciudad volvía a estar en paz, habían acabado los crímenes y los desmanes. Con su nieto al lado podría emprender de nuevo el camino de la fábrica.

La calle se iba poblando de gentes que volvían del centro o que salían de las

viviendas para sumarse al espectáculo que ofrecía la ciudad después de la entrada de las tropas. Había cierto aire de jolgorio y se veía otra vez la sonrisa en muchos rostros. En varios balcones se veían extendidas a guisa de colgaduras unas colchas coloreadas o los pedazos de damasco de unas cortinas, para festejar lo que empezaba a llamarse «la liberación».

Joaquín Rius caminaba despacio, encorvado sobre su bastón. A su lado, erguido y alto, marchaba su nieto. El viejo Rius parecía mirar a todos con el aire de quien puede desafiarlos. «Señores: he aquí a mi nieto; es este oficial que va a mi lado. Acaba de entrar con las tropas que han vencido. Durante dos años y medio yo he pasado entre vosotros como un maldito y muchos de vosotros ni siquiera me mirabais a la cara. ¿No sabíais quién soy? Pues bien; ved quién soy: soy el abuelo del oficial más gallardo y más valiente de toda la zona nacional. ¿Me miráis a la cara ahora o qué?».

Desde lejos, después de torcer a la izquierda, siguiendo la verja del Parque de la Ciudadela, advirtieron la mole de la fábrica. Aún el nombre de Joaquín Rius se leía escrito en el gran letrero del muro, junto a cartelones y consignas diseñadas con brea y con letra irregular y llenas de faltas de ortografía. Pero el nombre del patrono era una alegoría de la continuidad. La fábrica, en cambio, estaba parada, yacía como un monstruo dormido. Joaquín Rius y su nieto traspasaron la puerta de entrada, que estaba entreabierta.

A poco salió a recibirlos Juanita, la portera. La actitud de esta mujer no le pareció a Rius la misma que tenía unos meses atrás, cuando se le presentó en la cola del hospital de Milicias. Parecía que recelara algo, que temiera algo. Había dejado de sonreír y ya no mantenía aquella actitud gallarda y agresiva que había tenido cuando en aquella ocasión hizo a Rius una serie de confidencias.

Los acogió con falsa efusión; en el patio de entrada, Juanita les hizo una larga disquisición sobre la actitud del *Pitágoras* y del Comité durante los días que había regentado la fábrica; parecía que Juanita quisiera entretenerlos en aquel lugar, para evitar que entraran en el recinto industrial. Pero Joaquín Rius y su nieto no tardaron en poner pie en la sala de Telares, subieron a las oficinas, entraron en el despacho del gerente y en las oficinas de Administración y de Caja. De nuevo Joaquín Rius lo miraba todo con ojos de amo. Disponía mentalmente de las reformas que habría que hacer, de los pasos inmediatos que habría que dar. Carlos Rius le seguía y de vez en cuando hacía alguna sugerencia.

—Yo eliminaría estas vallas que separan «Cuentas corrientes» de «Caja». Es mejor que el personal esté agrupado bajo una sola dirección.

Bajaron a la sala de Máquinas. Aquellos antiguos telares eran, sin embargo, de buena raza y no tardarían en funcionar de nuevo para poner en marcha la industria. Ellos eran el verdadero centro de todo el emporio y habría que exigirles mucho rendimiento y una buena marcha. Pero Joaquín Rius pensaba en las dificultades con que iba a encontrarse. ¿Dónde hallaría personal? ¿Cuántos de los antiguos obreros estarían en disposición de volver a trabajar en la industria? ¿En qué situación mental

y psicológica estarían? ¿Querrían colaborar, o su actitud sería reticente y agresiva después de la guerra? En todo ello tendría que pensar Joaquín Rius antes de lanzarse a reemprender el trabajo.

Entre tanto, paseando con su nieto entre la fila de los telares, le parecía que volvía a inundar su ánimo aquella emanación inconfundible de otros tiempos, el vaho vigoroso a apresto, a tinte, a hilatura que le había vivificado casi desde la niñez. Centenares, millares de escenas se agolpaban en su memoria relativas al poder de aquellas máquinas; imaginaba los días de esplendor junto a los días de baja, las huelgas junto a las noticias brillantes, los atentados, las alternativas del negocio, la lucha cotidiana, los obreros fieles y los que le habían mirado con desprecio y con odio, el paso de los balances uno tras otro, la hora de la inspección y las arengas que algunas veces se había visto obligado a dirigir desde lo alto de la escalerilla. ¿Con quién contaría? La estirpe de los Llobet había sido seccionada. No quedaba ningún varón en aquella familia. Habría que fichar a un elemento bueno, experto en contabilidad, hombre de confianza, que pudiera secundarle en la dirección de aquella empresa. Pero por encima de todo estaba la presencia de su nieto, de Carlos Rius.

Le veía caminar entre los telares y renacía en él el gozo que había sentido, tiempo atrás, cuando confiaba en que su hijo Desiderio fuera su sucesor en la empresa. Advertía el buen talante de su nieto Carlos y admiraba el modo como este avanzaba entre las máquinas, destapaba la funda que cubría una cualquiera de ellas, se ponía a inspeccionar entre la tabla y la lanzadera, ponía su mano sobre el rodillo... Le parecía que escuchaba ya el fragor horrisono que aquellos telares harían al funcionar; le parecía que los veía en movimiento. Otra vez era llegado el momento de echar a andar, otra vez sentiría el impulso de llevar adelante aquella casa y esta sensación ponía en tensión sus nervios adormecidos y parecía que le insuflara un nuevo raudal de vida.

En su despacho, se acercó a la mesa en que otrora guardara todos sus papeles. Llevaba meses pensando en verificar si Llobet había tenido tiempo o había atinado, antes de morir, a esconder el dinero que había en la Caja en aquel momento. Juanita, la portera, le había dicho que cuando provocaron el estallido de la Caja fuerte la habían encontrado vacía. Si era así, Llobet habría tenido la buena idea de esconder el dinero en aquel hueco de la mesa cuya disposición era solo conocida por el difunto apoderado y por el amo. Cuando querían sustraer algo incluso a la vista de las personas más adictas, Llobet y Joaquín Rius lo escondían en el espacio que quedaba tras el primer cajón de la mesa al ser cerrado antes de llegar al otro extremo del mueble. En efecto, allí había un hueco de difícil acceso, puesto que para llegar a él había que sacar enteramente el cajón; era un espacio en el que, precisamente por su elementalidad, no hubiera reparado nadie. Joaquín Rius se lo dijo a su nieto, le dio la llave y este sacó enteramente el cajón de la mesa. Luego, metió el brazo hasta el fondo. Apretó un resorte, saltó una tablilla y palpó sobre la madera un fajo de papeles. Los cogió con la mano y los sacó a la luz.

Era un fajo grande de billetes. Había una pila de libras esterlinas, otra de francos suizos y un montón de francos franceses. Joaquín Rius sintió al descubrirlos una inmensa alegría; también sintió un íntimo estremecimiento de emoción: sí, Llobet había cumplido hasta el último momento. Aquel dinero era el precio de su vida. Si lo hubiera entregado, probablemente habría podido salvarse. Nadie le hubiera arrebatado la vida si hubiese descubierto aquel fajo de billetes. Pero el apoderado había introducido su mano en la caja con la determinación de ponerlo a buen recaudo. Había salvado aquella pequeña pero trascendente porción de la fortuna de los Rius, que les permitiría emprender los primeros pasos de la rehabilitación.

Joaquín Rius no pudo ocultar su euforia:

—Se ha salvado, se ha salvado. Consiguió esconder este dinero —y daba con su bastón unos golpecitos expresivos sobre las baldosas. Se pusieron a contarlos y sacaron la conclusión de que allí había almacenadas alrededor de unas doscientas mil pesetas. Una auténtica fortuna en aquellos días.

—Con esto y un pequeño crédito nos bastará para ponernos otra vez en marcha —dijo el viejo.

Cuando iban a salir notaron que se escapaba un ruido insólito de la vivienda de Juanita, como el que hacen dos personas que están discutiendo acaloradamente, pero en voz baja, para disimular. Salieron al patio y descubrieron una sombra que se movía en el habitáculo. Juanita salió al patio; su rostro estaba iluminado con una falsa sonrisa.

—¿Qué es eso, Juanita? ¿Quién hay ahí?

Ella no quería responder; bajó los ojos al suelo y quedó en silencio, removiendo angustiadamente sus dos manos una contra otra. Entonces salió al exterior un hombre alto, de mediana edad, bien plantado, la tez bronceada y los músculos fuertes que se marcaban en sus antebrazos tatuados. Era Antonio, el antiguo chófer de Desiderio, el amante de la portera. El asesino de Arturo Llobet.

Joaquín Rius se quedó estupefacto. Las manos le temblaban en el bastón. Carlos no lo reconoció y solo vio que el hombre asomaba por la puerta de la portería, y apuntaba con una pistola en la mano. No tuvo tiempo ni iniciativa de coger su arma, que llevaba al cinto. El otro se fue retirando de espaldas hacia la puerta de la calle, sin decir palabra. Y una vez allí disparó contra la figura de Juanita, atemorizada a la puerta de sus habitaciones. Le disparó un par de tiros de pistola que rebotaron en la pared. No le dio y salió a la calle.

En cuanto hubo salido, la portera se puso a chillar histéricamente. Tardaron un rato en hacerla volver en sí. Carlos Rius le propinó al final un par de bofetadas, con lo que ella consiguió sobreponerse y empezó a hablar.

Aquella noche se había presentado Antonio exigiéndole que lo albergara. No había podido huir con los fugitivos del ejército rojo y pretendía que Juanita lo cobijara y diera buenos informes de él cuando llegaron los nacionales. Antonio ignoraba la conversación que Juanita había tenido con Joaquín Rius a propósito de la

muerte de Llobet. Juanita le había albergado, pero anticipándole que solo sería por unas horas.

Cuando vio que llegaban a la fábrica Joaquín Rius y su nieto, Juanita se aterrorizó; exigió de Antonio que se marchara en el acto. Él se negó. Pretendía resistir allí incluso si era descubierto, y estaba resuelto a atacar con su pistola a los dos hombres si estos le abordaban. Ante tal perspectiva, Juanita no le había ocultado la realidad. Le dijo que el viejo sabía que él era el autor de la muerte del apoderado y que, por consiguiente, no había solución para él. Su única solución era la huida. Habían discutido hasta el momento en que los dos amos salieron de la nave de la fábrica.

Carlos y su abuelo tranquilizaron en parte a Juanita. Lo primero que hizo Carlos fue intentar comunicar por teléfono con la Jefatura de Policía, pero allí tenían constantemente ocupado el teléfono. Hicieron que Juanita los siguiera y con ella se fueron a la ciudad.

En la Jefatura había un tremendo barullo. Estaban instalándose los nuevos servicios y Carlos Rius no pudo hacer más que dejar nota de la denuncia que presentaba contra Antonio, cuya filiación completa dio Juanita: Antonio Jiménez Gil, treinta y cinco años, natural de Malpartida, provincia de Cáceres.

Luego fue a la casa de la calle de Caspe. Hubieron de mantenerse firmes para expulsar a la familia del norte. Carlos Rius no transigió ni quiso mostrarse débil. Envió al portero a buscar a unos agentes de orden público. Al poco rato se presentaron dos guardias que estaban ya sirviendo a los nacionales. Acompañaron a la familia, custodiándola, hasta el pabellón de refugiados que había en Montjuïc, en uno de los palacios de la Exposición. Carlos Rius y su abuelo pudieron dormir en su casa. Aquella noche Juanita les sirvió de mandadera.

Joaquín Rius estaba como extenuado; contemplaba extasiado los muros de su antigua mansión. Eran muchos los recuerdos que acudían a su ánimo al contacto con aquellas paredes. En los tabiques de su despacho, cuyo balcón daba a la calle, descubrió algunos rastros de su vida anterior. ¡Aquella cartulina enmarcada, con el retrato suyo y el de Mariona en el viaje de novios, cuando posaron vestidos de moros en la Alhambra de Granada! ¡Cuántos hechos de su vida volvían a la luz, cuántos pasos perdidos volvían a sonar, qué de imprecisas huellas adquirían de nuevo relieve y rotundidad en su ánimo!

Sintió amoldarse a todo su cuerpo maltrecho la molicie del colchón de su alta cama de matrimonio, donde había dormido junto a Mariona, donde había discutido con ella y que parecía guardar aún, incontaminado, el peculiar olor de su piel blanca, perfumada de lavándula y de miel. Le pareció que un coro de innumerables voces, llegadas desde remotos días, entonaran la cantata de su vida entera. De cada pormenor nacía la plenitud de toda su vida. De modo que aquella liberación era como otra vez su nacimiento.

Evocó luego los días de su viudez, el firme refugio que para él había constituido

aquel piso, el parapeto que había representado, en el que fortalecerse contra el dolor y defenderse de las acometidas de la vida. Allí había fraguado todos los arranques y las ofensivas de su existencia. Sentía entonces su soledad, le parecía que transitaran levemente por pasillos y corredores los pasos suaves de Josefina, la doncella, y que Desiderio, su hijo, durmiera aún con un sueño juvenil en algún lugar de aquella morada. No podía darse cuenta entonces del cúmulo de acontecimientos y episodios que habían transcurrido allí y a los que habría que añadir los que iban a acontecer, los que se esperaban, porque acababa de manifestarse de nuevo que la vida proseguía, que había que apurarla con nuevas decisiones y que habría que afrontar nuevos sucesos. Acababa de cerrar un paréntesis largo y doloroso; pero, una vez cerrado, la vida proseguía igual.

Durmió toda la noche con un sueño tranquilo y total. Cuando despertó, por unos instantes le pareció que estaba todavía en la zona intranquila de su vida y que dormía aún sobre el somier de emergencia tendido en el comedor de la casa de Josefina, en la plazuela de Blasco de Garay. Pero le sobrevino, como un milagro de la vida, la conciencia de estar tendido en su propia cama y de encontrarse en su propia casa. Le inundó el ánimo la sensación beatífica de esta realidad. En adelante no tendría nada que temer. Y se levantó de un salto, resuelto a seguir adelante, a no perder minuto. Recordaba los pasos dados el día anterior con Carlos, su nieto, y consideraba necesario acelerar las gestiones, afanarse en lograr cuanto antes los permisos necesarios, los créditos indispensables para de nuevo poner en marcha la fábrica. Esperó durante media hora a que su nieto se levantara, pero luego, incapaz de esperar más, fue a su habitación y le despertó, con cuidado pero nerviosamente.

—No se nos vaya a hacer tarde, porque es probable que en las oficinas haya cola y tengamos que esperar.

Pero Carlos dominó aquellos impulsos. Según creía, tardarían aún unos días hasta que el organismo correspondiente pudiera dictar las órdenes precisas para poner en orden a la industria textil de la región; por lo tanto, habría que esperar. Por otro lado, Carlos estaba sujeto a la jurisdicción militar y tenía que ponerse inmediatamente en contacto con su unidad, para saber cuáles eran las órdenes que tenían. El permiso que había recabado comportaba la obligación de presentarse en su unidad cada veinticuatro horas, y antes que nada tenía que ponerse en relación con el cuartel. Finalmente, Carlos recordó a su abuelo que tenían que ir a ver a la familia de Miguel Llobet. Hubiera tenido que hacerlo el día anterior, pero la demora era excusable por las circunstancias mismas del día; pero de aquel no podían pasar.

Don Joaquín pareció ligeramente contrariado por aquella oposición de su nieto y por las dificultades que este le puso; pero se doblegó a sus exigencias y quedó en esperarle hasta que hubiera vuelto del cuartel. Después de arreglarse, Carlos salió a desayunarse a la calle y se dirigió al sitio donde había recalado su unidad, que eran los cuarteles de San Andrés. Entre tanto don Joaquín se quedó en el piso, revisando con delectación algunos de los rastros de otros tiempos. En la caja fuerte doméstica,

que estaba empotrada en uno de los muros de su despacho, dio con algunos objetos que eran para él preciosos: la cadenita con la cruz labrada por el padre de su mujer, don Desiderio, que había sido de la madre de ella y que don Desiderio regaló a su hija cuando se prometió a Joaquín. Unas cuantas estampas de la primera comunión de su hijo; un sobre con las notas escolares de Desiderio, algunas de las cartas de Mariona. Fijó su vista en una de ellas; era una nota escrita con rapidez, con los rasgos puntiagudos de la letra de colegiala de su mujer:

*Me marchó a Santa María con el niño. Haz el favor de comunicarlo a papá y de ocultarle todo lo que ha sucedido. No debe enterarse jamás. Por lo tanto, lo último que te ruego es que, cuando sea necesario, obres como si nada hubiera ocurrido entre nosotros. Espero que comprenderás este deseo mío.*

MARIONA

Habían pasado ya más de cuarenta años desde que la carta fuera escrita. Cuarenta años de sobresaltos, de subversión y de guerra, cuarenta años en que cada uno de los sucesos había tenido una entidad rotunda y superior; y sin embargo, el trazo indeleble de aquellos signos permanecía inmutable con todo su significado para Joaquín Rius. Le parecía que estaba viendo el mohín voluntarioso que ponía Mariona al escribir aquellas letras. Sabía el designio de grave destemplanza que estaba escondido debajo de ellas. Sobre aquel suceso había pasado impetuoso el peso de toda una generación. Pero aquel enfado femenino había desafiado el sarcasmo inicial con el que lo recibió, había vencido el reproche del tiempo y parecía entonces tan vivo como en el momento en que se manifestara. Era inútil que Joaquín Rius pretendiera borrarlo; permanecía inmutable, tal como se había mostrado en aquella ocasión, tal como había nacido. Los cuarenta años transcurridos parecía que no hubieran hecho sino acentuar el brillo de aquel cobre resplandeciente y luminoso; y como el sonido de un grave gong resonaba en el corazón de Joaquín el eco de aquella escena.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta y Joaquín Rius salió a abrir. Juanita, la portera, se había ido a la calle y quien entraba era Josefina. Inmediatamente tomó posesión de aquel departamento. Se puso en contacto con el portero y empezó a adoptar las medidas necesarias para ponerlo en disposición de ser habitado cómodamente. Joaquín Rius la oyó trasegar toda la mañana, sin respiro, por las habitaciones del principal. Se oía un rumor de escobas y de cubos, se sentía el paso de las corrientes de aire que provocaba la apertura de algunos balcones y ventanas, se oía el zarandeo y los golpes del sacudidor de las alfombras en algún lugar de la casa. Joaquín Rius contrastaba aquellos momentos con los que siguieron a la revolución, cuando era preciso no hacer el menor ruido y todos ellos se habían refugiado en una de las habitaciones del interior, en el aposento de la propia Josefina, para escuchar clandestinamente la radio. Realmente, los que clamaban todo el día por la libertad eran los que la habían aherrojado. Mientras que a quien tildaban de

dictatorial y de fascista era aquel bajo cuyo mandato era posible el ejercicio pleno de una auténtica libertad. El mundo está lleno de contrasentidos.

Pasado el mediodía regresó Carlos Rius. Mientras se decidía a qué lugar del frente sería enviado, el Batallón de la Victoria permanecería en Barcelona y Carlos Rius, sin perjuicio de presentarse todos los días en el cuartel, podría disponer libremente de sus horas durante toda la jornada. En vista de ello, Joaquín Rius y su nieto decidieron no demorar ya más la visita que tenían que hacer a la viuda de Llobet y a su hija. Carlos Rius buscó la agenda de Miguel Llobet, que tenía guardada, y la contempló un rato. De ella sacó de nuevo la fotografía que contenía.

Le daba angustia tener que comunicar a las dos mujeres la suerte de su hijo y hermano. ¡Qué distinto hubiera sido si el maldito obús no hubiera arrebatado la vida del muchacho! Habían hablado de aquel momento y habían quedado en que la visita a su madre la harían los dos juntos. Carlos Rius imaginaba la alegría desbordante que hubiera sentido Miguel al abrazar de nuevo a su madre. Pero la visita tendría el aire lúgubre y sombrío de todas las visitas de condolencia. En esas reuniones uno no sabe qué decir. Todo lo que se diga suena a falso y ritual, por sentido y sincero que sea.

Se detuvo largo rato en la contemplación de Isabel Llobet. Sus claros ojos aceptarían mal el dolor. Parecía surgir de ellos un raudal de alegría sana y torrencial; eran unos ojos serenos que reían. Sí, ella le ayudaría a superar el trance. Le parecía que en ella habría la misma palpitación vital que animaba a su hermano, que hacía que este superara todas las contrariedades, que le convertía en el más optimista de los seres, que ponía en su contorno una aura de alegría y bienestar. Guardó nuevamente la fotografía en su cartera.

Salieron a la calle. A medida que avanzaban, deteniéndose de trecho en trecho para que el viejo recuperara el aliento, se iba ofreciendo a sus ojos el espectáculo de una ciudad nueva, rebotante de alegría, por donde transitaban grupos cogidos del brazo y cantando canciones patrióticas. La ciudad emprendía, con buen ánimo, su convalecencia. La mayoría de los establecimientos estaban cerrados y toda la urbe tenía un aspecto de vacación y de ocio.

Cuando llegaron al piso de la Ronda de San Antonio, antes de pulsar el timbre, permanecieron parados unos momentos para imponerse de la dramática situación en que iban a intervenir y maduraron el modo de comunicar la noticia de que eran portadores. Carlos Rius pensó entonces en aquel Miguel Llobet al que en mala hora el comandante había llamado para ir a dar un aviso en la primera línea. Recordó la modestísima tumba en la que habían puesto su cuerpo en el pequeño pueblo del Panadés.

Salió a abrirles justamente Isabel, la muchacha. Al reconocer al viejo Rius pareció inquieta. Era una muchacha cuya primera impresión denotaba timidez. Los hizo pasar y llamó a su madre, que no tardó en aparecer por el pasillo. Todos ellos pasaron al comedor y de él a una salita contigua, donde se sentaron en un tresillo sin estilo o, mejor, de un *modern style* fin de siglo.



En la pared colgaba un retrato del abuelo Llobet, que murió en el atentado el año 1911. Sobre un piano vertical había otra foto: era Arturo Llobet —las gafas montadas al aire impolutas, como si con su pañuelo acabara de limpiar sus lentes, y el nudo de la corbata de pajarita impecable sobre una camisa blanca.

Cuando entraron, la viuda se había excusado de que la encontraran en la cocina, acabando de preparar los guisos que les servirían de condumio, y fue a colgar el delantal que llevaba puesto. Se lamentó de las dificultades que habían pasado y de la escasez de los alimentos. «¡Gracias a Dios que ha acabado! —dijo—. Si dura un poco más, no sé dónde hubiéramos ido a parar».

Luego dijo que llevaban tiempo sin noticias de Miguel. Cuando Carlos le comunicó que habían estado alguna vez juntos en la guerra, se notó que ella se intranquilizaba. Su rostro pareció ensombrecerse cuando preguntó dónde y cuándo habían estado juntos.

Carlos Rius tardó levemente en contestar:

—Bueno, estuvimos juntos después de la batalla del Ebro, hasta más allá de Villafranca.

La viuda de Llobet escuchaba angustiada el silencio que se produjo después de estas palabras. Estaba persuadida de que su hijo había muerto. Pero esperaba a que el otro pudiera desmentir todavía tal suposición.

Su hija tenía los ojos fijos en ella, en espera de unas palabras. Las dos habían estado el día anterior esperando que el hijo llegara; o que se presentara de su parte algún enviado que les notificara unas últimas noticias. Pasaron todo el día con gran intranquilidad. ¡El día anterior era el día de la vida de Miguel!; después era el día de su muerte. Nadie había llegado el día anterior porque nadie tiene prisa en comunicar las malas nuevas.

—Ha muerto, ¿no es cierto?

Carlos Rius titubeó unos momentos, pero luego asintió con un movimiento de la cabeza y musitó la afirmación.

—Sí. Ha muerto. Le mataron en Els Monjos, un pueblo de la provincia de Tarragona. Allí le enterramos.

La madre cogió el pañuelo que llevaba escondido en su bocamanga y se lo llevó a los ojos. Se escuchó el sonido que hacía su sollozo, un sonido ronco, hondo y largo. Pero se notaba que aquel llanto no era más que la continuación de un llanto que venía de lejos; en realidad, aquellos ojos no habían cesado de llorar. Isabel, la hija, se acercó a ella y la mujer se levantó de su asiento. Madre e hija estuvieron unos segundos abrazadas, sin poder contener su dolor.

El viudo Rius y su nieto contemplaban aquella escena en la que no había el menor histerismo; contemplaban el llanto de las dos mujeres sin acertar a consolarlas. Por encima del hombro de su madre los claros ojos de Isabel, nublados de lágrimas, observaban a Carlos Rius y le expresaban silenciosamente su gratitud. Poco a poco las dos mujeres se fueron serenando. Don Joaquín dijo entonces:

—Ni que decir tiene que cualquier cosa que quieran o que necesiten haremos todo lo necesario para procurársela. Tanto mi nieto como yo estamos a su disposición.

La madre decía: «Eso es demasiado, es demasiado. Tres hombres, los tres hombres de la casa, muertos así... ¿Por qué lo quiere Dios?».

Joaquín Rius miró los retratos de Arturo y de su padre en el lugar en que estaban. Ni uno ni otro tenían el aspecto de los que han de morir violentamente. Sus rostros eran apacibles, de hombres de buena voluntad.

Volvieron a sus sillones. La viuda permaneció insensible, quieta, como si fuera incapaz de reaccionar. De vez en cuando un hondo singulto salía de su pecho e intentaba ahogarlo; llevaba entonces el pañuelo a su rostro y se cubría los ojos, que volvían a anegarse. Su hija apretaba su mano e intentaba consolarla, pero tampoco ella podía evitar las lágrimas, que se veían descender por sus mejillas.

Carlos Rius les entregó la agenda que llevaba en el bolsillo. Les dijo que la había rescatado del propio cuerpo de Miguel cuando este cayó.

—Fue una acción desgraciada. Un obús casi solitario, que fue a caer yo diría que casualmente en el lugar al que había ido para dar un parte. De hecho, ni siquiera hubo batalla...

Y añadió:

—Se ofició una misa por su alma y luego le enterramos en el cementerio de Els Monjos, en una tumba que estaba libre. El día que quieran iremos a rezar ante ella. Y si lo desean, nos ocuparemos del traslado...

Isabel preguntó:

—¿Y cómo estaba mi hermano en el frente?

—Nos veíamos a menudo, sobre todo a partir de los últimos días de la batalla del Ebro. Allí sí que estuvo a punto de morir mil veces. Participó en toda la batalla, desde el mes de julio hasta que terminó. Pasó entonces mucho más peligro que cuando murió. Fue una muerte absurda, una muerte inútil.

Carlos Rius observaba cómo aquellos recuerdos de los últimos tiempos de la vida de Miguel servían de consuelo a las dos mujeres. Continuó:

—Él y yo estábamos entonces en dos posiciones vecinas. Unas veces iba yo a verle, otras era él quien venía a verme a mí. Se acordaba mucho de ustedes y su mayor empeño era llegar a Barcelona para reemprender su vida de familia. Recuerdo una noche, junto al Ebro, que estuvimos hablando hasta el amanecer. Yo creo que estaba seguro de no morir y fue una desgracia inmensa que ocurriera.

Siguió contando que los primeros días de la batalla Miguel había sido enviado a comunicar al Estado Mayor ciertos datos de las fuerzas; y que gracias a ello se había salvado de ser hecho prisionero o de ser herido.

—¡Con tanta suerte como había tenido hasta entonces, fue a morir de la manera más imprevista y desdichada!

Abuelo y nieto pensaron que era ya hora de dejar con su dolor a las dos mujeres y que debían retirarse. Así lo hicieron. Al despedirse, la viuda de Llobet retuvo la mano

del viudo Rius y este la abrazó. Ella no cesaba de llorar.

Don Joaquín y Carlos comieron en su casa lo poco que pudo aderezarles aquel día la buena de Josefina. Era una especie de estofado con unos pedazos de carne que olía mal, arreglada con unos boniatos y una verdura indescifrable. La salsa de aquel guiso tenía, no obstante, algunas virtudes gustativas y nutritivas, contribuyendo a ello un vaso de vino del que Josefina guardaba en la alacena.

Después de comer, Joaquín Rius se acostó para echar una ligera siesta, pero a Carlos le mortificaba la idea de no haber tranquilizado suficientemente a las dos mujeres y decidió volver a casa de los Llobet. ¿No era la ocasión en que Miguel hubiera agradecido más su compañía? En cuanto su abuelo empezó a cabecear, salió a la calle y volvió al piso de la Ronda de San Antonio.

Le abrió de nuevo Isabel. Le dijo que su madre estaba en su cuarto, acostada, y que le había dado un calmante para tranquilizarla. Sería una suerte que pudiera dormir un rato. Le hizo pasar nuevamente al saloncito.

Carlos Rius contempló la figura de Isabel; su pelo rubio estaba recogido en dos grandes trenzas, que formaban un apretado moño en la nuca. La tez era sonrosada y blanquísima, y bajo unas cejas rubias y arqueadas brillaban sus grandes ojos azules. La figura de Isabel era esbelta. Al hablar con Carlos parecía que le conociera de toda la vida. Le hablaba con confianza y con naturalidad, se confiaba a él como a un amigo.

—En cada una de sus cartas nos hablaba de usted —le dijo.

Carlos la interrumpió para rogarle que le tuteara.

—Nos las enviaba a través del padre Comas, un escolapio que está en Toulouse y que había sido profesor suyo. Ahora tendremos que decirle que ha muerto.

A poco Isabel pidió permiso para ver lo que hacía su madre. Se asomó al cuarto contiguo, donde estaba descansando, y al volver, con voz muy baja, para no despertarla, comunicó a Carlos que se había dormido. Carlos Rius comentó:

—Es mejor que descanse. Cuando despierte se notará mejor.

Sentía el impulso de mirar directamente a Isabel, cuya actitud le causaba un hechizo singular. Pero no se atrevía a mirarla. Admiraba la serenidad de su espíritu, su porte severo y delicado, la tranquilidad de su ánimo, en el que no obstante se advertían algunas muestras de dolor. De vez en cuando lanzaba un hondo suspiro, como una rémora del llanto retenido. Ella sí miraba frente a frente a Carlos Rius.

—Yo le vi, bueno, te vi la primera vez en una fiesta que hubo en la fábrica, hace muchos, muchísimos años. Éramos unos niños. Tú no tendrías más de seis o siete años. ¿No te acuerdas?

—Sería por el cincuentenario de la empresa.

—Seguramente. Llevabas un traje de marinero muy ceñido, con listas azules muy pequeñas. Siempre me acordaré.

Carlos quedó pasmado de que aquella muchacha pudiera haber reparado en esos detalles. Se lo hizo notar.

—Cuando somos niños todo nos llama la atención y hay cosas que no olvidamos jamás.

Hubo un largo silencio. Luego Isabel dijo:

—Hemos estado hablando mi madre y yo, y nos parece preferible no trasladar a Miguel. Eso sí, iremos al cementerio muy pronto.

—Si estoy aquí, podré acompañaros.

Y miró a Isabel con fijeza. Ella se quedó unos instantes turbada. Cada vez que Miguel en sus cartas le hablaba de Carlos Rius venía a su memoria el destello de aquellos ojos que, siendo niña, le habían mirado en una ocasión con tanta fijeza. Por su recuerdo pasó de nuevo el arrapiezo vestido de marinero que la había estado mirando con una tozudez de niño, en el patio de la fábrica, muchos años atrás.

—Aparte de acompañaros al cementerio, yo quisiera volver a verte a menudo, si no tienes inconveniente. ¿No te importará?

Y llevó su mano hasta la de ella, que reposaba indolente en el sofá.

Ella se estremeció. Y respondió:

—Como quieras...

## XXII

EL PASO DE LA UNIDAD de Carlos Rius por Barcelona fue un paso breve. Al día siguiente de su visita a los Llobet, el joven Rius tuvo que incorporarse al batallón y seguir la marcha hacia Valencia. A la altura de Peñíscola se incorporaron a las tropas que avanzaban. Carlos Rius se embebió en el hechizo de la villa. Se hubiera quedado muchos días en su recinto amurallado, henchido por la pervivencia en ella de aquel Papa Benedicto XIII, cautivo y tenaz, que había sido víctima de las intrigas del siglo XV, frente a un mar proceloso. El comandante Santelmo, que era historiador y erudito, ilustró a sus oficiales sobre la figura y la personalidad de este Papa proscrito. Los informó de los procedimientos y protocolos de su Corte y les dijo que su propio lugar no estaba en este siglo; a él le hubiera agradado ser un familiar del Papa Luna, participar de sus cuitas y hacer honor a sus pompas.

Siguieron, en marcha incontenible, hacia Valencia. Cruzaron la ribera castellonense, por las pálidas playas adormecidas al sol, en las que la arena era ardiente como la de los aduares, y penetraron en la vega lustrosa de las tierras de Valencia, con los bordes del camino cuajados de naranjos. Pese al descuido de la guerra, los almendros mostraban los primores de la flor. Unas motas como de nieve comenzaban a cuajar en sus ramas, que rebullían la irisada luz a la brisa que transitaba y bruñía la mañana soleada. Llegaron a las vistas de Sagunto y les sorprendió el perfil y la estructura de esta ciudad, donde los saguntinos habían empeñado su voluntad y habían resistido en ella a los cartagineses, tras una lucha feroz. Los soldados durmieron sobre las ruinas del histórico recinto. Un eco de pisadas de centurias antiguas parecía respaldar su propio paso por estos andurriales.

Pocos días después llegaban a Valencia. Antes de entrar en la ciudad se enfrentaron con una ligera resistencia, que pudieron vencer animosamente con el arrojo de las fuerzas de avanzada. Se instalaron en un cuartel y Carlos pidió entonces permiso para volver a Barcelona.

Estaba impaciente por secundar a su abuelo en el rescate de la fábrica y ayudarle a reemprender la vida normal. También deseaba ver de nuevo a Isabel Llobet. Durante los días de su marcha no había hecho más que evocar su figura y la suavidad de su rostro y de sus maneras. Pensaba en sus ojos como si los viera y le parecía que tenía enfrente su rostro rubicundo, enmarcado por los largos ríos de sus trenzas anudadas en la nuca. Sentía no haberle pedido que le dejara guardar la fotografía que durante tantos días le había acompañado.

Se subió a uno de los camiones militares que hacían diariamente el trayecto Valencia-Barcelona y cubrió en una jornada la distancia que mediaba entre una y otra capital. El estado de la carretera era lamentable. Los firmes ondulados de Tortosa estaban abollados por el paso de los pesados tanques que habían participado en la

batalla del Ebro. Algunos puentecillos de la carretera estaban cortados y había que torcer por los desvíos para volver a ponerse en buen camino. En Amposta tuvieron que cruzar el río en unas grandes barcazas, en las que cabía incluso el camión.

Cuando llegó a Barcelona encontró la ciudad renovada y en trance de rehacerse. Los días habían sido bien aprovechados. La ciudad presentaba un aspecto distinto. Las calles estaban limpias, los establecimientos y las tiendas parecían volver a sentir la coquetería del comercio: los escaparates eran otra vez muestrarios dignos para las mercancías, que se mostraban al público tras los cristales impolutos. Esa higiene renovada afectaba también a los ciudadanos. Aquella gente de gesto hostil y mal vestida del día de la entrada se había transformado en una población de adecentada toilette y bien dispuesta. Parecía que todos ellos acabaran de lavarse y de peinarse. Los rostros de los hombres habían descubierto de nuevo las gracias de la hoja de afeitar y parecía que olieran a jabón fresco y a loción de perfumería. Las mujeres ajetreadas y malhumoradas que se veía por las calles a fines de enero, parecía que hubieran cedido el puesto a un equipo de féminas atentas otra vez a su condición de mujer, en las que renaciera de nuevo el gusto de embellecerse y de agradar a los hombres.

El piso de la calle de Caspe, merced a los esfuerzos de Josefina, aparecía limpio, impecable, como en sus mejores tiempos. Los muebles antiguos brillaban con la frotación que sobre sus superficies de nogal o de caoba había hecho la doncella, con trapos finos y bayetas sutiles. Todo volvía a su orden tradicional. No por raído el uniforme del portero dejaba de ofrecer su solemnidad ni de imponer su respeto. Hasta el puño de plata del bastón de paseo de don Joaquín había vuelto a conocer lustres antiguos. Parecía que sobre él se reposara mejor y que con él fuera posible caminar con más garbo.

Incorporado nuevamente a la vida de Barcelona, por un tiempo que dependía de las circunstancias de la guerra, Carlos Rius se dispuso a ofrecer a su abuelo el término de las gestiones necesarias para poner en marcha la industria familiar. Fue a la Delegación de Industria, realizó las gestiones preliminares para obtener los permisos correspondientes, se personó en la Delegación Sindical en espera de órdenes, y para la obtención de obreros especializados, y empezó a mover los hilos de la organización textil. En el primero de estos organismos les había sido adjudicado un cupo preliminar de materia con que atender a las primeras necesidades de la fabricación, y así empezaron a mover los telares. Los operarios contratados no eran más que una docena y con ellos emprendieron los primeros pasos.

Carlos Rius propuso a su abuelo trasladarse a Santa María para comprobar el estado en que los refugiados habían dejado la finca. Habían ido demorando esta visita, temerosos de comprobar un grave quebranto en la tierra o en las instalaciones. Por Rita Arquer y Josefina conocían algunos de los pormenores de la estancia de los refugiados en la casa solariega. La última vez que Josefina había estado allí no había conseguido siquiera entrar en la casa; pero a través de una de las ventanas le había

parecido ver el estado de lamentable incuria en que vivían aquellos huéspedes. Al fin, Carlos y su abuelo decidieron salir hacia Santa María un lunes, a fines de febrero.

Para ir a la finca era preciso volver a utilizar los sistemas que el viejo Rius recordaba como propios de sus primeros viajes, cuando aún era soltero. Había que tomar el tren hasta Granollers y allí, en una tartana, cruzar el Coll de la Manya y trasladarse a Santa María. Así lo hicieron. Tomaron el tren a las nueve de la mañana. Era un tren que también parecía de fin de siglo. Los ruidos estrepitosos de la máquina, ruidos de hierro y de caldera crepitante, iban acompañados con unos zarandeos bruscos, que parecían convertir las vías en engranajes de funicular. Al fin, tras dos horas de síncope y sustos, pararon en Granollers, que tenía el aire de los días del lejano noviazgo del viejo Rius. Solo las modas eran distintas. Las muchachas actuales tenían un aire más deportivo y desenvuelto que las mujeres de otro tiempo.

A la salida subieron a una tartana que estaba esperando en la plazuela. El tartanero era un viejo que pareció reconocer a Rius y que debía de ser uno de sus contemporáneos. Se llamaba Fidel. Empezaron la marcha al paso cansino de un caballo tan viejo como él.

Granollers apenas había cambiado, desde los días anteriores a la guerra. Pasaron ante la «Porxada», antiquísimo dosel de piedra que todos los jueves del año servía de umbráculo a los tratantes del mercado. Detrás de tales porches se veía asomar la torre de la iglesia, en la que abuelo y nieto habían oído las misas de los domingos, durante las jornadas en que, años atrás, estuvieron en la finca.

A un trote ligero y alegre la tartana cruzó el río, que estaba seco, dejando tras sí una larga estela de polvo blanco. Luego la carretera seguía al lado de la vía del tren y se unía a la carretera principal, la que llevaba a Barcelona.

Parecía que el viaje, tal como estaba desarrollándose, le quitara años a Joaquín Rius, como si al fin del camino tuviera que esperarle Mariona. No sabía por qué aquel rodar de la tartana le recordaba de manera tan vívida su primer viaje a la finca, en el que todos los incidentes que le salían al encuentro representaban para él una novedad. Un perro se puso a ladrar persiguiendo el carricoche y Joaquín Rius le espantó: «Fuera, *Canelo*; marcha ya». Y, cosa curiosa, el perro se marchó, como si efectivamente se llamara *Canelo*. En la cumbre del Coll de la Manya columbró la totalidad de aquel paisaje tan entrañable: a la derecha, cubriendo la extensión de la tierra, el amplio bosque, de un verde oscuro; robles, pinos, encinas, los árboles se sucedían, uno tras otro, hasta colmar la superficie del suelo. De vez en cuando emergían en la superficie las chatas y sólidas estructuras de las casas de payés, sobre algunas de las cuales flotaba una leve humareda, que emergía de su chimenea y tiznaba un poco de transparencia azul de lo alto. Allí, al fondo, asomaba el torreón románico de *Can Coll*, con su cruz de hierro elevada al cielo. Y, más lejos aún, el espectáculo del pueblo, Las Casetas, apuntalado en el declive, con las casitas escalando el promontorio, junto a la carretera vecinal, más arriba de la riera.

Joaquín Rius estaba gozando del paisaje como si lo viera por primera vez, pero

acentuándolo con el cariño y los recuerdos de quien lo ha visto y vivido muchas veces. Hacía ya cerca de cincuenta años que había realizado su primera visita a la finca. Mariona le había descrito antes de su viaje cuáles eran cada una de las incidencias del camino. Y después de cincuenta años, salvada una guerra atroz que los había salpicado a todos, aquellos parajes seguían siendo los mismos. Allí estaba el Portazgo, la pequeña casita de los peones camineros, y allí, al fondo del torrente, la Fuente de la Perdiz, con su álamo torcido, de tronco doblegado sobre el suelo, donde le había contado Mariona que siendo ella niña habían descubierto una serpiente. ¡Qué entrañable era todo! ¡Cuántos recuerdos y qué nítidas evocaciones suscitaba aquella tierra inmóvil, fértil, olorosa de romero, viva de todas sus fuentes, ubérrima de vid y de frutales!

Faltaba únicamente que apareciera la gran masía, rodeada por su contorno oscuro de bosque. Había que descender hasta el cruce de los caminos y luego volver a subir por una pequeña cuesta hasta que se entrara en el camino de los avellanos y, desde allí, se manifestara en su esplendor la totalidad del valle, del que la masía era centro. A la derecha se veían ya los declives de la viña, con las cepas ahora desnudas y retorcidas, pero que contenían ya la savia que habría de acabar fermentando en los lagares el oloroso zumo de la vid, dorado o violeta. A la izquierda, la inacabable hilera de plátanos de la carretera de Sabadell mostraba al cielo sus ramas desnudas en patética exultación.

Entraron por el camino de los avellanos y subieron la pequeña pendiente. A uno y otro lado estaban dormidos los macizos de los árboles, alineados en formación, hasta perderse en el horizonte en hileras y cuadrángulos. De su fronda escapaban de vez en cuando unos gorriones, que se perdían luego más lejos, entre los pinos.

Al fondo estaba el conjunto de casas. La casa solariega presidía a las demás, sobre una teoría de tejados que parecían darle guardia unos adosados a ella, los otros distribuidos más allá, hasta las lindes del bosque. Lentamente la tartana se fue aproximando al bloque, fue descendiendo por el camino, que a su lado bordeaban los pinos espesos y al otro la ringlera geométrica de los avellanos.

Entraron por el gran portalón encarnado, por el porche. Las casas estaban cerradas y el barrio absolutamente solitario. Pasó una ave dando un graznido que impuso al silencio un punto de zozobra y de angustia. Lejos se oía el rumor que hacía un regato al vaciar su caudal en la dula.

Joaquín Rius y su nieto descendieron al patio y se dirigieron a la puerta de entrada. El viejo sacó de su bolsillo una gran llave y la metió en la cerradura. No tardó en abrirse la puerta. Penetraron en el interior.

El ancho vestíbulo, que antes servía de comedor a la familia, presentaba un aspecto lamentable. La que antes era una amplia mesa familiar, estaba en un rincón, pero reducida a una mínima parte. Los tablones del centro de la mesa se apoyaban en la pared convertidos en astillas. En medio de la habitación había un fogón de arcilla, que debía de haber servido al grupo de refugiados para cocinar sus alimentos. En el



techo se advertían los rastros del humo de esta labor doméstica; estaba absolutamente tiznado, con desconchones producidos por el fuego. A los lados del cuarto, en total mescolanza, se amontonaban colchones y somieres, trozos de mantas, cacerolas, botijos, fragmentos de la vajilla de la casa, ollas de barro; los cuadros, que antes colgaban de las paredes, estaban despojados de sus marcos, que a su vez habían servido de leña.

Joaquín Rius y Carlos se miraron sin decir palabra. Entraron en los cuartos laterales; allí no había nada. Los refugiados no habían dejado rastro de los muebles ni de los demás objetos. Únicamente en una de las habitaciones descubrieron el piano que antes estaba en el comedor y que los refugiados habían tenido la ocurrencia de destripar. Las entrañas del piano estaban al aire. Sus cuerdas se balanceaban al aire desguitarradas y libres. Carlos puso su mano en el teclado y se movieron un conjunto de piezas que remedaron en silencio los sones de un arpegio inexistente. Luego cerró la tapa como para ocultar aquella profanación.

Subieron a los pisos. El primero debía de haber sido estancia del encargado de la expedición, porque las habitaciones estaban de hecho incólumes. Las grandes camas de caoba seguían en su lugar. La única diferencia que había con la situación original de aquellos cuartos era que en las paredes aparecían pegados con chinchetas carteles de la guerra, y que sobre algunos de ellos ciertos huéspedes debían de haber hecho ejercicios de tiro, a juzgar por los orificios y desgarraduras que había en la pared. Joaquín Rius y su nieto echaron una ojeada a los cuadros y luego subieron al tercer piso de la finca.

Descubrieron que en él habían almacenado los refugiados parte del mobiliario que habían sustraído al piso inferior. ¡Menos mal! Las camas de aquellos cuartos estaban plegadas y adosadas a la pared, los canteranos, los relojes, las cómodas; todo estaba allí. Después de revisar rápidamente los diversos objetos almacenados, los dos hombres se dirigieron de nuevo a la planta baja.

Iban a observar el estado en que estaban las masías laterales, pero encontraron completamente obstruida la entrada que estas tenían por el servicio de la casa grande. Alguien había colocado, clavados contra la puerta, maderos y vigas que era imposible cruzar. Habría que intentar entrar por la casa de atrás, llamada de *l'Estadant*, que en tiempos normales estaba vacía y que servía como lagar y donde estaban las prensas del mosto, que solo se utilizaban en la época de la vendimia.

Joaquín Rius y su nieto fueron hacia allá, saliendo al exterior y dando un rodeo por el barrio entero. La puerta de la casita de *l'Estadant* estaba abierta. A un lado había un antiquísimo llar de piedra. Las huellas de aquel fuego, apenas visibles, debían de ser de varios siglos. Al fondo de la estancia, que era fría y lóbrega, estaba el gran lagar, que olía todavía a mosto viejo y cuyos maderos y herrumbre parecían el torso de un monstruo siniestro. Caminaron hasta el fondo y abrieron la puerta.

La estancia siguiente estaba absolutamente a oscuras. Por las ventanas, completamente cerradas, no se filtraba un solo rayo de luz. Joaquín Rius y su nieto

fueron avanzando en la oscuridad. A medida que avanzaban iban sintiendo sobre sus rostros y sobre la piel de las manos el tacto de unas espesas telarañas que colgaban del techo y que parecían querer impedirles el paso con un tacto blando, pegajoso, inconsútil. Uno y otro intentaban sacudirse aquel extraño acoso, limpiarse del tacto deletéreo de aquella materia misteriosa que pretendía atraparlos. Era inútil. Las telarañas caían sobre sus cuerpos formando una espesa red, con la fuerza viva de un animal ciego que intentara devorarlos. Pasaron a la otra estancia y aún duraba el tenaz asedio. Finalmente entraron en el zaguán central de la casa de los colonos, por donde hubieran tenido que entrar desde el patio si hubieran conseguido la llave. Aún seguían las telarañas, pero allí, en cambio, se filtraba un poco de luz. Pudieron pasarse la mano por los cabellos y por el rostro y desgajaron filamentos y urdimbres como de lana, que quedaban pegados un momento en sus manos, para desprenderse luego hasta el suelo.

Por la ranura de la puerta que daba al hogar de la masía se filtraba un poco de luz. Era una luz que fluctuaba, como de leños encendidos, y sospecharon que allí debía de haber alguien. Los dos Rius se acercaron a la puerta y escucharon el rumor que, en efecto, alguien hacía al sorber algún líquido. Empujaron la puerta y vieron que la lumbre estaba encendida. Sentado en un poyo, junto a la lumbre, había un hombre.

Era un hombre muy viejo, más viejo que el viejo Rius, y tenía en las rodillas un cazo de cocina; con una cuchara de madera extraía de él un líquido espeso y viscoso que iba engullendo con lentitud, llevándolo con calma a la boca con mano temblorosa. Una parte de esa materia entraba en su cuerpo, pero otra se derramaba sobre su barba, lacia y sucia, dejando en ella filamentos que brillaban con multitud de reflejos, a cada una de las eclosiones de la llama de la lumbre. Cuando sintió que ellos entraban, el viejo no se movió ni se inmutó; siguió comiendo sin mirarlos.

Permanecieron unos instantes inmóviles, esperando que el viejo diera unas señales de vida distintas a las que se deducían de su función gástrica. Pero el viejo, en un momento en que dejó de comer, quedó con su mirada fija y ausente dirigida a algún lugar del muro de enfrente, sin darse por enterado de la presencia de los dos Rius. Luego eructó sonoramente y volvió a su condumio.

Carlos estuvo a punto de carraspear, para darle noticias de su presencia allí, pero al fin optó por decir:

—Díganos quién es, por favor, y qué es lo que hace aquí. El otro pareció no inmutarse. Expresó con un gruñido algo que ellos no pudieron entender y luego siguió comiendo.

—¿Ha estado antes de ahora en esta casa? ¿Es usted uno del valle? Díganos su nombre. Si es un mendigo que está de paso no tiene que temer. Le dejaremos estar aquí hasta que pueda seguir su camino...

El otro se mantenía silencioso. Pero dirigió su mirada hacia ellos y estuvo observando mientras seguía comiendo. Tomó la palabra el viejo Rius.

—¿No ha oído hablar del señor Rius? Ese soy yo.

El viejo pareció como si reconociera a Rius. En todo caso, su nombre provocó en él un movimiento de atención. Hizo un arrumaco con todos los músculos de su cara decrepita. El borde de su barbilla, blanca, pareció que le llegara a las cejas. Luego lanzó un nuevo gruñido, como si se diera por enterado. Pero siguió comiendo.

Las telarañas del camino mortificaban a Carlos Rius. Se pasaba la palma de las manos por el rostro, por las cejas, por los labios, sin lograr ahuyentar la sensación de agobio que había sentido. Era como si hubieran caído encima de ellos miles de años. Le parecía que de pronto se había vuelto tan viejo como aquel mendigo que tenía delante. Era una sensación incalificable e irremediable.

Pareció entonces como si el viejo Rius reconociera al viejo que tenía delante. Por lo menos se acercó a él con ánimo amistoso, como si fuera un conocido muy antiguo.

—¿No recuerda? Joaquín Rius. Yo soy el que fue marido de la dueña de esta finca. Sí, de la señorita Mariona Rebull...

El viejo mostró entonces un atisbo de lucidez, como si acabara de atrapar un rasgo largamente olvidado en su memoria. Carlos Rius vio mudarse aquella cara inexpresiva con unos signos de entendimiento y comprensión. Se le vio iluminado por una ráfaga de entendimiento.

—Mariona. Mariona Rebull. Sí... —y parecía que de pronto se hubiera hecho la luz en su memoria—. Se entendía con otro, allí, en la mina. Se entendía con uno que había venido de Barcelona. Era una señorita muy guapa. Me dio cinco pesetas por avisarla.

También a Rius se le iluminó la cara. En un instante apareció ante sí la imagen de aquel tartanero asesino llamado Jaime, a quien la pareja de la Guardia Civil se había llevado un día camino adelante. Las llamas crepitaban en el hogar, levantando oropelos de fuego. Parecía como si el tiempo se hubiera detenido.

Al propio tiempo sintió dentro de sí una oleada de ira, un impulso de odio contra aquel mendigo lenguaraz que inesperadamente aireaba delante del nieto algo que Rius creía definitivamente enterrado. Nadie, salvo él mismo, conocía hasta entonces la historia inconfesable del desvarío de su mujer. Creía que el único testimonio de aquel lance era él mismo; nunca hubiera podido sospechar que tantos años después, resucitara otro testigo en la insospechada persona del viejo que allí comía. Le creía muerto y enterrado desde hacía muchos años. Pero, como un fantasma que surge de pronto, allí estaba para echarle encima una paletada de tiempo, cargada de lodo y estiércol.

Miró al viejo con ira infinita. La tez de Joaquín Rius había enrojecido y su pulso se había agitado; la sangre le asaltaba el corazón a trompicones. Un vendaval parecía azotar sus sienes y era incapaz de balbucir una sola palabra. No sentía más que el impulso de saltar sobre el agresor, de lanzarse al cuello de aquel mendigo y de apretar su garganta hasta ahogar su respiración y arrancarle el último suspiro. Nunca había sentido Joaquín Rius un impulso semejante ni bullir su sangre con tanta vehemencia.

El mendigo seguía engullendo su sopa espesa, pero en sus labios se apuntaba una

risilla sardónica y traidora, como satisfecho del daño que acababa de causar y regodeándose de la herida provocada. De vez en cuando salía de sus grasientos labios una especie de risilla contenida, que se manifestaba en un hipido sordo y agudo que daba escalofríos.

Carlos Rius permanecía al lado de su abuelo y le vio alterarse y enrojecer. Observó la crispación de todo su ser, que se manifestaba en el temblor de la mano y en la palpitación de una arteria que se transparentaba en su cuello. Vio al viejo engullendo indiferente su plato de sopa y observó la risa que escapaba de sus labios. Carlos había escuchado las palabras del mendigo y, aun sin acabar de descifrarlas, comprendió que había herido mortalmente a su abuelo.

La atmósfera del pequeño aposento era caliente. El fuego del hogar iba creciendo mientras unos grandes leños crepitaban y lanzaban al aire mil destellos de oro. Todo parecía bailar alrededor del fuego vivo y luminoso que iluminaba el aire con reflejos cárdenos. Carlos Rius sintió que, a su lado, su viejo abuelo se tambaleaba, que iba a caer. La risilla sarcástica del mendigo le sacaba de quicio.

Carlos Rius llevó lentamente su mano, joven y nervuda, a la funda de su pistola. Sacó el arma de su funda y la dirigió, apuntándole, hacia la figura del mendigo. No sabía quién era ni qué hacía allí, pero le consideraba como una personificación de todos los que les habían causado dolor, de todos los que habían atropellado aquella casa y habían atormentado y perseguido a su abuelo. Iba a matarlos a todos de una vez.

Pero en aquel momento sintió una mano que se posaba en su antebrazo. Era su abuelo. Al mismo tiempo, como si aflojara de golpe toda la tensión, el fuego cayó, entre pavesas. Hubo un derrumbamiento de los troncos que crepitaban, una deflagración repentina de aquella llamarada, y el fuego volvió a crepitar, pero de un modo distinto. Hasta la luz que propagaba había cambiado. Aquella luz era más sosegada, había perdido su acometividad. Un rumor sordo de leños que crepitaban pausadamente vino a sustituir al ruido agresor y a la violencia de los troncos. — Pense que anteayer eran todavía un árbol —dijo Jaime, el viejo, que miraba la fogata—. Yo mismo fui a talarlo.

Carlos y su abuelo se retiraron en silencio. Fueron hasta la puerta sin volver la espalda al mendigo. Había en aquel momento en los ojos del tartanero una mezcla extraña de astucia y malignidad, a la que les hubiera sido imposible volver las espaldas. Aquella mirada tenía algo de acuciante y de exigente. Eran los ojos de un loco. Dejar de mirarlos quizá fuera despertar su ira. Cruzaron de nuevo la sala donde colgaban las telarañas. Aquellos colgajos eran el tiempo huido. De este lado, más allá de ellas, todo parecía haber vuelto atrás.

En el viaje de regreso el viejo Rius no dijo una sola palabra. Se le notaba muy afectado por las palabras que el mendigo había dicho. Carlos no había captado su significado. No podía sospechar que el mendigo se refiriera a hechos concretos ocurridos medio siglo atrás. Y en cualquier caso no quería penetrar en ello.

A los pocos días Carlos recibió de Sevilla una participación de boda. Pepa Cortina se casaba; se casaba con su pariente, el capitán que ella le había presentado durante la tiente, en los primeros días de su destino en Carminal. La participación iba acompañada de unas líneas de Pepa, invitándole a la boda. Carlos Rius le contestó en seguida, excusándose. En aquellos días no podía marcharse de Barcelona; estaba en plenas gestiones para la puesta en marcha de la fábrica y unos días de ausencia serían una grave extorsión para sus proyectos. Naturalmente, no dijo eso en la carta; inventó una excusa cualquiera —los cuidados que requería su abuelo— y felicitó a la muchacha.

En efecto, la fábrica necesitaba de una acción continuada y de una gestión permanente. Carlos Rius se reunió en varias ocasiones con el gremio de fabricantes; cambiaron impresiones sobre el estado general de la industria y entre todos trazaron las líneas maestras de una acción conjunta.

El último día de marzo terminó la guerra. Madrid, tras de unos días de lucha intestina entre las distintas facciones, había capitulado. Allí se instaló el Gobierno; a primeros de mayo Carlos Rius y (los compañeros más, comisionados por el gremio, se trasladaron a Madrid para poner en regla su situación ante los organismos oficiales. Aquel fue el primero de los muchos viajes que tendría que hacer en lo sucesivo a la capital, tanto en nombre del gremio como para pedir permisos de importación de algodón con el que dar trabajo a sus telares en los años sucesivos.

A mediados de mes, Carlos Rius acompañó a Isabel Llobet y a su madre al pueblecito de Els Monjos, para visitar la tumba de Miguel. Era un día de primavera muy soleado y el campo estaba vivificado por la flor blanca del almendro y por el amarillo de la retama, que brotaba en los recodos del monte. Carlos Rius pasó ante los escenarios de la guerra, por los lugares en que las tropas se habían detenido en los días anteriores a su entrada en Barcelona. Reconoció la casa que asaltaron, en la que se habían hecho fuertes por última vez unos soldados rojos. La casa estaba en ruinas; pero a todo lo largo del trayecto veían las chimeneas de las masías coronadas de humo, signo de la continuidad de la vida y del ejercicio de la paz.

El guarda del cementerio, que cuando murió Miguel le había facilitado la entrada en el recinto y le había acompañado en el acto del entierro, le reconoció en seguida y les abrió la puerta del camposanto, con grandes expresiones de condolencia y de respeto que tributó a las damas. A la madre de Miguel se le saltaron las lágrimas cuando se arrodilló ante el modestísimo nicho, en el que se leía el nombre de su hijo, en una piedra garabateada por mano de Carlos Rius. Habría que colocar una lápida sobre el basto espacio. A las dos mujeres les agradó más aquella tumba rústica que un lugar en el cementerio de la ciudad, a todas horas importunado por el tráfigo de visitantes inoportunos.

Habían hecho el viaje en un autobús de la línea que unía a Barcelona con Villafranca. Comieron en una fonda del pueblo, adonde les llevó el hombre del camposanto. Después de comer, el mismo hombre les acompañó de nuevo hasta la

parada del autobús.

La madre de Miguel se había vuelto una mujer obesa, en cuya naturaleza se notaba el paso de los años. Al andar respiraba con dificultad y aquel trayecto se le hacía demasiado largo. Al regreso viajaron en el autocar algunas mujeres del pueblo, que bajaban a Barcelona llevando en las manos pollos o cestos con legumbres. Doña Gertrudis se adormeció en su asiento y Carlos Rius contempló entonces a sus anchas el rostro suave y bello de Isabel, que se balanceaba con los zarandeos que el coche iba dando por una carretera desigual. Ella no eludía su mirada, sino que la sostenía desde el fondo de sus ojos azules, de un azul transparente, mientras en voz muy baja, como un susurro, le decía:

—¿Por qué me miras tanto?

—Porque te quiero...

No supo cómo esta confesión escapó con tanta sencillez y con tanta seguridad de sus labios. Desde los días en que estuvo en el frente con Miguel Llobet, Carlos Rius no había dejado de pensar en Isabel. No era una evocación tortuosa ni complicada. Era la aparición de una imagen que se llama y que viene, a la que se pide ayuda y la da. Era una compañía constante, un socorro infinito. Después de decir a Isabel que la quería, sentía la trascendencia de aquella manifestación de su espíritu. Jadeaba ligeramente. Notó que ella jadeaba también, emocionada por aquella expansión.

Isabel estaba sentada frente a él y al lado de su madre, que se había dormido en el asiento y cabeceaba con los tumbos del vehículo. Se levantó y se puso en el asiento al lado de Carlos. Este pasó su brazo por la espalda de la muchacha, que apoyó la cabeza en su hombro. El paisaje del Panadés se iba deslizando por su lado. Veía cómo pasaban los enormes pinos del Ordal y cómo la carretera comenzaba a zigzaguear en pendiente. Todo ello daba noticia de una inmensa paz y Carlos sintió que verdaderamente la guerra había acabado.

—Yo sabía que acabaría diciéndote esto. Empecé a quererte desde el día en que Miguel me habló de ti. Es una bendición. A veces pienso que no podía ser de otro modo.

—Yo te quiero desde mucho antes. Te quiero desde que te vi en la fábrica, hace muchos años, con un traje de marinero. Pero no podía imaginar que te fijaras en mí.

En uno de los baches, el ómnibus se zarandó y la madre de Isabel entreabrió los ojos y observó con asombro la actitud que habían tomado los dos jóvenes. No sabiendo hacia dónde mirar, optó por adormecerse de nuevo. Pero al cabo de un rato no pudo aguantar más y abrió de nuevo los ojos.

Carlos e Isabel habían recobrado su posición de viajeros normales, pero doña Gertrudis descubrió en sus actitudes, en el modo de mirar, en la ternura de sus expresiones, en el leve sonrojo de la tez de la muchacha, en la respiración profunda del joven Rius, que algo había ocurrido entre ellos. Carlos Rius despejó aquella incógnita.

—Doña Gertrudis, Isabel y yo hemos descubierto que nos queremos y yo deseo

pedirle que autorice a que nos casemos muy pronto.

La mujer no sabía cómo reaccionar. La revelación había sido tan inesperada, tan brusca y sorprendente, que cortó su respiración. Nunca hubiera imaginado que en un asiento de autobús le pidieran la mano de su hija. Miró a Isabel pensando que quizá Carlos hubiera querido gastarle una broma pesada. Pero la muchacha la miraba impertérrita, como si ratificara las palabras que tan sencillamente acababa de pronunciar Carlos Rius. La madre hubo de preguntarle:

—Bueno, ¿qué dices tú, Isabel?

—Carlos y yo hemos decidido casarnos pronto y él te pregunta si tienes algún inconveniente.

—¿Inconveniente? No, pero... ¿qué dirá don Joaquín?

Carlos e Isabel lanzaron a la vez una sonora carcajada. No porque les pareciera mal la pregunta de la viuda de Llobet, sino porque a la vez se dieron cuenta de la inmensa alegría que iban a dar al viejo.

—¡Es verdad! —dijo Carlos—. ¡El abuelo! ¡Daremos al abuelo una alegría inmensa! —y apretó fuertemente, intensamente la mano de Isabel.

Entonces doña Gertrudis comprendió; se dio cuenta de que los chicos habían hablado de verdad y sintió que una emoción incontenible pugnaba por asomar a sus ojos. Carlos e Isabel vieron que estos se licuaban ligeramente y que su rictus leve modificaba los rasgos de aquel rostro, en las comisuras de los labios.

—No llore, madre. Se han acabado las lágrimas. Hoy es un día de alegría, ¿no le parece?

Y Carlos se incorporó un poco en el asiento, se acercó al rostro de doña Gertrudis y estampó un beso en su mejilla. Ella llevó la punta de su pañuelo a los ojos, para secar aquellas lágrimas inoportunas.

Cuando Carlos llegó a su casa se encontró al viejo que estaba leyendo el diario a la luz verde de la lamparita de su despacho. Se quitó las gafas y observó a Carlos. Le preguntó por la excursión y si se habían emocionado mucho ante la tumba. Su nieto le contó los pormenores del viaje.

—¿Qué te pasa, Carlos? Pareces alterado. ¿Te ha ocurrido algo? —le preguntó, alarmado, viendo la alacridad con que le contestaba.

—Sí. Me ha ocurrido algo importante y quisiera decírtelo. Pero ¡prohibido emocionarse! ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Tengo novia.

El viejo Rius tardó unos instantes en reaccionar.

—¡Caramba! Muy aprisa me lo dices. ¿Tan rápido ha sido? ¿O es que te lo tenías callado?

—No, no. Ha sido como el rayo. Me he dado cuenta hoy.

—Bueno, bueno... ¿Y se puede saber quién es?

—Sí. ¿No lo adivinas?

—No, francamente, no —dijo el abuelo que, sin embargo, comenzaba a sospechar que entre la hija de Arturo y Carlos hubieran tramado algo—. Dime quién es.

—Pues... Isabel.

Joaquín Rius se incorporó lentamente del asiento en que estaba. Cogió su bastón y dio unos pasos por el despacho.

—¿Isabel? —repetía, sin acertar a creerlo todavía.

—¿No te gusta?

—Sí, sí. Me gusta. Me gusta mucho. Te diré que me gusta tanto que no me atrevo a creérmelo. Oye, Carlos. Ven, siéntate —invitó para prolongar el diálogo, para humanizarlo.

Y él mismo volvió a sentarse en uno de los butacones que había enfrente. Carlos se sentó frente a su abuelo.

La voz de don Joaquín se volvió entonces más grave aún que de costumbre. Puso su mano cariñosamente sobre la rodilla de su nieto.

—Confío en que habrás madurado este propósito. Las resoluciones de este tipo no pueden ser producto de una corazonada. ¿No te arrepentirás?

Él negó con un movimiento de cabeza.

—Piensa que sería muy grave, gravísimo, quedar mal con esa muchacha. Nosotros no podemos quedar mal con ellos.

—Nunca me he sentido tan seguro al tomar una determinación.

—¿Y se lo has dicho?

—Sí. Y a su madre también.

—¡Virgen Santísima!

—¿Por qué? ¿Es que no lo apruebas?

—Sí, claro que lo apruebo. Pero quisiera estar seguro de que responde a una convicción firme, de que es una determinación seria, de que tus sentimientos son auténticos y de que nunca te echarás para atrás. Me parece que... que sería lamentable que te hubieras precipitado.

—No, de ningún modo. Ella y yo nos hemos dado cuenta de pronto de que nos queremos desde niños. Cuando su hermano me enseñó en el frente la fotografía de Isabel, yo presentí que aquella habría de ser la compañera de mi vida. Lo noté de una manera confusa, que hoy se ha revelado del todo. Estoy seguro de quererla y nunca me arrepentiré de haberlo dicho. Te podría jurar que es verdad.

En la vehemencia y el ardor con que Carlos Rius se lo confesó descubrió don Joaquín los signos de su convicción y la lealtad de sus palabras. Entonces la mano empezó a temblarle sobre el puño del bastón. Se incorporó y se alejó hasta el timbre, que pulsó llamando a Josefina. Cuando esta entró en la habitación el viejo le dijo:

—Josefina, vamos a celebrar ahora mismo, los tres, una buena noticia. Traiga tres copitas y la botella del vino rancio.

Josefina le miraba extrañada y por unos momentos pensó que se había chiflado. Pero vio en sus mejillas y sobre sus barbas unas lágrimas. Y el viejo dijo:



—¿No sabe que el chico se nos quiere casar?

Josefina se precipitó hacia Carlos, que la abrazó sin chistar.

Pareció que aquella noticia inesperada viniera de pronto a dar un sentido nuevo a la vida de Joaquín Rius. Nunca hubiera podido esperar un beneficio semejante. Dio gracias a Dios por el regalo inmenso que el noviazgo y la boda representarían para él. Dios había querido que se juntaran en una sola las dos familias que, desde antiguo, habían colaborado en la empresa. Después de tantos quebrantos, tras de tantas inquietudes, aquello venía a significar un final feliz de todas las cuitas. Tres generaciones sacrificadas con la vida, en provecho de los Rius, venían a reunirse en la figura de Isabel, que se disponía a prestar a los Rius la colaboración suprema: la de la sangre. Realmente, el viejo Rius no se hubiera atrevido nunca a esperar tanta gracia. Dios era bondadoso con él.

En los últimos tiempos, desde su visita a Santa María, había notado una deflación, un hundimiento. El encuentro que había tenido con Jaime, el asesino, en el hogar de los colonos, había dejado en su ánimo un rastro de decepción y de dolor. No se había atrevido a hablar con Carlos de este episodio. Temía que su nieto fuera a descubrir parcelas de su vida que él mismo hubiera querido olvidar. Se sentía mortificado por una comezón que le hablaba del pasado y le encalabraba. La imagen de Mariona, que durante años había sido un simple espectro, volvía a renacer con colores vívidos y con toda su fuerza vital. Era una Mariona todavía joven, frenética, irascible, agresiva, que le echaba en cara la monotonía y la mediocridad de su vida, que le inculpaba a él de su propia traición, como si esta hubiera sido irremediable. Una noche soñó con ella tan realmente que despertó de pronto creyendo que ella estaba a su lado. Era curioso que al cabo de tantos años, y después de haber dormido en silencio sin su recuerdo, en su vejez renaciera la figura y la realidad de ella como si viviese, en una lucha semejante a la que había tenido con él en vida. Notaba entonces el valor inmenso que tienen las palabras. Los altercados, las discusiones sordas sostenidas en vida de su mujer eran más fuertes que el tiempo en que duraban en su corazón como cicatrices sangrantes. El dolor de aquellos encuentros renacía, y todo él se sentía alterado por una dolorosa transgresión de sus sentimientos. Ella le inculpaba aún; creía que nunca sería capaz de olvidar los desvíos de su voluntad, su autoritarismo, la ley de su trabajo, el afán de dinero. Y a aquellas alturas de la edad, Joaquín le decía que se arrepentía y que le perdonase. Mariona se aleja entonces, en sueños, con una risa detonante, se colgaba del brazo de otro hombre y huía. Aquella historia no tendría nunca retroceso.

En otras ocasiones, durante la jornada, por la calle le parecía que una figura femenina cualquiera, al doblar una esquina o paseando bajo los plátanos del paseo de Gracia, fuera la figura de su mujer y se acercara lentamente a él sin dejar de sonreír, con el destello peculiar de su expresión y de sus labios, que el tiempo no había

alterado. Los años transcurridos eran muchos, las modas habían cambiado; pero era Mariona la que se acercaba sonriendo hasta llegar a pocos pasos de él, cambiaba entonces su faz por la de una damisela cualquiera y se alejaba indiferente entre los transeúntes. Tenía que esforzarse para estar seguro de que Mariona ya no existía, para llegar a la convicción de que había muerto muchos años atrás y que ya no sería más un amasijo de podredumbre en el cementerio.

La nostalgia de los años pasados le había arremetido cuando habían concluido las persecuciones físicas, cuando los días de la guerra habían pasado ya sin hacerle daño y todo en derredor volvía a aparecer con los caracteres de la normalidad. Pensaba que aquel retroceso hacia Mariona era el último esfuerzo, el postrer tesón de una fuerza maligna dispuesta a no dejarle todavía en paz. Pero que a medida que su vida se normalizara, a medida que los sucesos de la fábrica volvieran a agobiarle con su exigencia y su presión, la imagen de la mujer, la tortura de los sucesos antiguos irían suavizándose.

Así sucedió. Poco a poco la fábrica fue organizándose; después de la puesta en marcha de la primera nave volvieron a funcionar las dos restantes y la sección de Tintes y los Aprestos, hasta cobrar nuevamente el aspecto de las jornadas anteriores a la guerra. Fueron contratados nuevos operarios. La dificultad estaba en encontrar gente para los mandos intermedios. La guerra se había llevado sobre todo a la gente preparada, con lo que resultaba difícil encontrar a los futuros contra maestres, o a los salidos de la Escuela Industrial de Tarrasa, cuya actividad había sido suspendida durante la contienda. De los antiguos mandos no volvieron más que los más antiguos, hombres a pocos pasos de la jubilación. Carlos Rius organizó en el interior de la fábrica unos cursillos acelerados para la gente joven, donde aprendieran en poco tiempo, sin perjuicio de revalidarlo luego en la escuela oficial, todo lo que era necesario saber para ocupar un cargo de responsabilidad junto a las máquinas.

Muy pocos de los antiguos obreros volvieron a su trabajo en «Tejidos Joaquín Rius». De la mayoría de ellos se ignoraba su paradero. De otros se sabía que habían cruzado la frontera en la riada humana de los fugitivos. Algunos habían muerto durante la guerra y otros habían quedado malparados. Al cuidado de contra maestres hubo que improvisar unos cursillos para la instrucción de los nuevos operarios: unos eran gente nueva en la ciudad, hombres llegados a Barcelona con los ejércitos de ocupación y que aceptaban de momento tal trabajo en espera de perspectivas más halagüeñas. Otros provenían de esferas distintas a la textil. Eran oficinistas o empleados mercantiles que no encontraban acondicionamiento en sus antiguos puestos de trabajo y «recalaban» en la condición de obrero textil para salir del paso. Estos solían convertirse en buenos operarios, cumplidores de su deber, y se resignaban a su retroceso social. Finalmente estaban los aprendices, muchachos en quienes no se notaba la «tristeza» de la guerra y que campaban por la fábrica como una nueva generación alegre y descuidada; eran el germen laboral del día de mañana.

Joaquín Rius y Carlos no habían vuelto a pensar en el hecho que ocurrió el día de

su entrada en la fábrica, cuando sorprendieron a Antonio, pistola en mano, que huía y los amenazaba. El abuelo y el nieto estaban hasta tal punto saciados de lucha y de calamidades, que se hallaban dispuestos a pasarlo todo por alto, incluso la proximidad de un asesino del calibre del chófer, autor material de la muerte de Arturo Llobet. Tampoco Juanita, la portera, había vuelto a hablar del asunto. Pero poco después de que los dos Rius volvieran de Santa María, cuando aún estaba viva en el ánimo del viejo la impresión que le había causado el encuentro con Jaime el tartanero, Joaquín Rius recibió en su casa una citación de la auditoría de guerra para que fuera a declarar en el proceso que se seguía contra Antonio Jiménez Gil, por delitos de sangre cometidos durante la guerra.

Joaquín Rius fue a la portería, donde Juanita le dijo lo que sabía de su ex novio. Este había sido detenido cuando pretendía cruzar a pie la frontera. Juanita parecía abrumada por el peso de las atrocidades que se imputaban a Antonio. Había sido uno de los elementos al servicio del SIM para la tortura de los prisioneros de las checas. No se sabía aún cuál era la pena que iba a solicitar el fiscal, pero probablemente no bajaría de la pena máxima.

Era curioso lo que estaba ocurriendo con Juanita. Después de haberle denunciado a Joaquín Rius el día en que le descubrió en la cola del hospital de Milicias, parecía resuelta a defender a Antonio por encima de todo y revolvía Roma con Santiago para exculparle. Cuando don Joaquín le mostró el papel que acababa de recibir, la portera empezó con una retahíla de súplicas.

—Lo que le dije aquel día no era cierto. Antonio puede haberse equivocado, pero por ideal. No ha matado a nadie. Por favor, señor Rius, declare a su favor, haga que le indulten. Yo no podré vivir si le matan.

Joaquín Rius vio que eran tales la vehemencia y el ardor que Juanita puso en su súplica, que se mostró indeciso unos instantes, y se retiró sin abrir la boca. Se fue al despacho de su nieto y le explicó lo que estaba ocurriendo.

—Ella no es un testimonio válido —dijo el nieto—. Tienes que encontrar a alguien que explique la verdad de lo que pasó aquella mañana. Y ese alguien debe de estar aquí, quizá entre los que trabajan con nosotros. Vamos a ver la lista.

Fueron señalando en ella los operarios que estaban en la fábrica antes del 19 de julio: Balart, Camós, Fonoll, Ramírez, Ruescas, Silvestre, Suriá, Tellería, Valls, Vizcaíno y Zúñiga.

—Les hablaré yo uno a uno —dijo el nieto—. Vamos a ver si alguno estaba aquel día en la fábrica.

Durante toda la semana Carlos fue recibiendo a cada uno de aquellos obreros. Muchos se hacían los desentendidos. Aparentaban no recordar o sencillamente negaban. A Carlos empezaba a parecerle bastante curioso que nadie se acordara qué había hecho en la fecha de la revolución. Pero no quería tampoco forzar la cosa ni poner en un aprieto a los obreros.

Por fin el llamado Silvestre, sin dudar un momento, contestó que sí, que él estaba

el día 19 de julio cuando mataron al apoderado.

—¿Y me puede usted contar cómo ocurrió?

Tampoco entonces titubeó Silvestre.

—Quien lo mató fue el chófer de la señora Rius. Me parece que se llama Antonio.

—¿Usted tendría algún inconveniente en decir esto ante el juez?

—No. Si es necesario lo diré, diré la verdad. Oiga, señor Rius: yo en aquel momento era de los de ellos. Pero durante la guerra los comunistas nos pasaron a todos por la piedra. A mí me tuvieron un año en un campo de concentración y luego me lanzaron a conquistar lomas en el Ebro. Quisieron atarme a una ametralladora, para que no pudiera huir y tuviera que estar disparando. Pero pude huir. De modo que no les debo nada. Ahora, que pague cada cual con sus actos. ¿Qué quiere que le diga?

Era un hombre de unos treinta años, que se veía alterado por la persecución y por la guerra.

—A nosotros nos han hecho migas los de aquí y los de allí. Pero puesto a elegir, me quedo con Franco y los fascistas.

Carlos Rius hizo que compareciera Juanita y los sometió a un careo. Silvestre se mantuvo firme en sus afirmaciones. La portera, en cambio, comenzó a exasperarse y a chillar. Tuvieron que llevársela.

—Ella estaba juntada con el Antonio —dijo Silvestre—. Toda la guerra vivieron juntos, pero cada dos por tres se tiraban los platos a la cabeza. Ella no es mala mujer, pero está completamente perdida por él. También durante la guerra tan pronto le denunciaba como vivían otra vez juntos. Es un caso perdido.

Carlos Rius contó el resultado de esta conversación a su abuelo. Después de ello don Joaquín se fue a la Auditoría a declarar.

Poco tiempo después se enteraron de que Antonio había sido condenado a dos penas capitales y que la sentencia iba a ser cumplida de un momento a otro.

En aquellos días no se vio, como de costumbre, a Juanita abocada al balcón, viendo como entraban o salían los obreros.

Las ventanas (le su vivienda estaban cerradas y la puerta entornada. Fila debía de estar en el interior, madurando su congoja.

Supieron que el día de la ejecución Juanita no había dormido en la portería. Había ido a Montjuïc, en espera de poder asistir al acto de la ejecución. Pero no le permitieron la entrada al recinto del Castillo. Solo escuchó desde el exterior los sucesivos estampidos que indicaban el cumplimiento de las penas.

A media mañana, un empleado de oficinas que volvía de hacer unas gestiones en la Delegación de Industria, al cruzar el patio de la fábrica le pareció escuchar un gemido prolongado en la portería. Era un chico joven y muy curioso y se aventuró a asomar la cabeza en las habitaciones de Juanita.

Se encontró a esta en medio de un charco de sangre, tendida en el suelo de su comedor. Tenía clavado en el pecho un largo cuchillo de cocina. Lanzaba gemidos espasmódicos.

Él salió al patio y empezó a gritar y vocear con espanto. Desde las oficinas llamaron a una ambulancia, que trasladó aquel cuerpo al hospital.

Juanita se había clavado el cuchillo a la altura del corazón. Pero su hoja no había llegado hasta él y pudieron salvarla.

## XXIII

A LA DIFICULTAD Y DUREZA de los tiempos de reconstrucción vino a añadirse, en septiembre, una nueva dificultad: la guerra europea había estallado. El Tercer Reich puso en práctica por enésima vez su acción disuasiva con la ocupación de Dantzig, lo que obligó a Inglaterra y a Francia a declararle la guerra. A estos hechos sucedió la ocupación de Polonia y, más tarde, una serie de victorias ininterrumpidas de los ejércitos alemanes. El coro de los diarios y de muchos sectores de opinión era francamente germanófilo. Se presentaba a los alemanes como invencibles.

Desde el primer momento los más sagaces advirtieron que aquella sería para España una situación muy distinta a la que se había producido durante la Primera Guerra Mundial. El país acababa de pasar por su propia y desoladora guerra; las industrias estaban recuperándose trabajosamente; había cierta actitud de complacencia obligada con las fuerzas del Tercer Reich, por las muestras de simpatía y apoyo de que los alemanes habían dado pruebas a España durante la Guerra Civil; de modo que se haría difícil mantener una neutralidad estricta. Con la economía maltrecha, el recelo de los aliados y la moral de las gentes destruida, sería difícil remontar aquellos trágicos momentos.

Pero el viejo Rius no se amilanó. Las necesidades del propio país eran muchas y bastaría con trabajar de firme para abastecer los mercados nacionales y salir adelante. Con los mercados interiores bastaba para volver a poner la industria al nivel en que estaba antes de la Guerra Civil. Los industriales iban trampeando, en colaboración con los organismos oficiales, las dificultades provenientes de la escasez de materia prima, que debía ser tasada para atender con justicia a las distintas industrias. Hubo empresarios que prefirieron la simple especulación. Un permiso de importación de algodón o de lino daba más beneficios que la pieza de tela ya fabricada, y muchos de los fabricantes se dedicaron a la simple operación de reventa de los permisos, sin complicaciones laborales. Joaquín Rius se indignaba ante el ejercicio del puro y simple «estraperlo» por parte de sus colegas. «Esto es desprestigiar, es hacer traición a la industria», decía. Y se negó rotundamente a participar en el sucio manejo.

Pronto el peligro de la degradación vino por otro lado. Un fabricante de tejidos, con una fábrica relativamente pequeña antes de la guerra, uno de los jóvenes herederos de la viuda de un fabricante tradicional que regentaba la empresa desde la muerte de su marido, se había lanzado a la compra de fábricas catalanas de tradición familiar, y estaba montando un emporio textil de gran envergadura. Día tras día había noticias de que la fábrica de Tal había sido adquirida por dicho señor, al otro día era otra de las grandes empresas del país la que caía en su poder. Las ofertas eran seductoras, porque el precio que pagaba por ellas no era un precio de quiebra ni se aprovechaba de situaciones de crisis o de emergencia. El comprador pagaba por las

industrias un valor crecido y cumplía con los pagos y con el contrato.

Seguramente ese comprador realizaba sus operaciones contando con la devaluación natural del dinero y de las industrias; e iba con vistas a realizar un holding con las empresas que iba adquiriendo. Una proposición no tardó en ser insinuada al viejo Joaquín Rius, quien la comunicó a su nieto. Este y su abuelo hablaron de ello detenidamente. Quedaron en que Carlos se entrevistaría con el hipotético comprador.

La entrevista de negocios tuvo lugar en Parellada durante un almuerzo. El restaurante Parellada estaba situado en la Diagonal, en su encrucijada con el paseo de Gracia. Era el lugar adonde iba la gente más «chic» de Barcelona en aquellos años de posguerra. Lo regentaba Ribas, antiguo *restaurateur* que se había hecho célebre en las cocinas del hotel Colón y del restaurante Suizo antes de la contienda. Cerca de la hora del almuerzo el bar de Parellada era el lugar de reunión de los aristocráticos desocupados de Barcelona y de las damas más elegantes de la ciudad. Transcurridos los días monótonos y trágicos de la guerra, la gente se lanzaba al bullicio y al gasto con más ímpetu que nunca. Las circunstancias de la guerra habían acentuado aún el cariz mundano de ciertas zonas de la sociedad. En Parellada, a la hora del aperitivo o de la cena, pululaban los «anglófilos» alrededor del cónsul inglés, mister Dorchy, que había hecho la guerra de España en zona nacional con los Requetés y que a menudo aparecía por el restaurante luciendo en la cabeza la boina encarnada de los legitimistas. Allí quedaron citados el presunto comprador y Carlos Rius.

El hombre que hacía la oferta era un muchacho joven, prematuramente calvo, que cubría su cráneo con un sombrero negro ribeteado, como el de mister Eden. Acostumbraba a tener en la boca un gran cigarro habano a cualquier hora del día. Después de tomar un martini seco, y en el curso de la comida, expuso a Carlos Rius su proposición.

El hombre debía de haber sido muy bien informado de la categoría del negocio de los Rius y de sus condiciones actuales. Parecía que hubiera de ser interesante. Los Rius podían elegir entre vender la totalidad de la industria o desprenderse únicamente del cincuenta y uno por ciento de la propiedad. En este segundo caso se garantizaría a uno de ellos la permanencia en la fábrica con funciones directivas. El precio que se pagaba por la totalidad de la venta era sabroso: dieciocho millones de pesetas abonadas en año y medio.

Hasta tal punto la propuesta era seductora que, mientras a la vuelta del almuerzo, Carlos Rius se dirigía de nuevo a la fábrica, pensaba cómo contarla a Joaquín Rius para que este aceptara. Dieciocho millones de pesetas de aquellos tiempos podían permitir mil locuras, incluso la de no hacer nada y vivir el resto de los días con una respetable renta, a base de cortar el cupón. Y todo ello sin el agobio de tener que preocuparse de obreros, ni de jornales, ni de clientes, ni de contabilidad, ni de permisos de importación ni de nada.

Pero cuando le contó al viejo Rius los detalles de la conversación que había

tenido durante la comida, el viejo se enfureció.

—Yo no soy de los que dicen antes la muerte que vender. No, yo no estoy ligado a la industria irremediablemente. Si me hicieran una proposición coherente y satisfactoria no digo yo que no la aceptaría. Pero ese hombre no hace más que pagar, y en tres plazos, el valor del solar en que estamos. En cambio, arramblaría con nuestros permisos de importación y solo con ellos ganaría millones. La jugada está clara: digo que no.

También Carlos, que estuvo madurando la propuesta, salvados el hechizo inicial y la sugestión particular de los primeros momentos, llegó a la conclusión de que había que desecharla. Así se lo dijo al joven promotor en el mismo salón de Parellada donde habían comido.

A partir de entonces pareció que abuelo y nieto se lanzaron con más ahínco a la tarea de fabricar, que acumularan los pedidos y dieran a la producción todo el auge posible. La sola posibilidad por que habían pasado de traspasar la fábrica, les hacía redoblar sus esfuerzos. Carlos, sobre todo, competía un día tras otro con todos sus colegas en la labor de producción de piezas; menudeaban sus viajes a Madrid, se valía de su condición de ex combatiente para entrar en los ministerios y arrancar los permisos de importación que necesitaba.

Además, Carlos Rius quería apresurar los trámites de su casamiento. No habían fijado fecha ni aventurado cuándo iban a casarse Isabel y él. Parecía que ella no tuviera prisa, como si quisiera dejar a Carlos todavía la oportunidad de volverse atrás. No manifestaba desgana o indiferencia ante la boda; pero, aconsejada por su madre, creía como ella que no debía dar prisa al joven Rius para tomar una determinación que, de producirse, tendría que ser sin agobios y por propia voluntad.

—Quiero que si viene la marquesa le puedas decir lo que piensas de verdad y no porque yo esté por medio.

La marquesa era Pepa Cortina. Carlos le había contado a su novia el trato que habían tenido y ella bromeaba a este propósito.

—¿No te dije que la marquesa se ha casado ya?

Pero ella se emperraba en bromearle. Cada vez que descubría en él gustos demasiado refinados o achaques de lo que llamaba «perismo» de Carlos, confundiéndole con un «niño pera», le sacaba a relucir a la «marquesa».

—Eso estaría bien si tuvieras que salir con la «marquesa». ¡Pero conmigo!... ¡Con Isabel Llobet! ¡Vamos!

A Carlos le hacían gracia estas expresiones de su novia.

Ella seguía trabajando en la Biblioteca de Cataluña, que se llamaba ya Biblioteca Central. A la salida del trabajo se encontraban los dos en algún café o en una esquina del centro y se iban a pasear juntos un rato.

En el aniversario de la muerte de Miguel, después de la misa celebrada en su parroquia, Carlos y ella hablaron seriamente de sus proyectos de boda. Carlos le dijo que le agradecería casarse, lo más tarde, en primavera.



—¿Y dónde nos casaremos?

La parroquia de Isabel era San Pablo del Campo. ¿Qué mejor escenario que aquel, dorado por el tornasol de los siglos, para celebrar la ceremonia? En días sucesivos se acercaron a la iglesia, se arrodillaron en los reclinatorios y se pusieron a rezar.

En medio del trajín de la ciudad, las piedras de la pequeña iglesia románica trascendían a antigua evangelización, evocaban los tiempos en que el templo estaría en mitad del campo, fuera de las murallas, y en que la fe debía de ser como una llamarada encendida e inextinguible en mitad de un llano inmenso, por el cual discurrirían unas carretas de lentos bueyes y el tráfago de caballistas y trajinantes.

En el reducido cuadrilátero sombrío del claustro, Carlos Rius apretó contra sí el cuerpo de Isabel y la besó en los labios. Ella se sintió desfallecer de gozo, pero se sobrepuso.

—No seas mala persona, Carlos. ¡Ten piedad de mí! Él la miró extrañado.

—Sí, si me haces esto, a mí no me costaría nada convertirme en una perdida. No me lo hagas, porque todo lo fuerte que parezco, contigo es mentira. Soy como un trocito de cera, como un terrón de azúcar. No tengo más fuerza que un terrón.

A partir de aquel momento, en muchas ocasiones Carlos la llamaba «terrón» o «terroncito». Ella se enfurruñaba levemente, porque el apelativo le recordaba su momento de debilidad.

Por aquellos días el abuelo Rius compró un automóvil de segunda mano para trasladarse a la fábrica. Debido a las restricciones de gasolina era un automóvil con gasógeno, que pasaba por las calles exhalando vahos pestilentes y humo negro; pero el coche funcionaba bien y con él se podían realizar algunas excursiones.

Los domingos, los dos varones Rius y las dos mujeres Llobet montaban en el coche y se iban unas veces a Sitges, otras a Montserrat; una vez fueron a Santa María. En la finca se habían vuelto a incorporar las familias de los colonos y habían adecentado las casas de payés y la solariega, haciéndola nuevamente habitable. Las habitaciones habían sido adecentadas para ser utilizadas. Un carpintero se había ocupado de que las puertas abrieran y cerraran, y la mano de un pintor había limpiado las paredes.

Para ir en el coche utilizaban los servicios de un chófer llamado Nicolás, un hombre apuesto y charlatán que llevaba un bigotito de actor de cine y era el ídolo de todas las muchachas de servicio de la vecindad. Era salmantino y había sido cabo en la 4.<sup>a</sup> de Navarra. A Carlos Rius le llamaba «mi alférez».

—No me llames «mi alférez». La guerra ya ha pasado. Una vez pasada la guerra, no queremos acordarnos de ella.

—Pero un alférez es siempre un alférez, mi alférez. La categoría no se quita nunca.

Tuvo que aceptar el tratamiento con resignación. Nicolás era muy amable con las señoras. A Isabel Rius la tenía fastidiada por su obsequiosidad.

—Ese chófer me parece un «miraniñas». El otro día, cuando venía hacia acá,

juraría que no me reconoció porque se puso a mi lado y cuando iba a decirme algo advirtió quién era. Entonces se puso colorado y dijo una banalidad, para salir del paso.

Un domingo de febrero volvieron a Montserrat. Esta vez fueron solos Carlos e Isabel con el chófer. El campo empezaba a destellar de los atisbos de bonanza que por esa época amanecen en las ramas de los almendros, como un presagio de la primavera. En lo alto, un cielo muy pálido y, pasado Martorell, al fondo de la carretera empezó a vislumbrarse la silueta abrupta de la Santa Montaña, como un mágico pedestal de granito. Isabel recordó que la última vez que habían estado fue con su padre y con Miguel, años atrás. ¡Cuántos acontecimientos desde entonces!

Al llegar al Santuario los invadió un sosiego indefinible; de aquellos riscos parecía diluirse por el ámbito una paz infinita. Cuando entraron en la basílica, entre los bultos negros de la gente que estaba orando, pareció desvelarse al fondo, como un rayo de luz, el camarín en que estaba la imagen de la Virgen, elevada sobre todos los mortales.

Subieron al camarín y permanecieron un rato arrodillados ante la imagen de la Virgen morena, que parecía orar también en silencio. Isabel había leído en algún libro que la imagen había cobrado el color fosco por el contacto del humo de tantas velas como a lo largo de los siglos habían alumbrado en torno a ella.

La piel de la Virgen se había ennegrecido, pues, por el acoso continuado de la fe. También ellos le estaban rogando.

Carlos e Isabel le suplicaban que no los desamparara, que siguiera acompañándolos y que los cobijara en su manto para ser fieles a Cristo cuando tomaran estado; le suplicaban que bendijera su unión y que les diera hijos.

La Virgen tenía los rasgos ingenuos y pasmados de una soberana núbil de los siglos medios. ¡Bendito el árbol del que había sido tallada! El artista o el artesano que la había labrado había puesto en su obra la magia primigenia, el estro de Dios.

Al salir, le pareció a Isabel que Carlos estaba retraído, como si un pensamiento obsesivo le importunara. Quiso sonsacarle, y Carlos se explicó:

—Esto es demasiado largo. No creo que haya que esperar tanto para casarnos. ¿Qué precisamos? Nada; lo tenemos todo. No necesitamos poner piso, tenemos el dinero. ¿Qué nos falta? ¿Las amonestaciones? Mañana vamos a encargarnos. El domingo que viene proclaman la primera y antes de un mes estamos casados.

—Espera, espera —decía ella—. ¿Y mi ropa? ¿Y la ropa de la casa?

—Es igual. Tenemos de todo. No quiero esperar más. Al llegar a casa por la noche Carlos abordó a su abuelo. Este no le puso ninguna dificultad.

—Casaos cuando queráis —dijo.

Al día siguiente Carlos e Isabel firmaron los esponsales. Se casarían el 27 de marzo.

En aquel mes hubo una redistribución de las habitaciones en el piso de la calle de Caspe. Una vez casados, la pareja ocuparía la que había ocupado el abuelo desde que

se casó. El abuelo, en una cama individual, dormiría en la que daba a la calle, junto a su despacho.

Isabel y su madre se quejaban de no tener tiempo de terminar el ajuar. Pero Carlos dijo que por el ajuar no iban a demorar la boda.

El más emocionado de todos resultó ser el viejo Rius. Más que si el novio fuera él. Estaba nervioso y temía ponerse enfermo y no poder asistir a la ceremonia.

Tanto Isabel como su madre habían pensado hacer una boda muy sencilla; decidieron que la novia luciría un vestido de calle, y Carlos había dado su aprobación. Pero el viejo Rius se opuso a ello rotundamente. Isabel encargó un vestido de novia en «Santa Eulalia».

—Eso es —decía el viejo—. No vas a casarte más que una vez y merece la pena hacerlo bien, ¿no comprendes?

La más reacia a todo ello, la que parecía tomarlo con desgana, cuando no con oposición, era la madre de Carlos, Crista. Al llegar de San Sebastián se había instalado en el piso del paseo de Gracia, que heredó de su madre. Pero pasaba la mayor parte del tiempo en Madrid, adonde iba frecuentemente en compañía de Óscar Andrade.

Cuando Carlos fue a comunicarle su decisión de casarse con Isabel Llobet, unos meses antes, la dama fingió recordar vagamente quiénes eran los Llobet. Tenía la esperanza de que su hijo se desilusionara dentro de poco y no quiso pensar más en ello. No obstante, tenía sus confidencias con amigas o con el propio Oscar.

—¡Este chico; con el buen partido que podría haber sido, con la de chicas que estaban locas por él! Fifi, ¿tú te acuerdas de Fifi Campa? ¡Qué chica tan mona! Se hubiera vuelto loca solo con que Carlos la hubiera dicho una palabra. Pero no. Ha ido a enamorarse de esa... de esa menestrala.

Rita Arquer le llevaba la contraria:

—Hoy día, como están las cosas, con que una chica sea buena basta. Mejor esto que tantas como hay, muy monas, muy finas, pero que a los dos meses de casadas se van de parranda con otros. No, no... Yo no lo encuentro mal. ¡Si ellos se quieren...!

Y dejaba en suspenso su aprobación a la elección de Carlos. La verdad es que Rita pensaba en el ejemplo que significaba para Carlos el matrimonio de sus padres.

—No. Si lo que me preocupa no es orgullo de clase. Hay chicas modestas, pero que son bonísimas. Gentes que se saben situar en su lugar; chicas dóciles, con ganas de aprender y que saben acompañar al marido. Lo que me preocupa es la educación. Figúrate, esta chica, la hija de un... un empleado, yo diría de poco más que un obrero. Sí, muy buena gente, lo que quieras. Pero acostumbrada a la sopa y al cocido, no le pidas nada más. ¿Sabes que es bibliotecaria de esas que distribuyen los libros en las bibliotecas? ¡Bah, yo no me la puedo imaginar como mujer de Carlos! ¡No sé qué le ha visto!

—El amor es ciego —decía Óscar Andrade, y lo decía por sí mismo, que estaba perdidamente enamorado de Crista. No sabía qué extraño hechizo emanaba de ella,

de su cuerpo, de sus movimientos, de sus palabras. «¡Misterios inescrutables del ser, incógnitas tremendas de la carne humana!», se decía.

Madre e hijo tenían por aquellos días pugilatos sordos o explícitos. Intervenía Crista:

—Tienes que enviar una participación a los Villares, sobre todo a la Marquesa, Olga Campa. Acuérdate de lo bien que se portó contigo en el frente.

—No te preocupes, mamá. No pienso enviar ninguna participación. Ni lo sueñes.

—Pero, ¿has oído? —se lamentaba Crista, dirigiéndose a Rita, que vagaba por allí—. Dice que no va a invitar a nadie. ¡Un hijo mío!

—Déjale, Crista. El que se casa es él, ¿no es cierto?

—Se casa él, pero nos comprometemos todos. Quedaremos muy mal con todo el mundo. ¿Sabes qué te digo? ¿Sabes lo que pensará la gente?

—Que piense lo que quiera.

—Pensará que has tenido que casarte de tapadillo. Eso pensará.

—Me da lo mismo —y luego, impacientándose—: ¡Bueno! ¡Basta, mamá. Me caso como quiero y porque quiero, sin pedir tu consejo! Y aún te diré que me sobra lo que va a quedar de ceremonia. Para mí el matrimonio sería un acto absolutamente íntimo, en el que estorban los demás. ¿Lo entiendes? ¡Todos! Crista quedaba así reducida al silencio. Pero su actividad dialéctica y epistolar era muy viva en aquellos días.

También Carlos lo comunico a su padre, invitándole a venir en la fecha indicada. Pero Desiderio contestó, en una larga carta, explicando que no podría desplazarse. «Si os fuera posible retrasar la boda un par de meses, probablemente me habrían negociado los papeles para entrar de nuevo, sin incomodidades, en España. No es que yo haya hecho nada malo durante la guerra, pero sabes que siempre hay gente dispuesta a fastidiar y alguno de ellos la ha tomado conmigo. En fin, ya se les pasará. Lo que quiero que sepas es que me alegro mucho, mucho, infinitamente, de tu resolución. Creo que Isabel va a ser una buena compañera para ti. Dale unos besos de mi parte».

La carta paterna le indujo a reflexionar una vez más sobre el matrimonio; comprendió que en casos como el de sus padres era imposible juzgar y atribuir a cada uno una parte determinada de responsabilidad. Le parecía que su padre era una persona cabal y que al enfrentarse con su madre había tenido toda la razón del mundo; otra vez sería su madre la que encontraría su comprensión y su apoyo. Pero lo cierto era que aunque uno y otro parecían muy distintos, en sus reacciones resultaban idénticos. Precisamente por eso no podrían entenderse jamás. Se le ocurría una filosofía entera del matrimonio; se decía a sí mismo que hay matrimonios que fracasan, sin ningún motivo aparente que los lleve por el mal camino. Son como la imposible fusión de dos sustancias químicas que se repelen. Pensaba en su padre y en su madre, cada cual por su lado, y los veía como seres normales, capaces de circular sin conflictos por la vida. Pero si pretendía unirlos se producía la catástrofe. De ahí

que llegara a la conclusión de que el matrimonio puede llegar a ser una materia explosiva si no se eligen con cuidado los dos ingredientes que lo han de formar. Le tranquilizaba considerar su propio matrimonio, que se disponía a contraer.

«Entre Isabel y yo —se decía— no podrá producirse nunca una situación díscola o difícil. Los dos somos muy capaces de ceder. Es más: nunca llevaremos una cuestión personal hasta el límite».

Llegó por fin el veintisiete de marzo. Los invitados fueron muy pocos. Por parte de él no concurrieron más que una corta representación de sus primos segundos, los Costa, a los que Carlos fue a visitar personalmente antes de la ceremonia. Don Joaquín no quiso ignorar a la familia de su hermano Fabián, a pesar del modo como uno de ellos se había portado durante la guerra. Pero los «otros» Rius, quizás avergonzados, dieron la llamada por respuesta. Asistió también Rita Arquer, rozagante después de la victoria nacional. Se había arreglado un traje gris elegantísimo, con sombrero de plumas especial para bodas y bautizos. Isabel, que en ocasiones como aquella era un poco irónica, le dijo a Carlos que parecía un papagayo.

Por parte de Isabel no fue más que el marido de la difunta hermana de Arturo, Teresa. Él era un impresor anciano y sin hijos, con el que los Llobet habían seguido teniendo relación y que sirvió a Isabel de padrino; fueron también unos vecinos de la casa de la Ronda de San Antonio, los señores de Marsá, que tenían en la planta baja de la misma casa una papelería.

Todo fue maravillosamente, a gusto de los novios. Carlos Rius había escrito al capitán-fraile comunicándole su decisión y rogándole que acudiera a bendecirlos. El dominico vino desde Ávila, donde radicaba su convento. Bajo el hábito blanco el fraile parecía uno de los modelos de Zurbarán. Su rostro inteligente y su mirada clara le recordaban a Carlos las fechas de la guerra y evocaron juntos sus días de Pándols, las conversaciones y excursiones con el viejecito de las trampas, sus paseos por los bosques. Felicitó a Carlos por su elección.

—Los que están en el cielo a veces hacen faenas como esta: no te quepa duda de que es Miguel Llobet quien te ha conducido hasta su hermana. Desde el otro lado nos guían sin que nosotros lo sepamos.

La plática fue breve, pero sentida y muy humana. Gertrudis hizo esfuerzos por contener las lágrimas. Crista Fernández la miraba con un gesto displicente. Para ella, la conmoción que se manifestaba en la figura de la viuda era una manifestación pueblerina, una debilidad menstrual y un signo de que aquella gente no sabía dominar sus impulsos.

Veía a su nuera y no podía negar que estaba mona; que en su porte había cierta distinción, que sus cabellos rubios sobre la tez rosada le daban el aspecto virginal que muchos hombres desean ver en sus novias, pero que bajo aquel candor se advertía el rasgo de un temperamento aguerrido y de una voluntad firme; todo ello era para Crista poca cosa comparado con las gracias de un buen apellido o con un buen párrafo en las notas de sociedad.

Estaban en plena boda y Crista se regodeaba imaginando a Carlos dentro de tres o cuatro años; si en algo se notaba la sangre de Torra que llevaba dentro, en aquel lapso de tiempo habría pasado lo suficiente para que volviera a mirar a las otras niñas y eligiera entre ellas a alguna, soltera o casada, con la que ir a París, con la que estrechase en una alcoba y con la que olvidar a aquella modistilla. Sí, los hombres tienen tiempo para todo y no había que considerar al matrimonio como algo irremediable y sin vuelta atrás. Carlos tenía muchos años por delante.

No obstante, después de la boda, Crista puso el mayor interés en aparecer amable y risueña ante la nuera. Cuando asistían al cóctel en Prats y Fatjó, la repostería del paseo de Gracia, quiso hacerle unas confidencias.

—Estoy segura de que le sabrás «llevar» muy bien, con ese aire de mosquita muerta que tienes. La verdad es que ¡yo me casé tan joven! Sobre todo, estoy segura de que no te pondrás enfrente de él cuando... En fin: mi propia experiencia ha sido terrible... Algunos hombres, sobre todo si se llaman Rius, tienen éxito con las mujeres. Te aconsejo que lo pases por alto.

No era esa la reflexión más adecuada que debía hacerse a una recién casada. Por fortuna, Carlos estaba cerca, con el oído atento, y le dijo a su madre:

—No habrá ocasión de que Isabel se preocupe por lo que a ti te preocupa ahora. Cuando este Rius ha dicho sí, lo ha dicho de una vez para siempre. Anda, tomemos un jerez.

La comida transcurrió apaciblemente, en una larga mesa que ocupaba toda la longitud del saloncillo. Cada uno de los comensales hablaba con su vecino de mesa. El viejo Rius tenía a su izquierda a Rita Arquer, que estaba triunfante. Esta comparaba para sí aquella boda con la azarosa situación de la de Crista y Desiderio y se decía que, pese a todo, el mundo está lleno de personas decentes. Le cogió un gran cariño a Isabel y se lo demostraba pasándole toda suerte de canapés, la mantequilla, la mostaza, todo lo que estaba al alcance de su mano. Por su parte, se resarcía del hambre pasada durante la guerra, engullendo sin parar copiosas porciones de todos los manjares, que estaban riquísimos. Los engullía a dos carrillos. Cuando terminaba se llevaba la servilleta a los labios y empezaba a hablar. A la hora de los postres el viejo Rius se preguntó si Rita había empinado el codo más de la cuenta. Su locuacidad parecía no tener límites; se puso en pie para pronunciar un discurso.

Con voz cálida y vehemente dijo que aquella familia, de principios cristianos, engranaba un nuevo eslabón y que había que pedir a Dios que la bendijera con una descendencia numerosa. Todos, desde el dominico hasta los señores Marsá, en un extremo de la mesa aplaudieron entusiasmados a Rita, cuyas dotes oratorias ni sospechaban.

Después de la comida, los novios se despidieron. Y empezaron para ellos los días dichosos de la luna de miel. En primer lugar se desplazaron a la cumbre del Tibidabo, en uno de cuyos hoteles pasaron la primera noche de casados. A la tarde siguiente tomaron el barco hasta Palma de Mallorca. El espectáculo del amanecer desde el mar,

con la bahía de Palma al fondo, les pareció la imagen de un sueño rosado y azul. Cruzaron la isla cuando toda ella parecía cubierta por la blonda de la flor del almendro. De vez en cuando, inesperadamente, de un trecho entre dos rocas aparecía al fondo el mar, un mar de un azul intenso e inmóvil, que mantenía en un borde unas casas como de belén. La carretera se empinaba, descendía y volvía a subir. Después entraron por una vía tranquila, que los llevaría a Pollensa. Desde aquella suave extensión, en las aguas calmadas, se veía salir del agua un brazo de costa, verdinegro, ahíto de pinares. En el centro de la masa de verde emergían las líneas de un edificio moderno, lindante con la playa, a la que llegaban los pinos. Era el hotel de Formentor donde iban a pasar unos días, sin que nadie los importunara, absolutamente solos en el Universo, que parecía circular en lo alto del cielo, a todo lo ancho de la amplísima bóveda de un azul intenso, en la magnitud de la noche estrellada.

La incógnita que había que despejar, hasta tener la seguridad de que el cuerpo femenino, cómplice y adversario, respondería a las llamadas de su propia y exigente biología, quedó aquellos días enteramente aclarada.

Le parecía que acababa de nacer una Isabel completamente nueva, una mujer inédita, como la Venus nacida de las brumas, que se presentara ante sus ojos en cada ocasión con una sonrisa desconocida, dulce y peculiar. Se verificaba en ella un fenómeno de transmutación sorprendente. En el momento de su entrega, toda ella quedaba transfigurada; durante un tiempo, Carlos creía que quien estaba en sus brazos era un ser distinto, con una faz nueva, henchida de gozo, palpitante de satisfacción y de vida. Esa sensación tardaba mucho rato en evaporarse; poco a poco volvía a entrar en sus percepciones la estampa de la Isabel que él conocía, la que resolvía las cuestiones cotidianas, la que contestaba de una manera concreta a sus requisitorias, la que se ponía en pie mostrando otra vez, bajo sus formas airoas y desnudas, la rotundidad de un cuerpo esbelto, más poderoso y grave que bajo el disimulo del vestido. Cuando, tendidos en el amanecer, Carlos descubría junto a sí, en los instantes de duermevela, la carne rosada y prieta de su mujer, la perfección de su cuerpo, le parecía que asistía al prodigio de un mundo que acababa de ser creado y que ante ese prodigio ya no sería posible pensar en la vida como en un lugar de castigo y de expiación. A cada madrugada renacía y volvía a vivir la ley entera del cosmos; cada vez se sentía inmerso en un prodigio infinito, en el que rodaran estrellas y crepitaran fuegos inmensos. Y detrás de todo ello venía una gran paz, un sosiego inacabable; empezaban a hablar en voz baja de muchas cosas, de un labio a otro, que sentían húmedos y con un susurro a flor de piel, mientras por la rendija de las persianas correderas se iba haciendo más clara la luz del día y, en el fondo del silencio, cuando paraban de hablar, se expresaba el ritmo lento y continuo, sollozante, de las olas del mar que batían en la arena.

Comprendió que el misterio de la vida se dirimía todas las madrugadas en aquellos encuentros, en la multiplicación de aquel susurro que centenares de millares de parejas estaban deslizándose a su vez mientras la tierra acababa de dar su vuelta

ciega y la luz del sol volvía a hundir los espacios, a alumbrar los valles y los montes, y a derramarse en las ciudades. La múltiple victoria de la vida se estaba realizando entonces; en el acoso ciego del varón, perduraba el ardid victorioso e intuitivo del germen vital, que empezaba a inflar el reducto donde la fémica guarda, como un secreto casi inexpugnable, el porvenir del mundo. Una nueva vida acababa de tomar posesión de su parcela, un nuevo ser empezaría a palpitar, en una carrera que no habría de terminar más que muchas décadas después, con los jadeos de la muerte. Pero en aquellas madrugadas todo era una explosión de vida, una exultación de juventud.

Carlos e Isabel salían de la habitación sintiendo colmados sus sentidos y su ánimo sosegado por una increíble serenidad. Después de almorzar, daban una vuelta por los alrededores y, muchas tardes, esperaban sentados en un repecho hasta que el sol empezara a decaer en el horizonte. Parecía que sintieran el presentimiento del hijo que había de nacer, como si en el seno de la mujer empezara ya a germinar una nueva vida. Hacían cábalas y proyectos sobre su descendencia.

—Si tenemos un niño le llamaremos como el bisabuelo, Joaquín. Y si es niña, ¿cómo?

—Si es niña la llamaremos Mariona...

—Sí, Mariona, claro...

Ni por un momento les pasó por la imaginación que pudieran no tener hijos. Notaban en sí mismos la buena disposición de la sangre, la madurez de la carne y una sazón para que su matrimonio llegara a buen término.

El día iba decayendo aparatosamente, con un desgarramiento violento de nubes carmesíes. Estas se iban alargando y al fin no eran más que largos filamentos dispersos, morados y de oro, que cruzaban la línea entera del horizonte. El mar tenía una calidad de plata, una plata tintineante, movediza. Regresaban a Pollensa unas barcas suaves y deslizantes. Todo parecía sumirse en un éxtasis, adormecerse en fatiga.

Unos días más tarde regresaron a Barcelona. Carlos se incorporó a su trabajo con una especie de indolencia mágica, después de tanta calma y de tanta plenitud. Le costó volver plenamente al quehacer cotidiano. Al fin pudo entrar en él con todo el ánimo.

Parecía que con el traslado a Barcelona se hubiera mitigado el ardor de las horas mallorquinas. El sueño de los dos era más plácido, los arrebatos de sus días en el hotel se habían calmado; pero cuando Carlos sentía el cuerpo de su mujer reposando a su lado, un leve movimiento, un tacto siquiera, el roce de una respiración bastaban para que los dos seres se juntaran y volvieran a renacer el ardor y la vida. En una de sus conversaciones de madrugada, mientras veía filtrarse la luz en los postigos, y la primera claridad tamizada del patio interior que penetraba hasta la alcoba, Carlos se preguntó:

«¿Es que esto no va acabar nunca?».



La satisfacción de un deseo engendraba la aparición del otro y todo eran suspiros, alientos contenidos, voces, súplicas vanas, en un recíproco aleteo inconfesable en lo hondo de un pozo, sin poder salir. Luego quedaban los dos exhaustos sobre la blanca sábana, la cabeza de ella sobre el pecho y el hombro del varón, los ojos cerrados, expeliendo ambos unos susurros que eran como inconscientes besos al aire. ¿Aquello no había de tener nunca fin?

Sí, había de concluir o, por lo menos, apaciguarse. Aconteció cuando el cuerpo de la hembra empezó a acusar los signos de la gravidez. Todo en la mujer giró de pronto en un torno a un nuevo ser que se iba formando en su seno. La piel se hizo más tersa, los movimientos más lentos. Los pechos, los muslos se volvieron más redondos y aplomados. Una plenitud pareció redondear la estructura de Isabel, que tuvo que calzar zapatos planos para no zozobrar ni doblarse al peso de su vientre. Pasó la primavera y el verano de aquel año; menudearon las visitas al médico. Ella se quedaba en casa, elaborando piecicillas de lana que eran como vestidos para una muñeca, y el armario se pobló de zapatitos minúsculos, de bragas y corpiños diminutos, de gorritos para cabecitas insignificantes, premoniciones del vestido de un ser que había de venir, envolturas de algo que no existía aún, que se anunciaba a través de aquellos teóricos atuendos.

El embarazo transcurrió como un fenómeno de la naturaleza, con la misma seguridad con que se desarrolla un árbol o cae por las vertientes, con ímpetu, el agua clara de un manantial. El vástago crecía en el interior de su madre y, por las noches, cuando Isabel se lo indicaba, ponía su marido la palma de la mano sobre el vientre femenino y sentía el pataleo que en el seno materno, todavía en su caos, lanzaba a intermitencias bruscas el nuevo ser. Los pezones de Isabel parecía que fueran a estallar por una fuerza oculta que empujara incontenible desde el interior de la carne. Todo en ella era savia y raíz, y el embarazo acababa de dotarla de una hermosura desconocida, de una belleza rara, deslumbrante, armoniosa y fúlgida, como un fruto silvestre poco antes de caer de la rama.

Don Joaquín, el abuelo, rebosante de satisfacción ante la perspectiva de la descendencia que iba a desprenderse de su árbol, observaba y vigilaba a la mujer de su nieto. La colmaba de mimos y de regalos. Y estaba orgulloso de su manera de ser, seguro de hallarse en presencia de una mujer fuerte. El embarazo no impedía a Isabel charlar animadamente, parlotear, reír, gastar bromas a su marido, tomarse a chacota muchas de sus veleidades, acompañarle, salir con él, estar siempre a su lado. ¡Por fin, pensaba el abuelo, a la tercera generación ha entrado en esta casa una mujer que será la digna compañera de un hombre! Y bendecía a Dios por este hecho.

En verano pasaron un mes en Santa María, acompañados de la madre de Isabel. Pero Isabel quiso volver a Barcelona cuando Carlos hubo concluido sus vacaciones. En septiembre volvía a estar en el piso de la calle de Caspe, junto a su marido y al abuelo.

Nació el hijo; ocurrió a mitad de diciembre, cuando en los escaparates de la

ciudad empieza a alumbrar la magia y la luz de los regalos de Navidad. La ciudad se aprestaba a conmemorar el Nacimiento. Aunque con sordina, las noticias de la guerra exterior parecía que llegaran a los oídos de la gente para inquietarla. La Navidad no dejaba de tener un eco triste, y una grave incógnita se cernía, no solo sobre los países contendientes, sino también sobre España y los españoles, angustiados por la suerte que podían correr, fuera quien fuera el que lograra la victoria con las armas.

Carlos Rius y su abuelo se quedaron largo rato contemplando el pequeño bulto de carne rubia que berreaba sobre un cojín y del que el doctor había confirmado que era una niña. La verdad es que ni el abuelo ni el nieto habían formulado ninguna preferencia sobre el sexo del que iba a nacer. Pero cuando supieron que era una niña se quedaron extasiados ante la idea de sentir cerca una nueva mujer a la que podrían educar como creyeran conveniente, que iba a ser un «producto» algo raro en aquella familia de varones, y que permitiría formas de trato desconocidas hasta entonces en aquella casa.

La época no era la misma con relación a la gente de la fábrica. En otros tiempos el nacimiento de un Rius hubiera producido cierta conmoción entre el personal. Era bien cierto que, en otros tiempos, la alacridad social y la pugna entre burgueses y proletarios, entre amos y obreros, llevaba consigo una mayor participación en los asuntos privados de unos y de otros. Antes de la guerra los obreros quizás atentaran contra la vida del amo, pero en contraposición se interesaban por su salud en los días de calma y le acompañaban en el bautizo de los descendientes. Después, el enfriamiento de las relaciones llevaba consigo un desinterés por la vida íntima de cada uno. El bautizo de la bisnieta del amo fue, pues, cosa privativa de la familia.

Pero aquella niña, Mariona Rius, se convirtió en un espectáculo en la casa del abuelo, residencia también de la joven pareja. El abuelo, sobre todo, aceleraba a mediodía y por la noche la hora de llegar a casa con el ansia de contemplar nuevamente la cara gordezuela y sonrosada que muy pronto empezó a sonreírle y que gorjeaba ante su vista como si entablara un diálogo con él. El abuelo le gastaba bromas infantiles, jugaba con ella, se enfrascaba en un largo monólogo que ella aceptaba con total indiferencia. El abuelo cogía a veces a su bisnieta y la paseaba zarandeándola para que se durmiera más aprisa. Su madre, Isabel, decía que la malcriaba, pero no había forma de conseguir que el abuelo cejara en su zarandeo.

Cuando la niña iba a cumplir medio año, Isabel comunicó a Carlos que estaba embarazada por segunda vez. A Joaquín pareció sorprenderle la fecundidad de la joven pareja. Esa vez las molestias que el embarazo ocasionaban a Isabel afectaron menos al abuelo y al nieto. Isabel paseaba su estado con una absoluta normalidad. El peso de un nuevo hijo no entristecía ni fatigaba a la joven. Caminaba con ligereza y salía a empujar con gracia y sin agobios el cochecito donde asomaba la cabecita rubia y despierta de la primogénita, que observaba lo que había alrededor como si todo le llamara la atención.

—Ahora vendrá un niño. Así tendréis la parejita...

El abuelo esperaba que esa vez naciera un niño. Había protestado contra la intención de sus nietos de llamarle Joaquín. Sostenía que, si aquel hijo nacía varón, el nombre que debería imponérsele era Miguel o Arturo. El nombre de Miguel hizo zozobrar durante un tiempo a sus nietos. Recordaban mucho al hermano de Isabel y muchas veces lo evocaban en sus conversaciones, como si hubiera sido él quien hubiera empujado el uno hacia el otro. Pero tras largas horas de afectuosos debates coincidieron en que guardarían el nombre de Miguel para cuando llegara un tercer hijo; al que esperaban le impondrían el nombre del bisabuelo.

En verano, Isabel con su madre, Josefina, el bisabuelo y una cocinera se fueron a Santa María. Carlos iría allí en los fines de semana.

A la sombra del inmenso nogal del atrio posterior de la casa, la pequeña Mariona pataleaba al aire libre. La dejaban allí con los muslos al aire; y el abuelo pasaba horas contemplando el incontrolado pataleo, que acusaba los surcos que dividían la carne pletórica de los muslos, como si la ataran fuertemente dos hilillos negros. Escuchaba el abuelo el runruneo incesante de la criatura. Y todo en él eran expresiones para llamar la atención de la chiquilla, ora con unos visajes grotescos, ora con voces absurdas y con chillidos que en otras circunstancias hubieran hecho pensar que el viejo estaba fuera de sí.

Pero la chiquilla reía; la chiquilla ensanchaba los rosados pomos de su carne sonrosada y abría los labios en una sonrisa infinita. El viejo Rius se sentía embelesado por esa expresión. Nunca como entonces había sentido el valor de una sonrisa. Era una sonrisa inconsciente, inexplicable, que turbaba enteramente su ánimo.

—Mira, mira, ahora ríe —revelaba a la mujer de Carlos, que estaba sentada en la rotonda, a no mucha distancia, haciendo alguna labor. Isabel sonreía a su vez y advertía a su abuelo:

—No me la alborote, que está muy tranquila.

El abuelo solía ir a pasear, bien por el bosque, bien por el camino de Las Casetas. En una ocasión prolongó su paseo y llegó hasta la masía de *Can Coll*. Don Sebastián y doña Matilde habían muerto antes de la guerra. La figura de don Sebastián había crecido después de muerto. Muchas revistas extranjeras se ocupaban de la obra del escultor. La vieja masía, con el torreón, había pasado a ser una especie de museo, en el que estaba expuesta casi toda la obra que don Sebastián creara. En cambio, los cuerpos incorruptos de los dos santos romanos habían desaparecido durante la guerra.

Estaba al cargo de la casa y del museo una pareja de sirvientes, que ejercían la labor rutinaria de acompañar a los visitantes. Joaquín Rius fue escuchando las explicaciones que le daba el guardián, el cual le iba mostrando las pequeñas terracotas que él ya había visto en vida del artista. Según el cicerone, el viejo don Sebastián era una figura mítica, un santón de la tierra; evocaba su paso como el de un precursor.

—Si él hubiera vivido, no habría ocurrido nada en la comarca durante la guerra.

Él tenía el don de calmar a los forajidos.

Joaquín Rius no quiso decirle que había conocido íntimamente a don Sebastián. Todavía estaban vivas en su memoria las noches de sus diálogos sobre los temas más diversos. Le recordaba en la noche del 6 de octubre de 1934. Pero no quiso decir nada. Únicamente pensó que, muchas veces, para que el hombre adquiriera su pleno valor, para que complete su auténtica dimensión, le es necesario pasar por el cedazo de la muerte. De muchos que a nuestro lado eran considerados por nosotros como unos seres vulgares, solo cuando mueren descubrimos que eran gigantes, y solo entonces les damos el tratamiento que merecían.

¿Qué te pasará a ti cuando mueras?, pensó de sí mismo mientras con paso calmo volvía hacia su casa. ¿De dónde se podrá esperar una justicia? Vino a mortificarle la idea de que la mayoría de las cosas que cada cual ha ideado y ha llevado a la práctica no podrán ser compartidas nunca con nadie. Ni siquiera su nieto, la persona a quien todo lo confiaría, podría, por ejemplo, comprender nunca sus reacciones respecto a Mariona, su mujer. Todos los hombres son un baluarte cerrado; cada uno vive dentro de su propia muralla, de la que no puede salir. Cada hombre es un ser solitario contra los demás.

Estos pensamientos le tuvieron afligido durante toda la jornada. Al día siguiente se levantó con una perezosa sensación de desgana, con una flaqueza y un desvarío, como ajeno a su derredor. «Esto es ya la vejez y la muerte», se dijo. Durante muchos años, durante toda la vida nos hemos preocupado del instante en que moriríamos; nunca hemos sabido cómo iba a ocurrir, pero en cierto modo siempre nos hemos estado preparando para ello. «Y es así como ocurre», pensó.

Recordó otras ocasiones en que podía haber muerto. Cuando el atentado del año 11, sintió dolor, sintió peligro, sintió la amenaza, pero no sintió la muerte. Entonces él tenía todavía ganas de vivir; la muerte era si acaso como una profecía intempestiva. Y cuando la pulmonía, en 1934, sintió una vaharada asquerosa que quizá fuera la muerte, pero la apartó de un manotazo. No, entonces estaba aún lleno de vida. Pero después sentía que el soplo de la muerte era un acoso mefítico y que sus reflejos ya no respondían a ninguna presión, se quedaban inmóviles. La muerte no era más que la falta absoluta de protesta, la ausencia total de reacción ante la acometida. Era probable que le hubiera llegado la hora.

Comprendió entonces el valor que se requería para entregar, de joven, todo el caudal de una vida. La muerte súbita e impensada de Mariona le hizo zozobrar. Si era verdad que había un mundo después de este, Mariona había de señorearlo por el solo hecho de haber muerto en pleno raudal de su vida. Imaginaba entonces el encuentro con su mujer. Mariona le iba a encontrar viejo. ¿O se recuperaría en la otra vida la estampa de los años mozos? ¿Revivirían en él otra vez los tiempos en que se conocieron? Pero ¿cómo era posible? Por la tarde se encaminó hacia la pequeña iglesia, que estaba al otro lado de la colina. Subió los peldaños y se arrodilló ante el altar. La imagen de san Cristóbal presidía aún el pequeño recinto. Alguna mano

benévola la habría salvado de la quema durante la guerra. Tuvo la impresión de que trascendía del recinto un perfume de días antiguos. Le pareció que aquellos bancos estaban llenos. A un lado estaba el viejo don Desiderio, con su facha señorial, con su espalda curvada, como un prócer. Le pareció que aquella era la iglesia de don Pascual, el cura de mal humor, el que se peleaba con el obispo, y que aquella era la iglesia de las Fiestas Mayores de los primeros años de casado. En aquella iglesia bautizaron a su hijo, Desiderio. ¿Qué sería de él? ¿Cómo andaría por París? ¿Qué haría Desiderio cuando él muriese?

Todo había cambiado. Los hombres, las tierras habían cambiado. Las dos momias romanas, mantenidas incólumes durante dieciocho siglos, habían desaparecido. Solo él se emperraba en no moverse del lugar, en mantenerse incontaminado e intacto. Ya que era viejo y que iba a morir sentía que se arrepentía de muchas cosas, sobre todo de las que no había hecho. Se arrepentía de no haber dado a su vida un sentido más trivial, de no haber accedido a muchas de las llamadas de la frivolidad y de la sangre, de no haber reído cuando había que reír y de no haberse burlado a menudo de sí mismo. Se sentía contrito por haber nacido así y por no haber sabido rectificar nunca. «Solo cuando llegamos a viejos nos damos cuenta de que hemos errado», se dijo.

Un sacerdote salió de la sacristía. Debía de ser el actual cura. Era joven, se dirigió al altar y empezó a encender las velas del ara, tres a cada lado del sagrario. Luego volvió a la sacristía, de donde salió vestido con roquete, y empezó a dirigir el rosario. Había entrado una anciana que lo siguió, dándole respuesta, desde las primeras filas del templo. Joaquín Rius permanecía sentado en su banco, mientras en sus oídos se perdía el sonsonete de las avemarías.

Evocó los rosarios rezados en la época escolar, aquellos rosarios infantiles en el colegio de los jesuitas, en que la voz del sacerdote era un peso que se posaba sobre los párpados cargados de cansancio y de sueño. A su lado estaba Ernesto Villar; en su faz aristocrática se marcaba un rictus de desdén. Más tarde habría de conocer ese rictus, habría de comprobarlo y de verificarlo. Luego recordaba el rosario del barrio, el que él mismo dirigía ante los payeses con voz firme, en el patio de la finca, después de la muerte de Mariona. La imagen de su mujer se le hizo presente, con los rasgos tan firmes, tan exactos, que creyó que había habido una resurrección, que ella alentaba a su lado y que volvía a vivir. Y sintió en su hombro un dolor muy fuerte, un dolor intenso que le mordía el pecho y le destrozaba.

El cura y la viejecita estaban a su lado. Esta salió a toda prisa hacia fuera y el cura hizo que don Joaquín se tendiera en el banco. Estuvo mucho rato allí, pero no llegó a perder el conocimiento. El sacerdote le animaba.

—No ha sido nada. Es usted el dueño de Santa María, ¿verdad? Un día de estos iba a pasar a visitarlos... ¿Qué dice usted? ¿Qué quiere confesarse? Bien, bien. Pero no se mueva..., así mismo tendido en el banco. Después le llevaremos a su casa. No se preocupe, ha sido solo un síncope.

Ahora han ido a buscar unas pastillas y se repondrá.

Luego acudió Isabel. Su voz sonaba clara en aquella iglesia. Se acercó a él y le besó en la mejilla. Le repitió que no era nada. Habían ido a avisar al médico de Granollers y llegaría en seguida. Con sumo cuidado, entre ella y el sacerdote, le llevaron hasta la tartana, que aguardaba en el exterior. Don Joaquín quedó tendido bajo la capota. En el exterior había oscurecido. Una gran luna redonda alumbraba los campos. Se veía en lo bajo la riera y lejos, entre la vegetación del llano, la silueta de la gran casa flanqueada por el bosque y al cobijo de los altos plátanos del jardín. De la riera venía el rumor de las ranas, que croaban con un ritmo seguido y monocorde. Joaquín Rius permaneció tendido en la banqueta. Isabel le había ofrecido una pastilla; el dolor había pasado y él volvía a respirar con normalidad.

—Ahora vendrá el médico —repetía su nuera—. Él dirá si le llevamos a Barcelona o se queda aquí. ¿Usted qué prefiere?

La noche era la misma que hacía años; tenía la calma y el sosiego del día en que Jaime y Pallui se pelearon en aquellos mismos campos. Las ranas croaban de igual manera que entonces. La luna era la misma. El caballo movía sus poderosas ancas como *Revérter*. El tiempo parecía haberse detenido, pero el viejo Rius sintió que por aquellos campos se deslizaba el zorro y merodeaba la muerte.

## XXIV

EL MÉDICO TEMIÓ que un traslado a Barcelona en aquellas circunstancias pudiera ser nocivo para Joaquín Rius y aconsejó que siguiera en Santa María unas semanas hasta que su corazón se recuperase un poco y el traslado pudiera hacerse con mayores garantías. Su nieto Carlos, al que inmediatamente se avisó, tuvo que ir y volver diariamente, de Santa María a la fábrica. El viejo permaneció los primeros días en su cuarto, con las persianas entornadas. En la semipenumbra de la alcoba penetraban todos los rumores del exterior; el piar de los gorriones que pululaban por las ramas de los plátanos, el canto de alguna alondra, el rasgueo de las cigarras, múltiple y agobiante al mediodía, el concierto de los grillos nocturnos y al atardecer. El vagido entero del campo parecía entrar en la habitación de Rius, que se convertía en una caja de resonancias de todo el valle.

Así pasó todo el mes de agosto y, al comenzar septiembre se escuchó en la lejanía, cuando la brisa soplaba hacia la finca, el sonido que hacían los trombones y los fiscornos en el entoldado de la Fiesta Mayor. Aquellos sones desvelaron en el ánimo de Joaquín, que los escuchaba adormecido en una mecedora, junto a un balcón, recuerdos y nostalgias de otros tiempos. Apenas había cambiado nada. Los vales eran tan veloces, alocados y revueltos como en otra época. Lo único indudable era que él estaba más viejo, que era definitivamente viejo, a punto de morir. Aquella música tenía la virtud de proyectar en su imaginación los episodios más vivos. Le parecía estar danzando con Mariona, muchos años atrás, en el estío que precedió a su muerte. Veía que alrededor giraban docenas de parejas, ellos con la barba y el sombrero de paja junto a los rimbombantes peinados de la mujer, muy cerca de sus rostros; ellas con la falda de miriñaque recogida con desgaire por una mano descuidada. Sí; ¡cuántos años habían pasado! Aquel recuerdo no era más que una vieja estampa oxidada.

También Carlos parecía hacer un recuento, pero un recuento con la mirada hacia delante. Era ya diferente del muchacho que había dejado el «enchufe» de retaguardia para ir a la guerra. Aquel no era más que un chiquillo; este era un hombre derecho. El matrimonio primero, las responsabilidades del trabajo después le habían transmudado. Se había vuelto razonador, autoritario. Su palabra no admitía réplica. Parecía su abuelo, pero cuarenta años atrás. Y Carlos miraba a don Joaquín, sentado en la mecedora, como si indagara los secretos que guardaba aquel organismo y quisiera escudriñar su validez y duración. Don Joaquín creía adivinarlo y se esforzaba en adoptar delante del nieto un porte juvenil y risueño. Pero no engañaba a nadie, y menos a sí mismo. Por la noche, en la cama, notaba que le faltaba la respiración. Entonces pidió que le dejaran dormir sin moverse del balancín. Le arroparon con una manta y dejaron que se adormeciera en aquel asiento basculante, cuyo movimiento

recordaba el de la cuna de su bisnieta.

Y Joaquín Rius se asía frenética, desesperadamente a la vida. La vida era para él, en aquellos instantes, la pequeña mano de aquella criatura gordezuela que le miraba a los ojos sin entrever su secreto y que le sonreía sin venir a cuento con una sonrisa clara y luminosa. Joaquín se dejaba coger el dedo índice, aquel dedo huesudo y arrugado, por la mano entera de Mariona, que lo apretaba con todas sus fuerzas y que parecía no quererlo soltar. Palpando la fina piel de la mano infantil, a Joaquín Rius le parecía que la materia candorosa de que estaba hecha era una réplica de su propia carnadura exhausta. La seda finísima de la mano infantil tenía redondeces y bultos que eran un acopio de la vida por fructificar y por desarrollarse. Mirando su propia mano se veía el declive del organismo, la erosión de las venas infladas y verdes que nos llevan irremisiblemente al fin. Pero aquella manecita sonrosada le sobrevivía y era su propia sangre, ya inmersa en el futuro.

Cuando oyó a lo lejos los sonos de la música de la Fiesta Mayor pidió autorización al médico para que le dejaran estar abajo. A partir de entonces pasó la jornada en el atrio del jardín, bajo el gran nogal del pórtico. Desde allí se veían muy lejos, adosados a la colina, al otro lado de la riera, el perfil, los colores del entoldado. Y hasta parecía distinguirse el bullicio que hicieran los jóvenes al pasar y el tumulto de carameleros y vendedores de rosquillas, de las mozas, de los viejos, feriantes y alborotadores, en toda la explanada.

Pero pronto hubieron de volver a la ciudad. Don Joaquín echó una larga mirada al valle entero. Se despidió mentalmente de aquellos parajes. Dijo adiós al zaguán, al barrio, a la masía, a los colonos; se despidió en silencio de los vendimiadores, que bajaban por el camino entonando las canciones de septiembre. El fruto que parecía palpar en los lagares era el légamo que abonaría a las generaciones futuras. Sentía el sonido que hacían los carros al descender entre las rodadas. Se percibía un sabor latente a mosto y en los lagares destellaba el fruto negro de la vida, herido por los postreros rayos de un sol en ocaso. «¡Adiós, mozas cantadoras, adiós muchachos de amplia risa! Vuestro eco resonará en mis sienes al cruzar el nuevo y definitivo umbral», se decía el viejo.

—¿Qué le pasa, abuelo? ¿Por qué está tan triste? No hay que estar enfurruñado, ¿me entiende? Ya verá qué contento le pondremos en Barcelona, ya verá...

Una de las cosas que más le sacaba de quicio es que le hablara como si hubiera perdido la razón, como si fuera un chiquillo. Quien le hablaba así era Isabel, la mujer de su nieto, que llevaba su panza tranquilamente y sin pensar a través de los zarandeos del camino.

«Más te valdría pensar en tu vientre...» —murmuraba el viejo para sí.

Y en efecto, llegaron a Barcelona y, durante un día, se sintió más joven, como si le hubieran quitado años de encima. Pero al día siguiente volvió a su pesadez, a su sopor, en un balancín que le habían instalado en el cuarto junto al balcón. Quería gritar y no podía; se desesperaba mirando todas las cosas, como si pretendiera asirlas



con los ojos. ¡Maldita invalidez, odiosa vejez que nos alejas de todo sin apartar de nuestros ojos ni un alfiler!

Y un día le trajeron a su pequeña Mariona con una novedad; una novedad que fue el último gran acontecimiento en la vida de Joaquín Rius. La chiquilla se sostenía ya en pie. Dudaba entre mantenerse enhiesta o caer, pero al fin avanzaba uno de sus piececitos en la alfombra, se tambaleaba, pero proseguía adelante. Avanzaba el otro, y así, sucesivamente, iba adelantando hacia el sitio donde el viejo Rius estaba sentado. Ya a punto de llegar parecía darse por satisfecha y se decidía a caerse, pero el viejo estaba allí con su pulgar a punto y agarraba el dedo y la mantenía unos segundos en pie, para caer luego sentada y mostrar una sonrisa venturosa, como si acabara de realizar la hazaña más meritoria del mundo. El viejo Rius sintió que una oleada de infinita ternura le inundaba el ánimo.

Cuando nació el segundo hijo de la pareja, el viejo se mantuvo al margen del acontecimiento. Permaneció impassible ante los ajetreos del parto. Fue testigo mudo de los trasiegos y providencias del doctor y de la enfermera. La única que estaba al lado del viejo era la fiel Josefina. De un tiempo a esta parte, y sin darse cuenta, el viejo la tuteaba:

—A ti y a mí, Josefina, nos tratan como si fuéramos desechos de tintera.

No se sabe por qué la expresión produjo en la doncella tales estímulos de gracia que se echó a reír desmesuradamente, inconteniblemente, sin poder parar.

—Es que... es que a veces... el señor tiene unas cosas. Y es el modo como lo dice... —decía, reprimiéndose aún la risa con un pañuelo.

—Que nos quiten lo bailado. Eso, que nos lo quiten esos jóvenes, si pueden, ¿no te parece?

Josefina asentía, sintiendo renacer la hilaridad. Carlos pasaba por su lado. Estaba nervioso y los reprendía:

—Parece imposible que os dé por reír en estos momentos. Parecéis unos chiquillos. ¡No hay derecho!

Con lo que el viejo y la doncella se hicieron signos de moderación.

Y nació otra niña. Isabel y Carlos llamaron con mucho misterio a Josefina y tramaron con ella una historia para que pasara por niño a los ojos de don Joaquín.

—Si adivina la verdad, le daremos un disgusto.

—Pero habrá que bautizarlo y tendrá nombre de niño. Será imposible hacérselo tragar.

A Josefina le mortificó que consideraran al abuelo tan sin remedio que les llevara a inventar por poco tiempo tamaña mentira. Pero Carlos dijo:

—Sí, no habrá más remedio que decirle la verdad.

Cuando se acercó Carlos dijo el viejo:

—¿Es otra niña, no?

El nieto no se atrevía a contestar. Hizo unos quiebros:

—Bueno, el médico dice que...

—¿Qué pasa? ¿Qué es del tercer sexo?

Y Josefina se echó a reír de nuevo. Estaba atónita al comprobar que las cosas del abuelo no le hacían gracia más que a ella. Sin duda eran de otra generación.

—Os creéis que estoy lelo; pero no tanto como para confundir un niño con una niña. ¿Ha sido niña? Pues bendito sea Dios. ¡Otra vez será!

Carlos, su nieto, le sonrió entonces. Pero parecía lamentar el hecho de no haber sabido proporcionar un descendiente varón a aquel abuelo que ya apenas podía aspirar en este mundo a otra cosa.

Carlos Rius iba a la fábrica absolutamente solo. Muchas de las costumbres del abuelo perduraban aún y de momento no quiso modificarlas. Los obreros esperaban en masa a que el amo apareciera para hacer su entrada en la fábrica. De modo que no podía retrasarse nunca. «Eso habrá que cambiarlo», se dijo. Carlos mantuvo también la costumbre inveterada de la inspección. Hacía el recorrido de las naves acompañado de su nuevo «estado mayor». A su derecha marchaba el contable, un joven llamado Capdevila, y a su izquierda el contramaestre de cada sección. Se paraban de vez en cuando en alguna máquina. Decía el joven Rius:

—Me parece que hay que tensar más el hilo.

El operario seguía las indicaciones del amo.

La conmoción que se había producido en la fábrica al anuncio del ataque que había sufrido el viejo Rius había sido muy grande. No solo en la fábrica sino en toda la ciudad. Cuando circuló la noticia fueron muchos los que se interesaron por el fabricante y pidieron noticias sobre el estado de su salud. Cuando el viejo lo supo, increpó a su nieto.

—Toma nota de lo que te digo. Si me muero, no quiero que nadie asista a mi entierro. Todos irán allí solo a comentar las pesetas que os dejo. Por lo tanto, no quiero que deis noticia de mi entierro. Quiero que me acompañe solo la familia. ¿Entendido?

Pero no debía ser aquella todavía la hora de Joaquín Rius porque fue recobrando los ánimos; entró en un año nuevo, dio sus paseos, primero por el piso y después, con autorización del médico, hasta a salir a la calle, con cierta precaución y siempre acompañado. Podía sentarse al sol en un banco de la Plaza de Cataluña y dar de comer a las palomas. Le agradaba ir allí, ver cómo su nieta Mariona daba los primeros pasos. Esta le conocía ya, y cuando le veía llegar le recibía con extraordinarias expresiones de júbilo en sus bracitos; quería avanzar a trompicones sobre la calzada, con tal aturullamiento que la mayoría de las veces acababa cayendo de bruces.

En una ocasión paseando con Isabel, que llevaba en cochecito a la pequeña, y con Mariona y Josefina, el viejo Rius quiso que le llevaran a la calle de la Paja, donde había nacido.

Mientras en una ciudad crecen y prosperan los barrios nuevos, se multiplican los nuevos edificios, surgen nuevas calles y monumentos increíbles en las zonas de

nueva creación, los viejos barrios se mantienen estáticos y sin modificar, permanecen en su lugar con un silencio augusto, como resignados a no ser más que una perpetuación del mundo antiguo. La calle de la Paja y las de su alrededor estaban inmóviles, no habían cambiado. Perduraba aún aquel silencio augusto que parecía ser efluvio de los tiempos. Las verdes persianas de cordel dejaban vislumbrar en algunas ventanas los tallos del geranio y en algún portal se veía colgado el plumón vivo y amarillo de un canario cantarín. Los viandantes parecían circular con una calma que parecía de otro siglo y por ella pasaba un público anacrónico, como arrancado de una litografía decimonónica: algún obeso canónigo de la catedral, un par de monjitas apresuradas, un ciego apoyado en su bastón blanco que hacía repicar sobre las losas, ciertas beatas con mantilla, que salían de la iglesia del Pino... La calle estaba flanqueada por los librereros de viejo, que le daban cierto aire de santuario intelectual, al abrigo del griterío de las muchedumbres. Isabel y la niña parecieron repeler el aire húmedo y la sombra del callejón, pero el viejo Rius estaba sumido en su fragancia. Se detuvo ante un portal oscuro y angosto, del que salía un olor a guiso doméstico y una canción.

—En esta casa nació yo. Aquí vivieron mis padres y de ella salí para casarme.

Pero no era esa la evocación que el viudo Rius acariciaba. Pensaba en la noche trágica del Liceo, cuando también se paró ante el mismo portal, con la idea de subir hasta el piso y de abrazar a su madre y contarle lo que le acababa de suceder. Habían pasado cincuenta años desde entonces.

—¿Cómo era su madre? —preguntó Isabel.

Una mueca rara se dibujó en el rostro de Joaquín. Parecía que le dolieran aquellas evocaciones tardías. Miró a la niña mayor. La vio con los ojuelos azules fijos en él, con la cabecita levantada. La acarició en las mejillas.

—La niña se parece a ella. Sí, a veces, sin saber por qué, me la recuerda.

Por la tarde ellas vieron como el viejo se adormecía en el balancín. El viejo Rius tenía sutiles remembranzas, figuraciones vagas de años atrás. Le refrescaba la memoria a ráfagas el ceño de su madre, en los tiempos en que quería persuadirla de que estarían mejor en la calle de Caspe.

—No me harás ir allí. Ni quiero moverme. ¿Para qué? Si estamos bien en la calle de la Paja...

Cuando llegó, Carlos lo encontró despierto y animado.

—Dentro de nada estaré en disposición de volver a la fábrica. Supongo que no me habréis echado de mi despacho. No me has tocado los papeles ¿verdad? Quiero encontrarlo todo tal como lo dejé.

Dio algunas indicaciones respecto a la gente.

—Hace tiempo, cuando me puse malo, me pareció que sería necesario nombrar un apoderado. Pero ahora pienso que se puede dejar para más adelante, ¿no te parece? Entre tú y yo de momento nos bastamos.

Carlos Rius fue diciendo a todo que sí. No quería contradecirle.

Antes de que la llevaran a la cama pareció que el beso que daba a la pequeña Mariona era más fuerte y más prolongado que otros días. Él se quedó dormido en la mecedora, después de cenar. Josefina fue a cubrirle con mantas y un edredón, por encima del batín. Su cabeza se deslizó pronto a un lado, como todos los días, y así se quedó dormido.

La madrugada siguiente, Josefina, que dormía en un colchón tendido en el mismo cuarto, estuvo largo rato intentando captar la respiración del viejo y no la oía. Pensaba que quizá la culpa sería de ella; a veces le sobrevenía una sordera repentina, que luego le pasaba. Pero por más esfuerzos que hacía por captar en Joaquín Rius un signo de vida no acertaba a descubrirlo. Se levantó bruscamente, asustada.

El viejo no alentaba, le puso la mano en la frente; estaba fría. Había muerto mientras dormía y su postura era igual a la de la noche anterior. Retiró la mano de su frente, horrorizada. Salió alocadamente de la habitación y fue a despertar a los jóvenes.

Carlos Rius no hizo más que verificar la certidumbre del tránsito. Fue a ver al viejo; hizo la señal de la Cruz y rezó un padrenuestro.

A primera hora puso un telegrama a su padre. Avisó a su madre, que se presentó en la casa cerca de mediodía. Las relaciones con la nuera no eran muy gratas. Se saludaban diplomáticamente, pero Crista, que no quería «roces», cruzaba con ella las palabras indispensables.

Mariona, la chiquilla, parecía olvidada. Daba sus pasos y sus tumbos en el gran principal, sin encontrar un fin a sus viajes ni un acomodo satisfactorio. Finalmente se puso a berrear, para que le hicieran caso. Josefina acudió en su ayuda.

El entierro no podría efectuarse al día siguiente, como Carlos hubiera deseado. Por la tarde se recibió un cable de su padre, Desiderio, desde París. Decía que llegaría por la mañana del día siguiente.

Carlos fue avisando a los parientes y a los amigos más íntimos. Acudió a la calle de Caspe uno de los hijos de Fabián, el hermano del muerto; cuatro o cinco de los Costa, sobrinos y sobrinos nietos de don Joaquín. Entre ellos estaba el carmelita, con el pelo gris y un gran corpachón, que hablaba con estrépito y resoplaba dificultosamente. La noticia circuló por la fábrica; llegaron a dar el pésame algunos de los competidores del fabricante: un Basereny de la cuarta generación, que en un aparte con Carlos le contó grandezas de su fábrica y del modo como obtenía permisos de importación. Carlos le dejaba hablar sin atenderle. Hasta muy tarde, la casa no quedó otra vez con sus habituales residentes.

El embalsamador había estado realizando su trabajo y el viejo Rius fue investido con el hábito de la Merced. Parecía un patriarca bíblico, tenía algo de santo. El pelo y la barba blanca redondeaban una faz pálida, suave, que tenía una expresión benigna, un sublime decoro. En las manos, blanquísimas, le habían colocado un crucifijo. Todo él parecía que tuviera una expresión de vida.

Al día siguiente, de madrugada, Carlos Rius sintió la proximidad de Isabel y

adelantó su mano; rozó el muslo de ella. Era un pálpito cálido, una oleada de vida. Ella se revolvió en sueño y tomó instintivamente una postura en la que el cuerpo de él se complementaba. Pero la evidencia del muerto en su casa los hizo retroceder y dominaron su impulso. Empezaron a hablar desordenadamente, en voz muy baja, para no despertar a las chiquillas, con solo un susurro. El día se iba levantando lentamente tras los balcones.

—Ha sido una suerte para él y para todos que haya muerto sin darse cuenta. Se ha ahorrado sufrimientos y nos los ha ahorrado a nosotros. Luego, ya ves; si hubiera ido a la fábrica otra vez le hubiera gustado volver a ocuparse de las cosas y no estaba en situación de hacerlo. Es mejor que todo haya sido así.

—Yo no sé qué haré. He estado pensando en la proposición que nos había hecho Muñoz hace un tiempo. El abuelo se oponía, pero yo estuve pensando entonces mucho tiempo y estoy pensando todavía. No sé si nos conviene llegar a un acuerdo con él. En primer lugar cuesta mucho ganar el dinero en una fábrica textil. En segundo lugar, hoy quizá no haya problemas de atentados ni de sangre, pero hay muchos otros y no sé si vale la pena afrontarlos. Aquella vez dije que no, pero esta vez no sé lo que diría. Hoy llegará mi padre de París y lo hablaré con él.

—Realmente una cosa era la manera de enfocar las cosas que tenía el abuelo y otra nuestro propio pensamiento. Sobre todo, piensa en ti. No pienses en los demás. Los demás siempre te aconsejarán lo que les conviene. Prescinde de ellos —arguyó Isabel.

—Así lo haré.

Hubo un silencio. La llamada de la mujer era demasiado próxima. Carlos se acercaba intuitivamente a ella, sin poderse reprimir. Pero ella consiguió detenerle por un tiempo breve.

—¿No sabes? Creo que... creo que vamos a tener otro hijo.

—¿Tú crees?

—Sí, estoy segura.

—Es una maravilla. Este sí será varón.

Entonces sí, la abrazó y la tuvo; la vida seguía adelante, sin remisión.

Desiderio llegó a mediodía. Su hijo fue a esperarle a la estación. Vio bajar del tren a un hombre ya maduro, alto y ligeramente grueso, muy distinto al que había visto por última vez en París. Iba vestido como un joven de veinte años. La ampulosa chaqueta sport, de cuadros blancos y negros, dejaba ver en el cuello los colorines de un *foulard* azul pálido, anudado al desgaire sobre una camisa abierta, sin corbata. El pelo gris caía a mechones sobre una nuca fuerte y morena. Todo él parecía un galán maduro de cine o un *dandy boulevardier* recién llegado. Vio a su hijo en el andén y le estrechó fuertemente contra su pecho.

Carlos le contó cómo había ocurrido lo del abuelo. La noticia conmovió a su hijo. Pese a su aire deportivo y resuelto, asomaron unas lágrimas en sus ojos. Pero se sobrepuso.

Subieron al coche y se encaminaron al piso. Desiderio miraba con curiosidad la calle, los transeúntes, los vehículos.

—Me parece increíble volver a estar en Barcelona. Es una pena que sea para una ocasión tan triste.

Cuando llegó frente al cadáver y contempló la faz serena, la figura impecable de su padre, con los hábitos blancos, sintió que una oleada de dolor sacudía su pecho y se echó a llorar como un chiquillo, hundiendo su cabeza en el pecho de su hijo. Fue como si se agolparan de súbito en su memoria todos los recuerdos que tenía del viejo Joaquín Rius. Rememoraba sus consejos, cuando la crisis de Jeannine que le llevó a la boda; o una noche, a la salida de la fábrica: «Créeme, un hombre llega a olvidar... hasta eso». Era su voz honda, su voz potente y persuasiva la que parecía que sonara otra vez.

Se fue calmando lentamente y no quedó más que un tenue dolor, arrebujaado en uno de los pliegues de aquella alma contrita que volvía a su ciudad, tras unos años de ausencia. Parecía que todo volviera a su cauce. Se fijó en su hijo. Estaba más alto, era más esbelto, más maduro: era un hombre. Y en aquella figura que tenía delante: Isabel su nuera. Apenas recordaba la imagen de una niña rubia, y tenía delante una mujer fuerte y hermosa. Un diminuto ser se agarró a sus perneras. Era Mariona, su nieta.

Cierto rubor, como de vergüenza, arremetió en sus mejillas. Se sentía ausente de aquel espectáculo, insolidario y ajeno a los golpes de sangre que pululaban alrededor, como si no pudiera considerar a aquellos seres algo suyo. Su alma estaba aún en París, en las conversaciones en el *hall* del hotel con los emigrados o en los diálogos de alcoba con Ivette, su amiga, que le había recomendado que volviera cuanto antes. «*Tu ne tiens pas au commerce de famille, n'est ce pas?*».

Su hijo quería saber cuáles eran sus proyectos inmediatos con relación a Barcelona. ¿Pensaba volver pronto o permanecería en París?

Desiderio dijo que estaba lejos todavía el día en que pensaba volver.

—El golpe, para mí y para muchos, ha sido muy duro y no podríamos acostumbrarnos a este tipo de vida. Verás, en París hago lo que quiero, soy libre y nadie me marca los pasos. Aquí no sería lo mismo. Volvería solo si mi presencia fuera necesaria, pero ya sabes que no lo es. No sería más que un estorbo; para tu madre, para ti y para todos.

Por más que Carlos insistió no pudo apartar a Desiderio de su determinación.

—Hace algún tiempo aún sentía cierta urgencia por volver y ¿sabes por qué? Precisamente por el abuelo, por mi padre. Me parecía que quizás él fuera el único que me necesitara. Pero muerto él me siento en cierto modo desligado del compromiso de vivir aquí. Esto ya no tiene interés para mí. Me iré después del entierro.

Siguiendo la indicación que don Joaquín dio en vida no habían publicado esquila alguna antes del entierro, pero a la hora en que la comitiva se disponía a salir del piso de la calle de Caspe vieron como ante la casa empezaba a agolparse la muchedumbre.

Los que aguardaban en la calle eran gente de toda condición: obreros y contra maestres de fábrica, fabricantes, gentes de los bancos con los que Rius había trabajado, financieros, abogados, comerciantes del textil, socios del Círculo del Liceo y del «Ecuestre», médicos, otros industriales. La noticia de la muerte de Rius había circulado por la ciudad y esta respondía haciendo acto de presencia a su lado, sin haber sido convocada.

Rita Arquer, que había llegado acompañada de Crista, pontificó en el salón del pésame:

—Es esta la diferencia entre nosotros y los rojos. Que nosotros nos permitimos el lujo de ser enterrados y no olvidados en la cuneta. Aún hay clases.

Crista y Desiderio se saludaron como dos desconocidos a los que acabaran de presentar. Pero al despedirse se dieron un beso fugaz en la mejilla.

Crista se dijo para sus adentros que su marido aún mantenía arrestos de conquistador, que estaba *à la pape*. Era un hombre *a la europea*, seductor y galante. Pero ya no había nada que hacer. Admiraba su porte y su tenue, que parecían ensayados para una ceremonia como aquella. Paseaba su mirada oblonga y azul sobre el corte impecable de la chaqueta *sport* oscura, a la que habían cosido en la manga un brazal negro; y en el *foulard* blanco y negro, de luto, que se anudaba al cuello y que se abombaba descuidadamente sobre una camisa de seda caprichosamente abierta. Todo a propósito para un entierro apresurado, entre tren y tren, cuando se viene de París y hay que salir apresuradamente. La gente, que por cierto no había sido avisada y no tenía, por tanto, derecho alguno a extrañarse de nada, sabría disculpar un descuido en la *tenue*, tanto más cuanto que el nieto, Carlos, vestía con todos los rigores oficiales y ortodoxos del luto riguroso.

Desiderio y Carlos, padre e hijo, no pudieron reprimir las lágrimas cuando unos hombres, en la alcoba de postigos entornados, con cuatro cirios que alumbraban el ataúd, cerraron la caja de caoba y desapareció en la sombra el rostro de cera del abuelo. Parecía que durmiera. Se oyó la voz de un sacerdote que musitaba unos rezos en latín; se oyó también un rumor de muchedumbre, que cedía el paso en la escalera y en el zaguán a los hombres que llevaban el féretro.

La entrada del ataúd en el coche produjo entre la muchedumbre que aguardaba una onda como la de la piedra que acaba de caer a un lago. Luego, la comitiva se puso en marcha. Avanzaban primero, tras el féretro, el primo Carmelita, flanqueado a derecha e izquierda por Desiderio y Carlos Rius. Después de los parientes seguía la muchedumbre. Los hombres de toda condición se agrupaban por estamentos, por profesiones. Se oían las conversaciones más dispares.

—Si juega Martín, el Barcelona puede ganar. Para este partido se necesita un hombre que meta goles, un hombre fuerte. En otro lado:

—Se enfrentó con Muñoz y le dijo a las claras que él no vendía y que, si podía, iba a desenmascararle. Tiene arrestos el tío. Otro grupo:

—Ya no es lo mismo. Rius necesitaba tener al lado un hombre de confianza.

Antes de la guerra ese hombre era Llobet, el que mataron. Pero yo creo que su nieto y él en el negocio no se avenían. El nieto es muy listo y no ha querido hacer nada en vida del abuelo, pero ahora veremos lo que va a pasar. Asistiremos a muchos cambios.

La comitiva marchó por la calle de Caspe hasta llegar a una iglesia, de un gótico decimonónico, que estaba unas manzanas más allá de la casa de los Rius. Entraron en ella y se entonó un responso. La voz gangosa del sacerdote parecía de ultratumba.

Como no estaba prevista la despedida del duelo, los grupos de acompañantes se fueron dispersando por sí mismos. Después, hubo uno de aquellos instantes de desconcierto que se producen en los entierros, cuando los grupos se disgregan, los familiares buscan el coche que ha de conducirlos al cementerio y el ataúd con el difunto parece olvidado en mitad de la calle. Al fin Desiderio y Carlos pudieron subir a su coche y, tras la carroza suntuosa que llevaba al muerto, dirigirse al cementerio.

La tarde era suave, soleada, casi tibia. El sol parecía de miel. Desiderio iba contemplando la ciudad, a medida que avanzaba. Las casas alineadas, los parterres, los edificios en construcción, todo parecía dar fe de que la ciudad se estaba reponiendo lenta pero segura después de la guerra.

—¿Lo pasaste muy mal? —preguntó a su hijo.

—Sí. En algunos momentos, muy mal. En otros, no tanto. Fue una experiencia inolvidable. Conocí a gentes de todos los órdenes. Algunos siguen siendo amigos míos.

—¿Estuviste en peligro?

—Sí, hubieran podido matarme. En realidad, lo raro es que no ocurriera. Pero la guerra es así. A Llobet le mataron en el momento menos pensado.

La Gran Vía era larga, inacabable. El sol ponía una cenefa clara en lo alto de los terrados y en los pisos superiores de las casas. En algunas de ellas había mujeres u hombres acodados, mirando a la calle.

Carlos echó la vista atrás, y vio una larga fila de coches que seguían, camino del cementerio.

—Parece increíble que, sin avisar, haya venido tanta gente. Y también va mucha gente al cementerio.

—Es natural. El abuelo era una fuerza viva en Barcelona.

Pasada la Plaza de España torcieron a la izquierda y entraron por una estrecha carretera, la carretera del cementerio. Al cabo de un rato pararon ante la oficina del camposanto. Los hombres de la funeraria gestionaron y negociaron los permisos y salieron de allí con unos papeles, que hubo que firmar. Luego se encaminaron hacia el mausoleo.

Estaba situado en lo alto de un montículo, cara al mar. Un ángel romántico de piedra hacía un signo a las gentes de que guardaran silencio, con el índice sobre los labios y un aleteo inmovilizado de las alas potentes, extendidas en el vacío. Era la imagen misma de la inmensidad del tránsito, una alegoría para la gravedad de aquella



hora.

Sobre el mausoleo, picado en piedra con unas letras claras, había un nombre y una inscripción: «Mariona Rebull Forcada. R.I.P. 18721893. Paz, Piedad, Perdón».

Un estremecimiento pareció recorrer la espalda de Desiderio Rius; también de su hijo. Allí estaban los restos de su madre y abuela, la bellísima mujer que había muerto en el Liceo, la noche trágica de la bomba. Por fin el viejo Rius iría a reposar al mismo lugar en que yacía su mujer. La muerte iba a aproximarlos. Los restos de uno y otro se mezclarían y volverían a unirse, en última coyunda.

Desiderio sintió un escalofrío. Pensó que la prueba más difícil del matrimonio no es la capacidad de los cónyuges de vivir juntos, sino la de morir juntos. Más difícil aún que la posibilidad de vivir con Crista le parecía a él la posibilidad de ser enterrado con ella. Le daba repugnancia compartir la misma fosa, esperar la eternidad y dividir su muerte con ella. Por eso vivían separados.

Los peones habían comenzado su labor en la tumba. Habían apartado la losa que cubría el mausoleo y estaban horadando en el tabique con martillo y cortafrío. Las salpicaduras del ladrillo hacían una parábola antes de caer al suelo y brillaban un instante a la luz. Los golpes que daban los albañiles sonaban limpiamente en el aire.

Los acompañantes formaban un semicírculo alrededor de la tumba. Carlos Rius fijó distraídamente su mirada en ellos y observó a don Nicasio Barba, que pasaba la palma de su mano sobre su bigote blanco, acariciándolo, y bajaba los ojos en una actitud compungida y doliente. A su lado había otras caras, conocidas unas, las otras solo entrevistas, que le miraban con un aire sumiso.

Desiderio y Carlos Rius sentían la conmoción de aquellos momentos y les parecía increíble que el viejo fuera a desaparecer para siempre de su vista. La proximidad en que Carlos había vivido con él en los últimos tiempos le servía para atenuar su dolor. Pero Desiderio sentía que el suyo era irremediable. Se reprochaba haberlo descuidado; lamentaba no haber sabido secundarle, no haberle visto a todas horas, no haber vuelto antes a España, haber abandonado al viejo durante la guerra. Todo ello formaba en su resuello esa agonía lenta, obnubilaba su percepción, le ponía un nudo en la garganta.

Ya la entrada del nicho quedaba expedita. Los obreros habían limpiado de cascotes el rectángulo por donde tenía que entrar el ataúd de Joaquín Rius. Entonces empezaron a sacar del interior de la tumba los restos de anteriores enterramientos. Sacaron los tablones de un antiguo ataúd. En un trozo de caoba se leían unas letras de plata. M. R. F. Apareció la curva de un cráneo y unos huesos, que los obreros fueron apartando a un lado. Desiderio vio como saltaba por el aire y se perdía en la arenilla del terraplén una pequeña bola azulada o gris, que brilló luego en el suelo con un reflejo mate y casi muerto.

Se agachó a recogerla: era una perla. Aquella perla había salido de entre los restos del ataúd de su madre, Mariona, y la apretó entre sus dedos. Abrió la palma de su mano y sintió el tacto frío de la pequeña joya, de aquel residuo de lujo sobrevenido de

pronto en la claridad de la tarde triste, como un vestigio de vida. Aquella perla en su mano aumentaba su desazón. ¿Cómo habría quedado allí? ¿Estaría quizá mezclada en el peinado de la muerta, perdida entre sus ropas? ¿Qué significaba su aparición ahora, en el acto del enterramiento del padre? Era un signo, pero ¿de qué?

El primo Carmelita estaba diciendo una oración y su voz nasal y monocorde se diluía entre los arbustos, en las hojas del laurel vecino, se enroscaba en las ramas desnudas del roble que flanqueaba la tumba. El ámbito del camposanto era de una gran placidez. Todos respondieron a la voz del sacerdote. Los obreros indicaron que iban a introducir el ataúd en el nicho y que podían pasar a contemplar al muerto por última vez. Desiderio se acercó al ataúd.

Estuvo largo rato contemplando el rostro de don Joaquín, que parecía nimbado por una luz radiante y clara. Su ancha frente parecía una bóveda nacarada. Todo en él conservaba los rasgos de una gran serenidad, estaba imbuido de la gran belleza que le daba la muerte. En sus labios parecía que se marcara una sonrisa.

Pensó entonces en el Joaquín Rius que marchaba a su lado por las calles de Barcelona después de la Semana Trágica, cuando él le propuso de improviso acompañarle a la fábrica. Parecía que escuchara el eco de sus pies sobre las losas de la calle. Los obreros de la fábrica esperaban junto al portal. Se oía un tañer de campanas.

Desiderio Rius sintió en un momento la fuerza de aquellos recuerdos que querían arrastrarle, que le azotaban desesperadamente y el dolor inmenso que se acercaba, del que iba a sufrir una feroz acometida. Hubiera querido atenzar aquel rostro, atraer aquel cuerpo hacia sí. Pero abrió la palma de su mano y dejó caer la perla recobrada dentro del ataúd. Se oyó como rebotaba en la madera. Indicó a los operarios que taparan de nuevo la caja.

Luego fue el tapiar de nuevo con ladrillos y ajustar nuevamente la losa debajo del frontón de la tumba. Los restos de Joaquín y los de Mariona reposaban juntos.

Se dirigieron de nuevo a la entrada. Docenas de manos estrecharon las suyas. Al regresar, Desiderio y Carlos guardaron silencio. En la respiración de Desiderio se marcaba de vez en cuando un respiro entrecortado, los signos mudos de un sollozo. En su casa, Carlos le quiso hablar de sus proyectos con respecto a la fábrica. Quizá fuera una buena oportunidad la que Muñoz ofrecía; dependía del precio que pagara. Pero no estaría de más reemprender los tratos. Le asombró la reacción de su padre.

—Yo no soy el más indicado para aconsejarte, pero pienso que a tu abuelo no le agradaría esa determinación. La industria no es solo una fuente de ingresos, es algo más. Yo me pregunto a veces si tenemos derecho a especular con ella. En realidad, ni siquiera es nuestra. Tú estás al frente de ella, pero ella es también de todos los que trabajan allí. Es de tus obreros, de tus empleados, de tus hijos. No es únicamente tuya.

Desiderio estaba aún conmovido; tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar.

—Perdona que te hable así. Mil veces había imaginado la muerte de mi padre,

pero nunca había pensado en serio que iba a ocurrir. Perdona.

Carlos sintió que nunca más se iba a plantear en adelante la venta o el traspaso de la industria.

Estaban en el despacho del abuelo y Carlos se había sentado tras la mesa en la que él escribía. Cogió del cajón un folio en blanco.

—¿Por qué no me ayudas a redactar la esquela para los diarios?

Y escribió:

«Don Joaquín Rius Riera, viudo de doña Mariona Rebull Forcada, ha fallecido cristianamente».

Escribía con unos rasgos seguidos, claros: «Descanse en paz».

Levantó la mirada. Parecía que Desiderio, su padre, hubiera envejecido en pocas horas. Se marcaban en su rostro surcos y arrugas que antes no le había visto. Y fue entonces, para hurtarse quizás a su mirada, cuando Desiderio empezó a dictarle.

—Sus afligidos: hijo, Desiderio; hija política, Cristina Fernández Torra; nieto, Carlos; nieta política, Isabel Llobet Filbá; bisnietas, sobrinos y demás parientes, al comunicar a sus amigos y conocidos tan sensible pérdida les ruegan le tengan presente en sus oraciones. Oportunamente se avisará fecha y hora del funeral.

Cuando Rius, una vez copiado, pasó el papel a su padre, que lo releyó con cuidado, este cogió la pluma y añadió, con unos rasgos firmes:

«Por expresa voluntad del finado no se comunicó la hora del entierro».

## EPÍLOGO

LOS DÍAS, los años han pasado sobre mi ciudad. La memoria que dejó Joaquín Rius se ha ido diluyendo en los sucesos cotidianos, día tras otro. Los años han ido empequeñeciendo aquello que un día pareció tener una importancia decisiva. Todo ha ido entrando en el juicio de las cosas relativas.

Carlos Rius no vendió la fábrica. Ni siquiera volvió a reanudar sus conversaciones con Muñoz. La fábrica continuó bajo su mando abasteciendo a los antiguos clientes y a otros nuevos, que le fueron trayendo los agentes de venta. La fábrica sorteó otras tempestades; superó los vaivenes del mercado, promovidos por la aparición de nuevos tipos de tejidos y por la invención del nailon y otras novedades.

Después de los funerales, Desiderio Rius regresó a París. Frecuentaba los ambientes de pintores y de marchantes de la *rive gauche*. Logró incluso cierta fama como pintor abstracto. Algunos americanos le compraron cuadros y un marchante trasladó algunos de ellos a los Estados Unidos, donde después de la Segunda Guerra Desiderio participó en varias exposiciones colectivas. Viajó a Nueva York siempre acompañado de Ivette, la cual figuró como esposa suya en *vernissages* e inauguraciones. Por su parte, Crista fue envejeciendo sin que se le notara, siempre al lado del Coronel Óscar Andrade; tomó parte en iniciativas benéficas, fue condecorada por ello y se hizo un renombre como patriota en tómbolas y fiestas sociales.

Carlos Rius y su mujer no tuvieron demasiada suerte en su descendencia. Fueron naciendo niñas hasta que, a la sexta arremetida, apareció por fin un varón. Le bautizaron con el nombre de Joaquín. Este chiquillo fue desde un principio díscolo y malcarado. La convivencia con tanta fémina le aturdió; en el colegio no quiso saber nada de matemáticas. Hubo que hacerle estudiar los últimos cursos del bachillerato en el Instituto, donde eran menos exigentes. Allí entró a formar parte de una pandilla que se dejaba crecer las melenas, abominaba de sus antecedentes burgueses y renegaba abiertamente de unos padres con negocio textil. Todos ellos eran un residuo execrable de la sociedad burguesa, a la que no obstante se negaban a pertenecer.

Joaquín Rius, bisnieto, entró a formar parte de un conjunto musical que actuaba en una *boîte* psicodélica de la calle Tuset y cuyos elementos se creían los dueños del mundo. El promotor de esta *boîte* era un melenudo de treinta años, con gafas de alambre de oro y patillas largas y lacias, al que llamaban Mara. Mara era el coime del garito donde el más joven de los Rius entró a lucir sus artes musicales. La aventura «orfeónica» no duró mucho. Como consecuencia de la musical mescolanza, el más joven de los Rius fue acusado por el padre de una niña de la buena sociedad, descendiente del viejo Basereny del textil, de haber abusado de ella. En un arranque de independencia, los dos tórtolos se fueron a París, pero el viejo Rius, Desiderio, al

que fueron a visitar creyendo que los apoyaría, les aconsejó que volvieran a Barcelona, que pidieran perdón a sus mayores y que se dejaran llevar por las corrientes tradicionales, por incómodas que fuera. Así lo hicieron y se calmó la tempestad suscitada por los dos jóvenes contestatarios. Incluso hubo boda temprana, con cóctel-cena en la Font del Lleó.

Como consecuencia de todo ello, tras el temporal hubo un cambio de impresiones prolongado entre Carlos Rius y el padre de la muchacha, resueltos a que los dos retoños no pudieran reincidir en sus malos pasos. Rius y Basereny llegaron a un acuerdo más rápidamente que si se tratara de solventar cuestiones derivadas de su histórica competencia comercial; decidieron arremeter contra el que consideraban promotor de tantos quebraderos: el coime Mara. Para ello se auxiliaron de los servicios de la policía, en la que Basereny tenía amigos. En la Jefatura Superior, los dos fabricantes quedaron informados de quién era el punto que tenían enfrente.

Mara, nombre de guerra que ocultaba docenas de actividades delictivas, era un apócope del apellido Maravall, el apellido de Blanca. Mara, traficante de drogas, metido en la trata de blancas y en mil embrollos más, disimulados en la *boîte* psicodélica, era el hijo que Blanca Maravall había tenido en Mora de Rubielos, nacido de sus contactos con Máximo, el anarquista. Los años habían pasado y habían hecho de aquel infante que prohió en su día Vista, la falangista de Mora de Rubielos, un aprendiz de cristo existencialista, con gafas y guedejas de pelo rubio, que le caían lánguidamente sobre los hombros. La policía seguía su pista desde tiempo atrás, e informó a los dos fabricantes de los antecedentes del sujeto y de sus actividades actuales. Los dos padres ultrajados se pusieron en contacto con él y le dieron una cantidad para que abandonara sus negocios y se trasladara a Francia, viejo sueño del coime. Así lo hizo y dejó en paz a ambos apellidos de la ciudad.

Aunque Carlos Rius no tenía descendencia masculina válida, tenía a su disposición un enjambre de lindas mozas que garantizarían la sucesión de la casa de una manera convincente. Mariona, la mayor, casó con uno de los chicos de la familia Matamala, del textil de Sabadell. El nuevo yerno se puso en el acto a disposición de «Sucesores de Joaquín Rius» —esta fue, en lo sucesivo, la denominación de la empresa—, y Carlos encontró en él al hombre idóneo para secundarle. Habían renovado la maquinaria y habían regularizado turnos y horarios de acuerdo con las imposiciones del marketing. La influencia de las técnicas y tácticas norteamericanas se hacía sentir por doquier. El chico Matamala hizo unos cursos de dirección de empresas en el IESE y empezó a frecuentar el Opus Dei. Empezaron a tener hijos en ringlera, siguiendo el ejemplo de sus padres.

Las otras niñas de la casa fueron, una tras otra, introduciendo yernos en la familia. La segunda, Gertrudis, casó con un abogado, Gustavo Merlis. Era atrabiliario y enredón, como casi todos los abogados jóvenes, y estaba al corriente de los pasos de la oposición, iba a Madrid frecuentemente, tomaba parte en cenas políticas y pontificaba ante toda la familia dándoselas de enterado. La tercera, Teresa, contrajo

matrimonio con Pedro Ballesta, un empleado de Banca, que dejó el empleo en cuanto se propuso casarse, y empezó a negociar con todo lo que le vino a mano. En pocos años empezó a redondear una fortuna. La cuarta, Mercedes, era la intelectual de la familia y, por lo tanto, la preferida de su madre; se casó con un licenciado en Filosofía que daba clases de Metafísica en la Universidad, como profesor auxiliar, que no se trataba con los demás más que lo indispensable, y llevaba una vida modesta y pacífica sin pedir ni rendir cuentas a nadie. Y la quinta entró en relaciones con un muchacho vago, ocurrente y charlatán, Jenaro Valdés, que a base de labia se metió en seguida en el bolsillo a Carlos Rius y que parecía dispuesto a distraer los ocios de la chiquilla a base de que en aquella casa le fuera garantizado el porvenir.

Pero todo esto sería motivo de otra historia, completamente distinta a la que hemos contado. Estos hijos, estos nietos alejaron en el recuerdo los pasos de Joaquín Rius por este mundo. Barcelona se había ensanchado y parecía dispuesta a seguir ensanchándose y a prosperar. Se abrían nuevos caminos, crecían nuevos barrios. La piqueta municipal había sido sustituida por unas máquinas potentes, que parecían monstruos del paleolítico, dotadas de engranajes y resortes que en un santiamén derribaban muros, abrían canales y extendían el pasillo de asfalto de una autopista o la alfombra mágica de una nueva salida de la ciudad. Y pronto Barcelona alcanzaría la otra ribera del monte con solo perforar sus entrañas y sentaría sus reales en mitad del Vallés.

En verano era de rigor la temporada de baños en las playas de la costa. Los Ballesta recalaron en el Estartit, los Merlis escogieron Cadaqués. En las noches de invierno, algunos de ellos se encontraban en «Bocaccio», una lujosa *boîte* donde grupos de matrimonio jóvenes daban suelta al cuerpo en los bailes sincopados que estaban de moda.

Fue un acierto de Desiderio Rius entrar en tratos con la Junta de la Protección a la Infancia para el traspaso, a la benéfica entidad, de la finca de Santa María. Porque, de otro modo, aquella tierra ilustre hubiera pasado a ser pasto de las inmobiliarias. La ciudad se ha ido acercando a ella y algunos de los terrenos colindantes han sido objeto de manipulaciones y especulaciones. En algunos se ve el borrón deletéreo de ciertas edificaciones que hurtan la antigua paz a aquellos valles. Pero una vez comprobado que los descendientes no amaban el sosiego de aquellos senderos, la venta que hizo Rius permitió que perduraran sobre la tierra todos los tesoros de antaño. Se mantienen en pie las tres encinas, en los caminos de la derecha del torrente; está frondoso el bosque, animoso de gorjeos y de trinos, donde transita el zorro con pezuña leve y se escurre aún la serpiente huidiza.

Discurren las aguas de la mina, en tropel cristalino, allí donde Mariona y el hombre se vieron por primera vez. Se siente en la noche el croar de las ranas de la riera, se oye el violoncelo sonoro y armonioso de tantos grillos como pueblan la inmensidad, bajo la luna de agosto. En septiembre, se divulga el eco de los carros que regresan con la entraña ahíta de uva, de uva dorada o de uva negra, rebosante en los

lagares, mientras los vendimiadores cantan a plena voz su canción, que rezuma a dios Baco y a orgía rural. Este tránsito es la supervivencia de uno muy antiguo; y para recuperar su origen tendríamos que remontarnos a los tiempos en que los primeros hombres pusieron su planta allí, antes de que naciera Cristo, cuando se entendían entre ellos con una jerga imprecisa y las mujeres tenían a sus crías bajo el dosel punzante de las matas salvajes.

Alguna vez me han invitado a ir a la finca y he pasado en ella unas horas difusas. Cuando estoy allí aún me parece que pervivan las esencias de otros tiempos o, por lo menos, que la realidad se hurte al sentido vulgar y deprimente que tienen las cosas de hoy. Paseaba no ha mucho por el jardín, a la caída de la tarde, y en las ramas reseca de la higuera, que aún se obstina en vivir, me pareció que se posaba un pájaro azul que venía de otro tiempo, un pájaro que realizaba la misteriosa hazaña de volar sin mover las alas, como un espectro inmóvil. Su graznido, lúgubre y sombrío, me pareció que desvelaba figuras y recuerdos que el tiempo se había llevado. Un paseante solitario circulaba en los parterres del fondo. Caminé hacia él, con la intención de saber quién era. Pero a cada paso que yo daba se iba alejando más. Pasaba por enfrente de los caminos de otros días: el camino de las Arañas, el camino de la Serpiente, el que no tiene nombre... Se volvió hacia mí y me pareció reconocer en su rostro a alguien que yo había visto mucho tiempo atrás, alguien a quien, no obstante, no podría identificar ahora, alguien que había sobrevivido a los siglos, tullido como los viejos maderos en que se sostenía aquella casa, enigmático como las sombras que empezaban a inundar el valle. ¿Sería el espectro de alguno de los viejos habitantes de aquel lugar?, ¿sería la sombra de algún difunto errático que venía a resucitar los viejos pasos? De pronto resonó por los caminos una voz cantarina, una voz de chiquilla, entre asombrada y conminatoria. No podía entender lo que estaba diciendo, pero era una cantinela dulce y quebradiza, como un lamento prolongado y armonioso que flotara en el aire. Calló la voz y se desvaneció la figura del hombre. Solo se percibía el paso de la brisa sobre los parterres. Por encima de la tapia del jardín se extendía el frescor del valle.

La vida es un movimiento impetuoso e incesante que no se puede detener. No hay nadie capaz de hacer revivir los espectros del pasado. Otras gentes, otros seres pueblan ahora el mundo. Mariana y Joaquín han dejado de vivir hace ya muchos años. Ahora, sus descendientes se desparraman por distintos ámbitos. Es inútil; el pasado no vuelve; es imposible dar marcha atrás.

La finca ha sido convertida en un reformatorio para delincuentes juveniles. Un señor, al que me habían presentado como su director, me iba diciendo:

—No hay como alejar a los chicos de sus hábitos y dejarlos campar al aire libre para que se transformen totalmente. Créame. Esto es para ellos como un balneario.

La tarde se azulaba en todo el llano. Las primeras estrellas empezaban a brillar en un cielo muy pálido. A lo lejos empezó a sonar la campana de la iglesia.

A la vuelta, me crucé en el camino con un carro que avanzaba balanceándose,

cargado de alfalfa, como un bloque de sombras. Parecía que viniera avanzando desde lo más profundo del tiempo. Una lechuza lanzó su canto circunflejo en la oscuridad.

Cuando llegué a la carretera general me aturdió un tumulto de coches, de camiones, me invadió de nuevo la oleada de la prisa y del riesgo. También la ciudad muere y renace en otra. Las luces que se veían a lo lejos, los millares de luciérnagas ateridas que parecían palpitar en el aire eran consecuencia de una transmutación.

En pocos años todo había dado una zancada terrible. Los tiempos ya eran otros. Solo Dios permanecía incommovible. A flor de piel, rozándola con un tacto impreciso, al volver de la finca sentía algo que bien pudiera ser Él, sobre el tiempo y las cosas.

FIN DE «LA CENIZA FUE ÁRBOL»





IGNACIO AGUSTÍ PEYPOCH (Lliçà de Vall, 1913 - Barcelona, 1974) fue un novelista, periodista y poeta español en lenguas castellana y catalana. Realizó sus estudios secundarios en la Escuela de los jesuitas, y se licenció en Derecho por la Universidad de Barcelona. Su trabajo novelístico fue de carácter realista y centrado esencialmente en la burguesía catalana. Se inició en la literatura escribiendo exclusivamente en catalán, inicios en los que ya cultivó los más diversos géneros, como: la poesía en *El veler* (El velero, 1932), el teatro en *L'esfondrada* (*El hundimiento*, 1934), y la prosa en *Benaventurats els lladres* (*Bienaventurados los ladrones*, 1935).

Después de la guerra civil, inició una nueva etapa en la que sólo empleó el castellano como idioma literario y con él cosechó su mayor reconocimiento como escritor. De esta época cabe destacar la novela de carácter poemático *Los surcos* (1942) y la publicación de un ciclo novelístico titulado *La ceniza fue árbol*, donde se describía a la burguesía barcelonesa desde el siglo XIX hasta la gran crisis de la sociedad catalana durante la época de la industrialización.

Este ciclo, considerado su obra literaria más importante, se compone de las novelas *Mariona Rebull* (1943), *El viudo Rius* (1944), *Desiderio* (1957), *19 de Julio* (1965) y *Guerra civil* (1972), además de *Joaquín Rius y su nieto*, novela que nunca se llegó a publicar.

Fue director de la revista *Destino* entre los años 1944 y 1958, y desde 1962, de la revista *El español*. Su labor se vio galardonada con la concesión de los premios

literarios Mariano de Cavia (1955) y Miguel de Cervantes (1965). Póstumamente aparecieron sus memorias, que había dejado preparadas bajo el título *Ganas de hablar* (1974).

# Notas

[1] No, pobre corazón dolido, no te mudes, / prefiere tu aflicción y no la dejes; / ven tal encanto en ella mis ojos arrobados / que sabría morir con ella, mas sin ella no viviría... <<

[2] No suspiréis ya más, no suspiréis, mis damas; / siempre fueron los hombres engañosos; / un pie dentro del mar, otro en la orilla, / nunca fueron leales a una cosa. (SHAKESPEARE). <<

[3] Verás en mí el crepúsculo de un día / que, puesto el sol, se apaga en el poniente, / y que la noche negra, poco a poco, ha llevado / dechado de la muerte, que todo lo sosiega... <<

[4] En mí verás la luz del fuego que descansa / sobre su juventud, convertida en cenizas / como en lecho de muerte donde su fin le espera... <<